

**KIM IL SUNG**

**O B R A S**

**¡TRABAJADORES DEL MUNDO ENTERO, UNÍOS!**

**KIM IL SUNG**

**O B R A S**

**49**

**Memorias**

***En el Transcurso del Siglo 5***

*(Mayo de 1936-Marzo de 1937)*

EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS  
PYONGYANG, COREA  
99 DE LA ERA JUCHE (2010)

문 제 리 의 감 함 된  
함 으 를 새 만 조 국 의  
운 명 을 구 원 할 수  
있 다 는 것 이 가 보 고 한  
함 일 혁 명 후 쟁 의  
리 쿿 사 적 고풍 이 다.

김 로 성

*Traducción del texto en coreano del anverso*

Sólo con la fuerza unida de todos los compatriotas será posible salvar el destino de la patria, esa es la lección histórica de la ardua Lucha Revolucionaria Antijaponesa.

Kim Il Sung

# ÍNDICE

CAPÍTULO XIII. HACIA EL MONTE PAEKTU <i>(Mayo – agosto de 1936)</i> .....	1
1. Golpear al jefe Wang y atraer a Wan Shun.....	1
2. En la entrañable ciudadela .....	16
3. Estreno de <i>Mar de sangre</i> .....	36
4. Compañía femenina.....	57
5. Campamento secreto del monte Paektu .....	76
6. El terrateniente Kim Jong Bu, un patriota.....	99
CAPÍTULO XIV. POBLADORES DE CHANGBAI <i>(Septiembre – diciembre de 1936)</i> .....	122
1. Jiandao Oeste.....	122
2. Ruidos de molinos de agua .....	146
3. Ri Je Sun.....	163
4. Junto con los compañeros de armas de Manchuria del Sur.....	189
5. <i>Samil Wolgan</i> .....	213
CAPÍTULO XV. AMPLIACIÓN DEL FRENTE CLANDESTINO <i>(Diciembre de 1936 – marzo de 1937)</i> .....	230
1. Pak Tal, combatiente inclaudicable .....	230
2. Comité de Acción Partidista en el País .....	262
3. Combates en las faldas del monte Paektu .....	290
4. <i>Tojong Pak In Jin</i> .....	315
5. Sobre el chondoismo, una religión nacional .....	343
6. No se puede existir separado del pueblo .....	370
7. Certificado de garantía de buen ciudadano .....	390

## **CAPÍTULO XIII. HACIA EL MONTE PAEKTU**

*(Mayo – agosto de 1936)*

### **1. Golpear al jefe Wang y atraer a Wan Shun**

La primavera de 1936 fue para nosotros sumamente extraordinaria. Nos propusimos muchas tareas. La organización de una nueva división, la fundación de la Asociación para la Restauración de la Patria, los preparativos de la creación de la base del monte Paektu ... encima, los acontecimientos, grandes y serios, que ocurrieron en Maanshan y otras partes de Fusong, nos plantearon un sinfín de quehaceres imprevistos.

Requerían una solución urgente. Para esto necesitábamos tiempo y condiciones estables.

Pero, la situación que nos envolvía no permitía tal estabilidad. Dos fuerzas que predominaban en la zona de Fusong molestaban y obstaculizaban, cada cual a su manera, nuestras actividades. Una de ellas era el “cuerpo de castigo” de la policía títere manchú bajo el mando del jefe Wang y otra la tropa de gandules de bosque de Wan Shun (una hueste antijaponesa).

Jefe Wang quería decir también: rey del “castigo”.

Desde la época en que servía en el ejército del déspota militar Zhang Zuolin era hábil especialista en el “castigo a los bandidos”.

Cuando, después de los hechos del 18 de Septiembre, Tang Juwu formó la legión de autodefensa, Wang se metió en ella y actuó durante algún tiempo bajo la bandera antijaponesa. Por eso, al emprender la expedición a Manchuria del Sur nos acercamos a él y

mantuvimos relaciones bastante buenas. Pero, tan pronto como Tang Juwu se fue al interior de China y se desintegró su legión, se rindió al ejército japonés para convertirse en jefe de la policía que juró a la bandera del Estado títere manchú. A partir de entonces, le sirvió al imperialismo nipón como fiel lacayo, mostrando sin reserva su habilidad para “castigar”, forjada en tiempos anteriores.

Nunca regresaba con las manos vacías de las operaciones de “castigo”. Acertaba a dar en el blanco y le cortaba la cabeza o las orejas para presentarlas ante sus amos japoneses, quienes no escatimaban elogios y premios. Wang perseguía y martirizaba con especial saña a la gente de Wan Shun.

Las tropas antijaponesas que operaban en Fusong y sus contornos temblaban de miedo tan solo de ver la sombra de Wang. Le llamaban “Ri To Son de Fusong”.

El tristemente famoso Ri To Son de Antu, distrito vecino, era un temido asesino, conocido en todo Jiandao por su obstinación, saña y ferocidad. Y Wang era un esbirro que no se quedaba atrás.

Precisamente este individuo apareció en la primavera de ese año como nuestro enemigo y obstáculo principal.

Casi en la misma medida obstaculizó nuestras actividades la tropa de salvación nacional de Wan Shun. Al desplazarnos en dirección a Fusong pensamos tenerlo como importante aliado. Pero su gente, lejos de considerarnos amigos, nos trataba como enemigos. Nuestros guerrilleros no debieron castigar a esos gandules de bosque cuando, convertidos en salteadores, le arrebataron a Kim San Ho los tejidos que había conseguido para vestir a los niños del Maanshan; empero, muy indignados tomaron excesiva represalia. Eso trajo complicaciones. Significaba que ahora teníamos otro dolor de cabeza imprevisto.

“Como el ‘Ejército rojo de Coryo’ es muy recto, no perdona a quien se apropia de los bienes de los pobres, por poco que sea. No quiere comprender, sin embargo, que nuestras unidades de bosque pasan dificultades. Es un tipo de gente con el que no nos entendemos.”

Así decían de nosotros. Cuando encontraban a nuestros compañeros solitarios, los provocaban sin motivos o trataban de atentar contra ellos. Constituía un serio contratiempo que quienes debían ser nuestros aliados del frente conjunto actuaran así.

Nos encontrábamos en una situación parecida a la de los inicios de la fundación de la guerrilla en Jiandao. Si había alguna diferencia, era que tanto el jefe Wang, que pertenecía al campo enemigo, como el jefe Wan Shun, que podía ser nuestro aliado, nos temían porque nuestras fuerzas ya no eran débiles y nuestra autoridad militar era reconocida.

¿De qué manera eliminar esos obstáculos y lograr estabilidad?

La búsqueda de la salida nos indujo a decidir llevarnos de cualquier manera con Wang sin agredirnos mutuamente, y con Wan Shun formar el frente conjunto.

Envié a Wang una carta en la que le decía, entre otras cosas:

“... Nos conocemos bien; por eso quisiera hablarle con toda franqueza.

“Nuestro enemigo principal es el ejército japonés. No tenemos la intención de combatir contra los militares y policías títeres manchúes que no atentan contra nosotros. Por lo tanto, le proponemos estar en paz asegurándole que si acepta nuestros requisitos no atacaremos ni al cuerpo policíaco que manda usted ni a los puestos policíacos que están bajo su jurisdicción. ...”

Después de esta introducción le exponía nuestros requisitos: que cesara las operaciones de “castigo” contra las unidades de bosque; que permitiera a los trabajadores clandestinos del Ejército Revolucionario Popular transitar o permanecer libremente en las ciudades amuralladas y los poblados; y que dejara de reprimir a los patriotas que nos apoyaban y auxiliaban activamente, y pusiera en libertad de inmediato a los encarcelados. Por último, le garantizábamos que, con tal de que aceptara estos planteamientos, en la medida de lo posible no crearíamos disturbios en el “mantenimiento de la seguridad pública” en el área del distrito Fusong.

Algunos días después, el jefe Wang nos hizo llegar su respuesta en la cual manifestaba estar de acuerdo con nuestra propuesta y aceptaba, por ende, nuestros tres requisitos.

Así se logró esa especie de acuerdo secreto, según el cual dejaríamos de atacarnos. Y como ambas partes observaron fielmente la promesa, durante cierto tiempo no se produjo ningún choque.

Wang procedió tal como le demandamos: cesó las acciones de “castigo” contra la tropa de bosque; se hizo él de la vista gorda para que nuestros trabajadores clandestinos o enlaces transitaran libremente en las ciudadelas y las aldeas de concentración bajo su jurisdicción, y aminoró la represión y detención de los patriotas coreanos.

Por nuestra parte, dispusimos que no fueran asaltadas sus unidades ni se armaran embrollos en las regiones donde se estacionaban ellas.

Después que quemé los líos de documentos de acusación de “Minsaengdan”, cada vez que enviaba a los guerrilleros a operaciones para conseguir armas, no dejaba de advertirles de modo categórico que no provocaran disturbios dentro del distrito Fusong y que librarán combates y obtuvieran armas en otras partes.

Wang no tenía un pelo de tonto. Era en extremo inteligente y perceptivo. Sabía bien cómo habíamos actuado en Jiandao y en Manchuria del Norte y qué poderío teníamos. Quizás por esta razón, de entrada no se atreviera a enfrentarnos.

Al informarse de nuestra aparición en tierras de Fusong hizo saber a sus subalternos:

“Eviten choques con el ‘Ejército rojo de Coryo’. Si le arremeten insensatamente, serán molidos hasta sus huesos. No provoquen a la ligera porque tenga poca gente. Lo mejor es evitar que se sienta a disgusto. No entablen combates que no puedan ganar.”

Cuando divisaban a nuestros guerrilleros, con uniformes de color castaño claro, fingían no verlos y se alejaban. En cambio, si descubrían a los gandules de bosque con sus uniformes de color negro, los atacaban con obstinación. En comparación con el más de

un millar de hombres de Wan Shun, los efectivos bajo mi mando no eran numerosos, pero quienes resultaban golpeados por el jefe Wang no éramos nosotros, sino sólo la gente de Wan Shun.

La inclusión en el pacto del requisito de que no se perjudicaran las unidades de Wan Shun, perseguía también conservar y fortalecer las fuerzas antijaponesas.

En la segunda parte de la década del 30 se iban debilitando las acciones de éstas.

Las unidades de Wang Delin, Tang Juwu, Li Du, Su Bingwen y otros, que constituían el grueso del Ejército de salvación nacional, se habían retirado a Shanhaiguan o al interior de China pasando por territorio soviético, mientras las resueltas unidades antijaponesas como las que mandaban Wang Dianyong y Dianchen siguieron combatiendo con la decisión de pelear hasta el último hombre para salvar el país al precio de la vida, pero, finalmente, fueron aniquiladas.

Las de Ding Chao, Wang Yuzhen, y algunas otras izaron bandera blanca y se rindieron.

En las medianas y pequeñas unidades de la tropa de Wan Shun y otras hermanadas, estacionadas en las zonas fronterizas de los distritos Fusong y Linjiang también crecía el número de los que se entregaban. En el otoño de 1935, en Chushuitan tuvo lugar hasta la farsa de darle la bienvenida a más de 90 desertores de la unidad de Ma Xinshan.

Las restantes fuerzas del Ejército de salvación nacional, dispersas en diminutas agrupaciones, se internaron en remotas montañas, donde hicieron resistencia pasiva o se convirtieron en bandas de salteadores.

La situación provocó que entre los comunistas surgiera parcialmente la tendencia a menospreciar e, incluso, considerar innecesario el frente unido con las unidades antijaponesas. Si soslayábamos esta realidad, significaba que no éramos consecuentes con respecto al frente conjunto.

A la par que tratábamos de llegar a un acuerdo de paz con el

cabecilla Wang iniciamos las negociaciones con la tropa de Wan Shun para abrir un frente común.

En nuestra unidad había un guerrillero de edad madura que provenía de la tropa de bosque.

Por su conducto mandé a Wan Shun una carta con el siguiente contenido:

“...Su nombre es ampliamente conocido en nuestro Ejército revolucionario. Tan pronto como llegamos a Fusong teníamos la intención de entrevistarnos con usted para conocernos e intercambiar opiniones acerca de las medidas para la lucha conjunta antimanchú y antijaponesa. Pero, antes de que nos saludáramos se produjo un choque desagradable, lo que impidió nuestro acercamiento. Lo sentimos.

“En el interrogatorio al que nuestro comisario sometió a los gandules de bosque que cayeron heridos cuando asaltaban un transporte de suministro al Ejército revolucionario, confesaron que eran salteadores que habían desertado hacía dos ó tres meses de las unidades bajo su mando.

“A pesar de esta realidad, si se difundió el rumor de que nuestros guerrilleros habían atentado contra integrantes de la tropa de bosque mandada por usted, fue una artimaña de los enemigos que no quieren que nos llevemos bien.

“Deseo mucho que nuestros ejércitos, abandonando los sentimientos de antipatía y hostilidad, lleguen a comprenderse y confiarse, y a constituir el frente conjunto antijaponés como hermanos y compañeros de armas...”

Wan Shun no nos contestó, ignoró nuestra propuesta. Estaba claro el porqué de su mutismo. Significaba que podía arreglárselas por sí solo, sin contar con nosotros. En Fusong y sus alrededores existía realmente la coyuntura para que actuase así, con altanería. El jefe Wang cumplía su promesa al aflojar los ataques contra las tropas de Wan Shun y otras antijaponesas. Prácticamente dejó de emprender operaciones de “castigo”, sólo fingía hacerlas. Las unidades de Wan Shun, tanto medianas como las pequeñas, ya podían sobrevivir sin

apoyo de nadie. Esto nos resultó contraproducente, pues les incitó a perpetrar, si bien esporádicamente, actos entorpecedores. Empero, por nuestras reiteradas advertencias dejaron de hacerlo gradualmente.

El frente conjunto no pudo alcanzarse, pero logramos tener tranquilidad. Nos dejaron en paz tanto la hueste de Wang como la de Wan Shun. En medio de esta quietud que nos costó tanto empeño, pudimos dedicar todo el tiempo a nuestras tareas.

En Manjiang y Daying también entablamos negociaciones de paz con los militares y policías títeres manchúes del lugar y obtuvimos su promesa de no agresión.

Fue a finales de abril de 1936, cuando llegamos por primera vez a Manjiang.

Había unos 30 policías. Podíamos liquidarlos en un abrir y cerrar de ojos; sin embargo, no recurrimos en lo más mínimo al uso de las armas, les enviamos un emisario para negociar.

Les propusimos que no los atacaríamos bajo la condición de que nos dejaran en paz mientras permaneciéramos en aquel caserío; queríamos que ignoraran nuestra presencia, y si posteriormente sus superiores los reprendían, dijeran que no habían podido oponernos resistencia porque éramos demasiados.

Los policías aceptaron en el acto. Estaban muy agradecidos por el solo hecho de que los guerrilleros, en vez de atacarlos, propusieran negociar.

Ri Tong Hak ordenó instalar una ametralladora al lado de una casa, cerca del cuartel del cuerpo de defensa, y que sus tiradores, vestidos de paisano, vigilaran día y noche.

Aprovechando esa oportunidad pude completar la mayor parte de los documentos relacionados con la creación de la Asociación para la Restauración de la Patria, los que serían examinados en la reunión de Donggang. Como no había peligro de ataque enemigo, el trabajo avanzó rápidamente.

Tratábamos con indulgencia y magnanimidad a los adversarios que no querían pelear contra nosotros. Fue una orientación que mantuvimos estrictamente con respecto al enemigo desde el inicio de

la Lucha Armada Antijaponesa, una regla de acción del Ejército Revolucionario Popular de Corea observada de modo consecuente en toda esta contienda.

Empuñamos los fusiles no para matar sino para defender la vida. Salvar a la patria y a los compatriotas era precisamente nuestro propósito y misión. Los fusiles se utilizaban solo para castigar a los enemigos que al invadir nuestra tierra ahogaban a la nación coreana y le arrebataban la vida y los bienes.

Por eso, el sable de la justicia de nuestro ejército se convertía en generosa arma de protección para quienes merecían seguir viviendo; en cambio, era tajante e implacable con los recalcitrantes opositores.

El jefe Wang, que durante toda la primavera permaneció quieto, volvió a “castigar” a las tropas antijaponesas al entrar el verano. No se sabía cuál había sido el factor instigador. Al parecer, lo presionaban la guarnición y gendarmería japonesas estacionadas en la ciudadela distrital de Fusong. En los postes eléctricos de las calles de Fusong, volvieron a aparecer cabezas decapitadas de chinos antijaponeses y de nuevo hubo desertores en las unidades de bosque de Wan Shun. El resurgimiento de la egoísta y mezquina naturaleza de esas tropas, de débil espíritu antijaponés de salvación nacional, volvió de nuevo con su hostigamiento hacia nosotros que nos empeñábamos en unir las fuerzas antijaponesas. Si no se detenían las operaciones de “castigo” de Wang, las unidades de Wan Shun no podían evitar su desintegración. Tuve que enviar mi segunda carta a Wang.

“...Tenemos la desagradable noticia de que ha movilizó sus fuerzas policíacas y reiniciado las acciones de “castigo” contra las unidades de bosque. De ser cierto, significa la violación del compromiso establecido con nosotros. Le aconsejamos que actúe con ponderación para que no manche con una traición su honor.

“Le advertimos que nuestra indulgencia no surte efecto en quienes nos desafían y se nos oponen obstinadamente...”

Este mensaje quedó sin contestación hasta transcurrir más de una semana. Y las operaciones de “castigo” contra las unidades de Wan

Shun no cesaron. Parecía que Wang quería mostrar que no era cobarde ni se doblegaba ante la advertencia, y que tenía arrojo para ir a la pelea.

A varios lugares estratégicos del distrito de Fusong llegaron como refuerzo cientos de efectivos de “castigo” del ejército Guandong. Wang se puso arrogante como nunca.

A comienzos de julio le dirigí una última misiva.

Cuatro o cinco días después, nos llegó no su respuesta sino la noticia de que sus efectivos habían vuelto a asaltar en las cercanías de Dajianchang uno de los campamentos de Wan Shun. En aquel entonces nos encontrábamos en una zona selvática situada entre los distritos Fusong y Linjiang.

La acción de Wang nos indignó. Por supuesto, no se podía esperar que el jefe de la policía del Estado manchú títere, manipulado por su amo japonés, se mantuviera fiel hasta el fin al compromiso hecho con los comunistas.

No negábamos que ellos también eran chinos y tendrían, a su manera, su pensamiento. Cierta confianza que cifrábamos en este pensamiento constituía el fundamento sobre el cual llevábamos a cabo el trabajo de desintegración del ejército títere manchú. De tal confianza habíamos partido, al fin y al cabo, cuando persuadimos a Wang y concertamos el acuerdo de no agresión.

La mayor parte de los oficiales de las capas medianas e inferiores de este ejército que disfrutaron de nuestro crédito se mantuvieron fieles al compromiso. Así fueron, por ejemplo, el comandante de regimiento a quien conocí casualmente en Emu y el jefe de batallón de Dapuchaihe que nos enviaba regularmente la revista *Ejército de Hierro*.

En cambio, nuestro viejo conocido Wang deshizo el compromiso como si se deshiciera de un par de zapatos gastados. La traición es el único destino al que llegan los individuos carentes de convicción. Creo que Wang no estaba convencido de que el imperialismo japonés sería derrotado y que triunfarían los pueblos coreano y chino.

No podíamos perdonar su pérfido proceder. Nos ahogaba la

indignación en particular porque respondía con el fuego de las armas a nuestra paciente espera y sinceridad.

Llamé a Kim San Ho y le dije que seleccionara a unos 30 hábiles combatientes, y en unión con el décimo regimiento propinara un castigo al jefe Wang.

Al mismo tiempo, al frente del grueso, nos desplazamos silenciosamente hacia el monte Zuizishan, cerca de Xinancha.

Xinancha era una aldea de concentración, no grande, pero servía como importante punto de partida para las fuerzas de “castigo” enemigas; había un puesto policíaco y efectivos del cuerpo de autodefensa.

El principal objetivo del plan de combate de Xinancha consistía en darle su merecido a Wang por violar el compromiso, e imponernos a los enemigos en el terreno militar: Además, conseguir en la operación armas y otros pertrechos para equipar la nueva división, que había librado un combate en el río Toudaosonghuajiang, y seguidamente, planeó efectuar otro de mayor envergadura en Laoling.

Si en Laoling hubiera dado plenos resultados el plan, habría podido obtener una buena cantidad de armas. Atacó acorde a un minucioso plan operativo, pero no pudo actuar según él al surgir un imprevisto. Un soldado de patrulla de la avanzada enemiga se internó en el área de la emboscada para orinar, y al descubrir a un guerrillero se asustó tanto que se le fue un disparo. Nuestro hombre también tiró a la loca. Aunque la operación no fue perfecta, como se había planeado, mataron o hirieron decenas de enemigos y obtuvieron como botín cierta cantidad de armas.

Lo que no logramos en Laoling, es decir, asestar un golpe rotundo al enemigo, esperábamos recompensarlo con creces en Xinancha.

En nuestra unidad teníamos un chino que había servido en la policía títere manchú en Xinancha, pero desertó asqueado por las fechorías de su jefe. Según dijo, el jefe del puesto policíaco de Xinancha era un perverso, detestado por la gente. Se portaba como un déspota no sólo ante los habitantes de la aldea de concentración

sino también en el trato con sus subalternos. Explicó en tono indignado que al decidir pasar al lado de la guerrilla tuvo como primer fin ajusticiar al jefe Yang antes de tomar parte en la liberación de China. Elegimos a Xinancha como objetivo después del de Laoling, porque consideramos, entre otras cosas, el hecho de que ese chino desertor conocía bien la situación del lugar.

Decidimos atacar en pleno día. Los policías almorzaban y limpiaban las armas entre las 12 y 13 del mediodía. Si irrumpíamos en ese momento, cuando tenían sus armas desmontadas, podíamos dominarlos sin enfrentar una seria resistencia.

Los guerrilleros, vestidos como campesinos, con sombreros de paja y aperos, se acercaron, y al pasar rápidamente por la puerta del muro asaltaron como un relámpago el puesto policíaco. El jefe y los demás efectivos se rindieron casi sin resistencia. Igual suerte tuvo el cuerpo de autodefensa. Al concluir la operación improvisamos un escenario frente al puesto policíaco y ofrecimos una función artística. Después dimos fuego al edificio y nos retiramos en dirección a Xigang.

Con los prisioneros realizamos un trabajo de explicación y les entregamos dinero con el consejo de que volvieran a sus pueblitos natales. Uno de ellos preguntó por lo bajo a un compañero nuestro:

—Señor guerrillero, ¿cómo pasaron por la puerta del muro?

—Volando. —El guerrillero le contestó con una broma.

—¡Dios sabe cómo! ¿Qué estaban haciendo esos condenados centinelas?

El asalto al puesto policíaco de Xinancha asestó, tal como queríamos, un duro golpe psicológico al jefe Wang. Ahora siquiera para conservar su honor personal tenía que intensificar las operaciones de “castigo”.

Kim San Ho, junto con su grupo de unos 30 hombres, apareció en las cercanías de la ciudadela distrital de Fusong con la misión de atraer a Wang. Ordenó a los suyos se vistieran con uniformes de las tropas de bosque. El se disfrazó con uno de jefe de sección. Sabíamos que el color negro de esos uniformes era la carnada que más despertaba el gusto de Wang.

Una noche el grupo bajó a un poblado cerca de la ciudadela, y fingiendo ser de una tropa de bosque, armó un alboroto al arrojar afuera los bienes de los campesinos e hizo lo mismo en la aldea Huangnihezi, retirándose después sigilosamente hacia el valle que estaba cerca.

Al conocer lo sucedido, Wang se puso furioso y en las primeras horas de la mañana del siguiente, al frente de su unidad, se dirigió a toda prisa hacia Huangnihezi.

Antes de iniciar la persecución atraído por el grupo guerrillero fanfarroneó ante los aldeanos:

—Espérenme sin preocupación. Voy a acabar con todos esos bandidos. Preparen un rico banquete, pues volveré antes de la hora de almuerzo con las cabezas de esos condenados.

Los policías comenzaron a subir al monte, pero allí se encontraban emboscados los combatientes del décimo regimiento, a quienes se juntaron por la madrugada Kim San Ho y su grupo.

Nuestros combatientes colocaron monigotes para distraer la atención de Wang, y escondiéndose entre ellos, abrieron fuego primero.

Al ver las siluetas en uniformes negros, Wang y su gente avanzaron con todo ímpetu hacia ellas a la vez que les gritaban que se rindieran. La pertinaz reacción de los “soldados de la tropa de bosque” que no levantaban las manos ni huían y ni tampoco caían, sacó a Wang de quicio. Hizo esfuerzos desesperados tirando con dos pistolas, pero no pudo salvarse.

No sabemos qué lección habrá sacado en sus últimos momentos de vida. Si llegó a comprender qué fin tiene la traición a lo justo, podría decirse que fue lo menos malo. Aunque lo hubiera comprendido, ya era tarde.

La noticia de la derrota del jefe Wang trajo de diversas partes comandantes de las unidades antijaponesas que solicitaron a Kim San Ho que les vendiera su cabeza. Decían que para vengarse de quien había decapitado a numerosos oficiales y soldados de sus unidades y colgado sus cabezas en los postes, querían colocar la suya

en lo alto de la puerta de la ciudadela de Fusong para que la viera todo el mundo.

Ordené a Kim San Ho que el cadáver, sin ser tocado ni un cabello, se enviara a la policía de Fusong.

Con posterioridad, oímos que la ceremonia de su entierro se efectuó pomposamente. Y esto hizo que se hablara mucho de nuestro ejército. Entre los enemigos se corrió ampliamente el rumor de que quienes se enfrentaban a nosotros encontraban sólo la muerte.

De los combates de Xinancha y de Huangnihezi da una descripción relativamente detallada la larga novela *Historia*, de Han Sol Ya.

Después de quitar de en medio a Wang nos propusimos aplastar a las fuerzas japonesas para hacer nuestra toda la zona de Fusong. Enviamos exploradores en todas direcciones para recoger informaciones y así llegamos a saber que un destacamento japonés de unos 60 hombres se desplazaría en barco de Fusong hacia Linjiang. Sin perder tiempo organicé una emboscada. Ese combate resultó también un éxito. En el barco averiado pudieron escapar sólo diez y tantos, el resto fue tragado por las aguas.

Al cabo de unas operaciones más de esta índole, la zona de Fusong quedó bajo nuestro total control.

Aquel verano nos acantonamos durante algún tiempo en Daying. Nos alojamos en las tiendas instaladas alrededor de la fuente termal y realizamos diversas actividades, entre otras, la creación de las organizaciones de base de la Asociación para la Restauración de la Patria y la instalación de una imprenta, una sastrería, un taller de reparación de armas, un hospital y otros campamentos secretos en los bosques de Fusong y Linjiang.

Los enemigos se estacionaban cerca de nosotros, al otro lado de una lomita. Cuando llegamos les pasamos un mensaje para advertirles que teníamos la intención de permanecer cierto tiempo al lado de la fuente termal, por lo que no deberían ni asomarse ante nosotros ni tampoco huir, sino quedarse quietecitos y proporcionarnos cosas que nos hacían falta bajo la condición de garantizarles la vida y la seguridad...

No se atrevieron a acercarse ni a huir. Cumplieron dócilmente el papel de suministradores tal como les aconsejamos. Si les exigíamos, por ejemplo, zapatos de tela o harina de trigo, nos los mandaban. Fue por esos días que Wan Shun me envió un emisario para saludarnos y felicitarnos por haber derrotado a Wang. Algún tiempo después vino personalmente a visitarnos. Era un viejo testarudo que cuando le habíamos escrito e incluso enviado un embajador para exhortarle encarecidamente a formar el frente conjunto, no nos había dado ni respuesta. Pero esa vez llegó por sí solo. Resultaba sorprendente. Habíamos sido nosotros los que nos acercamos al comandante Yu y a Wu Yicheng para constituir el frente conjunto, y ahora, después que derrotamos a Wang, el muy conocido Wan Shun venía a vernos.

A primera vista parecía viejo, mucho mayor de 50 años. Sus ojos eran turbios, quizás como consecuencia de la intoxicación del opio. Al verme, dijo:

—Los soldados de nuestra unidad antijaponesa consideran unánimemente al Comandante Kim su mayor bienhechor por habernos quitado de en medio a Wang. Le hago esta visita para agradecerse y, al mismo tiempo, manifestar mi deseo de entablar la hermandad con usted. Ruego, Comandante Kim, que olvide todos los disgustos que le he causado hasta ahora por mi chochera, y trate con magnanimidad a este viejo que corrió un largo camino con buenas intenciones y establezca lazos de hermandad en un *jiajiali*.

La propuesta nos hizo vacilar por un rato. Le dije que pensaría en aceptarla si él cumplía algunas condiciones que había propuesto anteriormente al comandante Yu y a Wu Yicheng al integrar el frente conjunto. Consistían, entre otras, en que las unidades antijaponesas debían mantener buenas relaciones con las nuestras, como entre dos ejércitos amigos; que bajo ninguna circunstancia se rendirían ni entregarían ante el imperialismo japonés; que no saquearían más los bienes del pueblo; que protegerían por todos los medios a nuestros trabajadores clandestinos y enlaces; y que intercambiarían regularmente con nosotros las informaciones.

Para nuestra sorpresa, Wan Shun las recibió sin ninguna objeción.

Cada vez que le daba explicaciones complementarias a esas condiciones, aprobaba con una inclinación de la cabeza, sin dejar de exclamar “valiosas opiniones”, “ideas clarividentes”.

Después de unas cuantas horas de conversación formamos el frente conjunto y ambos ejércitos se hicieron amigos.

Wan Shun no incumplió ni una sola vez su compromiso.

Las acciones encaminadas a castigar a Wang y atraer a Wan Shun constituyeron un acontecimiento para el Ejército Revolucionario Popular de Corea en el período posterior a la Conferencia de Nanhutou. Su significación no consistía sólo en haber demostrado su poderío al imponerse sobre los enemigos en el plano militar. Los incansables esfuerzos que llevamos a cabo en la zona de Fusong representaron un sólido fundamento en la preparación de un punto de apoyo para nuestro avance a la zona del monte Paektu. Estos desvelos dejaron grabados inolvidables recuerdos en el camino de la formación del frente conjunto de los pueblos y fuerzas patrióticas coreanos y chinos.

## 2. En la entrañable ciudadela

Wan Shun cifraba grandes esperanzas en establecer el *Jiajiali* o hermandad espiritual con nosotros. Con esa iniciativa, quiso tener con el Ejército Revolucionario Popular relaciones de amistad y buena vecindad para alcanzar la preponderancia militar sobre el enemigo. También lo había pedido Wu Yicheng. En las unidades antijaponesas chinas era común esa inclinación de tratar de aliarse a nuestro ejército y amarrar a los comunistas con este lazo, valiéndose de los resortes del *Jiajiali*.

Empero, su establecimiento no implicaría de por sí un frente común antijaponés, ni su desarrollo como una firme alianza. Sólidas conexiones camaraderiles pueden formarse sólo en medio del combate, y su valor, comprobarse únicamente en sucesivas pruebas.

Efectuar operaciones militares conjuntas encaminadas a mantener a raya al enemigo en vista de las nuevas circunstancias creadas con nuestro avance hacia el monte Paektu, podía servir de formidable motivo para convertir a las tropas antijaponesas chinas en fieles aliadas del Ejército Revolucionario Popular y hacer sólida la coalición con ellas.

El asalto a la ciudadela distrital de Fusong, en agosto de 1936, fue un combate representativo que hizo un especial aporte para consolidar ese frente común.

—Ya estamos en el frente común, y ¿qué le parece atacar juntos a una gran ciudad amurallada? —pregunté distraídamente a Wan Shun.

—Sí, estoy de acuerdo —contestó con gusto sin pensarlo mucho—. No tendremos enemigos que no podamos vencer si operamos junto al ejército del Comandante Kim. Con el ánimo que tengo puedo decidir el destino del mundo. Vamos a atacar a una gran fortaleza.

Su respuesta estaba tan llena de convicción que me dejó

asombrado, porque él, como caudillo de una tropa de bosque, siempre huía ante el ejército japonés, sin atreverse a hacerle frente. No se sabía si fanfarroneaba así por el efecto del opio.

Wan Shun no vaciló en fumarlo ante nosotros, en expresión de singular confianza en nosotros. Por lo común, los opiómanos chinos no lo hacían en absoluto ante desconocidos. En diversos aspectos era bueno que nos considerara como íntimos amigos suyos. No abusaba de la droga hasta que ocupó la jefatura de una unidad antijaponesa. Además, combatió con denuedo. La acumulación de méritos en cada batalla le hizo subir sin tardanza a la comandancia de una gran agrupación.

Pero, en una ocasión su tropa cayó en un cerco del ejército japonés y estuvo a punto de desaparecer. Burlar la encerrona le causó muchas bajas y Wan Shun a duras penas logró salvarse. Esta trágica peripecia lo volvió pesimista. Para sus soldados, indisciplinados y equipados con pobre armamento, el ejército japonés resultaba un adversario demasiado poderoso que se abalanzaba sobre ellos como una manada de chacales, lanzando gritos desesperados. Encima, el comandante Wang les perseguía y golpeaba en todas partes.

Wan Shun se replegó hasta un monte inaccesible, donde levantó un muro de barro y, encerrado allí, y renunciando al combate, mantenía con dificultad a su tropa con lo que arrebatava a los habitantes, lo cual contribuyó, naturalmente, a crearle hábitos de bandolero. El viejo “caudillo de bandidos” empezó a matar el tiempo fumando opio, entre suspiros y resentimientos.

El tedio en la vida militar hizo que muchos de sus soldados regresaran a sus aldeas, abandonando las armas, o se convirtieran en bandoleros, e, incluso, hubo quienes levantaron bandera blanca y se fueron al ejército títere manchú. Los oficiales se dedicaban a juegos de azar y ni siquiera conocían cómo marchaba la situación. Con frecuencia golpeaban a sus subalternos o les gritaban los más feos improperios; por esta arbitrariedad empeoraban indeciblemente las relaciones entre los superiores y los subordinados.

La tropa estaba a punto de desaparecer.

Para salvarla de la crisis debíamos realizar la alianza con ella y, sobre esta base, organizar acciones conjuntas para convencer a sus hombres de que podían salir victoriosos en el combate. Fue por ello que después de concertada la coalición le propusimos a Wan Shun asaltar una gran ciudad amurallada, a lo que de inmediato contestó positivamente. Así, el asunto quedó resuelto fácilmente.

—Al ver que el Comandante Kim atacaba a la tropa de Wang, todos mis soldados quedaron admirados —expresó Wan Shun—. Si saben que queremos asaltar una ciudad junto con su ejército, también lo aplaudirían; le ruego, pues, que trace pronto el plan de operaciones.

Lo habían impresionado mucho nuestros triunfos en los combates de Laoling, Xinancha, Xigang, Daying, y otros, y consideraba misteriosos el método de combate y la táctica que habíamos aplicado.

Me preguntó cuál era mi método de combate para obtener sucesivas victorias, y recordó que desde la guerra Chunqui (período entre 770 y 476 a.n.e) los célebres generales chinos vencían valiéndose de la inteligencia y los japoneses peleaban sirviéndose de la temeridad.

Con una sonrisa le respondí que, desde luego, era importante el método de combate, pero lo era más el estado psicológico de los soldados.

Wan Shun expresó que podía conocer a primera vista que todos mis subalternos tenían un fuerte espíritu combativo y valor sin par, pero que los suyos eran estúpidos, sin excepción, y no se podía confiar en ellos, y lanzó un hondo suspiro.

—Señor comandante, —le consolé—, no es cosa de desanimarse. Si acertamos a desplegar la lucha conjunta antijaponesa, ellos podrán recuperar el valor. Ahora, le toca escoger una ciudadela adecuada para atacar.

Agitó con presteza una mano y afirmó que sería mejor que lo hiciera yo.

Analizamos el tema, pero no llegamos a una identidad de

critérios. Aunque él deseaba, a mi juicio, asaltar a la ciudadela de Fusong, no se obstinó en ello, lo que me aliviaba el alma, pues, junto con Jilin, era un lugar querido por mí que no podría olvidar en toda mi vida.

Se trataba de una cabecera distrital común, que tenía su igual en cualquier punto del territorio manchú. Cuando estudiaba en una de sus escuelas primarias no tenía ningún edificio de más de dos pisos, ni se beneficiaba del servicio eléctrico. Los centenares de casas dispersas por sus calles eran, generalmente, viejas chozas con techos de paja o tugurios. Desde luego, entre ellos figuraban casas con tejas, de ladrillo, o las de madera bien construidas, pero en número tan reducido que se podían contar con los dedos.

Sin embargo, amaba como parte de mi ser todas esas chozas y cabañas atenazadas por la pobreza, y adondequiera que llegaba, recordaba con cariño singular, como si fueran de mi querida aldea, la puerta Xiaonanmen y el río Toudaosonghuajiang que había frecuentado.

En esta ciudadela escuché el testamento de mi padre, que me sirvió de brújula para mi vida posterior. Habían transcurrido diez años de su entierro en Yangdicun adonde fui detrás de su ataúd. Como dice un refrán: diez años son suficientes para transformar montes y ríos, y quizás habría cambiado de fisonomía el panorama de los contornos de su tumba.

Mantener a raya al enemigo de Fusong tenía, desde diversos ángulos, una gran significación para cumplir nuestro propósito estratégico de avanzar hacia el monte Paektu. Lo sabía mejor que nadie, mas, no podía decidir el asalto en el acto.

Después que me despedí de Wan Shun, y mientras dirigía organizaciones de base de la Asociación para la Restauración de la Patria, ordené realizar intensas labores de reconocimiento sobre varias ciudadelas para escoger una adecuada para atacar.

Cuando estábamos preparando las operaciones conjuntas con la unidad de Wan Shun, llegó de sopetón, sin ningún aviso previo, Li Hongbin, comandante del primer destacamento de la tropa de Wu

Yicheng, al frente de sus hombres. Venía con el rostro bañado por el sudor y el uniforme sucio de polvo y salitroso, pues había hecho una larga caminata forzada, soportando el bochorno veraniego.

El destacamento formaba parte del grueso de la tropa de Wu Yicheng y tenía mayor combatividad. El mismo Li Hongbin era un oficial capacitado, tan fiel a éste que lo llamaban su brazo derecho y en la misma medida disfrutaba de su confianza. Era mi viejo amigo con quien podía intercambiar incluso chistes verdes, sin ambages.

“¿Para qué habrá aparecido en Fusong, en busca de nuestro Ejército Revolucionario Popular en marcha hacia el Sur, la tropa de Wu Yicheng de la que me separé después del corto encuentro en Qinggouzi, en Manchuria del Norte?”, me pregunté.

Li, sin reparar en el cansancio acumulado durante el largo viaje, empezó a transmitirme alegre los saludos de Wu:

—Me envió el Comandante Wu. El viejo me ordenó que encontrara en cualquier lugar a su ejército que marchaba hacia el Sur, rumbo al monte Paektu, y realizara operaciones conjuntas con ustedes.

Y agregó:

—Cuando me lo dijo, quedé confundido, así que le pregunté a qué parte de esta tierra manchú tan vasta como un mar debía ir yo para encontrar al ejército de Kim Il Sung, que se desplaza con sobrenatural ligereza, a lo que me contestó: “Tonto, ¿para qué tanta preocupación? No me importa que vayas de lado o en cuatro pies, de todos modos, ve adonde se escuchan más disparos; allí está el Comandante Kim.” Y estuvo en lo cierto porque los oí precisamente aquí, en la zona de Fusong.

—Sí, —intervine—, es verdad que nuestro ejército dispara cada día aquí. Asaltaremos pronto a una gran ciudadela junto con la gente de Wan Shun. Si no se opone, quiero que su destacamento participe en esta operación; ¿qué le parece?

—No hay por qué rechazar tal suerte, ya que el Comandante Wu me mandó aquí, empujándome por la espalda, con la misión de efectuar operaciones conjuntas. Afirmó que nos seguiría cuando concluyera las tareas que le quedaban.

Para nosotros fue motivo de redoblada alegría que se nos uniera el destacamento de Li Hongbin, en los instantes en que acababa de lograrse la alianza con la tropa de Wan Shun.

Sentí como un torbellino en el corazón, pues Li venía a ayudar a nuestro Ejército Revolucionario Popular, sin reparar en tanta caminata. Durante nuestro encuentro en Qinggouzi, Wu Yicheng estaba desanimado, quejándose mucho del procedimiento de Zhou Baozhong que no lo nombraba comandante del frente de las tropas antijaponesas. Hasta entonces, casi no tocó el tema de la colaboración.

No obstante, al mandarnos a Li Hongbin diciendo que mantendría hasta la muerte el frente unido con el partido comunista que dirigía Kim Il Sung, expresó su apoyo y confianza invariable hacia nosotros. Es verdad que había vacilado después que Wang Delin entró en el interior de China, pasando por la Unión Soviética, pero perseguía invariablemente la colaboración, no renunciaba a la gran obra del frente unido, lo cual era, de veras, un proceder digno de elogiar.

Por fortuna, Wan Shun estaba a nuestro lado, así que Li Hongbin tuvo que participar en la discusión de las operaciones conjuntas, sin siquiera tener tiempo para zafarse los cordones de los zapatos.

Volvimos a consultar la cuestión relativa al objetivo de ataque.

Sugerí a Mengjiang. En el verano de 1932, en el camino de regreso de la visita a la tropa de Ryang Se Bong, estacionada en Tonghua, permanecí allí casi un mes, reforzando nuestras filas y reordenando las organizaciones clandestinas. Como lo conocíamos bien y teníamos preparada una base de sostén, si lo asaltábamos, podíamos salir victoriosos del combate con facilidad.

Wan Shun expresó su disgusto, arguyó que estaba demasiado lejos y que, además, aunque lográramos vencer era probable que cayéramos en un cerco enemigo en el camino de regreso. Mantenía el deseo de atacar a Fusong.

—Comandante Kim, vamos a asaltar Fusong —gritó también Li Hongbin, con los puños apretados.

Tenía un motivo para proceder así. Antes de abandonar Emu,

mandó a su jefe de compañía Mou Zhenxing de patrulla de avanzada para descubrir nuestro paradero, pero éste, cuando cumplía su misión, fue apresado por la gendarmería de Fusong.

El enemigo lo compelia a confesar el objetivo de su presencia en Fusong y con quién debía encontrarse. Mou Zhenxing respondió con el silencio. Cansadas de torturarlo, las bestias de la gendarmería le echaron agua hirviendo en la boca. En un santiamén, quedaron abrasados y deformes los tejidos de ésta y la garganta, y los labios se cubrieron de ampollas. Sin embargo, el prisionero, con férrea voluntad, resistía callado, sin rendirse.

Finalmente, lo llevaron al extremo norte de Fusong, para fusilarlo junto con campesinos patrióticos de la zona inculcados injustamente de “cómplices de los bandidos comunistas”. Pero, por suerte, las balas no le dieron en puntos vitales. Cayó sobre otro cuerpo y un hombre de buen corazón se lo llevó a su casa, lo curó y lo devolvió a su unidad. Por boca de este Ave Fénix fueron revelados al mundo los viles asesinatos de los soldados y policías japoneses allí dislocados.

Li Hongbin relató sobre algunos de esos crueles asesinatos que Mou Zhenxing había visto y oído en la gendarmería:

Después que el comandante Wang cayó muerto, los soldados y policías japoneses, pretextando la búsqueda de “cómplices de los bandidos comunistas”, bloquearon las puertas de la ciudadela y establecieron un salvoconducto para los habitantes que pasaban por ellas. Detenían y torturaban a todos los que no lo llevaban o lo llevaban con plazo vencido, y quienes resistían los mataban sin que lo vieran ni ratones ni pájaros, con una crueldad inimaginada, ni en la historia antigua ni en la contemporánea. Reunían a los detenidos en el hotel situado cerca del puente Ximenqiao, y en la madrugada les aplicaban el *sicham* a la orilla del lago, cerca del río Toudaosonghuajiang, fuera de la puerta Ximen. El *sicham* era un método de matar que hacía estremecer hasta a las fieras carnívoras, al degollar a la persona con un sable bien afilado de manera que el verdugo viera su sangre para cultivarse la cualidad de un militar. Los cadáveres los echaban al lago, por lo que era más que natural que la

gente de Fusong lo llamara estanque de muerte. El enemigo detenía con presteza a los que delataban este secreto y hacían lo mismo con ellos.

La sangre me hervía de indignación. Y me embargó un fuerte remordimiento cuando comprendí que haber pensado que no debíamos quebrantar con disparos ni ennegrecer con humo esos hermosos recuerdos sobre Fusong, no pasaba de ser una compasión inútil.

A decir verdad, de entre las ciudadelas en los alrededores del monte Paektu, Fusong, junto con Linjiang y Changbai, era un punto estratégico militar por el que tenía el enemigo especial interés. El imperialismo nipón lo consideró como un centro de apoyo para “garantizar la seguridad en la región oriental de la parte noreste de China” y mantenía estacionada allí una colosal cantidad de efectivos, entre otras, el ejército de Guandong, el ejército títere manchú y la policía.

También estaba anidada la tropa élite de Takahashi de la que se decía habíase forjado en el combate práctico. Mantenerlo a raya, pues, cobraba una gran importancia para tener bajo nuestro control la zona del monte Paektu.

Me inquietaba sin cesar la sensación de escuchar, no sabía de dónde, los reclamos: ¡Desquitemos del resentimiento al pueblo aniquilando al brutal enemigo anidado en la ciudadela distrital de Fusong!, ¡Salvemos a los inocentes condenados a muerte por *sicham* en el interior de la ciudadela convertida en un infierno!

¡La atacaremos primero!, determiné. ¿Por qué debemos ir a Mengjiang, haciéndonos los de la vista gorda ante la tragedia de sus habitantes inocentes, con los que tengo establecidos entrañables lazos y que se convierten cada día en víctimas del sable nipón?; si la asaltamos, podremos desquitar a los lugareños de su resentimiento, colocar sobre una base sólida el frente unido con las tropas antijaponesas chinas, así como también apoderarnos con más facilidad de la zona del Paektu; es una batalla que no debemos demorar ni un momento; será el más cordial saludo y la expresión

más ardiente y sincera de amor que podremos entregar a sus habitantes.

Decidí, pues, atacarla y abrir así una coyuntura definitiva para controlar el noroeste del Paektu.

Acordado el objetivo de ataque, volvimos a organizar el reconocimiento, ahora más detallado, sobre la ciudadela.

El análisis de los partes nos hizo prever una batalla muy dura. La ciudad tenía instalaciones defensivas mucho más sólidas que las previstas: estaba rodeada por una fuerte muralla de barro y torres artilladas, como todas las demás de Manchuria.

Lo único que nos favorecía era que los centinelas de las puertas integraban una compañía del ejército títere manchú que estaba bajo nuestra influencia, y que yo mismo conocía al dedillo la ciudadela. En esa compañía funcionaba una asociación antijaponesa constituida por activistas políticos clandestinos de nuestro ejército. Su responsable era el subjefe de compañía Wang, quien nos prometió que abriría de una vez todas las puertas de la muralla a la hora del ataque, y que para ello colocaría como guardianes a confiables miembros de la organización.

Convocamos a la reunión de operaciones y distribuimos las tareas combativas. Nuestro ejército debía ocupar el fortín en el monte del Este y avanzar luego hacia las puertas Dananmen y Xiaonanmen, para aniquilar a los enemigos en el interior de la ciudadela. A las tropas antijaponesas chinas les tocó atacarla por las Dongmen y Beimen. Además, planeamos que un día antes del combate asaltaríamos Songshuzhen y Wanlianghe (Wanliangxiang) con pequeñas unidades del Ejército Revolucionario Popular para desviar la atención del enemigo que velaba sólo por la defensa de la ciudadela.

Se podía decir que el plan de operaciones estaba confeccionado de manera ideal. Estábamos convencidos de que el combate se coronaría con el triunfo del ejército aliado.

No obstante, nos equivocamos: el asalto a Fusong tropezó desde el primer paso con graves obstáculos. La causa principal consistió en

que las tropas antijaponesas chinas no respetaron la hora de llegada convenida, moviéndose a su albedrío. El destacamento de Li Hongbin, con demasiado entusiasmo, marchó directamente hacia la Dongmen sin pasar por Jianchanggou, punto de encuentro, y para colmo, el grueso de la tropa de Wan Shun no llegó en el momento acordado, lo que me inquietó mucho. Envié un enlace a esta última, pero sus soldados no asomaron la cabeza en Jianchanggou hasta más de una hora después.

El día y la hora del ataque los definimos en conjunto todos los comandantes a base de suficiente cálculo de los pro y los contra.

Los jefes de las tropas antijaponesas, por superstición, estaban muy restringidos para escoger el día. Li Hongbin tenía gran interés por el número que formaba el día y la hora. Argumentó que según la filosofía de la luz y la oscuridad el número par representa la oscuridad y el impar la luz, así que para tener suerte en todas las obras importantes debían escogerse números impares 1, 3, 5, 7 y así sucesivamente, como día y hora para ejecutarlas.

No tuvimos en cuenta esa filosofía, aunque por casualidad, fijamos iniciar el combate a la una del 17 (primero de julio según el calendario lunar), lo cual satisfizo a Li Hongbin.

Wan Shun, que llegó a Jianchanggou al frente de algunos de sus efectivos, trajinaba sin saber qué hacer e impuso a sus soldados que, juntando las palmas de las manos, recitaran algo como plegarias hacia el cielo del oriente. Quizás solicitaba ayuda a las deidades del cielo y la tierra. Los comandantes de otras tropas lo amonestaban sin piedad, diciendo que los había traicionado. Por las mejillas del condenado se deslizaba a chorros el sudor.

Al ver que ese viejo comandante estaba muy cohibido, siendo objeto de la mirada hostil de los demás, no pude evitar un brote de compasión. Por extraño que parezca, deseaba abogar por él antes que imputarle la responsabilidad. A decir verdad, en la preparación de las operaciones conjuntas mostró más fervor e iniciativa que nadie. Reiteradas veces subrayó a sus soldados la necesidad de respetar de manera estricta la hora y la disciplina en las acciones. Todo esto nos

servió, indudablemente, de gran apoyo y estímulo a nosotros que tanta importancia concedíamos al frente común con las tropas antijaponesas chinas.

Pese a esos esfuerzos desinteresados para realizar la alianza con el Ejército Revolucionario Popular, prácticamente obstruyó el despliegue de las operaciones conjuntas; de ahí esa maldita contradicción que, por fin, me llevó a sentir lástima por él.

Con franqueza, no estaba en condiciones de compadecer o considerar pobre a alguien, pues, con el paso de cada segundo crecía la inquietud que me oprimía el corazón, siendo como era encargado del mando de la batalla. En centenares de batallas que dirigí fue la única vez que experimenté ese estado de angustia y desconcierto.

Sentí desasosiego porque cuando discutimos el plan de operaciones no acentué más la necesidad de respetar estrictamente la hora acordada. Puse énfasis especial en que no debíamos atentar contra la vida y los bienes de los habitantes de la ciudad, ni manchar las relaciones entre el ejército y el resto del pueblo. No deseé ver ni admitir que aquí, en tierras de Fusong, se repitieran las fechorías que los soldados de las tropas antijaponesas chinas habían cometido en el asalto a la ciudadela distrital de Dongning.

Ni siquiera nos habíamos inquietado por la posible tardanza de la tropa de Wan Shun, ni le prestamos atención, de manera que el resultado, creo, nos causó más impacto.

Por la emergencia, que puso en peligro el destino del combate, se presentó una seria situación que nos planteó la disyuntiva de renunciar o tomar una medida extraordinaria. No podíamos abandonar las operaciones difícilmente preparadas, pues implicaría echar agua fría al ardor que había crecido en las vísperas entre los soldados de las tropas antijaponesas chinas y de nuestro Ejército Revolucionario Popular.

La gente de Wan Shun no llegó a tiempo por falta de cigarrillos de opio. Muchos de sus oficiales y soldados eran opiomano, y se decía, no pudieron asegurar el ritmo de la marcha por no aspirar el humo narcotizante.

Se lo enviamos, aunque de mala gana, para garantizar el triunfo en la acción conjunta.

De no haber aplicado esa medida extraordinaria, probablemente ellos hubieran pasado todo el día en el camino.

Cuando asaltamos a la ciudadela distrital de Emu, Wang Runcheng me reveló que las tropas antijaponesas chinas habían combatido relativamente bien junto a nosotros gracias al opio y lo consideré como una broma. Mas, al saber que los subalternos de Wan Shun no sostuvieron el ritmo de la marcha por falta de la droga reconocí que había dicho la verdad.

Todas sus subunidades tardaron mucho en llegar al sitio acordado. El jefe de regimiento, que conducía al grueso, apareció jadeando por último y quiso dar su parte tardío a Wan Shun, quien lo amenazó con matar, esgrimiendo su pistola ametralladora.

Por primera vez en aquel momento experimenté en carne propia la nocividad del narcótico, lo que, más tarde, me obligó a implantar la orden extrema de llevar al paredón a los que caían en ese vicio dentro de las filas guerrilleras.

La historia cuenta que fue por el opio que empezaron, para decirlo así, a deteriorarse las tejas tan brillantes del Imperio Tsing que se enorgullecía de sus seculares tradiciones, y a derrumbarse sus vigas. En un tiempo Tsing efectuó dos guerras contra Inglaterra que lo introdujo de contrabando en su territorio. La droga producida en la India afluyó hasta el imperio, convirtiendo a millones de personas en opiomanos, en tanto que una colosal cantidad de su plata se deslizaba al exterior. Inglaterra obtuvo una superganancia en ese tráfico.

Lin Zexu y otros precursores de Tsing, junto a su pueblo, se levantaron contra los agresores ingleses que contrabandeaban opio. Pese a la fuerte resistencia, Hong Kong, una parte del territorio chino, se concedió a los ingleses, por los actos traidores de la clase gobernante.

En resumidas, puede decirse que el opio se comió a China. El vicio por esa substancia fue la máxima vergüenza y dolor que el Imperio Tsing dejó a los chinos de los siglos XIX y XX. Todavía

entrando en la década de los 30 se vendían de contrabando grandes cantidades en la región manchú. Tanto entre los ricos y mandarines como entre los habitantes comunes que ni siquiera tenían medios de vida para el mañana, existieron muchos que lo fumaban. Cada vez que veía a los opiomanos que miraban distraídamente al mundo con los ojos turbios y la nariz sucia, no podía contener la aflicción, recordando la larga historia de martirios que impuso derramar sangre y lágrimas al pueblo vecino.

Aunque todas las unidades corrían hasta sentir un sabor a hierro en la garganta, fue como cornetear después de pasada la procesión. Los miembros de la Asociación antijaponesa de la compañía del ejército títere manchú, que montaban guardia ante las puertas de la muralla, esperando la señal, ya se habían retirado de sus puestos tras haber metido arena en la caja de mecanismo de las ametralladoras al llegar la hora del relevo. Desde el principio, pues, no marchó bien nuestro plan de operaciones que preveía irrumpir sigilosamente en el interior de la muralla por sus puertas para aniquilar de un golpe al enemigo.

Realmente, en aquel momento pensé hasta en renunciar al combate. En esas circunstancias, tal vez lo más acertado era postergarlo para el otro día.

Así y todo, no renunciábamos a la batalla; teníamos ante nuestros ojos la ciudadela de Fusong, empapada en sangre, era demasiado grande nuestro odio contra el enemigo, e inmensa la esperanza depositada en ella para apoderarnos de la zona del monte Paektu.

¿Qué sucedería si nos replegábamos sin asaltarla con no menos de 1 800 efectivos? El mundo nos pondría en la picota, tildándonos de soldadesca miserable. Entonces, la gran empresa del frente común antijaponés se convertiría irremediabilmente en pompa de jabón y nuestros disparos, que pronto sonarían en el monte Paektu, no darían resultados.

Exhorté a los jefes del Ejército Revolucionario Popular a que por muy compleja que fuera la situación, condujéramos al triunfo las operaciones tan difícilmente preparadas, poniéndonos a la

vanguardia con la decisión de consagrar la vida.

Así el prólogo del asalto a la ciudadela distrital de Fusong se presentaba complicado.

Tan pronto como di la orden de ataque, los miembros del Ejército Revolucionario Popular ocuparon de un tirón el torreón del monte del Este y avanzaron hacia la Xiaonanmen. También los soldados de las tropas antijaponesas chinas corrían rumbo a las puertas Beimen y Dongmen. En la calle frente a la Xiaonanmen se entabló un combate a bayoneta calada. Desde el torreón, una ametralladora disparaba a los que se acercaban a la puerta. Su tableteo era tan fuerte que por poco me dejaba sordo. Había fijado allí cerca mi puesto de mando.

Las unidades del Ejército Revolucionario Popular lograron romper la puerta de la muralla e irrumpir en su interior bajo el amparo de la compañía de ametralladoras.

En el preciso momento en que mis soldados, exponiendo la vida, abrían el primer arremetadero, me llegó el parte de que la tropa de Wan Shun se retiraba atemorizada por los cañonazos enemigos. Ordené al jefe de compañía Ri Tong Hak que fuera pronto con sus hombres a la puerta Beimen para ayudarla.

Poco tiempo después, la gente de Li Hongbin, encargada de la Dongmen, empezó a retroceder sin frenar el contraataque, razón por la cual el enemigo, que salía por esa puerta, avanzaba hacia la Xiaonanmen.

Para colmo de males, se me informó que el grupo comandado por Jon Kwang renunciando al ataque a Wanlianghe, había regresado, lo que me causó zozobra. La razón consistió en que no pudo cruzar el río Toudaosonghuajiang por estar crecido. Que los soldados de Wan Shun huyeran todos a la vez, renunciando al ataque a la Beimen, no fue sólo por el susto que les provocaron los cañonazos enemigos, sino también porque creyeron que ese grupo era un refuerzo del adversario que venía a atacarlos por las espaldas.

La tropa de Li Hongbin se hizo añicos: la dislocación de las formaciones de ataque en la de Wan Shun ejerció una influencia negativa sobre ese flanco.

Como se ve, que Jon Kwang no me informara a tiempo que renunciaba al asalto trajo tremendas consecuencias a la marcha general del combate.

Ya estaba a punto de romper el día y no lográbamos remediar la situación que cada vez se tornaba más desfavorable para nosotros.

En aquel momento, Li Hongbin vino corriendo y me espetó:

—Comandante, parece que ya se ha malogrado todo. Si nos tardamos más, sin duda nos derrotarán completamente.

Deseaba que nos replegáramos de inmediato.

Mirando hacia el cielo matutino que clareaba, gritó desesperadamente:

—¡Ah! ¡Así se termina!

—Jefe de destacamento, —le dije agarrándole por los hombros—, le aconsejo que no se desespere tanto. Cuanto menos ventajosa sea la situación, tanto más debemos estar ojo alerta para convertir el mal en bien. ¿No conoce el refrán: El bien está en el mal, y el mal en el bien?

No dije esto por tener algún proyecto ingenioso para hacer del mal un bien. No tenía más que la decisión de recobrar la iniciativa en el combate, con un movimiento de diversión, aprovechando la retirada general de las tropas antijaponesas chinas.

Llevar al enemigo fuera de la muralla en caso de que se hiciera desfavorable la situación de combate, y acorralarlo en un valle para asediarlo y aniquilarlo, constituyó un principio táctico de las actividades guerrilleras y, al mismo tiempo, una variante que habíamos previsto. Pero, podía surtir gran efecto sólo en la noche.

Debíamos escoger una de las dos alternativas: retirarnos del campo de batalla antes del amanecer o combatir a muerte atacando de frente.

Aunque me decidí por la acción de diversión, estuve dudando en ordenar el repliegue por temor a la pérdida de efectivos, cuando, afortunadamente, surgió un milagro como ayuda del cielo: de súbito empezó a cubrir la ciudadela y sus contornos una neblina tan densa que impedía ver siquiera a una pulgada de

distancia. Era algo así como una magia del cielo y la tierra.

Ordené a todos los comandantes que se replegaran hacia el monte del Este y la loma de Xiaomalugou, conduciendo a sus soldados dispersos.

El enemigo nos seguía con frenesí.

Cuando empezamos a escalar el monte, sonó un disparo desde la garganta del saliente en su parte central. Inquieto, me detuve. Allí se encontraban 7 ó 8 guerrilleras que habíamos dejado para preparar el desayuno después de terminar el combate. Si no me equivocaba, el enemigo se percató de que nuestras unidades se retiraban principalmente hacia ese lugar, por eso intentaba ocupar con anticipación esa garganta para golpear desde dos lados a nuestra comandancia y grueso.

El tiroteo se hacía más intenso. No cabía duda que ellas estaban combatiendo duro contra grandes fuerzas.

Envié al ordenanza y regresó con la decisión de las compañeras Kim Hwak Sil y Kim Jong Suk de defender con su sangre esa posición para la seguridad de la comandancia. Y ciertamente, se salvó gracias a la heroica resistencia de las guerrilleras. Si no hubieran hecho frente a los enemigos, no habríamos sido los primeros en subir al monte. Junto a ellas, la compañía No.4 del séptimo regimiento de nuestro ejército lo defendió a ultranza.

Mientras tenía lugar aquel enconado encuentro, el grueso del séptimo regimiento tendió una emboscada en un largo tramo de la cota al sur del monte, aprovechando la densa neblina. También las tropas antijaponesas chinas ocuparon la elevación al otro lado del valle. Justamente entonces, aquella compañía que cubría al grueso en repliegue se retiró al profundo valle neblinoso, seguida por el enemigo, y se emboscó en un santiamén en la loma donde se terminaba la cañada.

La tropa de Takahashi, tristemente famoso por su método de *sicham*, cayó en una trampa de muerte. Una vez que entró, no podría salir con vida. Con eso se decidió nuestro triunfo.

Durante algún tiempo el combate estremeció cielo y tierra;

disparábamos desde el monte y el enemigo nos respondía desde abajo del valle. Los soldados de Takahashi atacaban en oleadas, táctica cruenta que Wan Shun decía se basaba en el arrojo, pero cada vez retrocedían dejando atrás sólo muertos. Al ver que su ataque no rendía efecto, cesaron de disparar y se pegaron al pie del monte en espera de la llegada del refuerzo.

Ordené el contraataque.

Sonó clara la corneta; nuestros combatientes salieron de la emboscada y segaron sin piedad a los adversarios. A la vanguardia del combate cuerpo a cuerpo se puso Kim Myong Ju, jefe de pelotón del séptimo regimiento, a quien llamábamos “Prisión de Yanji”, apodo que se le quedó después del siguiente suceso:

En la rebelión del 30 de mayo, fue detenido y confinado en la prisión de Yanji. Durante cinco años de cárcel seis veces intentó la fuga, junto con los miembros de la organización clandestina que allí funcionaba. Finalmente, lo logró, eliminando con un hacha al jefe de carceleros.

Tenía otro mote: “Chilsongja”, que significaba pistola de siete cartuchos. Participó y realizó hazañas en siete batallas y fue herido, lo cual quedó reflejado de inmediato en el alias “Chilsongja” inventado por sus compañeros de armas. No temía a la muerte; fue un león de nuestra unidad.

Además, Ryo Yong Jun, jefe de compañía del octavo regimiento, quien ayudó a riesgo de su vida a Kim Myong Ju cuando éste trataba de fugarse de la prisión de Yanji, combatió tan bien como “Chilsongja”. Mantenían una entrañable amistad nacida en medio de la lucha.

Kim Hwak Sil, “La generala” de la guerrilla, disparó la ametralladora con los ojos desorbitados. Contaban que sus compañeros de armas le preguntaron por qué no cerraba un ojo, a lo que contestó que quería ver exacto los mofletes de los japés. Cada vez que ella esgrimía el arma, los adversarios caían en montones, lanzando alaridos. Ese día, participó también en la pelea a bayoneta calada.

Del asalto a Fusong surgió también la anécdota de que Kim Jong Suk, con un Máuser en cada mano, disparó tan rápido como lo hacía una ametralladora, causándole más de diez bajas al enemigo.

El jefe de regimiento de la tropa de Wan Shun, que por poco cae víctima de un balazo por causa del opio, dirigió a sus soldados, dando gritos sobre una roca donde caían como una lluvia las balas enemigas. Todas las tropas antijaponesas chinas desplegaron a plenitud su capacidad.

La unidad “élite” de Takahashi fue completamente derrotada en el valle del monte del Este. El funesto acontecimiento lo conoció el cuartel general del ejército Guandong en la mañana del mismo día. Tiempo después, por los periódicos *Tong-a Ilbo* y *Joson Ilbo*, supe que en aquel entonces, del aeropuerto de Xinjing salieron aviones militares cargados de bombas y proyectiles para ayudar a su unidad estacionada en Fusong, y que de Tonghua, Huanren, Sipingjie, etcétera, marcharon de prisa los refuerzos. También la guarnición de Junggang se envió apresuradamente.

Tal vez Takahashi, como lo había hecho el jefe de batallón Wen en Luozigou, telegrafíara a sus superiores partes exagerados. Si no, ¿cómo fue puesto en movimiento desde todas direcciones hacia Fusong, tan enorme apoyo? Las fuerzas contrarias también venían corriendo, como un aluvión, desde Linjiang, Changbai, Mengjiang y otros distritos vecinos para salvar a Takahashi. No obstante, tampoco esta medida febril puesta en práctica con extraordinaria celeridad pudo sacarlo de la trampa. El 17 de agosto, por la tarde, en momentos en que algunos refuerzos llegaban a Fusong, ya se había decidido la batalla.

Después de registrar las trincheras, nos replegábamos hacia un denso bosque, cuando los aviones enemigos venidos de Xinjing empezaron a bombardear a diestro y siniestro el torreón en el monte del Este destruido por nosotros, y los hogares de los alrededores de la ciudadela.

—Comandante Kim, ¿no será que aquellos aviones han caído en la trampa de su magia? —me dijo Wan Shun, mirando satisfecho a

los bombarderos que bajaban en picada desesperadamente.

Este comentario me convenció de que se había alcanzado con creces el objetivo del asalto a la ciudadela de Fusong.

Por delante de nosotros, centenares de sus hombres mandados por el mencionado jefe de regimiento, caminaban con paso firme, llevando muchos trofeos sobre las espaldas, como si fueran generales que regresaban victoriosos. Sus gestos y pasos estaban tan cambiados que resultaba difícil creer que eran los mismos que por falta de opio no habían podido respetar la hora de cita, causando una gran confusión en las operaciones. En las filas de las tropas antijaponesas no cesaba de sonar la risa.

—Si organizamos otros combates como éste, no cabe duda que dejarán de abusar del opio —le manifesté lleno de convicción a Wan Shun, indicando con una mano a la columna.

Y continué:

—Ahora, ¿no quiere perdonar al jefe de regimiento?

Wan Shun dejó que las lágrimas brotaran de sus ojos y contestó:

—Gracias, Comandante Kim. Francamente, quería solicitárselo. Al sugerírmelo, usted nos ha perdonado a todos nosotros. Ahora parece que también mis muchachos pueden comportarse como personas. Yo, siguiendo a Wu Yicheng, mantendré hasta la muerte el frente unido con usted.

Sin duda, el asalto a Fusong, al igual que los combates en la ciudadela distrital de Dongning y Luozigou, constituyó un acontecimiento estimulante que abrió el camino de transformación ideológica a los oficiales y soldados de las tropas antijaponesas chinas. En esta batalla experimentaron por primera vez el efecto del frente unido. Es una ley que la práctica siempre da una convicción más viva y segura que la teoría. El asalto a Fusong comprobó una vez más que nuestra idea y teoría respecto al frente unido con las tropas antijaponesas chinas no eran vanas palabrerías, sino verídicas, auténticas.

A la luz de la táctica, el hecho nos dejó muchas y profundas lecciones. Hasta entonces, en mis incontables batallas, ni una vez vi un combate como aquél tan variable. Si en la guerra se altera la

situación, es, en líneas generales, por el movimiento del enemigo. Mas, en el asalto a la ciudadela de Fusong las alteraciones se produjeron por nuestra culpa, y por eso se creó confusión aunque fuera momentánea.

Siempre que en el desarrollo de la batalla ocurran cambios inesperados y surjan obstáculos, el comandante debe exprimirse el cerebro para idear métodos oportunos que le permitan superarlos con estoicismo, férrea voluntad y osadía. Esta exigencia se presenta, inevitablemente, tanto en la lucha contra el enemigo en defensa de los intereses del Estado como en los esfuerzos para la transformación de la naturaleza y la sociedad. Enfrentarse con habilidad a los cambios de situación y decidirse con presteza en el momento exacto, constituye una cualidad importante que todos los comandantes deben poseer.

Me sentí muy satisfecho por el resultado del combate de la ciudadela de Fusong. Digo con sinceridad que concedí más importancia a la significación política que a la militar y práctica que tenía su victoria.

Puedo resumir su significado político en estas palabras: la consolidación del frente común con las tropas antijaponesas chinas y el encuentro de la vía más segura para tomar la zona noroeste del monte Paektu en nuestras manos. El número de efectivos enemigos caídos y las dimensiones del botín de guerra no me vienen frescos a la memoria. Pero, no me causa ninguna pena.

### 3. Estreno de *Mar de sangre*

Creo que se han realizado muchos estudios sobre el arte y la literatura del período de la Revolución Antijaponesa. Podría decirse que se rescató la mayor parte de los originales de las obras y casi terminó su adaptación al gusto estético moderno. El arte y la literatura nacidos en el fragor de la Revolución Antijaponesa constituyen hoy las tradiciones de nuestro Partido para estas esferas y son inapreciable tesoro que ocupa un lugar destacado en la historia artístico-literaria de nuestro país.

No tengo la intención de hacer una disertación teórica acerca del arte o la literatura de aquel período, como si fuera un especialista. Quisiera referirme sólo a las funciones de nuestra unidad en Manjiang. Pienso que su presentación ayudaría en cierto grado a conocerlos de modo integral.

Sabíamos que crear una obra artística era una tarea intelectual tan difícil y compleja como un asalto a una ciudad amurallada. No por eso dejamos de dedicarles tiempo y esfuerzos a las actividades artísticas y hacíamos cualquier cosa que las facilitase.

Si en nuestra guerrilla hubiera existido siquiera un solo escritor o artista, no nos habríamos visto obligados a experimentar directamente los dolores y angustias de la creación. Desgraciadamente no había ningún guerrillero con tales profesiones.

Por supuesto, hubo algunos que, animados por los éxitos combativos del Ejército Revolucionario Popular de Corea, y por nuestra fama, intentaron incorporarse a él.

Si se hubiese materializado su propósito, habríamos contado con un grupo de cronistas capaces de registrar nuestras acciones, y con otro de talentosos creadores, imprescindibles para editar publicaciones y preparar representaciones artísticas. Entonces habríamos podido desarrollar intensas actividades de propaganda y agitación.

Como no teníamos tampoco ningún especialista en historia, de la tarea de escribir los anales se ocuparon personas sin la preparación necesaria. Representantes de nuestros cronistas eran Ri Tong Baek y Rim Chun Chu. Ellos hicieron muchos apuntes, pero en su mayoría se perdieron o quemaron.

Después de la liberación, nuestros especialistas se entregaron a estudiar la historia de la Revolución Antijaponesa sin tener casi nada en qué basarse. La mayor parte de los documentos se confeccionaron a partir de los recuerdos de los participantes. Sirvieron como referencia muchos documentos ocupados a los enemigos, pero algunos materiales ora tergiversaban ora se exageraban o menguaban los hechos, razón por la cual tropezaron con numerosas dificultades para sistematizarla y estatuir la. Además, a causa de la actitud obstaculizadora e indiferente de fraccionalistas contrarrevolucionarios que ocupaban importantes puestos en la esfera de divulgación, la recopilación plena de los materiales comenzó apenas a finales de la década del 50. Debería considerarse como consecuencia de esta circunstancia peculiar el hecho de que en nuestros libros referentes a esta historia existan, aunque en parte, pequeñas faltas de coincidencia de fechas y lugares.

Los combatientes antijaponeses lucharon no para dejar sus nombres en la historia sino para crearla. Cuando peleábamos en las montañas vencíamos incontables dificultades desde la posición de que no nos importaba si nos recordarían o no en la posteridad. Si hubiéramos empuñado los fusiles para dejar nuestros nombres grabados en la historia, no habríamos podido crear la gran epopeya que hoy nuestros descendientes llaman historia de la Revolución Antijaponesa.

La guerra de guerrillas nos imponía a menudo cambiar nuestra posición en medio del asedio y persecución del enemigo, y en estas condiciones era difícil guardar de modo seguro siquiera un solo documento secreto. Para no comprometernos en circunstancias imprevistas quemábamos, tan pronto como leíamos, las esquelas que recibíamos de la zona enemiga. Otros documentos y materiales

fotográficos que considerábamos tenían valor, los enviábamos metidos en mochilas a la Internacional Comunista.

En 1939 despachamos varias mochilas con esa carga, pero no llegaron a su destino. No pocos de los materiales perdidos entonces aparecieron más tarde entre los documentos de la policía japonesa y publicaciones, lo que hace suponer que en el camino fueron asesinados quienes los transportaban. Si algo trajimos al retornar a la patria, no fueron anotaciones históricas ni documentos referentes a asuntos de la organización, sino libretas con canciones revolucionarias y los nombres y direcciones de los compañeros de armas.

La falta de materiales es la mayor dificultad con que tropiezan nuestros investigadores de la historia de la Revolución Antijaponesa. Los lacayos de los imperialistas, los autores vendidos y los especialistas venales de la burguesía, ignorantes de las condiciones peculiares de nuestra revolución y de su compleja situación interna, se empeñan en menoscabar por todos los medios, con el montaje de datos y hechos sacados de unos cuantos documentos, la historia revolucionaria antijaponesa que forjaron a precio de su vida los hijos e hijas de Corea fieles sin límites a la patria y a la causa de la revolución.

No es sorprendente ni nuevo que quienes detestan nuestros ideales y régimen social empleen un lenguaje hiriente para minimizar la importancia de la historia revolucionaria de nuestro Partido. La historia no puede tacharse con tinta ni quemarse ni tampoco despedazarse a cuchilladas. Digan lo que digan, nuestra historia seguirá siendo lo que es.

Recuerdo que a raíz de la Conferencia de Donggang concebí el drama *Mar de sangre* y empecé su guión. Puedo decir que la inspiración me la dio la *Canción sobre las operaciones de castigo en Jiandao*.

De niño aprendí esta canción de mi padre, quien, además, nos contó a menudo, a mis compañeros y a mí, sobre las operaciones de “castigo” en Jiandao. Después de organizar la guerrilla en Antu

marché a Manchuria del Este con la unidad. Allí la población sufría increíblemente a causa del “castigo” de los militares y los policías japoneses. Jiandao se había convertido, en el verdadero sentido de la palabra, en un mar de sangre, donde no cesaban las masacres. Cada día los sables y las bayonetas mataban decenas e, incluso, cientos de personas.

Ese mar de sangre me hacía recordar aquella canción, y no podía contener la indignación ante el martirio y la desgracia de nuestra nación.

Sin embargo, admiré en gran manera que los coreanos residentes en Jiandao, sin someterse a su destino trágico, se alzaran en su mayoría absoluta empuñando escopetas y garrotes para continuar la resistencia. En esta gesta nacional tomaron parte las mujeres que estaban restringidas por los tres principios y cinco preceptos morales y las tres reglas de obediencia ética, y los niños que hasta entonces tirando de las faldas de sus madres pedían algo de comer. Esas imágenes me conmovieron.

Fue una revolución que las mujeres, librándose del marco de la familia, participaran en un movimiento de transformación social. Sentí por ellas ilimitado respeto y afecto. Las apoyé y simpatiqué con ellas. En este decursar maduró en mi cabeza la imagen de una mujer que, relevando al marido caído, emprende, junto a sus hijos, el camino de la revolución.

Francamente, sentí el impulso de escribir una obra con esa mujer como protagonista.

Durante los días de nuestra permanencia en tierras de Fusong, por doquier improvisamos escenarios y dimos funciones con el fin de educar a la población. Después de cada combate organizábamos una representación, pero si la circunstancia no lo permitía, pronunciábamos un discurso de agitación y nos retirábamos. Cuando los soldados del Ejército revolucionario ponían sobre el escenario modestas piezas cortas, los habitantes les recompensaban con atronadores aplausos. En una ocasión, al concluir un combate nuestros compañeros organizaron un momento de recreación y

ejecutaron a coro *Canción sobre las operaciones de castigo en Jiandao*. Todos los oyentes, tanto los hombres y las mujeres como los viejos y niños, lloraron y juraron pelear contra el odiado imperialismo japonés. La inesperada conversión del lugar de recreación en un mar de lágrimas con una sola canción hizo incontenible mi deseo de ilustrar a las personas de modo más enérgico, mediante representaciones escénicas integrales como el drama. Pero, por falta de tiempo no lograba realizarlo.

Fue después de la Conferencia de Donggang que inesperadamente Ri Tong Baek prendió la chispa a ese deseo que tenía enterrado. En una aldea consiguió un ejemplar de una nueva revista literaria y me la mostró. En ella aparecía una novela que trataba de la esposa de un activista social encarcelado, que entrega al pequeño hijo a una familia ajena y se casa con otro hombre.

Pregunté a Ri Tong Baek su impresión. Esbozando una sonrisa triste expresó:

—Sentí desolación pensando que así es la vida. Pero, ¿qué podemos hacer?

—Entonces, ¿... señor, usted cree que la novela refleja la verdad?

—Sí, por lo menos una parte. Es triste decirlo, pero también la esposa de un activista social que conocí se enamoró de otro tipo y huyó abandonando al hijo.

—¿Cómo puede calificar de verdad ese fenómeno aislado y casual? La mayoría abrumadora de las mujeres que he visto en Corea y Manchuria es fiel tanto a sus maridos, hijos y vecinos como al país. Si sus esposos caen en manos enemigas, ellas los sustituyen y se entregan a tareas revolucionarias lanzando bombas, o distribuyendo volantes, y si perecen en la lucha, ellas se visten de uniforme y ocupan sus puestos para pelear fusil en mano, contra los enemigos; y si sus hijos quedan con hambre, hacen todo lo que esté a su alcance, pidiendo limosnas, incluso, para darles de comer. Así son las mujeres coreanas. Si se insulta como Ri Kwang Su a las esposas de los revolucionarios, sin ver esta realidad, ¿qué consecuencias traería? Es probable que uno sea golpeado con los palos de lavar tal como él fue

bombardeado en Seúl con botellas de cerveza cuando publicó su “doctrina sobre la reforma de la nación”. Los palos de lavar de nuestras madres y hermanas se utilizan no sólo para arrebatar al enemigo las armas. Esta es la verdad. ¿Qué opina usted, señor Tong Baek?

Me dirigió una mirada de asombro y bruscamente expresó su conformidad con mis palabras:

—Tiene razón. Esa es la verdad.

Yo sabía que reflejar la verdad es la misión principal de la literatura. Porque sólo entonces puede guiar a los lectores hacia un mundo hermoso y noble. Esta es, precisamente, la auténtica misión del arte y la literatura.

Aquel día hablamos durante mucho tiempo sobre destacadas combatientes, activistas u otras que podían servir de ejemplo por su moral y fidelidad femenina.

A punto de finalizar la conversación Ri Tong Baek me planteó de sopetón:

—General, le sugeriría que escriba un drama sobre el destino de una revolucionaria.

—¿Cómo es que ha pensado de pronto en un drama? ¿Acaso no habrá recordado lo de Jiandao, donde como maestro realizó actividades teatrales junto con sus discípulos?

—He pensado en la necesidad de darles una lección a los autores que escriben novelas miserables como ésta.

Y señaló con un índice la revista.

Aseveré que era una idea muy buena, pero que un drama necesitaba un tema, y le pedí que si lo tenía concebido me lo dijera.

—Sería el de una genuina coreana. Mostrar su verdadera imagen. La desgracia nacional que padecemos obliga hasta a las mujeres a tomar parte en la lucha. Porque éste es el único camino de salvación. Este es el tema. No sé si le gusta, General.

No pude disimular la sorpresa. Eso se parecía en cierto grado al de la obra que yo proyectaba en Jiandao, siendo su personaje principal una mujer.

—Ya que tiene el tema, ¿no sería mejor que usted mismo escriba la obra?

El “Viejo de la Pipa” se sobresaltó.

—No sé crear, sólo hago comentarios. El drama tiene que escribirlo usted, General. Haga sólo el guión, yo me ocuparé de llevarlo a escena.

No le di una respuesta definitiva. Pero, desde ese momento en mi mente tomaba cuerpo la heroína, una mujer sencilla que, sobreponiéndose a la tristeza de haber perdido al esposo y un hijo en medio del mar de sangre, se alza resueltamente en la lucha. La atractiva imagen de la heroína me emocionaba mucho. Por fin, comencé el guión. Cuando nuestra unidad se aproximaba a Manjiang tenía terminada más de la mitad del trabajo.

La dramaturgia no era una actividad nueva. Teníamos experiencia práctica en Fusong, y las mayores en Jilin y Wujiazi. Pero, desde que emprendimos la lucha armada no pudimos escenificar muchos dramas. En la primera parte de la década de 1930 en las bases guerrilleras hubo ciertas personas que se entusiasmaban con el teatro, pero sin tanta intensidad como en Jilin. Los aficionados al arte no podían dedicar mucha energía a programas que requerían tiempo y trabajo.

¿Por qué entonces planteamos crear dramas e hicimos tesoneros esfuerzos para estructurarlos en las difíciles condiciones de la marcha hacia el sur, en dirección al monte Paektu?

Depositábamos grandes esperanzas en la extraordinaria fuerza de atracción y la eficacia del arte dramático en la concientización de las masas. Hasta aquel entonces, casi no había arte que conmoviera el corazón del público con tanta fuerza como el teatro. Hasta que el cine mudo se hizo sonoro y éste se difundió a escala mundial, rebasando el marco de un país, el teatro tuvo una fuerza influyente incomparable con cualquier otro arte.

No escatimaba tiempo para ver un drama. Entre mis colegas de la escuela de Changdok había muchos aficionados al teatro. Cada vez que algún famoso grupo teatral actuaba en Pyongyang yo iba a verlo junto con Kang Yun Bom.

El drama es un arte masivo y de tan fácil comprensión que cualquiera puede apreciar: “¡Logrado!”, “¡Un fracaso!”, “Es pasable”.

Las décadas del 20 y el 30 fueron de florecimiento y prosperidad del teatro. Ya en el período en que estudiaba en Changdok el drama moderno sorprendió al público al predominar sobre el de la escuela *Sinpha* (una escuela teatral burguesa y reaccionaria. Difundió el naturalismo e ideas militaristas. Sus asuntos principales eran el bandidaje y el asesinato. —N. del Tr.).

Los escritores y artistas progresistas dedicaron su energía al movimiento del teatro proletario para las masas desposeídas. Formaban elencos y se presentaban en las localidades, donde actuaban ante los obreros y campesinos. Tales grupos podían verse también continuamente en Pyongyang.

Hwang Chol, Sim Yong y otros que después de la liberación del país ganaron renombre en el mundo teatral fueron actores que se entregaron afanosamente a ese arte en los años 20 y 30. Por esa época, por doquier se formaban animadas tertulias sobre el tema. Hasta en una escuela rural con apenas 50 alumnos trabajaban bulliciosamente para montar algún drama. Siguiendo esta tendencia de la época desarrollamos dicho movimiento en los años iniciales de las actividades revolucionarias.

El proceso de completar el guión de *Mar de sangre* fue, a la vez, de manifestación de la sabiduría colectiva. Para cada detalle, cada palabra del diálogo, para no hablar de las estructuras, los compañeros ofrecieron sus valiosos consejos.

Concluida la reunión conjunta con los comandantes de las unidades antijaponesas en Donggang para analizar el victorioso asalto a la ciudadela distrital de Fusong, me dirigí con la unidad principal hacia Manjiang, zona satélite occidental del Paektu.

Manjiang, considerado primer poblado a los pies del monte Paektu que descuella en una extensa altiplanicie, está situado en el extremo sur del distrito Fusong. De ahí, cruzando el puerto Duoguling hacia el sur, se llega al territorio de Changbai, y pasando

el Laoling al suroeste se encuentra con la tierra de Linjiang.

En 1936, tenía poco más de 80 casas dispersamente ubicadas. Ese poblado de labradores de tierras artigadas, junto con Nandianzi, Yangdicun, Wanlihe y Tujidong, era una de las escasas aldeas coreanas en la región de Fusong. Aquí, a diferencia de Antu, no eran muchos los coreanos.

Como se encontraba en un lugar perdido entre montañas, muy lejos de la cabecera distrital, resultaba raro el tránsito de gente, además de que había pocos habitantes. Por eso, a primera vista daba la impresión de ser una isla en medio del mar, inhabitada, aislada del resto del mundo. Por allí viajaban sólo vendedores ambulantes que anunciaban a gritos sus mercaderías como peines y colorantes o los que comerciaban con sal. Y pocas personas influyentes de Fusong lo visitaban. Lo hizo una o dos veces el inspector Choe Jin Yong. Su relevo, Yon Pyong Jun, no más de cinco o seis.

A propósito, como menciono a Yon Pyong Jun, quisiera presentarlo. Actuó como jefe de una unidad en el Ejército independentista de Hong Pom Do. Después que éste trasladó su campo de operaciones a Primorie, por conductos que ignoramos, vino a Fusong, donde durante cierto tiempo ocupó el puesto de inspector y actuó como dirigente local de la junta Jong-ui. Se granjeó popularidad entre las masas.

Con posterioridad, abandonó el cargo de inspector, y en Dapuchaihe trabajó como practicante de acupuntura. Dapuchaihe era una aldea levantada en un punto por donde se pasaba de Antu a Dunhua. Una vez, Kim San Ho estuvo allí y apreció mucho el talento del practicante Yon y me aconsejó con insistencia que también recibiera su tratamiento. Fui a verlo. Me tomó el pulso, afirmó que mi salud estaba muy quebrantada y me preguntó si podía conseguir cuerno de venado o *insam* silvestre para una receta. Me apliqué lo indicado por él y al fin, me recuperé. Una vez, mucho después del retorno a la patria liberada, cuando un funcionario enfermó de cuidado, apelé a mi memoria y le dicté la fórmula de Yon Pyong Jun para que probara. Meses más tarde me dijo que mi receta le había

ayudado mucho. Le expliqué que no era mía sino de Yon Pyong Jun quien me la había recomendado decenas de años atrás en Manchuria.

No sé cómo, pero el practicante Yon conocía muy bien a Manjiang.

De sus patatas era de lo que más se enorgullecía ese poblado entre sus productos especiales. Como las de Naitoushan, había una variedad que tenía el tamaño de la almohada de un bebé. Y en el río del mismo nombre pululaban los *yolmugo* (Una especie de pez de río, cuya carne es muy apreciada. Le gusta el agua fresca. —N. del Tr.).

Las vasijas que sus moradores utilizaban eran en su totalidad de madera o de corteza de abedul, e incluso las cucharas y las tinajas de salsa de soya y de *kimchi* las fabricaban de madera ahuecada y tallada.

Cuando la columna llegó al portalón natural de la aldea, constituido por dos abedules, nos estaban esperando el alcalde Ho Rak Yo y demás vecinos con recipientes de madera llenos de *kamju* y *thakpaegi* (Refresco y bebida alcohólica tradicionales de elaboración casera. —N. del Tr.). Desconocíamos de qué forma supieron que veníamos. Resultó que un aldeano estuvo en la cabecera distrital, para comprar sal, y trajo la noticia del asalto a la ciudadela de Fusong, a partir de lo cual el alcalde comenzó a observar con atención los movimientos del enemigo, y al ver que los aviones japoneses volaban con frecuencia en dirección a Manjiang tuvo la certeza de que el Ejército revolucionario estaba acercándose a su aldea.

Después de beber *thakpaegi* en un calabacino pregunté al alcalde:

—Veo que todo el mundo ha salido para saludarnos abiertamente, ¿no tendrán consecuencias?

—Pierda cuidado. Desde que el Ejército revolucionario estuvo aquí en la primavera, los policías tiemblan de miedo hasta ante nosotros, sobre todo, después de haber oído las noticias de que acabaron con Wang y la derrota aplastante de los japoneses en la ciudadela de Fusong.

De pronto, oímos que un campesino gritaba desde un extremo del puente del río Manjiang.

—Señores del Ejército revolucionario, ¿esta vez también van a danzar?

En la primavera, en un programa artístico algunos guerrilleros procedentes de Hunchun habían ejecutado una danza rusa. Como vivían próximo a la frontera entre la Unión Soviética y Manchuria, imitaban con bastante éxito los bailes y canciones rusas. Al ver cómo danzaban, los aldeanos exclamaron con ojos agrandados de asombro: “¡Qué cosa más rara! Sabíamos que para bailar bastaba mover los brazos y los hombros, pero, miren, ellos patean ruidosamente. De todas maneras, es interesante verlos”.

—Sí, como no. Además, les mostraremos otro espectáculo más interesante.

El espectáculo interesante del que habló Ri Tong Baek era el drama.

Escogimos como local de la jefatura un cuarto de la casa del alcalde Ho Rak Yo. Esa familia había mantenido estrechas relaciones con mi padre. Diez años atrás, Kong Yong rescató a mi padre de las manos de los salteadores y lo llevó primero a esa casa. Después, junto con Ho Rak Yo, lo escoltó hasta Fusong.

En esa casa continué escribiendo el guión de *Mar de sangre*. Como Jon Kuk Jin había caído en combate, y aún no se nos había unido Kim Yong Guk, quien con posterioridad dirigiría el *Sogwang*, periódico interno del Ejército Revolucionario Popular donde publicaría algunas novelas cortas escritas por él, también en Manjiang no tuve otro remedio que ocuparme del guión.

Ri Tong Baek frecuentemente me conseguía, como materiales de referencia, diferentes periódicos, revistas y folletos que se editaban en la patria.

Gracias a esas publicaciones llegué a conocer detalladamente los sucesos políticos, la situación socio-económica y de los círculos artístico-literarios del país.

El movimiento artístico-literario progresista de entonces tenía, por lo general, carácter patriótico en su contenido y forma, tendente a

desarrollar y proteger lo nacional de la política del imperialismo japonés de suprimir la cultura coreana.

En la época de la dominación japonesa la literatura progresista en nuestro país desempeñó el papel de vanguardista en la ilustración del pueblo con el amor al país y la nación y la idea de la soberanía y la independencia, y en señalar el contenido y la dirección del desarrollo del teatro, la cinematografía, la música, las bellas artes, la danza y todas las demás artes.

El movimiento de los escritores progresistas, denominado “escuela literaria de la nueva tendencia”, dio lugar en 1925 a la creación de la Asociación de los Artistas Proletarios de Corea (KAP). A partir de ahí contribuyó al desarrollo de un arte y literatura proletarios que representaban y defendían los intereses de los obreros, campesinos y demás sectores del pueblo trabajador. Gracias a los esfuerzos de Ri Ki Yong, Han Sol Ya, Song Yong, Pak Se Yong, Jo Myong Hui y otros talentosos escritores de la KAP surgieron numerosas obras de calidad que disfrutaron del amor del pueblo, entre otras, *Tierra natal*, *Crepúsculo*, *Que rechacen cualquier visita*, *Golondrina montañesa* y *Río Raktong*.

Hubo creadores que pese a ganarse a duras penas la subsistencia con la venta de gacha de judía roja en la encrucijada de la avenida Jongro, en Seúl, escribieron magníficas obras que sirvieron al pueblo de alimento espiritual y guía. Cada una de ellas fue pólvora que amenazaba la dominación colonial del feroz imperialismo japonés.

Donde resonaba la voz de los miembros de la KAP se tendían siempre las negras garras de los militares, policías y agentes japoneses que actuaban con frenesí para reprimir a los opositores ideológicos. Cuanto más se alzaba su voz, tanto más despiadadamente estrechaban los enemigos el lazo. A causa de dos olas de detenciones, la Asociación de los Artistas Proletarios de Corea tuvo que dejar de existir trágicamente en 1935, cuando cumpliría diez años de fundada.

Ante el dilema de servir a la “literatura nacional”(literatura renegada) que les imponía el imperialismo japonés o verse privados

definitivamente de sus pinceles, la mayoría de los escritores procedentes de la KAP conservaron su conciencia de literatos progresistas. Ri Ki Yong se fue a un remoto valle de la montaña Kungang interior. Y mantuvo su posición de intelectual consciente, de escritor patriótico con infinito amor a la patria y la nación, pese a tener que cultivar artigas. También Han Sol Ya y Song Yong vivieron muy pobres, pero mantuvieron su entereza.

El imperialismo japonés pudo disolver la Asociación, pero jamás romper las arterias de una literatura que brotó y creció frondosamente apoyada en el invariable espíritu de resistencia de la literatura coreana y su sentimiento de amor al país y la nación.

Mientras los integrantes de la KAP fueron arrastrados a la cárcel o desterrados a remotos lugares montañosos, los intelectuales dentro de las filas de la revolución antijaponesa y los escritores de las zonas fronterizas septentrionales y otros que se exiliaron y actuaron en zonas rojas del territorio chino y en la Unión Soviética socialista, crearon una literatura revolucionaria, original y combativa, que servía de modo activo al movimiento comunista coreano y la causa de la liberación nacional.

Ellos enaltecieron, considerándolos mejores hijos de la nación, a los combatientes antijaponeses que libraban sangrientos combates en las abruptas montañas del Paektu y las estepas de Manchuria, y les manifestaron su total afecto y simpatía.

Kang Kyong Ae, que con posterioridad se hizo muy conocida como escritora de *Cuestiones humanas*, preparó en Longjing la novela *Sal*, que describe el movimiento de ayuda al Ejército revolucionario que se desarrolló entre la población de Jiandao.

Atrajeron nuestra atención las actividades creativas de los poetas Ri Chan y Kim Ram In en zonas fronterizas. Después que nos trasladamos a Jiandao Oeste, Ri Chan escribió, en Samsu y Hyesan, colindantes con el río Amnok, *Noche con nieve en Posong* y otros excelentes versos líricos, donde expresó su infinito afecto al Ejército Revolucionario Popular de Corea.

En noviembre del año en que fundamos en Donggang la

Asociación para la Restauración de la Patria, Kim Ram In, junto a sus colegas, creó en Junggang, frente a Linjiang, *Construcción de la poesía*, revista artístico-literaria, en cuya portada aparecía la bandera roja, y en ella insertó muchos versos suyos de contenido revolucionario en que manifestaba su simpatía con la Lucha Armada Antijaponesa y el anhelo de la independencia de Corea. En su imprenta privada editó en secreto y nos envió no menos de 2 mil ejemplares del “Programa de 10 Puntos de la ARP”.

Otros escritores, animados por los éxitos combativos del ERPC trataron de ingresar en él. Con ese propósito, el novelista Kim Sa Ryang anduvo por los yermos de Manchuria en busca de nuestra unidad, pero al no lograrlo se fue a Yanan, donde redactó el largo reportaje *10 mil ríes sobre un caballo lento*.

No es nada casual que *Monte Paektu, Trueno, Corea lucha, Destacamento de acero juvenil* y otras destacadas obras de nuestra literatura en el período de la construcción de la nueva patria y durante la guerra antiyanqui tuvieran como autores a quienes antes de la liberación del país militaron en organizaciones revolucionarias o trataron de ingresar en la guerrilla.

Gracias a escritores que, si bien no pudieron formar las filas armadas, empuñaron con firmeza la pluma, como si fuera fusil, e hicieron aportes efectivos a la ilustración de la nación, pudimos construir una nueva cultura al gusto de los coreanos en un breve período posterior a la liberación.

Los artistas patrióticos y otros precursores de nuestro país iniciaron con decisión el difícil camino de la realización cinematográfica. Decían: “Cuando también Japón promueve la industria cinematográfica, ¿por qué no podemos hacerlo los coreanos? Para beneficio del pueblo, produzcamos a nuestras anchas películas como en países adelantados. Y así, demostremos al mundo entero que también los coreanos son capaces de actuar por sí solos en este campo”. Y, efectivamente, Ra Un Gyu y otros creadores de conciencia lo mostraron con *Arirang* y otras películas de fuerte matiz nacional.

En las décadas del 20 y el 30, en diversos campos del arte y la literatura se dejaron sentir fuertemente, como una erupción, esfuerzos angustiosos por proteger la coreanidad y desarrollar lo nacional que se marchitaba en medio de la turbulenta corriente de usos y modos de vida japoneses.

En esa precisa época Choe Sung Hui logró modernizar las danzas coreanas tradicionales. Estudió con profundidad los bailes populares, los de carácter budista, los de las exorcistas, los de la Corte, los de las almeas y otros, seleccionó uno por uno los movimientos elegantes y de sólido matiz nacional y contribuyó a sentar la base para el desarrollo de una moderna danza nacional.

Hasta entonces, esos bailes tradicionales no habían podido escalar la escena. En los teatros se daban conciertos vocales e instrumentales y números de declamación, pero nunca funciones danzarias. La situación cambió cuando Choe Sung Hui perfeccionó los movimientos y sobre esta base preparó obras que se avenían al gusto moderno. Por fin, la danza, junto a otras artes similares, pudo presentarse con pleno derecho en los escenarios.

Las obras de Choe Sung Hui fueron acogidas calurosamente no sólo en el país sino también en Francia, Alemania y otras naciones que alardeaban de su civilización.

Cuando nos dirigíamos hacia Jiandao Oeste, se conoció el sensacional caso de borrar en una foto la bandera de Japón. La noticia llegó hasta las zonas situadas al pie del Paektu.

La acción fue motivada por el periódico *Tong-a Ilbo*, cuando en una foto de Son Ki Jong, ganador del primer lugar en la prueba de maratón en los Juegos Olímpicos de Berlín, en agosto de 1936, borró la bandera japonesa que aparecía en la camiseta del atleta.

Las autoridades del gobierno general, muy indignadas, aplicaron el cierre del diario y detuvieron al personal comprometido. Enterados de eso dimos conferencias para difundir el éxito del atleta Son Ki Jong y lo sucedido con la bandera japonesa. Los guerrilleros de nuestra unidad manifestaron su cálido apoyo y solidaridad con la actitud y decisión patrióticas del colectivo de redacción de ese periódico.

Mostré el guión de *Mar de sangre* terminado al “Viejo de la Pipa”, quien al leerlo me dijo que todo estaba bien mientras levantaba y agitaba la mano en que tenía el montón de hojas manuscritas, y salió raudo del cuarto.

Algunas anécdotas que surgieron en el curso de llevar el drama al escenario en Manjiang se conocen ampliamente por apuntes de recorridos por ex campos de combates y recuerdos. Parece que en estos materiales hay detalles inexactos u omitidos a causa de recuerdos confusos. Es una lástima, en especial, que no se refiera nada de los esfuerzos de Ri Tong Baek.

El “Viejo de la Pipa” que voluntariamente asumió la tarea de director de escena, tropezó con dificultades desde la selección de los personajes. Nadie quería ser el “jefe de la tropa de castigo”. Al cabo de repetidas discusiones se obligó al jefe de compañía Ri Tong Hak, de carácter vivo, a desempeñar ese rol. Y el de la madre de Ul Nam primero se le dió a Jang Chol Gu, pero después lo desempeñó Kim Hwak Sil, mientras el de Kap Sun se le dió a Kim Hye Sun. La selección del personaje de Ul Nam, hermano menor de Kap Sun, fue tan difícil para Ri Tong Baek como la del “jefe de la tropa de castigo”. Lo debía desempeñar un niño de unos 10 años y en nuestra unidad no había nadie que tuviera esa menuda constitución física. Por eso, se decidió escoger un niño de la aldea.

También en la dirección de actores el “Viejo de la Pipa” tuvo muchos dolores de cabeza. Al principio, la mayor preocupación se le dió el papel de Ul Nam. Pero, lo sorprendente fue que ese niño de un lugar montañoso se percataba más sensiblemente que otros de lo que exigía el director. En cambio, resultaban débiles las actuaciones de los mayores, lo que le costaba mucho trabajo a Ri Tong Baek. Casi ninguno sabía cómo actuar en cuanto subía al escenario.

Hasta Kim Hye Sun, hábil en la imitación y sentimental, se mostraba seria y perdía su habitual modo de hablar en cuanto empezaban los ensayos. En los momentos en que debía llorar, quedaba callada herméticamente. Ri Tong Baek unas veces le

animaba, otras elogiaba su actuación, o incluso, se enfadaba, aunque todo resultaba inútil.

Por más que pensamos no llegamos a comprender por qué ella no desplegara a sus anchas su talento, fracasando en cada actuación. Cuando era niña, no pudo asistir normalmente a clases por no poder pagarlas. Aprendió a leer, escribir y cantar, mirando y oyendo de lejos, a escondidas, fuera del cerco de la escuela.

Le recordé las desgracias que experimentó en la patria y en Jiandao y le dije: “Este drama trata la vida de las personas como tú, compañera. Ul Nam asesinado por los japoneses es como tu propio hermanito. Díme, ¿es posible que de los ojos de la hermana no caigan lágrimas de odio ante la trágica muerte de su hermanito, quien hasta momentos antes le llamaba cariñosamente ‘hermana, hermana querida’?”

Desde ese instante cambió radicalmente la actuación de Kim Hye Sun.

Reprendí duramente a Ri Tong Hak porque había manifestado al “Viejo de la Pipa” que prefería capturar a varios “jefes de tropas de castigo” que imitarlos, pues temía que él mismo se ensuciara. Por eso, le precisé que su tarea combativa era desempeñar bien ese papel, con lo que no volvió a refunfuñar.

Los habitantes de Manjiang quedaron asombrados al ver que nuestros guerrilleros que habían venido sólo con fusiles y macutos instalaban en poco tiempo un escenario improvisado y estrenaban un drama para ellos.

Cuando sobre las tablas se mostró una vida igual a la que ellos mismos sufrieron, se dejaron llevar conmovidos al mundo del drama, y finalmente lloraron junto con Kap Sun y llamaron junto con la madre. Un anciano, olvidando que estaba ante una obra teatral, subió al escenario y con su larga pipa golpeó la frente de Ri Tong Hak que hacía del jefe enemigo y mató a Ul Nam.

Los residentes de Manjiang no pudieron conciliar el sueño el día en que estrenamos *Mar de sangre*. Hasta muy pasada la medianoche, bajo la tenue luz de los candiles esos sencillos hombres estuvieron

hablando de sus impresiones sobre el drama. De algunas casas salían animadas conversaciones y risas de varias personas.

Di también un largo paseo por la aldea, mojándome por el rocío de la noche. Al oír cómo intercambiaban opiniones de la función y reían contentos y emocionados, me fue imposible dormir.

Me sorprendí ante la extraordinaria fuerza del arte. Para las personas de la época moderna el drama que escenificamos sería demasiado simple. No obstante, resultó sorprendente que todos los espectadores ora lloraban o reían ora se golpeaban el pecho ora aplaudían y pataleaban.

En aquella noche, por las sendas de Manjiang pensé: “Si no hubiéramos organizado el espectáculo, ¿qué harían ellos ahora? Como dijera el alcalde Ho Rak Yo, desde las primeras horas de la noche habrían apagado los candiles y tratado de dormir o entrado en el mundo de los sueños en medio de una completa oscuridad. Pero, hasta muy avanzada la noche, en los hogares seguía ardiendo la lumbre. Esto significa que hemos traído a la aldea la luz. ¿Estarían tan emocionados como ahora si les ofreciéramos 100 sacos de arroz?”

La representación del drama en Manjiang contribuyó a la ilustración y educación de los jóvenes y los viejos sin instrucción de esa remota zona montañosa, y a su conversión en activos participantes o colaboradores de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa. Numerosos jóvenes subieron al escenario y solicitaron ardorosamente ser aceptados en nuestra guerrilla. La aldea dio muchos voluntarios y se hizo una segura base de abastecimientos.

El siguiente hecho es suficiente para saber cuánto impactó el drama a aquella gente: cuando, después de más de 20 años, un grupo de estudio de ex campos de combates revolucionarios visitó a Manjiang, sus vecinos recordaron vivamente no sólo el sitio donde se dio el programa sino también los nombres de los personajes, el contenido con sus pormenores, e incluso algunos diálogos.

*Mar de sangre* posibilitó que las ideas y sentimientos del Ejército revolucionario penetraran a raudales en los cerebros, corazones y

pulmones de los espectadores tal como la corriente del río Manjiang.

En pocas palabras, el arte del período de la Revolución Antijaponesa puede considerarse una antorcha en medio de la oscuridad y un toque de tambor que llamaba a la lucha. Desde todos los puntos de vista fue acertado que calificáramos a las actividades artísticas “cañonazos de tambor”.

Creo que también el arte contemporáneo tiene igual misión, es decir, propiciar la ideología, moral y cultura genuinas que el hombre necesita para vivir dignamente, de modo independiente; esta es su misión principal.

Mis compañeros tenían talento. El arte es noble, mas no tiene nada misterioso. Como muestran los hechos, en el verdadero sentido de la palabra, el pueblo disfruta del arte y crea.

*Mar de sangre* hizo importantes aportes a la mejor preparación de los guerrilleros en los planos ideológico, cultural y espiritual.

En los primeros días después de la liberación del país, en las visitas que me hacían a mi casa los escritores, evocaba las actividades culturales en Manjiang, y subrayaba: “Cuando peleábamos en las montañas lamentamos mucho no tener al lado a escritores y artistas profesionales. Nos vimos obligados a componer canciones, escribir guiones y cumplir la tarea de directores. Desde ahora ustedes son encargados de estas actividades. Hagan muchas obras de calidad para estimular al pueblo que construye la nueva Corea”.

Mediante las labores artístico-literarias del período de la Revolución Antijaponesa llegamos a la verdad de que una magnífica obra poética, dramática o literaria puede conmover a decenas de millones de personas y que una canción revolucionaria puede perforar el corazón de los enemigos en puntos adonde no llega la bayoneta del fusil.

Es dable afirmar que el proceso de concientización revolucionaria significa identificar y conmover a las personas con las ideas revolucionarias. Uno de los medios más poderosos para conmover lo constituyen el arte y la literatura.

En una conversación con Odaka Yoshiko (Li Xianglan), conocida cantante y ex miembro del senado de Japón, le dije que en la vida también hay canciones y bailes. Donde existen seres humanos debe haber, naturalmente, la vida y con esta, el arte. Sin arte no podrían llamarse humano ni el mundo ni la vida.

Por esta razón, siempre digo a los hombres que amen al arte y la literatura, que nuestros ciudadanos se preparen como creadores de uno y otra y que disfruten de ellos.

Hemos levantado sobre esta tierra un reino del arte de renombre mundial donde todos bailan y cantan. Este fue el ardoroso deseo y sueño que teníamos cuando, en Manjiang, presentábamos *Mar de sangre* sobre un sencillo escenario improvisado a la luz de teas y candiles.

Ahora, en el país hay modernos teatros, cines y casas de cultura con capacidad para cientos y miles de personas. Y en cada provincia funciona un instituto superior de arte. Deseo que en estos centros nuestros descendientes canten a plenitud lo que sus antecesores no pudieron hacer plenamente, y creen sin cesar obras que despidan el genuino perfume del monte Paektu.

Originalmente, el drama se llamaba *Hyolhae*, pero ahora tiene su nombre propiamente coreano.

Después del estreno, parece que los que lo vieron y los que intervinieron directamente en él siguieron presentándolo en distintos lugares, bajo el título de *Canción de hyolhae* o *Cantos de hyolhae*. Y en este decursar se alteraron un poco el argumento y los nombres de los personajes, y en ciertos lugares introdujeron aspectos de la vida más apropiados a sus condiciones.

A continuación de *Mar de sangre* pusimos en escena *Destino de un miembro del "Cuerpo de Autodefensa"*. En este drama intervinieron como por emulación los guerrilleros que no actuaron en el anterior.

Después de la liberación, nuestros escritores y artistas rescataron todas las obras que representamos en Manjiang.

El compañero Kim Jong Il definió las obras dramáticas que

creamos en el período de la Revolución Antijaponesa como padre, como origen, de la dramaturgia y la ópera revolucionarias de nuestro país, y dirigió dinámicamente el trabajo de su adaptación al cine, novelas, óperas y dramas. Así, a partir de las originales, surgieron películas y novelas revolucionarias, óperas al estilo de *Mar de sangre* y dramas al estilo de *Ermita Songhwang*, y se implantó el nuevo sistema de actividades artísticas como el de la Guerrilla Antijaponesa.

Cuando *Mar de sangre* fue estrenada en las pantallas cinematográficas, pensé en los habitantes de Manjiang quienes, sentados sobre esteras de pajas, riendo y llorando compartieron las emociones de los personajes, que actuaban a la luz de candiles en el modesto escenario improvisado.

Quisiera ver una vez más las caras inolvidables de esos hombres que nos felicitaron calurosamente por el éxito de nuestra actuación. Como ha pasado más de medio siglo, ya no estarán en este mundo los viejos, pero es posible que algunos de los que eran de mi edad y los niños todavía vivan allí. El niño que desempeñó el papel de Ul Nam tendrá ahora, si vive, unos 60 años de edad.

## 4. Compañía femenina

Hubo un tiempo en que los coreanos llamaban “única flor roja en medio del mar de plantas verdes” a Ri Kwan Rin, una valerosa titana del Ejército independentista. Pero, en el mar de plantas verdes de la lucha antijaponesa nucleada por la guerrilla, estaban abiertas cientos y miles de hermosas flores rojas, gestadas por la nación.

Madres e hijas de esta tierra, que ardían de amor a la patria, aunque obligadas a soportar cargas físicas y tormentos espirituales aun difíciles para los hombres, no retrocedieron en el camino de la revolución, sino que entregaron hasta su vida, juventud y familias a la sagrada lucha para expulsar a los imperialistas japoneses.

Siempre que recuerdo a esas combatientes que nos llenan de orgullo me viene a la memoria la compañía de mujeres que organizamos casi simultáneamente con la formación de la división principal del Ejército Revolucionario Popular de Corea en la primavera de 1936, cuando después de la Conferencia de Nanhutou marchábamos hacia el monte Paektu.

Esto fue un acontecimiento admirable que comprobaba un rápido desarrollo de las filas guerrilleras y un nuevo ascenso de la Lucha Armada Antijaponesa en su conjunto.

El nacimiento de la compañía femenina cobró suma importancia, pues con él las coreanas, otrora encerradas en cuartos interiores durante milenios, como víctimas de los grilletes feudales, testimoniaban con todo derecho que se erguían ya en la primera fila de la lucha revolucionaria.

En la actualidad, siempre que hablamos de la posición social de las mujeres, empleamos la expresión “una rueda de la revolución”, pero hasta en el período de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa hubo pocos que la reconocían. No es exagerado decir que casi nadie

consideraba que las mujeres, junto a los hombres, podían participar en una prolongada lucha armada.

Francamente, al principio, también creí irrazonable el servicio de las mujeres en el ejército. Me apesaba la idea de que eran más débiles que los hombres, y en consecuencia, el prejuicio de que no podrían soportar el peso de la lucha guerrillera.

Desde luego, sabíamos que unas cuantas habían realizado proezas que admiraban al mundo en las guerras contra los invasores, o dejado anécdotas que merecían elogiarse. Es bien conocido que Kye Wol Hyang, la renombrada almea de Pyongyang, colaboró en el degüello de Konishi Yukinaga, caudillo del ejército japonés, y que Ron Kae, de Jinju, y otras patriotas pelearon con valentía.

Quien haya leído *Anales de Imjin*, recordará lo ardua que fue la batalla en la muralla del monte Haengju y el gran papel que las mujeres desempeñaron. Cuando el general Kwon Ryul, acampado en esa fortaleza, del distrito Koyang, en la provincia Kyonggi, entabló un combate a muerte contra más de 30 mil efectivos japoneses, que la asediaban, las lugareñas les traían en las faldas piedras a los defensores que peleaban con ellas. Posteriormente, estas faldas cortas, impregnadas de sentimientos patrióticos, se convirtieron en los bonitos delantales que las amas de casa de Corea usaban cuando cocinaban o como adorno. Se le llama “falda Haengju” por derivarse de la batalla en la muralla del monte del mismo nombre.

Está muy difundido, además, el episodio de que en la época de Coryo, Sol Juk Hwa, vestida de hombre, acumuló grandes méritos en la guerra contra los invasores de Qidan.

Como se ve, la historia nos transmite algunas anécdotas sobre los servicios militares de mujeres como Sol Juk Hwa, mas no recoge casi ningún hecho que demuestra que ellas, formando su propia unidad, se abalanzaran con audacia sobre los adversarios para combatir a bayoneta.

Así y todo, en nuestra guerra de guerrillas las mujeres no sólo deberían jugar el papel complementario de enfermeras, costureras o

cocineras, sino también desempeñarse como combatientes. Una vez decidido su ingreso en el ejército, tendrían que actuar, sin excepción, según la implacable lógica de la guerra que no las acogería con humanitarismo. Si la situación lo exigía, debían realizar caminatas forzadas varios días seguidos, llevando a cuestas o sobre la cabeza los pesados equipos al igual que los hombres; pelear entre el humo de las bombas, pegando el cuerpo a la tierra helada, y de vez en cuando, entrar en un combate a bayoneta. Además, se verían obligadas a irrumpir en la retaguardia enemiga como activistas políticas clandestinas, o para conseguir alimentos, así como también cavar la tierra, burlando el cortante frío que hería la carne. Y ¿quién sabía cuánto tiempo debían luchar pernoctando a la intemperie con ese frío? Quizá decenas de años.

¿Podrían sobreponerse a todas esas dificultades? ¿Sería acaso justo empujarlas a ese campo de muerte? Estos pensamientos no me dejaban tranquilo.

Desde la época de Jilin muchas compañeras incorporadas a nuestro movimiento me pedían que les permitiera ingresar en la guerrilla. Han Yong Ae me lo solicitó con lágrimas en los ojos. A duras penas la dejé en el Norte de Manchuria cuando me marchaba al Este. Además, entre los miembros de la Asociación de Niños hubo muchachas que me siguieron hasta Dunhua para alistarse, y también de Manchuria central una compañera me envió cartas expresando igual deseo. Aunque eran jóvenes que ardían en el amor a la patria no accedí a su solicitud.

Pensaba que la aspiración de las mujeres a participar en la lucha armada era algo que iba más allá; que ésta correspondía a los hombres; que ellas tenían sus tareas propias; que incorporarlas a la revolución social, sacándolas de sus cuartos interiores era una cosa buena, pero, ¿cómo pedirles que combatieran?

A medida que iba madurando la preparación de la lucha armada y por doquier se formaban las guerrillas, ellas alzaron más sus voces para exigir su admisión. Entre las que actuaban en las organizaciones clandestinas, muchas, al llegar a la guerrilla, permanecían allí

obstinadamente, sin permiso de nadie ni importarles qué se hablaba de ellas.

La situación nos hizo plantearnos formalmente el tema de su admisión.

No obstante, algunos casados lo rechazaron tajantemente con los siguientes argumentos: es una costumbre legada por nuestros antecesores que ellas atiendan los asuntos internos de la familia, mientras los hombres se dedican a los externos; verdad que en un tiempo, Ri Kwan Rin, con una pistola al cinto, siguió al Ejército independentista, pero fue un caso aislado, uno entre mil; ¿cómo podrían participar las mujeres comunes en las actividades guerrilleras que implican sobrecargas también para los hombres, atravesando montañas escabrosas?; llevarlas al campo de batalla es una aventura. E incluso hubo quienes se obstinaban en que ni siquiera valía la pena discutirlo.

Cha Kwang Su y otros compañeros refutaron en el acto ese argumento. Les preguntaron si sabían que en la historia de la humanidad existió durante largo tiempo el régimen matriarcal, bajo cuya sombra vivieron los hombres, protegidos por las mujeres. Y alegaron: “Si las mujeres son las primeras en seguir a sus hijos cuando estos se arrojan al fuego, ahora, cuando el país está anegado en sangre y lágrimas, ¿por qué deben permanecer de brazos cruzados?; ustedes deben reconocer que su integración a la guerrilla no sólo es demanda propia de nuestras hermanas, sino exigencia del momento.”

La polémica giró libre sin llegar a aunar criterios, por tanto decidimos organizar la guerrilla sólo con hombres y volver a debatir el asunto después, cuando la situación fuera otra.

Todo quedó resuelto sin ninguna divergencia de opiniones y con el apoyo de todos, cuando nos llegó la noticia de la lucha de ellas en Jiandao para conseguir armas. Dos valientes mujeres del distrito de Helong derribaron con el palo de lavar a un policía nipón para quitarle el fusil, lo cual les tapó la boca a quienes se oponían a que las admitiéramos en la guerrilla. Eso pasó cuando todo Jiandao se

levantó para solucionar el problema de las armas.

Kim Su Bok, una muchacha de 18 años, al conocer por la organización lo importante e imperiosa que era la adquisición de armas, se devanaba los sesos para encontrar la forma de arrebátárselas al enemigo y, por fin, fue con una amiga hacia la parte del río donde había existido una pasarela de tronco, llevando sobre la cabeza una batea de lavar. El tronco se lo había llevado unos días antes la crecida por la lluvia y quedaban sólo las estacas. Las dos muchachas permanecieron allí todo el día, fingiendo lavar, en espera de la llegada de una oportunidad. Casi al ponerse el sol, un policía nipón apareció y les ordenó a gritos que lo trasladaran a la otra orilla. Kim Su Bok lo subió a cuestras y entró en el agua, mientras su amiga la seguía fingiendo ayudarla. Una vez en el centro del río, arrojó al japi que pataleaba al ver empaparse sus zapatos, y lo golpearon sin piedad con el palo en nombre de sus padres asesinados. Le arrebataron el arma con la cual, en el verano de 1933, ingresaron en la Guerrilla Antijaponesa. Kim Su Bok se quedó con el apodo “Paleta de Lavar”.

Igual pasó con Pak Su Hwan, quien tiempos después trabajó como responsable de la sastrería en nuestra unidad principal. También se dio el caso de que varias mujeres, con un plan bien definido, se apoderaron de una vez de muchas armas al hacer caer borrachos a los policías.

Ningún aval, excepto las armas así conseguidas, habría comprobado tan elocuentemente el alto nivel espiritual y voluntad que habían alcanzado. En la zona fronteriza norteña de Corea y varias regiones de Manchuria, las mujeres confluían a las filas armadas con fusiles que ellas mismas arrebataban al enemigo.

¿Qué significaban ese avance vertiginoso y serio cambio de las mujeres? ¿Por qué ellas, habituadas a quejarse de su destino, dedicándose sólo al cultivo de verduras, se veían impulsadas a participar en la lucha armada, sacudiéndose con valentía el grillete feudal que las tenía atadas durante siglos? Esto era producto legítimo de la vida tan dura y penosa de las coreanas que para sobrevivir no tenían otro remedio que tomar las armas.

De generación en generación, su única herencia consistió en las cadenas de la opresión y los rencores. Oprimirlas y maltratarlas según el convencionalismo de la supremacía masculina y el desprecio a la mujer, considerándolas como objeto de trato infrahumano, constituyó uno de los mayores crímenes de la sociedad feudal de Corea. No fueron nada más que esclavas domésticas, predestinadas a parir, preparar comidas, hilar y cultivar la tierra hasta que las manos se les convirtieran en algo parecido a patas de patos. Fueron ellas las que no obstante perder a sus maridos en edades tempranas debían vivir como viudas hasta morir, y también ellas quienes obligatoriamente se veían vendidas por deudas.

Después que ocuparon a Corea, los imperialistas japoneses le sumaron a esa desgracia la de ser instrumento y mercancía, y las calificaron de esclavas sin patria.

La Revolución Antijaponesa significó un ciclón que arrancó de raíz todos esos males e injusticias y un evento del siglo que conducía a las coreanas por el camino de la lucha. Estas empezaron a escribir no con tinta, sino con sangre, una nueva historia.

A medida que un mayor número se unía a las filas guerrilleras, me convencí de que debía atenderlas mejor. Si bien habían tomado las armas en la mano, no eran sino mujeres que necesitaban conservar su propia vida aun en las condiciones difíciles de la guerra guerrillera.

Desde el principio, les concedíamos preferencias sintiéndolas nuestras hermanas carnales. Les entregábamos las mejores armas, dormitorios más cómodos y trofeos de guerra de mayor calidad.

En este decursar sentí la necesidad de definir la dimensión de la estructura unificada para la vida y las actividades militares de ellas, para lo cual era preciso organizar por separado las filas y llevar a una fase superior el trato preferencial. Opiné que formar una compañía sólo con mujeres, hacía posible incrementar su dignidad y fervor como revolucionarias, poner plenamente de manifiesto su conciencia y capacidad combativa, así como también para que tuvieran menos incomodidades. Solicitaban por unanimidad que se les permitiera ser

combatientes y dar muerte con las armas aunque fuera a unos cuantos de los enemigos que asesinaron a sus padres y hermanos, para así aplacar su rencor. Escuché tal petición anhelante en todos los lugares, en la sastrería, en el hospital y en la cocina.

Al fin me decidí a organizarlas en una compañía adjunta a la Comandancia, cuando constituía otra división en Fusong.

Entre más de cien involucrados en la “Minsaengdan”, a quienes considerábamos armazón de la nueva división, existieron muchas guerrilleras, entre otras Jang Chol Gu y Kim Hwak Sil.

Enterados de que habíamos quemado los documentos que los involucraban con esa organización y declarado inocentes a los acusados, de todas partes donde se escondían nos llegaron éstos, entre ellos muchas mujeres, incluso Ri Kye Sun, Kim Son y Jong Man Gum. Varias más, incluyendo a Pak Rok Kum, quien llevaba sobre la cabeza un cobertor hecho un bulto, aparecieron por separado, y también se presentaron en grupos, siguiendo a las subunidades independientes que venían de Dajianchang y de Wudaoyangcha para incorporarse a la nueva división.

En el campamento secreto de Mihunzhen, Kim Chol Ho y Ho Song Suk, que trabajaban en la sastrería del lugar, me pidieron mucho que las admitiera en la unidad de combate, sin prestar oídos a mis palabras persuasivas. En un instante, todas las demás costureras se les unieron y querían seguirnos. Les pregunté quiénes confeccionarían entonces los uniformes, a lo que respondieron que existían muchas debiluchas que podían reemplazarlas. En verdad, había tantas que sobrarían aun después de destinar suficiente número de ellas a la sastrería, el hospital y la cocina. Se precisaba enviar las restantes a las compañías de combate o adoptar otra medida más efectiva.

De ahí que pensara en formar aparte, a guisa de prueba, una compañía de mujeres.

Empero, constaté que no podíamos hacerlo sólo con las guerrilleras de Mihunzhen. Con ellas no bastaba. Sugerí a Choe Hyon que si, más tarde, se obstinaban en su solicitud, organizara una sección femenina.

—¿Qué le parece si organizamos una compañía de combate sólo con ustedes? —le dije de manera tentativa a Pak Rok Kum, quien de inmediato aplaudió, expresando su total aprobación.

Sin embargo, Kim San Ho y Ri Tong Hak menearon la cabeza en señal de duda.

—¿Será posible que tal grupo combata impecablemente? —intervino el primero—. A mi juicio, las mujeres solas no podrán enfrentarse bien a esas manadas de feroces japoneses. Sería otra cosa si un hombre mandara esa compañía o sección.

—Si son guiadas por un hombre, ¿cómo podrá llamarse compañía o sección femenina? —rechacé el argumento— Si es tal, también su jefe debe ser una mujer.

—Bueno, pero, ¿será posible eso?

—¿Acaso ustedes se graduaron de alguna escuela de sargentos o academia militar antes de llegar a ser comandantes?

Kim San Ho cerró la boca, pero, al parecer, no estaba convencido. También Ri Tong Hak cabeceaba, repitiendo entre dientes “compañía de mujeres”, “compañía de mujeres...”.

Tan pronto como tocamos el tema, Kim Ju Hyon quedó pasmado. Adujo que si una compañía compuesta sólo de mujeres salía al campo de batalla, sería inevitable su fracaso, y, en consecuencia, mellaría el prestigio del Ejército Revolucionario Popular de Corea.

Por abril de 1936, cuando en las cercanías de Manjiang hacíamos los preparativos para constituir dicha compañía, llegó inesperadamente una unidad mixta, cuyos componentes eran, en su mayoría mujeres, entre ellas Kim Chol Ho, Ho Song Suk, Choe Jang Suk y Hwang Sun Hui. Hombres se veían sólo cuatro o cinco.

Pregunté a Kim Chol Ho por qué y para qué había venido abandonando a Choe Hyon enfermo, y me explicó que él la enviaba. Este, ya restablecido, organizó una pequeña unidad con las mujeres sanas y más empecinadas en pedirle que las aceptara como combatientes, y les advirtió que cuando llegaran adonde yo estaba, sabrían qué harían. Era probable que quisiera transferirnos el engorro

que significaba esto y poner su destino en nuestras manos.

El jefe de esa unidad era un hombre muy joven al que llamaban compañero Jo. Parecía ilógico que un imberbe tan tierno como un pollito la mandara, por tanto me interesé por lo sucedido. Ho Song Suk refunfuñó preguntándome: ¿Piensa que el compañero Choe Hyon confía en las que llevamos faldas? y ¿cree que nombraría jefa a una cocinera? Lo que nos ordena hacer es, a lo más, preparar comidas.

El subjefe de la unidad, otro novato de menor edad, se llamaba Thae Pyong Ryol.

No obstante, quien atendía y conducía realmente la columna era la corpulenta Choe Jang Suk. Se presentó llevando a cuestras, además del fusil y la mochila, una olla de hierro con un saco de arroz dentro, utensilios de cocina, e incluso un hacha y una sierra. El bulto superaba a una persona. También la carga de Ho Song Suk podía compararse con la de ella. Con franqueza, en la vida guerrillera, no había visto hasta entonces a nadie con tanta carga, de entre las personas de uno y otro sexo. Ayudé a descargar a Choe Jang Suk; pesaba tanto que me fue difícil aguantarlo.

—¡Bravo! —comenté muy admirado—. ¡Eres como Hércules!

Thae Pyong Ryol expresó con una amplia sonrisa:

—Esa hermana tragó una vez no menos de cien empanadas: sesenta antes de montar guardia y cuarenta después, pero no sintió ningún malestar en el estómago. De veras, es un Hércules femenino.

Todos prorrumpimos en carcajadas.

Choe Jang Suk, dirigiéndole una mirada fulminante, arguyó que esa era una “requetementira”.

—¿Cómo puede ser mentira? —intervine—. Si no las hubieras comido, ¿crees que habrías podido transportar carga tan pesada? —respaldé al mozo, y todos volvieron a reír.

Ese día, organicé ex profeso una competencia de fuerza entre un hombre y una mujer.

Invité a un guerrillero que se decía tenía la fuerza de un oso, a que cargara el macuto de Ho Song Suk. Sus huesos tiernos se habían

endurecido con el manejo del almocafre, y en la zona de Wangqing lo conocían como uno de los mejores en lucha coreana. Además, comía tanto que de un tirón tragaba no menos de 35 *tok* de arroz glutinoso, con una escudilla de agua.

Se levantó con facilidad. Cargué su espalda con dos trabucos más y le pregunté qué distancia podía caminar sin descanso. Contestó que unos cuatro kilómetros.

Después, le sugerí hacer lo mismo con el bulto de Choe Jang Suk. Esta vez, se incorporó a duras penas, con las manos apoyadas en el suelo. Volví a ponerle sobre la espalda dos trabucos y le hice la misma pregunta, a lo que respondió: apenas dos.

Me dirigí a Choe Jang Suk para que dijera qué distancia había cubierto con esa carga, pero no contestó, ruborizada. En lugar suyo, Kim Chol Ho contó que sin descanso había venido desde Dapuchaihe, donde habían combatido. A todos se les dilataron los ojos, porque el lugar estaba a casi 40 kilómetros.

En la competencia, pues, Choe Jang Suk venció al guerrillero.

A continuación, rogué a Ho Song Suk que relatará sobre el combate de la pequeña unidad en los alrededores de Dapuchaihe.

De tez tostada y fuerte complexión, piadosa, y prudente, no hablaba mucho, poseía un carácter tan recto y justo que decía sin titubeos lo que consideraba necesario.

Contó que el grupo, cuyo “jefe de la vanguardia” era Choe Jang Suk, padecía porque durante la caminata hacia nosotros se le habían agotado las provisiones, cuando en medio de un bosque se encontró con una unidad antijaponesa china, con la que organizó una operación para asaltar a una aldea de concentración, cerca de Dapuchaihe. En la contienda, ellas mostraron una combatividad comparable con la de los hombres.

Aunque los soldados antijaponeses chinos estaban armados con fusiles modernos, pusieron tierra por medio por temor al contraataque de la policía títere manchú que se había replegado, mientras Choe Jang Suk y sus compañeros con fusiles antiguos golpearon rotundamente a los adversarios. Incluso aniquilaron a los

que atacaban las posiciones de la unidad china.

Especialmente, luchó bien, arriesgando su vida, una compañera que montaba guardia. Con titánicos esfuerzos mantuvo a raya al enemigo, aunque sangraba a chorro por un costado alcanzada por una bala. Le causó muchas bajas. No tardaron en aparecer soldados que trataban de huir llevándose los cadáveres de sus caídos. Las combatientes pasaron al contraataque, con algazara. El jefe de la unidad antijaponesa gritó a sus soldados que huían: “¡Malditos!, ¿se escapan ustedes cuando las coreanas, con trabucos combaten con tanta valentía?” Por fin, regresaron y se unieron a la persecución. La batalla se coronó con la victoria.

Quedamos admirados por la valentía, la audacia y la tenacidad de aquellas compañeras.

En abril de 1936, en el bosque cerca de Manjiang se proclamó formalmente el nacimiento de la compañía femenina. La puse bajo el mando directo de la Comandancia y organicé sus secciones y pelotones. Pak Rok Kum quedó de jefa.

Fue la primera unidad femenina de combate en la historia militar de nuestro país.

Su nacimiento constituyó un gran acontecimiento que enterró la idea y el hábito secular de la supremacía masculina y el desprecio a las mujeres, y elevó realmente la posición espiritual y social de ellas a la misma altura que el hombre.

Desde antaño, esa concepción se manifestó más en la esfera militar que en la política. Verdad es que tampoco en la política se le concedió a las mujeres casi ningún derecho, pero existieron muchos ejemplos de que su oculta fuerza para dominar e influir sobre los hombres, comparable con el poder mágico, llegó hasta la política y sus ejecutores, pudiendo decidir el destino de un Estado.

Con todo, las de mayor fuerza que la de reyes o comandantes, se mostraron incapaces ante los asuntos militares, que así quedaban indefinidamente como monopolio de los hombres. Aplicamos la igualdad de derechos en el terreno militar y logramos emanciparlas efectivamente aunque limitado a nuestro Ejército revolucionario.

Otro significado de la formación de la compañía femenina consistió en que revelamos más la amplitud pan nacional y el carácter popular de nuestro Ejército revolucionario.

Su existencia y su valiente lucha, como la masculina, fueron conocidas, más tarde, por toda la nación, y constituyeron un tema significativo que admiraba al mundo.

En un periódico publicado en nuestro país en la segunda mitad de la década de los 30 se dijo que “en la unidad de Kim Il Sung hay también más de diez mujeres”. Aunque era un artículo corto, tuvo una repercusión muy grande en nuestro pueblo.

La novedad de que las mujeres, junto a los hombres, luchaban con valentía, arma en mano, incorporadas en las filas antijaponesas, estimuló y conmovió con fuerza a todas las mujeres y otros sectores de masas de Corea, así como acrecentó dentro y fuera del país el número de aspirantes a ingresar en el Ejército Revolucionario Popular.

Después de formada la compañía, la atendimos y orientamos para que echara a andar sobre sus propios pies, y la forjamos en la lucha práctica. Y en toda oportunidad que se nos ofrecía las estimulábamos para elevar su fervor político y conciencia.

Recuerdo ahora que en Xiaotanghe les conté sobre Kim Stankevich.

Se trata de una reconocida luchadora coreana que nació y creció en Rusia y se entregó a la causa del comunismo. La tierra natal de su padre fue el distrito Kyongwon, de la provincia Hamgyong del Norte.

Graduada de la escuela normal, trabajó como maestra de primaria, pero, al ver que más y más compatriotas y emigrantes venían al territorio ruso, renunció a su profesión y fue a Vladivostok donde defendió con abnegación los intereses de los obreros coreanos dispersos en Rusia.

Después de derrotado el Zar, ingresó en el Partido Bolchevique y, dejando en casa a su esposo e hijos, tomó para toda su vida el camino de la revolución con vistas a proteger las conquistas de Octubre.

Mientras tenía bajo su responsabilidad los asuntos exteriores en el Departamento del Lejano Oriente del Partido Bolchevique en Jabarovsk, estimuló fuertemente a los independentistas Ri Tong Hui y Kim Rip a organizar el partido socialista de los coreanos.

Sus destacadas actividades fueron objeto de alabanza y activo apoyo tanto de los coreanos de Primorie como de los demás residentes en Rusia.

Cuando la situación en el Lejano Oriente se tornaba desfavorable a la revolución y el Departamento de esta región del Partido Bolchevique se retiraba de Jabarovsk, partió última de allí en un vapor, después de haber arreglado los asuntos inconclusos, pero, fue detenida y fusilada por un bando de blancos en el río Amur. En el último momento de su vida, increpó al enemigo:

—No tengo miedo a la muerte. Pronto acabará el destino de vosotros, viles y feroces. Es absurdo que una manada de perros en casa del difunto derribe el comunismo.

Tenía 34 años de edad.

También Sol Juk Hwa, Kye Wol Hyang, Ryu Kwan Sun, Ri Kwan Rin y otras valientes mujeres de fama eran amigas confidentes espirituales de nuestras guerrilleras.

Desde que nació, la compañía femenina atrajo la atención de la gente. En todas partes adonde llegaba, monopolizaba el amor y respeto de los habitantes. Cuando las veían, aunque de lejos, con sus gorras con brillantes estrellas de cinco puntas y portando carabinas, se alborotaban y corrían por las calles de las aldeas gritando: “¡Viene el ejército femenino!”.

Resultaba natural porque en cualquier circunstancia sus integrantes se portaban bien, ayudándolos y respetándolos sinceramente con sublimes y bellos rasgos morales. En cada aldea en la que nos estacionábamos veíamos que ellas limpiaban los patios de las casas, traían agua, enjuagaban platos o escardaban en huertas.

Además, bailaban, cantaban, hacían discursos o enseñaban a leer a los pobladores. La compañía femenina era un orgullo, una flor rara

y preciosa, del Ejército Revolucionario Popular de Corea.

Al principio, no tenía buenas armas. La mayoría consistía en trabucos viejos; incluso había quienes ni siquiera los poseían. Decidimos entregarles ligeras y bonitas carabinas. Con ese fin, planeamos algunas batallas, pero no logramos conseguirlas.

Supe entonces que la guarnición del ejército títere manchú situada alrededor de Xinancha andaba a caballo. Por conducto de exploradores conocí que construía el cuartel y decidí atacar el lugar de la obra. Di la orden a la compañía de mujeres, y para estimularles fui con ellas a ese sitio. El asalto fue impresionante.

El cielo estaba cubierto de nubarrones tan densos que presagiaban, de un momento a otro, una lluvia torrencial, por lo que los adversarios interrumpieron el trabajo y los centinelas habían aflojado la vigilancia. Pak Rok Kum hizo el disparo de señal y sus compañeras, como tigresas, salieron corriendo de la emboscada cerca del lugar de la obra, y encañonaron a los enemigos. De todas partes llegaba el grito sonoro de las guerrilleras: “¡Manos arriba!”. Un soldado cogió un fusil en el armero y quiso resistir, pero fue derribado por un rápido culatazo de Jang Jong Suk. El encuentro no duró ni diez minutos. La compañía mató a algunos enemigos y apresó a los restantes. Además, consiguió como botín decenas de armas portátiles aunque desdichadamente, no se vio ninguna carabina. Los prisioneros dijeron que las había llevado la patrulla de caballería. Quedaron boquiabiertos al saber que fueron asaltados y apresados por guerrilleras.

Más tarde, la compañía acumuló otros méritos relevantes en varios combates. En los de Daying y Donggang se exhibió su habilidad especial.

En todas las acciones dejó anécdotas inolvidables, como en Daying donde Jang Jong Suk abrió la brecha, derribando de un solo puñetazo al guardián para reservar balas. En la operación de Donggang, se produjo un asombroso hecho de que bajo una opaca luz lunar, Kim Hwak Sil y dos más cortaron con una bala cada una las líneas telefónicas para el servicio de vigilancia de los enemigos.

Hay historiadores que dicen que de la historia de la compañía femenina, dejó unos datos el departamento de policía de la provincia Hamgyong del Sur, adjunto al gobierno general en Corea. En ellos aparece que a comienzos de mayo de 1936, según el calendario lunar, Pak Rok Kum y otras más de 40 guerrilleras pertenecientes a la unidad de Kim Il Sung, atacaron la guarnición del ejército títere manchú en Xinancha, en el distrito Fusong; que en el mismo período asaltaron a Daying y se llevaron como trofeo más de 10 fusiles y uniformes. Existe también un dato sobre el asalto a Donggang, en el distrito Fusong.

Siempre que rememoro a mártires revolucionarios antijaponeses que consagraron su preciosa juventud en aras de la patria, me vienen a la memoria las miembros de esa compañía femenina y otras valientes luchadoras, colocadas al centro.

Pak Rok Kum sabía mandar. Sus compañeros de armas la calificaban simplemente de Hércules femenino.

Si digo que ella calzaba el actual número 41, es probable que algunos queden pasmados. En lo que ocupaba la guerrilla como trofeo había muchos zapatos, pero pocos tan grandes, razón por la cual se veía obligada a usar con frecuencia alpargatas de paja.

Se trataba de una activista que en Wangqing fue responsable de la Asociación zonal de mujeres. Su familia, de tan pobre que era, cuando ella se casó, vistió de harapos y no pudo preparar ni un cobertor. Igual pasó con la familia de su esposo Kang Jung Ryong: tampoco pudo donar ni el cobertor que el matrimonio debía emplear en la primera noche de boda. Ambos ingresaron en la guerrilla el mismo día y a la misma hora, y fueron situados en la compañía No.1 de la guerrilla de Wangqing.

En una ocasión, el comisario de esa compañía vino a verme y me dijo que hacía rato Pak Rok Kum había dado a luz, y que en la casa de su padre donde ella permanecía no existía ni siquiera un pedazo de tela, para una manta. Fui de prisa y lo comprobé. El padre viudo, que andaba atareadísimo para atender hasta a su hija, expresó que había olvidado lo que significaba el cobertor, porque a causa de esas

revueltas varias veces se había quedado sin nada. El recién nacido estaba envuelto en andrajos.

En el acto, mandé una pequeña unidad y conseguimos tela con la cual las costureras confeccionaron, sin apenas dormir, un grueso y blando cobertor, y una manta y ropas para el niño.

El matrimonio utilizaba las últimas, pero no se atrevía a echarle mano al cobertor que, envuelto en una ancha tela, conservaba cuidadosamente sobre el baúl. Ni aun cuando sus vertebras se contraían por el frío cortante lo usaba.

Ella permanecía en la guerrilla de Wangqing después que su esposo fue destinado al regimiento independiente de Antu como jefe de sección de su compañía No.7, y oyó circular el rumor de que esta unidad se uniría a nosotros, y decidió venir en su busca. Antes de abandonar el hogar, quiso entregar el cobertor a su padre, pero este lo rechazó y opinó que debía llevárselo, porque era un inapreciable regalo que el Comandante Kim había enviado al matrimonio.

Así, Pak Rok Kum llegó con ese bulto sobre la cabeza, lo cual motivó que sus compañeros la llamaran por el mote “Fardo de cobertor”. En apariencia tenía un carácter serio, era precavida y de buen corazón. Y por ser sociable se ajustaba a las actividades clandestinas.

Teniendo en cuenta esto, a comienzos de 1937 la enviamos a Xinxingcun, en el distrito Changbai, como trabajadora política clandestina con la misión de aglutinar, con la ayuda de Kwon Yong Byok y Ri Je Sun, a las mujeres de Shanggangu, del mismo distrito, en la organización de la Asociación para la Restauración de la Patria. Por desgracia, mientras la cumplía con responsabilidad, fue detenida y encarcelada.

En la prisión, confesó ser autora de los actos que cometieron otros, como lo hizo Ri Je Sun, y posibilitó la libertad de muchos revolucionarios. Y al ver que sus compañeros caían desanimados en el suelo de la celda, ensangrentados por las torturas, los levantaba entonando canciones revolucionarias.

Trasladada de la estación de policía de Hyesan a la prisión de Hamhung, fue encerrada en una celda con una tísica, de apellido Kim, detenida por estar involucrada en el incidente de la asociación de campesinos en Jongphyong. El enemigo quiso verla morir contagiada del mal. Pak Rok Kum, sin reparar en su salud, empezó a atender a la desdichada como a su pariente.

Tiempo después, la otra detenida salió en libertad condicional, y Pak Rok Kum contrajo la enfermedad. Los familiares de Kim fueron a la cárcel para llevarle *jogori* de seda y *tok* en recompensa por el favor recibido, pero las autoridades de la prisión no permitieron entregárselos. La generosa titana guerrillera, que supo consagrarse a los demás, dejó de vivir en la celda a causa del mal, sin siquiera recibir el regalo que aquella preparó con lágrimas en el lecho de muerte.

Entre nuestras compañeras estuvo también Ma Kuk Hwa, hermana de Ma Tong Hui. Cuando operábamos en Jiandao Oeste ingresó en la guerrilla en Pinggande, Shiqidaogou, influenciada por Kim Se Ok, trabajador político clandestino de nuestra unidad. Era su maestro y novio. Se comprometieron para casarse después de la liberación de la patria y, dejándolo todo para el futuro, se entregaron sólo a la revolución.

Un día, Ma Kuk Hwa, que servía como cocinera, estaba distribuyendo gacha de maíz entre sus compañeros de armas y supo que faltaban dos raciones. Vacilaba pensando en quién no debía alimentarse, además de ella, y decidió persuadir a su novio.

Lo llamó fuera del cuartel y se lo comunicó:

—Perdóname, Se Ok. Esta noche no tienes alimento. Te ruego que me perdones.

—¿Qué dices? Es natural que ahora sea yo quien deje de comer. Pero, de antemano te aviso que después de liberada la patria tomaré dos raciones en cada comida.

Al decir esto como broma, Kim Se Ok se alejó con una expresión serena.

Esa noche, la muchacha no podía dormir, atenazado el corazón

porque su novio bebió nada más que agua. No pensó en absoluto en que ella tampoco comió nada.

Los dos cayeron en combate sin ver el día de la restauración de la patria.

Las compañeras de Ma Kuk Hwa descubrieron en su mochila una tela para cobertor con un par de cigüeñas bordadas. Era para el ajuar de boda que ella preparaba bajo lluvia y nieve inclemente.

¿Habría existido en el mundo una prenda tan preciosa y triste como ésta? ¿Qué debíamos hacer ahora cuando cayó nuestra combatiente en un desierto extraño y su bello sueño vagaba sin florecer? Las guerrilleras envolvieron el cadáver con esa tela.

La compañía femenina existió apenas seis meses, pero dejó inscritas proezas imperecederas en la memoria de nuestra patria y de las que nuestro pueblo aprendería generación tras generación.

Justamente aquellas combatientes que poniéndose a la delantera en la revolución desplegaron una lucha sangrienta, arma en mano, contra el poderoso enemigo, el imperialismo japonés, fueron brillantes ejemplos de las coreanas contemporáneas y heroínas que merecen figurar como auténticos prototipos en la historia de la lucha liberadora de la humanidad. Además, devinieron precursoras que alcanzaron más que nadie la igualdad social y ética y abrieron con sangre el camino para la liberación femenina en nuestro país.

La actual época de nuestro Partido del Trabajo ha visto nacer un sinnúmero de heroínas, activistas ejemplares e innovadoras laborales, quienes han heredado el espíritu del Paektu y las tradiciones de lucha que las miembros de la compañía femenina establecieron en el tiempo de la Revolución Antijaponesa. An Yong Ae, Jo Ok Hui, Ri Su Dok, Ri Sin Ja, Jong Chun Sil y otras heroínas, nacidas en nuestra época, han pensado y actuado con ese espíritu. También ahora, millones de coreanas van levantando en esta tierra, con igual ánimo, un baluarte socialista que nadie se atreve a tocar.

Hoy nuestro Ejército Popular cuenta con infinidad de subunidades femeninas que han hecho suyas las tradiciones revolucionarias de la lucha antijaponesa. También la Guardia Roja Obrero-Campesina y la

Guardia Roja Juvenil tienen incorporadas un incontable número de mujeres que defienden la avanzada de la patria. Gracias a que todo nuestro pueblo está armado, diez millones de mujeres, la mitad de los habitantes, están listas para combatir en defensa de la tierra patria en caso de emergencia.

La predecesora de estas filas armadas es, precisamente, la compañía femenina adjunta a la comandancia del Ejército Revolucionario Popular de Corea.

## **5. Campamento secreto del monte Paektu**

A finales de agosto, cuando las patatas tardías estaban en plena floración, abandonamos Manjiang. En las tierras artigadas se dio inicio a la cosecha de la cebada, esperada con ansiedad.

La columna marchaba en silencio hacia el Sur.

Mis compañeros de armas, desde el comisario de regimiento Kim San Ho hasta los muy jóvenes ordenanzas Choe Kum San y Paek Hak Rim, estaban bien conscientes de la importancia que tenía el avance hacia la zona del monte Paektu.

Desde el aspecto militar y topográfico, constituía un fuerte natural, cuya puerta no podrían franquear, para decirlo así, mil personas aunque la defendiera una sola. Significaba esto que resultaba favorable para la defensa y desfavorable para el ataque.

No había otra posición más adecuada para ampliar la guerra de guerrillas. Yun Kwan, de Coryo, y Kim Jong So, de la dinastía feudal de Josen habían cumplido en esa zona la importante tarea de defender y desarrollar al país. También el general Nam I, subido a una peña de piedra pómez del Paektu concibió el gran proyecto de pacificar la tierra.

En resumen, el Paektu era el baluarte terrestre más excelente en que debía apoyarse el Ejército Revolucionario Popular de Corea. Establecer allí un nuevo tipo de base y activar el avance hacia el interior del país no quería decir que abandonáramos el escenario de operaciones de Manchuria, allanado hasta entonces con mucha dificultad. Planeamos tomar el monte como punto de sostén para combatir, desplazándonos libremente por vastas regiones, cruzando y recruzando la frontera de Corea y China.

Además de que le dábamos importancia como bastión militar natural, prestamos especial atención a su significado espiritual.

Se trataba del monte ancestral de Corea, símbolo de ésta, por donde comenzó la historia nacional que se enorgullecía de sus largos cinco milenios.

Para saber cuánto lo veneraban los coreanos bastaría leer la inscripción en un peñasco, cerca del lago Chon y al pie del pico Janggun: “Pabellón al divino dragón del lago Chon, defensor del monte Paektu”. Fue levantada por un creyente de la religión Taejonggyo o la Chonbul, a comienzos del siglo XX, en que la existencia del país estaba muy amenazada. La inscripción hace votos porque ese divino dragón le dé eterna paz a la gente de este país.

La veneración al Paektu implicó, justamente, la adoración a Corea y el amor a la patria.

Era expresión natural de estos sentimientos nacionales que yo, desde pequeño, lo adorara y amara de modo especial como monte ancestral. Mientras escuchaba los cuentos sobre Pu Bun No y Ul Tu Ji en la época de expansión del territorio de Coguryo, recitaba de memoria versos solemnes, compuestos por el general Nam I, u oía anécdotas acerca de los esfuerzos de Yun Kwan y Kim Jong So para defender y desarrollar al país, quedé impresionado y seducido por el espíritu patriótico de los precursores, impregnado en el Paektu.

A medida que crecía, sentía anidarse más profundamente en mi corazón el monte como símbolo de Corea, símbolo de la gran obra por la restauración de la patria.

Sólo si nos establecíamos allí, podíamos exhortar a todas las fuerzas de la nación a participar en la guerra de resistencia y alcanzar el triunfo definitivo. Este era el balance, la conclusión legítima, de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa en la primera mitad de la década de los 30.

Para trasladarnos de Manjiang al Paektu teníamos que cruzar el paso Duoguling, un monte virgen cubierto de añosos árboles, donde ni los cazadores veteranos podían orientarse con facilidad.

Nos guiaba Kim Ju Hyon, quien acababa de regresar, con la misión cumplida, de Changbai, adonde había ido tres meses antes con un grupo de exploración. Bajo su mando, el grupo avanzó hacia

el monte Paektu y en sus contornos observó la situación enemiga y la topografía, y conoció las inclinaciones de los lugareños, en tanto escogía el terreno apropiado para el campamento secreto y abría con éxito paso a nuestra unidad.

Nos internamos en la profundidad de un valle siguiendo el curso del río Manjiang y después nos sumergimos en el denso bosque vírgen del Duoguling. Aún estábamos en verano, pero allí, en la zona alpina, el clima ya era fresco y las hojas de los árboles empezaban a teñirse de rojo.

Mientras cruzábamos el Duoguling, se cumplieron 26 años del Día de ruina nacional.

En los momentos en que apresurábamos el paso de Manjiang hacia el sur, cambiando los cordones rotos de los zapatos por otros, Minami, capitán general del ejército japonés iba para Seúl, nombrado como séptimo gobernador general de Corea.

Antes del asalto a la ciudadela de Fusong, supimos por un periódico que sustituía a Ugaki y preveíamos que llegaría a Corea, casi a la par que nosotros avanzábamos hacia el monte Paektu.

Esta simultaneidad dio extraño estímulo a nuestro estado de ánimo.

Todo el mundo conocía que la ocupación de Corea por Japón resultaba un hecho vandálico, descarado. Desde el inicio, los japís sostenían que era legal y justa, pero, reitero, la “anexión” de Corea a Japón constituyó en todos los casos una innegable canallada. Los bandidos tienen su propia filosofía, y, una vez apoderados ilegalmente de lo ajeno, califican obstinadamente de bandoleros a quienes se esfuerzan para recuperar lo perdido.

Como en el refrán: El incendiario es el primero que grita “fuego”, los imperialistas japoneses, habituados a tal vileza, inventaron expresiones despectivas como “grupo de bandoleros”, “grupo de salteadores” o “bandidos comunistas” contra nuestro Ejército Revolucionario Popular de Corea, las cuales, sin excepción, se engendraban en esa lógica vandálica.

Es una ley que todo se pone patas arriba en el mundo donde los bandidos se enseñorean.

El intruso Minami llegaba altanero a Seúl en pleno día, como si fuera el dueño, mientras que nosotros, los verdaderos dueños, debíamos internarnos a escondidas en nuestra propia tierra patria, abriéndonos paso entre bosques inaccesibles. ¡Qué lamentable resultaba!

Una vez que tramontamos el Duoguling, decidí rectificar el itinerario original, es decir, dar un rodeo por la orilla del río Amnok. Quise encontrarme con habitantes de la zona fronteriza y hacer llegar nuestros disparos a los oídos de los compatriotas dentro del país.

Nos detuvimos primero en Deshuigou. En nuestra unidad teníamos a un novato, oriundo de allí, que se llamaba Kang Hyon Min y que había trabajado varios años con los jóvenes en una organización clandestina de la zona de Changbai, dirigida por Ri Je U y mi tío Hyong Gwon. Ingresó en el ejército revolucionario cuando operábamos en la zona de Fusong. La frecuentaba para cambiar reses por cigarrillos de opio, hasta que se encontró conmigo por conducto de nuestros activistas políticos clandestinos e ingresó en la guerrilla.

Por boca de Kang Hyon Min y el grupo de exploración de Kim Ju Hyon supe en detalle las inclinaciones de los pobladores de la región de Deshuigou.

Se trataba de un lugar donde la concientización revolucionaria alcanzaba los mayores niveles entre todos los poblados de Changbai. Existían las tradiciones de lucha patriótica antijaponesa establecidas por los independentistas después del Levantamiento Popular del Primero de Marzo y un terreno de masas apropiado, bien forjado durante esta contienda.

Fue la sede de la unidad del Ejército independentista comandada por Kang Jin Gon, unidad que instauró allí una escuela primaria con curso de 4 años, para ilustrar a los niños, jóvenes y campesinos.

Durante nuestra permanencia en Badaogou, mi padre lo visitó varias veces.

Y cuando el movimiento del Ejército independentista comenzaba a decaer a causa de la disolución de sus organizaciones, el pequeño

grupo de Ri Je U irrumpió y desarrolló actividades político-militares, en cumplimiento del Programa de la Unión para Derrotar al Imperialismo.

Después que fue detenido Ri Je U, mi tío Hyong Gwon lo tomó como punto de apoyo y organizó y concientizó a las masas de la región junto a Choe Hyo Il y Pak Cha Sok. En virtud de sus esfuerzos, en la zona de Changbai, se constituyó una organización de la Unión de la Juventud Paeksan.

Esta unión abrió un centro de entrenamiento político y militar, donde preparó un gran número de activistas políticos clandestinos y futuros guerrilleros.

Sus militantes no cesaron de combatir en la clandestinidad cuando el grupo armado del Ejército Revolucionario de Corea marchó hacia el interior del país y muchos cuadros de la Unión fueron encarcelados.

Cifrábamos esperanzas en ese terreno de masas ilustradas, educadas y concientizadas por vía revolucionaria por numerosas personalidades patriotas y comunistas.

La columna llegó a la entrada de Deshuigou y Kim Ju Hyon me condujo a casa del anciano Ryom In Hwan, a quien consideró como persona confiable cuando actuaba allí con su grupo de exploración.

Todos los rincones de la vivienda de ese practicante de medicina en el campo, denotaban una seria pobreza. Se decía que su tratamiento con acupuntura gozaba de fama, de manera que tanto de la zona de Deshuigou como de Changbai y Linjiang, e incluso, del otro lado del río Amnok venían en trineos o carretas para solicitar sus servicios, mas, no cobraba ni el costo de los medicamentos, por lo cual a la hora de cocinar su esposa debía andar con un calabacino vacío escondido bajo la falda para pedir prestado granos. Hacía recordar mi casa en la etapa en Badaogou y Fusong, con el anuncio “Dispensario” en su fachada.

El anciano Ryom me tomó el pulso, sin que se lo pidiera, y diagnosticó debilitamiento por exceso de cansancio y alimentación insuficiente, luego me entregó raíz de *sansam*. También el anciano

Ho Rak Yo, de Manjiang, antes de despedirnos les había entregado algunas de esas raíces a Jang Chol Gu y Paek Hak Rim, indicándoles que me las sirvieran para reconfortarme.

—Hay el comentario de que en Fusong centenares de soldados del ejército japonés y del Estado manchú fueron golpeados por las tropas aliadas antijaponesas mandadas por usted, General Kim, y se convirtieron en fantasmas del cementerio; ¿es verdad? —me preguntó el anciano.

La noticia del asalto a la ciudadela de Fusong había llegado hasta allí.

Le contesté que sí, y dio una palmadita sobre su rodilla y exclamó:

—¡Bravo! ¡Ahora sobrevivirá Corea!

Tiempo después, el anciano fue detenido y asesinado por la policía de Erdaojiang, por habernos ofrecido alojamiento una noche y una mezcla de patata y cebada como cena. Cuando recuerdo al desdichado, todavía siento escalofrío. Una vez, al pasar por allí con una pequeña unidad, fui a su tumba para verterle una copa de licor y hacerle una profunda reverencia.

Al otro día, salimos rumbo a Dadeshui, abriéndonos paso entre el rocío. En una loma, a cuyo pie se contemplaba la aldea, desayunamos con algunas patatas cocidas. Ordené al jefe de compañía Ri Tong Hak que preparara una asta para que en la bajada la columna llevara en alto una bandera al frente, tocando la corneta. Quise mostrar a los habitantes oprimidos el firme y vigoroso aspecto del Ejército Revolucionario Popular de Corea.

Los moradores de Dadeshui salieron a nuestro encuentro, con infinita alegría y admiración. Dijeron que por primera vez después de creada la aldea aparecían en pleno día centenares de efectivos del ejército coreano, equipados con fusiles modernos e incluso con ametralladoras, flameando la bandera y haciendo sonar la corneta que estremecía el cielo y la tierra.

Indiqué improvisar un escenario para representar un drama para los aldeanos como en Manjiang. Acordamos hacerlo después del

almuerzo, pero resultó imposible, porque a punto de tomar la cuchara, el enemigo nos atacó por sorpresa. El combate se entabló desde ambos lados de un cebadal con espigas doradas.

Aún recuerdo que me inquietaba la posible pérdida de cereales ya maduros.

Los adversarios se acercaban desde el otro lado de la parcela, siguiendo los surcos. Esperé a que salieran del sembrado e hice el disparo de señal.

Mis compañeros pelearon con habilidad. Les causaron decenas de bajas y empujaron a los sobrevivientes hacia Erdaojiang. Era el primer combate en Changbai. Con los disparos en Dadeshui avisamos, tanto a nuestro pueblo como al enemigo la aparición del Ejército Revolucionario Popular de Corea en el monte Paektu.

El poblado se alborozó como en una fiesta. Incluso vinieron de las aldeas vecinas para festejar nuestro triunfo. Nos sirvieron *tok* de patata y *kuksu* de fécula, a lo que los guerrilleros respondieron con bailes y canciones. Pronuncié un discurso de agitación que tuvo gran repercusión.

—General, —manifestó un viejo con bigote largo—, grite desde el Paektu “que se reúnan aquí todos los aspirantes a luchar por la independencia de Corea”, y la gente llegará como nubes desde todas partes del territorio de tres mil *ríes*. Aunque viejo y encorvado, puedo servirle en cualquier tarea.

Supé más tarde que este anciano que nos dirigió esas palabras estimulantes, era el “Viejo de la Giba”, de Xiaodeshui, a quien conocía bien el “Viejo de la Pipa”. Cuando este fue jefe del departamento de comunicaciones de Hamgyong del Sur, adjunto al cuerpo Kunbi, él había actuado como jefe de compañía.

El “Viejo de la Pipa” me presentó con orgullo a su ex-compañero de armas, con quien se encontró alegre al cabo de más de diez años.

El nombre verdadero del “Viejo de la Giba” era Kim Tuk Hyon, pero cuando empezó a servir en el Ejército independentista llevó el seudónimo Kim Se Hyon. No tenía ese defecto de nacimiento. Cuando joven, poseía una complexión armoniosa, de espalda recta y

pecho ancho. Su encorvadura fue resultado de un hecho digno de admiración. Nació en la provincia Hamgyong y se trasladó a Deshuigou en busca de medios de vida en aquella época trágica después de la “anexión” de Corea a Japón. El poblado fue formado por los compatriotas emigrantes, que vivían con añoranza de sus aldeas natales y de la patria que abandonaron. No bien se organizó allí el cuerpo Kunbi con la misión de recuperar la patria y preparar el camino de regreso, Kim Tuk Hyon ingresó en él sin titubeos. Y para obtener fondos para el cuerpo no vaciló en entregar a su querida hija, de 13 años, a casa ajena como futura nuera, e incluso, marchó, para conseguir armas, a la lejana tierra rusa envuelta en la guerra civil, en la que participó.

Esta abnegada labor durante más de diez años motivó posteriormente que estuviera encarcelado más tiempo que sus compañeros. Los reclusos se veían obligados a tejer a mano 14 ó 15 horas al día. Cuando se enderezaban, por poco que fuera, caían sobre sus espaldas terribles latigazos o porrazos. Tal trabajo agobiador e intolerable, duró 7 u 8 años y, al final, encorvó para siempre la columna de Kim Tuk Hyon.

Parecía una persona impedida, pero, su mente siempre estaba ardiendo de amor a la patria y fervor de lucha. No por casualidad fue el primero que ingresó en el pequeño grupo armado de Ri Je U. Expresó que después de su encuentro con Kim Ju Hyon esperaba con ansia a que avanzáramos al monte Paektu. Cuando Kim Ju Hyon se internó en Changbai al mando del grupo de exploración, ya había establecido relaciones de amistad con él.

Tan pronto como terminaron un sencillo programa artístico y mi discurso, ordené el repliegue de la unidad. Los aldeanos nos suplicaron que pasáramos juntos siquiera una noche, preguntándonos cómo podíamos irnos si apenas entraban en amistad con nosotros. Les expliqué por qué debíamos despedirnos inevitablemente: no se sabía cuándo el enemigo volvería a atacarnos trayendo refuerzos, y para proteger a la aldea de posibles daños lo indicado era retirarnos.

Como guía se presentó el “Viejo de la Giba”. Le di un folleto con

el Programa de Diez Puntos y la Declaración constitucional de la Asociación para la Restauración de la Patria. Fue el primero que lo recibió tras haber llegado nosotros a las riberas del Amnok. Poco tiempo después, en la zona de Deshui aparecieron las organizaciones de la Asociación.

El anciano perteneció a su filial en Shiliudaogou, la principal de entre diversas organizaciones de base del lugar. Si hubiéramos podido establecer el título de “filial ejemplar” como en la Asociación General de los Coreanos Residentes en Japón en la hora actual, ella hubiera sido la primera en recibirlo. Criaba perros feroces, que con su desarrollado olfato impedían acercarse libremente a la casa a los agentes o policías. Los animales acertaban asombrosamente con las personas. No ladraban contra nuestra gente, aunque fuera desconocida. Cada vez que iban allí Kim Ju Hyon, Kim Hwak Sil, Kim Jong Suk y otros miembros de nuestra pequeña unidad, o nuestros enlaces, recibían mucha ayuda del “Viejo de la Giba”.

Kim Jong Suk fue en una ocasión a Zhonggangqu, en el distrito Changbai, para cumplir una misión. Comenzaba el invierno de aquel año en que llegamos al monte Paektu. Quienes iban a misiones por separado, llevaban como comida bolas de arroz o patatas cocidas, y no arroz crudo. Igual procedían los enlaces de las bases antijaponesas de Jiandao. Uno solo no podía prender el fuego para preparar la comida, aunque sí varios, ubicando centinelas. Podía descubrirse como “persona de montaña”. Kim Jong Suk partió de Yaofangzi, con unas cuantas patatas cocidas, pero en medio del camino, encontró a una anciana y un niño que masticaban hojas de verduras heladas. Lloró compadecida de la trágica situación de aquellos dos seres. Les entregó su alimento y, moviendo a duras penas sus piernas, tambaleantes, siguió la caminata por senderos montañosos. Más tarde, recordó que no sabía cómo había podido llegar hasta la casa del “Viejo de la Giba”. Agregó que cuando volvía en sí veía sollozar al matrimonio con un plato de papilla y una cuchara, sentados a ambos lados.

Los ancianos la atendieron con toda sinceridad ofreciéndole

papilla, tortilla de lenteja verde y caldo de gallina que habían alimentado como ponedora. Aun después de liberado el país, Jong Suk recordó varias veces que no habría podido regresar al campamento secreto del Paektu si no hubiera disfrutado de esa cordial atención.

El “Viejo de la Giba” vino en varias ocasiones a nuestro campamento con materiales de intendencia a costas aunque estaba lisiado. Me visitaba en secreto, acechando la primera oportunidad que se le ofrecía.

Nos sirvió de guía también cuando asaltamos a Banjiegou. Y con motivo del Primero de Mayo de 1939 asistió como delegado de los campesinos a los actos festivos, efectuados en el bosque de Xiaodeshui, lo cual nos alegró.

A comienzos de 1942, oí la triste noticia de su muerte por enfermedad.

Tanto en el monte Paektu como en tiempos posteriores lo he recordado.

En noviembre de 1947, informado de que se preparaban los uniformes para los alumnos de la Escuela para los Hijos de Mártires Revolucionarios de Mangyongdae, deseé ver cómo lucían y así invité a mi casa a algunos de los muchachos, entre los cuales estuvo Kim Pyong Sun, hijo del “Viejo de la Giba”.

Kim Jong Suk visitó después la escuela y, llamándolo aparte, le ofreció como regalo una estilográfica que usaba con cuidado desde la época de la guerrilla, exhortándolo a que estudiara con ahínco.

En agosto de 1949, Kim Pyong Sun se presentó ante Kim Jong Suk y yo, con un nuevo uniforme militar con charretera de jefe de sección. Nos explicó que había sido designado para ocupar ese cargo en la Guarnición. Ciertamente, nos unían lazos singulares.

A partir de ahí, no se separó más de nosotros. Compartió conmigo la tristeza por la pérdida de Jong Suk, me acompañó hasta Suanbo, en la provincia Chungchong del Norte, donde existió la Comandancia del Frente, y estuvo a mi lado en Kosanjin, provincia Jagang, en la Comandancia Suprema. Más tarde, durante largo tiempo, permaneció cerca de mí.

Siempre que sentía vagar cerca el espíritu del “Viejo de la Giba”, me venían a la memoria las palabras que me dirigió en el caserío Dadeshui, y la noche bañada por la luna que pasé en la meseta Xiaodeshui.

Un día después de acampar en esta meseta, trasladamos la unidad al bosque de Madengchang e hicimos descansar a los guerrilleros. Me tendí sobre el yerbazal para leer un libro, pero caí en un sueño profundo, cuando sonaron disparos. Los adversarios que venían desde Shiwudaogou y Erdaojiang, se abalanzaban casi simultáneamente sobre nosotros desde el Norte y el Sur. Nos era difícil distinguírnos del enemigo por el denso bosque. Era la mejor oportunidad para desaparecer como humo y convertir ese ataque en una sangrienta contienda entre los mismos enemigos.

Nos escabullimos sigilosamente y escalamos la meseta de Shiwudaogou, de donde contemplamos cómo peleaban unos contra otros. Este fue el llamado combate de Xiaodeshui, un combate visto desde lejos en Madengchang.

Si no me equivoco, el intenso tiroteo entre el enemigo duró tres o cuatro horas. Se prolongó tanto que nosotros, los espectadores, nos aburrimos. Por fin, la tropa que avanzaba desde Erdaojiang tocó a repliegue porque al parecer le resultaba difícil resistir, y la otra dejó de disparar al saber que combatían entre sí.

Se preguntaban por dónde habían desaparecido centenares de guerrilleros y decían que hasta Dios se lamentaba por no saberlo.

La solución a este enigma tal vez la encontraban en nuestra “táctica mágica” con que nos metamorfoseábamos. A mi parecer, desde entonces empezó a difundirse ampliamente por la zona fronteriza el rumor de que con esa táctica ascendíamos al cielo y entrábamos a la tierra, o aparecíamos y desaparecíamos por arte de birlibirloque.

El enemigo careció de camillas, por lo que requisaron todas las puertas de las viviendas de Xinchangdong para llevarse sus cadáveres y volvieron las espaldas precipitadamente. Esto obligó a los vecinos a pasar algún tiempo con sacos de paja en lugar de puertas.

Los disparos del Ejército Revolucionario Popular de Corea en Dadeshui y Xiaodeshui, causaron una gran repercusión entre los compatriotas radicados en Changbai y los habitantes del territorio de Corea que tenían enfrente.

Terminada la batalla, expresamos nuestra pena por la devastación del patatal, pero un campesino del lugar exclamó:

—Aunque se destruyó el sembrado, me da más alegría ver que esos japis bestiales yacen así molidos, que contemplar plantas bien maduras.

Posteriormente, muchos jóvenes de la zona de Deshuigou se incorporaron voluntariamente al Ejército revolucionario, lo cual devino prólogo de la campaña de ingreso masivo que amplió bruscamente sus filas en la región de Changbai.

Los adversarios quedaron pasmados ante el avance del Ejército Revolucionario Popular a Changbai y su poderío militar. Los organismos policíacos del lugar sufrieron los embates de un vendaval de dimisiones y renunciaciones colectivas de sus agentes. El sistema de dominación enemiga caía en un caos profundo. Comentaban que en Erdaojiang empleaban la puerta trasera para entrar y salir de la aldea de concentración.

En tierras de Changbai no efectuamos sólo operaciones militares. Nos dedicamos, además, a labores organizativo-políticas para educar y aglutinar a las masas. Por conducto de nuestros activistas políticos se crearon organizaciones de la Asociación para la Restauración de la Patria en las zonas de Deshuigou y Diyangxigou. También surgieron en el interior del país.

Aparecían unas tras otras en las proximidades del monte Paektu y todas sirvieron de sólido terreno político para la base que surgiría.

Después del encuentro en Xiaodeshui combatimos en Donggang, de Shiwudaogou, Longchuanli, de Shisandaogou, y Erzhongdian de Ershidaogou, y otros diversos puntos del distrito Changbai, a orillas del Amnok. Las zonas aledañas al río estaban como un colmenar agitado.

El objetivo del rodeo lo alcanzamos con satisfacción. Ya era hora

de entrar en el Paektu y anidar allí. Siguiendo a Kim Ju Hyon y Ri Tong Hak, me dirigí al área escogida para el campamento secreto. Nos acompañaron la plana mayor de la unidad, la escolta y algunas compañías de combate. Al resto le asigné la tarea de formar alboroto algún tiempo más en la zona de Changbai.

El valle Sobaeksu fue el seleccionado por Kim Ju Hyon, Ri Tong Hak, Kim Un Sin y otros como terreno para el primer campamento secreto dentro del país, en el monte Paektu. Al noroeste, se empinaban este monte, a unos 16 kilómetros de distancia, y el Sono, a unos 8; y a unos 6, al noreste, el Kanbaek que sobresalía por entre un bosque. Y detrás del valle se extendía lateralmente otro monte, el Saja.

Nuestra llegada al Sobaeksu nos daba la misma alegría que se siente al regresar a casa, al cabo de una prolongada ausencia. Representó, dentro del gran proceso histórico, que significa la Revolución Antijaponesa, el traslado del centro de actividades desde el Este de Manchuria al monte Paektu.

Si un viajero vuelve a su casa después de haber permanecido algún tiempo fuera, es natural que esto sea motivo de fiesta para sus vecinos. Así y todo, en aquel valle del Paektu tan recóndito que un poeta expresara en sus versos: “de tanto sufrir soledades hasta los pájaros se alejan”, ni siquiera existieron vecinos que nos saludaran. Nos recibían sólo el bosque agitándose y el arroyo saltarín. Los compatriotas del interior del país no conocían aún de nuestra presencia en el Sobaeksu.

Si hubiéramos caminado 40 km más en filas, nos habríamos encontrado con quienes salieran a nuestro encuentro con los brazos abiertos. Empero, estaban también los intrusos isleños, que nos apuntarían sus fusiles. De no haber existido esos malditos, habríamos descendido de prisa, como un alud del Paektu, y tenido un encuentro emocionante con los compatriotas queridos. Mas, eso podía alcanzarse sólo por la batalla, para la cual precisamente avanzamos al monte y nos asentamos en el valle Sobaeksu.

No podíamos imaginar en absoluto que ese valle tan inaccesible

que nos servía de nido, sería posteriormente un importante lugar, de significación histórica, que recorrerían un sinnúmero de personas del mundo.

Para no dejar rastro caminábamos siguiendo el curso del arroyo Sobaeksu, que corría llevándose infinidad de hojarasca.

Hoy, los visitantes no podrán imaginar lo solitario e intransitable del lugar medio siglo atrás. Cuando lo pisamos por primera vez, era un bosque virgen que impedía descubrir siquiera las huellas de animales montaraces. Mas ahora su soledad y limpieza han adquirido un nuevo tono con las excelentes carreteras por donde transitan ómnibus de turismo y visitantes, con campamentos comparables con modernos hoteles y aldeas construidas con el mismo fin, con columnas de personas y canciones que no se interrumpen en ninguna estación del año. Por su paisaje singular y su configuración digna de ser una fortaleza natural, el valle, que mantenía su originalidad, a pesar de los cambios que sufrió la Tierra, nos atrajo a primera vista.

Lishugou, donde estaba establecida la comandancia de nuestra guerrilla, nos resultó excelente lugar cuando actuábamos en Macun, Xiaowangqing. El valle era tan profundo y las montañas tan abruptas que los adversarios no se atrevían a entrar, y favorecían rechazar a los que lo alcanzaran. Total similitud de topografía y configuración tenía el Sobaeksu entre el punto de confluencia de los arroyos, al pie del pico Saja, y el terreno escogido para el campamento secreto. Se diferenciaban únicamente en que el Sobaeksu resultaba más profundo y hermoso. A medida que se adentraba en la cañada podía apreciarse que ésta era más honda y los cerros más grandes, ya que se veían intercalados en una de las estribaciones del Paektu que abraza miles y miles de montañas y cumbres abruptas.

Antes del anochecer, montamos las tiendas en la falda de un monte, frente al pico Jangsu, y en las riberas del Sobaeksu y allí dormimos.

Raras veces duermo más de tres horas. Aun cuando luchaba en el monte me despertaba, sin excepción, a eso de las dos y leía a la luz

del candil, pero esa noche no pude levantarme por el cansancio, ni leer.

Por la mañana vi escarcha.

En la zona del Paektu la temporada invernal es más larga y nieva más que en otros lugares. Esta nieve no se derrite pronto: se conserva hasta finales de junio o comienzos de julio, mientras a finales de septiembre o a principios de octubre la cúspide del monte se cubre de otra nueva. Muchas veces, entonces, lo acumulado superaba la altura de un hombre, y se precisaba abrir túneles para transitar. Si uno quería salir del campamento debía ponerse un par de barajones, porque, de lo contrario, podía perecer hundido en un profundo hoyo en la nieve.

Con todo, también a esta región alpina tan rigurosa, siempre amenazada por el viento fuerte y la nevada intensa, llegaban las cuatro estaciones del año, que nos beneficiaban.

Cuando el combate de Laoheishan, fue la primera ocasión en mi vida que comí *chongchwi*, un vegetal que me despertaba mucho apetito. El que envolvía el arroz con pasta de soya, sabía mejor que la lechuga. Y el *pyongphung* lo probé por primera vez en casa de Ri Hun, en Shijiudaogou, en el distrito Changbai; también tenía un sabor delicado.

Una gran cantidad de yerbas comestibles crecían bien en la zona del monte: *chongchwi* en la meseta Taehongdan, *pyongphung* en torno al lago Samji y *musuhae* en el pico Pegae. Los cocineros enriquecían con ellas la mesa veraniega de nosotros, los “habitantes” del monte Paektu.

Durante la vida sedentaria en el campamento secreto, incluso prepararon una huerta cerca de un yerbazal de gramíneas; la lechuga y el *sukkat* daban buen rendimiento y no así la acelga y el nabo.

De vez en cuando, comíamos *sanchono* (Pez de agua dulce, de carne muy apreciada y que vive en aguas frías. —N. del Tr.), del arroyo Sobaek. En aquel tiempo, su número estaba reducido, pero ahora se acrecienta gracias a la atención que se le presta a su reproducción.

Un día después de nuestra llegada al terreno donde se levantaría el campamento, volví a recorrerlo junto con los miembros de la comandancia. También me interesé por la ubicación de las cabañas, propuesta por el grupo de exploración. Y luego convocamos a una reunión de los jefes, en la cual hicimos el balance de la larga caminata desde Nanhutou y examinamos exhaustivamente las tareas inmediatas que debíamos cumplir en el monte Paektu y las distribuimos entre las compañías.

Lo debatido en la reunión se puso en práctica al instante, y se resume en los siguientes términos: acelerar la instalación de la base, la más apremiante tarea. Tenía dos sentidos: levantar el campamento secreto y crear la organización. En otras palabras, establecer la base en la zona del Paektu significaba asentar campamentos secretos y constituir organizaciones revolucionarias clandestinas entre los habitantes al pie del monte.

La zona guerrillera preparada en el Este de Manchuria en la primera mitad de la década de los 30 y la base del monte Paektu creada en la segunda de la misma década, tenían una notable diferencia tanto en su contenido como en su forma. La primera era base revolucionaria fija y abierta, punto de apoyo principal para las actividades guerrilleras, mientras la segunda estaba escondida y aseguraba las operaciones militares y políticas, con sus campamentos secretos y organizaciones revolucionarias clandestinas.

En un caso los habitantes vivían bajo la política del Gobierno Revolucionario Popular y destinamos grandes fuerzas a la defensa del territorio, y en el otro ellos, incorporados en las organizaciones clandestinas, estaban gobernados aparentemente por el enemigo, aunque en realidad se movían según nuestras indicaciones y lineamientos, y no se necesitaba tanta fuerza para proteger la base.

De ahí que estuviéramos en condiciones para desarrollar las acciones guerrilleras en vastas regiones. Es decir, al cambiar la forma ocupamos una posición que nos permitiría atacar con iniciativa. Esto quería decir que nuestro radio de acción avanzaría en la misma medida que se ampliaba la base.

Planeamos expandirla hacia la profundidad del país, cruzando por la extensa región de Changbai y más adelante, las mesetas Paekmu y Kaema y la cordillera Rangrim con el campamento secreto del Paektu como centro, y, a la larga, llevar las llamas de la lucha armada al resto del territorio de Corea, desde el norte hasta el sur, a través del centro, mientras activaríamos la construcción de las organizaciones del Partido y el movimiento del frente unido e impulsaríamos la preparación de la guerra de resistencia de toda la nación.

Formar las redes del campamento secreto y de las organizaciones clandestinas se convirtió en un asunto acuciante, que decidía nuestra sobrevivencia o muerte, y, al final, el triunfo o el fracaso de la Revolución Antijaponesa, por lo que su solución exigía la máxima prioridad. Propusimos como un deber primordial establecer el campamento secreto y distribuimos las tareas. La misión de conseguir vituallas y ropa se le confió a Kim Ju Hyon. Sencillamente, asentar y mantener el campamento implicaba problemas de comida, ropa y alojamiento para nosotros mismos.

La compañía de Ri Tong Hak recibió la importante encomienda de detectar en lo posible a quienes podían ayudar en la creación de las redes de las organizaciones clandestinas, y de efectuar operaciones militares para animar al pueblo y orientarlo a entregarse a la sublime causa de la restauración de la patria.

Los comandantes no tardaron en poner manos a la obra. Kim Ju Hyon y Ri Tong Hak partieron con sus compañías. Después que despaché otros guerrilleros hacia varios destinos dándoles misiones independientes, me dirigí al valle Komuikol con la escolta y algunos miembros del séptimo regimiento. Allí debía encontrarme con el grueso de la unidad del que nos habíamos separado en la aldea Huanggongdong.

El recorrido desde el valle Sobaeksu hasta el Komuikol me causó una gran impresión. Me cautivaron el monte Sono y la cascada Samdan; eran, de veras, hechiceros, maravillosos. La comitiva perdió bastante tiempo en el bosque buscando el paso. No olvidó lo ocurrido

en la fuente termal de Datus. No nos orientábamos, llevábamos más de dos horas sumergidos en un mar de árboles sin que lográramos encontrar la salida, por lo que envié en varias direcciones grupos de exploradores, de los cuales uno regresó en compañía de un anciano. Dijeron que vivía solo al pie del monte Paektu y que se encontró con el grupo en el camino de regreso de Manjiang adonde había ido a conseguir sal y mijo. Guiados por el anciano, fuimos a su cabaña, que tenía cerca una fuente termal formidable. El agua alcanzaba tanta temperatura que si se le echaban cangrejos se cocinaban tiñéndose de rojo. Nos bañamos, lavamos las ropas y cocimos cangrejos. Una vez, vi por televisión que los irlandeses tomaban baños termales al aire libre bajo un riguroso invierno, lo que me hizo recordar que nosotros lo habíamos hecho en la fuente de Datus.

Intercambié muchas opiniones con el anciano. Le pregunté por qué vivía en la falda del monte y me contó que antes habitó en un llano, y al ver que la situación se empeoraba se fue al monte ancestral.

—Para morir deshonrado como esclavo sin patria no me importa el lugar, pero me nació el deseo de esperar la muerte aquí, al pie del monte Paektu —continuó el anciano—. El maestro que me enseñó las letras chinas en un colegio privado siempre decía que los coreanos debían morir con la cabeza puesta en el Paektu tras haber vivido en su seno. Palabras tan significativas merecían grabarse en una lápida.

De seguir la mirada que el anciano dirigía con entrecejo hacia el monte Paektu, probablemente se abriría ante mí el sendero fangoso que él recorriera. Un sublime sentimiento me envolvió. Me impresionó mucho su razonamiento de que vivía al pie del Paektu para luego morir con la cabeza puesta en él.

—Bueno, ¿qué sabor tiene vivir aquí, en un lugar recóndito del Paektu? —volví a preguntarle.

—Muy delicado. Aunque llevo una vida difícil cultivando patata y cazando corzos, parece que engordo porque no le veo el hocico a esos malditos japis.

La charla me ratificó que el Paektu servía de fuerte pilar a la vida espiritual de nuestra nación, y que haberlo escogido como centro político y estratégico de la revolución resultaba mil veces justo. El anciano era, sin duda, un firme patriota que se mantenía allí solitario en el ocaso de su vida, sin siquiera tener vecinos. ¡Qué lástima que no le pregunté su nombre cuando nos despedimos!

Tenía muchos libros, como el anciano Ma, de la meseta de Luozigou. Cuando después de haber tomado el baño termal abandonábamos Datuo para llegar al Komuikol, me ofreció como regalo varias novelas. Más tarde, establecimos un sanatorio en áreas de la fuente para los heridos en combate y los debilitados.

Días después de nuestra llegada al Komuikol, nos vinieron a ver los miembros del segundo regimiento que operaba en la zona de Jiaohe. Entre ellos figuraban Kwon Yong Byok, O Jung Hup y Kang Wi Ryong con quienes intercambiamos recuerdos.

Narraron que habían sufrido mucho para alcanzarnos. Mientras avanzaban hacia el Paektu, con ropas de verano y sin alimentarse debidamente en la temporada de frío, asaltaron a una empresa maderera y consiguieron algunas reses, de las cuales dos las arrastraban con vida para nosotros. Al ver sus cuerpos huesudos y uniformes haraposos, sentí afligido el corazón. También ellos derramaron lágrimas, abrazándome.

Dispuse que les entregaran nuevas ropas, tanto exteriores como interiores, polainas y zapatos de trabajo nuevos, útiles completos para el aseo, e incluso cigarrillos y fósforos.

Por orden de la Comandancia, Kang Wi Ryong y Pak Yong Sun levantaron campamentos secretos en diversos puntos de Komuikol, Hengshan y Hongtoushan. Poseían habilidad para hacer en dos o tres días cabañas con capacidad para un regimiento, valiéndose sólo de hachas. Quizás, fueron los que más trabajaron para construir campamentos en la zona de Changbai. Por sus esfuerzos, los hombres de la unidad de Cao Guoan quedaron admirados al llegar a Komuikol y ver que su alojamiento se levantaba en un solo día.

Cuando regresé al valle Sobaeksu encontré cabañas erigidas en

varios campamentos secretos. Aquí y allá, se veían cuarteles de la Comandancia y de guerrilleros, la imprenta, la sastrería, los puestos de guardia y de control.

Desde entonces, todas las puertas de las cabañas empezaron a lucir tiradores de pezuña de corzo, que si bien insignificantes, quedaron grabados en mi cerebro como un símbolo que marcó aquel período histórico. Digo esto porque a partir de que en las “viviendas” del Paektu se instalaron esos tiradores, o sea, nos anidamos en el valle Sobaeksu, el campamento secreto del monte se convertía en la base principal de la revolución coreana, en el punto de sostén central para dirigirla.

A la vez que centro político y estratégico y corazón de la revolución coreana, era un punto esencial donde se trazaban planes de operación, se desplegaban variadas actividades y se ofrecían servicios de retaguardia.

Precisamente, desde el campamento del Paektu incontables bases secretas se extendieron más tarde, como varillas de abanico, por toda Corea septentrional y central.

De allí salió un gran número de activistas políticos clandestinos, como Kwon Yong Byok, Kim Ju Hyon, Kim Phyong, Kim Jong Suk, Pak Rok Kum, Ma Tong Hui y Ji Thae Hwan hacia diversas regiones del país para prender la llama de la revolución en todo el territorio de tres mil *ríes*, y Ri Je Sun, Pak Tal, Pak In Jin, y otros numerosos representantes del pueblo, que habían venido al monte para vernos, volvieron a entrar en éste, portando nuevas simientes de la revolución. También nuestras unidades marcharon a combatir. Casi todos los proyectos, grandes y pequeños, directamente relacionados con el destino de la revolución, se concebían, trazaban, y ejecutaban, en el campamento secreto del monte Paektu.

Tanto en Corea como en China estaban establecidos sus campamentos secretos satélites.

En Corea existieron los del pico Saja, de los montes Kom, Sono y Kanbaek, y de las cúspides Mudu y Soyonji; y en Jiandao Oeste, los de Komuikol, Diyangxi, Erdaojiang, Hengshan, Limingshui,

Fuhoushui, Qingfeng, y otros varios de la zona de Fusong. Según necesidades, las frecuentábamos y aprovechábamos.

Los campamentos de la zona del Paektu cumplían distintas misiones y deberes. Además del rol de cuartel secreto, desempeñaban el de retaguardia, con sastrería, taller de reparación de armas y hospital, enlace o alojamiento para los activistas políticos clandestinos.

El centro de la red estaba en el valle Sobaeksu.

En este sentido lo bautizamos con el nombre de “campamento secreto No.1 del monte Paektu”. Ahora se llama “campamento secreto del monte Paektu” o “campamento secreto Paektu”.

Para la máxima seguridad y secreto, manteníamos allí sólo algunas unidades principales, entre ellas los departamentos dependientes de la Comandancia y la escolta, restringiendo y controlando de manera estricta su salida y entrada. Y con las unidades que no nos acompañaban permanentemente, o con personas que venían de otros lugares a la Comandancia nos encontrábamos en el campamento No.2 (el del pico Saja), donde ellos, además de la entrevista, descansaban, y, según el caso, recibían cursillos o entrenamiento militar, y se despedían. Este sirvió como sala de espera y recepción, sala de entrevistas y dormitorio, y un centro de cursillos y entrenamientos para las personas que acudían a la Comandancia. A los enlaces les hicimos tomar el camino a lo largo del arroyo Sobaeksu desde la entrada del valle del mismo nombre, ascendiendo desde Rimyongsu, para no dejar huellas. No informábamos a todos la posición de los campamentos, tanto del monte Paektu como de sus contornos. Lo que conocen todos no es secreto.

Únicamente la sabían al dedillo Kim Ju Hyon, Kim Hae San, Kim Un Sin, Ma Tong Hui y algunos más que casi monopolizaban la misión de enlace, y un reducido número de jefes.

Para nosotros fue una gran fortuna que el campamento del Paektu y los de sus alrededores, y sus “habitantes” pudieran mantener oculta su existencia hasta alcanzar la victoria en la Revolución Antijaponesa.

El Paektu era mi “casa” en la época juvenil. Infinidad de “familiares” incomparables con los de mi hogar de nacimiento convivieron conmigo allí, dejándose mojar en la lluvia y la nieve y soñando con la patria actual.

Hoy viven muy pocos de aquellos hombres que habilitaron el monte Paektu, compartiendo conmigo tristeza y felicidad. Esta situación nos impidió que cumpliéramos en su momento e impecablemente la misión de transmitir a los descendientes, la historia revolucionaria de nuestro Partido y los méritos combativos de ellos, impregnados en los pliegues del Paektu.

Tampoco pude localizar a tiempo la posición del campamento, porque me retenían muchos trabajos como la fundación del Partido, del Estado y del Ejército, la guerra y la rehabilitación y construcción posbélicas.

Más de una vez sugerí a Pak Yong Sun y sus hombres, cuando vivían, que buscaran las ruinas del campamento secreto del Paektu para la joven generación; tampoco él, excarpintero tan hábil, logró descubrirlas, aunque lo hiciera con las de los campamentos de Komuikol, Diyangxi, Hengshan, picos Chong y Pegae, y de Mupho, por él levantados. Pero esto no era motivo para censurarlos, pues no habían estado allí.

Por fin, las encontré aunque tardíamente. Aprovechando una oportunidad que se me ofreció, fui a la zona del monte Paektu para ver los campamentos reconstruidos, y en el regreso vi un punto que me resultó familiar, cerca del puente de Sobaeksu, y envié allí a exploradores. Les indiqué de antemano que buscaran un yerbazal de gramíneas no tan vasto en un valle con un pico peñascoso de más de 160 metros. Y puse énfasis en que el valle no se veía bien desde afuera por estar bloqueado por montes. Todavía la zona era tan terrible y profunda que una vez, mi jefe de despacho y el asesor militar, a quienes envié allí, con vistas a abrir un camino de turismo a lo largo del río Amnok, sufrieron mucho perdiendo el rumbo en la selva virgen. A duras penas los encontramos, con ayuda de una compañía de la escolta que envié. Realmente, se trataba de una zona

intrincada, comparable con Mihunzhen. Los exploradores enviados al valle Sobaeksu lograron descubrir primero árboles con consignas escritas y, seguidamente, ruinas de casas y vivaque. Así fue como el campamento secreto del monte reapareció con su aspecto original ante los relevos de nuestra revolución.

Hoy, el Paektu deviene escuela que enseña el espíritu de este monte, espíritu de los pioneros de nuestra revolución, a su segunda, tercera y cuarta generaciones. La extensa zona del monte constituye un gran museo de la revolución al aire libre.

Con el decursar de la historia, su simbolismo se hacía más rico. Realmente, en la segunda mitad de la década de los 30, el Paektu empezó a tener un nuevo sentido, además del propio, simbólico.

La lava de la “revolución por la restauración de la patria”, que brotó de él, un volcán inactivo, llamó la atención de 20 millones de compatriotas. Al recorrer sitios que hirvieron con la llamarada de la Revolución Antijaponesa, el escritor Song Yong tituló sus notas de viaje: *El monte Paektu se ve desde todas partes*. Como denota el título, con nuestra llegada, el Paektu se convirtió en volcán activo de la restauración, en el sagrado monte de la revolución, que se veía desde cualquier lugar.

## **6. El terrateniente Kim Jong Bu, un patriota**

Tan pronto como aparecieron los comunistas en el escenario político internacional, los desposeídos de todas las naciones levantaron el lema “¡Abajo los terratenientes y capitalistas!”. También las masas trabajadoras de nuestro país con la misma consigna, y durante largo tiempo, sostuvieron una severa e intensa lucha para enterrar a las clases explotadoras reaccionarias que se aliaron a las fuerzas imperialistas foráneas.

Incluso personalidades del grupo izquierdista del Partido revolucionario de Corea, perteneciente a la junta Kukmin, en una etapa, plantearon como su objetivo de lucha, derrotar a los terratenientes y capitalistas y levantaron una gran ola para lograrlo.

Confieso que oponerme a ellos era mi ideal, mi objetivo de lucha. Combatir a los explotadores que viven a costa del sudor y la sangre ajenos es un principio que he mantenido inalterable toda mi vida tanto en el pasado como ahora. Y seguiré detestando a quienes viven en el lujo, malgastando las riquezas creadas con el sudor y la sangre de centenares de millones de trabajadores que sufren hambre.

Todos los hombres progresistas del orbe reconocen el ideal humanitarista que propugna hacer realidad la distribución equitativa de las riquezas materiales y la igualdad social. Consideramos nuestro sagrado deber oponernos a la dictadura política, el monopolio económico y la degradación moral de un puñado de propietarios y sus portavoces, y darles el toque de muerte.

Desde luego, en la práctica hay que distinguir exactamente el problema de derrotar a las clases explotadoras de la cuestión del tratamiento a cada individuo, a cada propietario, que a ellas pertenece. Así fue como durante la Revolución Antijaponesa sólo tomábamos como blanco de nuestra lucha a los imperialistas

japoneses y los propietarios recalcitrantes que se convirtieron en sus esbirros.

No obstante, existieron comunistas que cometieron errores izquierdistas en el tratamiento a los terratenientes y capitalistas nacionales de tendencia patriótica y antimperialista, porque subrayaban sólo la lucha con respecto a las clases contrarias. En una serie de naciones surgió un equivocado concepto sobre el comunismo, por haberse aplicado una política implacable para acabar con los propietarios, expropiarlos y reprimirlos sin fundamento en los planos político, económico y social, sin tener en cuenta sus condiciones y situaciones concretas.

Esto fue aprovechado por los maniacos anticomunistas para desvirtuar al comunismo.

En el Norte de Corea no hay ahora terratenientes ni capitalistas. La educación clasista, profundizada en alto grado, permite a los funcionarios combinar adecuadamente el lineamiento de clases con el de masas. Puede decirse que desapareció el parcializado criterio de considerar malos a todos los ricos, el concepto mezquino de golpear con un solo garrote a todos los que proceden de las clases terrateniente y capitalista, sin importar quiénes son, ni tener presente sus antecedentes y méritos.

En nuestra época, las masas se ponen alegres, como si fuera su propia dicha, al ver u oír que personas, antes afligidas por su origen familiar, viven con optimismo, admitidas en el Partido o promovidas a puestos apropiados; es un estado de ánimo común. Se trata de un inapreciable fruto de la política de amplia proyección del Partido del Trabajo de Corea.

La aplicamos desde hace medio siglo. Ya en el período de la Revolución Antijaponesa los auténticos comunistas coreanos levantaron el lema de la gran unidad nacional y lucharon para aglutinar en una fuerza a todos los sectores, por encima de la diferencia de procedencias, creencias religiosas y bienes.

Pienso que la historia sobre el terrateniente Kim Jong Bu, servirá de cierta ayuda para comprender nuestro concepto sobre los

terratenientes y capitalistas, y la raíz histórica de nuestra política de amplia proyección.

A finales de agosto de 1936 tuvimos el primer encuentro con él. Un grupo que había salido hacia Diyangxi para recoger colectas, regresó en una noche cerrada, arrastrando a un viejo setentón y a otras personas más, a quienes acusaban de terratenientes projaponeses. Entonces trabajábamos entre las masas en la aldea Majiazi de taladores, cerca del Erdaojiang.

Al leer el nombre Kim Jong Bu en la lista de los detenidos quedé pasmado porque lo calificaban de “terrateniente projaponés”. El jefe de la pequeña unidad que lo detuvo, era Kim Ju Hyon según mi memoria, aunque otros creen recordar que la mandaba Ri Tong Hak.

Lo llamé y pregunté con severidad:

—Diga qué argumentos tiene para decidir el hundimiento de Kim Jong Bu.

—Ese viejo posee no menos de 150 hectáreas cultivables. Por primera vez en mi vida oí que un terrateniente tiene tantos sembrados.

—Ahora bien, ¿qué ley plantea que hay que acabar con todos los terratenientes que poseen 150 hectáreas?

—¿De qué habla usted, compañero Comandante? Se dice que un rico arruina tres aldeas; creo que un ricachón como ese es suficiente para hundir más de diez.

Quise saber si había otra razón.

Kim Ju Hyon explicó que el viejo se relacionaba con el consejero de la oficina local del consulado japonés, quien lo había convertido en comerciante de maderas, para lo cual invitó a Ito, un capitalista japonés radicado en un lugar, tal vez en Yongchon, en la provincia Kyongsang del Norte y lo persuadió de prestarle la colosal cantidad de 6 mil *yenes*, y que si poseía hasta un camión y podía comerciar ampliamente, era gracias al amparo de esos malditos japís.

—¿Algo más?

—¡Cómo no! No se limita a una o dos cosas. Se dice que ocupa a la vez los cargos de jefe de la asociación protectora de bosques y de

la cooperativa rural, y frecuentemente visita el ayuntamiento del Estado manchú. Su hijo, Kim Man Du, amparado por su padre, se desempeñó durante algunos años como alcalde de Erdaojiang.

Le pregunté si no tenía ningún punto positivo, a lo que no contestó, algo turbado. Pareció que no había recogido datos en este sentido, y ni siquiera imaginaba que yo estaba interesado por tal cosa.

—¿A qué punto positivo se refiere? ¿Cree que podría tenerlo tal elemento projaponés?

Las respuestas de Kim Ju Hyon eran negativas de cabo a rabo y estaban saturadas de subjetivismo. Me sentí angustiado porque, además de no haberse desprendido totalmente del consabido hábito de absolutizar la lucha de clases y el espíritu clasista, no conocía profundamente a Kim Jong Bu, por eso lo había detenido junto con su hijo, con la aterradora acusación de “terrateniente projaponés” o “elemento reaccionario”, pese a que cuando emprendimos la marcha hacia tierras de Changbai lo definimos como un importante objetivo para el trabajo por el frente unido. Era un acto contrario tanto a nuestra orientación sobre el frente unido como al espíritu de la Declaración Constitucional de la Asociación para la Restauración de la Patria y a su Programa de Diez Puntos.

Para colmo, presentó como prueba para convencerme lo del teléfono instalado en casa de Kim Jong Bu. Argumentó acaloradamente: si instaló el teléfono, no fue sólo para vivir cómodo, sino para servir como agente; ¿adónde iba a llamar, exceptuando al consulado, a la policía o al ayuntamiento gubernamental del Estado manchú?; si se comunicaba con esa gentuza, no cabe duda que perseguía delatarnos”. Realmente, en aquel tiempo significaba un lujo inimaginable ni en sueños, que un hombre común tuviera teléfono en su casa.

Con todo, era absurdo considerar que ese aparato fuera un indicador projaponés o un medio para prestar asistencia al enemigo. Si todos los guerrilleros valoraban así a la gente, nuestra política respecto al frente unido podría tropezar con graves dificultades en la

práctica. El problema no se limitaba a Kim Jong Bu.

Antes de reprender a los integrantes de la pequeña unidad, debí reprocharme por no haberles dado una eficiente educación. Cuando en Fusong mantuvimos contactos con Zhang Weihua, hubo quienes se inquietaron por igual prejuicio, hasta reconocer, después de ver los trineos enviados por él con materiales de ayuda y colosal cantidad de dinero, que había buenos hombres también entre los de la clase poseedora.

No obstante, en Changbai, frente a un terrateniente con 150 hectáreas, volvían a fruncir las cejas.

¿Por qué aquellos que ya habían reconocido que Zhang Weihua era su compañero, no querían creer que Kim Jong Bu podía ser objetivo para el frente unido? Esto significó que nuestra educación al respecto era insuficiente.

Entre los diversos sectores de que hablamos existen personas de toda laya, con diferentes antecedentes y condiciones de vida, y no puede haber una receta única para aplicar; mas, es indispensable contar con un principio que debe observarse en cualquier caso.

¿Cuál fue nuestro principio para valorar a la gente en aquella época? Determinar si era projaponés o antijaponés, si tenía espíritu de amor a la nación, o no. Manteníamos la posición de captar a todos aquellos que amaban al país, al pueblo y odiaban al imperialismo japonés, y combatir a quienes se confabulaban con éste persiguiendo diversión y comodidades personales, sin importar lo que le pasaba al país y al pueblo.

Partiendo de ese criterio habíamos elegido a Kim Jong Bu como objetivo para el frente unido. Y planeamos enviarle una carta para solicitarle cooperación, o invitarlo al campamento secreto cuando llegáramos a Changbai.

—Veo que su apreciación sobre Kim Jong Bu es esquemática, falta de objetividad. No deben ver así superficialmente a la gente. Ustedes lo consideran projaponés, cuando, en realidad, es patriota. Conozco bien sus antecedentes. Con lo que dicen una o dos personas en Diyangxi, califican infundadamente de tal o cual cosa a hombres

como Kim Jong Bu y a Kim el Cabo, lo que manifiesta que sólo conocen su apariencia y no su corazón. Si es verdad que es un terrateniente malo, ¿por qué los moradores de Diyangxi han levantado un monumento a sus virtudes? ¿Lo saben ustedes?

Los miembros del grupo contestaron que no.

Continué:

—Si ustedes conocen sus antecedentes, no lo acusarían de terrateniente projaponés; garantizo que no es terrateniente reaccionario sino un patriota, y que no debe ser eliminado sino atraído.

—Compañero Comandante, —respondió Kim Ju Hyon, arrepentido—, no conocíamos esas cosas. Cometimos un error. Le pediré perdón al detenido en nombre de mi pequeña unidad y lo devolveré a Diyangxi.

No consentí:

—No lo haga, quería entrevistarme con él. Ya que sucedió así, lo llevaré al campamento secreto y conversaré con él, sin escatimar tiempo. Yo mismo le daré disculpas en lugar suyo.

Ese día, les expliqué todo lo que conocía sobre Kim Jong Bu para convencerlos de que merecía ser captado para el frente unido. Sus antecedentes se difundieron al momento por toda la unidad.

Si no recuerdo mal, nació a comienzos de la década de 1860, más o menos, porque era setentón al llegar nosotros a Changbai. Su pueblo natal era Chongsudong, en el distrito Uiju, de la provincia Phygong-an del Norte. Cuando estudié en Jilin, Jang Chol Ho, oriundo de Uiju, me habló a menudo, y con cariño, de él, que se había entregado al movimiento del Ejército independentista, sin restringirse por su posición social de ricachón. Su hijo Kim Man Du fue un entrañable amigo de la infancia de Jang Chol Ho y O Tong Jin en Chongsudong.

Cuando el Ejército independentista actuaba con ímpetu en tierras de Changbai, fue jefe del departamento meridional del cuerpo Kunbi. Le entregó al Ejército independentista tejidos, alimentos y otros artículos, gastando todos los recursos que tenía en casa. Y cuando el

Kunbi intensificaba sus acciones, produjo fécula de patata y descascarilló cereales en el molino de agua que había instalado en Diyangxi, para suministrárselos como alimento.

Su mansión sirvió de alojamiento y, al mismo tiempo, de sitio de reunión para los independentistas que venían a Changbai desde Jilin, Fusong, Linjiang, Badaogou, Huadian, etcétera, donde actuaban. Así, pues, no podía tratarlo con indiferencia.

Además, hizo grandes aportes a la educación de la joven generación. Por el año 20 abrió un colegio privado con enseñanza arcaica en la aldea Diyangxi. Más tarde, inspirado en el deseo de capacitar más a los hijos de sus arrendatarios que a los de otros lugares, lo transformó en una escuela primaria con el sistema de 4 años de docencia moderna, y poco después tomó la trascendental medida de convertirla en la primaria particular Jongsan, con cursos de 6 años y más de 150 matrículas, admitiendo a los niños de aldeas vecinas. La administró y pagó el salario de los maestros con las entregas de los arrendatarios. La escuela impartió enseñanza nacional para cultivar entre los alumnos el espíritu de soberanía e independencia y de amor al país, a la nación.

Los arrendatarios en Diyangxi le pagaban voluntariamente: le daban uno o diez sacos de granos, teniendo en cuenta el resultado de la cosecha, porque Kim Jong Bu no tenía definida la cantidad de entregas en especie correspondiente a la extensión y la fertilidad del terreno. Ni siquiera existían contratos de arrendamientos, es decir, no estaba establecido que un equis por ciento de la cosecha anual correspondiera a los campesinos y equis al terrateniente.

El combatiente revolucionario antijaponés Ri Chi Ho, que en un tiempo había sido su arrendatario en Diyangxi, expresó: Nunca oí que en este mundo existiera un terrateniente tan honesto y de amplio corazón como Kim Jong Bu; mientras cultivábamos su tierra, no conocíamos a cuánto ascendía el arriendo; aunque en varias ocasiones tomamos en préstamo sus cereales a razón de más del 50 % de interés, nunca se los devolvimos junto con el interés, empero no nos reprendía y lo dejaba todo a nuestra voluntad; no por

casualidad los lugareños levantaron un monumento a sus méritos frente a su casa; si bien poseía extensas tierras en la meseta de Diyangxi, de hecho, no rendían más que 15 hectáreas fértiles en el llano.

Los moradores de Diyangxi lo elogiaban, llamándolo “nuestro tío”, “nuestro señor jefe de departamento” o “nuestro señor fundador de la escuela”. De veras, era un hecho raro.

Los terratenientes de las aldeas vecinas temían mucho a su conducta virtuosa. Se inquietaban por que sus arrendatarios podían mirar hacia Diyangxi, deseando tener la misma suerte. Por tanto, de vez en cuando, le decían en tono persuasivo que eso de dejar que le pagaran arriendos según el gusto de cada cual, y no según contratos, resultaba un exceso de benevolencia, y si continuaba así, acabaría por arruinarse en tres o cuatro años.

A pesar de ello, Kim Jong Bu se mantenía tranquilo y les replicaba: ¿Creen que mis dos familiares y yo moriremos de hambre por falta de contrato?; cuando mis arrendatarios están llenos o tienen hambre, también lo estoy yo; si se piensa que a partir de este principio se ayuda con virtudes, todo se comprenderá.

Como era tal ricachón virtuoso, tampoco el ayuntamiento del Estado manchú ni el consulado japonés se atrevían a tratarlo así como así.

Entre los terratenientes detenidos estaba, además, Kim el Cabo, también patriota. Kim el Cabo fue el mote por su servicio en el ejército moderno de la Vieja Corea. Su nombre verdadero era Kim Jong Chil.

Con diez y tantos años, solicitó el alistamiento en el ejército de la dinastía feudal de Josen. En un tiempo, se incorporó en el ejército Pyolgi, primer ejército moderno en nuestro país, y más tarde, simpatizó profundamente con el golpe de Estado Kapsin que dio el Partido de reformas.

Tenía una figura modesta y decorosa como la de un leñador, y estaba repleto de firme convicción política. Cuando la reforma Kabo, sirvió en un regimiento, exclusivamente destinado a la guardia del

palacio real; después, se trasladó a la guarnición, y arruinado el país, se lanzó al movimiento de los voluntarios para luego dedicarse a los negocios tan pronto como viera decaer éste.

Kim el Cabo, un militar que sirvió honestamente durante casi todo el período de la existencia del moderno ejército en la postrimería de la Vieja Corea, fue testigo presencial de la historia: experimentó en carne propia el proceso de desmoronamiento de ese ejército e incontables infortunios de Corea de edad moderna. Acentuó Kim Jong Bu que pese a su largo y abnegado servicio en el ejército no pudo ocupar un grado superior al de cabo por haber nacido en tierras norteñas. Era oriundo de Kapsan, que los politicastro de la dinastía de los Ri discriminaron llamándolo destierro. Posiblemente, el gobierno feudal, aunque abogaba por la reforma del ejército y la política y anular el nepotismo, no desechaba el hábito de la época anterior de excluir a los nativos del territorio norte y noroeste en la promoción de cuadros.

Kim el Cabo poseía 10 hectáreas y varios bueyes de tiro, mas era un patriota que sabía pensar y actuar de manera progresista y emprendedora.

Así y todo, si afirmábamos que personas como Kim Jong Bu y Kim el Cabo podían atraerse al frente unido, muchos quedaban boquiabiertos, y preguntaban cómo sería si poseían tanta tierra y si esto no significaba una “conciliación entre las clases”.

Medio siglo atrás, cuando las tesis de Marx y Lenin servían de única guía para los comunistas, había quienes si queríamos darle la mano a algunos terratenientes, nos calumniaban afirmando que era una desviación del marxismo, y que si tratábamos de aliarnos con tales o cuales capitalistas temblaban sobremanera tildándonos de herejes del leninismo. Fue resultado de absolutizar y tratar de manera dogmática el marxismo-leninismo, sin tener en cuenta las peculiaridades concretas de nuestro país y la realidad palpitante de nuestra revolución.

Si analizamos datos estadísticos que reflejan los procesos de diferenciación de clases y de cambios en relación con la posesión de

la tierra en Corea antes de su liberación, podemos constatar que según crecía bruscamente la lista de grandes terratenientes japoneses, en la misma medida decrecía el número de los coreanos, que se convertían en pequeños y medianos propietarios o se arruinaban.

Los imperialistas nipones prepararon el terreno para su política de gobernación general mediante el mantenimiento de las relaciones feudales de posesión de la tierra. En este decursar, algunos terratenientes nativos, amparados por el gobierno general, se hicieron latifundistas o capitalistas entreguistas que gracias a la acumulación de tierras y capital, podían invertir fondos en la industria y el comercio. No obstante, una abrumadora mayoría de ellos permanecieron como medianos y pequeños propietarios.

Era natural que algunos de éstos, perjudicados por la ocupación de Corea por el imperialismo japonés y su dominación colonial, se inclinaran, aunque pasivamente, al patriotismo y a oponerse a los japoneses.

A decir verdad, entre los terratenientes y capitalistas nativos existieron quienes prestaron ayuda activa a la Revolución Antijaponesa y quienes, una vez liberado el país, le entregaron todas sus tierras y fábricas para dedicarse a la construcción de una nueva patria en calidad de trabajadores comunes. Para estos propietarios conscientes, que apreciaban más la prosperidad de la patria y la nación que los lujos personales, no había ninguna razón política para enfrentarse a la política de los comunistas, ni ningún fundamento afectivo ni psicológico para obstruir el movimiento revolucionario que éstos dirigían.

Desde luego, de niño, también pensé que los terratenientes y capitalistas, sin excepción, eran parásitos que vivían comiendo el pan del ocio. No obstante, al oír que Paek la Virtuosa había donado extensas superficies cultivables a la escuela Changdok donde yo estudiaba en aquel tiempo, empecé a opinar que también entre los propietarios había gente consciente y honesta, y que debían distinguirse los patrióticos de los reaccionarios.

Con posterioridad, los lazos con Zhang Weihua me sirvieron para

analizar de manera crítica el punto de vista de quienes consideraban como blanco de la eliminación a todos los propietarios, y para negarlo teóricamente. Y mi contacto con Chen Hanzhang me hizo tener el criterio más correcto sobre los ricos.

Ahora bien, ¿qué pasaba si eliminábamos o aislábamos a esos patriotas por ser propietarios? Resultaría un rechazo a los colaboradores de la revolución y perderíamos a grandes masas. Estas se harían de la vista gorda ante tal revolución falta de piedad y los adversarios se alegrarían. Un mínimo error o desviación en la lucha de clases deviene, en última instancia, máximo crimen que hace el juego a la estrategia enemiga.

Como jefe de la guerrilla, me vi en un aprieto al tener que excusarme ante Kim Jong Bu y sus acompañantes por el error de mis subalternos.

Tan pronto como lo ordené, el jefe de la pequeña unidad los trajo a mi cuarto.

Sinceramente les pedí perdón por que nuestros hombres los habían llevado sin comedimiento en plena noche.

Kim Jong Bu no me respondió y sólo me dirigió una mirada hostil e inquieta. Igual pasó con los otros detenidos. Supuse que se les oprimía el corazón pensando en su destino. Quise hablar con un tono más amable, sin embargo, no logré comunicarme con ellos. No podía seguir el diálogo en un ambiente tan helado.

—No sé quienes son ustedes, los señores militares, pero si son independentistas o bandidos, impónganme la suma necesaria para el mantenimiento de su ejército o el precio del *Pangphyo*. —Dijo con sarcasmo Kim Jong Bu. Sus palabras sonaron rompiendo el aire tan frío como un hielo. La atmósfera del cuarto se tornó más tensa. Sin duda, nos consideraban independentistas o bandoleros.

*Pangphyo* era una táctica de secuestros, frecuentemente aplicada por los bandidos y las tropas antijaponesas chinas, y su precio, el dinero que recibían a cambio de los rehenes. El mismo Kim Jong Bu había sido secuestrado dos o tres veces por los bandidos y sufrió inenarrables vejámenes.

Los terratenientes clavaron sus miradas en mi rostro, guardando silencio. Se mostraban intranquilos imaginando que fijaríamos demasiado alto el precio del *Pangphyo*.

El jefe de la pequeña unidad volvió a presentarse ante mí con diez cajas de cigarrillos en las manos y me informó que no los había pagado al tendero de la aldea Diyangxi, porque éste se negó a aceptarlo rotundamente.

Miré a los terratenientes y les pregunté sobre aquel tendero.

—Se llama Kim Se Il y es un hombre de buen corazón —intervino Kim Man Du—. Es inválido y su esposa mantenía a duras penas la familia moliendo cereales para otros. Sentí mucha pena por ellos, así que les presté alguna cantidad de dinero, sugiriendo que estableciera una quincallería y lo aceptaron. —explicó en representación de los detenidos.

Al escucharle, censuré al jefe:

—Parece que usted no se portó bien con esa familia pobre. ¿Cree que actuó bien al regresar sin pagarlos como si tal cosa, pretextando que el dueño no quiso recibir el dinero?

En un instante, cambió el ambiente.

Sin lugar a dudas, los terratenientes se impresionaron: se dirigían miradas significativas y susurraban. Creí que decían que me había excedido en mi reproche. Surgía una oportunidad formidable para volver a hablarles.

—Me siento muy culpable por haberles obligado a andar en una noche de clima caprichoso. De vez en cuando, nos equivocamos así, ya que debemos recorrer lugares desconocidos. Espero que ustedes tengan la bondad de perdonar con magnanimidad a nuestros compañeros, pese a que se portaron con rudeza.

Sentí que se tranquilizaban.

—Y bien, ¿qué tipo de unidad es esta? Su vestimenta no se parece a la de los bandidos, ni a la del antiguo Ejército independentista...

Al decir esto, Kim Jong Bu puso su vista sobre mí, con curiosidad.

—Somos el Ejército Revolucionario Popular de Corea que lucha

por la independencia del país —le contesté a guisa de presentación ante las personas influyentes de Changbai.

—¿Ejército Revolucionario Popular? ¿El del General Kim Il Sung que hace algún tiempo escarmentó severamente a los japís en Fusong?

—Sí, está en lo cierto.

—¿Permanece aún allí el General Kim Il Sung?

—No, señor Kim. Perdóneme que he tardado en presentarme; soy Kim Il Sung.

Kim Jong Bu me dirigió una mirada duvitativa y, chasqueando la lengua con disgusto, balbuceó:

—No me desprecie por ser viejecito con más de setenta años. ¿Cómo puede ser tan joven el General Kim Il Sung, de quien se dice sabe acortar las distancias? El es diferente a nosotros, hombres vulgares. Es una persona extraordinaria que, por lo que se habla, tiene dobles dientes.

Kim Ju Hyon intervino y afirmó que quien estaba frente a él era precisamente el Comandante Kim Il Sung.

Sólo entonces el anciano dio por sentado que era yo y se disculpó por no haberme reconocido antes.

—Es mejor un joven general que uno viejo —exclamó, dirigiéndose a Kim el Cabo.

Este se le unió expresando que era más confiable un fuerte y joven general, en vista de que la lucha por la restauración del país no podía terminar en uno o dos años.

Continuamos la charla en una atmósfera cordial.

Mis interlocutores indagaron sobre muchos asuntos. Kim Man Du me puso en aprietos al preguntarme si era verdad que yo preveía lo que sucedería en el mundo tres días después.

La pregunta era absurda, pero, aunque me turbó no podía dejar de contestarle:

—Es una mentira absurda. No hago nada más que apreciar con exactitud la situación porque nuestro Ejército Revolucionario Popular recoge a tiempo informaciones correctas a través del pueblo.

Creo que el pueblo es Zhu Geliang. Al margen de su apoyo y ayuda, no podemos dar ni un paso.

—Me emociona que usted considere al pueblo como el cielo. Prestaremos ayuda a su gran obra; confíenos las tareas que le parezcan convenientes.

—En realidad, mientras caminábamos hacia Changbai, pensábamos en consultar con ustedes sobre ese tema. Llevamos varios años en esta lucha sangrienta para aniquilar a los invasores imperialistas japoneses en el vasto yermo de Manchuria. La emprendimos con las manos vacías y ahora el Ejército Revolucionario Popular los golpea en todas partes. Ya les he dicho que éste no habría podido convertirse en las actuales poderosas fuerzas, si no hubiera disfrutado del apoyo y respaldo del pueblo. Para vencer al ejército japonés armado hasta los dientes y liberar al país, es preciso que toda la nación aúne su fuerza y alma. Quienes aman al país, sean terratenientes o capitalistas, deben incorporarse a la tarea de ayudar al Ejército Revolucionario Popular.

Todo indicaba que mis palabras dieron fuerte estímulo a los oyentes.

—Quienesquiera que sean, si aman al país y a los compatriotas, tienen el deber y el derecho de prestar ayuda a la revolución. Si usted, señor Kim Jong Bu, desbrozó con fuego centenares de miles de *phyongs* en la meseta de Diyangxi, fue para contribuir con dinero y cereales al movimiento independentista. ¿No es verdad? Por esto, creo, los arrendatarios y los independentistas acordaron levantar un monumento a sus méritos.

—Dispéñeme, General, que le pregunte cómo conoce tan bien los antecedentes de este infeliz que le habla.

—Conocí su nombre por boca de mi progenitor y de los señores O Tong Jin, Jang Chol Ho y Kang Jin Gon.

—¿Cómo se llama su padre?

—Kim Hyong Jik. Cuando estuvo en Badaogou y Fusong, habló con frecuencia sobre usted.

—¡Ay de mí! ...

Kim Jong Bu parpadeó y me miró de una manera vaga.

—¿Cómo pude desconocer hasta ahora que usted es el hijo de Kim Hyong Jik? ... Este viejo se ha convertido en un hombre ruin que ni siquiera está al corriente de la situación, por que durante algunos años maté el tiempo sin hacer nada, metido en el campo. De todos modos, le digo que mantuve una entrañable amistad con su progenitor ... Al encontrarme con usted en la tierra pisada por él, al mando del ejército, no sé cómo expresar la emoción que me embarga.

—También estoy muy satisfecho por ver a una personalidad patriótica como usted. Mis compañeros lo detuvieron porque no conocían con claridad sus antecedentes, y les precisé que usted no es terrateniente projaponés ni reaccionario, sino patriota. Aunque no podemos levantar un monumento como los moradores de Diyangxi, ¿sería permisible que cometamos el error absurdo de calificar de projaponés a un terrateniente patriota? Debe estar orgulloso de su pasado cuando se entregó en cuerpo y alma al movimiento independentista.

El anciano lloró y reiteradamente expresó su agradecimiento:

—Ya que usted, General, me ha llamado terrateniente patriota, no me pesará si muero ahora mismo.

Su hijo, siguiendo a su padre, me saludó con reverencia, inclinando profundamente la cabeza. Otros terratenientes les dirigieron miradas de asombro, pero inquietas.

Kim Jong Bu no tardó en apreciar ese estado de ánimo y, señalándolos, explicó con digna actitud:

—General, a decir verdad, tampoco estas personas son terratenientes reaccionarios. Los avalo con mi vida ante usted. Si confía en mí, le ruego que no los considere traidores.

—¿Por qué no debo fiar en quienes garantiza? Tampoco los miraré con malos ojos, ya que los acredita usted.

Los terratenientes cabeceaban reiteradamente, expresando su gratitud.

Terminó así la primera charla que aún me viene fresca a la

memoria. Si hubiera sido un interrogatorio para conocer crímenes de los elementos projaponeses o un mitín para denunciar cualquier delito, quizás no podría recordar ahora tan alegre ese diálogo que sostuve con Kim Jong Bu y los demás hasta la medianoche en que caía una llovizna en el albergue de obreros forestales de Majiazi.

No pregunté en absoluto a nadie quién y cómo explotó a sus arrendatarios, cuánto colaboró con la política colonialista del imperialismo japonés, ni qué crímenes cometió contra la patria y los compatriotas. Al contrario, bajo la premisa de que no eran projaponeses, no vacilamos en expresarles confianza, gracias a lo cual pudieron rectificar en esa noche su equivocado criterio sobre los comunistas.

Mas, la conversación de ese día no fue más que un intercambio de saludos y un abrir de par en par la puerta, por decirlo así. Quedaron para otra ocasión los asuntos principales que deseábamos discutir con ellos. Nuestro objetivo consistió en concientizar a los terratenientes de Diyangxi conforme al espíritu de la “Declaración Constitucional de la Asociación para la Restauración de la Patria” y orientarlos a prestar la ayuda material a su alcance al Ejército Revolucionario Popular de Corea y, al mismo tiempo, por su conducto convertir a las personas influyentes de la región de Changbai de observadores y opositores de la revolución en simpatizantes, partidarios y colaboradores. Para alcanzarlo, teníamos que conversar mucho con ellos.

Con todo, quise devolver de inmediato a Diyangxi a Kim Jong Bu, junto con su hijo.

Al otro día, cité al anciano y le sugerí que regresara a su aldea; me impidió hablar, sobresaltándose.

—General —contó—, anoche pensé en muchas cosas. El encuentro que he tenido con usted, ha sido, creo, gracias a la ayuda de los espíritus del cielo y de la tierra... Desde temprano, en diferentes planos me he esforzado para hacer algo para el país, la nación, y no he logrado casi nada digno de mención. Ya estoy viejo y no tengo ánimo, y ahora es cuando comprendo que no se puede

salvar a la nación sólo con virtudes. Así, pues, aunque en la última etapa de la vida, me he devanado los sesos para buscar una vía para contribuir a la restauración de la patria y me he encontrado con el General, lo que, sin duda, es una suerte para mí. Debo permanecer aquí, y mi hijo puede encargarse, desde Diyangxi, de enviarles materiales de ayuda, fingiendo mi detención. Dará a entender a los adversarios que para rescatar a su padre debe entregar materiales a la guerrilla y que no agudicen los nervios por el trasiego de cereales, tejidos y calzado y ellos no sabrán qué contestar.

Su argumento me impresionó. Cada palabra suya se grabó en mi corazón, como una proclama de su conciencia.

Pese a ello, no pude aceptar.

—Conozco bien lo que siente. Me estimula mucho sólo escuchar sus sinceras palabras. Sin embargo, aquí no es donde puede permanecer usted. No existe lugar adecuado para alojamiento y, además, es pobre la comida. Y pronto hará más frío y se intensificará el “castigo” de los japis, de manera que debe regresar a su mansión.

El anciano se mantuvo en sus trece. Reiteradamente me solicitó que no le privara de una oportunidad tan formidable para hacer un aporte a la independencia del país, aunque no podía combatir como un guerrillero. Al final, le permití permanecer algún tiempo y sólo devolví a su hijo.

En el campamento secreto, preparamos aparte un alojamiento para las personas influyentes de Diyangxi, y los atendimos con toda devoción.

A pesar de que vivíamos en el monte sin tener casi nada, y aun cuando toda la unidad debía alimentarse con gachas, abrimos un saco de arroz reservado para casos de emergencia y lo servimos a ellos. Y aunque teníamos que suministrar hojas de tabaco a los guerrilleros, les ofrecíamos cigarrillos. Kim Jong Bu acogió allí su cumpleaños y la fiesta de Año Nuevo lunar de 1937.

Si no me equivoco, su cumpleaños era un día de diciembre por el calendario lunar. No quiso regresar, insistiendo en que no lo haría hasta que no llegaran materiales de asistencia que enviaría su hijo.

Me sentí culpable tanto ante Kim Jong Bu como ante sus familiares. ¿Existiría hombre tan inhumano que obligara a un anciano setentón a celebrar el aniversario de su nacimiento en el monte, sin devolverlo a su casa?

Por intermedio de trabajadores políticos clandestinos en la retaguardia enemiga, conseguí arroz, carne, bebida y otros alimentos, y el día de su cumpleaños, acompañado por mi ordenanza que los llevaba a cuestas, fui al campamento secreto donde se alojaba. Aunque sin manjares, el banquete en homenaje a su aniversario era inaudito en la historia del Ejército Revolucionario Popular. Ni cuando mis compañeros se casaban, podíamos preparar mesas tan lujosas. No les ofrecíamos nada más que arroz y sopa.

Al ver la mesa, Kim Jong Bu me preguntó con ojos dilatados:

—¿Por qué ha preparado esto de repente, cuando aún estamos lejos de la fiesta del Nuevo Año lunar?

—Hoy se cumple su aniversario de nacimiento, le felicito en nombre del Ejército Revolucionario Popular.

Le serví una copa de vino y le expresé:

—Perdóneme, señor Kim, por que le hago celebrar su cumpleaños en este monte profundo en una rigurosa temporada invernal. La mesa es pobre, pero deseo que coma con apetito, teniendo en cuenta nuestra sinceridad.

Tomó la copa en una mano y dejó que por sus mejillas se deslizaran las lágrimas:

—Veo los ingentes esfuerzos que los guerrilleros canalizan para redimir al país perdido, alimentándose con bodrio de maíz en grano entero y no pasa por mi garganta el arroz que me ofrecen tres veces al día. Entonces, ¿para qué sirve en este monte el cumpleaños de un viejo como yo? Ni con la muerte olvidaré su atención.

—Le deseo una larga vida para ver la independencia del país.

—¡Qué importa lo que me pase a mí, un viejito! Pero, General, le suplico que tenga buena salud para salvar a la nación que se ve en apuros.

Esa noche, charlamos sobre muchos asuntos.

Llegó el frío cortante y nevó mucho en las montañas, por lo que esta vez, yo mismo no le permití regresar a la aldea. Preocupado por un posible accidente en el nevado sendero montañoso, le propuse pasar el invierno en el campamento secreto.

Kim Jong Bu expresó sin ambages la impresión recibida en el campamento durante más de cuatro meses:

—Francamente, hasta la fecha miraba con malos ojos a los comunistas. Mas, ya conozco que su comunismo es totalmente diferente. También en cuanto a los terratenientes, distingue a los patriotas de los projaponeses y sólo golpea a estos últimos, ¿quién se le opondría? Los japís califican de banda comunista a la guerrilla, pero mienten ... Mientras ingería la comida de la guerrilla, he pensado en muchas cosas. Y he renovado mi decisión. No viviré muchos años, pero los consagraré a una obra de valor. He decidido morir colaborando con el Ejército Revolucionario Popular. Puede confiar en que yo, Kim Jong Bu, vivo o muerto, estaré al lado de usted.

Fue la síntesis de su impresión sobre el Ejército Revolucionario Popular y, al mismo tiempo, el resumen de sus evaluaciones de los comunistas coreanos a quienes observó largo tiempo.

Durante la permanencia en el campamento secreto, se hizo activo simpatizante de nosotros.

Entre los terratenientes a quienes queríamos educar o solicitar ayuda material, también hubo personas censuradas por los campesinos. Pero, Kim Jong Bu los avaló y, actuando como su prohombre, controló de manera estricta sus movimientos, en tanto que les ejercía buena influencia, para que optaran por el camino del patriotismo antijaponés.

Desembolsó más de tres mil *yuanes* y consiguió muchas cantidades de tejidos y cereales, entre otras cosas, para nuestro Ejército. Con esas telas confeccionamos uniformes y chaquetas enguatadas para todos los guerrilleros.

Su hijo, desde Diyangxi, ofreció abundante ayuda en cumplimiento de su compromiso con nosotros. Inmediatamente

después de su regreso, obtuvo una colosal cantidad de dinero con la venta de más de diez bueyes de entre los que recibió del ayuntamiento. Las autoridades del distrito, pretextando estabilizar la vida de los campesinos de Diyangxi, les había entregado a crédito decenas de bueyes para que transformaran terrenos baldíos. Y más tarde, él solicitó y consiguió, firmando un contrato de garantía en el ayuntamiento distrital, más de 20 reses bien cebadas, que se nos transfirieron en medio del camino, e incluso nos envió una máquina de coser que tenía en casa.

Después que el Ejército Revolucionario Popular apareció en la zona del monte Paektu, los adversarios intensificaban el control y la opresión sobre los moradores de Changbai. La casa de Kim Jong Bu pasó a ser objeto de su vigilancia.

Un día, Kim Man Du fue citado a la estación de policía de Changbai.

—Según informaciones recogidas, usted mantiene contactos con la unidad de Kim Il Sung y le suministra muchos artículos. Diga con franqueza qué relación tiene con ella y qué y cuántos materiales le envió.

Kim Man Du, haciéndose el desentendido, declaró con aspaviento:

—Ustedes piensan que nos comunicamos con la unidad de Kim Il Sung, y se equivocan; esa relación no existe ni puede existir; ¿piensan acaso que el ejército comunista emplearía como agentes a grandes terratenientes como nosotros?; ya saben ustedes que mi padre está detenido en el campamento secreto del ejército comunista; soy su hijo y he enviado algunos materiales para salvarlo, ¿qué hay de extraño en esto?; mi único deseo es rescatarlo aunque para ello gaste todo lo que tengo en casa; si el caso surgiera entre ustedes, ¿no actuarían como yo?

La policía creyó en su argumento y lo puso en libertad.

Como se ve, Kim Jong Bu y su hijo vendieron extensas tierras cultivables y gran número de animales de tiro para ayudar al Ejército revolucionario.

El padre, quien se hizo terrateniente gracias a la roturación de terrenos baldíos para abastecer de alimentos y fondos al Ejército independentista, entregó todos los sobrantes en ayuda al Ejército Revolucionario Popular. Y no es tan simple que los terratenientes y capitalistas renuncien al lujo que es la razón de su existencia y consagren para el país los bienes que lo garantizan.

De ahí la profundidad del patriotismo de Kim Jong Bu y la altura de su aporte a la Revolución Antijaponesa. En todo ese período no vi casi ningún otro terrateniente que nos ayudara con tal espíritu patriótico y en tan grande medida como él.

Tiempos después, en la revista *Samchholli* se insertó una entrevista en la que narró una parte de lo que vio y experimentó en carne propia en el campamento secreto.

He aquí algunos de sus párrafos:

“A Kim Il Sung lo conocen bien en la zona fronteriza y recordarán este nombre todos los que lean periódicos.

“¿Quién es aquél que en calidad de comandante en jefe organiza asaltos manejando libremente subalternos manchúes y coreanos cuyo número ascendía a ... y dirige sus refugios en medio de las montañas, mientras hace frente con obstinación al ejército, y que, aglutinando en secreto a sus partidarios, sueña con tales o cuales cosas?

“El viejo Kim Jong Bu se entrevistó con gran curiosidad con este hombre enigmático.

“Es alto, tiene un lenguaje imperativo, y, a juzgar por su tono, nació en la provincia de Phyong-an. Es robusto y muy joven, de menos de 30 años, en contra de lo previsto; domina a la perfección el idioma manchú, no se distingue como jefe en el lenguaje y el trato, se viste con el mismo uniforme que el de sus subalternos y comparte con ellos la comida, las alegrías y penas, y también pareció influyente y magnánimo.

“¿Cuánto sufre bajo el frío, viejo? —le preguntó con ternura...

...

“¿Quién de nosotros, los jóvenes, no desearía vivir cómodo en un

hogar caliente? Si toleramos sin desaliento estas dificultades, comiendo en ocasiones una vez al día gachas de cebada y otros ni siquiera eso, tiene su razón en... También soy hombre que tiene lágrimas, sangre y espíritu, mas, pese a este riguroso frío invernal, me vi obligado a andar por ahí.

“A diferencia de lo que imaginaba, su voz era tierna y su actitud, no violenta, contrario a los caudillos de los bandoleros.

“Tranquilizó al viejo Kim, asegurando que, una vez llegada la primavera, lo devolvería a su casa, porque en aquellos momentos no se podía viajar por el frío y la nieve, y ordenó a un subalterno que le diera un trato especial...”

Lo escribió Ryang Il Chon, discípulo de Pak In Jin en Hyesan. Considero que Kim Jong Bu respondió de manera relativamente franca y audaz a la prensa vigilada y controlada por las autoridades japonesas. Es admirable que la revista *Samcholli* haya podido publicar eso en medio de una rigurosa censura de la información sobre el movimiento del Ejército Revolucionario Popular.

Conocí más tarde, que se trasladó a Hamatang, en Wangqing, siguiendo mi sugerencia, y murió allí sin ver el día de la liberación.

Tengo más de 80 años, y en aquel entonces era un joven veinteañero. Esto quiere decir que mi edad actual es de unos 10 años más que la de Kim Jong Bu en aquellos momentos. A estas alturas, puedo imaginarme con mayor certeza los sufrimientos que tuvo en el campamento secreto de la guerrilla, como si yo mismo los hubiera experimentado. Pese a que lo atendimos con toda devoción, seguro que algo falló. Todavía siento pesadumbre por no haberle ofrecido un alojamiento más cómodo y alimentos más ricos.

Ni siquiera trasladé su tumba ni levanté una lápida.

Mirando retrospectivamente, cuando grabamos nuestras primeras pisadas en el monte Paektu, estuvimos en condiciones muy difíciles. No teníamos dinero, arroz, tejidos, ni nada. De gran parte de éstos nos abasteció Kim Jong Bu. Era un regalo impercedero de un precursor del movimiento independentista a los auténticos hijos e hijas de Corea. No puedo olvidar esta ayuda.

La conciencia y la acción patriótica de un propietario, un gran terrateniente como Kim Jong Bu, devinieron contribución no desdeñable para acelerar los preparativos para la guerra de resistencia de toda la nación contra el imperialismo japonés, y un enérgico apoyo a nuestra causa. A diferencia de la década de los 20, en la de los 30, cuando la guerra de resistencia armada constituía una corriente principal de la lucha de liberación nacional antijaponesa, significaba una aventura, a la que acompañaba la muerte, que los terratenientes y capitalistas nos ayudaran material, financiera y espiritualmente. Pero Kim Jong Bu lo hizo.

He aquí, precisamente, la razón por la que lo calificamos de patriota y no lo olvidamos al cabo de decenas de años.

En la mitad sur de nuestro territorio aún existen terratenientes y capitalistas. Entre ellos figuran multimillonarios. Desde luego, habrá propietarios reaccionarios, pero también existirán muchos patriotas.

¿Cuál será la posición y actitud de los comunistas coreanos hacia ellos en un Estado confederal unificado? Para tener la respuesta será suficiente con el episodio sobre el terrateniente Kim Jong Bu, un patriota.

## **CAPÍTULO XIV. POBLADORES DE CHANGBAI**

*(Septiembre – diciembre de 1936)*

### **1. Jiandao Oeste**

Desde antaño, la gente llamaba Jiandao o Jiandao Norte a varios distritos, al norte del río Tuman, que nace al este del monte Paektu, y Jiandao Oeste a la zona norteña del río Amnok que corre desde el oeste del mismo monte.

Jiandao Oeste es una zona de significación histórica relacionada con las actividades del Ejército Revolucionario Popular de Corea en la segunda mitad de la década del 30. La base del Paektu de la que hablamos abarcaba Jiandao Oeste y vastas regiones del interior de Corea, con el monte como centro. Junto con el campamento secreto establecido en el seno patrio por dicho ejército, la extensa área de Jiandao Oeste ocupa un lugar importante en la base del Paektu. Pienso que en este sentido, teniendo en cuenta sólo la parte china, no importa denominarla base de Jiandao Oeste.

Con anterioridad, algunos la llamaron base de Changbai, expresión no exacta, porque tiende a confundir al circunscribir el área de la base del monte Paektu a Changbai y otras zonas de Jiandao Oeste. Repito que esta base no se limitaba a Changbai, sino que abarcaba diversos distritos de Jiandao Oeste dispersos en el curso superior del Songhuajiang y las riberas norteñas del Amnok, y extensas áreas del interior de Corea, con la zona del Paektu al centro.

La segunda mitad de la década del 30 fue de especial prosperidad y quedó inscrita con letras doradas en los anales de las actividades militar-políticas del Ejército Revolucionario Popular de Corea.

Después de establecidos decenas de campamentos secretos en la zona del Paektu, y con Jiandao Oeste como teatro de operaciones, comenzamos a bregar para realizar las nuevas tareas estratégicas discutidas y aprobadas en la Conferencia de Nanhutou. Desde entonces, Jiandao Oeste fue el punto donde eran más frecuentes los combates y más intenso el tronar de fusiles y cañones.

Varias veces he dicho que la zona era agradable. Esto significa que, desde luego, es pintoresco su paisaje, pero, sobre todo, bondadosos sus pobladores. No se puede considerar como tal un lugar, cuyos moradores son inhospitalarios, por muy bello que sea su paisaje. De lo contrario, si éstos son virtuosos, resulta así su entorno, aunque sea un terruño improductivo donde no crezcan bien ni árboles ni yerbas.

A la sazón, en Jiandao Oeste habitaban muchos coreanos. Eran emigrados y sufrían los avatares de su vida pobre alimentándose con patatas recogidas en artigas y escuchando bajo la luz de una tea la historia de Tangun, fundador de nuestro país, o relatos sobre Ondal, encerrados en los caseríos que ellos mismos establecieron en mesetas o cañadas estériles, a los que ponían los nombres de sus aldeas como Phungсандok, Kapsандok, Kiljudok, Myongchondok y otros parecidos.

La mayoría de los terratenientes eran chinos. Raramente se vieron coreanos, pero en vista de sus posesiones, todos podían considerarse pequeños terratenientes que no pasaban de ser campesinos ricos.

En Jiandao Oeste, residían, por lo general, esos compatriotas emigrados que habían abandonado la patria en busca de la vida, y personalidades patriotas que, después de la ocupación japonesa, emprendieron el camino del movimiento independentista para acabar con la vergüenza de ser apátrida.

En todos los caseríos de los labradores de artiga, encontrábamos ex-independentistas y sus colaboradores. Ya dije que Kang Jin Gon, veterano comandante del Ejército independentista vivió en el distrito Changbai, y que Hong Pom Do, O Tong Jin y Ri Kuk Ro frecuentaron esa zona, pasando por Kuandian, Fusong y Antu. Mi tío

por parte de madre, Kang Jin Sok organizó en Linjiang el Cuerpo militar Paeksan para seguir actuando allí.

En Jiandao Oeste también vivían muchos que, junto con sus familiares, llegaron de diversas partes de Corea, al fracasar el movimiento de asociación campesina en que participaron. Instauraron las escuelas nocturnas en casi todos los caseríos de Changbai para ilustrar a las masas populares. Como maestros fungía una mayoría de renombrados revolucionarios del lugar, entre otros, Ri Je Sun, Choe Kyong Hwa, Jong Tong Chol, Kang Ton y Kim Se Ok. Además, funcionaban allí muchos otros planteles coreanos particulares, establecidos por emigrados y personas influyentes patrióticas, los cuales impartían principalmente la educación en el patriotismo. La ilustración de las masas en las escuelas nocturnas y la educación de los jóvenes y niños en las particulares hicieron surgir numerosos patriotas de entre los coreanos radicados en la región.

Estos ostentaban fuerte nacionalidad y altos sentimientos antijaponeses, lo que se debía, como es natural, a sus condiciones de vida desdichada, pero, también, a la infatigable labor de ilustración de los pensadores y precursores patrióticos. Por eso, con un solo trabajador político clandestino podíamos conocer con facilidad a los miembros medulares del lugar y, por su conducto, aglutinar mucho más personas en torno a la organización.

A comienzos de la década del 30, despachamos a la región de Jiandao Oeste a trabajadores políticos clandestinos procedentes del Ejército Revolucionario de Corea, con la misión de insuflar el viento de Jilin. Gracias a sus esfuerzos, aparecieron muchas organizaciones nuestras. Después de discutido en Nanhutou y Donggang el asunto de establecer bases guerrilleras de nueva forma, enviamos allí una pequeña unidad guiada por Kim Ju Hyon. Sus miembros se desplazaban por el distrito Changbai y otras aldeas colindantes con el Paektu para conocer la situación del movimiento revolucionario, ganarse a los elementos de avanzada, educar a las masas, en fin, preparar los cimientos que servirían a las tareas militar-políticas del grueso de nuestro Ejército. Así quedó asentada una firme base para

apoyar las acciones del grueso del ERPC y desplegar en gran escala el movimiento del frente unido nacional antijaponés.

Esto fue un importante factor que nos permitió concientizar con rapidez y facilidad a Jiandao Oeste, por vía revolucionaria.

Nuestras labores en esta región acumularon una nueva y valiosa experiencia: que los trabajadores políticos clandestinos competentes en lugares con un sólido terreno de masas, podían organizarlas y concientizarlas por vía revolucionaria a una velocidad extraordinaria.

El análisis de Jiandao Oeste mostró que la región se caracterizaba por la menor influencia de la dominación del Estado manchú. Cultivaba principalmente patata, por lo que tampoco había muchos renglones de impuestos. Así fue como en el distrito Changbai, por ejemplo, solamente estaban ubicados el gobernador y algunos otros mandarines, destinados a controlar a la población.

Cuando estuve unos meses en Fusong, observé que entre sus autoridades muy pocos estaban aptos para censar y registrar las tierras cultivables, razón por la cual los mandarines se quejaban de la existencia de incontables personas que cultivaban sin licencia las tierras sin dueños. La policía apenas cumplía su misión por el concepto zonal y su parentesco. Peor aún, la formaban, en su mayoría, cazadores elegidos por su arte de disparar, quienes, lógicamente, eran ignorantes y no sabían ni siquiera controlar a la gente. Ello hizo inevitable que la gobernación resultara impotente.

En Changbai descubrí una situación similar, condición que nos favorecía para concientizar y organizar con relativa facilidad a las masas del lugar.

En Jiandao Oeste no había nadie que reprimiera a los comunistas coreanos, calificándolos de “minsaengdan”, ni quien censurara o impidiera la lucha de los coreanos por liberar a su patria bajo la bandera de su revolución. En resumen, no existían personas que nos menospreciaran o discriminaran por alojarnos en un cuarto ajeno, en tierras extrañas. Esto también estuvo a nuestro favor para desarrollar, ya libres de la opresión y restricción, y de acuerdo con nuestra convicción y decisión, las actividades militar-políticas encaminadas a

llevar a una fase superior la Revolución Antijaponesa en las riberas del río Amnok y en la profundidad de Corea, con el monte Paektu como centro. Nadie nos impedía constituir nuestra propia organización del Partido, tarea que podíamos impulsar con grandeza de espíritu, de manera independiente, y según nuestro proyecto, tanto en la región de Jiandao Oeste como en la de Corea.

En una palabra, en Jiandao Oeste casi nadie nos sujetaba los pies por detrás. Podíamos asaltar ciudadelas, formar organizaciones del partido o penetrar en el interior de Corea con una gran tropa, si lo queríamos.

Empero, en las bases guerrilleras de Jiandao Norte, la situación era distinta. Existían quienes nos tachaban de nacionalistas con sólo ver que, cruzando el río Tuman, nos reuníamos un momento con personas del interior de Corea. Y cuando abogamos por establecer el gobierno revolucionario popular, los miembros del comité especial del partido en Manchuria del Este y de su dirección distrital no lo aceptaron y nos impusieron el soviet, argumentando que era el lineamiento del centro.

Otra condición favorable para imprimir mayor velocidad a la concientización revolucionaria de los pobladores de Jiandao Oeste y orientarlos para apoyar activamente nuestro lineamiento independiente de lucha, fue que no eran serviles a Rusia. Sí, aspiraban al socialismo, pero no estaban muy empapados en el agua de este país.

En contraste, la región de Jiandao Norte colindante con el Lejano Oriente, estaba influenciada bastante por Rusia. En el lenguaje cotidiano de sus habitantes estaba mezclada gran cantidad de palabras rusas. Llamaban *pijikae* al *songnyang* (fósforo), imitando la pronunciación rusa, como ahora sucede entre los ancianos de la provincia Hamgyong del Norte. Los pobladores de Wangqing, Hunchun, Yanji y Helong usaban más los términos rusos como “pionero”, “koljoz” y “yacheika” que los coreanos “unión de niños”, “granja colectiva” y “célula”. Algunos lo hacían para vanagloriarse de sus conocimientos, pero la mayoría quería expresar así su

simpatía por el socialismo y sus sentimientos de amistad hacia el pueblo ruso, el primero en el mundo que llevó al triunfo la revolución socialista. De otra manera, podía interpretarse como una modesta manifestación de la simpatía con el ideal comunista.

Los moradores de Jiandao Norte, fuesen hombres o mujeres, viejos o niños, sabían tararear una o dos canciones rusas. También ejecutaban sus danzas. En los escenarios de la zona guerrillera se presentaba con frecuencia un baile ruso en que sus ejecutores se levantaban y sentaban golpeando alternativamente las pantorrillas con las palmas de ambas manos y otros que hoy vemos en el Festival Artístico de Amistad de Abril en Primavera.

En Hunchun, Wangqing y otros lugares podíamos encontrarnos de vez en cuando con seudocomunistas que andaban con casacas rusas, y gritando “hurra” por el triunfo de la revolución mundial y la dictadura del proletariado.

En este decursar, mirando con simpatía a ese primer Estado socialista en la Tierra, y cantando y bailando piezas rusas, y hablando y vistiendo al estilo ruso, en la mente de los pobladores de Jiandao Norte, surgió inadvertidamente el servilismo a esa nación que colocaba a ésta y su pueblo en la suprema posición del mundo.

Además, padecían en cierto grado de servilismo a China. Muchos pensaban que la revolución coreana triunfaría sólo cuando se lograra esta en China y disfrutara del apoyo de su pueblo. Usaban gran cantidad de palabras chinas, junto con las rusas. Por ejemplo, llamaban *guangqiao* a la *sap* (pala).

En contraste, los de Jiandao Oeste no hablaban al estilo chino ni ruso, sino, como en la patria, empleaban puras palabras de las provincias Hamgyong o Phyong-an. Conservaban su nacionalidad en todos los sentidos, costumbre, formalidades de cortesía y de ética, régimen alimentario y lenguaje.

Después de avanzar hacia el monte Paektu recorrimos una vez Jiandao Oeste y analizamos su topografía y las inclinaciones de sus habitantes, lo cual nos convenció de que tenía muchas condiciones propicias para nuestras actividades guerrilleras. La decisión de llevar

a cabo con dinamismo la lucha armada tras establecer el punto de apoyo principal de la revolución en la zona del Paektu se hizo más firme e inmutable mediante el contacto con los pobladores de aquella región y la adaptación a su clima y suelo.

El avance del grueso del Ejército Revolucionario Popular de Corea a Jiandao Oeste fue un suceso trascendental que dio paso a una gran época que los historiadores y el pueblo llaman período de prosperidad de la Revolución Antijaponesa; jubiloso acontecimiento que echó un brillante rayo de luz a la oscura historia de la nación, llena de martirios. Hijos e hijas, fieles al ideal de amor a la patria y la nación, no se dejaron arrastrar por el pesimismo ante su exangüe destino. Para salvarlo acudieron con pasos firmes al monte Paektu. Estaban decididos a entablar una batalla a muerte, pues había llegado la hora.

Es así que afirmamos que la marcha hacia el monte Paektu la estuvimos preparando durante no menos de 10 años, desde la fundación de la Unión para Derrotar al Imperialismo. Hasta que pusimos en práctica la decisión de la etapa de Huadian, de acometer la sagrada lucha por la independencia, organizando un ejército en el Paektu en un tiempo apropiado, debimos sobreponernos a incontables contratiempos y reveses. La larguísima trayectoria que recorrimos no fue recta, sino abrupta, tortuosa.

Si, una vez constituida la UDI en Huadian, hubiéramos marchado directo hacia Jiandao Oeste, habríamos llegado al Paektu en cinco o seis días a más tardar. Empero, no tomamos este camino, sino comenzamos por preparar las fuerzas revolucionarias en Jilin y sus contornos, trabajo que continuó aun después de trasladado nuestro escenario de actividades a Manchuria del Este. ¿Por qué? Para entrenar a los hombres con los que marcharíamos hacia el Paektu, y para formar, por decirlo así, un mar de pueblo que los apoyara material y espiritualmente.

Cuando acabé de organizar la guerrilla en Antu, me sentí atraído por la idea de subir al Paektu con la unidad. El monte estaba a poca distancia, pero no me atreví a hacerlo, aunque lo deseaba, porque

nuestras filas eran demasiado débiles y pequeñas en comparación con la majestuosa y gigantesca figura del Paektu. No éramos sino aguiluchos recién salidos del cascarón. El infinito y trasparente cielo se extendía sobre nuestras cabezas, pero no teníamos fuertes alas para volar. Para entrar en el monte Paektu debíamos aumentar las filas y acumular fuerzas.

No era un lugar adonde podíamos ir en cualquier momento y según nuestro deseo. En que nos resultara imposible escalarlo libremente aunque lo quisiéramos radicaba el verdadero sentido del monte, y en que creciera en la misma medida este anhelo, subsistía su auténtica fuerza de atracción.

El Paektu esperaba la llegada de férreas unidades y soldados del Ejército revolucionario, capaces de vencer a las divisiones élites y los cuerpos de ejército de Japón.

En los días del establecimiento y la defensa de la zona guerrillera se prepararon esas unidades de acero listas para enfrentarse uno a cien enemigos, y en centenares de combates se formaron soldados de acero comparables con el Ave Fénix. Y al avanzar como olas embravecidas por el camino indicado en Kalun, Mingyuegou, Dahuangwai, Yaoyinggou, Nanhutou y Donggang, la revolución coreana acumuló suficientes fuerzas para ir al monte Paektu. Con ellas, logramos trasladarnos a Jiandao Oeste.

Retrospectivamente, la Revolución Antijaponesa fue el proceso de dar bandera y arma a los hermanos y hermanas compatriotas disgregados como granos de arena, por ser víctimas de la ruina nacional, conducirlos al Paektu y fue el proceso de hacerles morder el polvo a los imperialistas japoneses.

La coyuntura decisiva apareció con motivo de las conferencias en los bosques de Nanhutou y Donggang. A partir de esos dos eventos, nuestros debates se relacionaban sólo con el monte Paektu: ... la patria nos llama; el monte Paektu nos espera; pronto iremos allí para impulsar con fuerza los preparativos para la fundación del partido, extender con amplitud las redes de la Asociación para la Restauración de la Patria, en fin, para barrer a los invasores

imperialistas nipones mediante la resistencia a muerte de toda la nación.

Despertar con el patriotismo a los coreanos y orientarlos para que se consagren a la salvación nacional mediante el repique de la campana desde el Paektu, monte ancestral; darle ánimo y levantar al pueblo abatido; detener la corriente de dispersión nacional y unidos ponernos a la vanguardia en la lucha para crear la historia del regreso a la patria..., esto era voluntad y confianza que nos animaban cuando marchábamos hacia el Paektu.

No considerábamos el monte como un cauce que comunicaba con el cielo, como decían nuestros antepasados, sino lo creíamos puerta de la patria, cabeza de puente para entrar en el pueblo. Era un importante sitio estratégico, situado en un punto del triángulo que ligaba a Jiandao Oeste, el interior de Corea y Jiandao Norte.

Ocupar el Paektu significó enlazar al pueblo del interior de Corea, a los patriotas de Jiandao Oeste y a los comunistas de Jiandao Norte, y asegurar una dirección única sobre el movimiento revolucionario, el de independencia y el comunista de esas respectivas regiones. Ello nos permitiría tener contactos con Japón tomando como puente la tierra patria, solidarizarnos con el movimiento antijaponés del territorio principal de China más allá de Shanhaiguan, así como también colaborar con los comunistas e independentistas antijaponeses de Manchuria del Norte y Primorie, en la Unión Soviética, pasando por Jiandao Norte.

Tuvimos bien presente las lecciones sacadas de la creación y defensa de las zonas guerrilleras en Manchuria del Este y convertimos a Jiandao Oeste en una zona semiguerrillera, no completa como en Jiandao Norte. Como expliqué, la zona semiguerrillera era un mundo en el que por el día gobernaba el enemigo, pero la noche nos pertenecía. En Jiandao Oeste casi todos los cargos de jefe de diez familias, alcalde y gobernador de cantón los ocuparon gente nuestra. De día, fingían servir a los militares y policías nipones y a los mandarines del Estado manchú, mas, por la noche organizaban reuniones, hacían funcionar las escuelas, recogían

materiales de intendencia con destino al Ejército revolucionario o descascarillaban cereales para enviárselos. Estas tareas los traían agitados.

Ri Je Sun, Ri Ju Ik, Ri Hun, Jong Tong Chol, Ri Yong Sul, Ryom In Hwan y otros eran personas representativas en cuanto a la experimentación de la realidad de la zona semiguerrillera.

Con anterioridad, los dirigentes de la organización del partido en Manchuria del Este establecieron solo bases guerrilleras, zonas liberadas, dando las espaldas a los que vivían fuera de éstas. Para colmo, a los habitantes de las áreas bajo la jurisdicción enemiga les mostraban enemistad tildándolos de “masas blancas”, y a los de las zonas intermedias los despreciaban llamándolos “masas de doble cara”. Dividirlas en “rojas” y “blancas”, fue un gran error, pues favorecía más el bloqueo enemigo sobre las zonas guerrilleras. En definitiva, obstruían la tarea de formar el frente unido destinado a aglutinar más firmemente a las fuerzas revolucionarias.

Esta seria experiencia nos hizo transformar a todo Jiandao Oeste en una zona semiguerrillera y a sus pobladores en gente nuestra, sin distinción de “rojos” y “blancos”.

De entre los miembros del cuerpo de autodefensa que guardaban las aldeas de concentración existieron muchos que nos servían.

Una vez, enviamos a la aldea de concentración de Badaojiang una pequeña unidad con la misión de conseguir víveres. En su cuerpo de autodefensa actuaba nuestro trabajador político clandestino. Recibido su parte, la unidad asaltó la aldea disparando al aire y entonando una canción revolucionaria. Pero no desarmó al cuerpo de autodefensa y regresó sólo con los cereales previamente preparados por ese agente.

Tan pronto como se replegó la unidad, este acudió a la policía japonesa y la engañó diciendo: “La guerrilla asaltó la aldea y se llevó los víveres; mas no logró ocupar el torreón, gracias a lo cual se mantiene en pie el cuerpo de autodefensa”.

Como quiera que los de Jiandao Oeste abrían así su alma ante los guerrilleros, en tanto que no se sinceraban con los militares y policías japoneses y con los mandarines manchúes, podíamos resolver

satisfactoriamente todos los problemas de acuerdo con nuestro propósito.

Jiandao Oeste fue el principal escenario del Ejército Revolucionario Popular de Corea, preparado y controlado por él mismo durante tres o cuatro años, desde nuestro avance a la zona del Paektu hasta el inicio de las operaciones en ruta de circunvalación con grandes destacamentos. Después de la Penosa Marcha, trasladamos ese escenario a Manchuria del Este. Y después de la Conferencia de Xiaohaerbaling, nos preparamos para acoger el gran suceso de la liberación de la patria, apoyándonos en la base establecida en el territorio de la Unión Soviética, junto con la del monte Paektu.

En resumen, el centro de las actividades del Ejército Revolucionario Popular de Corea durante la Revolución Antijaponesa fue, primero, Jiandao Norte; después, Jiandao Oeste, y por último, la zona del monte Zhanggufeng en las riberas del río Tuman. Todos fueron importantes puntos de apoyo para las operaciones que aseguraron el triunfo a la Revolución Antijaponesa.

Como en Manchuria del Este, también en Jiandao Oeste experimentamos en carne propia que la zona semiguerrillera era ventajosa en diversos aspectos cuando la ofensiva enemiga se hacía más intensa y obstinada. Convertir a Jiandao Oeste en una zona semiguerrillera y en nuestro mundo, resultó clave y factor de diversos éxitos y victorias que alcanzamos después de llegar al Paektu.

Establecida esa zona, empezamos a dar vigor a las operaciones militares. Los grupos armados de unos 20 guerrilleros golpearon diariamente a los adversarios, moviéndose con audacia a lo largo y ancho de la región. También enviamos un gran número de ellos al interior de Corea.

Operábamos en pequeñas unidades y dispersados para no sobrecargar a los habitantes que vivían al día con patata y avena. Si actuáramos con grupos de unos 200 hombres, para no hablar de unidades de 500 ó 600, se nos hubiera presentado el problema de alimentos.

A eso de 1938, los enemigos terminaron la construcción de aldeas de concentración en Manchuria del Este y del Sur, lo cual implicaba un gran impedimento para solucionar los alimentos para las tropas revolucionarias. Para resolverlos se necesitaba organizar batallas de grandes dimensiones; esto significaba, en última instancia, cambiar la sangre de compañeros por cereales. Por esta razón, fomentamos las operaciones con pequeñas unidades. Pensé que mis compañeros no debían derramar sangre aunque pasáramos hambre.

Bajo la influencia directa de la Lucha Armada Antijaponesa, en Jiandao Oeste se elevaba el espíritu de combate de los pobladores contra Japón y se intensificaban sus acciones revolucionarias.

Los ancianos con los que charlé expresaron que los pobladores de Changbai oían con frecuencia novedades sobre nosotros ya desde 1932-1933.

A comienzos del 36, Ri Je Sun y Ri Ju Ik conocieron de las actividades del Ejército Revolucionario Popular de Corea por conducto de Kwon Yong Byok, Kim Jong Phil y otros trabajadores políticos clandestinos enviados a Jiandao Oeste, disfrazados de contrabandistas de opio. Estos les hablaron de la reorganización de la guerrilla e insinuaron que su grupo principal podría salir a la zona Changbai. La información no tardó en difundirse por todo el distrito de Changbai y llegó hasta a los miembros del Comité de Acción de Kapsan en el interior de Corea.

Se dice que Ri Yong Sul, jefe de diez familias, en Tianshangshui, hablaba de nosotros desde 1932, más o menos, entre sus compañeros. Los exhortaba a seguir abnegándose por la causa patriótica antijaponesa sin renunciar a su decisión, con estas palabras: ahora el General Kim Il Sung combate con la guerrilla en Jiandao Norte, y pronto vendrá al monte Paektu al mando del ejército e independizará a Corea.

Animados por esas noticias, los jóvenes de la zona Changbai hicieron tempranamente dinámicas tentativas de ingresar en nuestra unidad. Kang Hyon Min, que trabajó con la juventud en la aldea Dadeshui, acudió a Fusong y fue admitido. Antes de partir, dijo a sus

amigos: “No puedo permanecer cruzado de brazos por más tiempo esperando al General Kim. Voy a verle y solicitarle mi admisión en la guerrilla; les ruego que atiendan a mi familia”.

Después que aparecimos en tierras de Changbai, todo Jiandao Oeste estaba muy entusiasmado para incorporarse en la guerrilla. Muchos venían a vernos, continuamente, para pedir su ingreso. No obstante, admitimos solo a algunos y al resto lo reservamos, teniendo en cuenta que para promover las actividades clandestinas se requería mantener muchos jóvenes en las zonas gobernadas por el enemigo.

Sin embargo, una vez formadas las aldeas de concentración, aceptamos a todos los aspirantes. Encerrados en las murallas de barro, no podían hacer nada más que el trabajo forzado para el enemigo.

Cuando en Dadeshui, Changbai, sonó nuestro primer disparo, llegó a las nubes el ímpetu antijaponés de los pobladores de Jiandao Oeste.

Los ancianos de Shilindaogou que vieron cómo diezmamos en racimos a los soldados japoneses en Dadeshui y Xiaodeshui, expresaron con alegría: “Si desde antaño todos aquellos malévolos que molestaban al pueblo, fueron derribados, ¿cómo pueden exceptuarse los japís?”. Y los jóvenes, por su parte, exclamaron: “¡Ah!, está viva Corea que parecía arruinada ya. Ahora sentimos palpitar su corazón”.

El incremento de las acciones del Ejército Revolucionario Popular de Corea en Jiandao Oeste, propició que los pobladores a ambos lados del río Amnok empezaran a inventar una serie de leyendas sobre nosotros. Algunos ancianos adeptos al chondoísmo, deseosos de divulgar el poderío de nuestra unidad, hicieron circular el rumor de que el Comandante Kim Il Sung aniquilaba a los japís, trasladándose en un santiamén del Este al Oeste, con el don de ubicuidad. Incluso, inventaron el verosímil cuento de un policía que telefoneaba en el puesto y perdió una oreja, alcanzado por una bala de un guerrillero, y cuando quiso huir otra bala le arrancó una pierna.

Esas narraciones populares de los habitantes de Jiandao Oeste se

propagaron hacia la profundidad de Corea, del lado acá del río Amnok. Si de Changbai gritaban: “el Ejército revolucionario atacó anoche a Banjiegou”, podían escucharlo los pobladores de Samsu, al otro lado del río.

Durante las operaciones en esa zona, disfrutamos de mucha ayuda de sus moradores. Prueba elocuente de cuán activa era esa asistencia es la abundancia de memorias conservadas en el archivo de nuestro Partido. Reitero que se mostraron sinceros en esta tarea. Lo consideraron como un signo de su conciencia. Carecía de ella, decían, quien persiguiera sólo beneficios, placeres y comodidades personales, dándole las espaldas al Ejército revolucionario.

No bien operáramos en Jiandao Oeste, los imperialistas japoneses hacían esfuerzos desesperados para cortar el lazo entre el Ejército revolucionario y los habitantes e impedir el apoyo de éstos a aquél. Incluso, estaban alerta ante el hecho de que los coreanos se apretaban alegres las manos para saludarse, arguyendo que lucían empapados en el agua del comunismo.

Los simples pobladores debían conseguir la aprobación del alcalde para viajar por las aldeas vecinas. Podían tener sólo el número de cucharas correspondiente al de familiares, y las sobrantes, aunque fuera una sola, se las quitaban mediante la frecuente organización del censo, porque creían que estas podían ser una ayuda a las tropas revolucionarias.

Los adversarios proclamaron que recompensarían con 50 *yuanes* a quien trajera la cabeza de un miembro del Ejército revolucionario y mucho más si lo entregaba vivo. Hay varios datos que señalan que por mí las cifras eran mayores. En un tiempo, imponían a los pobladores esparcir hojas volantes por las montañas para hacernos claudicar, e incluso, enviarnos sal envenenada como “material de ayuda”.

Lo hacían para tratar de cortar los estrechos lazos entre la guerrilla y el resto del pueblo. Mas, los lugareños no se dejaban embaucar. Cuanto más rabiosos estaban los adversarios, tanto más afirmaban sus relaciones con el Ejército Revolucionario Popular y

más activa resultaba su ayuda colectiva a éste. Si en cada aldea se organizaba una ronda para detectar las actividades de la guerrilla, sus integrantes, fingiendo patrullar, montaban guardia al servicio de los trabajadores políticos clandestinos escondidos en la aldea de concentración, o del Ejército Revolucionario Popular.

Tan pronto como descubrían en una aldea un pequeño síntoma de ayuda a éste, los enemigos la quemaban sin piedad y mataban, sin distinción de niños y ancianos, a todos los comprometidos. Por la misma causa, convirtieron en cenizas a Diyangxi, Dadeshui y Xinchangdong. Un maestro de Dadeshui fue fusilado por el “delito” de enviar estilográficas a la guerrilla. No obstante este derramamiento de sangre, los pobladores de Jiandao Oeste no se doblegaban, sino actuaban como un solo hombre para ayudarnos.

Pese a sucesivas derrotas por la ofensiva militar del Ejército Revolucionario Popular de Corea, los adversarios fanfarroneaban ante los habitantes, como si sus huestes siempre obtuvieran victorias. Después de la batalla en Xiaodeshui, los lugareños creían que el Ejército revolucionario había sido vencido, porque los enemigos exhibían su poderío, tocando hasta cornetas como si hubieran ganado, pero de inmediato comprendieron su equivocación al ver decenas de cadáveres japoneses, dispersos en el campo de batalla.

El enemigo decía que transportaba cadáveres de comunistas, pese a ser suyos.

Inmediatamente después del asalto a Shierdaogou, por este lugar y sus proximidades corrieron noticias sobre la guerrilla. Aturdidos ante el suceso, colocaron la cabeza de uno de sus oficiales en la punta de una estaca hincada a la entrada de la puerta norte, por donde acababa de replegarse el Ejército revolucionario y anunciaron que habían matado al caudillo de la tropa comunista. La falsedad se reveló poco más tarde, cuando la esposa del muerto acudió al lugar y, viendo la cabeza de su marido, prorrumpió en llanto, lamentándose: “¡Ay de mí! ¿Cómo ha podido pasarte esto?”

Tal tragicomedia no se limitó a una o dos veces: se escenificó tanto en Fusong como en Linjiang.

En otra ocasión, los de la unidad Jingan, impulsados por la codicia de ganar premios de su amo, el japonés, colgaron en las calles de esas dos ciudades la cabeza de un desconocido y una pistola Máuser con la inscripción “Kim Il Sung”, regando el rumor de que nuestra unidad había sido aniquilada. Mis condiscípulos de la primaria y otros amigos acudieron y desmintieron la versión, con lo que esa artimaña quedó destruida. Esto sólo sirvió para convencerlos de que el Ejército Revolucionario Popular se mantenía sano y su comandante vivo y continuaban luchando.

Ningún medio ni método les valió para menguar los sentimientos antijaponeses de los pobladores de Jiandao Oeste, ni suprimir su simpatía y espíritu de ayudarnos. Esta tarea no se interrumpió, sino creció cada día más a medida que iba recrudeciéndose la represión.

A ese movimiento de ayuda a nuestro Ejército, me referiré más adelante, por lo que aquí me detendré sólo a citar algunas personas y hechos fragmentados.

Siempre que pasábamos por las aldeas de Jiandao Oeste, sus moradores salían a nuestro encuentro con turrón prieto hecho con fécula de patatas para meterlo en los bolsillos de los guerrilleros.

Aun después de construidas las aldeas de concentración, no cesaron de colaborar con la guerrilla. Los imperialistas japoneses los encerraban allí y controlaban con rigor los víveres chequeando la superficie de sembrados y la cantidad de cosecha, pero, ellos aplicaban singulares métodos. Por ejemplo, si llegaba la temporada de recolección de la patata le quitaban solo el tallo y dejaban sus tubérculos, para que se los llevara la guerrilla, y el maíz lo conservaban sin desperfollar en los hórreos levantados en medio del bosque y nos avisaban que lo consumiéramos. Si el maíz se mantiene así, no se enmohece. Hacían lo mismo con la soya. En un año, nos alimentamos con su puré durante todo el invierno.

Fue en Jiandao Oeste que se inició el suministro de víveres a la guerrilla con la variante de no recolectar cereales para que ésta se los llevara.

He aquí un interesante fragmento de lo que el jefe del

departamento de policía de la provincia Hamgyong del Sur dijo en Hyesan: “Inspeccioné esta región y descubrí que es problemático Jiandao Oeste: primero, es cierto que sus pobladores se comunican con la guerrilla; informaron que le entregaron tres *mhales* de cereales cuando el número de guerrilleros que actúan allí suma decenas de miles, aun suponiendo que llegaran solo 300 a una aldea, hubieran consumido varios *mhales* al día, y la información dice tres, ¿por qué?; es la prueba de sus contactos con la guerrilla; segundo, sus pobladores se han hecho rojos, cuando uno les pregunta si han visto montañeses o bandidos, hasta los niños contestan que no, pero si vuelve a inquirir si han visto al Ejército revolucionario, todos responden que sí, lo cual atestigua que creen que la guerrilla es la suya y se han hecho rojos; tercero, la zona es base permanente de la guerrilla; anteriormente, los independentistas y bandidos iban sólo en verano u otoño para trasladarse a otros lugares en invierno, pero la unidad de Kim Il Sung permanece también en la temporada invernal, así que es necesario establecer allí aldeas de concentración”.

Esto es testimonio convincente de cuán estrechos lazos unían al Ejército revolucionario y al resto del pueblo, y una prueba elocuente de cuán decididamente éste defendía y apoyaba a aquél.

La seguridad en Jiandao Oeste era tan precaria que los adversarios afirmaban que el comunismo y los Tres Principios Populares devenían faros que iluminaban el camino que debían seguir los pueblos, y lamentaban: “Para conquistar a las masas populares de la influencia de los bandidos comunistas y de los antimanchúes y antijaponeses, y derrotar a estos bandidos, es indispensable presentar un objetivo político más ventajoso que el de ellos y una vía más correcta para llevarlo a la práctica, y aplicar una política popular. Es decir, hay que ejercer una política efectiva que aclare el proceso de realización del ideal de construir el Estado manchú movilizándolo más eficiente y fácilmente a las masas populares que los bandidos comunistas, y que sea capaz de absorber a estas en tal sentido. Sólo con las operaciones contra los bandidos, basadas en esta orientación, y tomadas como una esfera especial del movimiento político,

económico, ideológico y social-popular, es posible apuñalar el corazón del bandido político e ideológico y aplastarlo”.

“Bandido comunista” era el calificativo dado despectivamente al Ejército Revolucionario Popular, y “bandido antimanchú y antijaponés” el de todas las fuerzas militares contra ese Estado títere y ese imperialismo.

El enemigo movilizó todo para aniquilar a nuestro Ejército y romper su lazo con el resto del pueblo, pero fracasó irremediablemente.

Después de quemado Diyangxi por el “castigo” del imperialismo japonés, sus agricultores tropezaban con graves dificultades por falta de bueyes para la labranza. No tenían ningún animal cuando debían comenzar la siembra y transportar troncos a jornal. Se reunieron y acordaron solucionar el asunto mediante consulta con la administración distrital. Eligieron como su representante a un joven apellidado Ri y lo enviaron en compañía de otros jóvenes como escolta. Al parecer era el más sociable y elocuente en la aldea.

En la administración del distrito, el mozo apostrofó: nunca nos hemos comunicado con el ejército comunista, mas el ejército japonés redujo nuestra aldea a cenizas en una noche, sin siquiera tener una prueba convincente; ¿dónde en este mundo existirá injusticia como esta?; ¿qué ha hecho la administración del distrito?; siempre decían que convertirían a nuestra zona en “territorio de personas buenas”, y, ¿por qué no rechazaron la irrupción de la “unidad de castigo”? Ya no pueden construir tal aldea, dado que no podemos cultivar la tierra ni alimentarnos por falta de bueyes.

Las palabras del joven conmovieron a los de la administración del distrito, y le prestaron no menos de 20 de esos animales de tiro.

Al instante, su pensamiento dio un giro: se imaginó a los guerrilleros que sufrían en el monte sin probar ni un pedazo de carne. Tuvo la idea de enviárselos como provisiones, aunque no pudieran labrar ni transportar troncos. De inmediato lo avisó a la guerrilla por conducto de la organización clandestina del distrito, sugiriendo que tendiera una emboscada y “atacara” a su comitiva en el regreso a la aldea.

En el acto, despachamos un grupo para que se emboscara en un punto del camino entre la cabecera distrital y Diyangxi. Este escenificó muy bien el “drama”. La administración distrital mandó hasta una escolta formada por soldados del ejército títere manchú para trasladar con seguridad los animales. Huelga decir que ellos no pudieron evitar una sorpresa.

Los guerrilleros los desarmaron y ante ellos ataron a Ri y a otros jóvenes, amenazándoles con “fusilarlos”, porque eran recalcitrantes y traidores que adulaban a Japón y al Estado manchú, y los arrastraron a todos al campamento secreto, donde ingresaron en la guerrilla. Para nosotros fue como matar dos pájaros de un tiro.

Esto es solo un episodio que muestra los vínculos entre la guerrilla y el resto del pueblo en la época de Jiandao Oeste.

En la corriente impetuosa del movimiento para prestarnos ayuda material y espiritual, iniciado en los primeros días de nuestro avance por tierras de Changbai, confluyeron, además de las clases trabajadoras como obreros y campesinos, los sectores sociales a quienes algunos comunistas dogmáticos hostilizaban como blanco de lucha.

En Shijiudaogou, del distrito Changbai, vivía un chino llamado Cao Deyi, quien a los treinta y tantos años se convirtió en un gran latifundista al heredar no menos de 80 hectáreas de su difunto tío. Más de la mitad de la tierra cultivable del lugar le pertenecía. Vivía con seis concubinas y mantenía una relación de hermandad con policías. Si se miraba con los ojos de los dogmáticos era una persona que merecía ser aniquilada. Su único punto positivo residía quizá en su fuerte espíritu nacionalista.

Al ver que el Ejército Revolucionario Popular diezmaba a los militares y policías japoneses y manchúes en Dadeshui y Xiaodeshui, junto a sus concubinas, huyó a la cabecera distrital de Changbai. Su mansión y sembrados quedaron bajo la atención de su administrador.

Lo conquistó el alcalde Ri Hun. Su proceso fue dramático.

Establecido el campamento secreto en la zona del monte Paektu, asignamos a los intendentes la tarea de preparar la fiesta del Nuevo

Año 1937. Le presté una gran importancia, porque lo haríamos por primera vez después de nuestra llegada al Paektu y la esperaban mucho los guerrilleros. Kim Ju Hyon, encargado de la intendencia de la unidad, trajinó mucho por las aldeas de Jiandao Oeste para conseguir lo necesario.

La cuenca del río Amnok, en Shijiudaogou, era el único sitio de Changbai donde se cultivaba arroz, que afluía sólo a los graneros de los terratenientes.

El trabajador político clandestino Ji Thae Hwan comunicó a Kim Ju Hyon que Cao Deyi tenía reservada una colosal cantidad de víveres, carne y azúcar para preparar un lujoso banquete por Año Nuevo. Kim Ju Hyon discutió el asunto con Ri Je Sun y de inmediato, en nombre del Ejército Revolucionario Popular, escribió a Cao Deyi: "...Consideramos que usted, como chino, no ha renunciado por completo a su conciencia nacional. Por tanto, no hemos causado ningún perjuicio a sus bienes, partiendo del principio de proteger todas las riquezas del pueblo, exceptuando las de los lacayos projaponeses. Usted debería responder, como es natural, con su propia acción práctica, a nuestro proceder justo. Si lo desea, podría prestar asistencia voluntaria al Ejército revolucionario; esperamos que pronto conteste cuándo y con qué lo haría".

El mismo día que recibió la carta, se aisló del mundo exterior y guardó cama, lleno de inquietudes. Tenía miedo a los japoneses, en el caso de ayudar al Ejército revolucionario según el planteamiento de la carta y al castigo de éste si lo rechazaba. Aunque sus concubinas coqueteaban cerca de la cama, no accedía y sólo suspiraba. Todas se alborotaban como si sucediera una catástrofe. Justamente entonces, Ri Hun se dirigió a la cabecera distrital para saber el ánimo del terrateniente, en cumplimiento de la orden de Ri Je Sun. Por la calle se encontró con una concubina del terrateniente, quien lo invitó a su casa, implorando que lo consolara compartiendo el almuerzo, porque llevaba varios días que no comía nada, ni conciliaba el sueño. Pensó que salían bien las cosas y fingió hacerlo de mala gana.

Cao Deyi lo acogió con mucha alegría, como si apareciera su salvador. Cuando intercambiaron algunas copas, presentó a Ri Hun la carta y le preguntó:

—¿Qué hacer, hermano?

El alcalde la leyó de carretilla y, tomándole una mano, expresó:

—No se preocupe mucho, hermano; el Ejército revolucionario no lo matará; hace unos meses, también fui detenido y llevado al campamento secreto y allí comprobé que se diferencia de los bandidos; no atenta así como así contra la vida del hombre; si usted le ofrece una gran dádiva, lo protegerán conmovidos.

Cao Deyi contestó:

—No siento dolor por entregarle riquezas, pero temo la vigilancia; si se revela la cosa, perderé la vida, ¿cómo no estar indeciso?; si tú, el alcalde, concibes una receta adecuada, enséñamela, y entonces la seguiré.

—Si es verdad que no escatima recursos, ¿por qué se inquieta tanto y no se los dona? Sólo si actúa bien ante el Ejército revolucionario, hasta yo mantendré unos años más el cargo y los labriegos vivirán en paz.

El terrateniente aprobó y sugirió que Ri Hun enviara bajo su responsabilidad los materiales al Ejército revolucionario sin formar líos.

Su decisión no tardó en llegarnos; en el acto envié a Shijiudaogou más de 20 guerrilleros, que regresaron sin percances seguidos por decenas de trineos cargados con más de 600 *mhales* de arroz, varios cerdos y gran cantidad de azúcar. Aun tiempos después, Cao Deyi nos envió varias veces abundante cantidad de materiales de asistencia.

En las filas del impetuoso movimiento de ayuda a la guerrilla, que empujó a Jiandao Oeste al crisol de la revolución, figuraban quienes procedían de la policía nipona y capataces de obras.

Al ver el poderío del Ejército Revolucionario Popular de Corea, un miembro de un puesto policíaco del distrito Samsu resumió con seriedad su pasado y decidió optar por el camino del renacimiento;

eliminó a su jefe y subjefe, e ingresó en la guerrilla con las armas que ellos llevaban. Y algunos capataces de las obras de tendido del ferrocarril forestal y de lugares de tala, cuando fuimos allí, abrieron de par en par las puertas de los depósitos y nos entregaron precipitadamente mercancías, actuando como si fuera por imposición. Un capataz de un centro de tala de Ershidaogou propagó abiertamente entre los obreros y campesinos participantes en esa labor, y los miembros de la tropa de gandules de bosque en sus contornos, la canción “Lamentos del soldado projaponés” que infundía una idea pesimista sobre la guerra y el ejército.

No puedo olvidar tampoco a los intelectuales de Jiandao Oeste que se mostraron activos para ayudarnos. La mayoría de ellos eran maestros. Kang Yong Gu, de la escuela particular de Jongsan, aún me viene fresco a la memoria.

Cuando nos encontramos por primera vez, expresó que no tenía cara para verme, pues se consideraba lacayo al ejecutar la política educacional del imperialismo japonés.

—No se debe calificar de malos a todos los que ejecuten la política educativa de los imperialistas japoneses —aduje—. ¿Qué culpa tienen los maestros que enseñan a nuestros niños que crecen tristes en tierras extrañas? Aunque sirvan a los japoneses por no tener otro remedio, si mantienen la conciencia nacional, podrán contribuir a la lucha por la independencia.

Pese a mis palabras, no aflojaba la tensión y sólo tanteaba con cautela mi ánimo, dirigiéndome una mirada inquietante. Continué diciendo que para instruir a los chicos se quemarían las entrañas, a lo que contestó con una sonrisa amarga que no valía esforzarse tanto, ya que les impartía enseñanza japonesa.

Ese día, antes de abandonar su aldea, le sugerí:

—Quisiera pedirle una cosa: No olvide que es coreano. Para que nuestros descendientes guarden el espíritu de Corea, es indispensable que los maestros lo hagan.

Tuvo presente mi consejo. Poco después de nuestra despedida, actuó con fervor incorporado en la Asociación para la Restauración

de la Patria y nos ayudó con entusiasmo sin dejar de trabajar como maestro. A petición nuestra, nos envió un hectógrafo, tejidos o alimentos, y de vez en cuando vino a nuestro campamento llevando a cuestras abastecimientos. E incluso, con un teléfono que le dimos, interceptó comunicaciones y nos informó periódicamente la situación enemiga.

Después de liberado el país, se repatrió y siguió dedicado a la instrucción de la joven generación, con la cual iniciara el camino de su vida. Si no me equivoco, a finales de los años 50 supe que fungía de director en una escuela de nivel medio superior de Pyongyang y mimaba a los alumnos vacilando en incorporarlos al trabajo productivo o enviarlos a los centros de construcción.

Lo cité y le pregunté si era verdad, a lo que contestó que sí, inclinando profundamente la cabeza.

—Para mí es algo incomprensible que haya surgido tal defecto en la escuela que usted dirige —expresé—. ¿No será que ha olvidado la época de Jiandao Oeste?

Argumentó que su deseo de toda la vida era educar a los niños en condiciones cómodas y en una escuela bien iluminada, aunque sus padres habían sufrido trabajando hasta molerse las uñas bajo la tiranía de los japés.

Comprendí sus sentimientos, pero le dije con severidad:

—Si se limita a acariciar a los niños sin incorporarlos al trabajo ni criticarlos, ¿quiénes serán de adultos?; hay que habituarlos al esfuerzo, obligándolos a portar cargas sobre la espalda y con pértigas sobre los hombros, manejar el almocafre...; sólo así, sabrán el valor del sudor, respetarán a los obreros y campesinos y construirán bien el socialismo; para que lo edifiquen en la mejor forma, es indispensable cultivar en su mente el espíritu revolucionario del Paektu, espíritu de lucha de los pobladores de Jiandao Oeste.

Los pobladores del inolvidable Jiandao Oeste, donde el tronar de fusiles y cañones estremecía el cielo y la tierra, prepararon, junto a nosotros, la piedra angular de las relaciones revolucionarias entre el ejército y el resto del pueblo, echaron cimientos del frente unido que

incorporaba a amplias masas, entre otras, creyentes del chondoísmo, jóvenes, estudiantes, intelectuales y propietarios patrióticos, así como también abrieron el cauce que comunicaba a los revolucionarios y otros sectores del pueblo del interior de Corea. Allí surgió un gran número de destacados patriotas y héroes del pueblo, que merecían inscribirse con todo derecho en los anales de la lucha antijaponesa de liberación de nuestro país. Hoy, el espíritu revolucionario del Paektu y el espíritu de lucha de los pobladores de Jiandao Oeste, corren como un torrente por las venas de todo el pueblo.

## 2. Ruidos de molinos de agua

En las aldeas de Jiandao Oeste, dispersas por varias estribaciones del monte Paektu, podíamos ver por doquier arroyuelos que corrían precipitadamente y oír el ruido de los molinos que descascaraban cereales con la fuerza de sus aguas. ¡Cuán patética nostalgia nos causaba escucharlo desde lejos en noches avanzadas, bañadas por la luna! Esos molinos de Changbai, que trituraban las lágrimas de los coreanos emigrados, tenían un nuevo objetivo y valor después de nuestro avance al Paektu.

Desde el otoño de 1936, los lugareños descascaraban en ellos grandes cantidades de cereales para nosotros. De decenas de grandes y pequeñas instalaciones no hubo una que no se involucrara en el apoyo a nuestro ejército. Están grabadas hondamente en mi mente, como símbolo de la ayuda de todo el pueblo. Si pudimos sostener una larga guerra antijaponesa, tomando el monte Paektu como punto de apoyo, fue, en mi opinión, por el activo respaldo de los pobladores de Changbai.

En esta región, los moradores de Deshuigou, en Shiliudaogou, devinieron precursores en prestar asistencia al Ejército Revolucionario Popular. Llegamos primero a Xinchangdong de arriba. Esta y otras aldeas del valle Shiliudaogou se llamaban, en conjunto, Deshuigou. Era un lugar recóndito, situado en el punto de confluencia de dos arroyuelos y tenía más de 40 casas y un molino de agua.

Ese día, los moradores nos sirvieron fideos fríos, de harina de alforfón molida en esa instalación. El movimiento de apoyo al ejército, así iniciado por ellos, se extendió gradualmente por Wangjiadong, Yaoshuidong, Diyangxi hasta enardecer a todo el territorio de Jiandao Oeste.

Con intervalo de unos días, numerosos pobladores venían a

nuestro campamento por el paso secreto del bosque, con víveres y tejidos sobre la cabeza o la espalda.

Alarmados, los adversarios enviaron refuerzos a la zona de Changbai y atosigaban a sus pobladores. Una mínima sospecha bastaba para quemar las aldeas y detener o matar sin piedad a sus moradores.

“Quien haya entregado víveres y artículos prohibidos al bandido comunista, o quien haya contactado con él, se considerará su servidor y se condenará en el acto a la pena capital.”

Esta horrible advertencia apareció en todo el distrito Changbai.

Para los vecinos de las aldeas fronterizas, en los alrededores del Paektu, estaba prohibido llevar un par de zapatos de trabajo o una cajita de fósforos. No obstante, su ayuda fluyó sin cesar hacia nuestros campamentos secretos.

Fue una acción voluntaria que partía de sus propios intereses vitales. Pensaron que la única vía para salvar a Corea era respaldar al Ejército revolucionario. Así, no temían la muerte, ni hacían caso del calor bochornoso de julio y agosto, ni de las grandes nevadas de noviembre y diciembre por el calendario lunar.

Siempre que los recuerdo me viene a la memoria la imagen inflexible y modesta de Ri Pyong Hon, padre de Ri Ul Sol, alcalde de Yinghuadong y miembro de la organización. El y sus dos hermanos fueron precursores del movimiento de apoyo a la guerrilla en Changbai.

Finalizaba 1936, cuando llegó a la Comandancia en el campamento secreto de Komuikol con muchos artículos enviados por la organización revolucionaria de Yinghuadong, de los cuales los *poson* (una especie de calcetín tradicional —N. del Tr.) están grabados en mi cerebro. Saqué un par y vi que eran más gruesos que los ordinarios, tenían doble largo, llegaban hasta la rodilla.

Me emocionó el esmero y la sinceridad de las mujeres de Yinghuadong.

—¡Qué buenos! —exclamé—. Están bien confeccionados.

Ri Pyong Hon se ruborizó por mi elogio:

—General, en tierra de Changbai la nieve es abundante. Se sufre mucho si los pies se descuidan en invierno.

Aunque nos encontrábamos por primera vez, pude apreciar su sencillez y honestidad. Era un hombre que no sabía presumir. Pese a ser el responsable de los que traían los artículos, no quería decirlo y sólo me miraba tímidamente, situado detrás de sus acompañantes.

Mientras yo observaba de hito en hito los *poson*, sin soltarlos, uno que había abierto un macuto exclamó:

—Oiga, compañero Comandante, ni el emperador de Japón habrá visto granos de cebada como éstos

Dudé de mis ojos. Los granos eran tan blancos y limpios como nieve. “¿Verdad que los son, no serán de arroz? ¿Cuánta devoción les habrá costado descascararlos así?”, pensé.

—Han trabajado mucho, tío —le dije—. Por primera vez veo granos de cebada como éstos. ¿Cómo los descascarillaron para ponerlos tan blancos?

—Los pasamos por el molino cuatro veces.

—Dos veces bastan, ¿no es así? De veras, han mostrado una gran abnegación.

—Las mujeres de nuestra aldea siempre han sido consecuentes.

Ri Pyong Hon concedió el mérito solo a las mujeres, y continuó:

—Mucho trabajo les costó, y no a los hombres; si se empeñan, pueden pasarlos por el molino, no ya cuatro sino diez veces; ¿por qué no hacerlo para el Ejército revolucionario?; el único obstáculo consistía en que los agentes andan por las aldeas para detectar en qué casas y qué cereales descascarillan y a dónde los transportan; para burlar la vigilancia, las integrantes de la Asociación de mujeres fueron tesoneras; van al mercado de Hyesan y compran tejido que envuelven en la cintura o lo ponen como pañales a las criaturas; cada vez que frecuentan el mercado llevan ex profeso a las espaldas a los bebés, pese a que los ancianos ignorantes sermonean que sufren en vano; pero ellas no cesan de hacerlo, para tener dónde esconder el tejido.

Nunca trajo a colación los esfuerzos de los hombres.

Quedé impresionado. Saqué del saco un puñado de granos, los olí y luego dije a los que me rodeaban:

—El emperador de Japón, aunque ocupa una elevada posición, se asemeja a un árbol sin raíz, en tanto que nosotros somos brotes con fuertes raíces, ¿cómo podría probar granos así tan buenos?

Al año siguiente conocimos en detalle, por boca de Ri Ul Sol, cómo los pobladores de Yinghuadong llevaban a cabo la ayuda al ejército. En esa fecha ingresó en nuestra unidad, y como su padre, no le agradaba ostentar. Sobre todo, no hablaba casi nada sobre éste y su madre. Empero, aunque no se sabía si cometía una indiscreción, comentó una sola cosa: que su madre había recogido frambuesas para ganar el dinero necesario con el cual comprar el tejido y hacer unos morrales.

En Yinghuadong muchos hogares carecían de víveres. Eso sucedía con la familia de Ri Ul Sol. Pese a tener que alimentarse con caldo de yerbas, no quiso quedar a la zaga de otros en prestarnos asistencia. Por eso, en el verano recolectó frambuesas y en el otoño uvas silvestres y bayas de actinidia para venderlas en el mercado de Hyesan. Cuando la madre regresaba a casa con las frutas silvestres recogidas y las seleccionaba, sus hermanitos la rodeaban, tragando saliva. Ella sabía qué deseaban, pero no se atrevía a ofrecerles ni una frambuesa, pensando que esto significaba una falta de su sinceridad hacia el Ejército revolucionario.

Ri Pyong Hon regresó del campamento secreto y contó orgulloso a sus hijos que se había encontrado conmigo. Ri Ul Sol le rogó que le permitiera ingresar de inmediato en la guerrilla para combatir bajo mi mando. Su padre lo refutó en el acto:

—Los soldados del General son todos gallardos y manejan bien las armas, pero tú, vestido con un pantalón corto de cáñamo, no sabes nada más que usar almocafre. ¿Cómo te atreves a pensar en ser miembro del Ejército revolucionario? Primero aprende algo más y luego márchate.

Tiempo después lo incorporó a una organización filial de la Asociación para la Restauración de la Patria para forjarlo y en el

verano del año siguiente lo envió, junto con su sobrino, a la guerrilla. Era la máxima expresión del espíritu de apoyo al ejército.

Aun más tarde, Ri Pyong Hon no cesó de ayudarnos.

En la primavera tardía de 1937, volví a verlo en Tianshangshui. Traía tintes que se utilizaron como anillo al dedo para teñir flores y banderas de papel destinadas a adornar el local de la reunión conjunta del ejército y la población en saludo a la victoria en la batalla de Pochonbo.

Cada artículo que los pobladores de Changbai nos enviaron, estaba impregnado de su abnegación y eso nos hacía llorar.

En los hogares que se dedicaban al cultivo de tierras artigadas, cuatro brazos podían producir anualmente, a lo sumo, 20 ó 30 *tan* (un *tan* equivale a 20 *mhales*) de patatas. Para conseguir un *mhal* de fécula había que moler unos diez de patatas. Entonces, un *mhal* de fécula se vendía por unos 6 *jiaos*, que ni siquiera alcanzaban para comprar un par de zapatos de trabajo. Así, pues, hacían de ellas alcohol o turrón para venderlos. Aun con dinero no se podía conseguir libremente artículos, razón por la que, para enviarnos algo, debían hacer ingentes esfuerzos y exprimirse el cerebro.

A pesar de esas condiciones adversas, hicieron llegar toda clase de mercancías al monte.

Entre los coreanos residentes en el distrito Changbai casi nadie se excluía de la ayuda al ejército. Incluso aquellos ancianos que apenas andaban apoyados en bastones, fueron a las montañas para acopiar cortezas de tilo y tejieron alpargatas para nosotros sin dormir. Las mujeres descascaraban granos con el molino, sin encender hogueras aun en las noches de frío invierno y haciendo guardia por turno, para evitar que los agentes lo advirtieran.

El transporte de la ayuda lo organizaban, en muchos casos, los alcaldes de aldeas. Resultaba ventajoso, entre otras cosas, porque en el distrito Changbai casi todos eran jefes de la filial o la zonal de la Asociación para la Restauración de la Patria. Los responsables de la intendencia de nuestro Ejército revolucionario les enviaban ex profeso cartas amenazadoras con peticiones de artículos, de manera

que ellos tuvieran, ante los enemigos, justificación para esos envíos. Los alcaldes programaban en secreto la asistencia, fingiendo que se rendían ante la imposición.

Cuando las caravanas partían de las aldeas, todos sus pobladores se ofrecían voluntariamente a acompañarlas.

Nuestros guerrilleros frecuentaban como suyos los hogares del distrito Changbai.

La casa de la anciana Ryom Po Bae fue en la que estuvimos con más frecuencia para pedir ayuda.

Kang Jin Gon fue el primero en explotar la tierra de Deshuigou, según dijo Ryom In Hwan. Por no poder vivir más en su aldea nativa, cruzó el río Amnok, junto con sus familiares y otros parientes y se estableció en el valle de Shiliudaogou.

Ryom Po Bae era esposa de su primo.

Ryom In Hwan afirmó que el matrimonio tenía un fuerte espíritu antijaponés y un carácter firme por la influencia de Kang Jin Gon.

Esto motivó que al llegar a Dadeshui fuera a verlos. Aun hoy recuerdo con frescura la imagen de Ryom Po Bae, apenada por tener que servirme una mezcla de avena y cebada con patatas. Siempre las tenía en remojo en una voluminosa batea para poder cocerlas de inmediato cuando llegáramos por la noche. La avena y cebada cocidas por ella eran blandas y delicadas, y despertaban el apetito.

Por temor a que los lacayos sospecharan al ver que la chimenea funcionaba en plena noche, su esposo Kang In Hong la bajó y la cubrió con gavillas de pajas de trigo para que el humo se dispersara por debajo. Realmente poseían un buen corazón.

Los moradores de Deshuigou se veían, sin excepción, atenazados por la pobreza, mas consideraban como un gran orgullo servir al Ejército revolucionario.

No por casualidad los adversarios convirtieron en una mañana a la aldea Dadeshui en un mar de fuego. Fue una hecatombe que hacía recordar el “mar de sangre” de Jiandao Norte. Si se levantaban otras cabañas sobre los terrenos limpios de cenizas, ellos volvían a quemarlas.

La familia de Ryom Po Bae no tuvo otro remedio que mudarse a Zhangmozi, en Xinchangdong.

Nos informamos de ello y fuimos a verla. También allí se oía ruido del molino, un buen síntoma, porque donde quiera que eso ocurría, existían la lucha y gente que consideraba como supremo orgullo colaborar con la guerrilla, así como el espíritu de Corea que no lo quemaba ni el fuego más violento, ni se quebraba por la tempestad. Era como el solemne redoble del tambor que el pueblo tocaba anunciando su continua resistencia contra el imperialismo nipón mediante el movimiento de ayuda a la guerrilla.

En compañía del ordenanza, fui primero al molino y allí me encontré con Ryom Po Bae.

En cuanto me vio, cayó de rodillas y prorrumpió en sollozos. El abandono de Dadeshui le causaba una tristeza inmensa.

—Deje de llorar, tía —le consolé—. ¿Cuánta pena tendrá? Pero debe tolerarla y vencerla...

El molino lo había instalado la familia, y cerca estaba plantada su pequeña cabaña.

Ese día, ella consiguió una gallina en la aldea vecina y nos sirvió su carne y sopa con *kuksu* de fécula de patatas. Aun así, nos pidió perdón por una pobre comida.

Sinceramente, hasta la fecha no he podido olvidar el *kuksu* que saboreé con frecuencia en los caseríos del distrito Changbai, por lo que en los banquetes en homenaje a distinguidos huéspedes hago servir como un manjar especial *kuksu* de fécula o de harina de patatas congeladas y desecadas.

Por la noche, Ryom Po Bae se inquietaba mucho por temor a que los ruidos del molino me impidieran dormir. Empero, fue en vano, pues para mí sucedió lo contrario: si los oía podía dormir más suelto y reflexionar mejor.

Su familia lo tenía instalado en Zhangmozi, no para su propia comodidad en la vida, sino para prestarnos ayuda.

Tampoco en esa aldea, un punto recóndito del monte, la gente podía vivir en paz. El enemigo extendió hasta allí sus tentáculos. Los

policías de Erdaojiang irrumpieron y destruyeron el molino. Todos los pobladores fueron llevados a la estación de policía. La familia de Ryom Po Bae fue sometida a torturas terribles y al cabo de tres días regresaron a casa, medio muertos, en trineo. El anciano Kang cayó en estado crítico por haber sido golpeado más que nadie.

Les envié una cantidad de bilis de oso que resultaba efectiva para curar hematomas. Pronto se restablecieron. Incluso el anciano Kang, herido más grave, abandonó la cama y volvió a ayudar a la guerrilla.

Tenía el don de carpintero; fue al monte y taló un bonetero con que reparó la guiadera del molino destruida. Sus hijos le aconsejaron que lo hiciera después que estuviera más restablecido, pero esas palabras no le gustaban.

—¿Qué me decís? —reprochó el anciano—. ¿Creéis que debo dormir la siesta con el cuerpo sano, cuando hasta los viejos y viejas ochentones se han dado a tejer alpargatas, confeccionar *poson*, y a otras cosas por el estilo, para ayudar a los que sufren en el monte?

El molino de Zhangmozi volvió a descascarar granos destinados a nosotros.

A petición del anciano Kang In Hong, admitimos a su hijo Kang Jong Gun en el Ejército revolucionario y siempre lo atendimos de cerca. Tiempo después, cayó en un combate, para desgracia nuestra.

La de Kim Se Un, que habitaba en Pinggangde, en Shiqidaogou, era también una familia excelente que ayudó con sinceridad al Ejército revolucionario.

Revolucionario honesto, Kim Se Un orientó a sus dos hermanos, cuatro hijos e hijas, y a otros parientes, a participar en la lucha antijaponesa.

Kim Se Ok, novio de Ma Kuk Hwa, era su hermano menor y el combatiente revolucionario antijaponés Kim Ik Hyon, su hijo menor. Su primogénito combatió con valor en el Ejército Revolucionario Popular de Corea. Poco después de ingresado en éste, tomó parte en la batalla de Jiansanfeng y después actuó como trabajador político clandestino en el interior del país hasta ser detenido por el enemigo. Fue condenado a 15 años y, junto con Kwon Yong Byok y Ri Je Sun,

estuvo en la prisión Sodaemun y fue asesinado, según se dice, en la primavera de 1945.

Su hogar, situado en un escondido lugar montañoso, no lejano del campamento secreto, lo frecuentaban pequeñas unidades de la guerrilla y trabajadores políticos clandestinos. Y solían pasar la noche también aquellos revolucionarios que venían del interior de Corea al campamento secreto. Les servía de “posada” donde no les pedían pagar. Cultivó la tierra de un terrateniente chino y todos los cereales que recogía los destinaba al consumo de los revolucionarios.

Kwon Yong Byok se alojó allí para dirigir las actividades partidistas del distrito Changbai.

Mis compañeros lo bautizaron con el mote “Taspho”, que provenía de la palabra china “dashifu” que significa cocinero. Atendía a tantos huéspedes que recibió ese apodo. Tenía una olla cinco veces más grande que la ordinaria. Preparaban comida en ella, y con una enorme paleta, la servía a los miembros del Ejército revolucionario. Cuando llegaban muchos, él mismo en la cocina y con las mangas al codo, ayudaba en los quehaceres de las mujeres. Aunque caminaba con dificultad por una grave lesión en los talones causada por los sabañones, varias veces al día frecuentaba el molino llevando a cuestras sacos de arroz.

—Si no hubiera perdido los talones, podría ingresar en la guerrilla, aunque algo viejo, y encargarme de la intendencia, pero... —bromeaba a menudo con los huéspedes.

Si se tiene en cuenta que era un arrendatario, ¿qué granos pudieron sobrarle en su casa después de haberles ofrecido diariamente una olla de arroz a los trabajadores políticos clandestinos? Probablemente él mismo se quedó varias veces sin comer.

La abnegación de los pobladores del distrito Changbai en la ayuda a la revolución no tenía parangón, en el verdadero sentido de la palabra. Donaban con gusto todo lo que poseían para atender al Ejército revolucionario, y si se lo exigía la situación, entregaban hasta su vida.

Esto sucedió en mayo de 1937: sorprendió a los viajeros ver en medio del camino que conducía a Erdaojiang los cadáveres de una mujer y un bebé.

Se trataba de una mujer sencilla de campo. Mientras atendía a un guerrillero herido, oculto en su hogar, fue detenida por un oficial de gendarmería del ejército japonés que llevaba a ambos a su cuartel. Pero, ella, intrépida, acribilló su rostro con un puñal que tenía escondido en su seno, y luego le quitó la pistola de la cintura. Gracias a eso, el herido logró escapar. La mujer, con el arma en una mano, vigiló al caído más de media hora, hasta que el guerrillero desapareció a lo lejos. El oficial, cuando volvió en sí, se abalanzó sobre ella, le arrebató la pistola y con su sable la mató sin piedad, junto con su criatura.

Tiempo después la tragedia se difundió.

Una noche, desapareció por arte de magia el cadáver de la mujer. Los gendarmes iban de aquí para allá lanzando alaridos, como si ocurriera un gran accidente. Esto era natural porque sólo Dios sabía cómo había desaparecido sin dejar rastros ese cadáver vigilado por agentes durante las 24 horas del día. No cabía duda que una organización revolucionaria de Erdaojiang o de sus contornos se lo había llevado con agilidad, aprovechando la primera oportunidad que se le ofreció.

En el distrito Changbai existe una aldea que se llama Zhujiadong, donde actuaban muchos revolucionarios renombrados. Allí combatió el “Viejo del Puñal”, Kim Ryong Sok. Al igual que aquella mujer, él cortó con un puñal la cuerda que lo ataba y derribó a su escolta, un oficial del ejército japonés. Cuando se ocupaba como responsable de la intendencia en la guerrilla, sus compañeros le dieron el sobrenombre de “Viejo del Puñal”, que, más tarde, se convirtió en sinónimo de Kim Ryong Sok. Lo llamaban así también los niños del edificio de apartamentos de Pyongyang, donde vivió la última etapa de su vida.

Por desgracia, esa “Mujer del Puñal” se fue sin siquiera dar a conocer su nombre. Y parece que aquel herido, que logró escapar

con la ayuda de ella, no regresó vivo a su unidad.

Una vez, confié dos guerrilleros al anciano Ji Pong Phal, trabajador político clandestino de Zhujiadong. Eran Kim Ryong Yon que padecía de una enfermedad crónica y un novato herido, cuyo nombre no puedo recordar. El anciano los atendió con esmero no menos de dos meses hasta que fue víctima del “castigo” enemigo.

Cuando los adversarios irrumpieron en la aldea, estaba solo en casa, luego de esconder en un monte a los dos miembros del Ejército revolucionario. Tuvo en cuenta que si él también abandonaba el hogar, podían hurgar en el monte para detectarlos.

Lo conminaron a presentarlos, pero contestó definitivamente que no lo sabía. Los enemigos lo golpearon con crueldad en el rostro con una tira de cuero. Por sus mejillas se deslizaba la sangre viva. Cuanto más se repetían los latigazos y gritos groseros, tanto más fuertemente apretaba sus labios.

Lo pusieron en medio de un hoyo y, apuntando los fusiles a su pecho, lo amenazaron: “Di dónde están los heridos y te premiaremos, pero en caso contrario, te comerán los gusanos, enterrado vivo”.

Sin embargo, no abrió la boca.

Coléricos, los enemigos lo fusilaron allí mismo. Antes de morir dejó un testamento modesto a sus aldeanos:

—Ayuden bien a nuestro ejército. Sólo entonces, verán pronto la llegada de un mundo nuevo.

Más tarde, este suceso se conoció como “incidente de Zhujiadong”. Fue bastante tiempo después que supe de la muerte del anciano Ji Pong Phal, por boca del compañero Kim Ryong Yon.

¿Cómo un labriego recatado, que vivía cándida y honestamente cultivando la tierra, pudo permanecer tan tranquilo y adornar con brillantez el último momento de su vida, puesto de pie como un gigante en medio del hoyo donde le esperaba la muerte?

Su testamento de que solo la ayuda sincera a nuestro ejército acortaría la llegada de un mundo nuevo, nos muestra palpablemente cuán importante es la convicción para el hombre y cuánta fuerza despliega el que la tiene.

Aunque los pobladores del distrito Changbai cooperaban con nuestro ejército, en desafío al peligro y a riesgo de la vida, no esperaban ninguna recompensa. Después de liberado el país, nadie se presentó diciendo lo que había hecho.

Con la liberación, Ryom Po Bae, en compañía de sus hijos, se mudó a Hyesan, pero no nos lo avisó hasta transcurrir más de 10 años.

Lo conocí en 1958, cuando estuve en la provincia Ryanggang en visita de trabajo. Me encontré con ella en la estación ferroviaria y vi que tenía canas.

—Tía, Jong Gun se fue y su padre también se alejó... Hoy, la veo a usted con canas...

Me sentí ahogado y no pude continuar. Su esposo Kang In Hong falleció vomitando sangre a consecuencia de los golpes que recibió en la estación policíaca por “culpa” de la ayuda al Ejército revolucionario.

La anciana me abrazó y copiosas lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Tía, si en otros tiempos yo frecuentaba su casa como la mía propia, ¿cómo puede proceder así? Ya han pasado diez años desde la liberación, ¿por qué no vino a verme? ¿Le molestó siquiera escribirme una carta?

Le pregunté con pena, acariciándole las manos agrietadas.

—¿Cuánto no quisiera yo ir a Pyongyang a ver al General? —contestó ella—. Pero no soy yo sola quien lo desea. Si todos acuden allí, ¿es posible que usted, siempre atareado, atienda bien los asuntos del Estado?

Aquellos fervorosos pobladores de Changbai, quienes salían a nuestro encuentro hasta más allá de la aldea, sin siquiera saber que se les descalzaban los zapatos, vivían así en silencio dejando de anunciar su existencia ante el mundo, después de regresar a la patria con la liberación.

Poco tiempo después, la traje a Pyongyang y la alojé en una casa en las pintorescas riberas del río Taedong.

Así eran todos los vecinos de Changbai que en los días de la Revolución Antijaponesa nos ayudaron a costa de su sangre.

Kim Se Un, ya mencionado, entró en Corea en el otoño de 1937, recorrió Unhung, Pochon, Musan, Songjin (ciudad Kim Chaek) y otros lugares para constituir las organizaciones clandestinas y continuó asegurando la ayuda a la guerrilla.

Y luego se trasladó a Tumen y se disfrazó de cochero para actuar en la clandestinidad hasta llegar la liberación del país. Para nuestra sorpresa, a pesar de ser tullido, desplegó las actividades clandestinas, viajando por vastas regiones, como lo hiciera un hombre sano. No se jactaba de su trabajo. Fue al cabo de largo tiempo que nos enteramos de sus actividades en el interior de Corea, que llamaban la atención de los historiadores.

¿Era solo Kim Se Un quien procedía así?

La mayoría de los pobladores de Jiandao Oeste fueron miembros de la Asociación para la Restauración de la Patria y todos merecían ser héroes o beneméritos anónimos en lenguaje actual.

Pese a que los adversarios trataban de romper los lazos entre el Ejército Revolucionario Popular y el resto de la población y contener la corriente del movimiento de ayuda a aquel mediante el establecimiento de aldeas de concentración; y apoyándose en torreones, muros y alambres de púa, nunca pudieron sujetar el alma de la gente de Jiandao Oeste, que se dirigía hacia el monte Paektu. Como los jefes de cuerpo de autodefensa, alcaldes y guardianes de las puertas de las murallas eran, en su mayoría, hombres que nos pertenecían, el alboroto enemigo con aldeas de concentración paró en ridículo.

En comparación con la base de Manchuria del Este, la del monte Paektu estaba considerablemente más distanciada de los poblados. No obstante, los vínculos entre el ejército y el resto del pueblo eran más estrechos. También era más ardiente el afecto entre ellos. No fueron vanas la confianza y esperanza que depositamos en el pueblo cuando escogimos el monte Paektu como nuevo centro político y estratégico de la revolución coreana. Los habitantes de la base del

Paektu, de puro patriotismo e infinita fidelidad al Ejército revolucionario, dejaron pasmados a los enemigos con su inimaginable gesta de ayuda a los guerrilleros.

Los heroicos moradores del distrito Changbai crearon dicha tradición revolucionaria de ayuda y fueron su brillante ejemplo. Más tarde, ese apoyo se convirtió en un movimiento nacional que incorporaba a todos los sectores sociales, aldeas, hogares, hombres y mujeres, viejos y niños. Gracias a disfrutar de ese respaldo, podíamos vencer en cualquier combate encontrado.

El movimiento de ayuda al ejército que avanzaba como una oleada por el vasto territorio de Jiandao Oeste, me hizo experimentar en lo vivo la gran fuerza que desplegaba un pueblo organizado. Aun en una meseta o un valle donde existían nada más que tres hogares campesinos funcionaba la organización. Si les enviábamos, aunque fuera de noche, una esquila por conducto del enlace, sus moradores dejaban la cama de un salto y preparaban comidas, diciendo: “El Ejército revolucionario está a cuatro kilómetros de distancia y nos avisó que comería en nuestra aldea; apresurémonos y sirvámosle una comida caliente”.

Con una nota y por intermedio de la organización, podíamos convocar de una vez para el monte Paektu, a todos los pobladores del territorio o hacerles subir a su cúspide para gritar a voz en cuello “¡Viva la independencia de Corea!”. Esto era factible porque desde el otoño de 1936 estaban organizados y se movían según nuestro orden.

En nuestro país hay un refrán que dice: Las perlas hay que ensartarlas para que luzcan. Cada vecino de Jiandao Oeste resultaba un ser precioso comparable con la perla. Los forjó así la Asociación para la Restauración de la Patria que convirtió esa región en nuestro mundo.

¿Qué habría sucedido si no hubiéramos logrado aglutinarlos en la organización? Cada perla de esas habría sido robada por el enemigo o perdido su brillo bajo el suelo. ¿Qué podría hacer uno solo, aunque ardiera en amor a la patria y la nación!

En este sentido, siempre digo que la organización es el mayor recurso para los hombres que hacen la revolución. Es justo señalar que esa organización tiene un significado inmortal para todos los revolucionarios y pueblos que aspiran a la independencia. Los cambios de época no implican la merma del papel de la organización, ni el avance victorioso de la revolución significa que sea permisible el debilitamiento del proceso de organización de las masas populares. Este se necesita no sólo para la lucha por la conquista del poder, sino también para construir después el Estado y, más adelante, una vez levantada la sociedad comunista, continuar la revolución sobre la base de sus éxitos. Tal como la revolución no tiene final, tampoco termina la tarea de organizar a las masas. Justamente esta es la evolución del desarrollo social y una ley a la que deben prestar importancia todos los que luchan para construir una sociedad desarrollada.

Incluso después de edificada la sociedad comunista, seguiremos sin descanso organizando a las masas. Y con esa fuerza levantaremos una sociedad independiente, eternamente próspera, y defenderemos con firmeza de acero a nuestra patria y nuestro régimen.

Tanto en aquel tiempo en que, a comienzos de la década del 40, el imperialismo japonés echaba agua fría sobre nuestra lucha hablando de una “batalla solitaria” de los comunistas coreanos, mientras engañaba al mundo con la llamada “política de amistad con la Unión Soviética”, como cuando la Alemania de Hitler avanzaba con fuerza irresistible hacia Moscú, vociferando sobre un “trágico fin” de los comunistas, redoblé el ánimo y guardé la convicción recordando los molinos de Wangqing y Changbai.

También en los días de enconada guerra contra el imperialismo norteamericano que se jactaba de la “supremacía” en el mundo y los ejércitos de sus países satélites, me convencí de la victoria imaginándome esos molinos. Probablemente haya personas que lo consideren extraño, pero esa es la verdad.

Sin duda, vi en los molinos de esas aldeas el absoluto amor e invariable y firme voluntad del pueblo de prestarnos apoyo, y su constancia inmutable ante la muerte.

Cuando el repliegue temporal durante la pasada guerra coreana, una vez recorrí las riberas del Tongno (río Jangja de hoy), en compañía del señor Ri Kuk Ro, a quien conté sobre esos molinos; recalqué que en el monte Paektu no sufrimos de hambre porque los pobladores de Changbai nos enviaron cereales descascarados en esas instalaciones; aunque el enemigo quemó las aldeas y destruyó esos molinos, seguía escuchándose su ruido; si nos apoyábamos en el pueblo y movilizábamos su fuerza, podíamos vencer a cualquier enemigo poderoso. Y añadí: al recordar que los compatriotas radicados en Changbai explotaron con eficiencia hasta arroyuelos instalando allí molinos, nos da mucha pena dejar correr tal como está este río caudaloso; al terminar la guerra, lo represaremos y construiremos aquí una gran central hidroeléctrica.

La tradición de ayuda al ejército, tradición de unidad entre el ejército y el resto del pueblo, establecida en el período de la Lucha Armada Antijaponesa, se amplió e hizo más inquebrantable durante la Guerra de Liberación de la Patria.

Nuestra joven República pudo vencer a una “superpotencia” del orbe porque todo el pueblo se puso en acción y luchó unido a su ejército, en tanto los adversarios se aferraban sólo a las fuerzas militares.

En la actualidad, esa potente tradición se lleva adelante y se desarrolla con mayor relieve bajo la dirección de nuestro Partido.

En todas partes del país se despliega con vigor un movimiento por la creación de “nuestra aldea y nuestro puesto” y “nuestro puesto y nuestra aldea”, que es precisamente la ayuda del pueblo a su ejército, y viceversa. De modo especial, después de elegido el compañero Kim Jong Il como Comandante Supremo del Ejército Popular de Corea, ese movimiento abarca con rapidez a todas las fábricas, empresas, granjas, poblados y escuelas del país.

Este lazo entre el ejército y el resto del pueblo deviene orgullo extraordinario de Corea, nunca visto en la historia de la construcción del ejército de ningún país del mundo. Por contar con la gran fuerza unida del pueblo y su ejército nos mantenemos

inmutables ante la amenaza y el chantaje de cualquier enemigo.

La unidad monolítica del pueblo, la unidad entre éste y su ejército, la considero como el éxito más relevante de la revolución coreana.

Los ruidos de los molinos que escuché en los días de la gran Guerra Antijaponesa, aún siguen resonando en mis oídos. Al mismo tiempo, ante mis ojos surgen con frescura las imágenes de incontables pobladores de Changbai. ¿Cuántos de ellos habrán desaparecido como un rocío en el patíbulo o sucumbido en la prisión? Y ¿cuántos habrán caído por el frío en el monte Paektu, cubierto de nieve, mientras nos ayudaban?

Al pensar en su abnegación, inclino la cabeza y me lleno de sentimientos de gratitud.

### 3. Ri Je Sun

Ya en la zona del monte Paektu, a la par que impulsamos a ritmo acelerado la construcción del campamento, desplegamos con total entrega la preparación para establecer organizaciones de la Asociación para la Restauración de la Patria entre los poblados donde vivían coreanos.

La región de Changbai y la de Kapsan, esta última de Corea, pegadas al monte Paektu, fueron escogidas como las primeras para tender la red organizativa de la ARP. Esta difícil y minuciosa tarea exigía encontrar personas dignas de confianza que nos ayudaran incluso a costa de su vida.

Inmediatamente después de que avanzáramos a Jiandao Oeste, al enviar una pequeña unidad a una misión subrayé repetidas veces al jefe de compañía Ri Tong Hak: “El principal deber de ustedes consiste en encontrar personas confiables. Aunque tengan que peinar toda la tierra de Changbai, deben hallar un digno organizador. Batir a los enemigos es tarea secundaria. Se ocuparán, fundamentalmente, de buscar esa persona y combatirán sólo cuando estén seguros de vencer; tienen que evitar los encuentros desfavorables”.

Cumplió irreprochablemente. Regresó junto con Ri Je Sun. Ri Tong Hak era una persona rara que, aunque parecía tener un modo de ser precipitado, en el fondo resultaba meticulosa. Soltaba las palabras a tal velocidad que quienes le oían por primera vez quedaban aturdimos. Con su rápido hablar apresuraba a sus soldados. Por eso, sus compañeros le habían puesto el apodo de *Potaji* que provenía de la palabra *poktakjil* (Atosigamiento. —N. del Tr.).

Al frente de su compañía daba una vuelta a la tierra de Changbai y en la meseta de Ershidaogou vio a un joven alcalde dirigiendo la gimnasia matutina de un grupo de jóvenes y niños. El alcalde se llamaba Ri Je Sun y el lugar donde lo encontraron, Xinxingcun. Al

mismo tiempo que alcalde, impartía clases en la escuela nocturna. Todos los vecinos de la aldea, tanto los viejos y jóvenes como las mujeres, lo trataban con un particular sentimiento de afecto y respeto, llamándole nuestro maestro.

Con el fin de saber qué tipo de persona era, Ri Tong Hak le pidió provisiones para 2 ó 3 días para su tropa. En poco tiempo reunió tantos granos que la compañía sola no podía llevárselos todos a cuestras y él propuso ayudar a transportarlos hasta el campamento secreto. El hombre le encantó a *Potaji*, desde el primer momento, por su habilidad y grandeza de espíritu. A riesgo de ser criticado posteriormente por haber actuado con ligereza, quiso presentarlo directamente a la Comandancia, por lo que aceptó de inmediato su colaboración para trasladar la carga.

Si los enemigos se enteraban que el alcalde había movilizado a los vecinos para llevar voluntariamente los sacos de cereales, podría ser molestado, razón por la cual nuestros compañeros le amarraron las manos para dar la impresión de que llevaban preso a un peligroso delincuente.

A los tres días de caminata, cuando la caravana se acercó a unos 8 ó 12 kilómetros del campamento secreto, Ri Tong Hak pidió que los aldeanos regresaran a sus casas. Ri Je Sun le rogó que lo dejara seguir.

Para ponerlo una vez más a prueba el jefe de compañía fingió encontrarse en una situación embarazosa.

—Es difícil satisfacer su deseo. ¿Cómo podemos tener tanta confianza en usted como para conducirlo a la base secreta?

El alcalde le cogió por un brazo e hizo una sugerencia ingeniosa:

—¿Qué le parece si me pone a prueba? Por ejemplo, déme una tarea en que peligre mi vida. ¿Estamos?

Ri Tong Hak estuvo de acuerdo y le pidió que volviera en tres días con cinco pares de *poson* que llegaran hasta las rodillas y cinco pares de polainas.

—Si usted trae estas cosas dentro del plazo fijado, lo llevaremos

al campamento secreto, pero si tarda o regresa con las manos vacías, no podrá pasar.

Ri Je Sun salió hacia Xinxingcun con la plena seguridad de resolver sin dificultad esa tarea. Puso en acción a su esposa y suegra, las cuales, en una noche, confeccionaron cinco pares de *poson* y otros tantos pares de polainas. Tuvieron que deshacer el único cobertor acolchado que la esposa había traído al casarse. Y reapareció en el punto fijado.

Apenas entonces, el jefe de compañía lo abrazó y se presentó. Le confesó amablemente que su apodo era *Potaji* y le dijo dónde había nacido. Después apuntó: “A fin de cuentas, he sido yo quien ha deshecho su cobertor.” El alcalde podía considerarse aprobado.

Cuando volví al campamento luego de darle una vuelta a la zona del monte Paektu, Ri Tong Hak me informó que en una aldea llamada Xinxingcun había encontrado a un buen joven y lo había traído a la base para presentármelo. Lo elogió mucho. Me contó que, durante los días que llevaba en el campamento, leyó tan ávidamente nuestras publicaciones internas, que no descansó ni un momento. Obstinado, persistente, aprendió de los guerrilleros el arme y desarme y la determinación de los puntos cardinales.

—Parece una persona inteligente; es de temperamento fuerte y entusiasta, y tiene gran ánimo para incorporarse a la revolución. Además, es tan sociable que en estos pocos días se ha hecho amigo de todos nuestros compañeros. Tiene popularidad.

Si Ri Tong Hak no exageraba, podía considerarse buena la evaluación general del alcalde de Xinxingcun.

Ri Je Sun tenía una cara bonita como la de una mujer. Impresionaban sus ojos que siempre lucían sonrientes. Su apariencia hacía pensar en una persona apacible y de carácter débil, pero en realidad tenía una voluntad de acero, fe inmovible como una roca y discurría con serenidad. En una palabra, un hombre firme y razonable.

Nacido en una familia de campesinos pobres, conoció muchas penalidades desde pequeño. Por falta de recursos no pudo ir a la escuela; junto con su madre escardó a jornal, y a los 10 años trabajó

de criado en casa de un terrateniente de la aldea vecina. Una noche del año en que cumplía 11, cuando confeccionaba alpargatas de paja en el cuarto de criados, lo visitó imprevistamente su madre, a quien echaba mucho de menos. El niño no levantó la vista ni cuando entró y se sentó sobre la estera. Ella le preguntó qué le pasaba, pero él no dijo nada y siguió trabajando. La pobre mujer tuvo que salir sin haber oído ni una palabra de su querido hijo. Apenas entonces Ri Je Sun dejó de trabajar, salió siguiendo a su madre y le dijo con voz llorosa:

—Mamá, no vengas más aquí porque los de esta mansión nos desprecian, creen que vienes a llevarte algo.

La mujer abrazó al hijo y sentada a la vera del camino lloró dolorosamente. Y le prometió que nunca más aparecería en aquella casa por mucho que quisiera verlo.

Ri Je Sun era un abnegado estudioso, autodidacto llegó a tener una preparación de nivel secundario. Después de dejar su vida de servidumbre a los 14 años de edad, cursó algunos años en la escuela nocturna de la aldea y su hermano mayor le había enseñado a leer y a escribir en nuestra lengua materna. Luego de casarse aprendió el chino por sí solo con ayuda de *okphyon* (Diccionario coreano de caracteres chinos con sus significados y usos. —N. del Tr.). Consideraba su mayor desdicha no haber podido estudiar sistemáticamente en una escuela. Por eso, al mudarse a Xinxingcun lo primero que hizo fue abrir un plantel nocturno y emprendió con entusiasmo la ilustración de los hijos de los labradores de artigas.

En su aldea natal había participado en actividades organizativas durante varios años, primero en la Sociedad de los niños y después en la Unión de la juventud. Desde que su hermano mayor fue detenido y encarcelado, la policía japonesa lo puso también bajo vigilancia. Ante la interminable persecución y represión sintió que peligraba su seguridad, razón por la cual, a principios de 1932, se mudó en dirección a Kapsan donde vivían los padres de su esposa. Pak Tal y otros precursores desarrollaban intensamente en esa región el movimiento patriótico de ilustración. Uniéndose a ellos Ri Je Sun

creó una sociedad secreta de lectura en la región de Ophungdong y se entregó a estudiar nuevas corrientes ideológicas.

Los miembros de la sociedad tenían la firme disposición de consagrar su vida a la justa lucha por salvar el país y la nación de la desgracia. Empero, estaban angustiados porque no encontraban la orientación ni estrategia adecuada. En busca de un correcto camino y de un famoso dirigente establecieron muchos contactos en distintos lugares. Se entrevistaron con precursores procedentes de sociedades de campesinos o de sindicatos de obreros y con adeptos a diversas doctrinas, que andaban por las montañas, pero unos y otros no tenían un claro lineamiento ni táctica de lucha.

La atención de Ri Je Sun se dirigió al Ejército Revolucionario Popular de Corea. A eso de 1934 llegó al interior del país la noticia de que avanzaría hacia la zona de Changbai. Ri Je Sun desistió de su plan de trasladarse en dirección a Hunchun y se fue a la aldea Qiangede, en Ershidaogou, en el distrito Changbai. Con posterioridad, los emigrantes que habían fundado esa aldea le pusieron Xinxingcun.

No era larga la distancia, en línea recta, entre esta aldea y Pochonbo. Desde ella se podían divisar la cumbre Pegae, el monte Sobaek, la loma Konjang y hasta el monte Paektu. El solo hecho de que vivía en un lugar desde donde se veía el monte Paektu le proporcionaba un místico sentimiento de tranquilidad a Ri Je Sun quien al verse en tierra extraña no podía contener la nostalgia por su pueblo natal.

La opresión de los mandarines y la miseria persiguieron como una sombra a los emigrantes. Los pagos por arrendamiento, faenas obligatorias y múltiples impuestos obligaban a los pobres cultivadores a trabajar las artigas, sin poder enderezarse siquiera para mirar al cielo. En días de fiesta, los terratenientes les imponían entregarles dádivas, además de que les exigían asegurarles toda la leña. Para colmo, hasta los policías de las comunas Karim y Chonsu, situadas en Corea, al otro lado del río, ordenaban a los emigrantes que les enviaran toda la leña. Cada vez que iban a inspeccionar hogares los polizontes se comían crudos los huevos que sacaban de

los gallineros. Los labriegos se alimentaban sólo con cebada o gacha de harina de granos con cáscaras.

Entre más de 60 familias campesinas de Xinxingcun no había ni una que poseyera animales de labor. Se puede imaginar cuán duras serían las faenas para ellas. Del arado tenían que tirar los hombres. En una temporada de primavera, contaban, ocurrió lo siguiente: Un joven matrimonio pasaba el arado entre los surcos, y como no tenían animales de tiro, el marido tiraba primero del apero y la mujer lo manipulaba. Pasado algún tiempo cambiaban los papeles. La mujer halaba que halaba con toda fuerza, y el arado no se movía. Entonces, el marido, muy angustiado, le gritó inconscientemente “¡arre!” como solía hacerlo en su pueblo natal cuando araba con un buey. La mujer, al creer que la consideraba un animal de tiro, se desplomó al borde de la parcela y lloró sin poder aguantar la indignación.

El hombre se le acercó, y acuclillándose a su lado, se disculpó por haber dicho sin pensar una barbaridad. Y se quejó de su suerte de topo e imploró que terminara cuanto antes su mísera existencia de campesino.

Esta penosa situación de los campesinos de Xinxingcun devino fundamento para poder despertarles fácilmente la conciencia nacional y clasista.

La mayor parte de ellos la constituían familias empobrecidas procedentes de las provincias Hamgyong del Norte y del Sur y exiliados que, militando en la Sociedad de campesinos, la Unión de la juventud y otras organizaciones de masas, se relacionaban con el movimiento antijaponés hasta que salieron del país en busca de nuevos escenarios de actividades. Uno de éstos fue Kim Pyong Chol quien trabajaría en la zonal de la Asociación para la Restauración de la Patria y en la especial del partido en el mismo lugar.

Cuando actuaba en el país insistía a pie firme a sus compañeros que para alcanzar éxitos en su lucha era preciso que las organizaciones de la Sociedad de campesinos abrieran una vía que permitiera ser dirigidos por el ERPC ya que sin esa guía la lucha en el país no podría triunfar. Su opinión fue apoyada por muchos. Pero

hubo también quienes la consideraron poco factible por las dificultades para contactar con el ERPC.

Con la firme decisión de, aunque solo, unirse a las guerrillas se mudó a Xinxingcun, donde residían unos amigos.

Entre las personalidades del interior del país, él fue uno de los combatientes precursores que primero comprendieron la inseparabilidad de la lucha armada en el exterior del país y la lucha política en el interior y la necesidad de unificarlas, y no sólo la hicieron realidad con una actitud decidida, superando el vallado de las infértiles discusiones, sino que después de haber establecido contactos con el Ejército revolucionario se esforzaron e incluso entregaron su vida para materializar nuestros lineamientos.

A principios de los años 30, Ri Ju Gwan, Ri Ju Ik y otros patriotas coreanos fundaron en la región de Changbai la Sociedad roja de campesinos coreanos residentes en Manchuria y apoyándose en ella libraron luchas de masas. Las labores de esta organización que comenzaron con las campañas de ilustración encaminadas a abolir la superstición, los juegos de azar, el matrimonio prematuro o comercializado y liquidar el analfabetismo, y pasaron de modo gradual a las luchas económicas como los levantamientos de los arrendatarios y la resistencia a los trabajos forzados, culminaron en batallas políticas antijaponesas contra la construcción de carreteras y otros objetivos militares.

Hasta que establecimos una organización de la ARP en aquellas tierras, esa sociedad dirigió el movimiento de masas en Xinxingcun y sus alrededores.

En pocas palabras, puede decirse que Ri Je Sun era tan inmaculado como una hoja de papel en blanco. Tenía antecedentes relativamente simples, segura prueba de que no estaba contagiado con los erróneos pensamientos y métodos de los pseudoactivistas sociales y sectaristas. Valoramos esa sencillez porque es una ley que ideas o tendencias sembradas en una mente limpia, libre de inmundicias, no se enturbian.

Muchas cosas interesantes en la filosofía de la vida, Ri Je Sun

decía, las había aprendido durante su participación en el movimiento patriótico antijaponés. En su opinión, de todas las tareas que cumple una persona la más difícil es desempeñar el papel de precursor, de dirigente. En síntesis, que no es nada fácil ejecutar dos o tres trabajos cuando otros hacen uno, o avanzar dos o tres pasos mientras otros dan uno.

Estas palabras encerraban una profunda verdad que reflejaba los tormentos del revolucionario que al frente de otros allana el difícil camino de la transformación de la sociedad.

—Le resultará abrumador cumplir a la vez como labrador, alcalde y revolucionario.

Ri Je Sun me respondió con una expresión sonriente:

—Verdad que es indeciblemente duro. Pero, estas dificultades me hacen feliz. En este cruel mundo no tendría sentido vivir si dejo de sufrir siquiera en aras de la revolución.

Confesó que actuar entre las masas era para él la tarea más interesante, y su mayor dicha cuando encontraba un compañero. A mi pregunta de quiénes resultaban más difíciles de conquistar entre las masas, dijo que a las personas viejas. Y afirmó que si pudiera contar con un club grande y una amplia cancha, no tendría problemas para ilustrar toda una aldea e incluso sembrar conciencia revolucionaria entre los habitantes de un cantón completo.

Expresé mi total acuerdo con su punto de vista de las masas y sus opiniones en cuanto al trabajo con ellas.

Una cosa interesante que descubrí en las experiencias de Ri Je Sun en la ilustración de las masas fue la “escuela nocturna hogareña”, que, como su nombre lo indica, funcionaba por cada casa. También en su vivienda había una. Cada noche, en las clases participaba toda la familia, sin distinción de sexos. Instruyó con entusiasmo a su esposa y hermanas, gracias a lo cual en su familia todos sabían leer y escribir.

Mientras me interesaba por su labor con las masas, le pregunté qué inclinaciones tenían los jefes de 10 hogares que habían cargado provisiones hasta nuestro campamento secreto. Aseguró que eran

positivas, pero, que el hijo adoptivo del terrateniente Chon que había traído el jefe de compañía Ri Tong Hak, presentaba problema. Equivocadamente creía que el Ejército revolucionario era de “bandoleros”, y desde el momento de su llegada, estaba preocupado por su vida.

—Supongamos que el jefe de compañía Ri Tong Hak lo ha traído para pedirle recolectas. ¿Cuál es su opinión, compañero Je Sun? ¿Cómo debemos tratarlo? —pregunté de manera tentativa.

—Creo que la guerrilla no le hará ningún daño. Nominalmente es hijo adoptivo del terrateniente y, en realidad, no pasa de ser un criado. Este pobre joven no nos causó casi ningún perjuicio —soltó sin titubeos como si hubiera esperado tal pregunta.

Me asombraron con qué generosidad observaba el asunto desde el punto de vista del frente unido y su peculiar modo de razonar.

Su opinión en cuanto al hijo adoptivo del terrateniente Chon coincidía con la nuestra. Ri Tong Hak lo educó en diversos aspectos y logró rectificar su erróneo concepto sobre nosotros. Finalmente, deseó entrar en el Ejército revolucionario. Lo aceptamos. Durante el combate de Ershidaogou nos sirvió de guía. Por desgracia, ese joven, en quien depositó plena confianza Ri Je Sun, cayó después en un combate.

Ri Je Sun, un hombre de carácter peculiar, encantaba a todo el mundo. Podía ser el más indicado para implantar el ambiente revolucionario en Changbai. De asimilar conocimientos y métodos se convertiría en un excelente activista de la organización clandestina. Decidí, pues, encomendarle la formación de la organización de la ARP en la zona.

Pero deseaba mucho ingresar en la guerrilla.

Afirmó que mientras nosotros combatíamos en otros lugares, se había preparado para su alistamiento e insistió en que lo sometiéramos a una prueba.

Tuve que sonreír al oírle decir prueba de alistamiento.

—No hace falta tal cosa. El compañero *Potaji* lo trajo aquí después de haberlo probado, lo que significa que ya tiene certificado

de ingreso. Si de todas maneras quiere alistarse en la guerrilla, lo aceptaremos en cualquier momento. Pero, mi opinión es que si cumple otra misión, sería de mayor ayuda a nuestra revolución.

—¿Cuál es esa otra misión?

Ri Je Sun se mostró un poco confuso.

—En vez de participar en combates como un simple tirador, ¿no sería mejor constituir una organización grande para ayudar al Ejército Revolucionario Popular de Corea a vencer al ejército japonés? ¿Qué opina usted?

—¿Crear yo una organización? —No disimulaba su curiosidad.

—Precisamente. Su tarea puede ser constituir organizaciones de la ARP en Xinxingcun donde reside, y en otros muchos lugares de las riberas del Amnok.

Le expliqué enfáticamente cuán imperioso e importante resultaba agrupar a amplios sectores de masas en el frente unido nacional antijaponés.

El, muy inteligente, aceptó encargarse de labores organizativas clandestinas aunque estimaba que su falta de capacidad tal vez sería un impedimento para cumplir la tan difícil tarea.

—En este sentido no debe preocuparse mucho. Todo se resolverá con aprender. Nadie nace revolucionario. Cualquiera puede serlo si con la decisión de hacer la revolución aprende afanosamente y acumula experiencias en la lucha práctica. Le proporcionaremos los conocimientos necesarios para su trabajo.

Organizamos cursillos para él solo.

Como temas se trataron los lineamientos y carácter de la revolución coreana y su estrategia y tácticas. Le impartí las lecciones correspondientes y Ri Tong Baek se ocupó de explicarle sobre el Programa de 10 Puntos, la Declaración inaugural y los Estatutos de la ARP y la historia de la Internacional Comunista.

Creo que en todo el período de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa, fuera de ese caso, no hubo otro en que para un solo alumno impartieran un cursillo tan diligentemente más de un conferencista competente.

Terminado el cursillo Ri Je Sun, antes de abandonar el campamento secreto, manifestó con sinceridad:

—Vine aquí con un *mhal* de arroz, pero hoy me llevo varios sacos de nutrimento revolucionario. No olvidaré jamás el bien que me han hecho. Ahora puede darme tareas. Si me encarga una zona, crearé organizaciones de la ARP en todas sus aldeas, donde vivan coreanos.

Decidimos designarle la región de Shanggangqu, en el distrito Changbai.

Llegado el momento de partir me pidió una carta credencial. Alegó que valiéndose de tal documento con mi sello podría aglutinar a mucha gente en las organizaciones de la ARP y cumplir sin dificultad otras tareas.

Le entregué la credencial con mi nombre y sello.

Al tener en sus manos el pequeño certificado nos aseguró que en medio año convertiría toda la región de Shanggangqu en un mundo nuestro. Sus exitosos resultados posteriores confirmaron que su promesa no tenía nada de jactancia.

Aquel día de la despedida me hizo otra solicitud.

—General, quiero pedirle otra cosa. ¿Me permite hablar? No tengo otro deseo más que poder ponerme el uniforme de la guerrilla antes de abandonar el campamento secreto.

—¡Cómo no! Le proporcionaré que se pruebe uno.

Recibí su petición gustosamente y pensé en lo inmenso que era su deseo de ingresar en la guerrilla para hacer tal ruego. Aunque estaba dispuesto a entregarse por entero a las labores clandestinas para la restauración, mantenía su anhelo de formar parte de la guerrilla. Se podía considerar como suprema expresión de patriotismo el interés de vestir el uniforme militar y participar en la guerra antijaponesa cuando Japón, luego de ocupar a Manchuria, preparaba con frenesí una nueva guerra mundial con la ambición de tragarse todo el territorio chino y, a la larga, el continente asiático.

Ordené al jefe de compañía Ri Tong Hak traer del almacén un uniforme para que Ri Je Sun se lo probara.

Le quedaba muy bien aunque lo escogieron calculando aproximadamente.

Me le acerqué, le estreché fuertemente una mano y le dije:

—Parece que usted, compañero Je Sun, vino al mundo para llevar uniforme militar. Le queda muy bien. Como ya se probó esa ropa, vamos a considerar que está alistado en el Ejército Revolucionario Popular de Corea. Desde hoy usted es su trabajador político clandestino. Felicito su ingreso, compañero Je Sun.

Quien más calurosamente lo congratuló fue Ri Tong Hak. Cuando más contento estaba Ri Je Sun con su uniforme militar, lo cargó a sus espaldas y dio varias vueltas a mi alrededor.

Así fue como Ri Je Sun que trajo al campamento secreto un saco de cereales se fue de regreso convertido en guerrillero.

Para camuflar su vuelta a casa organizamos una escaramuza. La misión la cumplió la pequeña unidad mandada por Ri Tong Hak.

Resultó muy interesante cómo al retornar Ri Je Sun engañó a los enemigos y les dio un chasco. Procedió tal como le indicamos. Al bajar de la montaña no fue a su casa, sino, directamente, al puesto policíaco de Ershidaogou y comenzó a protestar en tono indignado: “No seré más alcalde. Ustedes sólo saben obligarme a trabajar, y no protegerme. Sabían que me tenían preso, pero no hicieron nada para rescatarme. Tendré que regresar a Corea, pues por miedo no podré vivir aquí. Que otros les sirvan de lacayos. No les esperará más que la muerte”.

Los policías, turbados, trataron de disculparse: “Por favor, no se enfade tanto. No diga que no estábamos preocupados por usted. Sólo que no actuamos porque no sabíamos el paradero. Cálmesese y explique dónde lo llevaron y cómo escapó”.

Ri Je Sun dio explicaciones convincentes. Como los guerrilleros le vendaron los ojos durante la marcha, no podía precisar los lugares donde estuvo. Únicamente conocía el último paradero desde donde se escapó. En la madrugada hicieron un alto y él aprovechó para huir el momento en que el escolta dormitaba.

Le preguntaron cuántos eran los guerrilleros y dónde estaba ese

lugar, pidiéndole finalmente que los guiara hasta allí.

Todo ocurrió tal como teníamos previsto. El “cuerpo de castigo” penetró en el valle indicado por el alcalde y tuvo el destino de un ratón que cae en una tinaja. Los enemigos tuvieron que creer en Ri Je Sun.

Aprovechando con habilidad la confianza de los adversarios Ri Je Sun, junto con Kim Pyong Chol, Ri Ju Gwan y Ri Sam Dok, constituyó en el otoño de aquel año la zonal de la ARP en Xinxingcun, la primera organización de la ARP surgida al pie del monte Paektu en su parte suroeste.

Desde entonces Ri Je Sun pasó el cargo de alcalde a Ri Sam Dok y, junto con Kwon Yong Byok, se dedicó a la tarea de extender la red de la organización teniendo como centro a Shanggangqu. Por razones de conveniencia para nuestras actividades dividimos el distrito Changbai en tres grandes regiones, o sea, Shanggangqu, Zhonggangqu y Xiagangqu, y Shanggangqu, a su vez, fue subdividido en Shangfangmian, Zhongfangmian y Xiafangmian. Después de crear la zonal en Xinxingcun, Ri Je Sun estableció otras en Zhujiadong, Yaoshuidong, Dasidong y Fengkangde.

Y dependientes de ellas constituyó numerosas filiales y creó agrupaciones periféricas como la Unión de la juventud antijaponesa, la Asociación de mujeres y el Cuerpo infantil, entre otras, y aglutinó a amplios sectores de masas.

En menos de seis meses, cubrió toda la región de Shanggangqu con una densa red de organizaciones clandestinas de la ARP. Se enclavaron en casi todas las aldeas que envolvían el campamento secreto del monte Paektu. Penetraron entre los elementos progresistas juveniles y estudiantiles, intelectuales y creyentes del distrito, e incluso, echaron sus raíces en organismos públicos, instituciones policíacas y unidades del ejército Jingan del Estado manchú.

La Asociación para la Restauración de la Patria tuvo bajo su égida agrupaciones de masas que abarcaban amplios sectores sociales. En estas organizaciones periféricas se aglutinaron decenas de miles de

personas. Y las guerrillas productivas formadas en cada zonal de la ARP constituían una enorme fuerza que en caso necesario podían cumplir importantes acciones junto con el Ejército Revolucionario Popular.

La expansión de las organizaciones de la ARP fue tan rápida que a principios de 1937, al formar el comité distrital de Changbai y designar a Ri Je Sun como su jefe, toda el área estaba convertida en tierra nuestra.

Casi todos los poblados fueron “nuestras aldeas” y casi todos sus habitantes se hicieron “nuestros hombres”. Y casi todos los puestos de jefes y alcaldes de sus poblados estaban ocupados por “nuestros hombres”. Ellos aparentaban ser lacayos de los enemigos, pero en realidad trabajaban para nosotros.

El jefe del ayuntamiento cantonal, Ri Ju Ik, fue uno de esos.

Cuando, en vísperas de nuestro avance hacia el monte Paektu, enviamos un grupo de avanzada a la zona de Changbai, él estaba ya captado por Kim Ju Hyon y era un miembro especial de la ARP.

Tenía una botica en Ouledong y se desempeñaba como practicante a la vez que cumplía el cargo de jefe del ayuntamiento cantonal. Aprovechando hábilmente su posición ayudó de modo muy sustancial a nuestro trabajo.

Ri Je Sun dijo que no dejó de tenerlo bajo su observación desde que en el país fue detenido y encarcelado por haber participado en la lucha contra la cooperativa de irrigación. El aceptó con gusto su dirección y cumplió a conciencia lo que le mandaba o pedía.

Por aquella época, los trabajadores políticos clandestinos tenían que portar permiso de paso del río o certificado de residencia para ir al interior del país o para actuar en condiciones seguras estabilizándose en aldeas de la parte china a orillas del río Amnok. Sin el certificado de residencia uno no podía permanecer en el lugar a donde era enviado, y a quien no disponía del permiso de paso del río le era imposible cruzar libremente el Amnok vigilado por los policías de aduanas.

Ambos documentos los expedía la policía con la garantía del jefe

del ayuntamiento cantonal y sólo a los que estaban inscritos en el libro de registro de residentes que debía presentar ese jefe.

Para brindarles a nuestros trabajadores políticos seguridad y condiciones libres para actuar Ri Je Sun y Ri Ju Ik recurrieron a una treta: registrar muchos “residentes fantasmas” en Ershisidaogou, último poblado viniendo hacia el monte Paektu. Para llegar hasta el más recóndito punto de ese lugar se debía recorrer un largo y tortuoso camino, razón por la cual hasta los policías rehuían ir allí.

Ri Ju Ik inscribió a nuestros trabajadores políticos que actuaban en la zona de Changbai y el interior del país con sus seudónimos, y con ese registro se fue a la policía, donde se quejó alborotosamente:

—Estos montañeses pobres son todos ignorantes, no saben nada. Como en los 12 meses del año no van a ninguna parte, no conocen cómo es el mundo e incluso ignoran que para vivir necesitan tener el certificado de residencia. No hay otro remedio que yo les lleve este documento a estos torpes como osos, aunque caiga molido de tanto andar. Verdad que no es nada fácil ser jefe del ayuntamiento cantonal.

Los policías corroboraron sus quejas diciendo que realmente la ignorancia de la población creaba problemas. Y le entregaron a él y a los alcaldes certificados de residencia para los “habitantes fantasmas”. Así, Ri Je Sun siempre tenía en reserva suficientes de esos certificados. Recibiendo de él esos documentos en cualquier momento nuestros trabajadores políticos podían estabilizarse sin dificultad también en otras localidades y cruzar fácilmente la frontera.

A medida que se expandía rápidamente la red de organizaciones de la ARP en la zona de Changbai y avanzaba la esfera de sus actividades, de una vez enviamos allí más de 30 trabajadores políticos con el fin de consolidar las organizaciones recién creadas y, apoyándonos en ellas, llevar el movimiento revolucionario a la profundidad del país.

A Xinxingcun llegaron Pak Rok Kum (Pak Yong Hui), primera jefa de la compañía femenina, y dos activistas infantiles. Ri Je Sun

encargó a Ri Ju Ik registrarlos con nombres falsos.

También Ri Hun, jefe del poblado Diyangxi, en Shijiudaogou, ingresó en la ARP bajo la influencia de Ri Je Sun, quien, de regreso del campamento secreto donde se entrevistó conmigo, se apresuró a visitarlo y explicarle el “Programa de 10 Puntos de la Asociación para la Restauración de la Patria”. Y le dio la tarea de ejercer su influencia sobre los jóvenes de confianza y prepararlos para entrar en nuestras organizaciones, lo que, subrayó, era la voluntad del General Kim.

El primer hombre que Ri Hun, en cumplimiento de su tarea, le presentó a Ri Je Sun fue An Tok Hun, quien se refugió en Desancun, Shijiudaogou, luego de haber participado en el movimiento de sociedades campesinas en Yonghung (Kumya), en la provincia Hamgyong del Sur. En la primavera de 1937 Ri Je Sun creó la zonal de Shijiudaogou de la ARP con An Tok Hun como jefe. En todas las aldeas de su área de influencia se organizaron hasta el verano de aquel mismo año sus zonales. Por lo general, el cargo de jefe de una filial lo ocupaba el alcalde. Las actividades de esas organizaciones eran tan intensas que por allí los niños cantaban abiertamente canciones revolucionarias.

Cuando actuaba en el monte Paektu me encontré varias veces con Ri Hun. En esas ocasiones él habló mucho de Ri Je Sun.

Decía que yo tenía suerte en cuanto a ganar hombres.

—Usted, General, ha acertado en escoger a Ri Je Sun. En esta extensa Changbai no he visto hasta hoy otra persona tan inteligente y abnegada como él. Absteniéndose de su luna de miel se dedica por completo al movimiento revolucionario en lugares ajenos. Lo tengo en estima. Gracias a él yo también me convertí en su soldado, mi General.

Cuando nuestro cuartel se estableció en una montaña detrás de Diyangxi, en Shijiudaogou, en el distrito Changbai, Ri Hun y su esposa nos prestaron valiosa ayuda. Esa montaña ocupaba una posición favorable porque de allí se podía llegar al valle Komuikol a través de un bosque. La esposa de Ri Hun bajaba a la cabecera

distrital y, haciéndose pasar por vendedora de cigarros o cuajada de soya observaba los movimientos de los enemigos. En caso de percibir algo sospechoso encendía una hoguera en el patio de su casa y entonces desde los puestos de centinelas del Ejército Revolucionario Popular llegaban a la Comandancia los partes correspondientes. En circunstancias especiales, como sería el movimiento de una gran unidad enemiga, Ri Hun venía directamente y nos daba un informe detallado.

Jefes de ayuntamientos cantonales y de poblados y alcaldes patrióticos como Ri Hun había en Changbai por doquier.

La conversión de ese territorio en un mundo nuestro y de sus habitantes en nuestros hombres fue un enorme éxito de los comunistas coreanos en el cumplimiento de la estratégica tarea de establecer la base del monte Paektu.

Podría afirmar que si logramos hacer de Changbai y sus vecindades nuestro mundo en menos de medio año desde que nos establecimos en el monte Paektu, fue gracias al esfuerzo de revolucionarios leales, arriesgados y fervorosos como Ri Je Sun.

Fue un verdadero hijo de las masas populares y su genuino y fiel servidor, nacido en medio de las llamaradas de la guerra antijaponesa, uno de los excelentes patriotas y comunistas de Corea que para emanciparlas allanaron con su sangre y vida el camino de la revolución.

Ri Je Sun fue un revolucionario maduro y probado que poseía plenamente dotes y cualidades que debía tener cualquier activista de la organización clandestina.

Al igual que O Jung Hwa, también logró implantar el espíritu revolucionario en su familia. Su credo y modo de actuar como revolucionario consistían en imbuir el espíritu patriótico antijaponés primero en quienes tenían lazos de parentesco con él para poder dar conciencia revolucionaria a toda la aldea y, a la larga, a todo el país, a toda la nación. Así, desde que estaba en su tierra natal incorporó a sus hermanas menores al trabajo revolucionario. Ellas le prestaron mucha colaboración en sus actividades.

Ri Je Sun hizo lo mismo con su esposa y suegra después de mudarse a Xinxingcun.

Gracias a la minuciosa ayuda y afectuosas atenciones del esposo, Choe Chae Ryon progresó hasta ocupar la jefatura de la Asociación de mujeres de Xinxingcun, dependiente de la ARP.

Bajo la influencia del marido ella se despertó rápidamente en el plano ideológico. Era una mujer de ricos sentimientos y de extraordinaria sensibilidad política. Esas cualidades le posibilitaron asimilar con rapidez métodos de trabajo revolucionario y observar de modo riguroso las reglas que debían respetar los revolucionarios.

Ri Je Sun, pese a amar mucho a su esposa, era muy exigente en el trabajo. Ordinariamente, la trataba cariñosamente, gastando bromas y chistes, pero en cuanto a la labor clandestina, trazaba una clara línea divisoria entre lo oficial y lo familiar, sin mencionar ni una sola palabra relacionada con problemas secretos.

Una vez la esposa de un policía de apellido Ri se acercó corriendo a Choe Chae Ryon para decirle:

—Oye, Chae Ryon, ¿te pasas todo el día holgazaneando, sin hacer nada más que comer tres veces? Así es que no sabes nada de lo que está ocurriendo en la taberna de la aldea. ¿Verdad que no lo sabes?

Desorientada, Choe Chae Ryon la miró interrogativamente y balbució:

—No sé nada. ¿Cómo quieres que una pobre mujer como yo conozca cosas de la taberna?

—Oh, eres toda una tonta. Allí, todas las noches tu marido se divierte de lo lindo con las mujeres de otros. Pobrecita de ...

No terminó de hablar y se retiró en silencio.

Aquella misma noche Choe Chae Ryon se fue a la taberna. Al abrir sigilosamente la puerta vio que la sala estaba llena de desconocidas mujeres y hombres. Era verdad lo que le había dicho la esposa del policía. En medio del grupo estaban también su marido y el policía Ri. Pero no le parecía que “se divertían de lo lindo”, tal como expresó aquella mujer. Comprendió intuitivamente que en este

local espacioso, donde llegaba menos la atención de la policía, su marido estaba dirigiendo una reunión secreta. Y supuso que el policía Ri también pertenecía a la organización clandestina.

Entonces, ¿por qué la esposa de este policía dijo estúpidamente que estaban divirtiéndose? Parecía que los excesivos celos la hicieron ver en la reunión secreta una “diversión”.

Choe Chae Ryon, tranquila, se apresuró a cerrar la puerta. Pero, no pudo escapar de la aguda mirada de su esposo, el cual la reprendió duramente toda la noche.

Mientras escuchaba callada las tormentosas recriminaciones pensó dolorosamente que había cometido un grave error al dejarse incitar por otra persona, que la desconfianza o celos infundados podían dañar la armonía en la familia e, incluso, destruirla y que la confianza era la primera garantía para la consolidación de los lazos matrimoniales.

Aquella noche, Ri Je Sun ejerció sobre su esposa toda su autoridad, aunque no pronunció ni una palabra relacionada con el objetivo de su visita a la taberna siquiera para demostrar su limpia conducta. Así era muy consecuente en cuanto al concepto del secreto. No teníamos reglamentos de acción escritos como un código para los revolucionarios en general ni, en particular, para los trabajadores clandestinos y los activistas de organizaciones clandestinas, pero Ri Je Sun tenía guardados en su conciencia los suyos y los respetaba de modo indiscutible.

En la zona de Changbai pude visitar alguna que otra vez su casa en Xinxingcun. No recuerdo cuándo, pasé una noche y me sirvieron *kuksu* hecho con harina de patatas heladas y desecadas. Mientras yo permanecía allí él ponía una cortina entre el cuarto donde estábamos y otro más cerca de la cocina de modo que Choe Chae Ryon no pudiera verme. Por eso, aunque ella misma me servía las comidas, no sabía que era Kim Il Sung.

Más tarde, al saber, por conducto de Pak Rok Kum, quién era yo, protestó a su esposo con ojos llorosos.

—Tú siempre dices que se debe confiar en los hombres, pero no

me has dicho que él es el General Kim Il Sung. ¿Habría en el mundo desconfianza tan infundada?

—Entiéndeme, no podía revelártelo. Todo fue para garantizar la seguridad de su persona. Te dará pena, pero seas comprensiva.

Ese era una de las reglas de Ri Je Sun.

Su firme carácter e invariable actitud de principios tuvieron influencias favorables para el desarrollo de la personalidad de Choe Chae Ryon y la formación de su concepción del mundo.

De regreso a casa, después de la entrevista que tuvo conmigo en el campamento secreto del monte Paektu, explicó a su esposa:

—De ahora en adelante es posible que recibamos muchas visitas. Debemos tener en reserva mucha cantidad de papa y de fécula de papa, cebada, pasta de soya y leña. Tendrás muchos quehaceres que cumplir.

Efectivamente, tuvo que sudar en abundancia para atender a los guerrilleros y los trabajadores clandestinos. Debía moler todos los días. Descascaró tantas cantidades de cereales que poco faltaba para dejar un hueco en el fondo de la piedra del molino, que había hecho Ri Je Sun con sus manos.

Después de haber concientizado a su familia por vía revolucionaria, hizo lo mismo con la población de la aldea. Junto con Kwon Yong Byok creó en Xinxingcun una célula especial del partido y a partir de entonces sus filas se engrosaron con numerosos miembros de la ARP de la región de Changbai. En la aglutinación de la gente en organizaciones y la tarea de ayudar a la guerrilla, indiscutiblemente Xinxingcun ocupaba el primer lugar entre todas las aldeas.

Sus habitantes, si se enteraban de que los guerrilleros vendrían a su aldea, primero extraían el aceite del ajonjolí. Y ahorraban con perseverancia las provisiones para poder ayudarlos. La papa, principal producto del lugar, resultaba engorrosa para el transporte y menos apta para el consumo, razón por la cual la convertían en fécula para enviarla a los campamentos secretos de la guerrilla.

Las mujeres de Xinxingcun no nos enviaban pasta de soya cruda

sino procesada. La mezclaban con harina de trigo y después de cortar la masa en pedazos del tamaño y la forma de un *tok*, la asaban. Así se podían guardar y consumir cómodamente.

Las cosas de auxilio que la población de Xinxingcun nos enviaban llegaban en número a decenas de miles. Estas enormes cantidades las cargaban a sus espaldas hasta los campamentos secretos o a otros lugares de vivaque de los guerrilleros.

Puedo afirmar que tuvieron un buen dirigente. Ri Je Sun era una persona de mucha capacidad, y encima, fue ayudado de modo eficiente por Kwon Yong Byok, Pak Rok Kum y Hwang Kum Ok.

Visité esta aldea antes de la batalla de Pochonbo y quedé muy impresionado al ver cómo sus habitantes saludaban calurosamente al Ejército revolucionario y que todos estaban bien unidos. Al llegar nosotros, instalaron 4 máquinas de hacer fideos y en poco tiempo tenían preparado el *kuksu* para cientos de personas. Realmente resultaba asombrosa su agilidad. Por eso, nuestros compañeros la calificaron de aldea fascinante. Sus moradores, todos por igual, nos encantaron. Como supimos posteriormente, cada vez que íbamos, Ri Je Sun convocaba una reunión extraordinaria para preparar el recibimiento.

El siguiente episodio nos ayuda a conocer bien su alto don de organizador y capacidad de resolución rápida en circunstancias imprevistas.

En la primavera de 1937, con motivo del Primero de Mayo el comité de la ARP en el distrito de Changbai organizó una manifestación en Xinxingcun. Para efectuarla legalmente en pleno día, ante la vista de todo el mundo, era preciso idear un plan convincente para que los enemigos no tuvieran motivo para cuestionarla. Ri Je Sun informó que habría una cacería de zorros y reunió en un lugar determinado a los jóvenes y niños de todas las aldeas. Los manifestantes, en fila india y banderas rojas al frente, marcharon a lo largo de la ladera del monte desde donde se veía el río Amnok y llegaron hasta la aldea Nanyu de Ershidaogou. Gritaron a toda voz “¡Viva la independencia de Corea!” y para desorientar a

los enemigos lanzaron de vez en cuando otras exclamaciones.

Los habitantes de ambas riberas se pararon para mirar con jubiloso sentimiento esa singular manifestación. Los policías de la estación de Karimchon y los militares de la guarnición fronteriza de la otra orilla no se atrevieron ni siquiera a averiguar cuál era el origen de la algarabía que se armaba en la loma porque creían que había irrumpido alguna unidad del Ejército revolucionario. Apenas al terminar la manifestación y saberse que sus protagonistas fueron los habitantes, cruzaron el río y entraron en tierras de Changbai para averiguar el motivo del movimiento multitudinario.

Les contestaron que estaban cazando zorros.

—Entonces, ¿por qué portaron banderas rojas?

—Estos animales temen más al color rojo. Por eso agitamos banderas rojas.

Los manifestantes de nuevo lograron engañar a los policías. Realmente, las banderas rojas se necesitaban para cazar zorros, pero también para la manifestación.

Teniendo en cuenta que en 1937 la represión del imperialismo japonés llegaba al clímax, resultaba asombroso que en pleno día cientos de personas agitaran banderas rojas y clamaran por la independencia de Corea, pero lo más raro fue que los militares y policías japoneses y manchúes no se dieran cuenta de que se trataba de una manifestación antijaponesa y antimanchú. Constituyó una osadía extraordinaria que solo podían planear personas de sobresaliente destreza y audacia. Después que atacamos a Pochonbo, Ri Je Sun envió al lugar a miembros de la Asociación de mujeres de Xinxingcun para conocer los resultados de la batalla y recoger la opinión de la población. Y nos trasladó esos materiales. Nosotros no le habíamos pedido hacerlo. Por propia iniciativa decidió y organizó ese trabajo.

Esos dos hechos nos convencieron de que Ri Je Sun era una persona de talento con su propia metodología en cuanto al trabajo revolucionario y un fervoroso pensador. Se devanó más que nadie los sesos en favor de la revolución y el cumplimiento de la misión que

asumía. Si no hubiera pasado por esos repetidos procesos torturantes, no habría podido establecer el prodigioso récord de convertir a Changbai en mundo nuestro en un tiempo tan breve y de modo tan consecuente.

Cualquiera conoce que los seres que no meditan no pueden tener iniciativa y donde no hay iniciativa no puede haber creación e innovación.

Considerando con detenimiento podríamos afirmar que fue también gracias al razonamiento que el hombre se convirtió en dueño del mundo, en un poderoso ente capaz de hacer cualquier cosa según su deseo.

A través de múltiples e incesantes reflexiones el hombre, ser social consciente, ha venido transformando la naturaleza, la sociedad y a sí mismo, y se ha hecho digno dueño del mundo.

Nuestro Partido exhorta a los cuadros, sus militantes y demás trabajadores a ser fervorosos pensadores porque concede importancia absoluta al rol que esto desempeña en la transformación de la naturaleza, la sociedad y el hombre.

Ri Je Sun poseía capacidad creadora basada en la plena combinación de la reflexión y la práctica. No dejó de meditar ni en los tribunales ni prisiones. Cuando iba a ser juzgado se concentró en pensar cómo debía concluir su vida como comunista.

“Lo único que podría hacer ante el tribunal es cargar con más ‘delitos’ para salvar a los compañeros”, esa fue la decisión que tomó cuando se encontraba detenido en la reclusión de la policía de Hyesan. Efectivamente, se sacrificó a sí mismo y logró salvar a muchos compañeros. Cuando el jefe del ayuntamiento cantonal Ri Ju Ik fue arrestado él le animó: “De nuestra actividad no sabe nadie más que nosotros tres: el General Kim, usted y yo. El General está en la montaña y yo, en ningún caso, diré una palabra. Todo dependerá de usted. Si se mantiene firme, no ocurrirá nada.” Ri Ju Ik se condujo así y al cabo de algunos días de sufrimiento fue liberado. Gracias a que Ri Je Sun cargó con todos los “delitos” se libraron de la pena capital Kim Pyong Chol, jefe de la organización del partido en

Xinxingcun, y Ri Ju Gwan. En sacrificarse para salvar a otros estaba la alta y bella virtud del comunista Ri Je Sun.

Al enterarse, por conducto de Kwon Yong Byok, de la traición de Jang Jung Ryol en la cárcel, Ri Je Sun se mostró muy intranquilo porque esto podía poner en peligro la vida de un elevado número de leales compañeros. Debía avisarles cuanto antes de lo sucedido, pero no tenía ni un pedazo de lápiz. Después de pensar y más pensar se mordió el labio inferior. Mojando un dedo en las gotas de sangre escribió sobre un pedacito de tela: “Jang Jung Ryol traicionó”, y lo deslizó en otra celda cuando lo llevaron a la sala de tortura. De este modo muchos compañeros pudieron adaptar mejor su lucha carcelaria a la situación creada.

Lamento no poder presentar en este libro todos los episodios emocionantes protagonizados por Ri Je Sun en los 7 años que estuvo encarcelado.

Al hacerle una visita en la prisión, Choe Chae Ryon no vio en su esposo aquel rostro bello y terso de cuando correteaba atareado para crear organizaciones de la ARP. Era horroroso su aspecto, todo un esqueleto, no le quedaba nada de su físico original. Pese a su lamentable estado, se presentó ante su esposa, del otro lado de los barrotes de hierro, con una expresión tranquila y risueña. Y en el momento de separarse le rogó estoicamente conseguirle un mapa mundial y no alimentos. Choe Chae Ryon confesó más tarde que ante esta extraña solicitud de su esposo, quedó perpleja sobremanera.

Supongo que Ri Je Sun quería un mapamundi para ver a su manera la nueva configuración que tendría el mundo al término de la Segunda Guerra Mundial y la imagen de la patria que, como resultado de esta conflagración, surgiría liberada e iluminaría con su brillo a todo el globo terráqueo. Y esto constituiría una neta prueba de que, aun condenado a la pena capital, no se desesperó ni se sintió pesimista, sino siguió soñando con un porvenir radiante para la patria y el mundo. Estaba en la realidad, pero vivía en el futuro, y ante la inminente muerte imaginó la nueva vida, dichosa y floreciente, de la patria emancipada. Así se explica cómo pudo declarar que “el

comunismo es juventud eterna” ante el magistrado que le aconsejaba la abdicación ideológica.

A principios de 1945 Choe Chae Ryon apareció con su hija menor en la sala de visita de la prisión de Sodaemun, en Seúl. Aquella niña que con menos de dos meses sufrió mucho por falta de leche materna al ser metida en la cárcel junto con su mamá, ya era un capullo que pronto cumpliría 8 años. La niña miró extrañada al hombre de rostro sin afeitar que se situó en la otra parte de las rejas.

—Es tu padre.

Choe Chae Ryon dijo y señaló con la mano.

El padre y la hija se miraron, pero de la boca de la pequeña no salió la palabra “¡padre!”. No resultaba fácil decirlo para una niña que hasta casi los 8 años de edad no conoció a su progenitor. Ella presenció infinitas veces cómo en otras casas los padres acariciaban a sus hijos e hijas. Pero aquel padre que veía le pareció extraño. No trató de abrazar a su hija, sólo le miraba sonriente desde el otro lado de los barrotes.

Apenas cuando las manos esposadas y encadenadas del padre tocaron y acariciaron sus cabellos la niña casi gritó “¡papá!”

Ri Je Sun, tragando algo caliente, le hizo a su hija una “promesa” que nunca podría realizarse: “Tu padre estará pronto en casa”. Qué gran dolor habrá sentido en el corazón al verse obligado a hacer esa promesa falsa a la hija que veía por primera vez al padre.

El 10 de marzo de 1945 los enemigos lo sacaron a la sala de interrogatorio y trataron de persuadir: “Hoy es el día de las fuerzas terrestres de nuestro ejército imperial japonés. Si abdicas siquiera ahora a tu ideología, te eximiremos de la pena capital”.

Pero ninguna patraña conciliatoria ni salvajes torturas pudieron doblegarlo.

Ri Je Sun, otrora maestro de escuela nocturna y alcalde de una desconocida aldea montañosa de Changbai, fue un ardiente patriota y resuelto combatiente revolucionario que en la flor de la vida se inmoló en aras de la revolución antijaponesa.

Nadie nace revolucionario, sólo en medio de la vida y la lucha

uno llega a forjarse como tal y como combatiente. Esta evolución es diferente en los hombres, pero una verdad de la revolución y una lección de la historia es que cualquiera que tenga firmeza ideológica y ardoroso patriotismo puede convertirse en revolucionario con tal que reciba una orientación correcta. Por tanto, en la realización de las tres revoluciones: la ideológica, la técnica y la cultural, nosotros concedemos prioridad a la ideológica. Porque precisamente ella constituye el caldo de cultivo para formar en las personas la conciencia y el sentido organizativo que les permiten hacerse fervorosos patriotas, combatientes revolucionarios de férrea voluntad, y sirve de fuerza motriz que impulsa poderosamente la lucha revolucionaria, la causa de las masas populares por la independencia.

En una de sus estancias en nuestra base, no me recuerdo si era la tercera o la cuarta, valoré altamente sus ingentes esfuerzos a favor de la organización de la ARP. El agitó las dos manos con perplejidad:

—No diga usted tal cosa. Eso no se debe a mis habilidades ni a mis esfuerzos. Aquel certificado hizo miembro de la ARP hasta a un hombre como el jefe del ayuntamiento cantonal Ri Ju Ik. Al ver ese documento me rogó lo incorporara a la organización si el General Kim era su presidente. Además, los habitantes de Changbai poseen un elevado sentimiento patriótico. Yo, personalmente, no hice gran cosa.

Ri Je Sun era así, una persona modesta.

Hoy, desde el Cementerio de los Mártires Revolucionarios, en el monte Taesong, y con su habitual expresión de modestia reflejada en un pequeño busto, está mirando a las posteridades. A su lado se encuentran las imágenes de Kwon Yong Byok, Ri Tong Gol y Ji Thae Hwan que desaparecieron como rocío en los lugares de ejecución.

## **4. Junto con los compañeros de armas de Manchuria del Sur**

Otro hecho que recuerdo con profunda emoción es que, después de establecidos campamentos secretos en distintos puntos de la zona del Paektu, y mientras desplegábamos actividades militares y políticas a lo largo del río Amnok, nos visitó la segunda división del primer cuerpo de las Fuerzas unidas antijaponesas, y en medio de la convivencia y operaciones conjuntas, estrechamos los lazos de amistad y solidaridad combativa con esos compañeros de armas.

Las operaciones conjuntas entre el Ejército Revolucionario Popular de Corea y las unidades armadas de los comunistas chinos constituyeron un tema de discusión profunda en la Conferencia de Yaoyinggou, efectuada en marzo de 1935. Allí resolvimos que nuestra unidad emprendiera la segunda expedición al Norte de Manchuria y otra marchara hacia el Sur, cruzando el paso Xinkailing. Las tropas chinas más importantes que operaban a nuestros lados eran la de Zhou Baozhong, en Ningán; la de Li Yanlu, en Mishan; la de Yang Jingyu, en Manchuria del Sur, y la de Zhao Shangzi, en Zhuhe. Cada una se empeñaba, por su cuenta, en librar acciones conjuntas con unidades vecinas.

La primera división independiente del Este de Manchuria que avanzó al Sur tuvo un emocionante encuentro con los combatientes del primer cuerpo en Naerhong en el distrito Mengjiang, entre agosto y septiembre de 1935. Por aquella época nuestra unidad había atravesado de nuevo Laoyeling y operaba junto con la unidad de Zhou Baozhong.

Entre los que fueron enviados a Manchuria del Sur figuraban O Jung Hup y Kim Phyoung, comandantes procedentes de Wangqing.

Tiempos después, O Jung Hup recordó con emoción los impresionantes actos que los compañeros de Manchuria del Sur

organizaron en saludo a los venidos del Este: levantaron un arco verde con ramas de pino, alzaron unas banderas, improvisaron una tribuna e, incluso, pronunciaron discursos de bienvenida. Éramos todo ojo para verlo, expresó. En representación de la unidad de Manchuria del Sur, habló Yang Jingyu y en nombre de la del Este, Ri Hak Chung reciprocó; fueron interrumpidos a menudo por los aplausos de centenares de personas. Aún conservo en la memoria un dibujo que sintetizó hábil el evento y se insertó en el número especial del periódico *Renmin Gemingbao*.

Cuando Cao Guoan, al mando del grueso de su división, llegó al campamento secreto de Komuikol, no nos encontrábamos allí, habíamos salido a combatir. La noticia la trajo un enlace enviado por Kim Ju Hyon, quien, encargado del avituallamiento, vestido y alojamiento, estaba, al parecer, muy atareado para ofrecer un gran agasajo a los huéspedes. Quisimos verlos cuanto antes y, tan pronto como concluyó el combate, regresamos al campamento secreto.

Nos proporcionaba gran alegría encontrarnos con los compañeros de armas de las unidades vecinas. Extrañar a las personas era un vehemente e imponderable sentimiento que no se apagaba en nuestro corazón. Para nosotros que vivíamos en el monte, lejos de los poblados, no eran una o dos las cosas a las que echábamos de menos. La añoranza por el pueblo natal, por los familiares, por los condiscípulos, por los amados, por diversos frutos de la civilización ... De todas, la mayor era por los compañeros y la persona. Así, cuando permanecíamos en un poblado, todo resultaba como una fiesta.

Justamente por eso, gritamos de júbilo y abrazamos al enlace cuando nos informó que los combatientes de Cao Guoan estaban en nuestro campamento.

Al regresar al campamento unos 70 u 80 compañeros de Manchuria del Sur salieron a prisa para recibirnos. Nos rodearon en un círculo concéntrico, hubo abrazos y apretones de manos tan efusivos que quedábamos aturdidos. Si otros hubieran visto esa escena, probablemente la hubieran tomado por la acogida que nos

dieran nuestros compañeros de Manchuria del Sur en su propio campamento secreto.

El comandante de la división Cao Guoan y yo nos vimos por primera vez en ese encuentro.

Parecía un oficial instructor de academia, de férrea voluntad y muy exigente. Fue la primera impresión que tuve de él. Empero, esta varió al cabo de algunos días de convivencia. Era un hombre muy cuidadoso y sociable, unos diez años mayor que yo.

Sentí tal afecto como cuando se ve a un coterráneo, ya que era oriundo del distrito Yongji, en la provincia Jilin, y se había graduado de la escuela normal de Jilin. Después de egresado de este plantel, dijo, trabajó de maestro en la escuela secundaria No.1 en esa ciudad. Más tarde, estudió en la Academia militar-política de Shandong y luego en Beijing, lugares en que se entregó a la lectura de libros marxistas-leninistas. Incorporado a la lucha armada antijaponesa, fue comisario político del séptimo regimiento de la primera división del primer cuerpo y en el otoño de 1934 empezó a desempeñarse como comandante y comisario de la segunda división del mismo cuerpo.

—Comandante Kim —expresó con cierto rubor, indicando a sus soldados que nos rodeaban—, le pido que no se sienta disgustado por el aspecto mísero que tiene su aliado. La culpa es mía, pues no he dirigido bien la unidad. Perdóneme.

Los visitantes de Manchuria del Sur, fueran oficiales o soldados, llevaban uniformes veraniegos tan rotos que dejaban ver la ropa interior, lo cual comprobaba la larga trayectoria llena de vicisitudes, recorrida por la división.

—Comandante Kim —continuó—, me avergüenza decirle que aún no hemos podido ofrecer a los soldados uniformes de invierno.

Fijó su vista con admiración en las gruesas ropas enguatadas de nuestros guerrilleros, y esbozó una sonrisa triste.

—¿Qué dice usted? —le consolé—. ¿Cuánto han combatido y sufrido para que los uniformes quedaran hechos jirones? Cuando regresamos de la expedición a Manchuria del Norte, nuestra unidad tenía un aspecto similar. No sé qué cantidad de ropa de invierno

tenemos de reserva. Pero si no les disgusta, se la entregaremos. Y si no alcanza, confeccionaremos más ... ¿Qué le parece?

El no sabía qué hacer por la euforia.

—Si así se hace, podré dormir con tranquilidad.

Durante unos veinte días de convivencia intercambiamos opiniones sobre la lucha conjunta. Nos hicimos muy amigos. Nos confesamos hasta asuntos familiares además de hablar de cuestiones relativas a la cooperación entre ambas unidades y su administración, la educación interna, las vías para reforzar las filas, los métodos de trabajo con las masas, la táctica guerrillera y la perspectiva de la revolución en Corea y China.

De sus cualidades me resultaron atractivas la franqueza y sencillez. Era franco y modesto en demasía. Me llevaba unos diez años, pero esa diferencia no se hacía sentir en nuestra charla. Tampoco tenía en cuenta la jerarquía; si le gustaba el interlocutor, le mostraba hasta el fondo de su alma. No vaciló en confesar las dificultades que tenía su división y la pérdida de efectivos.

La segunda división del primer cuerpo, comandada por Cao Guoan era una unidad compuesta con la guerrilla popular antijaponesa organizada por coreanos en Panshui como su grueso y con el primer regimiento de la primera división formado por sublevados del ejército títere manchú y gandules de bosque. La división operaba principalmente en el distrito Panshui y en sus alrededores.

Cao Guoan contó que en cumplimiento del plan de operaciones del mando realizaba en verano la expedición hacia el norte del río Huifa y retornaba en el invierno para suplir las pérdidas y reforzar las filas. Esto se repitió cada año como una operación periódica, con el pretexto de la extensión del escenario de acciones guerrilleras. Resultó que llamó la atención del enemigo y la ruta invariable se trazó en su mapa de operaciones. En fin de cuentas, en cada expedición sufrió muchas bajas por el ataque sorpresivo de los adversarios que tendían emboscadas.

Y agregó que en el verano de aquel año (1936) la división perdió

muchos efectivos durante la expedición. El mismo Cao Guoan, en cooperación con la primera división de Manchuria del Este, fue lejos, hasta Sansong de Emu, al mando de algunas fuerzas de su división. Concluida la expedición, reunió a sus soldados en Huiquanzhan, en el distrito Huadian, desde donde vino directamente hacia nosotros, atravesando el distrito Fusong, razón por la cual no pasó por Naerhong, en el distrito Mengjiang, donde estaba la base de intendencia del primer cuerpo, y así no pudo cambiar el uniforme veraniego de los soldados por el de invierno.

Presa de congoja, se devanaba los sesos para encontrarle una salida a la difícil situación, y un día, por boca de los miembros del pequeño grupo de Song Mu Son, que había cumplido la misión de conseguir alimentos en Sandaolazihe, en el distrito Fusong, conoció sobre nuestro asalto a la ciudadela distrital de Fusong.

Añadió que eso le dio un gran estímulo. Y pensó: “Cuando otros alcanzan victorias aun con una división recién organizada, ¿por qué mi unidad debe librar combates difíciles?; ¿por qué tengo que marchar mecánicamente hacia el norte de Huifa cada verano, pese a las grandes bajas que sufrimos en esas expediciones?; ¿no debería sacar una lección de ello?” Enseguida, reunió a la plana mayor que discutió cómo dar un cambio decisivo a sus acciones, y entre las medidas que adoptaron estuvo la de realizar cuanto antes operaciones conjuntas con nuestra unidad. Todos fueron del criterio de que así podrían desarrollar las tácticas y métodos de combate y acumular experiencias. Song Mu Son fue promotor de esa propuesta, y el comandante Cao Guoan lo apoyó más que nadie.

De inmediato, la división partió de Dadongou, del distrito Huadian, con rumbo a nuestro campamento.

Por lo visto, la segunda división no efectuó combates exitosos, pese a las múltiples pruebas que había sufrido. Sus reveses y penalidades, los consideramos como nuestros.

Junto con la guerrilla de Manchuria del Norte, el primer cuerpo de las Fuerzas unidas antijaponesas del Noreste de China, a la que también se llamaba guerrilla de Manchuria del Sur, era, de hecho, la

principal unidad vecina del grueso del Ejército Revolucionario Popular de Corea. Desde los primeros días de la guerra antijaponesa, prestamos una gran atención a su crecimiento y desarrollo, y nos esforzamos sin descanso para realizar la lucha conjunta. Le enviamos gran número de competentes cuadros coreanos de Manchuria del Este, forjados y formados en la guerra de guerrillas. Como parte de esos esfuerzos, en el verano de 1932, cuando nos marchamos hacia Manchuria del Sur, enviamos nuestros delegados a Ri Hong Gwang y Ri Tong Gwang para cooperar con sus unidades. Pero, desgraciadamente no logramos alcanzar el objetivo.

Antes de la Conferencia de Nanhutou nos dedicamos principalmente a la cooperación con la guerrilla de Manchuria del Norte. No menos de dos veces fuimos allí con la unidad expedicionaria. Actuamos junto con sus comunistas y también con las tropas antijaponesas chinas. Aunque tuvimos que tolerar dolores por las pérdidas y sacrificios exhibió una gran vitalidad la colaboración con nuestros vecinos.

Cuando combatíamos apoyándonos en la base guerrillera de Jiandao, estábamos, geográficamente, a más corta distancia de Manchuria del Norte que de la del Sur, pues solo un monte nos separaba.

Pero en la segunda mitad de los años 30, en que empezamos a luchar trasladando el escenario de acciones a Jiandao Oeste, era al contrario. Nuestros tiroteos cada día en esta zona, al suroeste del monte Paektu, despertaron en las unidades de Manchuria del Sur un fuerte deseo de entablar cuanto antes la cooperación con el Ejército Revolucionario Popular. Esta se presentó como un problema acuciante que no debía postergarse por más tiempo. Con la división de Cao Guoan efectuaríamos la primera operación conjunta a ese nivel en la zona del Paektu.

Se puede afirmar que la lucha guerrillera en el Sur de Manchuria fue emprendida y guiada por los comunistas y revolucionarios de Corea, como sucedió en el Este y el Norte de dicho territorio. Las primera, segunda y tercera divisiones del primer cuerpo de las

Fuerzas unidas antijaponesas en Manchuria del Sur las constituían, en su mayoría, coreanos. Igual pasó con los cuadros militares y políticos, exceptuando a Yang Jingyu, Wei Zhengmin, Cao Guoan y algunos otros.

En el informe que leyó en un acto efectuado en Jilin en diciembre de 1945, Zhou Baozhong afirmó que los compañeros y las masas revolucionarias de Corea organizaron en 1932 la poderosa guerrilla de Manchuria del Este y en 1933 las de Panshui, Zhuhe, Mishan y Tangyuan, las cuales, más tarde, se convirtieron en varios cuerpos de las Fuerzas unidas antijaponesas; que el quinto cuerpo tenía un gran número de los mejores compañeros coreanos, y que muchos cuadros militares y políticos de cada cuerpo, desde el comandante y subcomandante político, hasta el jefe de sección e instructor, también eran coreanos. La guerrilla de Panshui que mencionó, fue el embrión del primer cuerpo de las Fuerzas unidas antijaponesas, o sea, la guerrilla de Manchuria del Sur.

Como expresa el nombre popular: guerrilla de Panshui, la cuna de la lucha guerrillera en Manchuria del Sur fue Panshui.

Me informaron que el primer comité del partido en el distrito Panshui tenía bajo su égida unos 40 comunistas, todos coreanos. Allí, Ri Hong Gwang organizó un grupo armado con unos diez coreanos, que era el cuerpo matriz de la guerrilla de Manchuria del Sur. También fueron coreanos en su totalidad los primeros miembros de esta guerrilla, que sumaban más de 30. Lo mismo ocurría con la mayoría de los responsables de la Asociación antijaponesa, la de mujeres, la Vanguardia de niños y del Comité de campesinos dentro de la base guerrillera de Panshui. En resumen, los coreanos desempeñaron un papel precursor, medular y directivo para emprender y desarrollar el movimiento guerrillero en Manchuria del Sur.

También en la división de Cao Guoan había muchos compatriotas. Más de la mitad de su plana mayor, incluidos Song Mu Son y Pak Sun Il, y muchos soldados eran coreanos, condición favorable para realizar con facilidad las operaciones conjuntas.

Los comunistas coreanos de Manchuria del Sur asestaron duros golpes militares y políticos a los imperialistas japoneses, manteniendo vínculos directos con nosotros o, de vez en cuando, según su propio criterio y decisión. Alguna que otra vez cruzaban el río Amnok para asaltar zonas fronterizas.

En la primera mitad de la década del 30, penetramos con frecuencia, desde Manchuria del Este, en el interior de Corea. Sólo en enero de 1935, pequeñas unidades del Ejército Revolucionario Popular de Corea asaltaron cuatro veces el distrito Onsong. Después que entablaron combate con los militares y policías en la comuna Namsan y las aldeas Wolpha, Seson y Misan del mismo distrito, los periódicos de Seúl informaron con aspaviento que la guerrilla había asaltado con grandes fuerzas Onsong, Hunyung y otros lugares de la provincia Hamgyong del Norte.

Y en mayo de 1935 otra unidad nuestra hizo trabajo político entre las masas de la zona de Nongsa del cantón Samjang en el distrito Musan y luego, en las cercanías de Damalugou, en el distrito Antu, golpeó duramente en un encuentro a los policías del imperialismo japonés que le perseguían.

Ri Hong Gwang, que mitigaba la nostalgia por la patria con el batallar allende el Amnok, arrastrado por la corriente del avance al interior de Corea, que se tornaba impetuosa con cada año, cruzó el río al mando de su unidad y atacó a Tonghungjin, en el distrito Huchang. En la noche del 15 de febrero de 1935, bajo su dirección, tres pequeñas unidades de la primera división del primer cuerpo, con dos ametralladoras ligeras, lo asediaron y atacaron la estación de policía, el banco cooperativista, y otros puntos, lo cual dejó atolondrados a los adversarios.

Alarmados ante las sucesivas irrupciones del Ejército Revolucionario Popular en el interior de Corea, los enemigos lanzaban alaridos, diciendo que eran sucesos sin precedentes en la historia de la vigilancia de la frontera.

¿Cómo podía existir un fracasado como Cao Guoan entre las unidades de Manchuria del Sur, que a partir del asalto a Tonghungjin

manifestaban ampliamente sus méritos combativos en el interior y el exterior? Mirando su rostro áspero, me invadió un pesar.

—En los últimos días, —expresó—, llegué a la conclusión de que la única salida para sobrevivir está en la lucha conjunta con las unidades vecinas. Tardé demasiado en sacar esa lección. Honestamente, me arrepiento de haber menospreciado los vínculos con el Comandante Kim.

Y restregándose el rostro con ambas manos, lanzó un largo suspiro, como si fuera un hombre que renunciaba a todo.

—Comandante Cao, —le alenté—, le sugiero que descanse aquí lo suficiente hasta recuperar el ánimo. Un refrán dice: Aunque el cielo se derrumbe, salida habrá para salvarse. Ya que el hombre no es una deidad, ¿cómo evitar errores? No hay por qué temer a un fracaso temporal.

Le conté los reveses en la meseta de Luozigou en que toda nuestra unidad se vio en peligro de quedar aniquilada por el hambre, el cortante frío y el asedio enemigo, e hice la historia de los momentos de la primera expedición hacia Manchuria del Norte cuando volvimos a vernos en apuros inauditos por el aterrimiento, una gran nevada y la obstinada persecución enemiga, y nos salvó la ayuda de bienhechores.

La llegada imprevista de numerosos visitantes nos hacía difícil, sobre todo, resolver el alojamiento. Ordené a nuestros comandantes que les ofrecieran todas las cabañas y los dueños acamparan en tiendas e hicieran hogueras. Enseguida, nuestros guerrilleros desocuparon sus dormitorios, instalaron las tiendas y prepararon hogueras; la manera de trabajar era tan hábil y rápido que admiraba a los huéspedes.

Entre nuestros guerrilleros había muchos maestros en hacer hogueras. Inventaron un singular método de hacer arder a los troncos y lo popularizaron por toda la unidad. Era simple, pero místico. Cortaban los troncos a una misma y apropiada medida y los apilaban en forma de pirámide con 5-6 en el fondo, 4-5 en el segundo nivel, 3-4 en el tercero, y 2-3 en el último donde ponían ramas secas y

prendían fuego. La hoguera duraba mucho y los troncos húmedos quemaban tan bien como los secos, y no chisporroteaban. Además, expedía gran calor.

Al principio, los compañeros de la segunda división meneaban la cabeza y se preguntaban si podrían arder los troncos con tal procedimiento. Empero, pronto vieron cómo se quemaba furiosa la pirámide y gritaron maravillados: “¡Bravo, bravo!”.

Cao Guoan también quedó admirado y, clavando sus ojos en la hoguera, preguntó con una sonrisa significativa:

—¿Sabe qué me sugirió Wei Zhengmin, con quien me encontré recientemente en Manjiang?

—¿Qué le sugirió?

—Me dijo que si veníamos a la unidad del Comandante Kim, aprendiéramos primero el método de hacer la hoguera. Ahora veo que es de maravillas.

Cao Guoan agregó que la hoguera y la cabaña de troncos le causaban una impresión extraordinaria. Confesó que estando con nosotros acabó por comprender que con ellas se podía sobrevivir aun en medio de profundos montes y otros lugares remotos e inhabitados.

Al otro día, ordené a unos cuantos hábiles carpinteros y a los miembros de la compañía No.4 del séptimo regimiento levantar dentro de ese mismo día un cuartel para que los de la segunda división lo utilizaran exclusivamente, sin sentirse cohibidos. Nuestros maestros de la construcción talaron árboles y edificaron en el tiempo fijado una magnífica cabaña de gran capacidad, con la entusiasta ayuda de los compañeros de la segunda división.

Al escuchar que edificaciones similares se levantaban en diversas partes selváticas del Paektu, Cao Guoan volvió a expresar su admiración y aseguró que hasta ese momento creía que en una zona inhabitada como el Paektu no podía acamparse y sólo andaba en busca de caseríos para pedir comida y albergue; que casi nunca había hecho campamento en el monte; y que, aun cuando recientemente estuvo en el norte de Huifa, había alojado a sus soldados en casas particulares.

Después que los compañeros de Manchuria del Sur tuvieron su “propia vivienda” dentro de nuestro campamento, ordené a Kim Ju Hyon, encargado de la intendencia, y Kim Hae San, que les entregaran alimentos y utensilios de cocina e, incluso, varias decenas de uniformes de reserva que guardaban en su depósito. No alcanzaron, y nos daba pena, mas, al día siguiente, los restantes también pudieron echar al fuego los andrajos veraniegos, gracias a que en la sastrería de Pak Su Hwan completaron la cifra trabajando toda la noche. Aunque no era una acción virtuosa tan grande, creíamos que cumplíamos con el deber moral de anfitriones.

Además, les preparamos el baño y pelado. En el campamento secreto de Komuikol estaba instalado y se utilizaba con eficiencia un calderón, que en la empresa maderera de Hengshan habían empleado para cocer pienso para las reses, y pasó a manos de los de O Jung Hup, cuando lo asaltaron. Después de arreglados con pulcritud los visitantes, les dimos a cada uno un conjunto de artículos para el aseo y unas cajas de cigarrillos.

Cao Guoan acudió a nuestra Comandancia y en nombre de su unidad me expresó su sincero agradecimiento. Y añadió que se sentía muy apenado, porque había llegado con las manos vacías, y sólo recibía ayuda y no sabía con qué reciprocársela.

Le expuse: no hay por qué hablar así entre vecinos que luchan por el mismo objetivo e ideal; si fuéramos a su unidad, ¿no nos recibiría de tal manera?; no piense que es objeto de ayuda por otra unidad, sino que está en casa de su pariente; si quiere reciprocársela a toda costa, bastaría con narrarnos durante su permanencia interesantes anécdotas de su vida.

Me contestó que recién desprendido del pupitre, no las tenía, excepto conocimientos adquiridos en la Academia militar-política de Shandong, que si lo necesitaba, los explicaría.

Ofreció clases de tácticas de guerra regular a nuestros comandantes. Eran muy concretas y nos permitieron en gran medida conocer con más claridad las tácticas enemigas y perfeccionar las nuestras, las guerrilleras, para combatir las.

En respuesta, les transmitimos nuestras experiencias en la guerra de guerrillas a sus jefes y comisarios de compañía y superiores. Como lo hacíamos citando muchos ejemplos vivos de combate, les despertó un gran interés.

Puse énfasis en que ellos prestaran especial importancia al apoyo del pueblo al ejército y el amor de éste a aquél, y continué: deben tener bien presente que el pueblo es nuestra fuerza, nuestra inteligencia y nuestra vida; en este sentido, tienen que combatir confiando, aprendiendo, apoyándose en él y poniéndolo en acción; para beneficiarse del pueblo, deben gozar de su amor, para lo cual es necesario que lo amen primero; si con el pretexto de pasar una noche en un poblado, sobrecargan sin más ni más a los vecinos, eso es molestarlos; y si encima echan mano a sus bienes, es mucho peor; al contrario, si los respetan como a sus seres queridos, les seguirán voluntariamente, y tal ejército será invencible.

Los compañeros de Manchuria del Sur asistieron en varias ocasiones a los estudios, las reuniones, los entrenamientos y otras actividades cotidianas que organizábamos. La repercusión era muy buena. Todos quedaron encantados y afirmaron que era cierto el rumor de que la nuestra era una unidad universitaria.

Cao Guoan abrió su corazón: hasta entonces, habituado a frecuentar el norte y el sur de Huifa flotando como una lenteja de agua, no había pensado establecer campamento secreto que le sirviera de apoyo para resolverlo todo con su propia fuerza, ni tender las redes de la organización clandestina en el radio de acción guerrillera con el campamento como centro, ni tampoco ampliar la lucha a partir de esa base.

Una noche, de paseo por el bosque después de asistir a una velada de nuestra unidad, me aseguró:

—Su unidad da la impresión de un verdadero ejército en todos los sentidos. Ahora puedo conocer el secreto de sus sucesivas victorias en los combates.

Los compañeros de armas de Manchuria del Sur estudiaron con celo la vida de nuestra unidad. Rectificaron a nuestra manera su vida

diaria; nos imitaban al organizar los estudios y los entrenamientos. Reforzaron sus filas y establecieron con más rigor la disciplina militar. En fin, lograron cambiar su aspecto.

—Creo que es hora de que las dos unidades libren en cooperación una gran batalla —propuse a Cao Guoan—. Ataquemos juntos por ambos flancos a los adversarios en su operación de “castigo invernal”. Taoquanli y otros lugares fronterizos entre los distritos Changbai y Linjiang cuentan con muy buena base de masas. Además, podríamos recibir una celosa colaboración y respaldo de las organizaciones revolucionarias clandestinas que formamos, y seleccionar a los mejores jóvenes para reforzar con rapidez las filas. Si nuestras dos unidades en estrecha cooperación, ejecutan incesantes combates de desgaste en los flancos del enemigo, creo, podremos obtener resonantes éxitos.

En el acto, accedió con gusto a mi propuesta. Acordamos, además, realizar operaciones conjuntas según las circunstancias.

Los compañeros de la segunda división mostraron una gran tristeza cuando partían de nuestro campamento. También nuestros comandantes y combatientes sentían húmedos sus ojos.

Antes de marcharse, Cao Guoan me solicitó:

—Comandante Kim, ¿no pudiera entregarme un ordenanza de entre sus soldados?

Se repetía lo que ocurrió cuando estuve en Manchuria del Norte. Zhou Baozhong me suplicó que le enviara comandantes y soldados de nacionalidad coreana, y le mandé a Pak Rak Gwon, Jon Chang Chol, An Jong Suk, Pak Kil Song y muchos otros de la unidad de Manchuria del Este.

—Le estoy agradecido por confiar en mis compañeros —le contesté—. ¿No será que tiene algún lazo especial con los coreanos?

—No. Empezaron a seducirme después que conocí a Ri Hong Gwang y a Ri Tong Gwang. Quizás, los de Jiandao no sabrán cuánto los admiramos cuando Ri Hong Gwang venció a la unidad de Shao Benliang.

Este fue un oficial de alto rango del ejército títere manchú que

mataba y saqueaba sin miramiento a la población en la región del distrito Liuhe, como lo hicieron Ri To Son en Antu y el comandante Wang en Fusong.

Justamente esa unidad la derrotó Ri Hong Gwang en Sanyuanpu, Gushanzi y Liangshuihezi del distrito Liuhe.

Acto seguido, en las cercanías de Liangshuihezi salvó con audacia y habilidad a Yang Jingyu, cuando la comandancia del primer cuerpo estaba asediada por grandes fuerzas del enemigo. Después de la acción, Yang y otros jefes de esa agrupación lo apreciaban considerándolo como su salvador, como un símbolo de valentía.

Cuando cayó en combate, Cao Guoan expresó que sería difícil describir la tristeza que sintieron todos los jefes y soldados de ese cuerpo.

Decidí cumplir su petición.

—Tengo un tirador de ametralladora a quien estimo mucho desde la etapa de Wangqing, y no sé si le convendría. Se llama Kang Jung Ryong... Es jefe de sección y, al mismo tiempo, ametrallador. Tiene la fuerza de Hércules.

Supe que ya lo conocían tanto él como Song Mu Son, jefe de organización de la segunda división. Por fin, acordamos transferírselo.

Al saberlo, Kang Jung Ryong se empeñó en no alejarse de mi lado, pero, una vez junto a Cao, luchó impecablemente como jefe de la sección de ametralladoras que escoltaba a la jefatura de la segunda división.

Tiempos después, aquella unidad desarrolló dinámicas actividades militar-políticas en las zonas fronterizas entre los distritos Changbai y Linjiang. De nuestro campamento, fue directamente a Taoquanli, donde permaneció una semana, reforzando sus filas y buscando un terreno para el campamento secreto con la ayuda de la organización clandestina. Entretanto, ordené por escrito a Kim Jae Su colaborar con ella con la movilización de las organizaciones de la Asociación para la Restauración de la Patria. A la sazón, estas, formadas en Taoquanli y en otras aldeas de

Xiagangqu, ayudaban activamente a las guerrillas. Y así procedieron también con la segunda división.

Merced a ese apoyo, pudo salir victoriosa en la batalla contra la unidad de Jingan, que irrumpió en el valle Taoquanli.

A mediados de noviembre de 1936, el mando de la unidad de Cao recibió de los habitantes una información sobre el movimiento del enemigo y, decidido a aniquilarlo, tendió emboscadas antes del anochecer en la misma cañada donde existía un torreón. El sitio distaba apenas algo más de diez metros de la última casa de la aldea.

Tan pronto como entró en el caserío, la nutrida unidad enemiga sacó a los pobladores de las viviendas y les obligó que indicaran el paradero de los guerrilleros. Sin embargo, ninguno obedeció, aunque conocían que estaban emboscados ante sus propias narices. Realmente se comportaron como bienhechores. Si por un descuido se delataba el secreto, todos los aldeanos serían víctimas de la venganza enemiga, pero lo guardaron a riesgo de la vida.

Esto hizo que los compañeros de la segunda división lograran una enorme victoria. Al día siguiente, gracias a la información de los vecinos, lanzaron fuego concentrado a la caravana de más de 20 camiones que venían a recoger a los caídos en el enfrentamiento anterior. Y así sembraron el pánico entre el adversario.

Después de reforzadas las filas en Taoquanli y obtenidos enormes éxitos de combate, Cao Guoan me escribió: “Ya se dan con creces los frutos de nuestra permanencia en el campamento secreto de Heixiazigou (Komuikol); yo, Cao Guoan, no puedo olvidar el favor del Comandante Kim; de aquí en adelante, le enviaré sólo buenas noticias.”

No obstante, no pudo cumplir su promesa. Avanzaban hacia Linjiang, cuando el enemigo los sorprendió, cerca de la empresa maderera de Qidaogou, del distrito Changbai, y cayó herido gravemente. Confió temporalmente el mando a Song Mu Son y, junto con su escolta, se retiró a un lugar seguro para restablecerse. Empero, un traidor lo delató a los adversarios, que los asediaron por los cuatro costados para apresarlos con vida. La escolta combatió a

muerte para salvarlo, mas, su comandante fue alcanzado por varias balas enemigas.

Cuando conocí su muerte, recordé las últimas palabras que me dirigió antes de la despedida:

—Comandante Kim, si se inician las operaciones definitivas para liberar a Corea, llámeme, y entonces acudiré con mi unidad.

Cao Guoan no pudo cumplir, pues sucumbió desgraciadamente, sin siquiera ver la liberación, no digamos de Corea, sino la de China, su querida patria. Me sentí muy apenado.

Fue a comienzos de 1937 que Pak Sun Il, jefe de intendencia de la segunda división, llegó a nuestro campamento, portando la carta de Song Mu Son, relacionada con la muerte de Cao. Este exponía con franqueza su pesadumbre por la pérdida del comandante y su angustia y turbación por no saber cómo conducir la unidad en adelante, y finalmente me solicitaba que le sugiriera una orientación para sus actividades posteriores.

Tuve compasión de ellos que se sumían en la tristeza por la pérdida del comandante y le hice una carta que podía ser considerada muy larga en aquel tiempo. Puse énfasis en la necesidad de unirse, juntar las fuerzas para superar la crisis y de fomentar a plenitud la inteligencia colectiva en la administración de la unidad. Le aconsejé que, dada la abundante nieve, estableciera el campamento secreto en la zona montañosa de Limingshui donde el enemigo no podía acercarse con facilidad, y se entregara al trabajo ideológico y político y a los entrenamientos militares para los novatos, y le anuncié que le visitaría después de la fiesta del Año Nuevo lunar.

Ir allí como un simple hombre y expresarles mi condolencia era obligación moral y deber como compañero de armas, entrañable amigo del difunto. La visita podía darles consuelo y apoyo.

Después del combate de Hongtoushan me fui a cumplir la promesa. En medio del camino, entablamos una pelea en Taoquanli, y en la noche que pasamos en Simenkaiting, despaché exploradores al curso superior del Limingshui y en dirección a Badaogou.

Al informarse de que estábamos en Simenkaiting, los compañeros

de la segunda división vinieron sin siquiera cenar. Muy pasada la medianoche, conocí su llegada y, en compañía del ordenanza, salí a su encuentro después de haber ordenado a Kim Ju Hyon preparar sopa con *tok* para los visitantes.

Desde lejos les saludé y los miembros de su jefatura corrieron hacia mí, me rodearon en varios círculos y me abrazaron brincando de alegría. A cada momento, sentía que mi rostro rozaba con un gran trozo de hielo, de tan helada que estaba la piel de ellos.

Song Mu Son, sustituto del comandante, no soltó mi mano hasta que llegamos al albergue.

—Gracias, —expresó—, usted es un benefactor que nos dio fuerza cuando nuestra unidad pasaba por una gran prueba.

—No, compañero jefe de organización. No merezco ser objeto de tanta alabanza. Tardé demasiado en llegar, ¿no?

Ese día, como antes, se mostró singularmente amistoso conmigo. Tal como yo había considerado coterráneo a Cao Guoan, así me trataba Song Mu Son. Fue un hombre que antes de incorporarse a la Lucha Armada Antijaponesa trabajó entre la juventud en Wulihezi, una aldea de los suburbios de Jilin.

Allí, en un tiempo, Ri Tong Gwang dirigió el movimiento juvenil. Guiados por él, Song Mu Son y otros jóvenes del lugar organizaron la Asociación de la juventud Hyoksin y aglutinaron en torno suyo a las masas juveniles. En el distrito Yongji actuaban Asociaciones de la juventud Sinhung y Jonjin. Song Mu Son fue miembro, encargado de organización, del comité de la Hyoksin, que en la primavera de 1928 Ri Tong Gwang convirtió en Unión de la juventud antimperialista y, más tarde, se reorganizó como Unión de la juventud comunista.

Durante las acciones contra el tendido del ferrocarril Jilin-Hoeryong y de rechazo a las mercancías japonesas, la organización juvenil de Wulihezi llevó a cabo una solidaria manifestación.

Esa época coincidió con el tiempo en que dirigí el movimiento juvenil y estudiantil en Jilin.

Siempre que recordaba la etapa de Jilin, Song Mu Son censuraba

a algunos cuadros de la junta Jong-ui. Lo reproché preguntándole si no era excesivo hacerlo con los precursores que se entregaban al movimiento de independencia, a lo que, con rubor, contestó que no lo sería, incluso, si lo dijera más brutal. Volví a inquirir por qué tenía tan mala impresión de ellos, y como respuesta me contó la reunión local de la Jong-ui en Jilin, efectuada a principios del 1928.

Song Mu Son asistió como delegado de Wulihezi. Estaban igualmente los de Shuanghezhen, Jiangdong y Xinantun. Discutieron el tema de la recaudación obligatoria.

Ko I Ho hizo un discurso violento en representación de la junta. Amenazó hasta con movilizar al ejército para recaudarlo porque la población bajo la jurisdicción de la junta no lo entregaba a tiempo. Esto provocó una riña entre los patrocinadores de la reunión y los participantes. También Song Mu Son intervino en contra del orador, razón por la cual, quedó inconsciente, golpeado por terroristas enviados por Ko I Ho.

Song conocía bien, además, el terrorismo de la junta Kukmin en Wangqingmen. Hablamos sobre O Tong Jin, Hyon Muk Kwan, Ko Won Am, y de todo lo relacionado con los tiempos de Jilin. ¿Qué nos lo podría impedir en los días en que convivimos en el campamento secreto de Komuikol?

Sin embargo, ahora, en el hogar campesino de Simenkaiting, no tocamos ese tema, y sólo recordamos al difunto Cao Guoan y discutimos el destino de la división sin comandante y sus futuras acciones.

Servimos sopa con *tok* a los compañeros de la segunda división. Un chino, miembro del mando, y conocido como un comilón, tomó no menos de tres platos. Expresó que así sí había celebrado la verdadera fiesta de Año Nuevo. Agregó que no habían almorzado perseguidos por el enemigo en el camino de regreso del asalto a la empresa maderera de Gaolibuzi.

Los comandantes de ambas unidades efectuamos por la madrugada una reunión para llevar a cabo una operación conjunta en Limingshui.

La experiencia me hizo prever que los adversarios llegarían a eso del mediodía siguiente. Para atraer su atención, dejamos ex profeso muchas huellas al trasladarnos hacia Limingshui. Los que vendrían desde la parte de Erdaojiang estarían obligados a entrar en este valle. También los que se acercarían por el lado de Badaogou aparecerían indudablemente en él, ya que la segunda división se había internado allí después de una refriega, terminado el asalto a Gaolibuzi.

Las cercanías del punto de confluencia del arroyo Beishuigu y el río Limingshui fue el sitio más indicado para tender la emboscada a los que llegarían desde ambas direcciones. Lo habíamos escogido al entrar en el valle Limingshui.

Tras haber explicado el posible movimiento del enemigo, enfatiqué la necesidad de la emboscada conjunta para aniquilar a grandes efectivos.

Y recalqué que la victoria dependía mucho del aseguramiento de la subrepción, por lo que todas las unidades debían terminar el desayuno y llegar al lugar determinado antes del amanecer; que, una vez ocupadas las posiciones, no podían hacer humo ni hablar y evitar toser, ni alejarse en absoluto de la posición, ni tampoco disparar sin una orden. Al mismo tiempo, detallé cómo debía ser el contenido y el método de arenga persuasiva al enemigo, así como el tratamiento a los prisioneros.

Acto seguido, distribuí las tareas combativas a las unidades. Los datos de exploración apuntaban que no había ningún cambio en la situación del adversario. Listas para partir, las dos unidades organizaron un acto luctuoso en homenaje al difunto, según mi propuesta. Song Mu Son y yo hicimos uso de la palabra.

El río Limingshui aflucía en el Badaogouhe, corriendo desde Sidengfang, punto divisorio del distrito Changbai al oeste. Simenkaiting estaba situada en su curso superior. A unos 6 kilómetros aguas abajo, aparecía la aldea Limingshui con 15 ó 16 hogares de coreanos que cultivaban tierras artigadas.

Antes de amanecer por completo, las tropas ocuparon sus posiciones y excavaron trincheras. Escarpadas pendientes del monte

en los contornos se veían cubiertas de espesa nieve; el Limingshui estaba helado.

El frío era tan riguroso que hería hasta los tuétanos, pero era alta la moral de los combatientes. Los compañeros de Manchuria del Sur, desde el momento en que recibieron la orden de partida afirmaron que ya habían vencido en gran medida, porque habían oído contar que las batallas que yo dirigí siempre resultaron un triunfo.

Situé las fuerzas principales sobre el cerro cerca del punto de confluencia de las aguas. Allí se extendían artigas, otrora yermos, que nos facilitaban disparar cuesta abajo, hacia el valle. En el centro de la cota establecí el puesto de mando; al frente ubiqué el séptimo regimiento y la compañía de escolta de nuestra unidad; a la izquierda, el octavo regimiento, y a la derecha, los combatientes de la segunda división. Y en una loma no alta, al otro lado del valle, embosqué una brigada de choque con unos 60-70 hombres. El alto monte, frente a estos dos cerros, lo cubrían frondosos árboles, que impedirían la huida del enemigo. Delante de la emboscada un llano de unos 100 metros de ancho, nos permitiría aniquilarlo con fuego concentrado.

Para vigilar y mantener a raya a los adversarios que vendrían desde las direcciones de Erdaojiang y de Badaogou, envié un pelotón de protección a cada flanco y en el monte trasero establecí el puesto que recibiría las señales que ellos enviarían con banderolas. Todos, atrincherados, esperaban. Empero, los enemigos no aparecieron hasta pasado el mediodía.

—¿Es que no vienen? —susurró con tedio Paek Hak Rim, castañeteando los dientes.

—Deja de impacientarte. Ya llegarán.

También yo tiritaba castañeteando los dientes.

Los combatientes, pegados a la tierra y cubiertos de nieve, comieron *tok* de maíz helado. Tomé como almuerzo uno que Paek Hak Rim me ofreció sacándolo de su mochila. El frío era tan riguroso que tan pronto como la mano tocaba un hierro, se le pegaba de inmediato. El adversario no apareció hasta después de las dos de

la tarde; no era fácil permanecer en medio de la nieve ocho o nueve horas, tolerando el cortante frío de febrero.

Con todo, para ganar debíamos aguantar y vencer más y más dificultades. Si los enemigos recibían aquí una derrota aplastante, no se atreverían a abalanzarse más sobre nosotros.

Casi a las 5, el grupo de protección enviado a la cota sureste, en dirección a Badaogou nos avisó que se aproximaban. Con los binoculares vi que la columna principal, guiada por el oficial instructor japonés, se acercaba despacio siguiendo a la patrulla de exploración conducida por un oficial del ejército títere manchú.

Por conducto del ordenanza, repetí que nuestras unidades no dispararan sin antes recibir la señal que daría cuando, una vez pasada la patrulla, hasta el último hombre del grueso entrara en la emboscada.

Paralelamente a la llegada del enemigo, de súbito el tiempo se tornó caprichoso. El cielo se cubrió de negros nubarrones. Si no hubiera sido por la nieve, el lóbrego lugar se habría envuelto en una densa oscuridad. Un viento frío nos azotó desde el norte. La ventisca impedía a los adversarios abrir los ojos.

Tan pronto como las fuerzas principales penetraron en el área de celada, disparé la pistola de señales. Más de 400 fusiles y varias ametralladoras comenzaron a vomitar fuego de odio. Ordené a Han Ik Su el toque de ataque; los adversarios parecían ratones encerrados en una tinaja.

El éxito combativo fue muy grande. Les causamos más de 100 bajas, rendimos a dos compañías y nos apoderamos de 3 ametralladoras ligeras, más de 150 fusiles y gran cantidad de balas. Sólo la patrulla logró huir.

Cuando golpeamos a los de Badaogou, aparecieron otros por la dirección de Erdaojiang; pero, atemorizados ante el intenso tiroteo que se oía en el valle, se detuvieron delante del monte donde estaba el pelotón de protección, que abrió fuego en ráfaga contra los que estaban indecisos. Sin saber cómo actuar, los sobrevivientes pusieron pies en polvorosa, abandonando a los caídos.

Hice que los pobladores de Simenkaiting se llevaran a los enemigos heridos, les prestaran asistencia médica y dieran comida, y que luego, los dejaran en libertad, junto con los prisioneros sanos. Si no me equivoco, entonces surgió la famosa anécdota de un soldado del ejército títere manchú que dijo que merecía ser un colaborador benemérito de la guerrilla, ya que había sido apresado seis veces y entregado igual cantidad de fusiles.

En esta batalla de Limingshui, el enemigo en Badaogou y sus cercanías perdió el grueso de la tropa de “gran castigo invernal”, echamos por tierra su fanfarronería de que aniquilarían a la guerrilla, y su propósito de “gran operación de castigo invernal” se deshizo como espuma. En resumen, que esa victoria puso fin a grandes operaciones “punitivas”. Por eso la recuerdo con especial emoción. Además, posibilitó que los compañeros de la segunda división recuperaran el ánimo. Compartiendo con ellos la comida y el albergue, les di las sugerencias necesarias para sus actividades posteriores y adopté medidas para que pudieran realizarlas seguramente con la ayuda de las organizaciones de la Asociación para la Restauración de la Patria en las zonas de Taoquanli y Tianshangshui.

Atendiendo a mis consejos, establecieron el campamento secreto en el fondo del valle de Taoquanli y allí pasaban en paz dedicándose al estudio político y al entrenamiento militar hasta llegar la temporada cálida. Se decía que la organización clandestina del lugar les ofreció lienzo, alpargatas de cáñamo, *poson* grande y muchos otros artículos de ayuda.

A mediados de mayo, cuando empezaban a renacer las plantas, volví a encontrarme con ellos en una loma a poca distancia, al oeste, de la aldea Limingshui. Todos tenían buen semblante por vivir cómodos en el campamento secreto.

Sin embargo, me vi en un atolladero porque los coreanos pertenecientes a esa unidad no querían separarse de mi lado. Me dijeron que deseaban mucho pasar a nuestra unidad y me pusieron en aprietos rogándome que se lo permitiera.

Les persuadí hasta dolerme la garganta: Hemos formado las fuerzas unidas con compañeros chinos porque esto es más ventajoso que combatir solos para recibir el apoyo y la ayuda del pueblo chino; aunque ustedes son del primer cuerpo, deben pensar que forman un escuadrón volante del Ejército Revolucionario Popular de Corea, porque son coreanos más de la mitad de sus integrantes; entonces, si todos pasan a la nuestra, ¿quién combate a los que se abalanzan sobre nosotros desde todas direcciones?; a los enemigos del Sur de Manchuria deben aniquilarlos ustedes y otros integrantes del primer cuerpo, a los del Este los compañeros de la cuarta división y, a los del Norte, los de la misma región; sólo así, nosotros podremos pelear con éxito con los adversarios en la zona del monte Paektu; si ustedes no los contienen, todos podrían lanzarse como enjambres de avispas sobre nuestras fuerzas principales; por esta razón, enviamos a los mejores cuadros militar-políticos, difícilmente formados, tanto a las unidades del Norte de Manchuria como a las del Sur; pero, ustedes quieren seguirnos, lo que me pone en aprietos; ustedes se han separado de sus padres, esposas e hijos con el deseo de rescatar al país y deben superar sentimientos individuales para el triunfo en la gran guerra antijaponesa; después de restaurado el país perdido, nos reuniremos todos y hablaremos de hoy como de un cuento.

Francamente, siempre que los compañeros de Manchuria del Sur lo solicitaron, los envié. No fueron uno o dos los casos.

Todos los seleccionados eran, sin excepción, hombres íntegros. Ri Tong Gwang y Ri Min Hwan procedían de Manchuria del Este. Envié a mi ordenanza Kim Thae Man a Cao Yafan, designado en marzo de 1937 como sucesor del comandante Cao Guoan, porque ponía los ojos en él.

Son Yong Ho, jefe del departamento de asuntos generales del primer cuerpo, era mi amigo que desde la época de la escuela normal de Jilin fue miembro de nuestra Asociación de Estudiantes Cursantes en Jilin. Tenía especial vocación por la música y el deporte. Por su fuerte complexión y apariencia elegante, gozaba de gran popularidad entre las muchachas de Jilin. Era saltador de altura y violinista de la

escuela normal. Mientras actuaba en la Unión de la Juventud Comunista, fue detenido por la policía y estuvo algún tiempo en la prisión de Sinuiju. En libertad, se dedicó a sembrar la conciencia revolucionaria en las aldeas de Wulihezi, en el distrito Yongji, y el año siguiente fue al distrito Panshi, Manchuria del Sur, donde se desempeñó como redactor jefe del *Panilchongnyon Ilbo*, órgano del comité partidista del distrito. En el invierno del 37 empezó a trabajar como jefe del departamento de asuntos generales en la jefatura del primer cuerpo. Volví a verlo en Nanpaizi en el invierno de 1938. Se alegró mucho y pidió permanecer junto con nosotros. Desgraciadamente, unos tres meses después oí que cayó heroicamente en un combate, cerca de Fuerhe.

De entre las unidades guerrilleras de Manchuria del Sur nuestra atención siempre se dirigió más a la segunda división del primer cuerpo que actuaba cerca. Cuando festejamos la victoria en la batalla de Pochonbo en una reunión conjunta de guerrilleros y habitantes, acudió para compartir la alegría. El combate en el Jiansanfeng se efectuó en cooperación con el grueso de nuestra unidad, la cuarta división, y la segunda división del primer cuerpo.

Durante unos años, esta última ejecutó bien operaciones conjuntas con nuestra unidad en la zona suroeste del monte Paektu. En documentos de la policía del enemigo o periódicos, de la segunda mitad de la década del 30, aparecían a veces parejos mi nombre y el de Cao Guoan, lo cual debe considerarse como un vivo reflejo de la historia que los revolucionarios de Corea y China escribieron allanando con dificultad, hombro a hombro, el camino de la lucha conjunta, de operaciones conjuntas.

Hoy, cada vez que recuerdo esos días en que nuestra lucha revolucionaria se desarrollaba victoriosa, aparecen ante mis ojos las imágenes de los compañeros de armas de la segunda división del primer cuerpo: Cao Guoan, Song Mu Son, Pak Sun Il... Sólo con recordar sus nombres siento un nudo en la garganta y surgen ante mis ojos por entre la nevasca, sus rostros amables.

## 5. *Samil Wolgan*

Tanto en Oriente como en Occidente, lo mismo en el presente que en el pasado, todos han reconocido y reconocen el poder que ejercen las publicaciones sobre la vida del hombre. Hay quienes sostienen, incluso, que desde antaño el mundo, excepto algunas naciones incultas, se rigió por unos cuantos libros. La historia ha dado suficientes pruebas de cuán importante papel desempeñan en la transformación y desarrollo de la sociedad. Si el hombre es quien mueve el mundo, no sería una exageración afirmar que uno de los factores que mueven al hombre son las publicaciones hechas por intelectuales honestos y precursores de la época, portavoces de la justicia y la verdad.

Para calificarlas, nosotros utilizamos expresiones como educadoras, difusoras y organizadoras de las masas.

Además, las revolucionarias podrían considerarse un excelente medio para unir por un solo lazo al líder, el partido y las masas.

En el editorial del primer número del periódico *Iskra* Lenin escribió: “Que de una chispa se levante una llamarada”, una máxima de oro que no tardó en difundirse por el planeta. Y esta chispa se convirtió en la llamarada de octubre extendiéndose a todo el territorio de Rusia.

De hecho, podría aseverar que las publicaciones jugaron un gran rol en orientarme hacia el camino de la revolución.

Entre las sentencias célebres, de alcance mundial, hay una que dice: “Lo que no se puede hacer con el sable, se logra con la pluma.” Al sacar a la luz *Saenal*, *Bolchevique* y *Nong-u* conocimos el verdadero valor de las publicaciones y depositamos en ellas tanta esperanza como en los fusiles y los sables.

Ellas constituyen una de las poderosas armas de la lucha revolucionaria. Sus disparos tienen alcance ilimitado.

Desde el monte Paektu, cuando por medio de *Samil Wolgan*, *Sogwang* y otras exhortábamos a no olvidar a la patria ni a los compatriotas dentro del país, nuestra voz llegaba a oídos de todos los guerrilleros y habitantes del Norte y el Sur de Manchuria. No existirán en el mundo otros medios de propaganda y de agitación tan potentes como las publicaciones para difundir al mismo tiempo y con rapidez entre millones de personas, iguales ideas y consignas combativas, y para unir las y forjarlas organizativa e ideológicamente.

En el período de la Lucha Armada Antijaponesa nuestros hombres solían llamar las diversas formas de propaganda con términos populares: la oral “cañón vocal”, la que se realizaba por medio de actividad artística “cañón de tambor” y la impresa “cañón de pluma” o “cañón de letras”.

Las primeras dos formas tenían, en comparación con la impresa, rápido efecto y fuerte carácter exhortativo; esta última, en cambio, era ventajosa por su efecto duradero y no estar restringida a lugar.

Cuando los enemigos ponían freno a la palabra y reprimían despiadadamente, a bayonetazos y garrotazos, a cualquiera que se expresara o actuara contra el mantenimiento de su régimen, nos vimos obligados a garantizar clandestinamente las labores organizativo-propagandísticas llamadas a asegurar la dirección unificada a las organizaciones revolucionarias. Y esta situación nos hizo buscar los medios de propaganda y agitación más propicios para la guerra de guerrillas y prestarle la necesaria atención al “cañón de pluma” al que considerábamos el mejor vehículo. Así fue como en el campamento secreto del Paektu establecimos una imprenta y comenzamos a editar *Samil Wolgan*, órgano de la Asociación para la Restauración de la Patria.

En Donggang, al crear la ARP, hablamos de la necesidad de sacar esa revista. Para llevar la guerra antijaponesa a toda la nación mediante la inclusión de todos los sectores populares en un enorme recipiente llamado frente unido nacional antijaponés, debíamos utilizar adecuadamente el “cañón oral” y el “cañón de tambor” y, en especial, poner en acción, con eficacia, el “cañón de pluma”.

En la primera parte de los años 30, nuestro trabajo político para el frente unido nacional adolecía bastante de un carácter regional. Su esfera abarcaba principalmente a Manchuria y zonas del Norte de Corea, sin rebasarlas mucho. Pero la ARP se proponía hacer flamear esa bandera en todo el territorio de Corea, en China, Japón, Unión Soviética, Estados Unidos y en todas partes donde residieran compatriotas nuestros.

Para alcanzar este propósito, de vez en cuando enviamos trabajadores clandestinos a muchos lugares, aunque, para nuestra pena, los teníamos en número limitado. Como habíamos dejado en Manchuria del Norte a un buen número de cuadros militares y políticos que desde el período inicial de la lucha guerrillera actuaron mucho en el movimiento del frente unido en Manchuria del Este, nos faltaban cuadros.

Uno de los importantes medios para llenar ese espacio que dejaba la falta de personal lo constituían las publicaciones. Estaba seguro de que si editábamos un buen órgano que se granjeara el amor de las masas y lo distribuíamos por doquier, cada uno de sus ejemplares podía suplir a un trabajador clandestino.

Sin embargo, a causa de circunstancias ineludibles no pudimos sacarlo a la luz a su debido tiempo. Había muchos combates y frecuentes movimientos. Siempre nos hallábamos cercados por los enemigos. Con cargas a las espaldas teníamos que caminar diariamente decenas e incluso cientos de *ríes*. No nos daban tiempo para hacer publicaciones.

Apenas establecido el campamento secreto del Paektu e instalada la imprenta, llegamos a tener el órgano de la ARP, *Samil Wolgan*, revista política y teórica de carácter masivo que tenía como misión principal servir al ideal de la Asociación de alcanzar la independencia del país con la movilización de los 20 millones de coreanos.

Nos empeñamos en darle un nombre acorde con la tarea de la ARP y encontramos las cuatro sílabas: “Samil Wolgan”.

“Samil” (Significa el primero de marzo. —N. del Tr.) representaba el Levantamiento Popular del Primero de Marzo, un

impresionante movimiento independentista de los coreanos que a escala nacional se opusieron a los agresores imperialistas japoneses.

Por tanto, el título, siendo expresión de la voluntad de la nación, encerraba en sí nuestro propósito estratégico de mantener el lineamiento de la revolución coreana, apropiado a nuestras condiciones, y extender la lucha armada desde el monte Paektu a todo el territorio del país, así como el significado de preparar la guerra de resistencia con la movilización de toda la nación.

*Samil Wolgan* era, al mismo tiempo, órgano de la Asociación, del Comité del partido en el Ejército Revolucionario Popular de Corea, y revista política de masas, destinada a todo el país, a toda la nación. De ahí que se convirtiera en una publicación de carácter pan nacional, leída y amada no sólo por los combatientes del ERPC, los revolucionarios comunistas, sino por los burgueses nacionales, creyentes y los soldados de las tropas independentistas.

La redacción la formamos, fundamentalmente, con el personal de la secretaría y como redactor jefe designamos a Ri Tong Baek quien había sido periodista.

Bajo su dirección, el colectivo impulsó con entusiasmo los preparativos para sacar el primer número. Se efectuaron muchas discusiones sobre cuestiones relacionadas con la orientación de la redacción y los quehaceres de la imprenta. Se estudiaron asiduamente también las publicaciones del país para encontrar un formato adecuado.

Sobre los círculos de prensa del país batía un furioso viento de cierre definitivo o temporal de periódicos y revistas. Las revistas que exhibían el menor indicio patriótico fueron reprimidas y clausuradas incondicionalmente, razón por la cual quedaban unas pocas que nos sirvieran de referencia.

Nuestro personal de redacción las hojearon, empero no las consideraron como pauta ni pensaron imitarlas. Trataron de hacerlo todo de modo original, con iniciativa propia.

Decidimos que *Samil Wolgan* tuviera formato de revista político-teórica masiva y su contenido estuviera permeado de la idea patriótica

y de gran unidad nacional. Acordamos que cada número, además de un artículo de fondo, o editorial, tuviera secciones fijas como “Novedades del movimiento de nuestra nación para la restauración de la patria”, “Noticias sobre las victorias del frente revolucionario nacional antijaponés en distintos lugares”, “Columna de preguntas y respuestas”, “Importantes hechos nacionales”, “Noticias internacionales destacadas” y “Columna del arte y la literatura”.

En cuanto a los textos originales se preveía asegurarlos principalmente con la movilización de redactores de la unidad del ERPC en la que estaba ubicada la secretaría y, además, con los recogidos de las demás agrupaciones del ERPC que operaban en diversas regiones y por medio de las organizaciones de la ARP. Para garantizarlos situamos enviados especiales de *Samil Wolgan* en importantes puntos de Manchuria del Este, del Sur y del Norte, y alentamos la colaboración amplia de los lectores.

Debatimos y buscamos con afán soluciones para convertir su confección en tarea de las masas de lectores, para lograr que ellos, de diversas clases y capas sociales, colaboraran enviando regularmente trabajos y nos trasladaran sus opiniones para enriquecer el contenido y mejorar sin cesar su forma. Finalmente, Ri Tong Baek ideó normas para la colaboración.

Resultaron atrayentes. Estaban redactadas de tal modo que quien las leyera, aunque careciera de facilidad para redactar, se sentía impulsado a tomar la pluma y escribir algo a gran velocidad. Las normas estaban precedidas por palabras de solicitud que decían que serían saludadas las colaboraciones por recoger excelentes e inapreciables opiniones de personalidades patrióticas de diversos sectores sociales. Después, se explicaban en detalle las reglamentaciones, entre otras, la extensión de los manuscritos según su contenido, el tipo de colaboración y la aplicación de premios a colaboradores activos.

Distribuimos esas normas por conducto de las organizaciones y las incluimos en el primer número con el título “Saludamos la colaboración”.

No pasó mucho tiempo sin que nos llegaran numerosos trabajos procedentes de varias zonas. Impresa en mi memoria está la imagen del “Viejo de la Pipa” muy contento de recibirlos. Con grato interés también leí casi todos esos originales disímiles.

El jefe del Estado Mayor de la tropa independentista de Ryang Se Bong expresaba, en su mensaje de felicitación, su sincero y caluroso saludo a la fundación de la Asociación para la Restauración de la Patria. Y me dejó una honda impresión el artículo que se refería al encuentro de Ri Tong Gwang, que actuaba en Manchuria del Sur como representante de la ARP, con un tal Pak, delegado de los compatriotas residentes en Shanghai. Apuntaba el texto que ese delegado, después de participar durante varios años en el movimiento independentista en Beijing, Tianjin y otras partes de China, fue a Manchuria del Sur al recibir la noticia de la fundación de la Asociación y propuso establecer un frente unido dentro y fuera del país, teniendo como eje a la Asociación. Esto constituía una buena oportunidad para ampliar la red de organizaciones de la ARP a todo el extenso territorio de China. Terminado de leer aquel artículo, enviamos a un trabajador político competente para contactar con Ri Tong Gwang.

Así, pues, en el proceso de la preparación para editar la *Samil Wolgan*, la sección de redacción funcionó, al mismo tiempo, como oficina de información que contribuyó de modo directo a la ampliación y consolidación de la red organizativa de la Asociación.

También resultó emotiva la carta de un comité zonal de la ARP al confeccionar un estandarte para congratular al Ejército Revolucionario Popular.

“...Bajo la calurosa simpatía de los paisanos patrióticos cada cual contribuimos, pese a nuestra pobreza, con un *won* o con uno o dos *jones*. Así reunimos 8 *wones* y 71 *jones*, suma demasiado pobre para conseguir algún material militar, razón por la cual nosotros y los demás paisanos patrióticos decidimos, por unanimidad, que era mejor confeccionar y enviarles un estandarte para congratularles. ...”

Determinamos insertar en el primer número todas esas cartas sinceras.

El problema de los textos, que más nos preocupaba entre todos los preparativos, se resolvió mejor de lo que preveíamos al reunirse suficientes, lo que animó mucho al “Viejo de la Pipa”. Un día, apareció en la sede de la Comandancia y con una amplia sonrisa dejó ante mí unas 10 hojas de papel en blanco.

—Ya tenemos suficientes manuscritos. Falta lo más importante: las palabras de presentación de la revista y el artículo de fondo. Cuando los tengamos, podremos empezar el diseño. Su autor debe ser, de todas maneras, usted, compañero presidente de la Asociación. Aquí tiene papel.

—Entonces, ¿qué hará el redactor jefe? Mientras está vivo y bien sano el señor redactor jefe, reconocido por su talento para escribir, ¿cómo atreverme a empujarlo a un lado y ocupar su puesto? No, me es imposible. Lo justo sería que usted, señor redactor jefe, se encargue de las palabras de presentación.

Estaba atareado, pero, además, quería que aquel honesto periodista que había recorrido un camino de martirios, redactara ese texto y expresara a sus anchas la tristeza que le abrumaba por la pérdida del país y las llameantes palabras que pensaba dirigir a los 20 millones de compatriotas. Casi le obligué a encargarse de esa tarea.

En cambio, acordamos que yo escribiría un artículo de fondo titulado: *Recuerdos del Levantamiento Popular del Primero de Marzo*. Pero, como tenía excesivo trabajo urgente, no pude hacerlo para la fecha prevista. En las pocas veces de que disponía de tiempo, ocurría desgraciadamente que me informaban de la detención de algún espía, o que llegaba el parte de que el “cuerpo de castigo” se acercaba a nuestra base, y me veía obligado a correr al combate.

Echaba mucho de menos a Kim Hyok y Choe Il Chon. Ambos, redactores jefes de *Bolchevique* y *Nong-u*, respectivamente, y mis entrañables compañeros y amigos de las etapas de Kalun y Wujiazi, eran por igual brillantes redactores.

Si las palabras del poeta Kim Hyok resultaban abiertas e

impetuosas como un gran río desbordado, las de Choe Il Chon tenían un fuerte matiz nacional, alto grado de razonamiento y una agudeza analítica. De vez en cuando, Kim Hyok publicaba en *Bolchevique* canciones revolucionarias de letras y melodías suyas. Las que recuerdo todavía vivamente son *Canción de odio a la sociedad capitalista* y *Canción antifraccionista*.

La primera, con el sentimiento de detestar y odiar a la sociedad capitalista, criticaba mordazmente a los explotadores, y la segunda, satírica, ponía al desnudo sin ambages la faz de los fraccionalistas serviles que con la protección de otros trataban de construir el partido empleando sellos de papa.

Con Kim Hyok y Choe Il Chon a nuestro lado, habríamos aliviado mucho la carga del “Viejo de la Pipa”.

Tanto el artículo sobre el Levantamiento Popular del Primero de Marzo como los documentos para el acto de fundación de la ARP tuve que escribirlos en los intervalos de encarnizados combates como cuando hice los guiones para los dramas *Mar de sangre* y *Destino de un miembro del “Cuerpo de Autodefensa”*.

Entre los preparativos del primer número de *Samil Wolgan* lo más difícil hasta el último momento fue conseguir materiales de impresión. No teníamos más que un mimeógrafo viejo. No nos alcanzaban la tinta, ni el rodillo, ni los estérciles ni el papel. El personal de la imprenta resolvió por sí solo este problema. Si se acababa la tinta, hacía un cono de hojalata, quemaba bajo él cortezas de abedul y recogía el hollín para luego mezclarlo con aceite y con tinta de fábrica. Cuando se inutilizaba el rodillo, moldeaba otro con una masa de cola y resina de pino hervidas juntas. Y si los estilos se desgastaban, hacía otros con agujas de zapatero.

Sus tesoneros esfuerzos por la *Samil Wolgan* eran dignos de presentarse como ejemplo del espíritu de apoyarse en sus propias fuerzas y luchar con tenacidad.

Por fin, sus empeños dieron fruto relevante: el primero de diciembre de 1936 apareció ante el mundo el primer número de *Samil Wolgan*.

El “Viejo de la Pipa” me trajo el primer ejemplar de la revista y me dijo:

—Si en mi vida infructuosa he hecho algo útil, es la edición de este primer número de *Samil Wolgan*. General, sé que está atareado, pero preste oído al grito que anuncia el nacimiento de nuestra revista.

Muy emocionado, leyó el primer párrafo de las palabras de presentación:

“Desde que los vandidescos japoneses ocuparon nuestra Corea, y sus 23 millones de habitantes vestidos de blanco se convirtieron en esclavos de esos imperialistas, nuestras vidas y derechos humanos son atropellados tan despiadadamente como si fuéramos peores que cerdos o perros.”

*Samil Wolgan* tuvo una gran repercusión. Fueron extraordinarias las opiniones del ejército y del resto de la población sobre su primer número. Las organizaciones locales de la ARP nos enviaron, junto con palabras de congratulación por la aparición de la revista, cartas de solicitud para que aumentáramos la tirada. Hubo también quienes, en nombre de sus organizaciones, adelantaron sus peticiones del número siguiente.

Hicimos la lista de equipos y materiales que faltaban para la impresión y tratábamos de buscarle solución, cuando Pak Tal envió la petición a una persona que estudiaba en Japón y así consiguió dos mimeógrafos de alta eficiencia. Los dos equipos fueron recogidos en la estación ferroviaria de Tanchon, me contaron, y se transportaron hasta Kapsan en una carreta, metidos por separado en sacos de patatas. Por la rigurosa vigilancia de la policía tuvieron que esconderlos todo el día en el bosque y sólo por la noche avanzada pudieron llevarlos hasta Ophungdong donde se hallaba la sección de publicaciones de la Unión de Liberación Nacional.

Pak Tal quería enviarlos a nuestro campamento secreto. Pero, estimé mejor que utilizáramos sólo uno y que el otro se quedara en Kapsan para que la Unión de Liberación Nacional de Corea lo usara para su órgano que se editaba con el título de *Hwajonmin*.

Efectivamente resultó muy bueno el aparato que nos consiguió el

grupo de Pak Tal. Rendía varias veces más que el anterior, razón por la cual a partir del segundo número la tirada alcanzó una cifra de varios cientos.

La popularidad de *Samil Wolgan* superó lo que preveíamos. Creo que gustó más por su contenido impregnado de punta a cabo por la idea del frente unido nacional que por su original formato. Y esto quería decir que reflejaba en forma más sensible y correcta la tarea que planteaba la época ante la nación. En vista de la ofensiva fascista del militarismo japonés, lo primordial para los revolucionarios de Corea consistía en aglutinar compactamente a todos los sectores y capas populares en el frente unido nacional antijaponés para asentar los cimientos de la guerra de resistencia de todo el pueblo.

Con la aparición de la revista se impulsó con mayor rapidez la ampliación y consolidación de la red de la ARP.

Crecieron a saltos el número de los alistados voluntarios en el Ejército Revolucionario Popular y el de nuestros partidarios y simpatizantes. Uno o dos disparos del “cañón de pluma” tuvieron tan fuerte impacto que hasta sus mismos tiradores quedaron sorprendidos.

En una conversación con Kwon Yong Byok, Pak In Jin reconoció que en la incorporación a la ARP de casi todos los creyentes chondoístas al norte del paso Machon en un breve tiempo fue muy grande la ayuda que prestó la *Samil Wolgan*.

Innegablemente, Ri Tong Baek tuvo el mayor mérito en su edición. Hizo muchos esfuerzos cuando se fundó la Asociación para la Restauración de la Patria, pero sudó incomparablemente más para la edición e impresión de la revista. Le consagró totalmente la última parte de su vida.

Durante mis más de 80 años de vida nunca vi uno que ahorrara el papel más que el “Viejo de la Pipa”. Guardaba hasta pedacitos del tamaño de hojitas de árbol y los utilizaba muy oportunamente llenándolos con letras tan pequeñas como granos de sésamo. Si alguien liaba pitillos con papel blanco, lo criticaba en duros términos por no saber economizar. Siempre fumaba un pipa. No sabemos si el

motivo estaba en su obstinación por ahorrar papel.

Independientemente del motivo que fuera, la verdad es que esa pipa hizo que Ri Tong Baek economizara bastante. De lo contrario, en toda su vida habría quemado varios miles de hojas.

El redactor jefe de la *Samil Wolgan*, Ri Tong Baek, apuntaba en su diario, sin dejar de hacerlo ni una vez, y recogía todos los materiales a su alcance y los guardaba con cuidado en una mochila para, decía él, escribir la historia de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa cuando se liberara la patria. Murió víctima de una sorpresiva operación de “castigo” en el campamento secreto de Yangmudingzi. Los enemigos lo mataron junto con viejos y enfermos que no tuvieron tiempo para refugiarse, y dieron fuego al campamento. Los muchos documentos, materiales gráficos y apuntes de diarios que él apreciaba tanto y guardaba con celo, desaparecieron sin dejar rastro, quemados junto con él. Todavía siento un incontenible dolor cuando pienso que en una sola mañana quedaron reducidos a cenizas aquellos materiales históricos que él cuidaba tanto al considerarlos el mejor obsequio que podría ofrecer a la patria independizada. Si de aquellos enormes líos de documentos se hubieran salvado siquiera sus diarios, las generaciones de hoy se alegrarían mucho.

Posteriormente, en el campamento secreto de Yangmudingzi recuperé los restos de su cuerpo entre las ruinas de una cabaña y los enterré. No encontramos la pipa que usaba con tanta fruición. No quedó ningún objeto que pudiera conservarse como recuerdo suyo. La única cosa que ni las llamas fueron capaces de devorar es el emocionante y profundo recuerdo de los combatientes antijaponeses por ese eminente y viejo intelectual revolucionario. Hace algunos años, al descubrirse el lugar del campamento secreto del monte Paektu, se encontraron árboles con consignas grabadas por las manos de Ri Tong Baek.

Permanecí largo rato ante aquellos árboles con la impresión de haberme encontrado con el mismo redactor jefe de *Samil Wolgan*, vivo.

De todos los intelectuales con quienes me encontré durante la Revolución Antijaponesa Ri Tong Baek era el más consciente, revolucionario y erudito.

En diferentes países y épocas los avanzados representantes de la intelectualidad han desempeñado un rol bastante grande en la revolución y transformación social.

En la edad moderna, en nuestro país también los intelectuales ocuparon un papel sumamente importante en el desarrollo del movimiento revolucionario. Pese a tales o cuales limitaciones, contribuyeron con honestidad, por diferentes vías y métodos, al movimiento de liberación nacional y al comunista.

Ri Tong Baek fue uno de ellos. Representante de la intelectualidad revolucionaria, llegó a ingresar en las filas de la Lucha Armada Antijaponesa después de recorrer el camino más general y universal por donde podían ir los intelectuales coreanos en la década del 20.

De su posición irresoluta y vacilante pasó a ser genuinamente revolucionario y sirvió a la más activa resistencia armada.

Entre los encargados de la prensa dentro de la guerrilla en el período del monte Paektu Kim Yong Guk podía situarse detrás de Ri Tong Baek por el talento de escribir. Antes de ingresar en nuestra unidad por conducto de Pak Tal y Ri Je Sun, había actuado en la asociación roja de campesinos en el país.

Como militar no se contaba entre los de “primera categoría”, pero, como literato era sobresaliente, casi no tenía competidor. Todos los que veían su escritura con el estilo exclamaban de asombro porque parecía hecha por una máquina. En una noche escribía con el punzón en más de 10 estenciles y las letras resultaban tan uniformes como tipos de imprenta, lo que siempre fue elogiado por el “Viejo de la Pipa”.

Hablando de algún defecto suyo, diría que era liberal e incorregible desmemoriado, si esto puede considerarse como tal. Su falta de memoria era tanta que una vez dejó olvidado su fusil en un sitio donde hicimos alto y apenas al cabo de caminar casi 8

kilómetros gritó “¡Ay, mi fusil!” y corrió de vuelta precipitadamente. Por eso fue duramente criticado y sancionado.

—El fusil es como su propia vida, ¿cómo puede escribir usted si está tan aturdido que incluso olvida y deja abandonada la vida?

Le dije esto después de haber cumplido la sanción. Kim Yong Guk, rascándose el cuello y con cierto atrevimiento respondió: “Casi todos los escritores de renombre mundial fueron graves desmemoriados”. El “Viejo de la Pipa” y yo no pudimos contener una estrepitosa carcajada.

Era un apasionado estudioso de la literatura y escribía versos o novelas en el tiempo disponible. En el periódico *Sogwang* que editamos en 1937 como órgano interno, aparecieron varias obras suyas. Recuerdo, aunque vagamente, que en el primer número se insertó la letra de una canción con unas cinco estrofas y uno de sus versos decía: “Cuando el marido de la vecina ha ingresado en el ejército revolucionario, el mío ha entrado en el cuerpo de autodefensa.” Kim Yong Guk añadió en el texto que la cantaran con la melodía de *Arirang*. En los números 2, 3 y 4 salió por partes una novela corta suya. Era el redactor jefe del *Sogwang*. Desgraciadamente aquel joven y talentoso escritor se fue de nuestro lado demasiado pronto al ser víctima de una bala de la tropa de “castigo” en el otoño de 1938, mientras, junto con Kim Ju Hyon, recogía miel silvestre para los débiles y heridos.

En el *Sogwang*, periódico político semanal, aparecían muchos materiales de estudio políticos y militares para los guerrilleros. En él se publicó mi trabajo: *Tareas de los comunistas coreanos*.

Otra persona que se destacó entre los activos redactores del *Sogwang* fue Rim Chun Chu. En ayuda a Kim Yong Guk participó activamente en la redacción y edición de este semanario.

*Jongsori*, otro semanario de uso interno que salió al comenzar el curso de estudios político-militares en el campamento secreto de Matanggou, insertaba en lo fundamental materiales político-militares y otros educativos que podían ayudar al curso.

Choe Kyong Hwa fungía como redactor jefe. No tenía instrucción

universitaria, pero dirigió con habilidad aquel difícil trabajo. Creo que la llave de su exitoso desempeño fue su asiduidad por el estudio, lo que le permitió asimilar múltiples conocimientos. Autodidacto, en su pueblito natal había leído todas las guías y manuales para ingresar en un centro de enseñanza superior.

Uno podía escuchar todo el día, sin aburrirse, sus narraciones. Hasta novelas populares de mediocre calidad que se leían entre bostezos, se convertían en obras de primera categoría, si él las contaba. El don de hablar era su más poderoso medio y mayor dote. Por tanto, frecuentemente lo poníamos a hacer discursos exhortativos. Su elocuencia cautivaba al auditorio.

En su tierra natal se enroló en el movimiento de los jóvenes estudiantes y huyendo de la persecución de los enemigos se refugió en Changbai. En este territorio se dedicó al trabajo de ilustración de las masas, disfrazado de maestro de colegio privado. Por supuesto, ingresó poco después en la organización de la ARP. Desde que entró en contacto con la línea de trabajo clandestino de Kwon Yong Byok lo designaron responsable de la sección de organización de la célula del partido en Shiqidaogou y trabajador político para la región de Songjin (hoy ciudad Kim Chaek). Por una falta que cometió en un instante se vio en la imposibilidad de continuar la actividad clandestina y así ingresó en la guerrilla.

Las guerrilleras cuchicheaban que era un hombre atractivo. Pero, para mí su talento y personalidad eran más atractivos que su físico. Era un raro ingenio, sobresaliente literato y excelente dibujante a la vez. Fue autor de casi todas las ilustraciones que aparecieron en *Jongsori*. Dirigía las clases políticas y en el campo de batalla era combatiente de vanguardia pues siempre marchaba al frente en los ataques. Durante el enfrentamiento de Jingantun, desarrollado a principios de 1938, se incorporó voluntariamente en el grupo de choque y abrió el camino de avance a la unidad. En esa operación recibió una herida mortal, que le arrancó la vida.

Muy dolido por la pérdida de un magnífico compañero como Choe Kyong Hwa, durante toda la noche del día de su muerte escribí

palabras de duelo, sin poder contener las lágrimas. Pese al intenso frío efectuamos con solemnidad las exequias.

*Cholhyol*, órgano interno de la Unión de la Juventud Antijaponesa, otro semanario, pero noticioso, se publicó a finales de 1939, antes del inicio de las operaciones con grandes unidades por una ruta circunvalante. Como habíamos perdido a los más sobresalientes periodistas como Ri Tong Baek, Kim Yong Guk y Choe Kyong Hwa, no tuvimos otro remedio que encargar a los novatos discípulos redactar y dar a la luz las publicaciones.

Con la decisión de enseñar, con la práctica, el arte de escribir, recomendé la tarea de editar el *Cholhyol* a Kang Wi Ryong, quien a la sazón encabezaba, a la vez, la organización del partido y de la unión de la juventud en la Comandancia. De entrada, agitando las dos manos, explicó que no era apropiado para ella y rogó que se la diera a otra persona. Ante mi exigencia aceptó de mala gana; finalmente, con la ayuda del colectivo logró sacar un periódico bastante bueno.

Al igual que *Samil Wolgan* y *Sogwang*, el *Cholhyol* prestó esencial atención a los materiales sobre hechos positivos. Podrían considerarse prototipos la presentación de Ri Ul Sol y el relato de la proeza combativa de un novel guerrillero que armado sólo con una bayoneta arrebató una ametralladora moderna, de fabricación checa, ambos trabajos insertados en el primer número del *Cholhyol*.

Cuando iba a finalizar el curso político-militar en el campamento secreto de Baishitan, para acrecentar la valentía y ánimo de los jóvenes instituímos el galardón de la cinta roja de honor para los autores de proezas combativas. Permitimos que los guerrilleros que lo recibían lo lucieran sobre sus uniformes en las fiestas y otros días conmemorativos a los que la unidad concedía particular importancia.

Orientamos que en el número especial del *Cholhyol*, en ocasión del balance de los estudios político-militares, además de lo referente al mencionado balance, se incluyera la información sobre el nuevo sistema de premiar, para despertar el interés de los lectores.

De esta manera nuestras publicaciones revolucionarias no sólo

sirvieron como excelentes propagandistas y educadoras para las masas de lectores, sino también, las alentaron a realizar heroicas proezas y fueron eficaces ayudantes en la lucha e íntimos compañeros de viaje en la vida.

La característica más importante de *Samil Wolgan* y otras publicaciones nuestras durante la Revolución Antijaponesa, está en el hecho de que aparecieron, no por la decisión subjetiva de unas cuantas personas de talento, sino gracias a la entusiasta participación de amplias masas en las tareas de escribir, redactar y editar.

Al igual que para todas las demás tareas, también en la preparación de publicaciones consideramos una ley irrevocable movilizar a las masas y apoyarnos en ellas.

Según recuerdo, el siguiente episodio ocurrió cuando nuestra unidad acampaba en Nanpaizi.

Durante un recorrido por el campamento vi a una guerrillera que sentada solitaria en el bosque escribía afanosamente algo en un cuaderno. Estaba tan entregada a su quehacer que no me sintió. Siguió mojado en la lengua la punta del lápiz, totalmente concentrada en las letras que difícilmente se desprendían del grafito gota a gota. Le pregunté qué escribía y explicó que componía un texto de propaganda que pensaba difundir en áreas rurales.

El texto me asombró. Teniendo en cuenta que su autora no pudo terminar ni la instrucción primaria, resultó bien redactado y maduro. Bajo el título *A los jóvenes coreanos residentes en Manchuria* tenía su idea y dejaba ver claramente el propósito que perseguía. Así fue como, luego de algunos retoques, lo insertamos en *Samil Wolgan*. Parece que tuvo un fuerte impacto entre los lectores.

Hasta humildes guerrilleras cocineras que no recibieron regularmente ni la instrucción primaria, escribieron para nuestras publicaciones. Únicamente gracias a la activa participación y apoyo de las masas pudimos editar *Samil Wolgan*, *Sogwang*, *Jongsori*, *Cholhyol* y otras en las peliagudas condiciones de privación total de suministros, y preparar fuertes raíces de las tradiciones revolucionarias en esta actividad.

Hoy, en nuestro país está establecido el “Premio Samil Wolgan”, máximo galardón que se confiere a los trabajadores de la prensa con destacados méritos. Si Ri Tong Baek viviera ahora, seguro que habría sido el número uno de los recompensados con este premio.

Quisiera aconsejar a nuestros trabajadores de la pluma que no olviden a esos antecesores de la primera generación de la prensa revolucionaria que se inmolaron sin haber recibido siquiera una medalla.

## **CAPÍTULO XV. AMPLIACIÓN DEL FRENTE CLANDESTINO**

*(Diciembre de 1936 – marzo de 1937)*

### **1. Pak Tal, combatiente ineludible**

Pak Tal nunca vistió el uniforme militar, ni combatimos juntos en la misma unidad. Sólo en algunas ocasiones me encontré con él, cuando vino a la zona del monte Paektu. Dos veces no pudimos vernos porque estuve ausente.

No es fácil penetrar en lo hondo del alma de un desconocido en uno o dos encuentros, pero, como un refrán dice: en una noche se levanta una gran muralla, para nosotros bastó un encuentro para llegar a una comprensión mutua bastante profunda.

Al igual que Ri Je Sun, era un hombre limpio de corazón, no afectado por los avatares del mundo. No perteneció a ninguna secta, ni actuó con autosuficiencia como partidario de una corriente ideológica. No era un activista de moda, al estilo de Kim Chan, An Kwang Chon y otros muchos que yo había visto en la época de Jilin.

Aunque tenía la ingenuidad del campesino de la montaña, poseía lenguaje y ademanes correctos y ricos conocimientos. En el primer encuentro pude apreciar sin dificultad lo mucho que valía. Sabía criticar a su manera movimientos anteriores y preocuparse por encontrarle el camino de salvación a la nación. En busca de un dirigente capaz de romper con métodos anacrónicos, dijo, había ido a Hungnam, Tanchon, e incluso, a tierras de Jiandao.

Por entonces, nos esforzábamos para descubrir a preparados revolucionarios en el interior de Corea.

Para hacer realidad la línea original de la revolución coreana, planteamos la importante tarea estratégica de crear aquí, por una parte, un confiable centro de dirección política, punto de apoyo secreto, capaz de conducir en conjunto la lucha armada y la política, y, por la otra, formar poderosas fuerzas políticas y militares para acelerar la preparación de una guerra de resistencia de toda la nación, encaminada a alcanzar la restauración de la patria con esfuerzos propios.

Estructurar esas fuerzas políticas en Corea significaba aglutinar compactamente a todos los sectores patrióticos bajo la bandera del frente unido nacional antijaponés, mediante la extensión de la red de la Asociación para la Restauración de la Patria, y, a la par, formar elementos medulares que pudieran imprimir un gran auge a la revolución antijaponesa en su conjunto, con la lucha armada como eje, al constituir una densa red de organizaciones del partido.

Esto devino eslabón principal, el clave, que decidía el triunfo o el fracaso en la cadena de las actividades políticas y militares que desenvolveríamos desde el Paektu.

La lucha por la ampliación y el desarrollo del movimiento revolucionario dentro del país no la emprendimos desde cero. Aquí existían una cierta base organizativa en que podíamos apoyarnos para profundizar la revolución y, además, forjadas fuerzas políticas que sabían del sable y el garrote del imperialismo japonés. Sindicatos obreros, asociaciones campesinas y demás agrupaciones de masas por sectores que surgían como el bambú después de la lluvia, por todas partes del país; probados combatientes que las conducían hacia la lucha antijaponesa; un pueblo templado, acrisolado, y que había ganado fuerza en sucesivos fracasos y reveses; lecciones acumuladas con sangre y lágrimas en cada derrumbe y pérdida..., todo sirvió de sólido cimiento para profundizar y llevar a una fase superior el movimiento revolucionario según la nueva estrategia y táctica.

Nuestra postura y orientación en cuanto a este movimiento era respetar sus méritos y experiencias y, sobre esta base, ajustarlo y desarrollarlo a tenor de la exigencia de la nueva época.

A partir de finales de la década del 20 y comienzos de la del 30, enviamos a las zonas fronterizas septentrionales y a la profundidad del país, competentes activistas políticos clandestinos formados en la Unión para Derrotar al Imperialismo y en el Ejército Revolucionario de Corea con la misión de hacer determinados preparativos para asentar la base política y militar.

A fin de dar un nuevo salto en el movimiento revolucionario en el interior del país era indispensable el intrépido avance militar-político hacia aquí, del Ejército Revolucionario Popular, principal fuerza directiva de la lucha de liberación nacional y del movimiento comunista de Corea, así como el activo apoyo y respaldo a los movimientos revolucionarios que se desarrollaban en ésta.

De hecho, estos, víctima de sucesivos fracasos y reveses, esperaban una nueva dirección y lineamientos. Aunque su cúpula se desorientaba por las riñas sectarias, los precursores de otros niveles y el resto del pueblo estaban preparándose para levantarse en el combate a muerte, asimilando radicales lineamientos y dirección. También los combatientes, que estaban entusiasmados en reconstruir el partido, analizaban en la clandestinidad o en la cárcel sus propios trabajos malogrados y se devanaban los sesos para encontrar una salida.

Necesitábamos recursos que en la práctica nos permitieran responder con presteza a esta demanda. Lo primordial era unificar la Lucha Armada Antijaponesa y el movimiento revolucionario del interior de Corea. En otras palabras, esto significaba poner este movimiento bajo nuestra dirección. Para alcanzar el objetivo era necesario, primero que todo, buscar en el país a los revolucionarios firmes, de la talla de Ri Je Sun y, con esfuerzos conjuntos, disponer la rápida ampliación de la red de la Asociación para la Restauración de la Patria y la movilización de toda la nación en la sagrada guerra antijaponesa.

Como candidato más indicado, fue seleccionado Pak Tal a quien nos presentó Ri Je Sun.

—Pak Tal, —me explicó éste—, es todo un hombre, se pondría

sobre el filo del sable para defender lo que considera justo. Además, es un gran teórico. Una vez, entabló una polémica con un arrogante ideólogo con “cabeza de león”, natural de Tanchon, y le bajó los humos irremediablemente. Para preparar las provincias Hamgyong del Sur y del Norte es indispensable entrevistarse con él.

Me sentí muy satisfecho. Sin embargo, no podía tener plena confianza en sus palabras hasta no comprobarlo personalmente, porque hombres renombrados con quienes, seducido por rumores, me había encontrado por encima de sus teorías y planteamientos, me habían defraudado sobremedida.

Muchos de ellos carecían de un criterio propio claro y de originalidad en el pensamiento y la acción.

Pak Tal no era una distinguida personalidad, de primera categoría, como An Chang Ho, Kim Jwa Jin, Ri Chong Chon, O Tong Jin, Son Jong Do, Sim Ryong Jun, Hyon Muk Kwan, Hyon Ha Juk, Ko Won Am, Kim Chan, An Kwang Chon, Sin Il Yong y So Jung Sok, a quienes conocí en la etapa de Jilin. Era solo objeto de vigilancia por parte de policías locales o agentes de policía secretos.

No obstante, este hombre tan modesto como un leñador provinciano emergió como un gigante que dejó una notable estela en nuestra revolución, y se convirtió en mi entrañable amigo y compañero a quien no podré olvidar. Según Ri Je Sun, su nombre original era Pak Mun Sang. Sus vecinos empezaron a llamarlo “Pak Tal” por ser duro como el árbol con igual nombre, y este mote se le quedó finalmente como patronímico.

Nació en el cantón Toksan del distrito Kilju, en la provincia Hamgyong del Norte. A juzgar por su padre, quien administró una fábrica de elaboración de sardinas en Myongchon, su familia no era tan pobre, pero él apenas se graduó de primaria. Se casó cuando tenía 11 años y cinco años después fue empleado como contable en dicha fábrica. Su padre, al parecer, trató de habituarlo desde pequeño a mantener su familia por su cuenta.

Avergonzado por el casamiento prematuro, no lo confesó a sus amigos. A la hora del almuerzo, cuando entraba en casa, si estaba

sola su esposa, no se atrevía a solicitarle comida; sólo andaba y desandaba por el cuarto.

Su padre, aunque era de carácter abierto y buen corazón, tenía una concubina por ser aficionado al alcohol y a las mujeres. De esa y otra manera, alejaba a su esposa, y el hijo sentía mucha compasión por la madre.

Una vez, me contó:

“Odio más que nadie a quienes tienen concubinas; durante toda mi vida presencié cómo mi madre sufría por causa de una concubina y experimenté en carne propia la amargura que daba la poligamia”.

Aseveró que después de liberado el país procedimos muy bien al adoptar una ley que la prohibía.

La desgracia de la madre por el régimen de poligamia molestó al hijo hasta el último momento de la vida. Sacó una lección de los sufrimientos de ella, quien vivió en soledad, sin recibir casi ningún amor verdadero de su marido, y ponía barreras a la bebida y al amancebamiento, siendo fiel toda la vida a su esposa que le llevaba no menos de cinco años.

El tacaño era otro objeto de su aborrecimiento. Detestó a todos los avaros sin distinción de rango, profesión o sexo.

“Cuando veo a un tacaño, pierdo el apetito todo el día.” Bromeó así en Juúl(Kyongsong de hoy —N. del Tr.) en 1957; a tal grado estaba restablecido.

Por esas palabras, me di cuenta de lo enemigo que era del individualismo y el egoísmo.

Tenía gran benevolencia. Si lo digo en lenguaje popular, le sobraba humanidad. En cada temporada de cosecha de patatas, invitaba a los transeúntes a entrar en casa. Les tiraba de la manga despertándoles el apetito con estas palabras: “La patata del presente año es tan dulce como la miel, ¿no quieren probarla?”. A los vecinos que no la cultivaban les ofrecía *tok* de patatas preparado ex profeso.

Si un hombre como él, poseedor de tal corazón, hubiera sido rico, creo, se hubiera hecho un gran filántropo. Aunque carecía de dinero, no escatimó nada para ayudar a los demás.

Egresado de la primaria, estudió por sí solo asignaturas de vieja enseñanza y manuales para la secundaria. Su aplicación en el estudio puede comprobarse plenamente con el hecho de que en la prisión Sodaemun, de Seúl, aunque inválido, leyó y dominó a la perfección el libro de medicina *Tong-ui Pogam*.

Cuando el “incidente de Hyesan”, los policías que registraron su casa quedaron sorprendidos al descubrir un montón de textos socialistas, entre otros *El Programa de 10 Puntos de la Asociación para la Restauración de la Patria*, *La Declaración inaugural de la Asociación para la Restauración de la Patria*, *Fundamentos del socialismo*, *Evolución de la sociedad*, *Principales conocimientos del problema de las colonias*, *Movimiento de mujeres de la clase proletaria*, *Manifiesto de lucha contra el desempleo*, *Diccionario del socialismo*, *Discurso de Wang Ming en el VII Congreso de la Internacional Comunista*, *Con motivo del 15 aniversario de la fundación del Partido Comunista de China*, *Tesis sobre el problema coreano* y *Conocimientos generales para los militantes del partido*. Era rico en libros, aun cuando era tan pobre que uno no podría tocar nada en el cuarto, aunque agitara un largo palo.

En el primer encuentro me dijo que no había aprendido casi nada, ni conocía mucho, así que deseaba que lo enseñara, considerándolo como un analfabeto, lo que resultaba expresión de su modestia, pues poseía bastantes conocimientos sobre la teoría revolucionaria marxista en general. No obstante, no quiso alardear, ni sobresalir. Ni mucho menos abrigaba la ambición de algo así como la “hegemonía”. En fin, era un hombre honesto que no codiciaba ni beneficios materiales, ni cargos. De ahí, considero, su cualidad hermosa como auténtico hombre, auténtico patriota y auténtico revolucionario.

Siempre se puso en la posición del aprendiz y esperaba con ansiedad que alguien lo condujera por un cauce correcto, tomándolo de la mano. Fue así como al organizar el Comité de Acción de Kapsan, limitó su esfera a la localidad del mismo nombre, y con lo de comité de acción definió su carácter temporal. Y siempre lo

mantuvo bajo la premisa de su subordinación al partido comunista que se fundaría en el futuro, y del cambio de nombre por otro adecuado. Pak Tal, como no encontró a un dirigente que lo condujera en su lucha antijaponesa, quiso constituir, por su cuenta, una organización con límites locales para emprender el movimiento. A partir de esta posición formó el referido Comité de Acción.

No resultó simple el proceso de su organización. Ciertos activistas sociales del lugar mantenían una actitud capitulacionista por temor a la persecución de los militares y policías y trataban de justificarla con la falta de una organización central del partido.

Argumentaban: “No hay que incitar ni abanicar la lucha antimperialista que surge espontáneamente en el distrito Kapsan. Debemos esperar a que se funde el partido comunista de Corea y presente una nueva línea para dirigir el movimiento en Kapsan. Justamente esto es ser fiel al marxismo-leninismo y respetar el principio del centralismo.”

Pak Tal lo censuró como una evasión de la revolución y propuso: Nos compete organizar el movimiento espontáneo en el distrito Kapsan y esforzarnos para extenderlo hacia el resto del territorio de Corea; sólo así, en el futuro, cuando se funde el partido comunista, será posible que lo dirija con mayor facilidad. Como se ve, el Comité de Acción de Kapsan nació en medio de la lucha intransigente contra aquellos que esperaban sentados la llegada de una época apropiada o los que, huyendo de la vigilancia de la policía, iban a otros lugares e intentaban sobrevivir.

Con miras a proteger el Comité de Acción de la posible represión, Pak Tal bautizó a sus organizaciones inferiores con diferentes nombres como asociación Jong-u, la Jonjin y la antijaponesa, y para ilustrar a las masas aprovechó sin vacilación hasta la Asociación de promoción rural, el cuerpo de autodefensa u otras organizaciones venales. Al ver que con sus nombres hacía sesiones nocturnas de estudio, encuentros deportivos o reuniones matutinas, los policías, ignorantes de la verdad, expresaban satisfacción, diciendo que también los patanes de Kapsan iban a hacerse fieles ciudadanos del imperio japonés.

En cada reunión de los responsables de las organizaciones inferiores del Comité de Acción, una vez al mes según el plan, programó competencias de fútbol. Mientras otros jugaban, él celebraba la reunión entre bastidores, o distribuía las tareas, o hacía otras cosas que consideraba necesarias. Además, las ceremonias en recordación de difuntos, las bodas, o los banquetes de cumpleaños y de sexagenarios le servían de ocasión para reuniones secretas de los miembros o de responsables de la organización. El aprovechamiento de las posibilidades legales favorecía encubrir a ésta y desplegar con vigor sus actividades.

Para utilizarlas al máximo, los miembros del Comité de Acción mantenían con mucha habilidad las relaciones con policías y lacayos del imperialismo japonés. En cumplimiento de las directivas del Comité, la mayoría de sus militantes se infiltraron en las organizaciones venales o en los organismos administrativos inferiores del imperialismo nipón, donde actuaban como “activistas”.

Resultaba una medida muy audaz y radicalista en comparación con la de la Asociación Singan, la Federación General de Sindicatos Obreros, la Unión de los Jóvenes, el Sindicato Obrero Rojo y la Asociación Campesina Roja, que se enfrentaban incondicionalmente a los militares y policías del imperialismo japonés y a sus lacayos, en manifiesta enemistad contra ellos.

Esa táctica de camuflaje flexible, pero consecuente, que Pak Tal aplicó por primera vez entre los combatientes del interior de Corea, tuvo un gran efecto.

Aparentar servir sumiso al enemigo en calidad de alcalde de aldea y de cantón, o de otros jefes parecidos en instituciones como la policía, el cuerpo de autodefensa, el organismo de administración, la Asociación de promoción rural, el grupo de bomberos, la sociedad de escuelas, la sociedad de protección forestal, era beneficioso tanto para desarmar espiritualmente al enemigo y conocer al dedillo sus entrañas, como para descomponer y atraer a las fuerzas concentradas en su torno y evitar que se atosigara a la población. Aunque Pak Tal era todo un revolucionario, que fungía a la vez como responsable del

Comité de Acción de Kapsan y de los departamentos político y huelguístico de la misma organización, también pertenecía a instituciones oficiales. Ocupaba con todo derecho importantes cargos como vicepresidente de la Asociación de promoción rural de la zona No.1 de la comuna Sinhung del cantón Pochon, y jefe de la Asociación del colegio Ilsin y subjefe del cuerpo de autodefensa de la misma zona, así como miembro del grupo de bomberos de la comuna Taeosichon del cantón Unhung.

Para saber cuán hábilmente aprovechaba las instituciones y organizaciones del imperialismo japonés, basta citar el ejemplo de las víctimas de la primera detención en ocasión del “incidente de Hyesan”: 63 eran miembros del cuerpo de autodefensa, que ocupaban distintos cargos como jefe de la escribanía de la Asociación de promoción rural, jefe encargado de cinco hogares en el cuerpo de autodefensa, consejero de la Cooperativa de protección forestal, instructor de la dirección zonal de la agricultura, representante general del censo de tierras artigadas, participante en el cursillo para jóvenes de mediano nivel de conocimientos, encargado de asuntos docentes del colegio y consejero de la escuela primaria de curso corto.

Como se ve, el Comité de Acción de Kapsan impulsó con energía su lucha combinando con habilidad los métodos legales e ilegales, y bajo las consignas adecuadas a las peculiaridades de las zonas rurales, tales como, la rebaja del arriendo, la libre artiga de tierras y la oposición al trabajo forzado, a la usura, al cultivo obligado de lino y de trigo.

A primera vista, las consignas daban la impresión de estar exclusivamente en favor de reivindicaciones económicas, pero también existían las de aguda lucha política como la oposición al cultivo forzado de lino y trigo. Los labriegos de la región de Kapsan se resistieron a cultivar lino, porque éste era materia prima para la producción de equipos militares. Lo hicieron fracasar sembrando semillas cocidas o haciéndolo ramificarse mucho mediante la siembra a larga distancia.

De todas maneras, Ri Je Sun me convenció de que Pak Tal

resultaba una persona con la que debíamos entablar contactos cuanto antes.

Consultamos cómo encontrarnos con él y nombramos a Ri Je Sun como responsable de enlaces con el interior de Corea. Cumplió con rapidez la misión. Por conducto de un mensajero, me informó que Pak Tal exigía enviarle directamente al delegado del Ejército Revolucionario Popular. No supe por qué no venía a nuestro campamento secreto, aunque aplaudiera entusiásticamente la entrevista con nosotros.

Este hecho me convenció que era un revolucionario muy prudente. Su cautela y meticulosidad, opuesta a la improvisación, nos produjo más confianza y curiosidad. Necesitábamos un revolucionario sincero, sosegado y precavido, y no un ideólogo tan ligero que dejara de hervir pronto como una cacerola o que se dejara arrastrar por el viento.

Aceptamos y mandamos a Kapsan a Kwon Yong Byok, experto en el trabajo partidista, con la siguiente misiva:

A los compañeros patriotas del interior del país que  
luchan contra el imperialismo japonés

Compañeros que combaten al perverso enemigo imperialista japonés en el interior del país:

Luchamos, arma en mano, en el desierto de Manchuria, contra el ejército y la policía de Japón y del Estado manchú para restaurar la patria.

Deseamos de todo corazón que, cogidos fuertemente de la mano y uniendo todas nuestras fuerzas, luchemos contra el imperialismo japonés, por la restauración de la patria.

Les envió nuestro delegado y espero que afectuosamente intercambien opiniones.

Les saluda

Kim Il Sung

Ri Je Sun acompañó a Kwon Yong Byok hasta Kapsan. Si mal no recuerdo, se encontraron con Pak Tal en diciembre de 1936. Kwon Yong Byok le dio a conocer que había sido organizada la Asociación para la Restauración de la Patria y le explicó el contenido de las principales actividades del Ejército Revolucionario Popular de Corea.

Tal vez, para Pak Tal, quien había aspirado con ardor a entrar en contacto con nosotros, la aparición de Kwon Yong Byok fue un trascendental acontecimiento. De regreso, Kwon Yong Byok contó que, aunque lo llamaban “Lingote de Hierro” por no exteriorizar con ligereza sus sentimientos, se alegró tanto con mi carta que sus ojos se nublaron.

—Pak Tal me solicitó que le ayudara de inmediato para ver al General—me informó Kwon Yong Byok—. Expresó que si usted se lo permitía, vendría aquí en cualquier momento.

El deseo de verle se me hizo mayor. Decidí entrevistarme con él en nuestro campamento secreto y ordené a Kwon Yong Byok adoptar las medidas necesarias para el encuentro.

Por su parte, Pak Tal se preparó para el viaje. Es decir, cruzar sin problemas el río Amnok. La situación era tan espeluznante que casi resultaba imposible pasarlo sin permiso. Después de mucho pensar fue a ver al policía Kim, del puesto de la aldea Khunungdeng-i, perteneciente a la estación de Hyesan.

—Mire, policía Kim. ¿No ha oído la noticia de Changbai?

En cuanto entró al puesto se alborotó como si ocurriera algo grande. Kim y otros policías lo miraron con los ojos dilatados.

—¿De qué noticia hablas?

—Dicen que por la frecuente aparición de los “bandidos” en tierras de Changbai los pobladores se apresuran a mudarse a otros lugares y venden los cereales a precios muy bajos. Iré allí para traer unas dos carretas de soya y ganar dinero. Si quiere beneficiarse, escríbame un permiso de cruce del río.

Todos aguzaron las orejas y afirmaron que se lo darían, pidiéndole que trajera también alguna cantidad para poder preparar la

salsa y pasta de soya. El certificado cayó así con inusitada facilidad en las manos de Pak Tal. Este pasó sin contratiempos el río y se dirigió a la casa de Ri Je Sun, quien lo condujo hasta la Comandancia. Llegaron por la madrugada.

Ri Je Sun tenía razón: Pak Tal daba la impresión de un contrahecho por su pequeño rostro en comparación con su ancha espalda y no tenía aspecto de hombre venturoso, pero golpeado por la vida, parecía un leñador. Empero, leí algo extraordinario en la aguda mirada que clavó en mi rostro.

—Tenía muchos deseos de verle.

Fue su primer saludo; aunque simple, sentí su sinceridad.

Pese a que fueron dos o tres palabras sin finura, me produjeron un vuelco en el corazón.

Expresó que había soñado con ese encuentro con nosotros desde su vida carcelaria en Kilju. Fue detenido mientras excavaba la tierra en el lugar de construcción de una fábrica papelera en Kilju, a donde fue a parar para escapar de la vigilancia enemiga y, al mismo tiempo, ampliar la organización. Un día, entre un montón de papeles viejos recogió un periódico que tenía una nota sobre los golpes que nuestra unidad daba al enemigo en la zona de Changbai. Desde entonces, pensaba sólo en nosotros. Una vez en libertad, se trasladó a Kapsan y, disfrazándose de buhonero recorrió casi todas las aldeas de las riberas del Amnok en busca de la línea que lo ligara a nosotros.

—De veras, para mí es una gran suerte encontrarme hoy con el General —expresó alegre, y volvió a estrechar mi mano con fuerza.

—Siento lo mismo al verle. Usted es el primer representante del interior de Corea que nos visita después que el Ejército Revolucionaria Popular llegó al monte Paektu.

—¿Cómo puedo ser representante? Soy un pueblerino de Kapsan. No sabe que cuando fui a Kilju, Songjin, Hamhung u otras ciudades, no me miraron ni con un solo ojo aquellos señores que dicen hacer un no sé qué movimiento.

Su gesto daba la impresión de que se esforzaba en parecer a un

“pueblerino de Kapsan”. Pero vi la imagen de un gigante en su lenguaje y ademanes modestos.

—No hay ley que diga que los grandes hombres nacen sólo en las urbes. ¿No es cierto? Por Ri Je Sun conozco que el Comité de Acción de Kapsan ha efectuado muchas actividades patrióticas antijaponesas. Nos estimula en gran manera tener a compañeros de mucho espíritu dentro del país.

Le serví una taza de agua caliente para que se calentara el cuerpo; aparentó tomarla y se apresuró a informarme de la situación en el país. Ardía en fervor; era un hombre que merecía admiración.

La charla principal se inició la mañana siguiente. Intercambiamos muchas opiniones.

Primero explicó la situación en Corea y el estado del movimiento en la zona de Kapsan.

A grandes rasgos la situación se resumía como sigue: podía considerarse que la situación de Corea entraba en un período de declinación, el movimiento por la reconstrucción del partido, al parecer, había perdido impulso, y también el movimiento de la asociación campesina había pasado su etapa de auge; los activistas, rendidos ante la represión, rondaban por las montañas en busca de refugio; ¿podrían levantarse otra vez?, no; aun suponiendo que volvieran a alzarse con denuedo, les faltaba la línea; ¿de qué valdría combatir ciegamente?; ellos pensaban sólo en sobrevivir; desde luego, algunos conservaban ánimo y continuaban luchando, pero no desistían de hábitos sectaristas; no sólo seguían en pie tanto el “grupo de Shanghai” y el “grupo de Rusia” como los de las provincias de Hamgyong del Sur y del Norte, e, incluso, el de Hamgyong del Sur estaba dividido en los de Hamhung, Hongwon y Tanchon; todos volcaban su energía únicamente en riñas y vanas disputas, desorientando así a las masas.

—La mayor dificultad con que tropieza el movimiento revolucionario dentro del país es la falta de una dirección certera — continuó—. En otras palabras, no hay línea que puede convencer a todo el mundo, ni persona capaz de formularla. Así, cuando la

rebelión de los campesinos en Tanchon, fue enviado un hombre a la Internacional Comunista para pedir consejos y dirección, pero parece que no dio resultado digno de mención. Entonces, ¿hacia quién mirar?

Sus palabras, en esencia, señalaban que el más acuciante problema que esperaba solución para el movimiento revolucionario en el interior del país se reducía al del lineamiento, al de la dirección.

Otro asunto importante que discutimos fue el de la misión y el carácter del Ejército Revolucionario Popular de Corea.

Pidiendo que le perdonara la descortesía, me planteó con rostro serio:

—Los revolucionarios dentro del país dicen que el General Kim Il Sung hace la revolución china, aunque es coreano, y su unidad pertenece a las Fuerzas Unidas Antijaponesas en el Noreste de este país, si bien está compuesta por coreanos; ¿cómo interpretarlo? Quiero escuchar cómo usted lo explica.

Como Ri Je Sun me había dicho, Pak Tal poseía un carácter muy franco.

No tuve otra alternativa que hacerle una exposición relativamente larga: Resulta muy natural que los revolucionarios en el país se pregunten eso, porque la prensa llama a mi unidad sexta división del segundo cuerpo de las Fuerzas Unidas Antijaponesas en el Noreste de China, aunque si la consideran una tropa china completa, se equivocan mucho, pues ello contradice la verdad; como significa su nombre, las Fuerzas Unidas Antijaponesas en el Noreste de China, son una combinación de unidades guerrilleras antijaponesas que actúan en esta región; las integran guerrillas chinas pertenecientes al Partido Comunista, antijaponesas chinas subordinadas al Ejército de salvación nacional y antijaponesas coreanas guiadas por los comunistas coreanos; en conclusión, son una especie de ejército aliado internacional para hacer causa común en la guerra de resistencia contra Japón; esta alianza de las fuerzas armadas de los comunistas y patriotas de Corea y China la justifican un enemigo común, que es Japón, un objetivo común por la liberación de sus

patrias, un escenario común de lucha: el Noreste de China, los sentimientos de amistad formados entre ambos pueblos a lo largo de la historia, y su idéntica situación. El sistema de las fuerzas aliadas es, en todos los casos, producto de la voluntariedad, así que se respetan la soberanía e independencia de cada ejército; nuestro Ejército Revolucionario Popular de Corea, aunque ayuda a la revolución china bajo el nombre de Fuerzas Unidas Antijaponesas, es del todo nacional y tiene la misión básica de liberar a su patria, y actúa de manera independiente, dedicándose principalmente a la revolución coreana; todos los compatriotas radicados en Manchuria conocen que es un ejército nacional de Corea que desde su fundación combate para alcanzar la liberación de su patria y la libertad de su pueblo; nos denominamos Fuerzas Unidas Antijaponesas en las zonas en que viven numerosos chinos y Ejército Revolucionario Popular de Corea allí donde habitan muchos coreanos. En un tiempo algunos trataron de lesionar y violar la independencia de nuestro ejército nacional y sus derechos soberanos, cuestionando que los coreanos hicieran su revolución, bajo el pretexto del principio de un partido para cada país; más tarde, la Internacional Comunista nos aconsejó que, separados de las Fuerzas Unidas Antijaponesas, actuáramos de manera independiente, porque esto no contravenía ese principio; no obstante, decidimos permanecer allí, porque de lo contrario, se debilitaría el apoyo del pueblo chino hacia nosotros y desfavorecerían nuestras actividades; a los chinos tampoco les gustaba la separación por concepto nacional; la actual alianza, fruto de los estrechos lazos entre los compañeros de armas de ambos países en lucha contra el enemigo común, podemos decir, con todo derecho, que es un ejemplo de acción conjunta antimperialista internacional; mientras no se violen nuestros derechos soberanos, ni los chinos expresen disgusto, seguiremos manteniéndola; si nos fuera posible, desearíamos formar fuerzas aliadas antijaponesas también con el ejército nacional de Mongolia y con el soviético.

Pak Tal esbozó una amplia sonrisa y dijo:

—¡Caramba! Sin necesidad nos hemos deprimido, pensando que

si la guerrilla del General Kim pertenecía al ejército chino, no debíamos cifrar esperanza en ella. Ahora, siento un fuerte ánimo.

—Si es así, también me siento satisfecho. A propósito, puede confiar en el Ejército Revolucionario Popular de Corea. El ejército japonés es poderoso, pero tiene enemigo. Planeamos ampliar hacia el interior de Corea la guerra para su restauración, con el monte Paektu como punto de apoyo. La liberación de la patria es un problema de tiempo. Estamos acumulando las fuerzas capaces de lograrla. Debe tener bien presente que se les suma también el Comité de Acción de Kapsan dirigido por usted.

Los temas que seguían en importancia al anterior en nuestra plática eran el frente unido y la Asociación para la Restauración de la Patria.

Pak Tal expresó su absoluto apoyo a la necesidad del frente unido nacional antijaponés y a todas las medidas para ampliarlo y fortalecerlo, y a la orientación general del “Programa de Diez Puntos de la Asociación para la Restauración de la Patria”. Afirmó que por el nivel y universalidad de su objetivo y la inmensidad de fuerzas que incluía, la Asociación era una tremenda organización, radicalmente diferente a las agrupaciones nacionalistas anteriores, productos de la alianza de la izquierda y la derecha como las Asociaciones Singan y Kunu.

Empero, no a todas nuestras medidas y orientaciones les dio su apoyo. En cuanto al nombre y algunos artículos de la Asociación para la Restauración de la Patria, tuvo otro criterio:

—Estoy firmemente seguro que nosotros, los comunistas, luchamos por la liberación nacional, pero, nuestro objetivo final radica en la construcción de la sociedad comunista. El nombre y el Programa de Diez Puntos de la Asociación para la Restauración de la Patria me dan la impresión de que han retrocedido hasta la línea nacionalista, muy alejados de la exigencia de tal programa comunista. ¿Podría decirse que renunciaron al objetivo supremo, presentando sólo el inmediato?...

Supuse le inquietaba que nos fueran a censurar de desistir del

objetivo supremo del movimiento y adoptar una actitud oportunista y retrotraernos al movimiento reformista conciliatorio, abandonando la forma de lucha activa. Vi que también él, como el “Viejo de la Pipa”, al principio, no se escapaba del modo de pensar dogmático.

Le expliqué:

—La revolución no es posible con la fuerza de unos cuantos comunistas; triunfará sólo cuando se movilizan todos los sectores; como usted sabe, los que gimen bajo la dominación colonial del imperialismo japonés no son únicamente los obreros, campesinos y comunistas, sino todos los integrantes de la nación; en estas circunstancias, hay que aglutinar en torno al frente unido nacional antijaponés a todas las fuerzas que se interesan por la independencia de Corea; a usted le preocupa el nombre de la Asociación para la Restauración de la Patria, pero, en realidad, es el adecuado, aceptable para todos los sectores sociales; algunos piensan que cuando se pone nombre a una organización, debe agregársele sin falta el término “revolucionario” o “rojo”, y esta es una expresión de izquierdismo; al añadir la palabra patria al título de la organización del frente unido pannacional, quisimos aclarar que es para toda la nación, y no para una clase o sector determinado.

Me contó que intercambiaba con frecuencia experiencias con gente de Songjin, Haksong, Kilju, Tanchon y Pukchong, ocasión en que descubría que efectuaban con insensatez y chapucería las acciones encubiertas. Por ejemplo, en Songjin, cuando en la fiesta *Tano* se organizaba una competencia de lucha tradicional, los miembros de la asociación campesina se sentaban alrededor del campo de combate, con pañuelos rojos en la cabeza y así querían distinguirse de otras masas no militantes. Si sus jugadores perdían presentaban otro para superar a los adversarios con la táctica del mar de gente. Y en el caso de perder por falta de maestría pese a tal obstinación, provocaban ex profeso un escándalo en la competencia, tratando de manifestar su poderío. La ocasión la aprovechaban los policías vestidos de civiles de la tribuna de premiación para descubrir a los miembros de avanzada de la

asociación y detenerlos o detectar las organizaciones ilegales.

A la sazón, en algunas zonas cometían errores izquierdistas también en relación con la asociación Hyanggyo. La constituyeron personas influyentes de las localidades con el objetivo de celebrar la ceremonia en recordación de Confucio; era una organización que olía a feudalismo. Escenificaba la farsa de otorgar cargos honoríficos como Jang-ui o Kyogam; cuando se saludaban se llamaban señor fulano Jang-ui o señor mengano Kyogam en expresión de respeto. Desde luego, en gran medida no merecía que se fomentara, ya que exaltaba la moral del confucianismo feudal, pero no había que oponérsele abiertamente o tratar de suprimirla de la noche a la mañana.

No obstante, algunos jóvenes, contagiados por el izquierdismo, alegando la oposición al feudalismo cometían la insensatez de quemar o romper sombreros de crin de caballo de sus abuelos, signos jerárquicos de Jang-ui, exponiéndose así a tener que pasar por la vergüenza de ser golpeados por las pipas de los ancianos. Estos se alborotaban censurándolos de rufianes comunistas que ni siquiera reconocían los Tres Principios y Cinco Preceptos Morales del Confucianismo, ni respetaban a los mayores.

De ello se beneficiaban sólo los imperialistas japoneses. Cuando la asociación Hyanggyo organizaba la ceremonia en memoria de Confucio, enviaba allí al gobernador distrital para que rindiera honores. Intentaron mostrar que si bien los comunistas se oponían a sus abuelos, el ayuntamiento de Japón no lo hacía. Así aprovechaban con habilidad las organizaciones locales de Hyanggyo para hacerles frente a las fuerzas comunistas.

—Le repito, no por tener un rimbombante nombre con el término “rojo” o “revolucionario” marcha bien el trabajo, ni de por sí se asegura el carácter revolucionario. Las organizaciones de la Asociación para la Restauración de la Patria pueden constituirse con distintos nombres conforme a la situación y el nivel de conciencia de las masas de las correspondientes zonas. Hay que crearlas de tal manera que para los obreros sea sindicato, para campesinos

asociación y para los jóvenes la unión de la juventud antimperialista o la de la juventud comunista, conforme a la situación real. Según mi análisis, en varias regiones del país funciona la asociación Jinhung, una organización venal, que abarca a vastas masas. Para conquistar a todos los sectores, hay que penetrar también en ella. Si siembran conciencia revolucionaria en sus integrantes, podrán transformar gradualmente su carácter de acuerdo con el espíritu de la declaración inaugural de la Asociación para la Restauración de la Patria. Lo que importa es el contenido, y no la forma. Si es beneficioso para nuestra revolución, no hay por qué restringirse por el nombre de la organización.

Pak Tal sintió vergüenza y expresó:

—Al escucharle, pienso que los métodos de nuestro movimiento tienen problemas.

Por sus palabras, supe que los combatientes dentro del país tenían faltas y limitaciones en el modo de pensar y actuar. El mayor error era, en una palabra, circunscribirse a la interpretación dogmática del movimiento nacionalista y el comunista. Rechazar y apartar la vista del movimiento nacionalista era, entonces, la desviación izquierdista que cometían generalmente los seudocomunistas y los partidarios dogmáticos del marxismo, habituados a tragar, sin masticar, el marxismo-leninismo.

Después que volví a subrayar que para los comunistas coreanos no había otra causa más importante que la liberación nacional, añadí que no podía existir, ni se necesitaba, el movimiento comunista marginado de la nación.

—El concepto de nación, del que hablamos, abarca no sólo los obreros y campesinos, sino todos sectores de masas que aman al país, a la nación, el trabajo creador y el futuro de la patria liberada. Justamente esta es la pauta para la movilización de todos los connacionales y el ingreso en la Asociación para la Restauración de la Patria. A tenor de ella, tenemos que poner en acción a todos los posibles para la libertad y la independencia de Corea. Debemos y podemos alcanzarla con las propias fuerzas de la nación, y no con

apoyo extranjero, y sólo cuando, basándonos en esta idea soberana e independiente, movilizemos a la nación, podremos sacar de su dilema el destino de Corea.

Aunque mucho había pensado y actuado con dogmatismo, Pak Tal lo reconoció con honestidad y aceptó de buena gana mis opiniones.

Le propuse convertir el Comité de Acción de Kapsan en una organización filial de la Asociación para la Restauración de la Patria y cambiar su nombre por Unión de Liberación Nacional de Corea. Accedí contento.

Destinamos muchas horas a la consulta sobre el deber de esta Unión en la extensión de la red de la Asociación hacia el interior de Corea y concretas medidas para llevarlo a la práctica. A veces, charlamos a la intemperie calentándonos con la hoguera. Durante su permanencia en el campamento secreto, llegamos a una total comprensión e identidad de criterios en cuanto a la ampliación de la organización partidista dentro del territorio, la ayuda al Ejército Revolucionario Popular de Corea, la penetración en los organismos de dominación enemigos, la protección de la seguridad de los revolucionarios en el país, la manera y el lugar para la comunicación posterior, contraseña y enlace, y los demás asuntos discutidos.

Lo que mayor impresión me causó de Pak Tal fue su franqueza, modestia y sincera actitud hacia la revolución. Pertenecía a la gama de personas que expresan sin rodeos lo que le gusta o no. Hay quienes, mirando a la cara de los interlocutores y el ambiente, frecuentemente, dicen que le gusta lo que en realidad le disgusta y que es bueno lo que consideran malo. Muchos tienen determinación y ánimo de decir la verdad, sea negra o blanca, aunque esto disguste a los interlocutores, pero se dan casos contrarios. Quien dice negro al ver lo blanco, o al revés, o tal cosa o más cual cosa según las circunstancias, tratando de lisonjear a los superiores, no es fiel, sino pérfido. En la lengua de los infieles no crece la verdad.

Pak Tal expresó sin titubeos lo que le disgustaba. Confieso que esa cualidad me sedujo por completo. Pienso que la atracción no

viene de lo complejo, lo fascinante, lo hablador y lo llamativo. El quid de la atracción humana está en lo más sencillo, común, modesto y sincero.

Jong Jun Thae, por ejemplo, que fungió como primer presidente del Comité Estatal de Planificación del Gobierno de nuestra República, aunque era un intelectual procedente de la pequeña burguesía y objeto de obstinada presión política por parte de los fraccionalistas, siempre dijo la verdad ante mí. Sólo abogó por las posibilidades reales, en cuanto a la ejecución de la política económica y en ningún caso procedió de otra manera. Si suponía que yo pudiera tener un criterio erróneo sobre un renglón de producción, a causa de una información tergiversada, se inquietaba y acudía a mi oficina para explicarme lo correcto, aunque debiera esperar cuatro o cinco horas. Gracias a ello, siempre pude conocer tal como era, en conjunto, la vida económica del país y orientarla con acierto.

En la antigüedad, se decía, escogían como funcionarios, primero, a personas de buen linaje; segundo, a las de agradable apariencia, y tercero, a las de tono suave. Por esta razón, las de procedencia humilde, con defectos corporales y de lenguaje duro, aunque fueran capaces, no podían ocupar el primer lugar en el examen estatal destinado a elegir dignatarios.

Mi abuelo por línea materna aconsejaba:

—A la gente hay que promoverla según su capacidad y cualidades, y no según su linaje, propiedades, aspecto exterior o lenguaje.

Pak Tal me hizo recordar este consejo. Repito, pese a su apariencia no tan agradable, era un hombre de gran entereza, franco, sencillo y honesto, que no sabía de vanidad ni fastuosidad. Si se dice en el lenguaje actual, sin duda, era un hombre que merece guardarse en el corazón.

—Confíe en mí, General. Aunque mi cuerpo se despedace en diez o cien partes, combatiré por la restauración de la patria en acato a sus ideas. No tenga preocupación por el Comité de Acción Partidista en el País y la Unión de Liberación Nacional de Corea.

Dicho esto, se marchó. Para cumplir el compromiso con los policías, volvió a la aldea de Ri Je Sun y cargó soya de producción manchú en una carreta, que, de regreso, distribuyó entre ellos.

En enero de 1937, convocó a los principales directivos del Comité de Acción de Kapsan para transformarlo en Unión de Liberación Nacional de Corea, en la reunión adoptaron como programa el de Diez Puntos de la Asociación para la Restauración de la Patria. Discutieron a la vez los procedimientos para hacer realidad la línea del frente unido nacional antijaponés, así como otras tareas prácticas inmediatas como la ampliación de sus filas a lo largo y ancho de la provincia y del país; la estricta vigilancia para evitar la infiltración de elementos fraccionalistas en la Unión; la rigurosa observancia del secreto; la educación de sus miembros; la edición de un órgano, etcétera.

La conversión del Comité de Acción de Kapsan en Unión de Liberación Nacional de Corea fue otro evento de especial significado en la historia de la Asociación para la Restauración de la Patria. La Unión sirvió de punto de partida para extender la ARP en la profundidad de Corea.

A partir de ahí, se registró un cambio en el modo de pensar y el estilo de trabajo de los comunistas de la zona de Kapsan.

En *Hwajonmin*, órgano que fundaron para la Unión de Liberación Nacional de Corea, publicaron materiales sobre nuestros lineamientos y los propagaron entre sus organizaciones inferiores. Por Kapsan y otros lugares de las provincias Hamgyong del Norte y del Sur se difundió con rapidez nuestra línea y orientación, y se crearon en la misma medida organizaciones de la Asociación para la Restauración de la Patria. La llamarada de la lucha antijaponesa se elevaba furiosa como nunca.

En mayo de 1937 volví a ver a Pak Tal. La situación de la zona Kapsan se tornó muy tensa con motivo del avance de la unidad de Choe Hyon hacia Musan. A lo largo de la frontera se tendía otra vez una densa red de vigilancia, que ni siquiera permitía pasar un ratón.

Sin embargo, Pak Tal logró de nuevo engatusar a la policía y salir legalmente de su aldea para visitarnos.

La entrevista duró mucho abordando la situación en Corea y el resultado de las actividades.

Su informe sobre el movimiento en el interior del país nos dio una gran satisfacción. La Asociación para la Restauración de la Patria iba ramificándose con rapidez gracias a los enérgicos esfuerzos de los combatientes de vanguardia de la Unión de Liberación Nacional de Corea. Estaba extendiéndose hasta lejanas zonas importantes de la costa del Mar Este como Songjin, Kilju, Tanchon y Hongwon, sin hablar de Kapsan y otros lugares de la actual provincia Ryanggang. Además, los métodos de lucha mejoraban notablemente.

Le mostramos dos ametralladoras ligeras que habíamos conseguido como trofeos de combate. Me viene fresca a la memoria la imagen de Pak Tal que, acariciándolas, se alegraba.

El encuentro con los compañeros del interior del país me convenció de que se desenvolvían en un estrecho círculo, desde el cual veían de los problemas del movimiento sólo el aspecto nacional, y que no tenían capacidad para analizarlo, desde una mira más amplia, en relación con el mundo. Empleé muchas horas para ampliar su visión, de manera que vieran la cuestión de la revolución coreana en ligazón con las circunstancias internacionales que la envolvían, o sea, en relación con la Internacional Comunista y los Partidos Comunistas de China y Japón, y con los acontecimientos acaecidos en el mundo. Esto era vitalmente necesario para activar su labor dentro de Corea.

La situación internacional era entonces muy fluctuante.

Mientras el continente europeo ardía por la guerra civil en España, África se agitaba a causa de la ocupación de Etiopía por Italia. En cierto sentido, la ocupación podía considerarse más problemática que la guerra en España. Aunque ésta tenía un marcado carácter internacional, no pasaba de ser una contienda fratricida. Empero, la invasión de Italia a Etiopía resultaba la agresión de una potencia a una débil nación. Lo que se cuestionaba era que mientras

las llamadas potencias, Inglaterra y Francia, la habían promovido, la Liga de las Naciones, especialmente, no había adoptado ninguna medida efectiva, entregando por entero a Etiopía como víctima.

La agresión de Japón contra Manchuria y la aparición del poder nazi en Alemania eran el fondo internacional para los vandálicos y descarados actos agresivos de Italia. Tan pronto como Hitler tomó el poder, se dio a levantar un gran imperio. Estados Unidos, Inglaterra, Francia y otras potencias capitalistas, aunque inquietas por la aparición del poder hitleriano, consintieron con su política anticomunista y se mostraron generosas, cediendo con indulgencia, con el fin de utilizar las fuerzas armadas alemanas como muro de contención contra las fuerzas comunistas. Estimulada por ello, la Alemania fascista se anexionó a Saar en enero de 1935 y en marzo del mismo año abrogó unilateralmente el artículo militar del Tratado de Versalles, que le imponía pagar una fuerte suma por indemnización de guerra y no poseer más de 100 mil efectivos, tanques, aviones, ni buques de más de mil toneladas de desplazamiento. Al anular esos artículos, y aplicando el sistema de reclutamiento, aprobó la “ley sobre la creación del ejército para la defensa nacional” que establecía tener 550 mil efectivos permanentes en 36 divisiones. Göring comunicó oficialmente la formación de las fuerzas aéreas alemanas. Todo el movimiento de Alemania nazista devino un gran factor que incitaba y estimulaba a Italia a una abierta agresión armada.

Para buscar una justificación a la invasión, Italia provocó diversos choques militares con Etiopía.

En vista de la acuciante situación, en que Italia preparaba a toda marcha una gran agresión militar, Etiopía en calidad de país miembro la acusó en la Liga de las Naciones. Sin embargo, ésta no le prestó importancia. Inglaterra y Francia, que desempeñaban un papel rector en la organización, no trataron de enfrentarse a Italia por el problema colonial, que no perjudicaba mucho sus intereses. Etiopía siguió solicitándoles que se presentaran como mediadores. Según dicen, en una sesión de la Asamblea General de la Liga de las

Naciones, efectuada en su sede, Ginebra, el emperador de Etiopía, llorando pidió le ayudaran. E, incluso, envió una misiva a Estados Unidos, que no pertenecía a esa organización, pretendiendo que ejerciera influencia, pero éste, que aplicaba una política aislacionista mediante la adopción de una “ley de neutralidad”, hizo caso omiso.

En octubre de 1935 Italia irrumpió en Etiopía sin siquiera declararle la guerra. Este país fue derrotado pese a la fuerte resistencia de su ejército y pueblo.

La Liga de las Naciones no sólo no impuso ningún castigo efectivo a Italia, sino que se hizo la de la vista gorda ante el claro hecho de que Inglaterra y Francia le ofrecían armas por detrás del telón de la llamada restricción económica. Se hacían ciertos los refranes: El cangrejo de río es amigo del cangrejo de mar, y el azul y el verde son de un mismo matiz.

El prestigio de la Liga rodó a tierra. Desde luego, no había porqué extrañarse mucho de que ella se mantuviera al lado de las potencias imperialistas, dado que siempre les servía como vehículo para su agresión. Ya desde su fundación, apoyó sin escrúpulos la redistribución de las colonias mediante la “repartición de los territorios bajo protectorado” y ejerció una abierta política antisoviética. Hasta la fecha, el mundo recuerda con claridad cuán descaradamente encubrió la agresión del imperialismo japonés a Manchuria. No accedió a prevenir la ocupación de Saar por la Alemania fascista, ni la intervención armada de ésta e Italia en España. Para colmo, no hizo ni una declaración de protesta por esas agresiones. Aunque organización internacional con la misión de preservar la paz en el orbe, tampoco hizo caso de la invasión posterior de Alemania a Austria y Checoslovaquia, proporcionándole así ayuda y estímulo.

El brusco cambio de la situación mundial, caracterizada por el recrudecimiento cada vez más patente de los abusos de las fuerzas fascistas y militaristas, y la incapacidad de la Liga de las Naciones, enseñaron con nitidez a los comunistas que debían conducir la lucha de liberación nacional por la vía de la independencia, apoyados en sus propias fuerzas.

Cuando volví a encontrarme con Pak Tal, la agresión del imperialismo japonés contra el territorio de China era ya un problema de tiempo.

El “incidente de Huabei” permitió, de hecho, que esta región se convirtiera en predio del imperialismo japonés.

Después de ese suceso, éste aceleró el aumento de su armamento y la preparación de la guerra. En agosto de 1936, el gabinete de Hirota definió como política básica del Estado ocupar una merecida posición en Asia del Este y, al mismo tiempo, avanzar hacia los archipiélagos del Pacífico Meridional. Fue una orientación para invadir de lleno a China y marchar, a la vez, hacia el norte, contra la Unión Soviética y luego hacia el sur aprovechando la primera oportunidad que se le ofreciera.

Pak Tal y otros comunistas del interior de Corea escucharon con gran atención nuestro análisis sobre la situación internacional.

En vista del inminente desencadenamiento de la guerra en China por el imperialismo japonés les di la tarea de estructurar bien las fuerzas y de activar la lucha contra este, valiéndose con eficacia de la situación imperante.

—Es augurante el movimiento de Japón —expliqué—. Más tarde o más temprano, desatará una guerra de grandes dimensiones contra China. Esto será una coyuntura favorable para nuestra lucha. Es cierto que para alimentarla intensificará el saqueo y nos apretará el cuello. Empero, en su retaguardia se formarán muchas lagunas. Cuanto más extienda su frente, tanto más se nos dará la posibilidad de actuar libremente en vastas regiones. Por tanto, usted, Pak Tal, debe prepararse en la mejor forma para enfrentarse con iniciativa a la nueva situación. Tiene que ganar más fuerzas antijaponesas por medio de la gestión eficiente de la Unión de Liberación Nacional de Corea y, a la par, hacer preparativos adecuados para promover una sublevación.

Antes de abandonar el campamento secreto, le encargué una tarea especial: bosquejar y enviarme el plano de la ciudad de Pochonbo y explorar en detalle e informarme del estado de vigilancia fronteriza

del imperialismo japonés. Lo cumplió con responsabilidad. El plano y la información que nos suministró contribuyeron mucho al aseguramiento de la victoria en el combate de Pochonbo.

Seis días después de esta batalla lo cité, pero, por desgracia, no me encontré con él, pues con mi unidad me dirigí con presteza hacia Jiansanfeng. El gobierno general en Corea no tardó en convocar a una reunión extraordinaria en la cual acordó una gran ofensiva de “castigo” contra nosotros, en la que tomarían parte el 74 regimiento de Hamhung, las tropas estacionadas en el distrito Changbai y la policía del interior de Corea.

Aunque en julio del mismo año llamé otra vez a Pak Tal, tampoco nos pudimos ver, pues él fue detenido. Ri Pyong Son vino a informarme de su detención y del estado del movimiento revolucionario dentro del país.

Le solicité que nos conectara con los comunistas de las zonas de Myongchon y Songjin. Además, le di la tarea de organizar una guerrilla productiva en el país.

De ello supo Pak Tal, tiempos después, cuando salió de prisión.

En junio de 1938, Pak Tal vagó no menos de un mes por los bosques de Changbai en busca de nosotros para escuchar nuestras sugerencias sobre las soluciones, que debería encontrar para reparar la situación adversa, cuando se recrudecía la represión contra las organizaciones del interior del país.

Esta noticia se me transmitió mucho más tarde, porque estuve de operaciones en las zonas de Linjiang y Mengjiang.

La policía nipona actuaba con todo frenesí para detener a Pak Tal y a otros miembros medulares de la Unión de Liberación Nacional de Corea. Choe Ryong, un jefe coreano de la estación policíaca de Hyesan, lo persiguió, movilizándolo a los policías vestidos de civil, el cuerpo de autodefensa, e incluso, el cuerpo de bomberos.

En septiembre de 1938, fue apresado Pak Tal, y en octubre Kim Chol Ok, por la traición de Kim Chang Yong, primo de este último. Más tarde, también fue detenido Ri Ryong Sul (Ri Kyong Bong).

Los verdugos aplicaron a Pak Tal torturas inimaginables.

Quisieron conocer nuestro paradero y la lista de los miembros de la Unión de Liberación Nacional de Corea. No obstante, con ningún tormento, por muy duro que fuese, lograron doblegar su férrea voluntad. Lo condenaron a la pena capital, aunque luego, por insuficiencia de pruebas, le aplicaron cadena perpetua.

En la cámara de torturas el cuerpo del detenido quedó irreparablemente destrozado. Le partieron la espina dorsal y un hueso de una pierna. Sin embargo, su espíritu no varió ni vaciló. Inválido, durante 7 u 8 años en la cárcel milagrosamente toleró sufrimientos que ni siquiera pueden imaginar los integrantes de la joven generación.

Un día después de la liberación, supe que había salido con vida, en camilla, de la prisión Sodaemun. Durante algún tiempo permaneció en Seúl, atendido por su esposa. Los médicos le diagnosticaron mielitis. Más tarde, el doctor Choe Ung Sok lo examinó y rectificó como tuberculosis de la médula espinal. Pak Tal recibió asistencia médica en el hospital universitario de Seúl.

Envié allí al jefe de la secretaría del Comité Popular Provisional de Corea del Norte con la misión de traerlo a Pyongyang. Tiempos atrás, Pak Tal era un hombre tan fuerte y resistente como un bonetero, y lleno de vigor, que en una noche podía caminar cientos de *ries*, pero cuando se me presentó llevado a costas, estaba convertido en un escuálido tullido con la parte inferior del cuerpo paralizada por las torturas, no quedaba nada de su aspecto anterior. Su cuerpo huesudo resultaba tan ligero y pequeño que daba la impresión de que cabía en una sola mano.

Pese a todo, me cogió por la cintura, llorando a mares y me dijo que al verme vivo, ya podía morir sin pena. El diagnóstico confirmó lo que era como una sentencia a la pena capital. Ningún médico habló sobre la posibilidad de su salvación. Había salido de la prisión, perseguido por la sombra de la muerte.

Lo alojé cerca de mi casa, y tomé medidas minuciosas para restablecerlo. Le dispensamos toda clase de medicamentos de efecto especial y todos los doctores renombrados, de manera exclusiva. Y

cuando iba y regresaba de la oficina lo visitaba para preguntarle sobre su salud. En una ocasión supe que en Usanjang, Nampho, existía una vaca lechera e hice traerla para ofrecerle leche. Después de la enconada guerra de tres años pedí que prepararan aparte el “pabellón de Pak Tal” en el centro de reposo de Juúl y, cada vez que él iba allí de convalecencia, le enviaba por avión verduras de Pyongyang que le gustaban.

Aunque guardaba cama, Pak Tal siempre decía con preocupación: “Debería recuperarme pronto para ayudar al General, pero...” Hizo ingentes esfuerzos para vencer el mal, que se agravaba con el paso de los días, burlándose del empeño del personal médico.

Su enfermedad era tan severa que no podía mover el cuerpo, sin embargo, siempre buscaba formas para hacer aporte al Partido y a la revolución.

Esto sucedió, si mal no recuerdo, en 1949. Pak Tal, convaleciente en el centro de reposo de Usanjang, se enteró de que en los huertos frutales de los contornos se perdían manzanas por enfermedades y plagas, a causa de no haberlas protegido con bolsas de papel y organizó una movilización de los diputados de la Asamblea Popular Suprema, procedentes de Corea del Sur, que permanecían como vacacionistas y del personal del centro de reposo, para fabricarlas. El mismo las hizo en la cama con ayuda de una tabla puesta sobre el pecho.

Y cuando recibía asistencia médica en Juúl, después del cese del fuego, visitó, en una silla de ruedas que le había enviado, una aldea vecina y allí descubrió que las espigas de arroz tenían muchos granos atrofiados porque no era la variedad recomendada por el Partido. Recogió la espiga con más granos atrofiados y me la envió en un sobre informando que no se ejecutaba puntualmente la política agrícola del Partido.

En una reunión critiqué a los cuadros de la localidad, preguntándoles por qué no conocían tal fenómeno de incumplimiento de la política del Partido, cuando un enfermo como Pak Tal, que guardaba cama, lo había comunicado muy apenado al Comité Central

del Partido. Más tarde, oí decir que el presidente del comité del Partido en la provincia Hamgyong del Norte había visitado a Pak Tal y se autocriticó.

Tan pronto como tuvo la convicción de que ya no podía restablecerse y vivía sus últimos momentos, empezó a escribir en la cama libros al servicio de la educación de los niños y jóvenes.

Cuando lo supe fui a verlo y le sugerí que dejara de hacer tal exceso.

Me tomó fuertemente las manos y me dijo:

—Hasta ahora pude sobrevivir gracias a la atención del General; me parece que con alguna contribución a la revolución me sentiría más tranquilo y viviría más; no cumplí con mi deber como miembro del Comité de Acción Partidista en el País y como responsable de la Unión de Liberación Nacional de Corea, fui apresado por la policía del imperialismo japonés y al final quedé inválido; sin embargo, consumo alimentos del Estado; consagraré mis esfuerzos aunque sean pequeños como si continuara cumpliendo esas tareas revolucionarias que usted me asignó; desearía que no me lo prohíba.

—Ostrovski, —insistió—, pese a ser ciego, escribió novelas para la revolución. ¿No es verdad? Tengo buena vista, ¿por qué no podría escribir? Desde luego, por falta de capacidad no serán obras maestras.

Y con ayuda de su esposa Hyon Kum Son, quien le sirvió con lealtad, durante toda la vida, como manos y pies, como enfermera, y del personal médico, preparó su nota *La patria es más valiosa que la vida* y la novela larga autobiográfica *El alba*, que refleja la lucha de los comunistas de la zona de Kapsan durante la Revolución Antijaponesa. Sus obras, escritas letra a letra vertiendo la sangre de su corazón, conmovieron a los lectores por encerrar infinita fidelidad a la revolución.

Muchos le enviaron cartas para transmitirle la impresión que les causó la lectura, expresarles agradecimiento y asegurarle que las obras les servían como inapreciables compañeros en la vida, palabras que estimularon al autor a redactar otros libros.

Un día, tras haber observado desde diversos ángulos la cama, la midió con una regla y entregó a su esposa un papel con algunas cifras. Solicitó que se le montara una mesa con esa medida, para poder escribir colocándola sobre la cama.

Poco después, un carpintero la hizo con toda atención y se la envió.

Pak Tal acarició con sus manos las patas de la mesa y dijo a su esposa:

—Está bien fabricada. Oye, guárdala bien. Ahora descansaré un poco y luego escribiré en ella.

Por desgracia, no pudo utilizarla ni una sola vez. Dejó de latir su corazón que palpitaba fuertemente con ardiente lealtad al Partido y la revolución, a la patria y el pueblo. El anuncio de su muerte envolvió en una profunda tristeza a todo el país.

Convocamos en su casa una sesión del Comité Permanente del Comité Central del Partido, nunca vista en la historia, y decidimos darle carácter nacional a sus funerales.

Cuando nos despedíamos del difunto, acompañé el ataúd. Siempre me sentí dolido por no haberlo acompañado lejos cuando nos habíamos despedido en el monte Paektu y quise hacerlo siquiera en el momento de darle el último adiós. Mis lágrimas empañaron el pañuelo. No pude comer como sucedió cuando perdimos a Kim Chaek. No me hubiera sentido tan apenado si lo hubiera visto siquiera una sola vez andar sobre sus pies en la patria liberada.

Más tarde, reconstruimos tal como estaba su casa en la comuna Unhung del distrito Pochon, donde residió antes de la liberación, y delante de ella levantamos su busto de bronce. Creo que fue la primera de su tipo para los revolucionarios en el país.

Pak Tal, aunque perdió las alas en el enfrentamiento al enemigo, luchó con intransigencia hasta el último momento de su vida para la revolución.

Fue representante legítimo de los revolucionarios del interior de Corea, el primero en unir la Lucha Armada Antijaponesa y la revolución dentro del país, después del avance del Ejército

Revolucionario Popular de Corea al monte Paektu, y nuestro delegado plenipotenciario, que trabajó y sufrió más que nadie para nosotros. Si pudimos fundar en corto tiempo el Partido y levantar un Estado soberano e independiente, rico y poderoso, en medio de la tan complicada situación a raíz de la liberación, fue gracias a combatientes como Pak Tal.

## **2. Comité de Acción Partidista en el País**

Tener nuestro propio partido comunista, independiente, era el anhelo invariable de los revolucionarios coreanos y una de las más importantes tareas estratégicas que los jóvenes de la nueva generación de comunistas se propusieron al emprender la Lucha Revolucionaria Antijaponesa.

En toda esa contienda armada procuramos hacer realidad el lineamiento independiente para la creación del partido, que consistía en ampliar y consolidar sus organizaciones de base con la incorporación de destacados combatientes, de los de la vanguardia, fogueados y preparados en la práctica.

Al igual que en la Revolución Antijaponesa, el Ejército Revolucionario Popular de Corea representaba las fuerzas principales en la fundación del partido, como encargado de su preparación en lo organizativo e ideológico. La labor se desplegó intensamente a medida que se acrecentaban la facultad rectora y el papel del comité del partido en el ERPC, y sirvió de potente motor que, por una parte, prestaba un poderoso apoyo político a la lucha armada, y por la otra consolidaba la dirección partidista sobre ella y su base de masas, y guiaba a la revolución coreana en su conjunto, a llegar a su auge, teniendo a esa lucha armada como centro.

En la segunda mitad de la década del 30, el trabajo de creación de organizaciones partidistas, impulsado por los combatientes de la vanguardia comunista, participantes directos en la Lucha Armada Antijaponesa, era innegablemente la tendencia principal del movimiento comunista de nuestro país y representaba incuestionablemente su carácter ortodoxo.

Progresaba con dificultad, pasando desde el comienzo por un proceso complicado, como resultado de la especial situación de

nuestra revolución y de los consiguientes escollos de diversa índole.

En el batallar por contar con su propia organización los comunistas coreanos se vieron obligados a experimentar incontables desgracias, pues tenían que pagar precios particularmente altos y avanzar dando largos rodeos cuando otros iban por un camino recto.

Además de que teníamos que enfrentar las dificultades comunes con que tropezaban generalmente los combatientes de la resistencia en las colonias en sus esfuerzos por fundar el partido, nosotros, por la condición especial de vivir en cuartos ajenos, en tierra ajena, sufrimos pruebas y penalidades no conocidas por los comunistas de otros países.

Como ya dije antes, en 1928 la Internacional anuló el reconocimiento del Partido Comunista de Corea, dictó la instrucción sobre su reorganización y exigió que los comunistas coreanos que se encontraban en Manchuria y Japón entraran en los partidos de los países respectivos, respetando el principio de un solo partido en cada país.

Hubo quienes, aceptando esto como un sino inevitable con el que debíamos conformarnos, y siguiendo dócilmente la tendencia general, escogieron el camino pasivo de entrar en la organización de otro país con la esperanza de que llegaría el momento favorable, y otros, descontentos por la medida subjetivista de la Internacional, por cierto tiempo marcharon a contrapelo de ella continuando, inalterables, su movimiento, sin pasar a militar en otro partido. Pero, estos hombres que actuaban sólo por inercia y de modo esporádico, no pudieron mantenerse largamente como tales, se desplomaron todos.

Puede ocurrir que en casos necesarios los comunistas militen temporalmente en el partido de otro país. Como el movimiento comunista es nacional y, al mismo tiempo, internacional por tener como premisa la solidaridad clasista, no es extraño, desde ningún punto de vista, que los combatientes que lo promueven militen por cierto tiempo en una organización partidista ajena, por encima de la nacionalidad.

Cuando la sede de la Internacional estaba en Moscú, no pocos dirigentes comunistas de diferentes países y exiliados políticos radicados allí, aun conservando la militancia en sus respectivas organizaciones, se registraron y actuaron temporalmente en el Partido Comunista de la Unión Soviética.

El problema consistía en el hecho de que la Internacional, al privar a los comunistas coreanos de su organización matriz, los arrojó a la humillante situación de verse obligados a llevar una miserable vida en cuartos ajenos.

Por esta razón, desde el comienzo, no consideramos justa esa medida. Pese a ello, no nos alteramos ni, por ende, nos resistimos, ni nos dejamos llevar por la desesperación renunciando al movimiento mismo. Aceptando como transitoria la decisión, no desmayamos en los esfuerzos para crear un partido de nuevo tipo con nuestras propias fuerzas e iniciativa.

En primer lugar, dentro del marco permitido por el principio de la Internacional impulsamos los preparativos para ello, mientras buscábamos, incesantemente, vías apropiadas a la concreta realidad de la revolución coreana. Como punto de arrancada puede considerarse la Asociación de Compañeros Konsol, integrada por combatientes de vanguardia de la UDI.

Sin embargo, en la primera mitad de la década del 30, cuando el grueso del ERPC operaba en Manchuria del Este y del Norte, nuestros esfuerzos por crear un partido no se dejaron sentir mucho en la profundidad del país.

Por supuesto, ya por esa época formamos unas cuantas organizaciones de base del partido en Onsong, Jongsong y otras zonas del país, ribereñas del río Tuman. No obstante, todavía Manchuria del Este era el principal terreno de las actividades de la nueva generación de comunistas para la construcción de esas organizaciones. A la vez que dirigimos primordial atención a consolidar el comité del partido en el ERPC, ampliamos las organizaciones y formamos elementos medulares que se necesitarían posteriormente para crear gran número de éstas en el país, en

estrecha relación con las de todos los distritos de Jiandao.

Fue en la Conferencia de Donggang, en mayo de 1936, donde, en virtud del espíritu de la Conferencia de Nanhutou, profundizamos en la orientación sobre la constitución del partido y analizamos cómo llevarla a la práctica. Asimismo, planteamos tareas llamadas a preparar plenamente, en el territorio nacional, estructuras organizativo-ideológicas, y decidimos crear un Comité de Acción Partidista en el País y ampliar sus organizaciones de vanguardia con la incorporación de los que servían como pilares a la lucha revolucionaria.

En la Conferencia se subrayaron principalmente los siguientes asuntos: que el trabajo de creación de organizaciones partidistas no debía limitarse a la guerrilla ni tampoco al noreste de China sino que la base organizativa e ideológica para ello debía establecerse también en la profundidad del país; si hasta entonces las organizaciones de base se habían constituido sólo en algunas regiones fronterizas, a lo largo de las riberas del Tuman, en lo adelante era preciso formarlas en extensas zonas del territorio nacional; y que para dirigir de modo unificado los preparativos dentro del país hacía falta organizar allí un comité de acción.

El establecimiento de este comité se planteaba, además, como una necesidad vital para reforzar la dirección partidista sobre el movimiento del frente unido nacional antijaponés que iba a desarrollarse a escala nacional.

Para constituir apropiadamente, conforme a la realidad, este comité que asumiría tan importantes misiones, era preciso intercambiar con toda franqueza opiniones con los comunistas del interior del país que conocían con claridad la situación reinante.

La llegada de Pak Tal a nuestro campamento fue propicia para ese intercambio. Uno de los principales temas de la conversación fue la creación de organizaciones del partido.

Al terminar de hablar sobre la Asociación para la Restauración de la Patria analizamos exhaustivamente, durante medio día, el problema de crearlas en el país.

Cuando manifesté mi opinión de constituir no sólo las organizaciones de la ARP sino también las del partido comunista, Pak Tal, muy sorprendido, me preguntó de qué partido comunista estaba hablando.

Consideré natural esa pregunta. Resultaba totalmente incomprensible plantear crear organizaciones del partido comunista en un país donde éste no existía, donde todas las tentativas de su restauración se habían esfumado, donde los esfuerzos y el entusiasmo que los combatientes dedicaron a esta causa a precio de dolorosos sacrificios eran como tristes recuerdos en las prisiones, y donde ya desde hacía mucho tiempo se prohibía por ley la libertad de asociación. Quizá él tenía esta incertidumbre y dudó haber oído bien.

Tan pronto como le expliqué que pensábamos crear organizaciones de nuestro Partido Comunista, el de Corea, volvió a preguntar:

—¿Qué dice la Internacional al respecto? Concretamente, ¿lo aprueba ella?

—Como se trata de un asunto interno nuestro, ¿qué tiene que ver con la aprobación de la Internacional? No hay motivo alguno para recibirla obligatoriamente. ¿No lo cree?

Movió dudoso la cabeza.

—Cuando el partido comunista en cada país, como filial de la Internacional, está obligado a recibir su dirección y control, ¿cómo nos atreveríamos a constituir nuestras organizaciones sin su consentimiento? ¿Tolerará que actuemos a nuestro antojo?

No había duda de que tenía mentalidad dogmática.

—De hecho, la revolución es una obra que se hace, no por directiva o aprobación de alguien, sino por propia voluntad. Quisiera preguntarle una cosa, compañero. ¿Usted participa en ella mandado por alguien? ¿Organizó el Comité de Acción de Kapsan con la aprobación de otro?

—No, nada de eso.

—Además, ¿Marx recibió la aprobación de alguien cuando formó

la Liga de los Comunistas? ¿Y Lenin ... al fundar el Partido Bolchevique?

Permaneció callado, no tenía qué decir.

—Es inexplicable que mientras Marx y Lenin fundaron partidos sin la aprobación de nadie, nosotros no podamos hacer lo mismo. Ya en su Tesis de Diciembre de 1928 la Internacional planteó ante los comunistas coreanos la tarea de restaurar su organización. En virtud de lo estipulado en este documento queremos formarla en el país, y entonces, ¿quién se atrevería a censurarnos? No podría hacerlo ni la Internacional. En este asunto no cabe poner sobre el tapete ni aprobación ni ratificación. A fin de cuentas, se trata de un problema relacionado con un derecho soberano de los comunistas coreanos. Cuando nosotros mismos podemos resolver los asuntos internos de nuestra casa, ¿por qué preguntar a ajenos cómo debemos proceder? De todas maneras, somos encargados de la revolución coreana. ¿Qué le parece?

Apenas en ese momento reconoció su estrechez de pensamiento y manifestó su total acuerdo con nuestra posición y proyecto.

—De veras que hasta hoy he sido un necio. En vez de estar consciente de que nosotros somos protagonistas de la revolución coreana, creía que la Internacional decidía todo lo relacionado con la revolución en cada país. Pero, tengo que hacerle una pregunta, mi General. Cuando se formen en el país organizaciones partidistas, ¿a quiénes pertenecerán y quiénes las dirigirán?

—Pertenecerán al comité del partido en el ERPC y serán dirigidas por él. En la presente circunstancia especial de Corea, donde no existe el partido comunista, el del ERPC desempeña el rol de Estado Mayor con la función de dirigir la revolución en su conjunto. Sus actividades están protegidas de modo firme por fuerzas armadas. La salvaje dominación del imperialismo japonés, sostenida por fuerzas de gendarmería y de policía, suprimió todas las posibilidades de restaurar el partido. La mayoría de los combatientes que actuaron con denuedo para restablecerlo fueron arrojados a las prisiones. La única organización que está a salvo de las garras enemigas es el

comité del ERPC que disfruta del respaldo de las armas. Es esta la razón por la cual tiene facultad para conducir la revolución coreana en su conjunto. Que cumpla el papel de Estado Mayor es el resultado irreversible del desarrollo del movimiento comunista en nuestro país. La historia nos exige encarar esta misión. El Comité de Acción Partidista que se formará en el país, tendrá el respaldo armado del ERPC.

Pak Tal dijo, sonriente:

—No tengo más que preguntarle.

A continuación examinamos cuestiones prácticas de la constitución del Comité de Acción Partidista en el País.

De nuevo, él comenzó a hacerme preguntas. Parece que tenía el hábito de plantear interrogantes antes de entrar a debatir.

—En el país está en plena discusión el problema de la prioridad entre la creación del partido y la de las agrupaciones de masas. El grupo de Hamhung da preferencia a la fundación del partido y los de Tanchon y de Hongwon insisten en formar primero organizaciones de masas y después, en el curso de la lucha práctica, el partido.

—¿Cuál es su opinión, compañero Pak Tal?

—No tengo ninguna. Según la lógica común, debería ser primero el partido ... pero no estoy seguro ni de esto.

El buscaba la causa de esta polémica en la Tesis de Diciembre de la Internacional. Su título original era: *Tesis sobre las tareas de los campesinos y obreros de Corea*. En el documento se exigía a los comunistas coreanos actuar de modo enérgico en las agrupaciones obreras y campesinas, esforzarse por conquistar a combatientes dentro de la Asociación Singan y otras nuevas y viejas organizaciones de liberación nacional, concentrar toda la atención en promover la unidad ideológica partidista y aplicar todos los métodos posibles para reorganizar y consolidar cuanto antes el Partido Comunista de Corea. No obstante, una parte de los comunistas creyeron que planteaba como tareas simultáneas la reorganización del partido y la formación de agrupaciones de masas, lo que confundió su concepto:

—A mi modo de ver, es un asunto que no puede ser objeto de polémica. El orden de prioridad lo deciden las condiciones concretas, la realidad. Aquí no tiene nada que ver con la Tesis de Diciembre. Todo se resolvería si se constituyen primero las organizaciones partidistas o las de masas en los lugares donde existan condiciones favorables a unas u otras. Donde haya siquiera tres personas dignas de ser militantes, se puede formar de inmediato un núcleo. En caso de no haber ninguna, hay que crear primero una agrupación de masas y después de formar comunistas en ella se podría integrar una del partido. Desde luego, las dos están relacionadas, por lo cual no se deben, artificialmente, tratar por separado. Pero, hay que tener en cuenta que los comunistas, independientemente del orden de prioridad, deben prestar toda su atención a preparar la cantera del partido de entre las masas. De contar con combatientes de vanguardia, dignos de ser militantes, en cualquier momento podemos constituir una organización partidista.

Quiso saber qué función iba a tener el Comité de Acción Partidista que pensábamos establecer dentro del país.

Le hice una explicación detallada:

... Que se trataba de un órgano de dirección regional que en el país orientaría de manera unificada la lucha revolucionaria y se encargaría de formar sus organizaciones; que por falta de un Estado Mayor con facultad de dirección centralizada, el movimiento dentro del territorio nacional adolecía de dos debilidades fatales: dispersión y espontaneidad; y que para agrupar en una sola fuerza a las personalidades patrióticas y a los comunistas que actuaban dispersos en el país y establecer relaciones directas entre sí, hacía falta un órgano directivo que ejecutara esa tarea. Y que ese órgano sería precisamente ese Comité; que pensábamos incluir en él al compañero Pak Tal, quien tendría que desempeñarse como delegado plenipotenciario del Comité en el interior del país; que deseábamos encontrarnos personalmente con todos los combatientes dispersos por el país, pero todavía no disponíamos de tiempo para esto. Y le rogué que de regreso se entrevistara, antes que todo, con los

activistas de las provincias Hamgyong del Norte y del Sur y de otras regiones e impulsara los preparativos para aglutinarlos en organizaciones partidistas...

En su rostro apareció una expresión grave.

—Francamente, no merezco tan alta confianza. No sé si soy buena madera para esta tarea. Me lastran no pocos defectos.

Su sincera confesión aumentó mi confianza en él.

Convocamos al Comité del Partido en el ERPC y constituimos el Comité de Acción Partidista en el País con Kim Phyoung y Pak Tal como miembros, y yo, presidente. Pak Tal, en su calidad de actuante directo, asumió la tarea de atender el trabajo de formación de organizaciones partidistas en Kapsan y otras diferentes zonas de Corea.

Apoyó nuestro procedimiento: constituir primero organizaciones de base, y luego, a partir de ellas, crear el órgano central y proclamar la fundación del partido.

Después de aquella reunión, me rogó que si en los métodos de trabajo de los que actuaban en el país se observaban deficiencias o si había algunos eficaces, dignos de servir de referencia, se los señalara todos.

En primer lugar, manifesté mi opinión de que había que dejar de actuar como desterrados.

—En el presente vemos que los compañeros dentro del país proceden de esa manera, lo que es totalmente inútil y perjudicial. Como por el día se refugian en los montes y sólo por la noche bajan furtivamente para verse con la gente, los miembros de las organizaciones rehuyen las citas con ellos por miedo a la vigilancia enemiga. Con este método de desterrados es imposible extender las organizaciones. Los compañeros que realizan actividades clandestinas en las zonas enemigas tendrán que aprovecharse al máximo de las posibilidades de actuar legalmente mediante la participación en la producción. Deberían apartarse de inmediato de ese modo de trabajar.

Su cara se puso roja.

—De hecho, yo también procedí de esta manera. Nosotros pensamos sólo en el choque frontal, sin llegar a comprender que en casos necesarios debíamos dar rodeos.

Por un rato, conversamos de otros temas, dejando a un lado los oficiales.

Le pedí que me explicara la razón por la cual él, que detestaba costumbres caducas, se pelaba al rape como un bonzo cuando otros calzaban zapatos de cabritilla, se dejaban crecer a la moda el pelo y portaban bastones para darse aire de hombres modernos.

Relató que en el período en que participaba en el movimiento sindical, si caía en manos de los policías, éstos lo agarraban por los cabellos y hacían chocar su cabeza contra la pared. Eso lo irritaba tanto que hizo la “limpieza de malas yerbas”. Me pareció un procedimiento muy ingenioso su “limpieza de malas yerbas”. Añadió que si se lo exigía, podía dejarse crecer el pelo o tener pelado a lo cepillo.

—No, no es necesario. Como usted lo hizo para su conveniencia, no hace falta que ahora vuelva a su aspecto anterior.

—Si usted, General, no se opone, seguiré pelándome al rape como un bonzo. ¿Quién me puede garantizar que no iré a visitar más a la policía?

Efectivamente, con posterioridad tuvo que sufrir mucho en puestos de policías y prisiones.

Le pregunté si estaba dispuesto a presentarse a exámenes como, por ejemplo, de policía en caso de que esto beneficiara a la revolución. Me miró con los ojos agrandados por el asombro y la desorientación.

—¿Acaso usted piensa en hacerme policía?

—Si la revolución lo exige hay que ser incluso policía. Pero, no pienso en hacerlo realmente al compañero Pak Tal. Lo importante es ganarse, llévase o no el gorro oficial, la confianza del puesto policíaco.

En su rostro apareció una sonrisa de alivio.

—Me llevo bastante bien con los policías, pero nunca pensé en

pasar por sus exámenes. De regreso probaré.

Efectivamente, en la primavera del año siguiente se presentó a esos exámenes. Con anterioridad había ido a ver al jefe del puesto y le dijo con desenfado.

—Señor jefe, yo también quisiera progresar como policía. ¿Qué opina usted? ¿Soy buena madera para tal cosa?

El jefe de policías, sin poder contener la emoción, se puso de pie de un salto.

—¿Estás hablando en serio?

—De todo corazón. Mi decisión es tan firme que me atreví a visitarle.

—Tú eres no buena sino excelente madera para ser policía. Si prestas buen servicio, llegarás a ser incluso jefe.

—No me atrevería a quitarle a usted este puesto. ¿Habrá visto un descarado de tal calaña?

—No digas eso. Estoy dispuesto a ceder mi cargo, en aras del gran imperio japonés, si una persona como Pak Tal se convierte en fiel ciudadano japonés. Es muy buena tu aspiración. Preséntate pronto a las pruebas.

Pak Tal echó a correr un abultado rumor de su disposición de pasar el examen de policía y lo pasó en realidad, pero escribió las respuestas ni bien ni mal. Con esto terminó su jugada, pues fue descalificado. Actuó con mucha habilidad según el guión que confeccionamos. A un documento secreto con los antecedentes de Pak Tal los japoneses añadieron un párrafo donde anotaron: “En marzo del año *Showa* 12 (1937), voluntariamente pasó en el puesto de Kapsan los exámenes para ser policía de la provincia Hamgyong del Sur y fue descalificado”.

Por haberse presentado a tales pruebas se granjeó la confianza de los japoneses. En el puesto del lugar había un tal Kim quien, considerándolo como buena persona, fue varias veces aval de sus antecedentes. Pak Tal fingió ser fiel a los policías y bajo su visto bueno hizo todo lo que quería.

La formación del Comité de Acción Partidista en el País tuvo una

importancia realmente trascendental para mantener nuestra orientación independiente sobre la fundación del partido e impulsar con energía la creación de sus organizaciones.

No significaba la simple continuación o repetición del movimiento de restauración que, iniciado después de la disolución del Partido Comunista de Corea, se llevaba a cabo en diferentes sentidos. Sólo el trabajo de constitución de sus organizaciones dentro del territorio que se ejecutó bajo la dirección de este Comité fue, ciertamente, un movimiento de constitución, una lucha por la creación de organizaciones partidistas, consecuentemente independiente, que se distinguía de modo esencial del movimiento de restauración dirigido por la misma Internacional o del que intentó efectuar la Internacional Sindical Roja (Profintern) mediante el movimiento sindicalista rojo.

Entrando en la década de los años 30 la Internacional Comunista comenzó a prestar cierta atención a la lucha de liberación nacional en Corea, sobre todo a su movimiento de restauración del partido. Esto se relacionaba con el hecho de que en el Extremo Oriente el militarismo japonés se convertía en una fuerza cada día más peligrosa, como el fascismo en Europa.

Respecto a su restauración, en la KOMINTERN hubo varias personas, incluyendo a Kuusinen, que presentaron propuestas según sus criterios personales.

La más representativa fue el proyecto sobre la creación del Partido Revolucionario Nacional de Corea, que era objeto de discusión en el período posterior al VII Congreso de la Internacional. Según recuerdo, una explicación más detallada de la opinión de la Internacional sobre dicho partido, llamado a promover la resistencia antijaponesa en Corea, la dio Yang Song en su trabajo sobre el frente unido antimperialista en Manchuria, publicado en *La Internacional Comunista*.

Decía que la situación reinante en Jiandao exigía incorporar a un mayor número de obreros y campesinos chinos y coreanos con espíritu revolucionario en las organizaciones del Partido Comunista

de China para su ampliación y consolidación y, al mismo tiempo, fundar el Partido Revolucionario Nacional de Corea, y apuntó que la tarea más importante de éste debería ser la lucha antijaponesa y por la independencia nacional de Corea y sus fundadores podían ser únicamente los comunistas. A continuación, afirmaba que tendría que revestir el carácter de un partido de frente unido antijaponés. Podría considerarse que tal opinión representaba el criterio de la Internacional y el de los trabajadores del partido chino que a la sazón actuaban en este organismo.

Sin embargo, resolvimos el problema de la creación de organizaciones partidistas y el del frente unido según nuestros propios criterios y decisiones.

Impulsamos a la vez las dos tareas, pero no las mezclamos. Porque el partido no podía representar de modo alguno al frente unido ni la organización de éste significaba el mismo partido.

Por ese tiempo hubo entre los independentistas quienes trataron de formar una organización política que bajo la denominación de partido único nacional acogiera a todas las fuerzas políticas de izquierda y de derecha, parecida al Guomindang de China.

Nosotros llevamos adelante la formación de organizaciones partidistas con la creación del Comité de Acción Partidista en el País, y, al mismo tiempo, realizamos la gran unidad pannacional mediante la Asociación para la Restauración de la Patria como organización del frente unido nacional antijaponés.

Desde luego, también en tiempos anteriores la Internacional intentó la restauración del partido en Corea en diversos terrenos.

*La Tesis sobre las tareas del movimiento del sindicato obrero revolucionario de Corea* (título corriente: *Tesis de Septiembre*), que elaboró en septiembre de 1930 el buró ejecutivo de la Internacional Sindical Roja que se hallaba bajo la dirección de la KOMINTERN, presentó la creación de una asociación obrera revolucionaria como condición indispensable para la restauración del Partido Comunista. En virtud de esta tesis, justamente, los comunistas coreanos se esforzaron por la constitución de ese sindicato (sindicato obrero rojo)

y con él como base de masas impulsaron la reconstitución del Partido Comunista.

En octubre del año siguiente, el Secretariado del Sindicato Obrero panPacífico, radicado en Shanghai como una filial de la Internacional Sindical Roja, apremió, en su “Proclama urgente a los simpatizantes coreanos con el Secretariado del Sindicato Obrero panPacífico”, conocida por “Mensaje de Octubre de SOP”, formar la asociación obrera revolucionaria y, con ésta como base de masas, restaurar el Partido Comunista.

Fueron estos documentos de la Internacional Sindical Roja, junto con “Notas de opiniones sobre el movimiento comunista en Corea”, publicadas en mayo de 1931 y conocidas como “Notas de opiniones de Kuusinen”, miembro del comité ejecutivo de la KOMINTERN, los que trataron directamente la cuestión de la restauración del Partido Comunista en Corea.

En junio de 1934, en Moscú se publicó, en nombre del grupo de promotores del Partido Comunista de Corea, el “Programa de acción del Partido Comunista de Corea”, que también debe considerarse parte de los esfuerzos por alcanzar este objetivo.

Pese a que persistía la cruel dominación colonialista del imperialismo japonés sobre el pueblo coreano e iba recrudeciéndose cada día más la represión del movimiento revolucionario, los comunistas en el interior del país desplegaron sin desmayo y de variada forma el movimiento de restauración de su organización. El incidente del Partido Comunista en las provincias Hamgyong del Sur y del Norte, el incidente de la creación de la unión de comunistas coreanos, el caso de la reunión de informe de los coreanos a la KOMINTERN para la restauración del Partido Comunista, el incidente del comité preparatorio de la restauración del Partido Comunista de Corea y otros fueron una parte de dicho movimiento que se desplegó en esa época en diferentes regiones del país.

Se libró también teniendo como base a China.

Los grupos M-L y Sosang lo llevaron a cabo con Jilin y sus contornos como centro y a este fin organizaron el Comité

preparatorio de la restauración del partido, la Comisión central de cuadros para la reconstrucción del partido, la Unión de rehabilitación del partido, el Comité de coordinación para el restablecimiento del partido y otros por el estilo.

En Japón esta actividad se realizó con Tokio como centro.

Parte de este movimiento pueden considerarse el Sindicato Obrero Rojo y la Asociación Campesina Roja que actuaron en todo el país desde fines de los años 20 hasta mediados de la década siguiente. Estas asociaciones, que al principio tuvieron forma legal y después ilegal, como movimientos clandestinos, se plantearon como su principal meta la restauración del Partido Comunista.

Estas acciones que se llevaron a cabo en Corea y en el extranjero se limitaron, en su mayoría, a las capas superiores, y adolecían bastante de caducas formas, de tendencia servilista y de concepciones sectaristas. Sin embargo, pese a las referidas limitaciones nos esforzamos por formar en el país organizaciones de un partido de nuevo tipo aprovechando los éxitos de los anteriores movimientos de restauración. Dicho en otras palabras, nos empeñamos mucho para encontrar los hilos del sindicato obrero y la asociación campesina rojos del tiempo anterior y organizar en ellos nuestras células partidistas.

En la segunda quincena de mayo de 1937, en la base del monte Paektu efectuamos la segunda reunión del Comité de Acción Partidista en el País y adoptamos medidas para elevar su función y papel y fortalecer la dirección sobre la labor de formación de organizaciones de partido y el movimiento revolucionario en el país. Pasamos balance al estado de la marcha de esa labor después de fundado el Comité de Acción y examinamos atentamente las tareas y vías para su ejecución.

En particular, subrayé la necesidad de combatir manifestaciones servilistas y dogmáticas en el trabajo de creación de organizaciones del partido y en la vida dentro de ellas, y propuse medidas para agrupar en éstas y en otras revolucionarias a los comunistas que actuaban dispersos en el país y revitalizar el sistema de dirección

partidista de acuerdo con la realidad en que se multiplicaban sus organizaciones.

Lo acordado en la reunión sirvió de jalón en la intensificación del avance del ERPC al interior de Corea, en la formación de organizaciones del partido y el desarrollo de la lucha revolucionaria en el país.

Con posterioridad, enviamos un grupo de trabajo político con la misión de ayudar en las actividades partidistas dentro del territorio nacional. En el verano y otoño de 1937 ese grupo, integrado por Kim Phyong, miembro del Comité de Acción y por Kwon Yong Byok, Jong Il Gwon, Kim Ju Hyon, Ma Tong Hui, Kim Jong Suk, Paek Yong Chol, Ri Tong Hak, Choe Kyong Hwa, Kim Un Sin, Ri Chang Son, Ri Kyong Un, Ri Pyong Son y otros, viajó a diversas regiones septentrionales de Corea para participar en la creación de organizaciones partidistas y realizar trabajo con las masas. Se llamó Grupo de Trabajo Político en el Norte de Corea. Con sus actividades, encaminadas a despertar la conciencia revolucionaria en aquellas regiones, apoyó de modo directo la formación de organizaciones partidistas.

A sus integrantes les designamos zonas de trabajo político. Por aquel entonces éstas se denominaban zonas políticas y tenían su número ordinal: primera, segunda, tercera, cuarta, quinta, etc., que comenzando en la costa Este llegaban hasta la Oeste. Kim Phyong fue quien las deslindó con previa consulta conmigo.

Sus miembros podían cumplir su labor en dos formas: o personalmente sobre el terreno o indirectamente, por medio de activistas bien preparados por ellos.

A comienzos de 1937 uno de sus subgrupos, encabezado por Ri Tong Hak, penetró, con la ayuda de Ri Je Sun, en aldeas del cantón Unhung, en el distrito Kapsan, y lanzó cientos de volantes con proclamas y arengas que infundían el espíritu patriótico antijaponés e inspiraban la idea de la independencia de Corea. Y luego de realizar trabajo de propaganda entre la población se esfumó y retornó a la unidad como un relámpago. Esta operación perseguía crear

condiciones favorables a la preparación del terreno para la constitución de organizaciones del partido.

También los subgrupos de Ma Tong Hui y Ji Thae Hwan, encargados del distrito Samsu y sus alrededores, hicieron sucesivas penetraciones en el interior del país, y con hábiles y precavidas acciones políticas alentaron a la población al norte del paso Machon.

Con el fin de ayudar a Pak Tal en sus actividades le enviamos un joven enlace que se llamaba Son Jang Bok.

Antes de salir le dije que en cuanto llegara al país procurara inscribirse en el registro del organismo administrativo japonés y se hiciera pasar por nacido y crecido en Corea.

Pak Tal lo llevó al puesto de policía y habló socarronamente al jefe:

—Señor jefe, dígnese felicitar-me.

El aludido miró desconcertado a uno y a otro. Desde que Pak Tal se presentara al examen de policía él comenzó a tratarlo con mucha amabilidad.

—¿Qué motivo tienes para estar tan contento?

—Sí, señor. Cayó gratis en mi poder un hermanito.

Y con aire ostentoso, hizo pasar delante a Son Jang Bok que permanecía cohibido a sus espaldas, y explicó en tan alta voz que se podía oír en todo el edificio:

—Siempre he sentido mucho no tener un hermanito. Y de pronto el padre satisfizo mi anhelo.

—Entonces, ¿este muchacho es un hermano de juramento que te ha encontrado tu padre?

—Nada de eso. Es medio hermano, por parte de mi padre, quien cuando residía en Kilju tuvo amores con otra mujer y nació éste. El muchacho, al morir su madre, como huérfano llevaba una vida errante, y al oír que en Kapsan vivía un medio hermano vino a verme. Decidí mantenerlo en mi casa.

—¡Vaya, tremendo mujeriego sería tu padre! Se ganó gratis un hijo tan apuesto.

Sus palabras provocaron una carcajada general de los policías que

hizo retremblar el edificio. El jefe, bien dispuesto, arregló los trámites de registro, sin ponerle peros.

Pak Tal inscribió a Son Jang Bok con el nombre de Pak Yong Dok, quien comenzó a desarrollar actividades clandestinas.

Pero, días después ocurrió algo inesperado que dañó el trabajo de la organización clandestina de Kapsan. En la comuna Taejung, del cantón Unhung, un bandido arrebató de una casa campesina 20 *wones* y para encubrir su delito fingió haber bajado de la montaña. En ese tiempo solían llamar a los guerrilleros “hombres de la montaña” y a los trabajadores políticos de la guerrilla “hombres llegados de la montaña”. Precisamente, cuando se cometió ese acto de pillaje Pak Tal estuvo en la comuna Taejung para orientar el trabajo de una organización de base de la ARP. Por esta coincidencia eventual fue detenido bajo la acusación de ser “hombre llegado de la montaña”. Además, la policía, informada de que un tal Ri Pyong Son, procedente de Kilju, frecuentaba la casa de Pak Tal, trató de arrestarlo también, pero no lo encontró.

Ri Pyong Son se trasladó a Kapsan, junto con Kim Yong Guk, el año anterior, luego de haberse involucrado en Kilju en el incidente de la asociación campesina roja. Desde que Kim Yong Guk ingresara en la guerrilla, él encontró un empleo en una empresa maderera del cantón Pochon y se dedicó a dirigir las organizaciones de la Unión de Liberación Nacional de esas zonas. Aquel día la policía japonesa quiso detener a Son Jang Bok al confundirlo con Ri Pyong Son, mas al comprobar por diferencia de edad que no era a quien buscaba, se retiró de la casa de Pak Tal.

Por esa época enviábamos a Changbai y al interior del país un gran número de activistas políticos y sólo con los combatientes del ERPC no podíamos cubrir las necesidades. Para completar la cantidad requerida necesitábamos, por lo menos, un número igual al de los efectivos de todo un regimiento, pero la guerrilla no podía ocuparse sólo del trabajo político, dejando a un lado las operaciones militares. Seleccionamos, pues, y enviamos al país a miembros de organizaciones clandestinas de Changbai con rica experiencia en el

trabajo político y a otros compañeros que, con anterioridad, en agrupaciones revolucionarias de Manchuria del Este habían trabajado mucho entre las masas. En el mismo período, también la organización de la ARP, en el distrito Changbai, envió, por conducto de Ri Je Sun, numerosos activistas clandestinos al interior del país.

Del envío de trabajadores políticos se encargó Kim Phyoung, miembro del Comité de Acción Partidista en el País.

Su cargo oficial era, entonces, comisario del séptimo regimiento. Como competente cuadro político y militar en la Comandancia del ERPC se responsabilizaba de todo lo relacionado con las labores en la retaguardia enemiga, esfera donde él poseía ricas experiencias. Ayudó mucho a mi trabajo no sólo en la primera parte de la década de los años 30 sino también en la segunda. Fue uno de los cuadros a quienes más aprecié y confié en el período de la revolución antijaponesa.

Con posterioridad, delatado por un renegado, cayó en manos enemigas y sufrió mucho; si bien su vida política tenía ciertas máculas, conservó inalterable su lealtad hacia nosotros. Estuvo muy vinculado al trabajo de la Comandancia y del Comité del partido en el ERPC, y cuando nosotros estrechamos las relaciones con los revolucionarios del país y extendimos la lucha armada hacia allí y llevamos a cabo plenamente los preparativos de la guerra de resistencia de toda la nación, se encargó directamente de estas actividades, razón por la cual sabía más que nadie de las cosas ocurridas entonces. No pocos de los asuntos militares y los hechos relacionados con las actividades políticas secretas, los conocía únicamente él.

Los detalles acontecimientos y las fechas que evocó resultaron en su mayoría correctos. Creo que las anotaciones que dejó hicieron gran aporte a enriquecer la historia revolucionaria de nuestro Partido. Habría sido mucho mejor si Kim Phyoung hubiera seguido peleando en la guerrilla hasta la emancipación del país. No puedo olvidar a Kim Phyoung del período del monte Paektu, cuando ayudó con tanta devoción a mi trabajo.

Los activistas políticos enviados al interior del país penetraron profundamente en el sindicato obrero y la asociación campesina y en otras agrupaciones, así como en los aislados grupos de comunistas, y actuaron de modo dinámico para constituir organizaciones partidistas y ampliar la red de la ARP.

Gracias a las entusiastas labores de ellos, penetró con fuerza incontenible entre el pueblo el “viento del monte Paektu”. Bajo su influencia, llegó a tener una justa comprensión del ERPC. Numerosas personas vinieron al Paektu para ingresar en nuestro ejército.

Como otra medida para la constitución de organizaciones partidistas en el país, creamos un núcleo integrado por los mejores elementos fogueados en la Unión de Liberación Nacional de Corea. Los historiadores denominan este núcleo, que estaba encabezado por Pak Tal, “grupo de 3 personas”. Debía cumplir el papel de organización de base, y, a la vez, de entidad matriz para la formación de organizaciones del partido en el país.

Lo que considero singular en el método de trabajo de Pak Tal para extender estas organizaciones y engrosar las filas de sus militantes fue la creación de las formaciones sin nombres. Eran agrupaciones de militantes que si bien no tenían nombre oficial, desplegaban actividades en secreto. También en la ARP había tales agrupaciones.

Se trataba de un método singular para crear organizaciones clandestinas en condiciones en que la represión enemiga se recrudecía al extremo.

Permitía que aunque uno de los integrantes fuera detenido, los restantes quedaran a salvo porque en lugar de poner denominación y juntarse varias personas en las reuniones, las citas eran individuales y de la misma manera se realizaba el trabajo educativo, se indicaban métodos de lucha y se distribuían tareas.

Después de despedirse de nosotros, Pak Tal volvió a Kapsan, donde se entregó en cuerpo y alma a la tarea de constituir organizaciones del partido en el país. Guiándose por la orientación

trazada por nosotros preparó las zonas de Kapsan y Samsu como su centro matriz y a partir de este, extendió paulatinamente la esfera de sus actividades hacia otros distritos y provincias.

Seleccionamos dichas zonas para tal fin, teniendo en cuenta sus singulares condiciones socio-económicas.

Samsu y Kapsan se conocían, ante todo, por haber sido lugares de destierro. Eran tan tristemente famosos como tales que, incluso, hay un refrán coreano que dice: “A pesar de que me boten a Samsu o Kapsan”. Los descendientes de los nobles arruinados que durante la dinastía feudal de Joson fueron perseguidos y expulsados hacía allí por el gobierno feudal, vivían como la capa más baja de la sociedad, siendo en su mayoría labradores de artigas o mineros. También los errantes refugiados, que en busca de medios de vida afluyeron a las regiones de la altiplanicie de Kaema después de la “anexión de Corea a Japón”, tuvieron que dedicarse al agobiante cultivo de artigas que roturaron arrancando a fuerza de azada las raíces y pernoctando en tugurios con fogones encendidos. Analizada desde el punto de vista clasista la composición de la población local, podía considerarse buena por su origen. La espesa y profunda naturaleza de la altiplanicie, favorable a acciones guerrilleras, se convirtió a partir de la década de los años 10 en campo de combate donde los destacamentos de voluntarios y del Ejército independentista, pertrechados con fusiles de mecha, libraron operaciones con el propósito de defender el país a costa de su vida, y sirvió como mayor refugio para los que desarrollaban movimientos sociales. De casi todas las regiones septentrionales de Corea convergieron en este sitio activistas sociales que fueron despojados del derecho a actividades legales. Allí llegaban personas de voluntad patriótica no sólo del interior sino también de Jiandao Norte y Oeste e, incluso, de Siberia.

Según la explicación de Pak Tal, a mediados de la década de 1920 cuatro independentistas antijaponeses que habían encabezado la huelga estudiantil en la Escuela Sungsil de nivel medio de Pyongyang, se trasladaron a Samsu y Kapsan y organizaron un círculo de estudio del socialismo con la incorporación de

cultivadores de artigas, hecho que constituyó el inicio del movimiento socialista en la zona.

Con posterioridad, se les unieron personas que tuvieron que tomar el camino del exilio luego de participar en asociaciones obreras y campesinas en la región costera oriental, y juntos crearon la unión de la juventud, la unión de campesinos y la de vanguardia.

Sólo estos hechos otorgaban suficientes condiciones para que Samsu y Kapsan fueran escogidos como centro matriz para la formación de organizaciones partidistas en el país.

El Comité de Acción de Kapsan vio la luz sin tener al principio una denominación particular. A partir de mayo de 1934 comenzó a captar militantes: primero a Ri Kyong Bong, y sucesivamente a Kim Chol Ok, Sim Chang Sik, a fulano y mengano. Organizó campañas contra el cultivo obligado del lino, así como contra el misticismo y el matrimonio prematuro, hasta unos dos años después, cuando, al percatarse de que militaban en una misma organización, la llamaron Comité de Acción de Kapsan.

A partir de la experiencia adquirida en la creación de organizaciones partidistas en el país, formalizamos ese método en un trabajo que redacté posteriormente acerca de la manera de actuar de las células, y en la primera parte de los años 40 impartí la tarea de aplicarlo a los compañeros que penetraban en el territorio nacional para librar acciones en pequeños grupos.

Después de la liberación, un militante de una agrupación recordó: “Ingresé en una organización, pero no sabía su denominación ni su composición porque se mantenían en secreto”.

Un revolucionario, nacido en Kapsan, relató que conoció libros prohibidos que le entregaba Pak Tal con la advertencia de que los leyera en secreto, y le hizo algunos servicios y nada más, pero que el tribunal del imperialismo japonés lo condenó con una pena severa y fue encarcelado hasta la liberación. Esas personas pertenecían a organizaciones sin nombres.

Después de haber preparado la zona que comprendía Samsu y Kapsan como centro matriz, Pak Tal comenzó a enviar a distritos y

provincias vecinas a militantes que él había formado y seleccionado. La tarea que les encomendaba consistía en allanar en los lugares destinados el terreno para la formación de organizaciones partidistas.

Planificaba este trabajo siguiendo nuestra orientación, es decir, procuraba que los enviados obtuvieran de modo imprescindible empleos apropiados. Porque entonces se legalizaba su posición social y estaban en condiciones de cumplir exitosamente sus misiones. Además, podían abandonar el estilo de obrar como desterrados y compenetrarse con las masas.

Pak Tal envió sólo al distrito Musan 5 ó 6 trabajadores clandestinos.

Chae Ung Ho, entonces jefe de la asociación antijaponesa en el barrio Sondok, del cantón Pochon, una organización bajo la influencia de la Unión de Liberación Nacional de Corea, fue enviado al distrito Musan, donde, en relación con los trabajadores políticos, por una parte, promovió recolectas para asegurar suministros a la guerrilla y aglutinó orgánicamente a las masas y, por otra, hizo intensos preparativos para crear una guerrilla de producción. Aun después del “incidente de Hyesan”, establecido su exilio en las zonas de Yanji y Helong, frecuentó la región de Musan para incorporar a los obreros forestales a agrupaciones revolucionarias.

Pak Tal envió a los distritos sureños de la provincia Hamgyong del Norte a Ri Ryong Sul, responsable de la sección de juventud de la Unión de Liberación Nacional de Corea, y a Ri Pyong Son, y, por su conducto, transmitió a Ho Song Jin, uno de los dirigentes de la asociación campesina roja de Songjin, nuestro lineamiento respecto al movimiento revolucionario y la construcción de organizaciones partidistas en el país. Me dijeron que este hombre, firmemente dispuesto a luchar hasta el fin por ver cumplido dicho lineamiento, se fue a Kapsan para entrevistarse con nosotros, pero no pudo alcanzar el objetivo. Nos hallábamos en esos momentos en Linjiang y Mengjiang para eliminar las consecuencias de la “expedición a Rehe”.

Pak Tal, a la vez que impulsaba la constitución de organizaciones partidistas y ampliaba la red de la ARP, hizo ingente labor para

afianzar las fuerzas militares de nuestra revolución.

Cuando Ri Pyong Son estuvo en el campamento secreto, por su conducto le dimos a Pak Tal la tarea de formar guerrillas de producción con la incorporación de militantes de las organizaciones partidistas en el país y jóvenes miembros medulares de la ARP.

Como primer paso para los preparativos, aprovechó el cuerpo de autodefensa. Con el argumento de la “protección de la tierra natal” el imperialismo japonés expandía en gran medida esos cuerpos. Incluso entregaba armas a los reclutados para ejercitarlos. Pak Tal pensó que de lograr meter a todos los guerrilleros de producción en estas formaciones, aprenderían a manejar las armas y se granjearían mucha confianza de los enemigos, y en caso necesario podrían alzarse al unísono con las armas en las manos. Y valiéndose de su fachada de vicejefe de ese cuerpo, en la aldea Kolchigi, incorporó a casi todos los que tenían la edad de servicio fijada por los japoneses y procuró que ocuparan puestos de mando.

Trabajó con ahínco también para llevar a la práctica nuestra orientación de organizar la guerrilla popular antijaponesa del norte de Corea. Partiendo de la necesidad de extender e intensificar con rapidez la lucha armada en esa parte del país, presentamos el proyecto de constituir dicha guerrilla principalmente con los miembros de organizaciones del partido en el país. El extenso territorio al norte del paso Machon, que comprendía desde el paso Pujon hasta Musan y Kapsan, era apropiado, e ideal, para operaciones guerrilleras.

Dije entonces a los compañeros del país que organizaran esa guerrilla, que nosotros seleccionaríamos y enviaríamos expresamente guerrilleros bien preparados para constituir su núcleo directivo; y que con ellos como prototipo engrosaran las filas y realizaran ejercicios. Como su comandante fue designado Choe Il Hyon, del séptimo regimiento, y como comisario Pak Tal.

Si no hubiera ocurrido la desgracia de que Pak Tal y la mayoría de los demás cuadros directivos de la Unión de Liberación Nacional de Corea fueron detenidos y llevados a prisión, la organización de la

guerrilla popular antijaponesa septentrional se habría llevado a cabo sin tropiezos, tal como estaba planificado.

Los militantes del partido en el país cooperaron de modo activo asimismo con las acciones del escuadrón volante de Kim Ju Hyon que allí se había destacado.

Los verdugos imperialistas japoneses levantaron una frenética ola de detenciones de militantes y miembros de la Unión de Liberación Nacional de Corea, pero Pak Tal no dejó de luchar ni en medio de esa tenebrosa atmósfera. Por todas las vías trató de conservar en condiciones clandestinas las organizaciones de base del partido y la red orgánica de la ARP.

Kim Phyong me envió un informe detallado sobre lo que estaban pasando los miembros de las organizaciones partidistas en el país y de la Unión de Liberación Nacional de Corea como consecuencia del “incidente de Hyesan”.

Tan pronto como recibí dicho parte mandé al interior del país a Ma Tong Hui y Jang Jung Ryol. No obstante, no dio resultado porque los dos cayeron en manos de los enemigos mientras andaban en busca de Pak Tal.

Entonces tuve que enviar a Kim Jong Suk a Taejinphyong. Ella poseía mucha experiencia en el trabajo dentro del país. Entre tanto, Pak Tal que actuaba en Tanchon, Pukchong, Hongwon, Sinpho y otras regiones de las costas orientales para extender las organizaciones, volvió a Taejinphyong para reparar la difícil situación por la que atravesaba la organización del lugar. A duras penas Kim Jong Suk logró entrar en contacto con él y me informó del resultado de la entrevista.

Al recibir su parte enviamos a Kapsan un pequeño grupo de enlace encabezado por Paek Yong Chol, quien además de ser guerrillero actuaba con frecuencia en el territorio coreano. Hasta que fuera llamado a regresar a la unidad después de la detención de Ma Tong Hui y Jang Jung Ryol tuvo su campamento secreto en Ouledong y a partir de allí cumplía la tarea de conseguir provisiones en diferentes regiones.

Desde el primer día de su entrada al país fueron perseguidos por la policía. Al cabo de padecer indescriptiblemente, lograron encontrar al grupo de Pak Tal, Kim Chol Ok y Ri Ryong Sul. En el monte Paektu les di la tarea de restaurar y poner en orden las organizaciones revolucionarias destruidas y de imprimir un nuevo auge a la revolución en el país, y volví a mandarlos a Kapsan.

Paek Yong Chol penetró otra vez en el país junto con el grupo de Pak Tal y chocó con la policía japonesa en la región de Soksín donde realizaba una tarea. Tapando con una mano las entrañas que salían de su vientre perforado por una bala, siguió combatiendo hasta caer preso. Los policías le hicieron sentarse en cuclillas en un hueco y obligaron a los caminantes que pasaban por allí a arrojar piedras contra el “bandido comunista” hasta enterrarlo vivo. Las operaciones para salvar a Pak Tal y a las organizaciones del partido en el país nos costaron esfuerzos y sacrificios realmente enormes.

Los enemigos se movían con frenesí para arrestar a Pak Tal. Por doquier, agentes y traidores peinaban montaña tras montaña.

Pak Tal, como miembro del Comité de Acción Partidista en el País, nos prestó ayuda al hacer importantes aportes a la formación de organizaciones de partido y la ampliación del movimiento del frente unido nacional antijaponés. Fue, realmente, principal encargado de esas organizaciones en el país.

En su construcción tuvieron desempeños destacados, además, Kim Phyoung, Kwon Yong Byok, Kim Jong Suk y otros trabajadores políticos. En Sinpha, Phungsan, Rangrim, Pujon, Hungnam, Sinhung, Riwon, Tanchon, Hochon y otras regiones septentrionales de Corea y en las zonas de Changbai, venciendo incontables dificultades y pruebas, lograron crear organizaciones y aglutinar de modo compacto a los comunistas.

Gracias a las enérgicas actividades de nuestros combatientes de vanguardia del partido las organizaciones de éste se extendieron con rapidez a extensas regiones del país. Surgieron sin interrupción agrupaciones revolucionarias en Kapsan, Sinpha, Phungsan y otras partes de las provincias Hamgyong del Sur y el Norte, así como en la

zona de Yangdok y en las minas, fábricas, aldeas, poblados de pescadores y ciudades de la región occidental incluidos Pyongyang y Pyoksong. En aquellos lugares donde enmudeció el otrora dinámico movimiento de asociaciones obreras o campesinas rojas, volvió a desplegarse cobrando carácter revolucionario. El proceso de reorganización y reestructuración de las anteriores asociaciones obreras y campesinas coincidió con el de la aparición de las organizaciones partidistas. La red de éstas y la de la ARP, rebasando mucho el área norteña de Corea se extendieron a Seúl y otras regiones centrales, hasta la línea fronteriza de las provincias Kyongsang y Jolla e, incluso, a la isla de Jeju y a Japón, al otro lado del Estrecho Coreano.

La construcción de organizaciones partidistas en el país se impulsó en estrecho vínculo con la que se realizaba en las regiones de Changbai y Linjiang. Estas organizaciones echaron raíces también en las zonas donde residían los coreanos en Changbai, Fusong y Linjiang, y se extendieron a numerosos lugares de Manchuria del Este y del Sur. Con el enérgico impulso de este proceso a escala de todo el país y de toda la nación los comunistas que venían actuando dispersos lograron aglutinarse orgánicamente y se fortaleció la dirección partidista sobre la revolución coreana en su conjunto.

Se implantó un poderoso sistema orgánico de partido que abarcó todo el país, según el cual las organizaciones de éste actuaban bajo la dirección unificada del Comité en el ERPC. A medida que se ordenaba dicho sistema, desde este Comité, máximo órgano rector, hasta las células, instancias de base, se registró un avance trascendental en la preparación de los cimientos orgánico-ideológicos para la fundación del partido.

Fue esta otra gran conquista que tuvimos en la Lucha Revolucionaria Antijaponesa, y constituyó una victoria política tan importante como la militar que alcanzamos en las zonas ribereñas de los ríos Amnok y Tuman desde que nos instalamos en el monte Paektu. Nuestra sangrienta lucha por la construcción de estas organizaciones no sólo fue una poderosa fuerza impulsora de la obra

de liberación de la patria, sino que también sirvió de sólida base para culminar de modo espléndido la empresa de la fundación del partido de modo independiente.

El movimiento comunista coreano, marginado y menospreciado a causa de sus riñas sectaristas y pobreza teórica y falta de capacidad práctica, comenzó a preparar a paso firme un nuevo camino en el fragor de la Lucha Armada Antijaponesa.

### **3. Combates en las faldas del monte Paektu**

Después que nos establecimos en el monte Paektu, Dongbiandao donde está situado el territorio de Changbai, sobre todo su parte norte, se convirtió en la “mayor zona de precaria seguridad” y era un gran dolor de cabeza para el ejército Guandong y las autoridades de seguridad del Estado manchú.

Todas las neuronas de los militares y policías japoneses y manchúes se concentraron en esa región. En los periódicos no cesaban de aparecer noticias sobre los bulliciosos incidentes en Changbai. Reinaba un desorden total en las faldas del monte Paektu, otrora lugares considerados de plena tranquilidad.

Desde los primeros días de su ocupación de Manchuria los agresores japoneses prestaron profunda atención a preservar el orden en la región con el fin de convertirla, junto con Corea, en base estratégica para dominar al continente asiático.

Dongbiandao, una unidad administrativa surgida cuando el gobierno de Beiyang dividió el noreste de China en tres provincias: Liaoning, Jilin y Heilongjiang, y en diez distritos, ocupaba un extenso territorio que comprendía una parte de las actuales provincias Jilin y Liaoning. Constituía uno de los objetivos de especial interés no sólo de los círculos políticos y de negocios sino también militares, de Japón y Manchuria, tanto desde el punto de vista del plan de “unir en un solo cuerpo a Corea y Manchuria” por su vecindad con Corea, teniendo por medio el río Amnok, como del económico porque poseía colosales recursos minerales y forestales.

Los enemigos se alarmaron sobremanera al ver que dominábamos por completo la parte norte de ese territorio y desarrollábamos sin tregua actividades militares y políticas desplazándonos hacia abajo por el curso del río Amnok.

El ejército Guandong, alarmado, confeccionó el “Plan general de establecimiento de la seguridad en el Estado manchú”, con el propósito de encontrar soluciones para la tranquilidad permanente en Dongbiandao y otras zonas de Manchuria. Basándose en este documento, el gobierno manchú confeccionó el “Sumario del plan trienal de establecimiento de la seguridad”. El objetivo central, de acción especial, era, precisamente, la parte norte de Dongbiandao (los distritos Changbai, Linjiang, Fusong, Donggang, Huinan, Jinchuan, Liuhe, Tonghua y Jian). El Estado manchú organizó el “comité de rehabilitación de Dongbiandao” en el centro, y la “oficina para la rehabilitación de Dongbiandao” y la “sociedad especial de preservación de la seguridad en Dongbiandao” en Tonghua, por un lado, y, por otro, creó el “mando de punición de Tonghua”, encabezado por Sasaki, asesor supremo del ejército manchú, y emprendió la “gran operación de castigo invernal”, que perseguía implantar el orden en el norte de Dongbiandao.

Lo que más agudamente tensó los nervios de los círculos militares japoneses fueron los disparos que se escuchaban todos los días por las acciones de nuestro Ejército Revolucionario Popular en Jiandao Oeste, y la base de nuevo tipo de la revolución, integrada principalmente por la red de los campamentos secretos del monte Paektu que se establecían por doquier amparados por esas operaciones militares, y el clandestino frente de restauración.

Tokio dio instrucciones de que el gobernador general, el general de ejército Minami, máximo mandatario en Corea colonial, y el comandante en jefe del ejército Guandong, el general de ejército Ueta, gobernador real de Manchuria, discutieran las medidas de emergencia para acabar por completo con las fuerzas armadas antijaponesas y preservar el orden público. En una sala secreta del edificio anexo al consulado japonés en Tumen, una pequeña ciudad aduanera, en la frontera coreano-manchú, se efectuó la tristemente famosa “conversación de Tumen”. Este solo hecho es suficiente para saber cuán ocupado estaba Minami, junto con Ueta, con el problema de “castigar” a la guerrilla coreana, cuando fue relevado de sus

cargos de comandante en jefe del ejército Guandong y de embajador extraordinario y plenipotenciario acreditado en el Estado manchú y nombrado gobernador general de Corea.

Tras la conversación secreta de Minami y Ueta se celebró otra entre sus acompañantes: Tojo, comandante en jefe de la gendarmería del ejército Guandong, y Mitsubashi, jefe del departamento de policía del gobierno general de Corea. En estas reuniones acordaron las llamadas “tres políticas”, que perseguían el aplastamiento de las unidades armadas antijaponesas. Resumidas consistían en fortalecer la vigilancia fronteriza, efectuar operaciones conjuntas de “castigo” de gran envergadura y crear aldeas de concentración en Jiandao Oeste.

Tojo y Mitsubashi concretaron el plan para intensificar las acciones conjuntas.

El meollo de las “tres políticas” era la “gran operación de castigo invernal” de 1936, y su blanco principal, el monte Paektu, donde radicaba nuestra Comandancia. Se distinguía de las anteriores operaciones porque era un “castigo” mixto de los efectivos del ejército japonés estacionados en Corea, que por aquel entonces operaban en Manchuria, y del ejército Guandong del lugar. La táctica sería combinar el asedio con grandes fuerzas y el peinado, es decir, rastrear los valles y las lomas como si se peinaran los cabellos. El objetivo era liquidar todas las unidades antijaponesas en aquel invierno, definido como etapa final.

Para alcanzar el siniestro propósito, el gobierno general de Corea planteó como primera tarea “el mantenimiento del orden público y el fortalecimiento de la vigilancia fronteriza”, y reforzó las guarniciones de la frontera, consolidó y amplió las instalaciones defensivas y obtuvo del presupuesto del imperio japonés importantes sumas como fondos adicionales. Las unidades niponas estacionadas en Corea, las guarniciones fronterizas especiales y las unidades de policía de las zonas fronterizas recibieron la orden de movilización.

El ejército Guandong, por su parte, impulsó con el mayor interés los preparativos para la operación de “castigo” en Dongbiandao.

En las zonas de la frontera, a lo largo de las riberas de los ríos Amnok y Tuman con el monte Paektu al centro, se concentró un gran número de unidades de “castigo” de diferentes tipos. También los destacamentos de policías del sur de Corea se trasladaron a regiones montañosas norteñas. Las unidades del ejército Guandong que se estacionaban en Qiqihaer comenzaron a bajar hacia el sur, en dirección al monte Paektu, mientras las de la 19 división japonesa, acantonadas en Corea, cruzaron el Amnok. Hacia nosotros se dirigían destacamentos de policías japoneses y manchúes y unidades de castigo del ejército títere manchú. A orillas del Amnok creció de pronto el número de puestos de policía. Por doquier aparecieron puntos de control y por encima del río quedó tendida una maraña de cables telefónicos. Hasta las esposas de los policías fueron sacadas para hacer ejercicios de tiro. Por los senderos de los remotos lugares aledaños al monte Paektu, transitados apenas por carretas y trineos tirados por bueyes o caballos, rodaron cureñas de cañones y carruajes de convoy y en las selvas comenzaron a observarse desordenadas huellas de caballería.

Desde los comienzos del invierno de aquel año las unidades de castigo llenaron casi toda la selva del Paektu. Peinaron también las de los contornos alegando: “Será la última y definitiva operación punitiva y la tranquilidad quedará asegurada decididamente”. Sobre las faldas del monte se cernían con rapidez nuevos enfrentamientos entre el ERPC y el agresor japonés.

La situación se presentaba en extremo desfavorable para nosotros. En primer lugar, los enemigos eran incomparablemente superiores en número. Unidades élites apoyadas por la aviación constituían el grueso. Movilizaron todas las fuerzas administrativas, económicas y policíacas, pero nosotros no teníamos nada de que valernos, a excepción del callado auxilio del pueblo.

Los conocimientos y experiencias universales militares enseñaban que en esas circunstancias no se podía ni hablar de ataques. No obstante, por encima de preceptos y conocimientos existentes, aplicamos a nuestra manera nuevas tácticas, principalmente

ofensivas, y así empujamos a los enemigos a posiciones pasivas. En noviembre de 1936, en el campamento secreto de Komuikol efectuamos la reunión de cuadros militares y políticos del ERPC, donde hicimos el balance de las actividades de sus unidades en el período posterior a la Conferencia de Nanhutou y examinamos cómo destrozamos la “gran operación de castigo invernal” y consolidar y desarrollar la base del Paektu.

Nuestra estrategia principal perseguía vencer con la superioridad ideológica y táctica la superioridad numérica y técnica del enemigo.

Sobre la base de haber elevado en alto grado la disposición ideológica de los combatientes, aplicamos tácticas ágiles y dinámicas como, entre otras, combinación adecuada de operaciones de grandes y pequeñas unidades, atracción y emboscada, asaltos sorpresivos, defensa hermética, corte de vías de retirada de los enemigos y su aniquilamiento luego de fragmentar sus formaciones. Salimos victoriosos en todos esos combates.

Ante nuestras hábiles acciones los enemigos se llevaron un chasco desde el inicio de la “gran operación de castigo invernal”. Al ver a las unidades del ERPC avanzar hacia el Amnok, al principio creyeron que éstas, al igual que las tropas antimanchúes, no podrían invernar en aquellas condiciones. Pero se equivocaron. Cuanto más intensificaban sus operaciones de “castigo”, tanto más resistentes nos manteníamos, y protegidos por las profundidades de las selvas desarrollábamos acciones militar-políticas, moviéndonos, como por arte de birlibirloque, en los contornos del Paektu y las zonas fronterizas, a lo largo del río Amnok, lo que los mantuvo a la defensiva y consolidó la base del monte acabada de establecer.

En aquel invierno golpeamos duramente a los enemigos en numerosos combates, de los cuales, como los más representativos, podrían mencionarse los que se desarrollaron a las puertas de Komuikol, en Hongtoushan, en Taoquanli, y en Limingshui.

El de la entrada de Komuikol fue de carácter defensivo y con él desbaratamos anticipadamente la operación del adversario encaminada a asaltar y desmantelar nuestro campamento.

Los enemigos, al morder el polvo de la derrota desde la arrancada de la “gran operación de castigo invernal” intensificaron sus acciones y, además, movilizaron a numerosos espías para averiguar la ubicación de nuestra Comandancia.

Después de iniciarse esta operación “punitiva” me encontraba principalmente en el campamento de Komuikol, con el grueso de nuestra unidad.

Uno de esos días, O Jung Hup, que con algunos guerrilleros estaba de guardia en un puesto de avanzada, detuvo a dos hombres sospechosos, vestidos de campesinos, y los condujo al campamento. Según las averiguaciones, resultaron espías. Se acercaban furtivamente, abriéndose paso entre el bosque, en dirección al campamento cuando fueron apresados, sin tener tiempo de hacer nada, por nuestros combatientes que ya observaban sus movimientos. Me contaron después que dijeron socarronamente que al no poder soportar más la opresión de los imperialistas japoneses venían en busca del ejército revolucionario y deseaban encontrarse conmigo. Como su apariencia y conducta despertaron sospechas, los registraron. En la cintura de uno, debajo de los pantalones, encontraron una hachuela, que fabricaba el organismo de espionaje del enemigo como arma. Por medio de interrogatorios supimos que uno era un perverso agente que desde hacía varios años venía actuando disfrazado de vendedor ambulante. El otro resultó ser un campesino humilde que por imposición acompañó a aquél como guía. Su tarea era conocer de modo exacto nuestra posición y avisarlo a las fuerzas de “castigo” que detrás de ellos subían mientras peñaban la selva. Confesaron que se había formado un “cuerpo de castigo” conjunto japonés-manchú, del cual una unidad, que partió de Erdaojiang marchaba directamente hacia Komuikol y otra, pasando por el noroeste de Majiazi, en Shiliudaogou, se acercaba hacia el campamento guerrillero. Cuando hicieran el sonido de señal convenido, esas unidades debían comenzar la ofensiva. Y añadieron que la operación sería apoyada por la aviación con base en Hoeryong. Sus confesiones coincidieron con las informaciones

recogidas por nuestros grupos de exploradores. Todavía no habían logrado cerrar el anillo del cerco. Al olfatear la posición de la Comandancia por medio de los espías decidieron irrumpir en Komuikol con el “cuerpo de castigo” japonés de la 19 división de Ranam, y el del ejército títere manchú, estacionado en Erdaojiang, y golpear por sorpresa la Comandancia y el grueso de nuestras fuerzas, con lo que liquidarían de raíz el “foco de intranquilidad”.

Las circunstancias se volvían extremadamente desfavorables y peligrosas. Dado que los enemigos rastreaban las cercanías del campamento y estrechaban el cerco, decidimos atacarlos desde posiciones ventajosas y escurrirnos para volver a golpearlos una vez más por la noche en Sanpudong, cuando se retiraran.

La parte sur de Komuikol la formaba un profundo valle, y por donde debían pasar los adversarios había una garganta de forma extraña como el cuello de una botella. Las dos laderas del despeñadero eran barrancos de pendiente tan aguda que no podían escalarlos ni los animales montaraces. No habría mejor lugar para meter y golpear a los enemigos en un atolladero.

Ordené que la segunda compañía se emboscara en la cota del noroeste y la cuarta en la del noreste y se hicieran posiciones de defensa falsas en el fondo del valle. Y dejamos a unos cuantos guerrilleros con la tarea de encender hogueras y producir ruido para crear la impresión de que estaban allí las fuerzas principales. Después enviamos el grupo de diversión con la misión de penetrar en las posiciones enemigas, donde armaría alborotos durante toda la noche y se retiraría al alba, dejando huellas como si fuera una nutrida unidad.

Al caer la noche se infiltró. Hacía un tremendo frío. Pero, prohibí las hogueras para no revelar las emboscadas.

Con el fin de arrastrar al enemigo hacia nuestras fuerzas principales, el grupo dejó desordenadas huellas como una gran unidad y subió en dirección a las posiciones falsas. Poco después, en varios puntos de las laderas se elevó humo de hogueras y se dejaron oír altas voces cantando. Era una maniobra engañosa que se ejecutaba conforme a un plan.

Era natural que la atención de los que perseguían a nuestro grupo de diversión se dirigiera hacia las bulliciosas posiciones falsas. La patrulla enemiga iba montada. Se detuvo un momento, y escudriñando las posiciones falsas se reunió para secretear algo. De pronto, uno montado sobre un caballo negro se desprendió del grupo y cabalgó cuesta abajo. Le siguieron otros dos jinetes.

Pasados unos 30 minutos volvieron a aparecer a la entrada del valle al frente de una larga columna de infantería. A la cabeza de cada formación cabalgaba un oficial con un largo y reluciente sable. La unidad pertenecía a la 19 división de Ranam. Pero los oficiales del destacamento Jingan no tenían ese lujo, marchaban a pie junto con los soldados. A la columna seguía un arria con piezas de morteros desmontados. Por otra cañada también se acercaban los enemigos. No había duda de que trataban de cerrar el cerco. Constituían colosales fuerzas, que superaban en más de cinco veces a las nuestras de unos 100 hombres.

Una de las llaves de la victoria era ganar tiempo. Debíamos asestarles el primer golpe bien duro antes de que cerraran el anillo y escurrirnos hacia la segunda posición. El tiro que se haría para ajusticiar al espía sería la señal. Tan pronto como se escuchó dicho disparo, los enemigos fueron diezmados. En su mayoría resultaron muertos mientras esperaban la orden de asalto. Rodaron por el suelo los morteros cargados. El valle a la entrada de Komuikol se convirtió en cementerio de los enemigos.

Al terminar el registro del campo de combate nos retiramos cautelosamente, aprovechando la oscuridad nocturna.

La patrulla de exploración informó a la Comandancia que, tal como preveíamos, los refuerzos que avanzaban guiados por los sobrevivientes, al oscurecer se habían detenido en un lugar y hacían preparativos para vivaquear. Le dí a O Jung Hup la tarea de asaltarlos por la noche. Formó de inmediato un grupo con efectivos equivalentes a una sección. En esas operaciones nocturnas no hacía falta mucha gente.

O Jung Hup y su grupo se acercaron sigilosamente al

campamento enemigo, capturaron un centinela que dormitaba bajo un árbol y lo interrogaron. Si atacaban sin saber bien la distribución del vivaque, podían resultar víctimas los habitantes arrastrados hasta allí como cargadores. El prisionero era bastante hablanchín. Confesó que los japoneses ocupaban la parte central del lugar, a su alrededor estaban los del ejército títere manchú y en la periferia los habitantes para servirles de escudo. La guardia le tocaba sólo a los soldados manchúes mientras los japoneses, venidos de Corea, dormían profundamente dejando colgadas las botas mojadas junto a las hogueras.

O Jung Hup dividió su gente en grupos de tres y los disfrazó como patrullas. Dijeron la contraseña y pasaron sin problemas los puestos de centinelas. Al llegar hasta el centro del campamento dispararon contra las tiendas de los japoneses, previamente distribuidas a cada grupo.

Los enemigos sorprendidos quedaron desorientados sin tiempo para calzarse. Y comenzaron a tirar a ciegas, mayormente entre sí; no estaban para distinguir a los suyos de los adversarios. Las balas perdidas segaron a numerosos oficiales y soldados. Todo el campamento estaba trastornado, parecía una colmena sacudida. Aprovechándose de la situación los asaltantes salieron inadvertidamente. Durante toda la noche los enemigos se tirotearon entre sí y hubo un gran número de muertos. Los que pudieron huir perecieron casi todos congelados, pues sin botas ni abrigo de piel, no resistieron el riguroso frío del monte Paektu.

Las fuerzas restantes, como no podían transportar los cientos de cadáveres dispersos por toda el área del desaparecido campamento, cortaron solamente las cabezas, las metieron en grandes sacos y se las llevaron apresuradamente en carretas.

Después del combate en la entrada de Komuikol efectuamos de modo irreprochable otros más en la ribera derecha del río Amnok. El 20 de noviembre asaltamos la cabecera de Shisidaogou, del distrito Changbai, uno de los centros de “castigo” del adversario, y días después liquidamos a las fuerzas enemigas en Shangcun, Taoquanli,

en Shisandaogou. Y algunas pequeñas unidades desplegaron actividades militares y políticas en las regiones de Shiwudaogou y Shijiudaogou.

Los enemigos cogieron tanto pánico que durante 2 ó 3 meses no aparecieron ni en sombras por las cercanías del monte Paektu. Empero, esto no significaba que renunciaran definitivamente al “castigo”. Trataban de ganar tiempo para otras operaciones. Aguzamos la vigilancia. Toda la unidad se mantuvo en estado de alerta para impedir las acciones de los espías. Trazamos tácticas nuevas para imponernos militarmente. En las faldas del Paektu reinó temporalmente el silencio.

Fue por aquel entonces que hice venir al campamento a Ri Hun, alcalde de Shijiudaogou, del distrito Changbai, y le expliqué la dirección y métodos del trabajo clandestino, así como conversé con los vecinos de Shiqidaogou que nos traían materiales de auxilio. Los encuentros con Pak Tal y Pak In Jin, la promulgación de los reglamentos provisionales del ERPC y la veloz ampliación de las organizaciones de la ARP, fueron hechos que nos dejaron grabados profundos recuerdos, hasta hoy vivos, del invierno que pasamos en el monte Paektu desde finales de 1936 a comienzos de 1937. En un rincón de mi memoria está el campesino An Tok Hun, de Shijiudaogou, en el distrito Changbai. Nuestra entrevista tuvo lugar cuando por Changbai y zonas adyacentes se difundían abundantes mitos sobre nosotros, que hacían pensar que hasta las piñas tocadas por Kim Il Sung se convertían en balas reales.

Con una curiosidad incontenible por esos raros cuentos, An Tok Hun, tan pronto como nos viera traspasar el umbral de su casa, comenzó a hacer preguntas interminables. Contestarlas me habría resultado una tarea bastante embarazosa. Menos mal que el anfitrión, creyendo que Kim Phyoung, que estaba en el cuarto más cerca de la cocina, era jefe, se puso a hablar con él, razón por la que no hacía falta que yo interviniera. Su diálogo resultó muy hilarante.

—¿Es verdad que el General no sólo predice el tiempo de tres días sino que también lo que pasará en un lejano futuro?

Fue la primera pregunta que le hizo a Kim Phygong, quien dijo con toda naturalidad, como si tal cosa.

—Es pura verdad.

An Tok Hun movió la cabeza en señal de satisfacción. Volvió a preguntar:

—Según cuentan los ancianos de la aldea vecina, el General abre los ojos cuando ocurre algo y los cierra cuando no pasa nada. ¿Podría creer que es verdad?

—Sí, puede considerarlo una verdad. El General cierra los ojos si no hay problemas, pero una vez que los abre, ocurre algo formidable.

—Y ¿qué dice de su método de acortar la distancia? ¿Es también verdad?

—Sí, también. Como el General arruga las montañas y vuela libremente en las cuatro direcciones, aparece y desaparece como un relámpago una vez en el este y otra en el oeste.

—Entonces es pura verdad lo que se comenta que es un titán que aparece y desaparece de forma misteriosa y ante quien se avergonzaría hasta el legendario Hong Kil Dong.

Preguntas y respuestas eran todas absurdas; me resigné a escucharlas, sin atreverme a detenerlas porque el anfitrión ponía en ellas toda su seriedad y el huésped contestaba de igual forma. Lo que rebasó mi sorpresa fue que Kim Phygong, por lo común muy franco y recto, hablara con tanta insensatez, sin la menor cohibición ni vergüenza.

An Tok Hun quiso saber cuántas veces Kim Phygong se vio con el General y si él estaba en aquel momento en su aldea. Kim Phygong dijo sin titubear que se encontraba a menudo con el General, quien se hallaba en aquella aldea.

El anfitrión salió del cuarto por un rato y aproveché el momento para regañar en términos suaves a Kim Phygong por su diálogo disparatado.

Dibujando una sonrisa argumentó que si el pueblo creía en esas leyendas, había que corroborarlas ciento por ciento. Si el pueblo sostenía que en Corea existía un titán misterioso, bajado del cielo,

ese mito partía de su deseo de que apareciera tal personaje para rescatarle el país, y si realmente creía en su existencia, podía tener la seguridad de que se emanciparía y entonces, siguiéndonos, participaría con mayor decisión en la sagrada guerra antijaponesa.

—Nuestros compatriotas ya han comenzado a pensar: “Hagan lo que hagan los japoneses, nuestra nación cuenta con un general que domina a la perfección la magia. Así, pues, no hay motivo para tenerles miedo. Si peleamos bajo el mando del General Kim, podremos independizar a Corea.” No se trata de un mito sobre su persona, compañero Comandante. Es su absoluta confianza y esperanza depositadas en nuestro ERPC. Si el pueblo quiere creer en estas leyendas, ¿por qué tendría que negarlas y desanimarlo intencionadamente?

Después de escuchar sus palabras me afirmé que realizaría acciones militares más atrevidas y ágiles para corresponder a la expectativa y confianza del pueblo.

Como dijera Kim Phyoung, las historias legendarias sobre nosotros animaron mucho al pueblo. Al oír que Corea tenía un General que infundía tremendo miedo a los japoneses, numerosos jóvenes fogosos ingresaron en el Ejército Revolucionario Popular con ánimo redoblado. Hablando con franqueza, esas narraciones populares nos beneficiaron mucho.

Con posterioridad, también An Tok Hun se unió al ERPC. Peleó tan valerosamente como otros guerrilleros hasta caer en un combate librado en Mengjiang. Ri Chi Ho recordaba dolorosamente que entonces no pudieron enterrar su cuerpo, sólo lo cubrieron con hojarasca y nieve.

Al entrar el nuevo año, 1937, los enemigos volvieron a acercarse a nuestros campamentos.

Al fracasar el plan de aplastar de un golpe a las fuerzas armadas antijaponesas que operaban en Manchuria y las zonas fronterizas septentrionales de Corea, el emperador Showa, de Japón, aceptó la propuesta de los militares y decidió mandar a su guardaespaldas Shidei como enviado especial, para inspeccionar durante un mes las

zonas fronterizas de las riberas del Amnok donde estaba trastornado por completo el “mantenimiento del orden” a causa de las intensas acciones guerrilleras del ejército revolucionario, y, al mismo tiempo, para analizar con Minami, gobernador general de Corea, Ueta, comandante en jefe del ejército Guandong, y Koiso, comandante en jefe del ejército japonés en Corea, la manera de intensificar la ofensiva de “castigo” contra el Ejército Revolucionario Popular. Shidei voló de Tokio hasta las regiones señaladas. Con motivo de su llegada pusieron mayores empeños en las operaciones de “castigo”.

El asalto sorpresivo a nuestro campamento secreto de Hongtoushan se llevó a cabo, justamente, cuando Shidei inspeccionaba las zonas fronterizas. En aquel momento el personal de intendencia del ejército revolucionario trajinaba en los preparativos para festejar el Año Nuevo Lunar.

Las principales unidades de combate se encontraban en los campamentos de Diyangxi y Komuikol, nuestras bases de avanzada, y yo quedé junto con los escoltas en el campamento de Hongtoushan. Pero, por razones inevitables tuve que abandonar el lugar dos días antes del año nuevo lunar.

Primero me detuve en el campamento de Duoguling, situado en un valle entre Hongtoushan y Hengshan, para hacer una visita de estimulación a Kim Jong Bu. Mi entrevista con él, de la que se escribió en la revista *Samcholli*, tuvo lugar allí. Después me dirigí hacia el campamento de intendencia más retirado del monte Paektu.

En este campamento, el de Hengshan, había cabañas donde los integrantes del Cuerpo Infantil, débiles de salud pasaban un período de recuperación, un hospital donde recibían atención Ri Kye Sun, Pak Sun Il y otros, el taller de reparación de armas de Pak Yong Sun y la sastrería dirigida por Pak Su Hwan. Allí convalecía Wei Zhengmin que padecía mucho a causa del corazón. Por aquellos días, en ese “primer poblado bajo el cielo” se encontraban el “Viejo de la Pipa” y otros miembros de la secretaría.

Me interesé por las condiciones de vida y de trabajo de los que habitaban allí y precisé medidas para mejorarlas. Después organicé

una reunión del Comité del Partido en el ERPC, a la que asistieron Kim Phyoung, Kwon Yong Byok y otros cuadros militares y políticos.

En primer lugar, hicimos un resumen de las actividades militares y políticas del grueso del ERPC después de la reunión similar efectuada en Komuikol, y a continuación, examinamos tareas combativas que se planteaban de momento para desbaratar decididamente la “gran operación de castigo invernal”. Especial atención se prestó al traslado táctico y estratégico de las unidades de combate a las líneas de Taoquanli y Limingshui y hacia la zona de Fusong y a fijar el momento de iniciar el avance hacia el interior del país. Esos asuntos se puntualizaron posteriormente, en la Conferencia de Xigang.

A renglón seguido analizamos el establecimiento del sistema orgánico del Comité del Partido en el ERPC, y decidimos formar el comité partidista del distrito Changbai, siendo designados como presidente y vicepresidente, Kwon Yong Byok y Ri Je Sun, respectivamente, y el comité distrital de la ARP, encabezado por Ri Je Sun.

La reunión de aquel día tuvo suma importancia no sólo para derrotar la “gran operación de castigo invernal” y defender la base del monte Paektu sino también en la historia de la construcción de las organizaciones partidistas en nuestro país.

Participó también Wei Zhengmin. Nos causaron mucha impresión las festividades del Año Nuevo Lunar en Hengshan. Fue en esa ocasión que Pak Yong Sun adornó la mesa festiva con platos de *kuksu* de fécula de patata hecho con un aparato ideado por él con latas de conserva vacías. El personal de la sastrería preparó empanadillas y el del hospital fideos. La gente de Hengshan nos agasajó con abundantes manjares.

Wei Zhengmin recordó repetidas veces esa fiesta de 1937 en el campamento secreto de Hengshan, cuando comió con mucho gusto el *kuksu* junto conmigo y no dejó de elogiar la maestría de Pak Yong Sun.

Cuando recuerdo ese día, veo aparecer ante mis ojos la imagen de

un soldado chino de la escolta, llamado Qiao Bangxin, quien engullió no menos de 15 empanadillas y, encima, dos platos de *kuksu*. Eran cinco hermanos y todos ingresaron en la guerrilla en la misma fecha y hora en Diyangxi. Como él era menor, solíamos decirle “Xiaowuzi”(quinto).

Una vez, ese “Xiaowuzi” fue herido en una mano. Le hice una operación con una navaja. Debió haber sentido mucho dolor, pues la intervención fue a sangre fría, sin nada de anestésico. Pero resistió. Mientras la herida no cicatrizó, no podía valerse con sus manos para algunas necesidades y yo le ayudaba en esos casos. Además, si se le mojaban las botas, se las quitaba y ponía a secar. En Wudaoyagcha, en el distrito Antu, donde estuve junto con el personal de la escolta para asistir a una reunión, caí en un cerco a causa de la delación de un renegado. Qiao Bangxin peleó muy bien; pero, en aquel combate perdió a un hermano.

Al siguiente día del alegre Año Nuevo Lunar en Hengshan, regresamos al campamento de Hongtoushan, y poco después escuchamos un disparo proveniente de la vigía.

La situación era alarmante y desfavorable para nosotros. Toda nuestra fuerza consistía en unos cuantos combatientes de la compañía de Ri Tu Su y el grupo de ametralladoras que tenía la misión de protegerme, y teníamos que hacer frente a más de 500 efectivos. Además, cuando nuestros centinelas de la vigía los descubrieron, ya casi alcanzaban la cima de la cota en la que estaban. Desde esa posición podían dominarnos.

Ordené ocupar con rapidez el filo del sur y le di al jefe de compañía la instrucción de que retirara a sus hombres de la vigía para dejarles el camino abierto a los atacantes. Hice que los que se retiraban de allí bajaran sin falta por la cresta que hacía recordar el filo de un cuchillo y a la vista de los enemigos. Por ese lugar había sólo una vía y si uno se desviaba siquiera un paso, rodaba inevitablemente hacia un barranco profundo, lleno de nieve. Si se lograba atraer hacia allí a los enemigos, uno solo podía batir sin dificultad a cien e incluso a mil. El filo sureño del Hongtoushan

constituía un punto de apoyo táctico desde donde se podía observar como la palma de la mano y golpear a los adversarios que se acercaban y si se retiraban, liquidarlos después de meterlos en la cañada al pie del lomo.

Efectivamente los centinelas de la vigía los atrajeron por la filosa cresta.

El desfiladero entre esa cresta y el filo sureño se convirtió, en el verdadero sentido de la palabra, en una “trampa” para los enemigos. Otro factor de nuestra victoria fue que, cumpliendo mi orden, Ri Tu Su había hecho que las laderas del lomo sur se cubrieran de hielo, por donde ningún enemigo pudo subir a la posición que ocupábamos.

Desde el punto de vista de los conocimientos militares generales el combate del Hongtoushan era inverosímil. A pesar de nuestra abismal inferioridad numérica, aniquilamos a casi todos los adversarios. De nuestra parte, sólo el jefe de compañía Ri Tu Su fue alcanzado por una bala y llevado al hospital de la retaguardia.

Terminado el encuentro armado, envié un grupo de asalto nocturno al sitio donde acampaba el enemigo y, al mismo tiempo, preparé un plan para escabullirnos en dirección a Fusong, porque no había duda de que, pese a que habían retrocedido antes, tarde o temprano volverían a atacarnos con refuerzos. No resultaba conveniente que con tan escasas fuerzas siguiéramos peleando allí. La mejor solución en esa situación era salir del lugar con presteza. Analizábamos la retirada cuando de la parte inferior del valle se oyeron cornetazos de ataque de nuestra guerrilla y estrepitosos disparos. La unidad de O Jung Hup golpeaba a las tropas. Al ser informado por los habitantes de que los enemigos de “castigo” se habían ido en dirección a Hongtoushan, corrió a toda velocidad preocupado por la seguridad de la Comandancia. Junto con el grupo de asalto nocturno atravesó el campamento adversario por el centro mientras hacía fuego concentrado. Las pocas fuerzas restantes fueron totalmente liquidadas. Después, O Jung Hup nos envió a Han Ik Su para saber si debía entrar con su unidad en el Hongtoushan. Le di la orden de que siguiera actuando según el plan anterior ya que había

fracasado irreparablemente el asalto enemigo al campamento secreto de Hongtoushan. Aun después de recibir esa orden no regresó a Komuikol hasta que no comprobó la seguridad de la Comandancia. Realmente era una persona leal a nosotros.

Un campesino de Erdaojiang que en el combate de Hongtoushan había transportado a costas carga de los japoneses y tenido que recoger también sus cadáveres, contó posteriormente a los miembros de uno de nuestros grupos de visitantes.

“Los militares japoneses obligaron a cada familia a movilizar una persona como cargador. Por lo general, quien era llevado a esos trabajos, quedaba con los pies congelados e incluso perdía los dedos. Cuando me arrastraron por primera vez tuve miedo y permanecí tendido en el campo de combate con todo el cuerpo bañado en sudor. Pero, como siempre ganaba la guerrilla, nos alegrábamos mucho por dentro e incluso olvidábamos el cansancio. Lo más molesto era que, al retirarse, los enemigos nos obligaban a recoger sus repugnantes cadáveres. Por ejemplo, en el combate de Hongtoushan hubo tantos muertos que no alcanzaron las camillas y, por eso, los arrastramos amarrándolos por sus cuellos con las polainas que les quitábamos.”

Una vez, recibí a una delegación de japoneses de prensa entre los que había un periodista muy alto. En el curso de la conversación no dijo nada, sólo hizo anotaciones. Pero, durante el almuerzo abrió de pronto la boca y soltó lo que tenía guardado en su corazón. Contó que como el Presidente Kim era conocido ampliamente como “tigre del monte Paektu”, creyó que se trataba de una persona temible, aunque, según pudo ver en la entrevista de aquel día, resultó ser muy afable y confesó que había sido subteniente de aquella unidad japonesa zurrada muy duro en el combate de Hongtoushan. Afortunadamente, aquella noche estuvo fuera inspeccionando los puestos de centinelas y así pudo quedar a salvo. Injustamente, los gendarmes le pegaron y aplicaron otros severos castigos por haberse salvado. No pudiendo olvidar lo sufrido entonces dejó de ser militar y se hizo periodista.

El “cuerpo de castigo” que participó en el combate de

Hongtoushan fue mixto, japonés-manchú. Lo curioso resultó que casi todos los muertos fueron japoneses y que los manchúes títeres sufrieron muy pocas pérdidas.

Supimos más tarde que los oficiales japoneses les pegaron puñetazos y patadas a los manchúes, profiriendo: ¿por qué murieron sólo sus hombres cuando los del ejército manchú escapaban vivos?; ¿es que las balas de los guerrilleros tienen efectos magnéticos para perseguir sólo a los japoneses?; eso es imposible, y el hecho de que sólo los manchúes estuvieran a salvo constituye una prueba irrefutable de que éstos se entienden a escondidas con la guerrilla.

¿Cuál fue el factor principal de nuestra victoria en Hongtoushan frente a un enemigo numéricamente muy superior? Podría decir que la férrea fuerza espiritual de nuestra gente.

Inconmovible fe en la victoria, inflexible disposición combativa, espíritu revolucionario de apoyarse en sus propias fuerzas y luchar con tenacidad, espíritu de abnegación y sacrificio, a su conjunto se le llama hoy en nuestro país “espíritu revolucionario del Paektu”.

Nunca, en ninguna parte y por ningún adversario fuimos derrotados porque aun ante fuerzas varias o decenas de veces superiores numéricamente peleamos con la fe en el seguro triunfo, sin aturdirnos ni desanimarnos, con una férrea voluntad combativa y espíritu de sacrificio.

Hay incontables ejemplos que prueban estas cualidades de nuestros guerrilleros antijaponeses.

Ri Tu Su recibió la asistencia del médico Song en el hospital instalado en una cueva y pasó días penosos junto con unos tres heridos o enfermos más, entre otros Ri Kye Sun y Pak Sun Il. Sólo de nombre era hospital, pues casi no tenía medicamentos ni inyecciones, dignos de mención, ni tampoco un bistrú. Sin embargo, en él reinaba plenamente el “espíritu revolucionario del Paektu”.

En estado grave se encontraba Pak Sun Il, otrora encargado de intendencia de la segunda división. A causa de no haberse sometido a tratamiento oportuno, comenzó a infectársele una pierna.

Inmediatamente después de la batalla de Pochonbo, además de

viveres, envié para los compañeros internados en el hospital medicamentos, latas de conservas, uniformes de verano, botas y otros objetos separados de los trofeos de guerra, y una carta en que manifesté mi plena esperanza de que vencerían los males que padecían y que los vería completamente restablecidos en los campos de batalla.

Al leer la carta, en el acto Pak Sun Il decidió amputar con sus manos la pierna que se podría y preparó un serrucho de hojalata que él mismo había hecho con una lata de conserva vacía.

El médico Song y los demás le aconsejaron que desistiera de esa decisión, proponiéndole buscar otra solución.

Pero, Pak Sun Il no quiso, al contrario, les reprochó a los compañeros ser pusilánimes. Les dijo que estaba dispuesto a amputarse la pierna con sus propias manos, que para llevar a cabo su decisión necesitaba un poco de auxilio de los compañeros, o sea, que le agarraran la pierna, y que estaba ansioso por restablecerse cuanto antes y volver a su puesto revolucionario.

Con el serrucho de hojalata, que resultaba demasiado flexible, tuvo que aserrar su pierna durante no menos de 6 días enteros, entonando canciones revolucionarias. Al terminar la operación, se desmayó. Afortunadamente, la amputación cicatrizó sin complicaciones.

Al empezar el invierno de aquel año el hospital fue trasladado a un lugar más retirado e instalado en una cabaña que ellos mismos construyeron. Pero esa cabaña-hospital cayó en la redada del “cuerpo punitivo”.

Pak Sun Il, que fue el primero en descubrir a los atacantes, pensó en salvar a los compañeros, y con esa decisión, abrazando a un adversario que se le acercó para cogerlo prisionero, se arrojó hacia el barranco, mientras gritaba: “¡Están los punitivos!”

Para servir a la revolución conservó su vida aún teniendo que cortarse él mismo una pierna; pero, en aras de los compañeros la sacrificó sin titubeo. En el monte Paektu vivían y luchaban muchos como él.

Gracias a su voz de alarma, Ri Tu Su, que cortaba árboles un poco alejado de la cabaña, pudo refugiarse. Pero Ri Kye Sun y algunos más fueron arrestados y los restantes perecieron.

Ri Tu Su quedó en medio de la montaña, sin compañeros, cabaña ni provisiones, y tuvo que sufrir horribles peripecias. Durante 6 días no comió nada, ni un solo grano, hasta que descubrió un saquito de soya, cuyo contenido cabía en dos escudillas, que Ri Kye Sun venía acumulando con el ahorro de unos cuantos granos cada vez que iba a preparar la comida. Agotada incluso la soya, el único recurso para sobrevivir era masticar cola de caballo, planta que se decía gustaba a los jabalíes. No habría palabras para describir las privaciones y adversidades que sufrió al tener que resistir el tremendo frío del Paektu, a cielo abierto, como un ser primitivo, cubierto con ropas hechas jirones y algunos pedacitos restantes de algún saco de cáñamo. Todos los días se posaban en los árboles bandadas de cuervos y graznaban alborotosamente. De vez en cuando alguno que otro volaba rasante y con un ala le tocaba la cara para ver si estaba vivo o muerto.

El mismo Ri Tu Su pensó que la mejor solución era morir. Se había extinguido hasta el último rescoldo que mantenía cuidadosamente.

Empero, en el momento supremo, como contó después, pensó en mi esperanza de verlo restablecido y otra vez en el campo de batalla, y en la muerte de Pak Sun Il quien para la seguridad de los compañeros se había arrojado al fondo del barranco.

Dijo para sí mismo: “No tengo derecho a morir. Quitarme la vida con mis manos significa traicionar a los compañeros que se sacrificaron para salvarme. Vivir y volver al campo de batalla es la orden que me dio el compañero Comandante. No tengo derecho a incumplirla”.

Hizo esfuerzos desesperados para sobrevivir. En medio de una remota montaña como una isla inhabitada en alta mar, padeció solitario no menos de 3 meses y 20 días. Milagrosamente se salvó.

También Pak Sun Il, Ri Kye Sun y todos los otros compañeros

caídos fueron, al igual que Ri Tu Su, aves Fénix que aunque sus cuerpos se redujeron a polvo, mantuvieron erguido, imponente, su espíritu, como la cumbre del Paektu.

A continuación del combate de Hongtoushan libramos los de Taoquanli y Limingshui.

Inmediatamente después del de Hongtoushan me desplazé, con el grueso de la unidad, en dirección a Xiagangqu, en el distrito Changbai. Los enemigos habían vuelto a concentrar muchas fuerzas en las zonas vecinas al monte Paektu y realizado extensas operaciones de búsqueda, y surgía la necesidad de desviar su atención para poder emprender nuevas acciones. El traslado de nuestra principal unidad hacia Xiagangqu constituía un movimiento táctico que perseguía dispersar las fuerzas de “castigo” y crearles confusión, para luego dismantelar de modo definitivo su “operación punitiva invernal”. Originalmente, habíamos prometido a los compañeros de Manchuria de Sur verlos después del año nuevo lunar.

Cuando la unidad llegó a un poblado cercano a Yaofangzi, ordené acampar y envié exploradores a Taoquanli. En el camino se toparon con un miembro de la organización clandestina de allí que se dirigía a una pequeña unidad nuestra con informaciones sobre el movimiento del enemigo. Supimos que una unidad Jingan que, atrapada en nuestra táctica de combinar acciones de grandes y pequeñas unidades, había sufrido un revés y errado durante todo el invierno, estaba empeñada en la búsqueda de nuestra Comandancia para ajustar cuentas.

Para llegar a Taoquanli o al valle Choeryonggam era preciso pasar por un largo sendero que serpenteaba por entre abedules y marañas de zarzas, juncos más altos que hombres, y henos. Por allí nos dirigimos a Shangcun, en Taoquanli, y durante la caminata el enlace Choe Kum San, metiéndose en una de esas marañas, se pinchó un ojo con una espina, lo que provocó un escándalo.

De lograr atraerlo a este sendero de 12 kilómetros, el enemigo se vería obligado a marchar en fila india, y podíamos tenderle

emboscadas en determinados puntos, donde hubiera troncos derribados, para fragmentar su columna y golpear por separado. La operación sería fácil.

Decidimos, pues, cansarlo al máximo con la acción de distracción por una pequeña unidad y luego aniquilarlo con la emboscada de la unidad principal. Llamé a O Jung Hup a la Comandancia y le di la misión. Cuando nuestros hombres vieron aparecer la columna enemiga abrieron fuego graneado contra la primera fila y se retiraron rápidamente hacia la meseta de marañas espinosas, donde estaban las emboscadas. El adversario, ignorante de lo que le esperaba, los persiguió ciegamente.

Los del grupo de diversión entraron en el sendero enmarañado. Las espinas constituían para los enemigos sin experiencia en la montaña un obstáculo como alambres con púas. Y por esto su fila quedó fragmentada inevitablemente y desde nuestras emboscadas los recibimos con lluvias de fuego. Corrieron en desorden, unos cuesta arriba y otros cuesta abajo, hasta que fueron diezmados. La nieve se tiñó de rojo. Cientos de ellos quedaron fuera de combate ante nuestra táctica de fragmentación. Al caer la noche huyeron hacia Taoquanli dejando abandonados numerosos heridos y muertos.

La organización clandestina de Taoquanli nos envió la información de que los enemigos podrían regresar a su cuartel aquella misma noche. Se apresuraban porque tenían miedo a nuestro asalto nocturno.

Del lugar de concentración de nuestra unidad hasta la carretera que pasaba por delante de Taoquanli se debía marchar, por lo menos, unas dos horas. Para ganar ese tiempo teníamos que inventar algo que retrasara la partida de los enemigos. Por eso, pedí a la organización clandestina en ese poblado que prolongara en lo posible los preparativos de la comida.

Y así se procedió. Los enemigos, inquietos, apremiaron, pero el alcalde Jong Tong Chol, que actuaba en la organización clandestina, dio largas ordenando sacrificar pollos y moler arroz como si quisiera agasajarlos sinceramente. Decía que no podía descuidar el trato a los

señores del ejército Jingan que se dignaron visitar su aldea. A la postre, partieron de allí casi en plena noche, cuando nosotros ya teníamos dispuestas las emboscadas a ambos lados de la carretera y los esperábamos hacía casi 30 minutos.

En aquella operación aplastamos por completo a esa unidad Jingan. En la meseta cubierta de henos se veían dispersos muchos cadáveres de los enemigos. Los guerrilleros recogieron sólo sus armas y se retiraron tranquilamente. Se decía que necesitaron movilizar 24 bueyes para transportar los cadáveres. Depositaron en cada trineo 9 muertos para llevarlos hasta Shisandaogou. Desde aquel día los vecinos del lugar se burlaron de los enemigos por su derrota, preguntándose gozosos: “Si en cada trineo han cargado nueve, ¿cuántos se han llevado en 24?”

Después del combate en Taoquanli nuestra unidad se trasladó al valle Fuhoushui, donde nos encontramos con los compañeros de Manchuria del Sur, y en una operación conjunta llevamos a cabo exitosamente otra acción más. Fue el último combate que desbarató decididamente la “gran operación de castigo invernal” de los enemigos.

El territorio de Changbai se convirtió en nuestro mundo con el aplastamiento de esa operación que los enemigos habían planeado y llevado a efecto con toda su energía, y gracias a otras sucesivas victorias del ERPC. Los imperialistas japoneses hicieron desesperados esfuerzos para dominar en el plano militar al ERPC e impedir su avance al interior del país, pero sufrieron derrota tras derrota. Para arruinarnos en lo político y enterrarnos en lo moral recurrieron a todas las infamias e, incluso, me llamaron “cabecilla de bandoleros” o “caudillo de bandidos comunistas”, aunque tampoco tuvieron éxito. Ante esta realidad innegable, temblaban de miedo considerando las acciones guerrilleras como “tácticas de aparecer y desaparecer misteriosamente” o “tácticas de subir al cielo y penetrar en la tierra”.

Los soldados y policías japoneses y manchúes se sentían impotentes, como si estuvieran atados de pies y manos, ante nuestros

tan variables métodos de combate. Lo que les provocaba más temor era la “operación lawa”. En las publicaciones e instrucciones internas subrayaron repetidas veces que en las zonas montañosas no cayeran en la trampa de esa operación. Entre ellos el pánico se propagó como una fiebre ya que nadie podía salvarse después de caer en esta trampa.

“Operación lawa” fue el nombre que pusieron los soldados y policías japoneses y manchúes a las emboscadas, uno de los más representativos métodos de combate guerrilleros del ERPC. “Lawa” es la pronunciación china de la palabra redada que tiene también el significado de cerco o trampa, de donde no se escapa, ni por aire ni por tierra.

Hablando de sus experiencias en la fracasada “gran operación de castigo invernal”, llevada a cabo entre finales de 1936 y principios de 1937, los enemigos hacían mucha referencia a los horrores que les provocaba la “operación lawa”.

En su número de mayo de 1937 *Tiexin*, revista de la policía manchú, insertó los materiales titulados *Sobre la operación de asalto de la guerrilla de Kim Il Sung* y *Opiniones sobre la presente punición*, escritas por Ishizawa, instructor militar de la brigada mixta, así como su posterior entrevista *Hablando de mis experiencias punitivas*. El autor reconocía la perfección táctica de la “operación lawa”, y afirmaba: Según las tácticas aplicadas por la guerrilla en el curso de la mencionada “punición”, podemos llegar a la conclusión de que utiliza por lo general la “operación lawa”, independientemente de que sean inferiores o superiores en número. En el enfrentamiento con la guerrilla de Kim Il Sung que se efectuó en febrero de este año en las cercanías de Dajiapigou, en la parte suroeste de la ciudadela distrital de Fusong, todos pelearon con valentía, pero perecieron gloriosamente sin poder vencer porque se dejaron atrapar por la “operación lawa” de los guerrilleros. Y confesaba que había incontables ejemplos similares para advertir la peligrosidad de esa operación.

Al parecer, también en las escuelas de la Internacional Comunista

se prestaba atención a nuestros métodos de acción guerrilleros. El combatiente revolucionario antijaponés Pak Kwang Son recordó a veces cómo el personal docente de esos centros mencionaba con frecuencia las tácticas guerrilleras del ERPC.

En la Unión Soviética existieron centros docentes administrados por la Internacional y los comunistas de Manchuria los llamaban escuelas o institutos de la Internacional. En ellos se preparaban política y militarmente los estudiantes y activistas comunistas recomendados por las organizaciones revolucionarias de diferentes países y en uno de ellos estudió por un tiempo Pak Kwang Son.

Los disparos que el ERPC hizo oír en tierras de Changbai estremecieron a la cúpula del gobierno general, a los soldados y policías japoneses en Corea y a los políticos, militarotes y capitalistas en Japón. Cuando los agresores y otros reaccionarios los escucharon, quedaron sobrecogidos, mientras nuestro pueblo se sintió jubiloso.

Las atrevidas operaciones que desarrollamos de modo sucesivo y exitoso en Changbai allanaron el camino para el avance del ERPC hacia el interior del país. Y consolidaron la posición de nuestro ejército como fuerzas principales efectivas de la revolución coreana.

No pretendo asegurar que esos combates fueran de tan gran envergadura que tuvieron repercusión mundial. En la historia universal de las guerras hay incontables campañas y combates de magnitud donde murieron o resultaron heridas miles o decenas de miles, e incluso, cientos de miles de personas. Pero, nosotros movilizábamos sólo unos cuantos cientos de hombres, y las pérdidas enemigas no sobrepasaban la cifra de cien o mil entre muertos y heridos.

No obstante, con alto orgullo recordamos esos combates. Es el espíritu que manifestó el ejército revolucionario en esos arduos combates lo que valoramos. Su voluntad dominó netamente al enemigo. Es una ley que quien se impone al adversario en el plano espiritual, vence infaliblemente.

Aquí está la causa de por qué valoramos tan alto los sangrientos encuentros armados en Changbai.

#### 4. *Tojong Pak In Jin*

En su número inaugural, la revista *Samil Wolgan*, órgano de la Asociación para la Restauración de la Patria, insertó una corta noticia titulada: *El señor X, uno de los jefes del chondoismo, visitó al representante de la ARP*. En ella se decía que ese señor X, miembro de la junta central de esta religión, con poderosa base de masas dentro y fuera del país, guiado por un ardiente sentimiento patriótico me había visitado y expresado su plena conformidad con el programa de nuestra organización y nuestros planteamientos, y su disposición de movilizar al millón de militantes del Partido de la Juventud Chondoista a la lucha por la independencia de Corea y prometido encarecidamente estrechar las relaciones con la Asociación.

El personaje principal de esta noticia era el *Tojong* (Uno de los cargos jerárquicos del chondoismo en el *pho*, institución de predicación. —N. del Tr.) Pak In Jin. Detrás de esta corta nota en la que por cuestión de seguridad fue preciso escribir “señor X”, se hallaba toda una historia que no cabría en un libro. Para conocer los antecedentes de su camino hasta el campamento secreto del Paektu para entrevistarse conmigo, hay que relacionarlo con el contenido de un artículo aparecido en el mismo número de la revista, donde se escribía sobre el ingreso incesante de jóvenes, fervorosos patriotas, en nuestra guerrilla. Había un párrafo que decía:

“Jóvenes de efervescente sentimiento patriótico, procedentes del noroeste de Corea, cruzan diariamente los ríos Amnok y Tuman, en grupos de 7 ú 8, e ingresan en la unidad del Comandante Kim. ... Como conocen bien la topografía, los caminos y la situación de cada región del interior de Corea, quieren formar la vanguardia de las unidades para las acciones de penetración en el país.”

Fue en ocasión de nuestra segunda o tercera visita a Xinchangdong después que nos estabilizamos en las zonas

fronterizas. Se presentaron ante nosotros unos cuantos jóvenes con la solicitud de ingreso en la guerrilla. Como se trataban de voluntarios de ese lugar de la frontera di la instrucción de que fueran aceptados todos si no tenían problemas de salud, y Ri Tong Hak afirmó que posiblemente podríamos recibir a todos menos uno, alias “El Chondoista” natural de Phungsan. Meneando la cabeza decía que, aunque abogábamos por el frente unido, sería inconcebible aceptar en el ejército revolucionario a un creyente.

Le dije que trajera a la Comandancia a ese joven. Tras Ri Tong Hak, con pasos enérgicos, se acercó a mí un muchacho bien parecido que no denotaba nada de provinciano, pese a su pobre indumentaria. Resaltaba en su fisonomía los ojos con doble línea en el borde de los párpados y un diente de oro que se dejaba ver cada vez que sonreía.

Se llamaba Ri Chang Son y había vivido en Sulri, en el cantón Chonnam, del distrito Phungsan, aldea donde residía Pak In Jin, el *Tojong* de las zonas al norte del paso Machon. Ri Chang Son, educado e influenciado por éste, se había hecho militante del Partido de la Juventud Chondoista. Por ser el mejor discípulo, el favorito de Pak In Jin, fue blanco de la permanente vigilancia y persecución de la policía. Su maestro era considerado persona sospechosa por haber estado encarcelado varios años acusado de promotor del Levantamiento Popular del Primero de Marzo en Phungsan. Los policías japoneses colgaron una cajueta bajo el alero de su casa y con el pretexto de venir a verla visitaban su casa una vez por semana, para tratar de husmear en su conducta, y una vez por mes lo hacía el mismo jefe de policía. Esas desagradables rondas periódicas y observación permanente se extendieron a Ri Chang Son. Los policías que iban a la casa de Pak In Jin no dejaban de pasar por la suya. Decía que con el consentimiento de su maestro se había mudado a tierras de Changbai donde eran menos insistentes la vigilancia y otras impertinencias de los agentes japoneses.

Cuando aprobé de inmediato el ingreso de Ri Chang Son en la guerrilla, Ri Tong Hak, con voz desabrida, como si recibiera una sanción injusta, dijo:

—Compañero Comandante, ¿saldrá de un religioso un buen guerrillero? Cuando sobran jóvenes trabajadores, ¿existe necesidad de aceptar a ese chondoista, y así abigarrar la composición social de nuestras filas?

Le reproché medio en serio, medio en broma:

—No sé qué ocurre con sus ojos. Reconoció de inmediato que Ri Je Sun era todo un talento, pero no ve que Ri Chang Son es un tesoro. Usted no tiene nada de bizco, pero algunas veces ve las cosas muy torcidamente.

—¿Usted no recuerda que también Marx afirmó que la religión es opio? ¿Cómo puede ser tesoro ese chondoista? Sería una fortuna si por lo menos no nos causa dolores de cabeza.

Decididamente resultaba excesivo su prejuicio respecto a los religiosos.

Tuve que explicarle con toda seriedad: que no se debía interpretar de modo extremo y unilateral la cita de Marx de que la religión es como el opio; que él expresó esto, no en el sentido de que se rechazara a los religiosos en general, sino para prevenir que se dejaran seducir por las ilusiones religiosas; que en cuanto a los creyentes de sentimiento patriótico debemos atraerlos a todos, cualesquiera que fuesen, y unirnos con ellos; que era preciso tener en cuenta que nuestra guerrilla eran fuerzas armadas patrióticas que tenían como misión principal la lucha antijaponesa de salvación nacional; un ejército del pueblo que combatía no sólo en aras de los obreros y los campesinos sino de toda la nación; que sin duda, en ella el papel de núcleo lo desempeñaban los comunistas; pero, que eso no quería decir que fuese permisible excluir a otras capas o fuerzas sociales; que aunque se tratara de un religioso, tendríamos que aceptarlo sin titubeos en nuestras filas armadas si él mismo lo deseaba; que él no se daba cuenta de qué joya teníamos en nuestras manos, pues por conducto de este joven, podríamos sembrar la semilla de la ARP entre los chondoistas de las regiones de Kapsan, Phungsan y Samsu y, a la larga, convertir en predio nuestro las extensas zonas al norte del paso Machon, y que con el tiempo

llegaríamos a conocer lo valioso que resultaría este joven. Además, le aconsejé que lo tratara bien y protegiera cuidadosamente.

No sé cómo aceptó mis explicaciones.

El apodo de “El Chondoista” que la gente de Xinchangdong le puso a Ri Chang Son le siguió como sombra aun después de su ingreso en la guerrilla. Lo que encerraba no era afecto camaraderil, sino un tono de burla inamistosa y desdén. Cuando lo llamaban así arrugaba el ceño y manifestaba abiertamente su descontento.

Una vez, en el campamento se organizó una actividad recreativa en saludo a los guerrilleros recién ingresados. El programa resultó muy interesante; actuaron alternamente los veteranos y los novatos. En honor de estos últimos los primeros presentaron todo su repertorio. Y los nuevos, entusiasmados, se levantaban seguidamente. Pero, la velada, organizada tan cuidadosamente, tuvo un fallo a causa de una expresión incorrecta del presentador. Cuando le llegó el turno a Ri Chang Son, el animador cometió el grave error de anunciar: “Ahora nos cantará el compañero ‘El Chondoista’, novel guerrillero proveniente de Xinchangdong.” Ri Chang Son, ofendido, se retiró del escenario.

En la unidad se comentó mucho sobre lo ocurrido. El principal blanco de reproche fue el presentador. Muchos lo censuraron por haber llamado a la ligera “El Chondoista” a un guerrillero novato, lo que podría considerarse menosprecio y burla excesiva.

Otros acusaron a Ri Chang Son de mezquino. No pensó, decían, en las consecuencias de su conducta al retirarse del escenario sin cantar, tan sólo por haber sido anunciado por su apodo; no tenía nada de hombría, pues no pudo sobreponerse a algo tan insignificante cuando decía que había abandonado la casa para ingresar en el ejército revolucionario; era demasiado miope para convertirse en un guerrero.

Esos comentarios opuestos en torno al presentador del acto y a Ri Chang Son desembocaron, a la postre, en cómo juzgar y tratar a los religiosos en general y concretamente a los chondoistas. Me vi obligado a explicar de modo claro ante todos los comandantes y

soldados de la unidad nuestros criterios y posición en relación con el chondoísmo.

Expuse que era una religión propiamente nacional, que existía sólo en nuestro país.

El solo hecho de que Choe Je U la denominara *Tonghak* (Teología oriental. —N. del Tr.), marcando una neta diferencia con la “doctrina occidental” (catolicismo), mostraba con nitidez su carácter nacional. Era una religión patriótica y progresista en su concepto principal y su ideal; lo confirmaban con suficiencia sus lemas: “Ayudar al país y asegurar el bienestar popular” y “Auxiliar al pueblo”; enarbolándolos a lo largo de decenas de años, los chondoístas lucharon por alcanzar la independencia del país y construir una sociedad ideal, donde todo el pueblo viviera feliz; era injusto rechazarlo a raja tabla por la sola causa de ser una religión e insultar a sus creyentes llamándolos “Chondoístas”.

Les hablé de los ideales del chondoísmo, que se caracterizaban por el amor al país y al pueblo, y de la lucha patriótica de sus fieles, y subrayé una vez más la política de frente unido y la posición de principios que debíamos mantener en el trato con sus adeptos.

Después de este suceso desapareció el apodo de “El Chondoísta” y en su lugar apareció otro: “Kimpai”, que significa diente de oro. Al ver que este mote se estabilizó en la guerrilla como su nombre, él mismo decidió llamarse “Kim Kap Pu”, cambiando el apellido por “Kim” y el nombre por “Kap Pu”. Con posterioridad, durante los recorridos para el trabajo político actuó bajo este seudónimo.

Ri Chang Son nació en una zona rural, pero era instruido e inteligente, poseía un nivel de cultura bastante alto. Como tenía destreza para la danza, el canto y el monólogo satírico, casi monopolizaba las actividades recreativas. Muy sociable, trababa amistad con facilidad incluso con quienes veía por primera vez. Fue una persona con excesiva franqueza, pero engreída.

Cuando habían pasado uno o dos meses de su ingreso en la guerrilla, vino a verme Kim Phyoung, entonces jefe de la sección de organización, del departamento político de la unidad, y me contó que

“Kimpai” le había preguntado si no era tiempo de promoverlo a un puesto superior: al de comisario de compañía. El comisario de su compañía tenía una preparación algo floja en lo teórico-político y práctico. Al parecer, para el erudito “Kimpai”, que hacía ya mucho tiempo había acumulado experiencia incluso en el trabajo de cuadros del Partido de la Juventud Chondoista, resultaba bastante oneroso estar bajo las órdenes de un superior a quien creía menos competente.

Llamé a Ri Chang Son y después de hablarle de los aspectos positivos y méritos de su comisario, que él no conocía, le di algunos consejos: que con el tiempo podría ocupar no sólo el puesto de comisario de compañía sino otros más importantes; pero que, tal como un largo camino comienza con el primer paso y el estudiante universitario por la escuela primaria, también un competente cuadro militar y político tenía que transitar obligatoriamente por etapas de práctica básica y de adiestramiento; que él había terminado la etapa de adiestramiento como soldado del ERPC, y en lo adelante debería cursar la de preparación como excelente trabajador político; que cuando lo recibí en nuestro ejército ya pensaba en encomendarle hacer labor política entre los chondoistas; que tenía que prepararse como activista para incorporar a la ARP y dirigir a creyentes, no en número igual al de efectivos de una compañía sino cientos, miles e incluso decenas de miles, y posteriormente, asumir tareas más importantes. Le expliqué que designaría expresamente como sus instructores a Kim Phyoung, jefe de la sección de organización de la Comandancia, y a Kwon Yong Byok, jefe de la sección de propaganda, de modo que adquiriera conocimientos político-teóricos y métodos de trabajo con las masas y clandestino, aunque lo fundamental consistía en asimilar rasgos populares; y que teniendo en cuenta que la modestia constituía una de las más hermosas virtudes, debía adoptar la actitud de un alumno que aprende durante toda la vida y considerar como sus maestros no sólo a los precursores de la revolución sino a los de su misma edad, e incluso, a los más jóvenes, pues, entonces, todos le respetarían y seguirían.

Más tarde, lo transferimos de la compañía de combate al departamento político de la Comandancia. Desde ese momento actuó como instructor de propaganda para el séptimo regimiento mientras permanecía dentro, y fuera de la unidad, como trabajador político encargado de los chondoistas. Después, se dedicó exclusivamente a la actividad política clandestina.

Un destacado mérito suyo fue la incorporación de Pak In Jin y un gran número de chondoistas de las zonas norteñas de Corea a la ARP.

Por su conducto nos informamos previamente de Pak In Jin y de la situación interna de su religión, así como entablamos contactos con ellos.

Pak In Jin era una figura de considerable relevancia en la jerarquía chondoista. Su nombre religioso era Munam, ingresó en el chondoismo en 1909 y ocupó diferentes cargos hasta 1932, cuando fue designado *Tojong* de Jiwonpho.

El chondoismo tenía establecidos 29 *pho* en escala nacional, de los cuales el Jiwonpho, que comprendía principalmente Phungsan, Samsu, Kapsan, Changbai, y otros lugares, era uno de los más grandes. Pak In Jin era conocido también como *Tojong* de Ryongbuk (zona al norte del paso Machon).

Su padre, militante del partido *Tonghak*, ingresó en el ejército rebelde sureño bajo el mando de Jon Pong Jun y combatió con bravura en la Guerra Campesina Kabo. Al fracasar la rebelión y comenzar la gran masacre de centenares de miles de implicados, abandonó su tierra natal en la provincia Jolla y se refugió en la remota Ryongbuk.

El espíritu de resistencia que mostraron con hechos los jercas chondoistas y su padre y, de los que éste hablaba como si fueran cuentos, marcó la trayectoria de la vida de Pak In Jin.

El Levantamiento Popular del Primero de Marzo constituyó la mayor prueba para su voluntad y convicción. Organizó un desfile independentista en Phungsan y al frente de más de mil manifestantes trató de penetrar en el edificio del ayuntamiento y resultó gravemente herido de bala.

Tuvo que sufrir durante 3 años en la cárcel de Hamhung y la Sodaemun. Fueron salvajes las torturas, no obstante, no pudieron suprimir su devoción religiosa y espíritu de resistencia, profundamente arraigados en el corazón. Al salir de la prisión entró en contacto con tropas independentistas y durante 3 ó 4 años se consagró al trabajo de asistirlos, por lo que tuvo que andar por muchos lugares. Cuando esas fuerzas fueron expulsadas a tierras extrañas sin haber realizado acciones dignas de mención, las despidió con suspiros y lágrimas y buscó un lugar que tuviera menos huellas odiosas de los japoneses. Así fue como se trasladó con su familia a un remoto poblado montañoso del cantón de Chonnam, en el distrito Phungsan, donde abrió un oratorio y una escuela nocturna. Y se dedicó a imbuir en Ri Chang Son y otros vecinos de la aldea los dogmas del chondoismo y el espíritu patriótico. Sin embargo, ni aquel lugar montañoso resultó un refugio seguro. Las visitas que le hacían puntualmente los personajes indeseables, a fines de cada semana y mes le obligaron a abandonar a Phungsan para establecerse en Xinjuli, en el distrito Changbai.

Ri Chang Son nos habló de otro episodio interesante que podía ayudarnos a conocer la personalidad de Pak In Jin. En una ocasión, solterón con 29 años, fue al poblado vecino para conocer a una muchacha. Después de la presentación la anciana intermediaria le preguntó si le gustaba la joven y dijo que sí. El padre de la muchacha, que permanecía callado, fumando en su corta pipa, esperó un largo rato y le hizo una pregunta con voz áspera, como si quisiera disputar:

—¿Realmente tienes 24 años?

Pak In Jin dijo la verdad, que tenía 29. Como era una persona recta que no había mentido ni una sola vez en su vida, no sabía que la casamentera, al presentarlo, había disminuido su edad 5 años. De la boca de la anciana salió un gemido.

Por aquel tiempo existía el hábito de contraer matrimonio temprano y si un muchacho no se casaba antes de cumplir los 20, se sospechaba que tenía algún defecto físico o era un necio. Resultaba

comprensible, por tanto, que el viejo frunciera las cejas al oír que el muchacho tenía 29 años. Pak In Jin no se había casado porque era muy pobre.

El padre de la muchacha declaró tajantemente que no podía entregar a su hija a un solterón de casi 30 años, lo que tuvo el efecto de una bomba para Pak In Jin.

Sintió que todo se oscureció, pero recobrándose y con voz ardorosa le espetó al viejo: “Dígame usted, ¿qué defectos tengo? ¿No tengo nariz y ojos? ¿Puede explicarme el motivo de su negativa?”

Perplejo, el viejo trató de justificarse: que no tenía un motivo especial; que todo estaba bien, fuera de su edad, único inconveniente; que si ignoraba la diferencia de 11 años y aprobaba el matrimonio, podían surgir rumores indecentes de que había cedido a su amada hija a un viejo viudo.

El no se rindió ante esta explicación, al contrario, trató de imponer su voluntad. Dijo que si su edad era la única causa, estaba decidido a casarse a todo precio con la muchacha; que era injusto ser tratado como viudo cuando con tantos años de edad no había podido ni siquiera tocar la mano de una muchacha; que no se movería ni un paso hasta que no consintiera en el matrimonio; y que si de todas maneras se oponía le robaría la hija y se la llevaría metida en un saco. Así que debía pensar seriamente y darle una respuesta definitiva.

En ese momento, el hermano de la muchacha, con una sonrisa insinuante, le susurró que si insistía en casarse con su hermanita, debía pagar mil *wones*. Significaba una suma muy alta, con la que podían conseguirse más de 20 bueyes. Era algo inimaginable para Pak In Jin que no poseía ni un ternero; no obstante, con fingida tranquilidad aseguró entregaría ese dinero si le concedían a la muchacha. El viejo, que durante un buen rato había estado estudiando la cara del joven, como si fuera un fisonomista, dio finalmente su consentimiento.

Así, se libró de la soltería. Por supuesto, no se mantuvo la exigencia de los mil *wones*. De hecho, fue una prueba para tantear el

grado de firmeza del pretendiente. Supusimos que indudablemente resultaba persona de entereza, orgullosa, resuelta y de férrea voluntad.

La personalidad de Pak In Jin que llegamos a conocer mediante la conversación con “Kimpai” tenía algo que despertaba admiración.

Finalizada la preparación de Ri Chang Son como trabajador político encargado de la línea del chondoismo y en el momento de enviarlo a Pak In Jin, le enfatiqué que como nosotros y los chondoistas éramos por igual coreanos que amábamos el país y la nación y amigos de las masas populares humildes y pobres, que teníamos como primordial propósito luchar por “rechazar a los japoneses” y “ayudar al país y asegurar el bienestar al pueblo”, debíamos unirnos y pelear con fuerzas mancomunadas contra el imperialismo japonés, y nuestro deseo de que en un futuro cercano se reunieran delegados de ambas partes para negociar sinceramente.

“Kimpai” regresó al campamento secreto tres días después.

Pak In Jin apoyó nuestra propuesta de unir fuerzas para la guerra antijaponesa y nos solicitó que le enviáramos un representante para las conversaciones.

Me preparé para ir. Empero, por circunstancias inevitables no pude abandonar el campamento. Acababa de celebrarse la “conversación de Tumen” entre Minami y Ueta. Con el inicio de la “gran operación de castigo invernal” el ERPC tuvo que enfrentar severas adversidades. Y al mismo tiempo, un gran número de agentes rondaban con frenesí para atentar contra nuestra vida.

Mis compañeros de armas se opusieron categóricamente a que fuera en aras, aducían, del destino del campamento secreto recién creado y de mi propia seguridad. Como poco antes agentes enemigos habían penetrado hasta las cercanías de la Comandancia, todos estaban tensos.

A fin de cuentas, tuve que enviar a Kim Phyong y Ri Chang Son para las conversaciones.

Kim Phyong poseía habilidad práctica, desde pequeño conoció múltiples trabajos y sabía realizar cualquier tarea sin dificultad.

Además, era ducho en caracteres chinos, gracias a 5 ó 6 años de aprendizaje en un colegio privado. Adolescente, recibió educación en planteles regulares y después de ingresar en el Ejército Revolucionario Popular pasó por un curso militar-político en la escuela de campaña, centro de formación de comandantes de la guerrilla. Fue también maestro de escuela. Su designación como nuestro representante, junto con Ri Chang Son, para la conversación con los chondoistas, pudo estar dada por la mucha consideración que le teníamos por sus conocimientos referentes al chondoismo y experiencias en las actividades políticas.

La entrevista entre Pak In Jin y nuestros delegados tuvo lugar en un cuarto interior de la casa de Ri Jon Hwa, jefe del *jongriwon* (Institución chondoista que trataba los asuntos relacionados con las donaciones y otros administrativos. —N. del Tr.) de Changbai radicado en Wanggedong, de Shiquidaogou, en el distrito Changbai.

Primero, Kim Phyong mostró a Pak In Jin su credencial de delegado con mi firma y le entregó el Programa de 10 Puntos y la Declaración Inaugural de la ARP, y después habló extensamente acerca de las posibilidades de la alianza.

Pak In Jin se mostró muy interesado por el tipo de poder que iríamos a establecer después de expulsar a los imperialistas japoneses. Estaba en contra de la restauración de reinados como en la Vieja Corea y del modelo soviético implantado en Rusia y la tendencia a legalizar el “Gobierno provisional de la República de Corea”, conocido generalmente por “gobierno en el exilio”.

Refiriéndose al primero de los 10 puntos del Programa de la ARP, Kim Phyong le explicó en detalle que preveíamos establecer un poder popular basado en el sistema parlamentario de los representantes del pueblo, elegidos de manera democrática, de acuerdo con la voluntad de toda la nación. Pak In Jin manifestó su incondicional apoyo a la creación de un poder de las masas populares, tal como estaba estipulado en el Programa, pero, al mismo tiempo confesó con toda franqueza su preocupación y duda de que si una vez restaurado el país y llegado el momento de implantar un

gobierno, nosotros no ignoraríamos la promesa y estableceríamos un poder comunista de tipo soviético.

En la Unión Soviética se llevaba a cabo la purga de elementos antipartido y otros hostiles, lo que tuvo una repercusión negativa entre los pueblos vecinos.

Kim Phyong dijo con énfasis que aun en el caso de que después de la restauración los comunistas que habían librado la Lucha Armada Antijaponesa asumieran el poder, éste no sería copia del modelo soviético, y que tal como se señalaba en el Programa de la ARP, el gobierno que instauraríamos en la patria independizada sería un poder del pueblo, cuya facultad política la ejercerían sus dueños, las mismas masas populares, y que encarnaría al máximo la democracia, representaría y defendería los intereses no sólo de los obreros y campesinos sino también de otras fuerzas patrióticas integradas por amplios sectores y capas sociales.

Me relató que para garantizar la veracidad de nuestro planteamiento, tuvo que contarle cómo habíamos reorganizado los soviets en gobiernos revolucionarios populares en las zonas guerrilleras de Jiandao.

Pak In Jin no tuvo más opinión en cuanto al Programa de 10 Puntos y la Declaración Inaugural de la ARP. Expresó que si ambos documentos no eran mera propaganda y reflejaban nuestra sinceridad y que si teníamos la férrea voluntad de llevarlos a la práctica, los chondoistas estaban dispuestos a participar en el frente unido nacional antijaponés. Pero, añadió que, como la decisión de esa participación constituía un asunto importante, no podía tomarla solo, que la respuesta definitiva la daría después de asesorarse con los correligionarios y con Choe Rin, jefe de la instancia central del chondoismo. Indirectamente quiso saber si Kim Phyong lo podía llevar al campamento secreto para entrevistarse conmigo antes del encuentro con Choe Rin. Kim Phyong le aseguró que haría todo lo posible para satisfacer su deseo.

Pak In Jin no dijo a la ligera si cooperaría o no con nosotros. Dio una respuesta indeterminada. No había duda de que tenía la intención

de dar su palabra definitiva luego de verse conmigo. De todas maneras, la conversación resultó muy constructiva.

Al día siguiente, reunió a más de 50 chondoistas de uno y otro sexo bajo la jurisdicción del *jongriwon* de Changbai y ofreció un gran banquete en saludo a los representantes del ERPC. Mataron un cerdo y prepararon *tok* para agasajarlos. Pusieron de centinelas a militantes del Partido de la Juventud Chondoista y se organizó hasta una actividad recreativa. Kim Phyoung me confesó que admiró una vez más el espíritu patriótico de los chondoistas, pues las canciones y danzas que se ejecutaron allí, todas inculcaban patriotismo y ánimo combativo. Manifestó que el anfitrión, Ri Jon Hwa, interpretó “Encontré, encontré, ... por fin encontré a los enemigos” que cantó U Tok Sun, quien acompañó a An Jung Gun cuando éste partió hacia Haerbin para ajusticiar a Ito Hirobumi. Lo hizo con tanto sentimiento que todos los oyentes lloraron de tristeza e indignación.

A comienzos del invierno de 1936 Pak In Jin visitó nuestro campamento. De entre sus acompañantes, quien queda hasta hoy en mi memoria es Ri Jon Hwa.

Todos vestían negros *turmagi* (Abrigo tradicional coreano. —N. del Tr.). En vez de cintas para abrochar, tenían dos botones con gazas, y no uno, según el reglamento indumentario de los chondoistas que así querían distinguirse en el aspecto exterior.

Tan pronto como nos encontramos Pak In Jin me agradeció de todo corazón la invitación.

—Nunca pensé que mi deseo de ver al General se hiciera realidad tan fácilmente. Nos sentimos grandemente avergonzados pues no hemos contribuido ni con un fusil ni un *jon* a la guerra antijaponesa por la independencia.

Al oír sus palabras me di cuenta que era muy modesto, cortés y honesto. Le hablé con sinceridad:

—Apreciamos más el corazón que el dinero o las cosas. Prestamos mayor importancia al amor al país que a la contribución de cierta cantidad de dinero o de unos cuantos fusiles. He oído que usted, señor *Tojong*, ha conservado inalterable hasta hoy su

patriotismo. Este noble sentimiento suyo nos centuplica el ánimo. Nos proporciona una fuerza y alegría realmente grandes la misma existencia de una persona como usted, señor *Tojong*, quien sigue manteniendo su entereza patriótica aun en estos tenebrosos tiempos.

Pak In Jin me replicó:

—Usted está elogiándome demasiado. No lo merezco. —Y se disculpó sinceramente porque durante cierto tiempo, al dejarse engañar por la vil propaganda de los japoneses creyó erróneamente que el Ejército Revolucionario Popular, que en realidad peleaba de modo impetuoso por la sagrada obra de la restauración nacional era una “horda de bandidos”.

Le expuse que si la gente no se conoce bien, probablemente surgen malentendidos e, incluso, sentimientos de hostilidad; que nosotros no culpábamos a nadie por eso; que lo importante era cómo comportarse en lo adelante; que deberíamos olvidar lo del pasado y juntos pensar sólo en el futuro; que ya había oído por boca de nuestros representantes, que en la pasada primavera habíamos creado la ARP con el fin de aglutinar a los compatriotas de diferentes sectores y capas que amaban al país y la nación y odiaban a los japís para librar la gran guerra nacional antijaponesa; que si los chondoístas honestos estaban de acuerdo con el Programa de la Asociación, se unieran a esa sagrada contienda; que si luchábamos mancomunados, triunfaríamos, pero que si nos dispersábamos en fracciones seríamos derrotados en todos los combates y no alcanzaríamos la restauración de la patria. Esta era una dolorosa lección de la historia. Si en el momento de apogeo de la Guerra Campesina Kabo, Choe Si Hyong, máximo jefe del ejército rebelde norteño del área Hosó (Región que abarca las provincias de Chungchong. —N. del Tr.) hubiera aceptado a tiempo la propuesta de cooperación hecha por Jon Pong Jun que mandaba las fuerzas rebeldes sureñas del área Honam (Región que abarca las provincias de Jolla. —N. del Tr.) y no hubiera obstaculizado el avance hacia Seúl, posiblemente la historia hubiera cambiado en cierto grado. Una de las causas principales del fracaso de la insurrección del partido

*Tonghak* radicó en el hecho de que las fuerzas patrióticas de diferentes lugares y capas sociales habían combatido de modo disperso y a su antojo, sin lograr mancomunarse. Por tanto, para llevar a la victoria la sagrada guerra antijaponesa y alcanzar la restauración, toda la nación debía luchar unida en un solo cuerpo. La unidad constituía la medida más sabia que permitía dirigir toda la potencia de la nación al combate antijaponés y el camino de su gran triunfo. Sólo con sus fuerzas los chondoistas no podrían “derrotar a los japoneses” ni “ayudar al país y asegurarle el bienestar al pueblo”. Tampoco el ERPC podría obtener, por sí solo, la independencia de Corea. Sólo cuando se lograra unir a todas las fuerzas patrióticas antijaponesas, se podría esperar la victoria. Por eso, debíamos aglutinarnos todos en torno a la Asociación para la Restauración de la Patria, convirtiéndonos cada cual en una cinta que trenzara la gran unidad nacional.

Pak In Jin afirmó que eran irreprochables la Declaración inaugural y el Programa de la ARP y totalmente justas mis opiniones, por lo que trataría de convencer a Choe Rin para propiciar que los tres millones de chondoistas ingresaran en la ARP simultáneamente en todo el país. Eso daba a entender que en el chondoismo, donde se observaba estrictamente el principio del centralismo democrático, la instancia central tenía la facultad absoluta de decidir. Sin embargo, prácticamente resultaba casi imposible alcanzar ese propósito. Por ese tiempo la jerarquía del chondoismo estaba corrompiéndose y degradándose.

Le manifesté francamente a Pak In Jin mi opinión de que si lo hacía así, no habría nada mejor; pero, a mi parecer no debía esperar mucho de Choe Rin. Sus actividades y escritos de los últimos tiempos indicaban que estaba yendo por un camino completamente distinto al de los jercas del chondoismo que le precedieron. Había traicionado a los ideales de la *Tonghak* y la nación y estaba degenerando en sirviente del poder enemigo.

Pak In Jin me preguntó algo asombrado cómo conocía tan bien a Choe Rin y confesó que entre los creyentes había quienes,

descontentos, veían su rara transformación y que también él recelaba.

Choe Rin había participado en la redacción de la Declaración de Independencia del Primero de Marzo. Hizo una importante contribución al inicio del Levantamiento Popular del Primero de Marzo. Por tal motivo, estuvo encarcelado. Empero, después de quedar libre y ser promovido al cargo de líder por recomendación de Son Pyong Hui, el III *Kyojo* (Máximo jerarca del chondoismo. —N. del Tr.), comenzaron a aparecer en la trayectoria de su vida síntomas de “cambio de rumbo”.

Alegó que para levantar un “paraíso terrenal” mediante la “transformación del mundo presente”, suprema meta del chondoismo, se debía viajar por todas partes para apreciar la situación política del Oriente y Occidente y así buscar un proyecto de reformas realista y racional. Y recorrió durante un año el mundo. Después de retornar predicó que en las circunstancias del momento era imposible que Corea se independizara liberándose de la dominación colonial japonesa, y que el poderío de Japón estaba creciendo a nivel mundial, razón por la cual lo mejor para los chondoistas era el “movimiento de autonomía”, sin provocar enfrentamientos mil veces inútiles con ese país.

Choe Rin insistió en que era necesario participar en el gobierno para proteger al chondoismo de la represión del imperialismo japonés.

Pak In Jin manifestó tan explícitamente su posición como si cortara un nabo con un cuchillo:

—Choe Rin, aunque desempeña así el papel de sirviente del gobernador general, pretende que todo es por el chondoismo y sus fieles, por lo cual la mayoría absoluta de los creyentes no se han dado cuenta de su falacia. Yo también confiaba en él y lo veneraba. En el verano del año pasado, Ri Jon Hwa, el jefe del *jongriwon*, estuvo en Seúl y se entrevistó con Choe Rin. Al regresar me dijo que aquel había cambiado mucho a juzgar por su casa lujosamente remozada y maneras de hablar y comportarse. Sin embargo, mientras no lo vea con mis propios ojos, no quisiera calificarlo de apóstata.

Por eso, cuando tenga la oportunidad de ir a Seúl, pienso verlo. Dentro de poco tiempo será en Seúl el congreso central del chondoismo, en el que participaré. Si se confirma su apostasía, tendremos que botarlo. Procederemos según nuestra voluntad.

En nuestra entrevista intercambiamos diversas opiniones, entre otras acerca de la situación interna y extranjera, el estado real del movimiento nacionalista, el proceso de la Lucha Armada Antijaponesa y la construcción de la patria después de su rescate.

Conversamos tanto en horas del día como de la noche. En momentos de descanso les mostramos a los visitantes aspectos de la vida en nuestra unidad.

Pak In Jin expresó con admiración y sorpresa que el armamento y los pertrechos del ERPC eran mucho más modernos de lo que se imaginaba; los soldados tenían porte muy gallardo y lucían animados; que en los cuarteles y sus contornos reinaban el orden y la limpieza; que las actividades diarias estaban bien coordinadas; y los guerrilleros, tan disciplinados y ordenados, que actuaban como un solo hombre, daban la impresión de un ejército regular. Además, admiró sobremanera la rara posición de las montañas donde se situaba nuestro campamento secreto. Según su expresión, las montañas y los arroyos de los contornos del campamento de la guerrilla causaban la impresión de encontrarse en un valle de la montaña Chonsong, en Ryangsan, en la provincia Kyongsang, donde Choe Je U, fundador del Chondo (Normas morales o leyes que se consideraban establecidas por el cielo. —N. del Tr.) permaneció por dos veces para cultivarse. El templo Naewon, en esa montaña, estaba asociado con un antiguo cuento que narra cómo el bonzo Won Hyo, padre de Sol Chong, autor del famoso *Hwawanggye*, enseñó a más de mil bonzos de Tang el *Hwaomgyong* en que se elogiaban las diez mil virtudes de Buda, y así logró convertirlos en hombres superiores. En este lugar de antigua historia, el fundador de la *Tonghak* se cultivó y concibió esa doctrina.

Pak In Jin dijo que sentía que sus fuerzas se redoblaban al presenciar cómo nosotros, en plena selva del Paektu, habíamos

proyectado hasta el “Programa de 10 Puntos de la Asociación para la Restauración de la Patria”, magno proyecto para el resurgimiento de la nación, más vital que el *Hwaomgyong* o el *Tonggyongtaejon*, y preparábamos a numerosos jóvenes como combatientes.

La mayor impresión que recibió fue en el momento en que le preparé la oportunidad de realizar el *chongsubongjon*.

El chondoismo tiene establecidos cinco preceptos morales que sus fieles deben observar de modo puntual: *jumun*, *chongsu*, *siil*, *songmi* y *kido*. *Chongsupongjon*, que significa rendir culto al agua clara en una escudilla de latón, es un precepto que los chondoistas no pueden violar ni un día. *Chongsu* (Agua clara. —N. del Tr.) simboliza la esencia del cielo y la tierra y refleja el juramento de los fieles de no olvidar su bendición. Durante todo el tiempo de forja espiritual, Choe Je U se entregó a una profunda meditación tres veces al día ante una vasija de agua clara y cumplió ese precepto hasta los últimos momentos, antes de ser decapitado. Por eso, los chondoistas hicieron del *chongsubongjon* su tradicional norma de conducta y costumbre inviolable, porque simbolizaba la sagrada sangre del fundador de su religión. Cuando estudiaba en la escuela Hwasong, presencié varias veces cómo Choe Tong O, Kang Je Ha y otros chondoistas reunían en un lugar a sus familiares a las 9 de la noche para este rito.

En horas de la noche estuve hablando con el *Tojong* Pak de cosas comunes, pero al acercarse las 9 de la noche recordé que era hora de hacer el *chongsubongjon*, y mandé a un enlace a traer agua clara en una vasija. La puse sobre una tosca mesa de troncos y le avisé al *Tojong*:

—Es agua de un lugar sagrado, pero siento que la vasija es de esmalte y no de latón. Señor *Tojong*, por favor, ríndale culto. Que no se lo impida la vasija.

Pak In Jin me miró con ojos dilatados por la sorpresa.

—¿Cómo quiere que celebre este rito hallándome en el cuartel de la unidad del General que no cree en el chondoismo?

—Dicen que durante la rebelión del partido *Tonghak* sus adeptos cumplieron con este rito incluso en los campos de batalla; todos los

días pronunciaron oraciones ante el *chongsu*. ¿Encontrarse en nuestro campamento puede ser motivo para que usted deje de observar el precepto que ha respetado decenas de años? No le dé pena, por favor, pronuncie las oraciones.

Cumpliendo con la cortesía de huésped, no quiso efectuar el rito, pero le insistimos en que lo hiciera, pues, le alegamos, si en el Programa de 10 Puntos de la ARP se estipulaba el aseguramiento de la igualdad de todos los hombres y la libertad de creencia religiosa, cómo nos sentiríamos si el señor *Tojong*, el más firme en la fe religiosa, faltaba siquiera una vez a la norma de conducta por hallarse ante unos ateos.

En definitiva, pronunció una oración de 21 palabras ante la vasija con agua clara. Después de repetirla tres veces seguidas y tomar un trago de agua dijo en un tono solemne:

—Tiene un sabor realmente peculiar el agua del valle de este monte. No podré olvidar en toda mi vida esta noche, pues hice el rito con el agua clara que bebía el fundador de nuestro país. No imaginé ni en sueños que un hombre de armas como usted, General, respetara así los preceptos de nuestra religión. De veras, estoy muy emocionado.

Resultaba obvio que Pak In Jin, al igual que otros religiosos contaminados por el anticomunismo, pensaba que los comunistas menospreciábamos, detestábamos u odiábamos la religión y sus normas.

Cierto año, en un almuerzo que compartí con el reverendo Kim Song Rak, coreano residente en Estados Unidos, de visita en la patria, le aconsejé que rezara antes de comer. Y se mostró muy sorprendido. Al parecer, para él era incomprensible que el Presidente de un país comunista prestara atención a la oración de antes de la comida de un religioso.

Si aquel día lo hice, no fue para causar buena impresión ni propagar que nosotros no tratábamos negativamente a la religión y a sus devotos. Fue sólo como cumplimiento de la ética de anfitrión ante el huésped y con el sentimiento puramente humanitario de dar

posibilidad de observar sin restricción también en la patria las ordenanzas religiosas a quien siempre fuera un leal cristiano.

El párrafo sobre la libertad de religión, en la Constitución de nuestra República, no es palabrería ni promesa como espuma de jabón. Nunca, ni antes ni tampoco ahora, hemos violado esa libertad ni reprimido a los creyentes. Si hay religiosos que bajo el régimen de nuestra República fueron objeto de castigo o sufrieron persecuciones políticas, son únicamente criminales y traidores que vendieron los intereses de la patria y el pueblo.

Después de la liberación del país, en algunas regiones hubo casos de que elementos fraccionalistas discriminaron a religiosos y trataron con hostilidad la religión misma, desviaciones que provocaron descontento social, pero no fueron fenómenos generales y mucho menos abuso cometido por voluntad orgánica o instrucción de la instancia central.

Hasta antes de la Guerra de Liberación de la Patria contra el imperialismo yanqui, en nuestro país hubo numerosas iglesias y templos. Después de la liberación estuve en Chilgol y seguía conservándose tal como era la iglesia que veía cuando estudiaba en la escuela Changdok. Sobre la colina Namsan, de Pyongyang, donde actualmente está situado el Palacio de Estudio del Pueblo, existían antes dos grandes iglesias. Pero, los norteamericanos, autodenominados apóstoles de “Dios”, las bombardearon con sus aviones y las destruyeron. Grandes templos y ermitas con imágenes de Buda también fueron blancos de las bombas. Las cruces, los iconos y las biblias se quemaron y redujeron a cenizas o quedaron sepultados en las ruinas. Hubo religiosos que murieron.

Como se ve, los que devastaron iglesias y mataron a creyentes eran norteamericanos. “Dios” no pudo impedir esas atrocidades. Esa fue la razón por la cual durante el período de guerra disminuyera entre nuestro pueblo el número de personas que iban a las iglesias. Nuestros creyentes ya no sentían la necesidad de rezar ante “Dios” para que los enviara al “paraíso”. Al comprender que la religión no podía tener ningún papel para forjar el destino del ser humano, por sí

solos la abandonaron y se hicieron adeptos de la idea Juche, basada en el principio de que el hombre es dueño de todo y lo decide todo, de que él es creador y dominador del mundo. Al terminar la guerra ellos no se apresuraron a reunir donaciones para volver a construir iglesias. Primero, en cambio, edificaron viviendas, fábricas y escuelas.

Entre nuestras jóvenes generaciones no hay quienes consideren que para tener felicidad o ir al paraíso se debe creer en “Dios”, en “*Hanulnim*” (El universo personificado en el hombre. —N. del Tr.), o en Buda. Por eso no se hacen creyentes ni ingresan en organizaciones religiosas.

Como siempre, no vemos con malos ojos la religión ni tampoco maltratamos a los devotos. Al contrario, el Estado les construye gratuitamente iglesias y asegura condiciones de vida. Y hace algunos años instituímos la cátedra de religión en la facultad de Historia de la Universidad Kim Il Sung. En ella se preparan especialistas. Al igual que en otros países, en el nuestro también todas las actividades de las organizaciones religiosas y de los creyentes se protegen por la ley.

Según informaciones, en el Sur de Corea hay muchísimos religiosos. De entre ellos han surgido no pocos patriotas y combatientes que actúan enérgicamente en los tres frentes: la democracia, la reunificación y la paz.

Actualmente, entre los creyentes de Corea del Sur y de ultramar, crece mucho el número de personalidades patrióticas que se pronuncian por la alianza con los comunistas, pero esto no se debe a que sean simpatizantes del “Manifiesto Comunista”. El sentimiento y la idea de amor al país y la nación los entrelazan con nosotros.

Semejantes vínculos existieron en la década del 30. Que sobre la base del amor a la patria y la nación se puede unir con cualquier capa social era el principio del frente unido, estipulado en el Programa de 10 Puntos de la ARP, y en virtud de él llegamos a estrechar también la mano del *Tojong* Pak In Jin.

Hay personas que distorsionan nuestra idea sobre la libertad de religión como si fuera una treta conciliatoria temporal dirigida a

meter a los religiosos en la red del frente unido. Esta tergiversación, aunque tenga muy alta voz, no puede en absoluto oírse como verdad. Los íntimos lazos que me unieron con O Tong Jin, Son Jong Do, Choe Tong O, Kang Je Ha y demás religiosos, se basaron en un puro sentimiento patriótico y, de ninguna manera, se originaron de ardido alguno. Nunca traté de convertirlos en seguidores de Marx ni tampoco pensé en utilizarlos como protectores del Partido Comunista. Únicamente respeté de modo sincero su devoción religiosa, personalidad y derechos como seres humanos.

No fue nada casual que después de rendir culto al agua clara, el *Tojong* Pak In Jin admitió francamente que llegaba a comprendernos de otro modo. Aquel día, al terminar dicho rito me preguntó de repente:

—General, quisiera preguntarle algo. ¿Usted venera algo tal como nosotros adoramos al “*Hanulnim*”? Si es cierto, ¿cuál es este algo?

Aceptando su pregunta como manifestación de su confianza en nosotros, le expliqué con toda honestidad:

— ... Por supuesto, yo también venero algo, como si fuera a Dios. Y este algo es el pueblo. Lo aprecio como si fuera el cielo y lo venero como a un Dios. Mi Dios no es otro que el pueblo. En el mundo no hay seres que sean tan inteligentes y poderosos como las masas populares. Por eso, tengo como credo de toda mi vida “considerar al pueblo como el cielo”...

Al oír estas palabras Pak In Jin dijo de modo muy significativo que había valido la pena su visita al monte Paektu, pues allí llegó a saber, si bien tarde, qué era el verdadero “*Hanulnim*” y dónde se encontraba. Y con suma satisfacción remarcó la semejanza que había entre nuestro pensamiento y la idea de Choe Je U, fundador del chondoísmo, sobre “el hombre es el cielo”.

Durante los tres días de estancia, Pak In Jin y sus acompañantes recorrieron los talleres de la imprenta y de la sastrería, presenciaron prácticas de tiro y asistieron a una actividad artística de los guerrilleros.

En el momento de despedida expresó:

—Aquí he conocido y visto por primera vez lo que no pude saber y ver en los 50 años de mi vida. Todo fue realmente milagroso. Digo con franqueza que quedé totalmente fascinado de este campamento. Ya sé cuál es mi deber y estoy dispuesto a cumplirlo. Pronto iré a ver a Choe Rin y trataré de incorporar a todos los chondoistas a la ARP. De no alcanzar esta meta, por lo menos haré que en ella ingresen todos los devotos de los ocho *jongriwon* de las zonas al norte del paso Machon que están bajo mi jurisdicción. Y trabajaré todo lo posible para que el millón de militantes de sangre caliente del Partido de la Juventud Chondoista empuñen las armas, convirtiéndose en soldados de usted, General. Puede confiar en mis palabras.

Después de la visita, Pak In Jin actuó intensamente para incorporar a los chondoistas a las organizaciones de la ARP. A la vez que se esforzaba en este sentido en Changbai, en agosto de 1937 se fue al *jongriwon* de Samsu, donde se reunió en un consejo con su superior Jo Wan Hyop, con Ri Jon Hwa, que lo era de Changbai, y con otros e impulsó de modo dinámico la formación del frente unido con nosotros.

Le asistió activamente “Kimpai”. Con anterioridad, Pak In Jin nos había enviado 7 ú 8 jóvenes con el deseo de que los preparáramos como personajes de la talla de Chang Son, de modo que con el tiempo pudieran ayudar en su trabajo. Fue por ese tiempo que Ri Kyong Un, representante del Partido de la Juventud Chondoista en el distrito Phungsan, ingresó en la unidad principal del ERPC.

En diciembre de aquel año, Pak In Jin fue a Seúl para participar en el congreso central del chondoismo, tal como nos había dicho.

Existía la posibilidad de que sucediera algún percance si Choe Rin lo delataba u organizaba algún acto terrorista contra su persona. Para ayudarle en la entrevista con Choe Rin y garantizar su seguridad le di a Ri Chang Son la tarea de acompañarlo, ayudado por mi enlace Kim Pong Sok, hasta Seúl en condiciones seguras.

En Seúl, Pak In Jin conoció que Choe Rin había remozado con más lujo su residencia, un edificio al estilo occidental, situado en el reparto Myongryun; que alegando que para obtener la “autonomía

para la independencia” hacía falta reconciliarse con Japón separó de los fondos del chondoísmo una importante suma y la entregó al gobierno general como “contribución a la defensa del país”, y de otras cosas inauditas, y reprimiendo a duras penas la indignación trató de persuadirlo con paciencia.

Pero, Choe Rin se portó insolentemente. Pak In Jin, muy enojado, le espetó: “Las contribuciones monetarias que usted está haciendo es un acto traidor al país y a la nación, que contraviene a la obra de la independencia, pues su consecuencia no será otra que aumentar el poderío de Japón y alargar su dominación colonial en Corea.” Y agitando ante su rostro el Programa de 10 Puntos de la ARP le aclaró enfáticamente: “El genuino camino para la independencia de Corea no son las donaciones sino está señalado con precisión en este documento. Este es el único camino que debemos seguir. Nosotros, los chondoístas, tenemos que ingresar en la Asociación para la Restauración de la Patria, organizada por el General Kim Il Sung, y en unión con el ERPC, desplegar la gran guerra antijaponesa”.

Luego de leer un buen rato el Programa de 10 Puntos, Choe Rin intentó convencer a Pak In Jin: “No se excite. Kim Il Sung quiere llegar al océano que es también mi destinación. Al océano se puede llegar por varios caminos, unos anchos, otros angostos. No es el momento para ir alborotosamente por la carretera. Todas las cosas tienen su momento. En la hora actual nos basta con tener preparados los recipientes. El agua podemos recogerla en cualquier momento.”

Pak In Jin, furioso, le replicó en términos duros y salió de su casa.

Definitivamente se separó de Choe Rin y sin perder tiempo creó la zonal de Phungsan de la ARP, integrada por los chondoístas de ese distrito. A continuación, hizo lo mismo en Kapsan, Samsu, Hyesan y Changbai incorporando elementos de avanzada de entre los creyentes. Esas organizaciones aglutinaron a un gran número de chondoístas y campesinos. Las que estaban bajo la influencia de Pak In Jin enviaron mucho material de auxilio a nuestro campamento secreto. Para conseguirlo, Pak In Jin en persona viajó con frecuencia a Hyesan y Phungsan. Una vez, consiguió más de 10 pieles y nos las

envió para que las utilizáramos como lechos cuando tuviéramos que acampar a la intemperie. Su acto fue altamente elogiado por mis compañeros de armas.

Entre sus discípulos en Diyangxi, hubo quienes sudaron mucho para cultivar calladamente miles de *phyongs* tomados en arriendo de Kim Jong Bu, con el fin de producir cereales para la guerrilla. El *Tojong* Pak era la única persona que sabía que los granos recogidos en esa tierra se llevaban a nuestro campamento secreto.

Su esposa e hijas también tomaron parte activa en el transporte de esos materiales de ayuda al ERPC.

Desgraciadamente, Pak In Jin, que dedicó con tesón días y noches a la libertad y emancipación de nuestro pueblo, fue detenido en octubre de 1937 por la policía japonesa a causa del “incidente de Hyesan”.

Los enemigos, que tenían vagos indicios de su lucha y relaciones con nosotros, le exigían obstinadamente que hablara: “Sabemos bien que desde hace mucho tiempo vienes colaborando con la guerrilla de Kim Il Sung. Así como conocemos que en ambas riberas de la frontera agrupaste elementos rebeldes en organizaciones secretas para reformar el sistema estatal. Di francamente qué instrucciones recibiste del General Kim Il Sung y cómo están establecidas tus organizaciones”.

No decía ni una palabra, su boca permanecía herméticamente cerrada.

Al darse cuenta de que era imposible doblegar su entereza y voluntad los enemigos atacaron el chondoismo: “En tu chondoismo se predica que ni por encima ni por debajo del hombre existe otro y que él es precisamente el *Hanulnim*. ¿No es una herejía, entonces, contra el chondoismo y una ofensa a la moral del hombre el hecho de que, bajo el pretexto de luchar contra Japón y por la independencia, empujan al campo de batalla a gente tan apreciada como el cielo, a derramar sangre inútilmente?”

Pak In Jin les replicó con voz atronadora:

—Quienes ofenden la moral del hombre no somos nosotros sino

ustedes. Sois precisamente los que blasfemaron del objetivo de nuestro chondoísmo. ¿No sois vosotros quienes diariamente arrastran al matadero a miles y decenas de miles de *Hanulnim* de Corea como reses o cerdos? ¿Ustedes no saben que donde salen a relucir las bayonetas y fusiles de los soldados y policías japoneses se forman arroyos y ríos de sangre de nuestra nación vestida de blanco, y que de tanto rencor a los vivos se les consume el hígado? Respóndanme. ¿Quiénes cometen crímenes y quiénes deben ser juzgados? Nosotros jamás perdonaremos a los bandidos que violaron las sagradas leyes o reglas morales de Corea y masacraron a incontables habitantes. Además, no reconocemos el llamado sistema estatal que ellos fabricaron ilegalmente. Por esta razón, los tres millones de devotos, junto con otros 20 millones de compatriotas, se alzan indignados y derraman sangre en la lucha de resistencia. Si la sangre de mi cuerpo se convirtiera en una chispa que quemara vuestro imperio, yo moriría dignamente, aunque me redujera a un puñado de cenizas.

Su demoledora denuncia estremeció a los enemigos. Furibundos, sometieron al viejo *Tojong* a crueles torturas hasta dejarlo totalmente inerte. Encima le sobrevino una grave enfermedad, amenazando su vida.

Al darse cuenta de que vivía sus últimos momentos, lo pusieron en libertad condicional por enfermedad.

Pak In Jin acogió en la cama la primavera de 1939. Momentos antes de expirar hizo acercarse a su esposa, quien toda su vida le asistió con lealtad, y reuniendo el último aliento, le dijo:

—Me está llegando el final; pero me siento feliz porque he concluido valiosamente la última parte de mi vida, tal como corresponde a un descendiente del reverendísimo Su Un. Este Pak In Jin ha nacido como un varón de Corea y muere como tal. Si se emancipa el país, tú y las hijas irán adonde el General Kim Il Sung.

Uno de sus discípulos preferidos, al ser notificado de que él se hallaba en el lecho de muerte, corrió a verlo. El *Tojong* le rogó que cantara la *Tondolari*, su canción favorita. Según se dice, “*Tondolari*” es abreviación de *Tongthulnari orira* (Llegará la aurora. —N. del

Tr.). Su letra reflejaba la fe de que serían expulsados los agresores japoneses y despuntaría un nuevo día en que se volvería a vivir en paz.

Cuentan que desde principios de la década del 30 en Phungsan, que se separaba de Pukchong por el paso Huchi, se difundió entre los habitantes la canción y danza *Tondolari*, y desde que bajo la dirección de Pak In Jin las organizaciones de base de la ARP comenzaron a prestar una intensa asistencia a la guerrilla, las organizaciones clandestinas de la zona las utilizaron con frecuencia como medio para desviar la atención de los enemigos cada vez que se reunían para trabajos colectivos de ayuda.

El fiel discípulo comenzó a cantarla para complacer a su maestro, pero un nudo en la garganta le impidió seguir, y rompió a llorar: “mi maestro”, “mi maestro”.

Pak In Jin le tomó una mano y le dijo en voz apagada:

—Mientras existan el General Kim y el ERPC en el monte Paektu, para nuestros compatriotas vestidos de blanco llegará sin falta un nuevo día. Ustedes vivirán en el país del *Hanulnim* donde crecerán las más hermosas flores. Estoy viendo este día. Sí, en verdad lo veo.

El *Tojong* Pak In Jin, protagonista de altos méritos en la obra de salvación nacional en alianza con los comunistas, fue uno de los patriotas surgidos durante la Revolución Antijaponesa.

Después de la liberación del país, cada vez que recordaba a Pak In Jin, iba a visitar a su viuda y sus descendientes. En el verano de 1992, cuando me encontré con los familiares de los mártires de la Revolución Antijaponesa, enterado de que ella, pese a tener más de 90 años, seguía gozando de buena salud, pedí que la trajeran, aunque fuera cargada a las espaldas si le era difícil caminar. La anciana, no bien bajara del carro, se acercó apresuradamente a mí caminando por sí sola.

No me decía “General” o “Líder” como hacían otros familiares de los mártires, sino “mi *Hanulnim*”.

Le dije que no debía llamarme así, pero no aceptó mi ruego.

—Hasta en sueños he visto al *Hanulnim*.

Este apelativo que sólo puede pronunciar la viuda de Pak In Jin y su sincera confesión me emocionaron al hacer revivir mis viejas memorias sobre la entrevista con él.

Ri Chang Son, quien ayudara activamente a Pak In Jin en sus múltiples actividades y fuera militante del Partido de la Juventud Chondoista, y con posterioridad, trabajador político del ERPC, perdió su valiosa vida a consecuencia de un sabañón que le provocara el riguroso frío del monte Paektu, en el invierno de 1938, según recuerdo. Recientemente, se encontró una foto sorprendente en el álbum del cuñado del primo de “Kimpai”.

Se la tomó Ri Chang Son junto con sus hermanos espirituales en la época en que militaba en el Partido de la Juventud Chondoista, y uno de ellos es precisamente, Ri In Mo, encarnación de la fe y la voluntad. Parece que también fue uno de los numerosos discípulos de Pak In Jin. Hablando desde esta altura, Pak In Jin fue un venerado maestro que formó a destacados patriotas.

## **5. Sobre el chondoismo, una religión nacional**

Mi comprensión y posición en cuanto al chondoismo resultaron muy efectivas para convertir a renombrados religiosos, como Pak In Jin, en acompañantes de la revolución. Si hubiéramos sido unos desconocedores, completamente ignorantes, en cuanto a esa religión o la hubiéramos tratado con prejuicio y hostilidad, no habríamos intentado conversar con Pak In Jin ni tampoco hubiéramos podido llevar a cabo una labor de tan altos vuelos como la agrupación de millones de sus adeptos de todo el país bajo la bandera de la Asociación para la Restauración de la Patria.

A propósito, en estas páginas quisiera hablar más de mi criterio y posición en cuanto al chondoismo. Tengo mucho que decir acerca de la *Tonghak* y de su historia.

Considero que a los hombres se les ofrecen diferentes caminos y métodos para conocer algún “ismo” o doctrina.

Si los libros fueron los primeros guías que me introdujeron en el marxismo-leninismo, la iglesia me presentó el cristianismo. Antes mencioné que en mi infancia frecuentaba la iglesia, acompañando a mi madre. Allí, por primera vez, presencié las ceremonias religiosas y escuché los sermones del pastor sobre la doctrina cristiana. Mi padre, que había estudiado en la escuela de nivel medio Sungsil, y mi abuelo materno que era pastor en la parroquia de Chilgol y educador, conocían mucho de Jesucristo. Cuando yo asistía a la escuela Changdok, muchos de los vecinos de Chilgol eran cristianos. El señor Kang Ryang Uk también fue un devoto del cristianismo.

Muchos amigos de mi padre, incluyendo a Son Jong Do, O Tong Jin, Jang Chol Ho, Kim Sa Hon y Kim Si U, creían en Cristo. Podría afirmar que en mi niñez estuve rodeado de cristianos. Lo eran muchos de mis condiscípulos de la primaria. En esa época, entre la

gente se difundían en abundancia libros dedicados a dicha fe. Ese ambiente favoreció mi comprensión sobre esta religión.

Fue algo diferente la vía por la que llegué a conocer el islamismo. Está relacionada con una cómica anécdota. Mi condiscípulo Ma Jindou en la escuela de nivel medio Yuwen de Jilin, fue el primero en hacerme conocer algo de él. Era mahometano. Como comilón, a menudo iba a un restaurante donde, faltando al tabú del islam, consumía vino y carne de cerdo. Siempre tomaba el asiento menos visible, en un rincón oscuro; pero, mientras comía, no dejaba de mirar inquieto alrededor. Si otros se enteraban, esto lo desacreditaba como musulmán y podía ser severamente censurado por sus correligionarios.

Varias veces estuve con él en los restaurantes y así supe que entre los musulmanes se prohibía tomar licor y comer carne de cerdo. Los conocimientos sobre el islamismo que adquirí en aquella etapa se reducían a lo que oí y vi mientras compartía la vida escolar con Ma Jindou.

Comencé a interesarme por el chondoismo desde que supe sobre Jon Pong Jun, a quien llamaban “General Haba Verde” en la Guerra Campesina Kabo. Cada vez que mi padre mencionaba a los mártires antecesores, el nombre de este general aparecía junto con los de Hong Kyong Rae, Ri Jun, An Jung Gun, Hong Pom Do y otros. En esos días mis conocimientos sobre Jon Pong Jun se limitaban a que fue el protagonista principal de la mencionada Guerra, una persona magnífica, de una valentía inigualable, que mantuvo su entereza hasta el último momento de su vida. Mi padre no me pudo decir más porque todavía yo era pequeño.

El señor Kang Ryang Uk fue quien me dio por primera vez una detallada información de la vida del “General Haba Verde” y de todo lo relacionado con la Guerra Campesina Kabo. El fue un fiel cristiano, pero, además, era un versado en chondoismo. Después que escuché sus coherentes disertaciones, llegué a relacionar la Guerra Campesina Kabo y el chondoismo. Las desastrosas consecuencias de la rebelión del partido *Tonghak* y la trágica muerte del “General

Haba Verde” me hicieron sentir una irreprimible indignación ante el servilismo e incompetencia de la corte feudal que llevaron al país a la ruina, y las ambiciones e intervenciones de Japón y China en Corea. Y pensé que la rebelión había sido realmente un gran acontecimiento que adornó de modo brillante nuestra historia moderna de la lucha contra la agresión y el feudalismo, y que los valerosos combatientes surgidos en esa guerra fueron halcones que ejercieron una gran influencia en la vida política y espiritual de nuestra nación en los tiempos modernos. Jon Pong Jun, hijo de los torbellinos de Kabo, llegó a quedar en mi corazón como una chispa inextinguible.

Mis conocimientos sobre el chondoismo se profundizaron en los años pasados en la escuela Hwasong. Allí había muchos adeptos. En sus remembranzas, Choe Tok Sin, hijo de Choe Tong O, director de la escuela, dijo que su padre fue discípulo de Son Pyong Hui, el III *Kyojo* de la religión. El superintendente de la escuela, Kang Je Ha, y su hijo, Kang Pyong Son, fueron también devotos chondoistas. En ese plantel, muchos estudiantes, para hacer gala de su erudición, recitaban de memoria, sin omisiones, las escrituras de la *Tonghak* como la *Tonggyongdaejon* y la *Ryongdamyusa*, y había también apasionados lectores de la revista mensual *Kaebiyok*, editada por la instancia central del chondoismo, quienes andando con esa publicación comentaban asá sobre la situación del campo de Corea desde el punto de vista de la *Tonghak* y sobre los escritos de Ri Ton Hwa.

Choe Tong O se guardaba de que los estudiantes leyeran el *Manifiesto Comunista*, en cambio, los estimulaba para que lo hicieran con la *Tonggyongdaejon* o la revista *Kaebiyok*. Si se ausentaba el profesor de Historia, de vez en cuando el mismo director aparecía y daba clases en su lugar, y en esos casos, el tema principal era, sin excepción, la historia de la *Tonghak*. Aun cuando hablaba de los acontecimientos y hechos transcendentales de nuestra historia moderna, siempre los analizaba y juzgaba relacionándolos con la *Tonghak*. Partiendo de los dogmas del chondoismo insistió mucho en los tres fundamentos: el del país, el del pueblo y el del

hombre, idea que tenía cierta similitud con los tres principios populares de Sun Wen.

De las historias que nos contó se destacaba la descripción de Su Un Choe Je U, fundador de esta religión y su primer *Kyojo*. Todavía recuerdo las palabras que enfatizó al explicar las actividades de Choe Je U y cómo él había concebido la teología *Tonghak*:

“Todos nosotros llamamos con respeto al señor Choe Je U, fundador de la *Tonghak*, el reverendísimo Su Un. Por eso, es aconsejable que ustedes también empleen este título honorífico, sin llamarle simplemente Choe Je U”.

Según su afirmación, Ko Un Choe Chi Won, famoso sabio de nuestro país en el siglo IX, fue un antecesor de Choe Je U.

Su padre, Choe Ok, poseía un admirable talento poético. La colección de sus versos *Kunammunjip* fue muy conocida en sus días.

Al quedar sin madre, a los 6 años de edad, y sin padre 10 años después, Choe Je U peregrinó por el país durante casi 20 años. En su andar estuvo buscando el camino para liberar al país y al pueblo de la injusta política y los males sociales y, finalmente, en abril de 1860, hizo públicos los dogmas del chondoismo, que ejerció una gran influencia en la historia moderna de nuestro país. Así se convirtió en el fundador de la teología *Tonghak*.

Choe Je U llamó al chondoismo *Tonghak*, en contraste con el catolicismo, o sea *Sohak* (Teología occidental. —N. del Tr.) para subrayar que aquella era una filosofía religiosa de los coreanos, que vivían en el Oriente.

En el período en que Choe Je U actuó, el país estaba empobrecido y debilitado al extremo a causa del abuso de autoridad y de las riñas sectarias.

Las rebeliones campesinas se desencadenaban sucesivamente contra la cruel política feudal y, por añadidura, sobrevinieron hambrunas e inundaciones, lo que llevó, en el verdadero sentido de la palabra, al punto límite el caos socio-político. Llegaron al extremo máximo también las contradicciones de castas y de clases entre la

nobleza y la plebe. Las relaciones de castas que a lo largo de varios siglos y mediante el régimen feudal, venían sosteniendo la existencia de la dinastía de los Ri, se convirtieron en un odioso impedimento que no permitía el restablecimiento del país y el desarrollo social. La tiranía y represión de los mandarines corrompidos condujeron la vida del pueblo al abismo de la miseria y atropellaron tanto los derechos civiles que no quedó ni sombra de ellos.

Corea, que en el Oriente mantenía cerradas sus puertas por cientos de años, se convirtió en objeto de codicia de las potencias, enloquecidas por adquirir riquezas y expandir sus territorios. Con el catolicismo como guía, las occidentales fueron tendiendo más y más sus tentáculos sobre la Península.

El preludio del “Gran lamento por la ruina del país” comenzó, de hecho, en aquel entonces. Por eso, fue natural que los pioneros de ese tiempo, preocupados sinceramente por el destino de la nación, se empeñaran en buscar nuevas ideas y finalidad. Choe Je U, al frente de ellos, enunció la *Tonghak*, cuyos principales preceptos eran “El pueblo es cielo” y “ayudar al país y asegurar el bienestar al pueblo” y desarrolló enérgicas actividades para predicar sus dogmas a lo largo y ancho del país.

“Caballeros, si quieren conocer la *Tonghak*, miren primero el lema: ‘Ayudar al país y asegurar el bienestar al pueblo’”.

En cada ocasión en que hablaba del chondoismo Choe Tong O levantaba este preámbulo como una pancarta.

Una vez, me hizo una pregunta inesperada:

—“Ayudar al país” implica defenderlo de la agresión extranjera y “asegurar el bienestar al pueblo” significa proporcionarle paz, oponiéndose a la política cruel interna. ¡Cuán excelente precepto celestial es éste! Song Ju, ¿qué te parece el lema?

—Lo considero bueno. Si el chondoismo lo propugna, voy a apoyarlo.

Fue mi respuesta sincera. Aunque en aquel tiempo las ideas comunistas ya constituían un importante soporte ideológico en mi vida, expresé, sin vacilación, mi apoyo a la *Tonghak*. Todo hombre

razonable deseaba acuciosamente defender el país y asegurar el bienestar al pueblo.

Choe Tong O me miró con una sonrisa de satisfacción en los labios. Y prosiguió:

—Los que se le oponen no son coreanos. La consigna del Partido Comunista para la revolución mundial es buena, pero el “Ayudar al país y asegurar el bienestar al pueblo” es un lema vital para nuestro país y la nación de vestido blanco. ¿No es así? Indudablemente el reverendísimo Su Un fue una clarividente personalidad.

Mis conocimientos del chondoismo en la etapa de la Escuela Hwasong eran escasos, esqueléticos, usuales y fragmentarios, carentes de fundamentos prácticos.

Fue en Jilin cuando comencé a estudiar con atención la *Tonghak* en relación con la práctica. El curso de la búsqueda de nuevas vías para la revolución coreana se alejaba, por lo general, de los ismos e interpretaciones ya negados por la historia; pero, nos abstuimos de asumir una actitud nihilista tocante a los mismos ideales o movimientos viejos. Nos opusimos al trasplante a ciegas de teorías existentes o experiencias ajenas, aunque asimilamos honestamente sus aspectos positivos. Antes y después de la Conferencia de Kalun, en nuestro quehacer revolucionario se planteó como una importante tarea estratégica la formación del frente unido. La cuestión de cuáles eran las fuerzas que se debían admitir, rechazar o aislar fue promovida por todas partes y frecuentemente produjo complicadas discusiones. Siempre que se debatía con quiénes formar el frente unido, el asunto de la religión, junto con el de los capitalistas nacionales, emergía innegablemente como uno de los principales temas.

El chondoismo, al igual que el cristianismo, constituía una de las religiones que estaba en el centro de mi consideración. El chondoismo atrajo nuestra atención y la actuación de sus creyentes nos despertó el interés porque, como una religión autóctona coreana, promovió consecuentemente con sus concepciones y actividades prácticas el patriotismo y el amor al pueblo, estaba ampliamente propagada y poseía gran fuerza de arraigo.

Al igual que *El Capital*, la *Tonggyongdaejon* era interesante estudiarla, empero, difícil comprenderla hasta el fondo. Choe Je U describía el universo, las cosas y los fenómenos de la naturaleza de una manera mística y abstracta, razón por la cual había ideas ambiguas, que unas veces parecían comprensibles y otras no. Kim Tal Hyon, quien actuó como cuadro de la instancia central del chondoismo después de la liberación del país, admitió que los escritos del reverendísimo Su Un eran difíciles de entender. Dijo que si ellos hubieran sido tan sencillos siquiera como los llamamientos de Ryu Rin Sok, la *Tonghak* habría podido atraer a su redil unos cientos de miles de adeptos más.

La revista *Kaebiyok* nos sirvió de guía para la comprensión del chondoismo. La denominación “*Kaebiyok*” se derivó de “*Huchon Kaebiyok*” (Transformación del mundo presente. —N. del Tr.), la cual era uno de sus dogmas principales. Durante todo el tiempo de su edición en que dio a luz decenas de números, manteniendo su apariencia de revista política noticiosa general, hizo importantes contribuciones a la ilustración de la nación.

Aunque tenía un fuerte matiz nacionalista, insertó también artículos que presentaban ideales socialistas. Para aquella época fue una publicación masiva, original e innovadora, que tuvo gran popularidad.

Por entonces, el Partido de la Juventud Chondoista extendía sus ramificaciones por la parte norte de Corea y el este, el sur y el norte de Manchuria, incluyendo el lejano Haerbin, y la revista tenía un gran número de lectores también en este territorio.

En la *Kaebiyok* vi también los trabajos de Sin Il Yong, mi adversario teórico, a quien conocí bien en mi período de Jilin. El profundizó en la problemática del agro de mediados de la década del 20. Su tesis *Estudio del problema rural*, insertado en esa revista fue teóricamente profunda.

Esa revista publicó muchos materiales sobre la economía y la cultura de diferentes países del mundo. El más impresionante fue el que leí en Guyushu o en Wujiazi. Eran las notas de viaje *Hacia el*

*Sur de Manchuria*, y su autor, Ri Ton Hwa, ofrecía una detallada descripción de la naturaleza de Manchuria, los hábitos de los chinos, la horrible situación de los obreros de la mina de carbón de Fushun y las actividades de los independentistas coreanos. Según sus apuntes, en Manchuria del Sur se observaba un hábito absurdo: si moría alguien, el cadáver no se enterraba en un ataúd, sino lo dejaban afuera, y en el caso de un niño de menos de 7 años de edad, el cuerpo lo colgaban de un árbol, envuelto en una estera de paja.

Entre los diferentes temas que se publicaban en la *Kaebiyok* los que despertaban mayor interés eran los que propugnaban el patriotismo. Insertaba con frecuencia artículos que hablaban orgullosamente de la historia y geografía de Corea, de sus bellezas naturales, sus características y productos especiales por localidades, entre los cuales se destacaban *Las ventajas que sólo posee la nación coreana*, *El espíritu y esfuerzos de los habitantes de Coguryo* y *La geografía de Corea bendecida con múltiples recursos naturales*. *Orgullo de los representantes de las 8 provincias* fue otro de esos trabajos. Fue la compilación de las alabanzas que hacían de sus territorios los respectivos representantes, basándose en las ideas fundamentales planteadas por un erudito de la escuela *Silhak* en un comentario sobre el temperamento de los oriundos de las 8 provincias. Pintaba el carácter de los pobladores de la provincia Phyeong-an como de “tigre saliendo del bosque”. En el artículo se decía que uno de los naturales de esa provincia, además de tener ese temple de tigre, nunca guardaba rencor a nadie, y exaltaba las ventajas de su localidad, y uno, alias “Joyalgae”, de los de la provincia Hamgyong, quienes poseían un carácter de perro, no soltaban la presa ni aun en medio del lodazal, mencionaba de entrada y por arriba, que en su territorio se situaba el Paektu, monte ancestral, y después hablaba tan apasionadamente de las ventajas de su tierra que casi se le secaba la boca. La descripción de los caracteres de los pobladores de las 8 provincias resultaba tan viva y real que uno no podía leerla sin reír.

Los orgullos de las 8 provincias se compilaron con relatos que

insuflaban el honor y dignidad nacionales.

Por conducto de personal competente investigué que ese trabajo fue insertado en el número de julio de 1925. Recientemente, conseguí un ejemplar y volví a leer el artículo con nueva emoción. Y resultó tan interesante como más de medio siglo atrás.

Entre los materiales interesantes de la *Kaebbyok*, estaba también *Impresiones de los extranjeros sobre Corea*. Recogían fragmentos de opiniones de alemanes, franceses, chinos, japoneses, norteamericanos, rusos, ingleses y gentes de otros países, bajo títulos como *El más talentoso pueblo en el mundo*, *Tres motivos de admiración*, *El más cortés pueblo del mundo*, *Cuatro bellezas de Corea*, *Siete credos acerca de Corea*, *Belleza natural y corazón bondadoso* e *Impresiones sobre los coreanos*. Proporcionaba realmente satisfacción y alegría volver a valorar, desde el punto de vista del coreano, lo que los extranjeros apreciaron de Corea según sus criterios.

Sobre los aspectos de los que se enorgullecían los coreanos la revista describía: “Mayor bondad en el mundo”, “Ventaja en la salud”, “Ética y moral sin par”, “Nación modelo del futuro mundo” y “Coreanos sin crueldad”.

Despertó el interés de los lectores, además, *El partido Tonghak de Corea y el Guomindang de China*. Su autor sostenía que esos dos partidos eran las únicas agrupaciones en el Oriente que se esforzaban por alcanzar el alto propósito de transformar la sociedad, y con orgullo destacaba que Choe Je U había concebido la *Tonghak* más de 40 años antes de que Sun Zhongshan fundara el Guomindang de China.

Recuerdo que quien escribió más entre los redactores de la *Kaebbyok* fue Ri Ton Hwa, jefe de la sección editorial de la instancia central del chondoismo y editor de esa revista. Su seudónimo era Ya Roe. Fue un talentoso teórico que desempeñó el principal rol en la sistematización teórica de los dogmas de la *Tonghak* y su interpretación filosófica. Con sus obras: *El sentido principal de la idea de que el hombre es el cielo*, *La filosofía sobre la regeneración*,

*El estudio de leyes psicológicas de Su Un* y *La historia del surgimiento del chondoismo*, alcanzó méritos en la difusión de esta religión, los cuales, pienso, deben ocupar su merecido puesto en las páginas de la historia del chondoismo.

Me interesó con una insoslayable fuerza después que me hice lector de la *Kaebiyok*. Fue Pak In Jin quien me dio una información relativamente detallada sobre Ri Ton Hwa. Pak In Jin mismo lo apreciaba mucho. Me aconsejó incluso una entrevista con él. Pero, como yo estaba peleando en las montañas contra el imperialismo japonés, era muy difícil que me pudiera entrevistar con él que estaba en Seúl. Después de la liberación del país supe que residía en Yangdok y estaba relacionado con el chondoismo, sin embargo, por falta de tiempo no logré verlo. Únicamente Kim Tal Hyon, presidente del Partido Chondoista Chong-u, me daba de vez en cuando noticias fragmentadas de sus actividades.

Kim Tal Hyon tampoco sabía cómo había muerto.

Según nos informaron posteriormente los funcionarios correspondientes, en el otoño de 1950 siguió a las unidades del EPC que se dirigían hacia el norte y así llegó a la provincia Jagang, donde algún tiempo después murió víctima de un bombardeo aéreo norteamericano.

La muerte de una persona de talento, de la talla de Ri Ton Hwa, fue una pérdida lamentable y dolorosa para los lectores de la *Kaebiyok* y los chondoistas que lo amaron. Teniendo en cuenta su óptica política, es de considerar que Ri Ton Hwa perteneció al grupo conservador moderado y no al de jóvenes reformistas. Pero, según sus escritos, que abogaban por la preservación de la nacionalidad y el prestigio nacional y la autosuperación moral, llegué a pensar que fue un intelectual y religioso honesto y consciente que amó fervorosamente al país y la nación.

Después de leer materiales insertados en la *Kaebiyok* yo intercambiaba impresiones frecuentemente con Kang Pyong Son y discutía sobre la posición y los dogmas de la *Tonghak*. Entre los miembros de la Unión para Derrotar al Imperialismo (UDI) él era el

mejor informado sobre el chondoismo. Fue un ardiente adepto del comunismo y, al mismo tiempo, guardaba en considerable grado el afecto a los conceptos de la *Tonghak*, que había venerado, y la organización chondoista. En Changsong, donde él nació, Uiju, Pyoktong y Sakju había muchos creyentes. Kang Je Ha, Choe Tong O, Kong Yong y otros fueron patriotas que desempeñaron un papel principal en la comunidad chondoista en esas zonas de la provincia Phyong-an del Norte, en la que Kang Pyong Son, valiéndose de la línea de esa religión, estableció muchas organizaciones de base de la ARP en la segunda mitad de la década del 30.

Como muchos de los que pertenecían al grupo de jóvenes reformistas, dentro del chondoismo, al principio también él casi absolutizó el rol del chondoismo en las luchas contra la agresión y el feudalismo en nuestro país, comenzando por la rebelión de *Tonghak*, y pensó que todos los problemas, grandes y pequeños, que surgían para forjar el destino de la nación, podían resolverse únicamente por medio de él. Podría decir que este fue el principal punto de discusión entre nosotros con respecto al chondoismo.

Por supuesto, yo reconocía lo suficientemente los méritos que la *Tonghak* tenía en la lucha contra el feudalismo y la agresión, y por la modernización del país y el progreso social, así como su carácter nacional y patriótico, y de amor al pueblo. No obstante, no podía aprobar la posición y actitud que asumía alegando que sólo valiéndose de esa religión era posible solucionar todos los problemas.

Con posterioridad, con la práctica, el mismo Kang Pyong Son rectificó su punto de vista sobre la omnipotencia del chondoismo. En la primera mitad de los años 30 se entregó, junto con Zhang Weihua, a actividades clandestinas en Fusong, y en la segunda parte de esa década, mientras actuaba en Manchuria del Norte como trabajador político nuestro cayó en las garras de la policía y murió heroicamente en la prisión.

La idea de que “el hombre es el cielo”, propugnada por los adeptos de la *Tonghak*, podía considerarse relativamente progresista

por respetar a los hombres comparándolos con el cielo, aunque no pudo despojarse de la irracionalidad teórica porque no rebasó la concepción religiosa y consideró al hombre como un ser divino.

Choe Je U, fundador de la *Tonghak*, y los otros dos máximos dignatarios que le sucedieron en la religión, sostuvieron que el chondoísmo venía a ser la suprema verdad, nacida de la integración orgánica de las tres religiones —confucianismo, budismo y *songyo*— y, por ende, no una religión herética como el catolicismo.

Los teólogos del chondoísmo dieron un paso más adelante en la idea de sus predecesores sobre la simple integración de las tres religiones al alabar las características y originalidad propias de la *Tonghak* como una religión nacional.

Uno del grupo reformista, al defender la originalidad de sus dogmas, negó todas las doctrinas religiosas anteriores, por ejemplo, la nirvana del budismo, la *hyonmyo* del *songyo*, el paraíso del cristianismo y el fatalismo del confucianismo, y los misticismos y las ilusiones de los cultos y predicó la “identidad de Dios y el hombre” o el “hombre-cielo”, es decir, el hombre es precisamente Buda, el bien, Dios y el cielo, y consecuentemente, fuera del hombre, no hay nada.

La idea básica de la *Tonghak* es la “identidad de Dios y el hombre”, “hombre-cielo”, lo que significa que el hombre es el “*Hanulnim*”.

El chondoísmo sustenta que el “*hanul*”, es decir, el universo entero, está formado por algo especial llamado “*jigi*”. Este, aunque no es ni material ni tampoco espiritual, representa al mismo tiempo lo material y lo espiritual, y de él están hechos la naturaleza, el hombre, el Dios y todo.

Esta teoría sustenta que *jigi* es el origen del mundo y de las demás cosas, por lo que podría incluirse en el panteísmo, como variante del animismo, que considera que toda cosa material tiene su espíritu.

Basándose en esta “teoría de *jigi*” el chondoísmo considera que también el hombre, al igual que el “universo entero”, tiene espíritu en vida o muerto. Dicho en otras palabras, el hombre es un cuerpo especial que posee el mejor espíritu de todas las cosas del mundo.

Quien reconoce la teoría espiritual, llega a la conclusión de que el ser humano, en vez de vivir de manera independiente y creadora, conforme a su conciencia y voluntad, está obligado a seguir un camino predestinado bajo el dominio del espíritu. Ello desemboca inevitablemente en el fatalismo. Y de éste no se puede sacar la idea de que el ser humano es dueño de todo y lo decide todo ni tampoco la verdad de que él es dueño de su propio destino y posee la fuerza para forjarlo.

La perspectiva de la futura sociedad ofrecida por la *Tonghak* no era una meta científica que correspondiera a las leyes de desarrollo social. Los chondoistas sostenían que si por medio de una lucha no violenta se iba implantando la virtud en todo el mundo, llegaría el día en que cada ser humano sería un sobrehumano y entonces se alcanzaría el paraíso terrenal. Creían que esa conversión de los seres humanos llegaría si cada uno, pronunciando diariamente oraciones de ensalmo, se analizaba de continuo a sí mismo y se cultivaba la conciencia.

En resumen, la idea de “hombre-cielo” no se basa en el materialismo sino en el teísmo.

El chondoismo no pudo desempeñar un rol rector en la lucha antijaponesa de liberación nacional por sus limitaciones clasistas e inmadurez teórico-práctica. Esta fue la razón principal por la cual nosotros no apoyamos la omnipotencia de la *Tonghak*.

Pese a tener este punto de vista, valoramos más sus puntos positivos y estimamos la posibilidad de darnos las manos para el frente unido tanto por el aspecto ideológico como por el práctico.

Esta religión confirmó como su ideal supremo la construcción de un paraíso sobre la tierra. Si otras plantearon que este mundo era doloroso e insalvable, el chondoismo preconizó que se podía transformar en un paraíso. Partiendo justamente de este principio predicó la “transformación del presente mundo” como una de sus principales misiones y desarrolló un movimiento para poner en práctica las llamadas tres reformas: “reforma espiritual”, “reforma nacional” y “reforma social”.

Los teólogos de la *Tonghak* sostienen que el chondoismo no sólo es diferente del cristianismo que tiende a alcanzar la felicidad en otro mundo, en el paraíso, después de la muerte, profesando la pura fe religiosa, y del confucianismo que preconiza cultivar la moral y adquirir conocimientos como principal medio de la formación religiosa y aboga por un acercamiento entre la política y la religión, atribuyendo importancia a la práctica de la moral en el presente mundo, sino también del budismo que considerando la misericordia como el credo principal afirma que es posible que todos los hombres lleguen a ser como Buda.

Además, decían que si el cristianismo es dinámico en comparación con el estático budismo, el chondoismo lo es mucho más que el cristianismo, y que si el budismo tiene una marcada tendencia racional y el cristianismo una fuerte inclinación sensorial, el chondoismo combina ambos aspectos.

Teníamos en cuenta que sus preceptos se oponían a la ciega adoración del cielo y propugnaban la confianza en el hombre y que, en contraste con otras religiones, no predicaban que el régimen social y el sistema de castas feudales devenían un orden establecido por el cielo, alegando que el cielo y Dios eran sobrenaturales y superhumanos. En este sentido, consideramos que el chondoismo tenía puntos positivos como religión progresista que abogaba por el respeto e igualdad del hombre.

Al trazar lineamientos apropiados para nuestra revolución nos interesamos por teorías y movimientos existentes y apreciamos en cierto modo la posición y el papel del chondoismo como una religión nacional. Pero, partiendo de modo consecuente del examen de las peculiaridades del desarrollo histórico de nuestro país y de las circunstancias en que se encontraba nuestra revolución y de un análisis histórico de los movimientos precedentes, y sobre bases científicas al considerar suficientemente las tradiciones de nuestra nación y el balance de las fuerzas de clases, concebimos la doctrina Juche y guiándonos por ella encontramos la senda de nuestra revolución y elaboramos estrategias y tácticas adecuadas.

Los comunistas de la nueva generación nunca pensamos que la revolución se hacía con la ayuda del cielo o acorde a su voluntad, sino emprendimos el camino de la lucha con la convicción teórica y la fe de que debían confiar en la fuerza del pueblo y apoyarse en ella.

Fue después de la fundación de la Asociación para la Restauración de la Patria cuando debatimos ampliamente cómo ver el chondoismo. Particularmente, antes y después de la visita del *Tojong* Pak In Jin al campamento secreto, creció entre los comandantes de nuestra unidad el interés por la *Tonghak*.

Después de esta visita pudimos impulsar de modo más seguro el trabajo de formación del frente unido con sus adeptos.

Si se examina retrospectivamente, vemos que el chondoismo, partiendo de sus ideales, promovió una lucha práctica por “ayudar al país y proporcionar bienestar al pueblo”, al rechazar las fuerzas foráneas y establecer la independencia nacional y el poder popular, y a la larga, levantar un mundo pacífico, un paraíso sobre la tierra mediante la “promoción de virtudes en el mundo” y la “salvación del pueblo”.

La *Tonghak* recibió el apoyo de amplios sectores pobres y humildes y de los nobles arruinados, por el carácter patriótico y de amor al pueblo de su doctrina y su fuerte espíritu de resistencia. La difusión de su idea que propugnaba la liquidación de toda forma de diferenciación entre la plebe y la nobleza, constituyó una grave amenaza para la posición dominante de la confucianista feudal que absolutizaba esa diferenciación y un serio desafío a las capas privilegiadas feudales. Por consiguiente, Choe Je U, fundador de la *Tonghak* y su primer *Kyojo*, fue ejecutado en marzo de 1864, en Taegu, bajo la acusación de haber violado la ética y creado disturbios políticos. También fue condenado a muerte en Seúl, Choe Si Hyong, el II *Kyojo*, quien aun bajo la persecución y represión crueles del gobierno feudal de la dinastía de los Ri, se entregó a propagar en secreto la *Tonghak* y a expandir sus organizaciones y actuó como uno de los dirigentes de la Guerra Campesina Kabo.

También, Son Pyong Hui, III *Kyojo*, el cual la denominó

chondoismo en virtud de la voluntad de su fundador y fue uno de los iniciadores del Levantamiento Popular del Primero de Marzo, sufrió la severa persecución y maltrato de los verdugos imperialistas japoneses. Como muestra a las claras la vida de los sucesivos jercas, fue una religión consecuentemente patriótica y amante del pueblo no sólo en su origen sino también en todo el curso de su desarrollo.

La Guerra Campesina Kabo, llamada en la comunidad chondoista la primera revolución de la *Tonghak*, fue, tanto por su envergadura como por su violencia, la mayor rebelión campesina de entre todas las acciones que nuestro pueblo llevó a cabo en la segunda mitad del siglo XIX contra la agresión extranjera y el feudalismo.

Esta guerra no fue planeada por las altas esferas de la religión ni se desencadenó por directiva suya, sino, en todo caso, una rebelión, una guerra antigubernamental de los campesinos indignados ante la arbitrariedad y la brutal explotación de las corruptas e impotentes capas privilegiadas feudales. Fue iniciada por Jon Pong Jun y otros dirigentes de los campesinos alzados bajo la bandera de “eliminar el vasallaje y salvar al pueblo”, “rechazar a las fuerzas occidentales y japonesas” y “ayudar al país y proporcionar el bienestar al pueblo”, independientemente de las capas superiores de la *Tonghak*. Valiéndose de las organizaciones de la religión a las que pertenecían ellos, y en contacto con los *pho* establecidos en diversas partes convirtieron en guerra campesina total la revuelta de los campesinos de Koku.

Este conflicto, acontecimiento histórico que sirvió de prelude a la lucha antimperialista de liberación nacional en Asia en el siglo XIX, puede inscribirse especialmente, junto con la guerra campesina Taipingtanguo, en China, y la rebelión Sepoy, en India, como una de las tres grandes guerras de resistencia en Asia.

La Guerra Campesina Kabo finalmente fracasó a causa de la intervención de las fuerzas armadas de Japón y China, pero, los sublevados que se dispersaron por el país, constituyeron posteriormente fuerzas principales del movimiento de voluntarios

antijaponeses y continuaron la resistencia por la salvación nacional.

La Guerra Campesina Kabo no sólo dejó una gran estela en la historia de nuestro país sino también ejerció gran influencia en el desarrollo de la situación política en el Oriente y el resto del mundo. Un historiador coreano que analizó el significado mundial de la revolución de *Tonghak*, comentó que los hechos que provocaron la gran revuelta del mundo al entrar en el siglo XX la tuvieron a ella como su punto de partida. Escribió que sin esa revolución en la tierra coreana no se habría desencadenado la guerra entre China y Japón y si en esa contienda hubiera ganado China, Rusia no habría tenido oportunidad para agredir a Manchuria, lo que habría impedido la guerra ruso-japonesa, y si en esa guerra no hubiera perdido Rusia, el Imperio austro-húngaro no habría podido extender sus garras hacia la Península Balcánica, y si este Imperio no hubiera anexado a Bosnia y Herzegovina, no habría estallado la guerra entre Austria y Servia y en este caso no se habría provocado la primera conflagración mundial, y si no se hubiera dado esa oportunidad, no se habría podido ni soñar con el derrocamiento del emperador ruso Romanov y entonces no habría podido surgir la Rusia roja. “¡Ah, tú, partido *Tonghak*, indirectamente fuiste la mecha de una guerra mundial y partero de la Rusia obrero-campesina!”, exclamó.

Los idólatras de la idea de *Tonghak* sostuvieron que el primer paso para la modernización del Oriente partió así de ella.

Los chondoistas también desempeñaron un importante rol en el Levantamiento Popular del Primero de Marzo. Por supuesto, sus fuerzas principales las constituyeron amplios sectores de obreros, campesinos, jóvenes estudiantes e intelectuales. Mas, entre los representantes de la nación que lo echaron a andar se encontraban, además de cristianos y budistas, también chondoistas, que fueron los de la iniciativa, y la mayor parte de sus tres millones de adeptos en el país tomaron parte en las manifestaciones. Estos hechos confirman a qué grado llegó el rol del chondoismo en esa lucha antijaponesa.

El fuerte espíritu de resistencia de los chondoistas fue una de las

principales razones por las cuales nosotros prestamos importancia a la formación del frente unido con ellos.

Como religión autóctona de Corea, tuvo nuevos ideales y planteamientos y un poderoso espíritu de resistencia y, al mismo tiempo, un carácter popular con ritos simples y prácticas muy modestas.

Kim Jong Ju, primer ministro de Comunicaciones en el Consejo de Ministros de nuestra República, siempre decía con orgullo que la *Tonghak* era una modesta religión nacional. Alrededor de la época en que organizábamos la Guerrilla Antijaponesa, se hizo devoto y luego fue promovido como miembro del comité ejecutivo central del Partido de la Juventud Chondoista. Estaba versado en los preceptos de su religión.

Era corpulento y cada vez que me veía, solía hacer bromas.

—Estimado Primer Ministro, usted debe tener la cabeza pesada por trabajar todo el día. Tendrá que descansar escuchando mis viejos cuentos.

Al aparecer en mi despacho daba así el primer paso y durante un buen rato contaba sus historietas. Una vez, un día festivo, vino a verme y alardeó del chondoismo:

—Nuestro chondoismo despidе el agradable olor de la sopa de pasta de soya casera.

Cuando le pregunté a qué aludía, respondió que sólo tomando como ejemplo el *chongsubongjon*, se evidenciaba la libertad en esta religión, la cual en otras resultaba inimaginable: como en esta ceremonia no se impone la postura al sentarse, uno puede arrodajarse o arrodillarse o sentarse de lado.

También con Kim Tal Hyon hablé mucho sobre la religión. El recordaba a menudo los episodios que vivió en el período de la dominación japonesa, cuando actuó en una organización chondoista. A medida que se hacían más frecuentes nuestras conversaciones, se estrecharon entre nosotros los lazos humanos, por encima del concepto real de que yo era Primer Ministro y él presidente del comité central del Partido Chondoista Chong-u. Llegó a hablarme

francamente hasta de las dificultades que tenía en la vida privada.

Cierta vez, pasada la medianoche, vino a la sede del Comité Popular Provisional de Corea del Norte y me solicitó una entrevista. Creo que esto ocurrió en 1946 porque entonces yo ocupaba el cargo de presidente de dicha institución.

Su visita brusca, sin previo aviso, en una hora tan avanzada, me sorprendió. Incluso tuve el presentimiento de que había ocurrido algo extraordinario de lo que debía informarme con urgencia.

Pero, lo que más me asombró fue que su solicitud, totalmente inesperada, no tenía nada que ver con asuntos oficiales.

Al entrar en mi oficina se mostró indeciso durante un rato y luego, reuniendo ánimo me soltó:

—Por favor, no censure a este viejo por carecer de juicio. Es demasiado insolente lo que voy a pedirle. ¿No podría conseguirme *insam* silvestre o cuerno de venado?

Y bajó la cabeza, sin atreverse a mirarme, como si hubiera cometido algún error. Lo observé preguntándome qué le ocurría a este viejo presidente y descubrí que estaba ruborizado hasta las orejas.

Lo invité a sentarse y le pregunté con tono amable:

—¿Cómo es que usted, que siempre ha alardeado de su buena salud, necesita de repente tónico?

—A decir verdad, tengo dificultades con mi mujer. Hace poco volví a casarme, es joven, y me molesta mucho. ...General, por favor, ayúdeme.

—Bueno, le ayudaremos para que su mujer no se queje de usted.

Kim Tal Hyon salió de la sala muy contento.

Le conseguí *insam* silvestre y cuernos de venado.

Pasado un año, me anunció.

—Mi General, gracias a usted, a los 70 años de edad engendré un hijo. Y mi esposa está muy contenta. Tengo el honor de invitarle a la fiesta por los 100 días de vida de mi hijito.

—Es un acontecimiento muy feliz, y ha ocurrido porque vivimos en tiempos buenos. Acepto de buena gana su invitación. Por favor,

transmítale a su esposa mis felicitaciones por el nacimiento del varón.

Esa vez también salió de mi oficina con cara sonriente.

Como le prometí, fui a la fiesta de su hijito. Su esposa me ofreció una mesa cargada de exquisitos platos y me reverenció mientras decía que gracias a mí había florecido la felicidad en su familia. Ella brindó hospitalidad, sonriente todo el tiempo.

Durante la guerra encontré a Kim Tal Hyon en Pyolo, en la provincia Jagang. Mientras comíamos *kuksu* hablamos del chondoismo.

Me dijo que la contribución de arroz era una ética excelente y única del chondoismo y constituía una de las principales fuentes de recursos para financiarse.

Fuera de Choe Rin y unas cuantas personas más, la mayoría abrumadora de los sucesivos dirigentes del chondoismo llevaron una vida modesta, completamente ajenos a la ambición de riquezas y fama personales. Siempre tenían dificultades por falta de medios de subsistencia. Trabajar para la religión sin cobrar salario no era tan fácil como hablar. Oí decir que en el chondoismo los que se dedican al mantenimiento de la religión no lo reciben.

Estoy informado de que en un tiempo los chondoistas sudcoreanos convirtieron el edificio de la imprenta de la revista *Kaebiyok* en teatro y con sus ingresos cubrían los gastos de su religión. Además, los dos salones de boda preparados en el templo central, sirvieron de importantes medios para suplir las finanzas, pues cobraban por horas su uso. Fue algo no muy decoroso, pero, dicen, inevitable para el financiamiento.

La razón de más peso por la cual atribuimos importancia al frente unido con los chondoistas fue que la mayoría absoluta de ellos, independientemente de la actitud vacilante y oportunista de la capa superior, eran antijaponeses y patriotas y en su composición clasista la parte principal la constituían personas humildes y campesinos pobres. El chondoismo se originó de un movimiento campesino y sus ideales también tuvieron ese matiz. En las condiciones de entonces,

cuando el capitalismo era incipiente y no había una moderna clase obrera, fue natural e inevitable que el movimiento *Tonghak* se apoyara en los campesinos. Empero, no fue sólo para estos; fue un vasto movimiento de masas porque representó la aspiración e intereses de todos los humildes, incluyendo los pobres y los pequeños comerciantes de las ciudades. Devino, al mismo tiempo, movimiento patriótico nacional contra la agresión, dado que se oponía y rechazaba de modo consecuente a los invasores extranjeros y aspiraba fuertemente a la modernización del país.

Después del fracaso del Levantamiento Popular del Primero de Marzo, la jerarquía del chondoismo perdió el espíritu combativo y se limitó a flojas actividades de difusión de dogmas y teóricas dirigidas a conservar la nacionalidad, y algunos personajes que la integraban, se convirtieron en projaponeses, por ejemplo, Choe Rin cuando salió de la prisión después de 3 años.

Mas, las capas inferiores de la religión, a pesar de la traición del escalón superior y las rigurosas condiciones de la ocupación del imperialismo japonés, hicieron todo lo posible para llevar adelante su tradición patriótica. Este fue, justamente, el fundamento a partir del cual atribuimos importancia al frente unido con el chondoismo y estuvimos convencidos de su posibilidad.

Sus dirigentes reformistas que se movían sin cesar para vincularse con otras fuerzas revolucionarias del país y colaborar con la revolución internacional desearon entablar relaciones con la Internacional expresando que su religión era “fiel servidora de las masas pobres y humildes” y un “partido igual al comunista por su carácter, pese a la diferencia de tamaño”.

Creo que un ejemplo que lo testimonia es el hecho de que Ri Ton Hwa, en nombre del Consejo de la Sociedad Campesina Coreana, solicitó ser admitido en la Internacional Agrícola Roja, hacia fines de octubre de 1925.

La Sociedad Campesina Coreana fue una organización perteneciente al Partido de la Juventud Chondoista, que se constituyó en octubre de 1925, en Seúl.

En septiembre de 1919, en medio de la situación interna e internacional que seguía al fin de la Primera Guerra Mundial, el establecimiento del poder obrero-campesino en Rusia y el Levantamiento Popular del Primero de Marzo, Ri Ton Hwa, Jong To Jun, Pak Rae Hong y otros jóvenes creyentes crearon el departamento de conferencias sobre dogmas de la juventud chondoista con el propósito de promover el estudio y difusión de su doctrina y mejorar y desarrollar la nueva cultura coreana, lo que significó la aparición de la primera organización juvenil con matiz de movimiento en nuestro país. Tiempo después, cambió su nombre por el de Asociación Juvenil Chondoista. Estableció la casa editora Kaebuyok como órgano de difusión y a partir de 1920 comenzó a sacar la revista político-noticiosa del mismo nombre; organizó, además, el departamento infantil que llevó a cabo intensos planes para enriquecer los sentimientos de los niños coreanos y mejorar su trato moral y posición social de acuerdo con la idea de venerar al hombre como el cielo.

En 1923 la Asociación Juvenil Chondoista se desarrolló como Partido de la Juventud Chondoista, organización de vanguardia que tenía como meta la construcción del paraíso sobre la tierra mediante la “transformación del mundo actual”.

Este partido contó con un sistema organizativo bien preparado, constituido por una dirección central, departamentos locales en regiones y distritos y organizaciones de base llamadas *jop* en los cantones y barrios. Conforme a un plan trienal para extender su influencia realizó ingentes actividades de difusión de sus dogmas y en corto tiempo logró ampliar sus filas con gran número de jóvenes pobres y humildes. Este Partido se convirtió en la mayor fuerza influyente de la religión, sobre todo, en las regiones al norte del río Ryesong, que no sufrieron las consecuencias de la rebelión *Tonghak*.

Según los anales del Partido de la Juventud Chondoista, publicados en 1935, en aquella época esta organización poseía más de 100 departamentos locales dentro y fuera del país. Su mayoría absoluta, es decir, el 70 por ciento, se encontraban en las zonas

septentrionales, y la provincia Phyong-an era la primera al contar con 40. De hecho, en la Phyong-an de entonces, que comprendía la provincia Jagang de hoy, y las ciudades de Pyongyang y de Nampho, casi no había distrito donde no existiera un departamento local de ese Partido.

Podría decir que el hecho de que la mayoría abrumadora de las fuerzas chondoistas estuvieran difundidas en las zonas septentrionales, constituyó uno de los factores innegables que nos hicieron prestar atención al frente unido con ellos.

Después del Levantamiento Popular del Primero de Marzo, siguiendo la tendencia mundial, también las fuerzas reformistas del chondoismo se esforzaron mucho para aumentar sus filas y librar de modo más enérgico la lucha patriótica antijaponesa.

Con posterioridad a la muerte de Son Pyong Hui, el III *Kyojo* del chondoismo, en julio de 1922 las fuerzas jóvenes reformistas, con la integración del Comité Revolucionario de Coryo se empeñaron en reajustar y reconstituir las filas e intensificaron sus actividades en el exterior teniendo como centros a Primorie y a Manchuria, y en el interior del país. Más tarde, el Comité Revolucionario de Coryo se reorganizó en una organización secreta clandestina denominada Comité Supremo Revolucionario y Extraordinario del Chondoismo.

Lo que se destacó especialmente de las actividades de este Comité fue la solicitud de apoyo político y ayuda militar de envergadura relativamente grande que hizo al gobierno de la Rusia soviética y a la Internacional, y sus intensas labores para hacer realidad esta petición. Dicen que, aprovechándose de las tres zonas de explotación de oro, en las cercanías de Chita, Siberia, planeó adiestrar unos mil efectivos militares en dos años, con la justificación de empleo de brazos y, a la larga, crear el ejército revolucionario nacional de Coryo, con 15 brigadas mixtas.

Esta organización secreta del chondoismo exhortó al gobierno soviético obrero-campesino a dar una activa ayuda al cumplimiento de este plan.

En nuestras manos están viejos documentos que muestran parte

de las actividades diplomáticas de los reformistas del chondoismo con personalidades de la Rusia Soviética y de la Internacional en Vladivostok, en el Lejano Oriente, a principios de 1924.

En una carta a Katayama Sen, Choe Tong Hui le preguntó cómo la Internacional consideraba la revolución coreana y el desarrollo de la situación en Corea y pidió que esa organización le ayudara, sin prejuicio alguno.

Los chondoistas plantearon que en caso del estallido de la revolución en Corea establecerían profundos y estrechos vínculos con las fuerzas de la revolución social de Japón, en el oriente, y con la Rusia Soviética y la Internacional en el norte, para una cooperación triangular entre Corea, Japón y Rusia.

Como vemos, las fuerzas reformistas chondoistas desplegaron múltiples esfuerzos para sostener la lucha armada de resistencia en cooperación con las de la revolución internacional, pese a ser obstaculizados y odiados por la fracción conservadora.

Hicieron todo lo posible para consagrarse a la lucha antijaponesa con el fervor patriótico, el amor al pueblo, y con la vehemente ira, que vinieron alimentando desde la época del movimiento de *Tonghak*, mas, no lograron obtener resultados satisfactorios. Peor aún, después del fracaso del Levantamiento Popular del Primero de Marzo, en el seno del chondoismo se produjeron agudas contradicciones y escisiones entre radicalistas y moderados, y el imperialismo japonés trató socarronamente de sacar ventaja de esto; en estas circunstancias los radicalistas hicieron un compromiso con el pretexto de prevenir el resquebrajamiento. Como consecuencia, fueron eliminadas, en mi opinión, las fuerzas reformistas y el movimiento antijaponés retrocedió gradualmente hasta convertirse en reformista. Como el escalón superior cayó en un reformismo nacional y se inclinó abiertamente hacia Japón, el chondoismo perdió gradualmente su espíritu revolucionario y momentos oportunos.

Sin embargo, sus organizaciones locales y la mayoría abrumadora de sus integrantes y del Partido de la Juventud Chondoista crearon diversas organizaciones legales e ilegales y lucharon por diferentes

vías contra la dominación colonial del imperialismo japonés. Fue una lástima que no contaran con una clara estrategia de acción ni con fuerzas rectoras capaces de conducir de manera unitaria su lucha.

En esos precisos momentos, nosotros avanzamos hacia el monte Paektu y proclamamos el Programa de Diez Puntos de la Asociación para la Restauración de la Patria.

Millones de chondoistas dieron su entusiasta apoyo al Programa. Se unieron firmemente bajo la bandera de la ARP, convencidos de que la clarinada del nuevo día, tan ansiosamente esperada, comenzaba a sonar desde el monte Paektu. Si aceptaron formar el frente unido con nosotros y se incorporaron masivamente a las organizaciones de base de la ARP, fue por los ingentes esfuerzos que hicimos con iniciativa sobre la base de la justa apreciación y amplia comprensión de esa religión y, al mismo tiempo, históricamente inevitable, y resultado lógico del desarrollo del propio chondoismo cuyos ideales eran el patriotismo, el amor al pueblo y la oposición a las fuerzas foráneas.

Por supuesto, existían ciertas diferencias en ideales, propósitos, doctrinas y planteamientos, así como en la manera de iniciar el movimiento, pero nos estrechamos fuertemente las manos a partir de la obligación moral que teníamos por ser de la misma nación y sangre. Entonces pensé ardientemente que no podía existir el movimiento comunista divorciado de la nación y que siempre se debía dar importancia a los intereses nacionales, lo mismo que a los clasistas.

Precisamente, gracias a esta comunión pudimos reconciliarnos fácilmente con Choe Tok Sin, quien antes actuó en la vanguardia anticomunista.

Choe Tok Sin y yo nos volvimos a encontrar después de cumplir más de 70 años de edad, y sin el menor signo de enemistad, compartimos con emoción los recuerdos, con el mismo sentimiento de cuando nos cultivamos el espíritu patriótico bajo la atención del señor Choe Tong O, y platicamos en un ambiente cordial y cálido como integrantes de la misma nación, como compatriotas, muy por

encima de las diferencias de ideales que existen entre el comunismo y el chondoismo.

Recientemente di a conocer el “Programa de Diez Puntos de la Gran Unidad Pannacional para la Reunificación de la Patria”, el cual puede considerarse una versión renovada del “Programa de Diez Puntos de la ARP”. En la década de 1930, al instalarnos en la zona del Paektu y establecer cooperación con Pak In Jin, la suprema tarea de nuestra nación era la restauración de la patria, y, hoy, a finales del siglo XX, nuestro máximo proyecto e ideal es la reunificación del país dividido. Es más que lógico que nuestra lucha por rechazar a fuerzas foráneas y rescatar la soberanía nacional disfrute de entusiasta apoyo de los seguidores de la *Tonghak*, los chondoistas, quienes en el pasado enarbolaron las consignas de “ayudar al país y asegurar bienestar al pueblo” y de “rechazar a los occidentales y los japoneses”.

A causa de la división nuestra nación lleva casi medio siglo experimentando toda clase de desgracias. No es una tragedia por culpa de nuestra propia nación, sino impuesta por fuerzas extranjeras. ¿Cómo entonces no oponernos a esas fuerzas y clamar por reunificación, fortalecimiento, gran unidad de la nación?

Por eso, los chondoistas, los cristianos y los budistas patrióticos, que residen en el Norte y el Sur de Corea y en el extranjero, se esfuerzan unánimemente por poner fin a la tragedia de la división, y aproximar el día de la reunificación de la patria.

Hace mucho libramos la Lucha Armada Antijaponesa durante más de 20 años en las estepas de Manchuria y las extensas zonas del monte Paektu, pero no lo hicimos para el bienestar o lujo personal o para los intereses de una clase o capa social, sino para emancipar a toda la nación de la dominación colonial del imperialismo japonés.

Por encima de la nación no pueden existir ni Dios ni tampoco intereses de alguna clase o partido, y para el bien de la nación no pueden haber obstáculos o abismos insuperables. Esta es hoy la razón del objetivo común de los coreanos, tanto del Norte y el Sur del país como de los que residen en el extranjero, una realidad que

deja sentirse cada día más imperiosamente.

Hoy sigo pensando que alcanzar los objetivos e ideales de nuestros comunistas que consagraron toda su vida a la lucha por el bien de la nación, y hacer posible que 70 millones de compatriotas disfruten, generación tras generación, de felicidad y abundancia en la patria reunificada, no puede significar otra cosa que el mundo o el paraíso terrenal que desearon implantar los mártires de *Tonghak*.

Contar con los ideales de *Tonghak*, del chondoismo, en los que late fuertemente el espíritu de la nación, constituye un motivo de orgullo para los coreanos.

La lealtad patriótica de los chondoistas manifestada en el amor al país, y al pueblo, quedará grabada eternamente en los anales de la nación.

## **6. No se puede existir separado del pueblo**

Al margen del pueblo, ningún ejército es poderoso, ni puede vencer en combate. Es una verdad que experimentamos en carne propia durante todo el transcurso de la Revolución Antijaponesa. A la sazón, manteníamos invariablemente la consigna: “La guerrilla no puede existir separada del pueblo como no puede vivir el pez fuera del agua”. Esta se reducía a “Onggun Aemin”, que significa que el pueblo protege al ejército, mientras éste ama a aquél.

Ya mencioné cuán activo y abnegado fue el apoyo popular cuando luchábamos en el monte Paektu.

¿De dónde emanaron ese fervor y esa actitud de proteger y ayudar al ejército, nunca vistos en los anales de la guerra de guerrillas ni en el Occidente ni en el Oriente, ni en la antigüedad ni en la edad moderna? ¿Cuál fue el factor que permitió a nuestro pueblo hacerse sujeto y encargado de la protección y asistencia invariable y abnegada a nuestro Ejército Revolucionario Popular?

La respuesta hay que buscarla, ante todo, en el carácter popular de nuestro ejército. Como estaba integrado por hijos e hijas del pueblo y luchaba por su libertad y emancipación y en defensa de su vida y bienes, resultaba lógico que éste le siguiera y ayudara.

Sin embargo, aunque sean así su composición y misión, no todos los ejércitos disfrutan del abnegado apoyo y asistencia del pueblo. Pese a que en su nombre lleven el término pueblo, si no se conducen bien y carecen de ética militar, éste no los mira con buenos ojos. El pueblo reserva su apoyo desinteresado sólo a aquel ejército que lo ama y respeta con sinceridad y defiende con celo sus intereses, su vida y sus bienes.

El Ejército Revolucionario Popular de Corea estaba provisto de todas esas cualidades.

La esencia de su ética militar radicaba en su absoluto amor al pueblo. Sus comandantes y soldados valoraban su existencia en relación con él. Consideraban que sólo podían existir y ser felices, cuando lo era éste. He ahí la razón por la cual compartieran con él las alegrías y tristezas. Al margen del pueblo el Ejército Revolucionario Popular de Corea era insignificante, no valía la pena que existiera ni podía mantenerse.

Desde los primeros días, subsiguientes al inicio de la guerra de guerrillas consideramos al pueblo cuna de nuestra existencia y fuente nutricia su apoyo.

El fue la matriz de nuestra guerrilla, nuestros padres y el protector de nuestra revolución.

Por tanto, asegurar la unidad entre el Ejército y él se nos presentó como un problema sine qua non.

La cuestión de que el Ejército lo amara y recibiera su apoyo implicó, antes que condición para vencer o fracasar en el combate, su sobrevivencia o desaparición. Si no le hubiéramos dado importancia a este punto, no hubiéramos evitado el destino de una existencia miserable, condenados a desaparecer empujados de aquí para allá como un grano de mijo en el Océano, como solían decir gustosos los adversarios.

En el curso de la guerra de guerrillas sentimos la necesidad de estipular una nueva concepción que le sirviera al Ejército revolucionario de regla y norma de acción para sus relaciones con el pueblo, para las relaciones entre los oficiales y soldados, y para su vida cotidiana. De ahí que redactáramos los “Reglamentos provisionales del Ejército Revolucionario Popular de Corea”.

Su objetivo principal fue patentizar el carácter popular de nuestro Ejército revolucionario, legalizar y afianzar su sentimiento de amor al pueblo.

No era, desde luego, un ejército regular, empero, contaba con fuerzas y estructuras no menos ordenadas. La fuerza de las órdenes y directivas de los comandantes y la costumbre eran insuficientes para poner en acción a numerosos combatientes.

A mediados de la década del 30, los enemigos aceleraban la construcción de aldeas de concentración en Jiandao Oeste y dirigían todos sus esfuerzos a “separar a los habitantes de los bandidos” para prevenir la influencia del Ejército Revolucionario Popular. Los imperialistas japoneses no ponían reparos en los medios y métodos para sembrar cizaña entre la guerrilla y el pueblo y cortar el canal de ayuda de éste que servía de vía respiratoria para ella. Tejían cualquier intriga que pudiera comprometer el prestigio del Ejército Revolucionario Popular y bloquearlo en el plano militar, político y económico.

Conocían bien que nuestro Ejército era auténticamente del pueblo, que no podía conducirse como una horda, que era un ejército con moral, que jamás se podría comparar con el suyo. Mas, lo calumniaban calificándolo de “bandolero”, en eso consistía su cinismo, su intento para desacreditarlo política y moralmente.

Mientras nosotros considerábamos vía respiratoria la unidad entre el Ejército y el pueblo, los adversarios se obstinaban en “separar a los habitantes de los bandidos”.

Con el intento de menguar el carácter popular de nuestro Ejército, incluso le endilgaban los delitos cometidos por los grupos de bandoleros. Para rectificar esa imagen tergiversada por la vil propaganda enemiga y engrandecerla, debíamos exaltar su innato carácter popular, lo que requería llevar al papel nuestros requisitos al respecto.

Las organizaciones del Ejército independentista, dispersas en zonas de Manchuria, aunque habían causado buena impresión a los pobladores, también les habían dejado una mala muy grande. La causa principal consistió en que ellas y las tropas de voluntarios no respetaron estrictamente las normas morales para con éstos y les sobrecargaban demasiado en el plano económico. Algunos de los comandantes del Ejército independentista, como, por ejemplo, un jefe de compañía de la junta Jong-ui, para satisfacer placeres personales estafaron, sin titubeos, colosales cantidades de recursos del pueblo recaudados a título de contribuciones para el ejército o el movimiento de independencia.

El imperialismo japonés utilizó también tal fechoría para censurar y deshonrar a nuestro Ejército Revolucionario Popular. Vituperó por igual a este y al Ejército independentista, arguyendo que todos aquellos que andaban con la bandera de la independencia eran, sin excepción, salteadores que saqueaban y se apropiaban de las riquezas de la población. Para librarnos de esta infamia, debíamos patentizar el carácter popular de nuestro Ejército.

Otro objetivo que perseguimos al formular los “Reglamentos provisionales”, se relacionó con el brusco aumento de bisoños en nuestras filas.

El Ejército Revolucionario Popular de Corea nunca libró acciones que pudieran perjudicar a la población. Bien conscientes de esto, los adversarios, cuando se ponía desfavorable la situación en el combate, se replegaban a los caseríos y resistían apoyados en los muros o cercos de los hogares. Empero, nosotros en ningún caso, por muy desfavorable que fuera, hicimos eso ni lo pensamos.

A comienzos del verano de 1934, en Sandaohezi en vísperas de la batalla de Luozigou ocurrió tal cosa. Los enemigos nos atacaron con grandes efectivos para impedir nuestro avance hacia Luozigou. Ordené que los distrajeran y golpearan en el llano fuera de Sandaohezi, para evitar posibles daños a los pobladores. El resultado fue que casi la mitad de ellos huyeron. Y no fueron uno o dos los casos similares.

Cuando nuestro Ejército revolucionario entraba de paso en un caserío, nunca se mostraba presuntuoso, por ser luchador por la liberación del pueblo. No bien se quitaran la mochila, los guerrilleros se ponían a cargar agua, servían como fogoneros, limpiaban patios, o partían leña. De ellos no se excluía el Comandante. Siempre orientamos a los miembros del mando a que fueran el espejo de sus subalternos y que educaran con sus propios ejemplos.

Amar y ayudar al pueblo, en conclusión, constituyó el primordial deber y norma moral de los miembros del Ejército Revolucionario Popular de Corea desde su fundación.

No obstante, en los primeros días de nuestro asentamiento en la zona del monte Paektu se manifestaron, a veces, entre los novatos,

prácticas indeseables que perjudicaban las relaciones con el pueblo. Unos procedían del campo, otros de las unidades antijaponesas, y otros eran rebeldes del ejército títere manchú. Como no habían pasado por la fase de entrenamientos básicos, esos bisoños de vez en cuando actuaban contrario a la disciplina tradicional del Ejército revolucionario, menoscabando así su prestigio.

En la breve estancia de nuestra unidad en el hogar del anciano apellidado Ri, en Liutiepaodong, en Shijiudaogou, él nos presentó a su sobrino, un jovencito que había ido a ayudarlo en la cosecha. A juzgar por el calzado y las polainas nuevas que llevaba, parecía estar bien preparado para recolectar. La charla con el joven me provocó un gran interés. Poseía tal don de palabra que podía reducir a uno o dos términos la esencia de cualquier cosa.

El joven salió de la casa y regresó de inmediato, y vi que sus zapatos y polainas habían sido cambiados por otros viejos y en su rostro aparecía algo de mal humor. Le pregunté, pero no contestó, vacilando.

Ordené a Kim Jong Phil, jefe de sección, que averiguara qué había sucedido. Rato después, me informó indignado que un soldado procedente del ejército títere manchú había obligado al joven a cambiárselos y consideraba como si tal cosa la crítica sobre ese absurdo proceder.

—Trataba de justificarlo arguyendo que era muy natural que los habitantes sirvan al ejército que combate en bien de sus intereses, sufriendo en el monte, y que tal cosa no es objeto de censura en el ejército títere manchú.

Estas palabras me impactaron. Son incontables los ejemplos de caudillos de ejércitos agresores que ocuparon a otras naciones y legalizaron allí el asesinato, el bandolerismo, la violación, el saqueo y otros crímenes, y se los permitieron a sus subalternos. Durante la guerra chino-japonesa y la del Pacífico, el ejército nipón incluso fue acompañado por mujeres que le servían. El ejército títere manchú era comparable con él en cuanto a cometer vilezas en relación con la población.

Si se tenía en cuenta que aquel soldado estaba habituado hasta más no poder a los actos inmorales en un ejército que se entregaba exclusivamente al asesinato, incendio y pillaje, podía explicarse con claridad que intercambiara cosas como polainas o calzado. Con todo, en nuestro Ejército Revolucionario Popular nunca debía tomarse por un desliz tolerable. Era un grave acto ilícito desde la óptica de nosotros que considerábamos como un principio inexorable amar al pueblo.

Me vi obligado a pedirle al anciano que nos disculpara:

—Abuelo, tenga la bondad de perdonarle, aunque le disguste, considerando su error como una torpeza de su propio hijo. No lo hemos sabido educar.

El anciano saltó y me replicó:

—Si lo dice así, me da más pena. ¿Cómo puede ser motivo de excusa que un soldado en constante lucha en el monte intercambie un par de zapatos?

Después del suceso, se profundizó aún más la intimidad entre el viejo y nosotros. Cada vez que íbamos a Shijiudaogou pasábamos por Liutiepaodong para saludarle.

Nuestros guerrilleros frecuentaban el lugar para obtener provisiones. Una vez, consiguieron gallinas que, por mi sugerencia, se le ofrecieron como reconstituyente a Wei Zhengmin, quien estaba en nuestra unidad a causa del agravamiento de la enfermedad. El guerrillero que las trajo confesó que no las había pagado porque su dueño no lo aceptó. Le pregunté por esa persona y supe que era el anciano Ri. Pese a su experiencia en la misión de intendencia, incurrió en un error.

En compañía del jefe de su sección, de la unidad de intendencia, fui a ver al anciano. Lo ayudamos en la trilladura y sugerí a mi acompañante que le entregara 10 *yuanes* y le dijera que nos sentíamos apenados por no haber pagado a tiempo las gallinas. En aquel tiempo, una se vendía por un *yuan* y 5 *jiaos* en el mercado, así que era suficiente darle tres *yuanes*, pero, con el deseo de ayudar a su familia, quise pagarle más, lo que provocó el disgusto del viejo.

—Si lo recibo, no soy coreano. Un refrán dice: “También la comadreja tiene cara”; igual pasa conmigo. ¿No es verdad?

—Abuelo, recíbalo. Si hubiéramos conocido que eran aves reproductoras, se las habríamos devuelto sin consumirlas. Las hemos sacrificado y ya no tendrán huevos en la primavera, le hemos quitado esa posibilidad.

Acabamos por poner el dinero en sus manos.

El anciano, enjugándose las lágrimas con una manga, explicó entonces el despojo del que había sido objeto dos años antes:

Un día, cazó un ciervo y lo vendió a un rico. Informados de ello, unos soldados acudieron en tropel y le exigieron sin ton ni son el dinero, apuntándole con los fusiles. Por fin, fue privado de todo lo ganado con la venta del ciervo, rendido ante la amenaza de que lo matarían en el acto. A partir de ahí, sólo de oír hablar del ejército, meneaba la cabeza; pero, al ver que nuestros compañeros apreciaban al pueblo cambió su actitud afirmando que no debía escatimarse nada para tal ejército. En una ocasión se enteró que nuestros compañeros buscaban gallinas negras y pensó que había llegado el momento para mostrar su sinceridad aunque fuera pequeña su contribución, y así donó sus aves reproductoras; empero, dijo, al recibir más del triple del precio, se sentía culpable por no haber cumplido con el deber de ciudadano.

Al escucharle, me pregunté hasta qué punto ignoraba yo su sinceridad. Pese a ello, no podía aceptarla infringiendo la norma tradicional del Ejército Revolucionario de recompensar puntualmente las bondades del pueblo.

No obstante, algunos bisoños consideraban natural el apoyo desinteresado al Ejército revolucionario, por lo que cargaban con lo que estimaran, sin ningún análisis de la situación y condiciones de vida de la población.

Un ejemplo representativo fue lo ocurrido con un buey, en Yaoshuidong, en el otoño de 1936.

Nuestra unidad permanecía en Diyangxi, en Shijiudaogou, del distrito Changbai. Sufríamos mucho por el agotamiento de

provisiones. Dos bisoños, que habían ido a Yaoshuidong para recoger legumbres secas, regresaron satisfechos conduciendo un buey. Les pregunté y explicaron que el animal lo enviaban los campesinos del lugar al saber que los guerrilleros sólo se alimentaban con sopa de menestras por falta de cereales.

Argumentaron que, de entrada, no quisieron recibirlo, pero fueron persuadidos por los labriegos que les imploraban con sinceridad llevárselo, poniendo con obstinación el camal en las manos de uno de ellos.

A un lado, hervía el agua a borbollones. Como desde hacía varios días no probaban granos, tanto los recién ingresados como los veteranos y jefes se mostraban alegres ya que al cabo de largo tiempo tenían la suerte de tomar una rica sopa de carne de res. Tuve la intención de ordenar que sacrificaran pronto el buey al pensar que en lugar de comida los combatientes debían tomar un vaso de sopa de menestras. Observé entonces los adornos del animal que lanzaba un triste mugido hacia el cielo, y cambié de decisión. La nariguera elaborada con esmero, la frontalera bien enrollada con una cinta de tela roja, el cencerro cobrizo, monedas de bronce: todo esto hablaba de un auténtico afecto del dueño. Reuní a los guerrilleros que trajinaban animados para sacrificarlo de inmediato y echar trozos de su carne al agua, y les dije en voz baja:

—Devolvamos el buey a su dueño.

Los que lo habían traído me miraban boquiabiertos. También otros novatos dejaron de sonreír y se ensombrecieron. Era una orden demasiado rigurosa para aquellos que desde hacía varios días combatían contra el hambre. Suspiraron y les persuadí:

“¿Por qué proponemos devolver el animal a su dueño? Porque es su incalculable bien. ¡Miren cuánto lo aprecia y ama! No cabe duda que este cencerro es valiosa herencia familiar de varias generaciones. Y es probable que las monedas de bronce sean dote de boda que su abuela había guardado en una bolsita. Nuestras madres expresan así su cariño hacia la res. Otra causa por la que debemos devolverlo es que la labor de los campesinos de Yaoshuidong depende mucho de

este animal. De sacrificarlo sin tenerlo en cuenta, alegando la sinceridad de los habitantes, ¿qué pasará entonces? El dueño del buey y sus vecinos que se beneficiaban del animal, tendrán que ocupar su puesto desde mañana mismo. ¿Cuánto sufrirán para transportar a costas las cargas y labrar con azadones o almocafres en sustitución del buey? Entonces, ¿podríamos sentirnos aliviados después de sacrificarlo? Casi todos ustedes son hijos de campesinos pobres; imagínense a sus padres que sufren sudando.”

Tal vez mis palabras les llegaron a lo vivo a los que habían traído el buey. Anegados en lágrimas, me pidieron que los castigara reconociendo su error. En lugar de sancionarlos los volvimos a enviar a Yaoshuidong para que entregaran el animal al dueño.

Por aquella época, cuando llegaban bisoños, compartía con ellos la comida y el alojamiento durante algún tiempo antes de ubicarlos en las compañías o regimientos, una vez forjados en cierta medida. Procedí así siquiera algunos días si eran pocos, unos tres, aunque me era difícil hacerlo cuando llegaban decenas. Esto me permitió conocer la situación familiar de cada uno, su nivel de preparación, caracteres y vocaciones, y adoptar medidas educativas pertinentes.

Por octubre de 1936, nuestra unidad admitió de una vez a más de diez obreros de una empresa maderera, de los cuales los tres más jóvenes quedaron a mi lado desde el instante de su ingreso.

Un día montaron la guardia y, de regreso, llenaron sus mochilas con mazorcas de maíz recogidas en la parcela de un campesino, sin permiso de éste. Y argumentaron que las querían para servírmelas en abundancia a mí que me mantenía con agua por la falta de alimentos en la unidad. Para mi sorpresa, pensaban que así cumplían su obligación moral con el Comandante pese a que incurrían en el delito de echar mano a la propiedad del pueblo.

Comprendí sus sentimientos, mas no pude aceptarlos.

—Les agradezco su atención, pero ustedes deben saber que hoy han atentado gravemente contra los bienes del pueblo. ¿Dónde existirá un mundo tan caótico en el que se pueda cargar con no menos de tres macutos de mazorcas de maíz sin el permiso de su dueño?

—Somos integrantes del Ejército que sufre por la independencia de Corea, y ¿qué valdrán tres mochilas de mazorcas? En otros tiempos, en nuestra aldea se donaron hasta prendas de oro al Ejército independentista. Si hay campesinos que se sienten disgustados por unas cuantas mazorcas, serán projaponeses.

Dijo así un bisoño avisado, en representación del trío. Los otros dos expresaron a su manera lo que pensaban, sin ningún remordimiento. Si no se corregían sus erróneas actitudes de atentar contra los intereses del pueblo bajo el pretexto de su lucha por la restauración de la patria, no se podía colegir qué emergencias o desgracias surgirían en adelante.

Más de una hora les disuadí y, hecho esto, les ordené colocar todo lo traído al borde del maizal. Un jefe de compañía los acompañó.

Transcurrieron varias horas, y no regresaban. Inquieto, fui al maizal precedido por mi ordenanza y descubrí que estaban sentados en la linde del sembrado con las mazorcas al lado.

Pregunté al jefe de compañía y me respondió que esperaban al dueño.

Los miré uno a uno; todos tenían los ojos congestionados. Esto me hizo recordar el primer párrafo del libro *Sanzijing*, que leí cuando estudiaba en la primaria de Badaogou: “Renzhichu Xingbenshan”, que significaba que el hombre nace bueno. De veras, la naturaleza del ser humano es hermosa.

Mientras caminábamos hacia el campamento, volví a aconsejarles: en adelante, amen más al pueblo, sacando una lección del suceso de hoy; si lo menospreciamos, nos dará las espaldas; no hay cosa más terrible que ser objeto de su rechazo; perder su amor es la mayor tragedia para los revolucionarios; si no disfrutamos de su cariño y respaldo, ¿en quién nos apoyaríamos para luchar?

Esa noche, se acostaron sin abrir la boca. Tomé de la mano al más joven y le pregunté por qué su mutismo y si estaba malhumorado por lo ocurrido.

—No, —contestó él—. Porque he pensado que nuestro ejército es de verdad excelente. No volveré a cometer tal error.

Y con lágrimas, juró que se forjaría como magnífico guerrillero que gozara del amor del pueblo.

No sólo en las relaciones con el pueblo se manifestaron prácticas que desprestigiaban al Ejército revolucionario.

A medida que crecía el número de efectivos, entre los jefes de regimiento y superiores hubo quienes dirigían sin acercarse a la base, ni se mezclaban bien con las masas de soldados, limitándose a emitir órdenes generales. Incluso algunos decían: ya aumentó a centenas la “familia”, así que es necesario vestir según el rango y comer y dormir por separado, de lo contrario, por un descuido, puede surgir que una democracia militar extremista impida controlar las filas.

Y entre los jefes subalternos recién promovidos se manifestaron a menudo actitudes arrogantes pensando que ocupaban cargos de alta jerarquía.

Sucedió en el otoño de 1936, cuando nuestra unidad que operaba en la zona de Changbai caminaba por la noche, desde las cercanías de Shisidaogou hacia el campamento secreto. Antes de la partida, formé la avanzada e hice algunas advertencias para la marcha. Sobre todo, subrayé la necesidad de no fumar, pues hacerlo durante el avance nocturno era igual a exponerse voluntariamente ante el enemigo. No obstante, cuando la unidad marchaba por el recoveco de una montaña, llegó, de repente, el olor al humo de un cigarrillo desde la segunda compañía que caminaba delante de la columna. No cabía duda que alguien quería aprovechar la oportunidad de un recodo que lo ocultaba de la vista de la Comandancia en la retaguardia.

Al día siguiente, cité a los jefes de compañía y les pregunté; y para mi asombro, los violadores del orden no habían sido soldados comunes, sino Ri Tu Su y Kim ThaeK Hwan, jefes de compañías. Confesaron con franqueza. Estaban habituados a comenzar cualquier trabajo liando un cigarro y encendiéndolo.

Les reproché duro:

—No les hablaré largamente de la necesidad de la prohibición de fumar. Si anoche los enemigos hubieran visto la luz del cigarrillo u oído su humo, y nos hubieran disparado por sorpresa, ¿qué habría

pasado a la unidad? Puede decirse que nuestra guerra de resistencia antijaponesa es una contienda de la voluntad y la disciplina, o sea, una seria confrontación entre la voluntad revolucionaria de liberar a la patria y la ambición agresiva de legalizar y eternizar la ocupación de otra nación. Si salimos vencedores siempre, se debe, en última instancia, a que nuestra voluntad y disciplina es más férrea que la del enemigo, y lo superamos incomparablemente en el aspecto político y moral. Entonces, ¿cuáles serían las consecuencias si en nuestras filas siguieran apareciendo los carentes de la voluntad como ustedes? Es lógico que aquel colectivo militar indisciplinado y débil de voluntad fracasase en el combate. Ustedes se consideran fumadores empedernidos, pero como tales hay muchos otros entre los guerrilleros comunes. Cuando ustedes fuman, también lo desearán. Empero, anoche, ninguno lo hizo durante la marcha. ¿Qué significa esto? Quiere decir que ustedes piensan que son personas privilegiadas. En la observación de la disciplina militar no puede existir la excepción. Mas, ustedes hicieron una excepción. Si esto se permite, significará que se les concede un privilegio a los jefes. No reconocemos ese privilegio. Si se hace, resultará que los subalternos no confiarán en sus superiores. En fin, perjudicará a la unidad entre los oficiales y los soldados, a la protección de aquellos y el amor a éstos. ¿Es grave o no el error de ustedes?

Ri Tu Su y Kim ThaeK Hwan aceptaron que por ser grave estaban listos para recibir cualquier castigo.

—Desde luego, puedo aplicárselo. Pero sería un método fácil. Les advierto sinceramente que no vuelvan a cometer el mismo error. Consideren este consejo como una sanción.

Ese día, nombré a Ri Tu Su como “jefe del cuerpo de prohibición de fumar”.

Por esa época, Ho Pom Jun, ordenanza de Kim Phyong, comisario político del regimiento, abogó por la igualdad extrema e indisciplinada entre superiores y subordinados, lo cual enturbió la atmósfera de la unidad. Se trataba de un veterano que tenía bastante edad y relativamente largo antecedente de la lucha armada. Primero,

fue mi ordenanza, pero, más tarde, se lo llevó Kim Phyon, diciendo que no era adecuado para la Comandancia por ser lento de movimiento. En su lugar, nos envió a su ordenanza Ri Kwon Haeng.

Después que pasó a actuar bajo el mando de Kim Phyon, Ho Pom Jun, levantó algunos escándalos, contestando impertinente a los jefes. Si le encomendaban la tarea de enlace, no siempre obedecía mansamente, de vez en cuando, actuaba con descortesía. No pudieron tolerar más y, por fin, informaron a la instancia superior. Si se seguía admitiendo, podría quebrantarse la camaradería entre los superiores y los inferiores y desaparecer el ambiente de proteger a los cuadros.

Teniendo bien presente algunas de las causas antes mencionadas y las nuevas circunstancias creadas en nuestro Ejército Revolucionario Popular, emitimos los “Reglamentos provisionales” de éste. Pienso que fue a finales de 1936, porque en ese tiempo Kim Ju Hyon estaba muy atareado para preparar la fiesta de Año Nuevo diciendo que era la primera en el monte Paektu y no podía desatenderla. Kim Phyon trazó un proyecto, mas no parecían tales, por lo cual lo reelaboré con 15 artículos. Le agregué el término provisional, previendo suplirlos y perfeccionarlos más tarde.

En esos reglamentos estaban expuestos en detalle el carácter y la misión de nuestro Ejército revolucionario, y las normas y reglas de conducta que los comandantes y soldados debían observar en la vida cotidiana.

Especial atención se dirigió a las relaciones entre el ejército y el pueblo, y entre los oficiales y los soldados. Prueba elocuente era el énfasis del carácter popular de nuestro Ejército revolucionario en todos los artículos del documento.

El primer artículo indicaba:

“El nuestro es el Ejército Revolucionario Popular de Corea que lucha contra el imperialismo nipón y sus lacayos, y por la restauración de la patria y la libertad y emancipación de la población”.

Y el segundo, que estipulaba el principio de su organización, definía:

“El nuestro es el auténtico ejército revolucionario del pueblo coreano, compuesto con sus mejores hijos e hijas”.

En cuanto a las relaciones entre el ejército y el pueblo, se estipulaba:

“Nuestro ejército, bien consciente de que ‘el pez no puede vivir fuera del agua’, protege y defiende la vida y los bienes del pueblo, comparte con él penas y alegrías y lucha unido con él para la restauración de la patria y la emancipación del pueblo”.

El artículo dedicado a la unidad entre los oficiales y los soldados decía:

“Los miembros de mando y los soldados de nuestro ejército observarán voluntariamente la disciplina militar y la moral pública, partiendo del espíritu de la protección a los cuadros y el amor a los soldados, y de la unidad entre unos y otros”.

Los Reglamentos provisionales también contenían artículos que estipulaban: se confiscan las propiedades del imperialismo japonés y sus lacayos para emplearlas en la guerra antijaponesa y socorrer con una parte a los habitantes pobres; el Ejército Revolucionario Popular de Corea asegura el frente común con las unidades que desean operaciones conjuntas y con las naciones y pueblos que le expresan su simpatía.

Además, definían el escalafón del Ejército Revolucionario Popular y la facultad de la Comandancia para el nombramiento y la destitución de los jefes a todos los niveles, las condiciones para ser guerrillero, los procedimientos de ingreso y retiro, y las causas de castigo, así como la bandera y símbolo del Ejército y la insignia pentagonal para la gorra.

El objetivo de los Reglamentos estaba bien claro: alcanzar infaliblemente, por nuestra cuenta, la causa histórica de la restauración de la patria, a la que tanto aspiraba el pueblo, sin provocar ningún daño a sus intereses, y con el espíritu revolucionario de apoyarse en los propios esfuerzos y de luchar con tenacidad, unidos en un solo cuerpo el pueblo y el ejército, los oficiales y los soldados.

El espíritu esencial del que estaban permeados era el amor, es

decir, constituía una regla férrea el amor al pueblo, amor a los soldados y amor a los miembros de mando.

Experimenté que la unidad entre el ejército y el pueblo y entre los oficiales y los soldados es la identidad de las ideas y los sentimientos, que no podría alcanzarse únicamente por reglas y principios, sino, al mismo tiempo, por la comunicación de sentimientos humanos que compulsan al ejército y el pueblo, a los oficiales y los soldados, a los superiores y subordinados a apreciarse y ayudarse entre sí. Esos sentimientos humanos de amor y aprecio íntimos de unos a otros devienen un fuerte adhesivo que ata con firmeza las ideas.

En este sentido, los Reglamentos provisionales del Ejército Revolucionario Popular de Corea no eran una reglamentación o un documento de ley para controlar y supervisar, sino un código, una Carta de amor, que ligaba estrechamente al ejército y el pueblo, a los oficiales y soldados con cálidos sentimientos.

Una vez dados a conocer, logramos que todos los miembros de mando y los soldados los respetaran con rigor. El resultado fue que las relaciones entre el ejército y el pueblo, entre los oficiales y los soldados, se estrechaban tanto, con tales lazos de sangre, que nadie podía cortar.

Aun en las circunstancias difíciles en que les amenazaba la muerte por el hambre y el frío, ninguno de nuestros comandantes ni soldados atentó arbitrariamente contra los bienes del pueblo. Cuando, a veces, inevitablemente debían coger siquiera unas cuantas patatas sin permiso de sus dueños, dejaron dinero que superaba varias veces su precio, junto con una carta de excusa, en el borde del sembrado o en el depósito subterráneo.

Y en los caseríos, pensaban primero en ayudar a sus pobladores y nunca en ser convidados.

No puedo olvidar lo ocurrido cuando nuestra unidad permanecía en una aldea de Ershidaogou, del distrito Changbai.

Me albergué en una pequeña choza que parecía la más pobre de la aldea. El matrimonio, de más de 60 años, vivía criando con toda devoción a un nieto. Contaron que su hijo había muerto mientras

conducía una almadía y su nuera por tifoidea. Por falta de brazos fuertes la paja del techo estaba podrida y goteaba el agua de lluvia, y el poyo derrumbado, lo cual nos daba la impresión mísera de que era un hogar inhabitado. El día de nuestra llegada, mis ordenanzas y yo subimos al monte trasero y recogimos unas diez haces de heno con las que revestimos el techo, así como reparamos el poyo.

Avanzada la noche, oí el aletear de aves y miré hacia afuera inquieto por que una comadreja pudiera cazarlas. Descubrí que el viejo, iluminado por la tea que su esposa tenía en la mano, las sacaba del gallinero. Le pregunté por qué lo hacía a aquellas horas, a lo que contestó que tenía una necesidad urgente. En la jaula había sólo tres, y sacaron dos, un gallo y una gallina bien cebada que por el día la habíamos visto cacarear un buen rato después de haber puesto un huevo. El anciano los ató por las patas con una cuerda, dejó la gallina en la cocina y, llevando el gallo bajo el brazo, salió por la cancilla. Lo seguía la vieja, no sabíamos porqué. No regresaron hasta después de pasadas dos o tres horas.

Sentado sobre el poyo, esperé que volvieran. Regresaron desanimados llevando el gallo.

—Abuelo, —pregunté—, ¿de dónde viene ahora?

—¡Bah!, hemos recorrido todas las casas de la aldea, que son como cincuenta —respondió el viejo, dejando el ave sobre el poyo.

No acababa de comprender; volví a inquirir por qué ese trajín así por la noche.

—Oí decir que tu comandante es Kim Il Sung. Quisimos encontrar su alojamiento, pero hemos fracasado.

—¿Por qué quieren buscarlo?

—Para hablarle de vuestra conducta virtuosa y expresarle nuestra profunda reverencia. ¿Piensas que debemos permanecer cruzados de brazos como objeto de vuestro favor? Deseamos ofrecer aunque sea un gallo, pero...

El anciano había ido primero a la mansión del terrateniente que vivía en la aldea de arriba. Infirió que el comandante se alojaba indudablemente en la casa más grande del caserío. Luego, buscó en

la del mayordomo, segunda en tamaño en la aldea. Por fin, recorrió, sin omitir, todas las demás. Dijo esto, refunfuñando que toda la aldea lo despreciaba por desamparado y pobre.

—Francamente, ¿cómo podíamos presentarnos con aspecto miserable ante el comandante? A pesar de todo, eso es un exceso. Incluso algunos se burlaron, diciendo que yo buscaba a quien estaba en mi casa. Mira, te pregunto, ¿dónde se aloja tu jefe?

No cabía duda de que él, pese al recorrido por toda la aldea, ni siquiera se imaginaba que quien buscaba se alojaba en su casa. Al ver su angustia, le dije quién era yo. Pero no confió en mis palabras. Argumentó que no podía ser.

Y expresó con gran disgusto: si cuando el Ejército independentista frecuentaba la aldea, hasta el jefe de compañía se hospedó en la casa más grande y organizó un festín con carne de res expresamente sacrificada, ¿cómo podría alojarse el comandante en un hogar tan sucio como el mío?; ¿cómo el señor comandante podría revestir la techumbre, reparar el poyo y comer con gusto la gacha de sorgo?; claro está que tú también nos menosprecias y quieres ocultar el paradero de tu comandante.

Sólo al otro día reconoció la verdad al escuchar a mi ordenanza. El matrimonio quiso sacrificar el gallo, a duras penas se lo prohibimos y abandonamos la aldea. Hechos similares no surgieron sólo en dos o tres ocasiones.

Los Reglamentos provisionales del Ejército Revolucionario Popular de Corea mostraron una vitalidad verdaderamente grande en el afianzamiento de las relaciones de unidad entre el ejército y el pueblo.

Si no hubiéramos implantado estrictamente en el seno de las filas el espíritu de amar y servir al pueblo, no habríamos vencido múltiples contratiempos, renunciando a medio camino a la revolución, en esos días de severas pruebas en que el destino del Ejército Revolucionario Popular y nuestra existencia misma estaban amenazados constantemente.

Después de puestos en vigencia dichos Reglamentos, también se observó un cambio en la unidad entre los oficiales y los soldados.

Los jefes se habituaban a compartir penas y alegrías con los soldados. Cuando éstos comían gachas o dormían sobre hojarascas que cubrían la nieve, ellos hacían lo mismo.

Todos, desde el comandante hasta el jefe de sección, se oponían con rigor a la “olla pequeña”.

Los términos “olla grande” y “olla pequeña” nacieron del ejército del Guomindang de Chiang Kai-shek. En esta hueste, quien fuera promovido como oficial, consideraba natural recibir manjares preparados en una “olla pequeña”, no en la grande para los soldados. Distinguir al superior del subordinado para absolutizar el mejor trato al primero y la opresión al segundo, era práctica rigurosa en el ejército japonés. Si apenas ascendía a cabo, uno podía aplicar caprichosamente a sus subalternos salvajes castigos y sanciones como lamerle las plantas de los pies o las suelas de los zapatos.

En nuestro Ejército Revolucionario Popular de Corea nunca se permitió la “olla pequeña”. Si se hubiera admitido, lógicamente habría surgido una capa privilegiada, con trato especial acompañado con manjares, lo cual, inevitablemente, quebrantaría el vínculo entre ella y las amplias masas de soldados que comían en común lo preparado en la “olla grande”. Si claman de la boca hacia afuera por la igualdad para todos, pero si se distinguen de otros en la comida y así fomentan desigualdad, ¿quién apoyará y seguirá a esos hipócritas?

Consideramos como regla férrea que todos los miembros de mando, sin distinción de su jerarquía, en cualquier momento y lugar, en cualquier circunstancia, tomaran, junto con los soldados comunes, la comida preparada en una misma olla. Fue norma de disciplina y ética inviolable del Ejército Revolucionario Popular.

Como todos eran iguales a la hora de comer, vestir y alojarse, se dieron muchos casos en que los jefes, obligados a atender a sus subalternos, estaban en peores condiciones.

También ahora nos oponemos a la “olla pequeña”. Aunque surgió hace mucho, en no pocos restaurantes de la capital y de las localidades se instalaron aparte reservados donde servían comidas especiales a los cuadros. Pese a reiteradas advertencias desde el

Centro, personal del sector de servicios se obstinó en mantener esa “olla pequeña”. Resultó que se fomentó el privilegio entre los funcionarios carentes de espíritu popular.

Algunos de ellos desearon recibir un trato distinguido, considerando natural la invitación por sus subalternos al reservado o al salón de protocolo.

Repito que nos oponemos a la “olla pequeña”. Porque con ella pueden surgir toda clase de “fantasmas”. De ahí solo nace la idea capitalista. Si se permite, se quiebra el lazo entre el Partido y el resto de las masas, y puede mermar la convicción en el socialismo. Si el socialismo a nuestro estilo se mantiene sano y firme es, principalmente, por que el Partido no se ha burocratizado y no hemos admitido la “olla pequeña”.

Las políticas del Partido del Trabajo de Corea se basan, sin excepción, en el carácter popular, agente principal que rige la naturaleza de él, de nuestro Ejército y nuestro Estado. Nuestra experiencia comprobó la verdad de que son invencibles el partido y el ejército que lo toman como modo fundamental de su existencia. Servir sólo a una minoría de privilegiados no sólo no es humanitarismo, sino una expresión abierta del carácter antipopular.

En el ejército capitalista no existen ni pueden existir las auténticas relaciones entre éste y el resto del pueblo, entre los compañeros y entre los superiores y los inferiores, sino, únicamente, la coerción, el engaño, el antagonismo, el enfrentamiento, la obediencia y confianza ciegas. Es triste que en los ejércitos imperialistas no sea fácil descubrir el bello mundo propio del ser humano donde los soldados se ayudan y aprecian unos a otros.

“¡Ser el primero en comer! ¡Si no te como, tú me tragarás!” esta es la filosofía de la vida que los oficiales del ejército capitalista predicaban. Define que todo lo que no sea yo es enemigo y objeto de tragar. Según se dice, en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial los soldados del ejército japonés que se encontraban en el frente de Nueva Guinea devoraban otras personas, cuando se agotaban los alimentos.

También hoy, entre los soldados de los ejércitos de las naciones capitalistas se fomenta el modo de existencia salvaje “¿tú o yo?”.

La tradición de la unidad entre el ejército y el resto del pueblo, entre los oficiales y los soldados, solidificada en el curso de la aplicación de los Reglamentos provisionales del Ejército Revolucionario Popular de Corea, hoy se lleva adelante y desarrolla más plenamente gracias a la acertada dirección de nuestro Partido.

Los miembros de nuestro Ejército Popular consideran como su mayor alegría amar y ayudar a su pueblo. Asistir el ejército al pueblo, y viceversa, constituye un fenómeno ordinario que se puede ver en cualquier lugar del país.

Como todos leen y ven con frecuencia en los periódicos y en las pantallas del televisor, nuestras muchachas se casan voluntariamente con soldados de honor heridos en los puestos de defensa de la patria, para servirles como ojos, brazos o piernas.

Me produce una satisfacción inmensa ver los ejemplos de la unidad entre el ejército y el resto del pueblo que se multiplican con el paso del tiempo.

Se consolida, además, la tradición de la unidad entre los oficiales y los soldados.

En la actualidad, aquéllos aprecian y atienden a éstos como a sus propios hijos o hermanos. Hay muchos comandantes héroes que entregaron su vida para salvar a sus soldados. Estos llaman como hermanos y hermanas mayores a los jefes e instructores políticos de compañía. Así son de estrechos los vínculos entre los superiores y los subalternos en las compañías, principales unidades de combate del Ejército Popular.

Nuestro país cuenta con una poderosa arma de la que merece enorgullecerse con todo derecho ante el mundo, la cual es, precisamente, la unidad entre el ejército y el resto del pueblo, entre los oficiales y los soldados.

Esta gran arma no puede fabricarse por ninguna ciencia ni técnica militar; es fruto, sino, únicamente, del amor auténtico.

## **7. Certificado de garantía de buen ciudadano**

Fue en marzo de 1937, en vísperas de la reunión de Xigang, cuando mandamos a Kim Jong Suk a Taoquanli.

Aquel año, de todas partes nos solicitaban más hombres. Lo hacían por igual Ri Je Sun, Pak Tal, Kwon Yong Byok y Kim Jae Su. Respuesta a una de esas peticiones fue el envío de Kim Jong Suk a Taoquanli.

Si la línea secreta que entrelazaba a Xinxingcun, de Ri Je Sun, con la aldea Khunungdeng-i, de Pak Tal, servía de vía para ampliar nuestra red de organizaciones clandestinas a toda la provincia Hamgyong del Norte y la zona este de la Hamgyong del Sur, puede decirse que la que ligaba a Taoquanli con Sinpha constituía un corredor para extenderla hacia las zonas oeste y sur de la provincia Hamgyong del Sur y otras regiones del interior del país. Taoquanli, una aldea en la parte central de la zona de Xiagangqu, en el distrito Changbai, podía servir de punto de apoyo básico, tanto para ramificar la ARP no sólo hacia Xiagangqu sino también hacia extensos territorios de Manchuria del Sur, incluyendo el distrito Linjiang, como para mantener contactos con esas redes.

Sinpha, situado frente por frente a Taoquanli, tenía una posición favorable para establecer vínculos con la zona industrial de Hungnam, donde se concentraba una multitud de obreros de nuestro país y podía convertirse en base ideal para llevar los hilos de nuestra red hasta zonas sureñas de la costa oriental y la profundidad de las regiones interiores.

Atribuimos importancia especial a Sinpha porque descubrimos allí la posibilidad de alistar, relativamente fácil, el corredor para la línea clandestina del interior del país.

En Sinpha estaba Jang Hae U (Jang Hyo Ik). Entre los hombres

que habían visitado nuestro campamento secreto algunos dijeron que desde su salida de la prisión parecía haber descendido a un simple pequeño propietario. La opinión no pasaba de ser un juicio subjetivo de gente extraña que desconocía las cosas internas del mundo clandestino de Sinpha. Por los informes de Kwon Yong Byok yo sabía que, lejos de degenerar en un pequeño propietario, estaba participando en la revolución y que ya tenía contactos con Kim Jae Su.

Jang Hae U se granjeaba el amor de los independentistas. En estrecha relación con mi padre, viajaba con frecuencia a Primorie, donde se concentraban numerosos independentistas y otros exiliados. En esas ocasiones, pasaba una o dos noches en nuestra casa. Todavía recuerdo cómo mi padre lo invitaba a comer y beber.

Sabía que a mitad de la década de 1920 fue detenido y encarcelado por haberse involucrado en el movimiento independentista, pero hasta después de la liberación del país no pude conocer a cuántos años de prisión había sido condenado y cómo pasó del movimiento nacionalista al comunista. Me enteré que en el juicio fue sentenciado a 7 años, y por la “gracia” dispensada en ocasión de la coronación del emperador Showa fue liberado a los 2 años.

De todas maneras, resultó un buen síntoma para nuestro trabajo posterior el hecho de que en Sinpha viviera Jang Hae U, poseedor de ricas experiencias en el movimiento revolucionario y estrechamente relacionado conmigo por lazos de amistad. Según averiguamos después por medio de la organización clandestina de Taoquanli, parecía que internamente seguía siendo como antes aunque el carácter se le había transformado algo. Si lográbamos entendernos con él, podía abrirse un seguro corredor hacia el interior del país.

¿A quién enviar a trabajar con Jang Hae U? ¿Quién podría allanar relativamente fácil esa prometedora vía?

Kim Phyong y yo nos devanamos los sesos para seleccionar al candidato apropiado. Kim Phyong, comisario político del séptimo regimiento, se ocupaba a la vez de la tarea secreta de enviar trabajadores políticos.

Una noche en que neviscaba, lo llamé al lado de una hoguera del vivaque. Estábamos en marcha hacia el norte, en dirección al campamento secreto de Yangmudingzi, del distrito Fusong, cruzando por el paso Duoguling. Su cara enjuta parecía mucho más demacrada a consecuencia de los innumerables combates y la marcha bajo una gran nevada.

—¿Por fin encontró al allanador del corredor de Sinpha?

Le repetí la pregunta que le había hecho algunos días antes. Aquella vez no pudo darme una respuesta segura y satisfactoria. Pero, ahora en sus labios aparecía una expresión de seguridad:

—Sí, lo he encontrado. En mi opinión, la persona más apropiada es “Jong Suk la de Negro”.

La coincidencia me sorprendió porque yo también pensaba precisamente en ella.

“Jong Suk la de Negro” era el apodo de Kim Jong Suk. En nuestra unidad había no menos de tres guerrilleras que se llamaban igual. Sus nombres completos eran Jang Jong Suk, Pak Jong Suk y Kim Jong Suk. A menudo ocurría que si alguien llamaba “compañero Jong Suk”, las tres contestaban a la vez “estoy aquí”. Tales escenas provocaban de vez en cuando alegres risas, pero no se excluían casos de inconvenientes y confusiones. Por eso, sus compañeros añadieron a sus nombres algo que las distinguiera: “Jong Suk la Resolladora”, “Jong Suk la de Azul” y “Jong Suk la de Negro”.

“Jong Suk la Resolladora”, apodo de Jang Jong Suk, se originó de su característica de respirar entrecortadamente cuando trabajaba o caminaba. Hubo combatientes que opinaban que era por sus movimientos enérgicos y animados, pero creo que se tuvo en cuenta ambas cosas. A Pak Jong Suk le pusieron “Jong Suk la de Azul” porque al ingresar en la guerrilla vestía una falda de color azul. “Jong Suk la de Negro”, apodo de Kim Jong Suk, tenía una historia parecida. Ella también se ponía siempre una falda negra, la única que poseía, tanto cuando estaba en la zona guerrillera como cuando entró en el Ejército revolucionario.

Como quería saber el motivo por el que Kim Phyong eligiera a Kim Jong Suk como la persona indicada, le hice una pregunta tanteante:

—¿Será capaz de asumir la pesada tarea de preparar el terreno en Sinpha?

—Cuando yo trabajaba en el partido en Badaogou, en el distrito Yanji, ella se ocupó de las actividades de la juventud comunista bajo mi dirección. Es irreprochable en cualquier trabajo. Como usted también sabe, tiene, además, experiencia en la labor política en la compañía femenina. No sé qué dirá ella...

Yo estaba de acuerdo con esa opinión. Esto no quería decir que ya entonces conocía a la perfección la persona de Kim Jong Suk. Apenas un año atrás había sido transferida a nuestra unidad. En distintos lugares sufrimos la vida de los sin patria y por distintas vías nos arrojamos a la revolución. Oí por primera vez su nombre en Macun, de Xiaowangqing. Desde Beidong, en Wangyugou, había llegado a Wangqing un grupo artístico infantil y en boca de sus integrantes que gorjeaban como gorriones, escuché alguna que otra vez su nombre junto con el de Yun Pyong Do. Aquellos seres tan pequeñitos como mariposas, tenían una formidable apreciación de su instructora. Ri Sun Hui, quien en el distrito Yanji fuera jefa del departamento infantil hasta que viniera al distrito Wangqing transferida al mismo cargo, la recordaba a menudo. A veces, también Yun Pyong Do hablaba de ella. Así fue como memoricé “Jong Suk”, nombre tan corriente que en cualquier aldea había infaliblemente una o dos personas que se llamaban así. Al sintetizar las opiniones acerca de Kim Jong Suk pude darme cuenta de que era una muchacha muy audaz y perseverante, a la vez que de buen corazón y extraordinariamente piadosa. A eso se reducía a grandes rasgos lo que sabía de ella en el período de Wangqing.

Cuando el grupo artístico del Cuerpo Infantil del distrito Yanji estuvo en Wangqing les envié 40 pañoletas rojas. Según me dijeron, al recibir aquel regalo Kim Jong Suk, que por entonces se desempeñaba simultáneamente como miembro del comité de la

juventud comunista en la octava zona y jefa de aquel colectivo artístico, se emocionó sobremanera.

De entre los integrantes de la compañía No.4 que permanecieron en el campamento secreto de Maanshan, ella fue la única persona a quien los elementos izquierdistas no se atrevieron a ponerle la etiqueta de “minsaengdan”. No obstante, la destinaron a la compañía de sospechosos cuyos miembros se consideraban implicados en la “Minsaengdan”. Debían haber pensado, injustamente, que, como coreana, tenía que estar junto con compatriotas con ‘culpas’, sin importar si las tenía o no.

Kim Jong Suk aceptó sin objeciones esa desagradable disposición. Estaba dispuesta a compartir la vida o la muerte junto con los compañeros de armas acusados sin razón.

Durmió y comió en el mismo local que los presuntos “minsaengdan”, y no lo consideró una humillación.

A través de la vida, llegué a saber la razón por la cual esa guerrillera corriente, nada sobresaliente en el aspecto exterior y de menudo cuerpo, disfrutó del cariño de toda la compañía.

Kim Jong Suk vivía no para sí misma sino para los demás. La entrega total a favor de otros la caracterizaba y distinguía su trayectoria. Siempre se sacrificaba a sí misma en beneficio de otros. De su ración de comida separaba una parte para ceder a algún compañero corpulento o a un guerrillero joven. Supongo que quien se benefició más de la porción quitada de su ración fue un jovencito con cabellos rizados de la primera sección de la compañía No.4, amigo de Ki Song, hermano menor de ella. Cuando todos dormían, Kim Jong Suk remendaba las ropas y los zapatos de los guerrilleros.

Consagración a los compañeros y a la causa común constituía la médula de su carácter, el encanto de su persona.

Por boca de Rim Chun Chu, Kim Jong Phil, Pak Su Hwan y otros guerrilleros naturales de Yanji había oído repetidas veces que en el período en que la tormenta “antiminsaengdan” arrasaba toda Manchuria del Este, los presuntos implicados que estuvieron encerrados en Lingdiying, pudieron sobrevivir, sin morir de hambre,

gracias a una jovencita que todos los días les llevó a escondidas alimentos. Decían que era precisamente Kim Jong Suk. Si se descubría, podía ser también acusada de “minsaengdan”.

La vi por primera vez en la zona guerrillera de Sandaowan, pero fue en Manjiang, en la primavera de 1936, donde pude conocer en detalle sus antecedentes y el infortunio de su familia. Un día, aliviado por haber terminado la redacción del informe que iba a leer en la reunión de Donggang, inspeccioné los puestos de vigilancia y me acerqué a la ribera del arroyo, donde oí que alguien cantaba con una voz argentina, dejando un eco nostálgico. Me dirigí hacia la parte superior del arroyo y vi que en medio de un saucedal dos guerrilleras estaban enjuagando ropas. Una de ellas era Kim Jong Suk.

En esa ocasión supe que había nacido en Hoeryong, en la provincia Hamgyong del Norte, y que cuando tenía 5 ó 6 años toda su familia había abandonado la tierra natal y marchado a Manchuria.

La gente de Hoeryong dice con orgullo que su tierra es uno de los sitios más bellos de la provincia. Plaza fuerte de larga historia, conocida como una de las 6 fortalezas, en el período de la Revolución Antijaponesa estaba señalada acentuadamente en nuestro mapa de operaciones como un nudo estratégico militar donde se hallaban el cuartel del 75 regimiento de la décimonovena división de Ranam, y una unidad de aviación del ejército japonés.

Hoy día, sus habitantes consideran una gloria que de allí sean Ra Un Gyu, un talento del cine, y el renombrado poeta Jo Ki Chon. Asimismo, hablan con dignidad de que son la cuna de los famosos albaricoques blancos. Los que visitan Hoeryong en la primavera, cuando toda la tierra se cubre de flores, encuentran la ciudad en medio de un verdadero mar de flores de albaricoque blanco.

Pero, Kim Jong Suk vivió sólo unos cuantos años en su tan bella tierra natal. Cuando comenzó a tener uso de razón, ante sus ojos aparecieron las rudas montañas de Jiandao del Norte, donde correteaban los bandoleros levantando nubes de polvo.

Los padres, hermanos y hermanas murieron sucesivamente. Su padre fue un independentista. Al caer en manos de los enemigos fue

salvajemente torturado y por vivir mucho tiempo a la intemperie tuvo un grave sabañón. Como consecuencia, quedó quebrantada su salud y falleció temprano. Llegado al borde del precipicio de su desafortunada existencia rogó a Jong Suk que abriera las ventanas. Mojando con lágrimas los rabillos de los ojos estropeados trató de mirar el cielo sureño.

“Quería que cuando muriera, me enterraran en Corea, convertirme en tierra coreana si en tierra debía convertirme. Pero, presiento que no se podrá realizar ni siquiera este deseo. En ninguna parte debes olvidar ni a tu tierra natal ni a Corea. Y lucha en aras de Corea.”

El año en que ella cumplía 15 años, los agresores que habían sumergido todo Jiandao en un mar de sangre, irrumpieron en Fuyandong, dieron fuego a la aldea y asesinaron horriblemente a su madre y a la cuñada. Esta dejó un hijo, todavía un bebé. Desde entonces, Jong Suk se vio obligada a mendigar leche materna. Con el sobrino lloriqueando de hambre en los brazos anduvo varias veces al día por las casas e incluso iba hasta la aldea vecina caminando más de 4 kilómetros.

Tuvo que separarse forzosamente del niño a quien criaba con tanto cariño. Cuando iba a partir hacia una zona guerrillera, su hermano Kim Ki Jun, que debía ir a la mina de Badaogou con una misión clandestina, se lo quitó a la fuerza. Ella estaba decidida a llevarlo hasta la zona guerrillera, mas el hermano no lo permitió. Aplazó entonces su partida para otro día.

Esa madrugada la aldea fue sorprendida por una tropa de “castigo”. Al oír los disparos, cargó al niño y sin más ni más subió a un monte. Pensaba ir de allí hacia la zona guerrillera. Pero el hermano se le acercó corriendo, jadeante, y la recriminó porque no estaba plenamente dispuesta a hacer la revolución. Le dijo que si quería participar debía pensar primero en la revolución, que pensando en sus familiares era difícil hacerla. Y que podía dejar de preocuparse por el sobrino.

Después él cogió entre sus brazos al niño que lloraba y sin volver la vista bajó hacia el valle. Aunque le habló a su hermana en

términos severos, con seguridad se fue llorando, razón por la cual no pudo mirar hacia ella. Aquella separación de los hermanos fue para siempre.

Kim Jong Suk no volvió a ver ni a su hermano ni tampoco al sobrino. El primero cayó preso mientras desarrollaba actividades clandestinas en la mina y murió a consecuencia de las torturas, y del niño no supo ni su paradero, desapareció como un pajarito en medio de una densa neblina. Su hermano menor Ki Song, único ser carnal que le quedaba vivo, cayó alcanzado por una odiosa bala mientras que para salvar a los habitantes de Cangcaicun, los cuales se trasladaban de Fuyandong a la zona guerrillera de Sandaowan, con el clarinete daba el toque del Cuerpo Infantil para atraer hacia sí a los enemigos que los perseguían.

Aun después de liberado el país Kim Jong Suk lloraba cada vez que pensaba en su hermanito y si veía por las calles a adolescentes de unos 10 años de edad suspiraba disimuladamente diciendo para sí misma que si su sobrino hubiera vivido, habría crecido como esos niños.

Después de conversar con Kim Phyong la llamé a la Comandancia.

—Por conducto de enlaces el compañero Kim Jae Su nos ha pedido varias veces que le enviemos más personas hábiles en actividades clandestinas. El es un hombre ágil y veterano en esta labor, pero, suponemos que encara muchas dificultades porque su área de acción es muy extensa. Está muy ansioso pues no logra impulsar, en particular, la labor con las mujeres. Dicen que para incorporarlas en las organizaciones clandestinas es preciso trabajar bien con los viejos que las controlan, lo que no es nada fácil. Usted, compañera, se establecerá en Taoquanli y desde allí dirigirá el trabajo con las mujeres de la zona de Xiagangqu y, al mismo tiempo, ayudará con celo en las actividades al compañero Kim Jae Su. Después de reforzar la labor en esa zona cruzará el río para asentarse en Sinpha y crear, en unión de Jang Hae U, una poderosa organización clandestina en la región de Samsu. E irá extendiendo con rapidez la red de la ARP a Hungnam, Hamhung, Pukchong,

Tanchon, Songjin, Wonsan y a otras ciudades industriales, aldeas y poblados de pescadores de la costa este. Las actividades para formar agrupaciones secretas dentro del país resultan mucho más peligrosas y difíciles que el trabajo con las masas en Changbai que está bajo la protección del Ejército Revolucionario Popular. Actúe con suma cautela. Confiamos en que usted es capaz de cumplir exitosamente esta difícil misión. Cada vez que tropiece con dificultades, debe apoyarse en los compañeros y el pueblo.

Esto fue parte de lo que le dije al enviarla a Taoquanli.

En esa zona, desde el tardío verano de 1936 estaba tendida nuestra línea de acción clandestina. Cuando las noticias de los Juegos Olímpicos de Berlín llegaban hasta el remoto Taoquanli, según nos contó Jong Tong Chol, en Xiagangqu apareció un desconocido “jugador”, llamado Kim Won Dal, y comenzó a andar entre los jóvenes sembrando entre ellos esa afición. Pero, lo que él solía decir a los jugadores era que en las Olimpiadas, en maratón los coreanos habían ocupado el primer y tercer lugar, aunque en la ceremonia de premiación se izó la bandera de Japón.

Ese joven “fullero”, de baja estatura, ágil de movimientos e inteligente, era nuestro trabajador político Kim Jae Su. Tenía singulares antecedentes de lucha, parecidos a los de los personajes de las novelas de aventuras.

Primer presidente del soviét de Wangyugou, secretario del comité del partido en el distrito Yanji, jefe del departamento de organización del comité especial del partido en Manchuria del Este ... su curriculum vitae de la primera parte de la década de 1930 se podía resumir así en unas cuantas palabras.

Pese a ello, su trayectoria, que venía siendo llana, por poco se trastorna por completo a causa de un contratiempo. Cuando el comité especial del partido en Manchuria del Este se trasladó a Luozigou, Kim Jae Su, junto con Zhu Ming, otro miembro de este comité, cayó en las garras enemigas y fue llevado a la gendarmería. A los dos les hicieron firmar actas de abdicación y les dieron tareas obligándoles a ayudarles. Les advirtieron: “No digan a nadie que fueron detenidos

por nosotros. Sigán trabajando en el comité especial y formando organizaciones revolucionarias. No nos interesaremos por eso. Sólo nos entregarán regularmente la lista de los nuevos miembros. Con esto estaremos contentos”.

Los enemigos gritaron de júbilo por la abdicación de dos cuadros del comité especial, pero Kim Jae Su sólo fingió hacerlo y jurarlo para poder volver a la revolución. Logró arrebatarse a los enemigos documentos secretos y dinero para actividades y se fue al comité especial del partido en Manchuria del Este, donde informó con franqueza todo lo que le había ocurrido. Zhu Ming que apareció tarde ante el comité especial, mintió tal como le habían indicado los enemigos. Naturalmente fue castigado como merecía.

Perdonaron a Kim Jae Su, pero lo excluyeron del partido. Quedó muerto tanto política como moralmente. En un instante perdió todo, expulsado de la lucha. Solo, se retiró a un remoto poblado montañoso, donde se debatió en un angustioso estado, arrepentido de haber abjurado, aunque en falso, lo que era peor que la muerte. Entre los revolucionarios, que consideraban como mayor honor y suprema virtud conservar inalterables la fe y voluntad del comunista, y su pureza espiritual y moral en cualquier situación adversa, también el falso juramento de abdicación se trataba oficialmente como un delito imperdonable. Porque esto significaba facilitar a los enemigos pretextos para su contrapropaganda y a los verdaderos renegados los antecedentes de la traición y motivos para justificar sus actos. Realmente no es nada loable abjurar ante los enemigos, pese a que no haya cambios en la conciencia y entereza del revolucionario.

Kim Jae Su violó las nobles normas de la moral del revolucionario porque pensó simplemente que le bastaba con salvarse engañando a los enemigos y seguir participando en la revolución. En medio de su angustia se enteró de que en Maanshan habíamos arrojado al fuego los documentos de “minsaengdan” y anulado los “crímenes” que acusaban a más de 100 personas. Vino a verme y expresó su deseo de demostrar en la lucha práctica su honestidad.

Dándose con el puño en el pecho me suplicó:

—O me injusticia o me deja vivo, esto lo decide usted. Pero yo quiero hacer la revolución. No puedo resistir más la situación actual.

Yo creí en Kim Jae Su. Por eso, lo envié en dirección a Xiagangqu, en el distrito Changbai con la tarea de realizar actividades clandestinas. Estaba seguro de que nunca volvería a manchar su vida. El haber sido sincero ante la organización era una prueba patente de que conservaba la conciencia revolucionaria. Yo confiaba precisamente en esta conciencia suya. Llevado por un estrecho pensamiento una vez había jurado en falso su abdicación, pero como comprendió y experimentó cuán deshonroso había sido su acto, resultaba claro que prefería la muerte a escoger de nuevo ese camino bochornoso. Bajo un seudónimo penetró en Taoquanli pasando por Tianshangshui. De inicio, se dedicó a “jugar” para conocer a Jong Tong Chol, Kim Tu Won y Kim Hyok Chol (Kim Pyong Guk), que le fueron presentados como personas de confianza por Ri Yong Sul, jefe de la organización zonal de la ARP en Tianshangshui. En Xiagangqu y en sus contornos no había nadie que jugara tan bien como él. Cada vez que lo hacía se ponía manguitos y con movimientos relampagueantes metía y sacaba las cartas de ellos, engañando a todos. Si le salían *kabo o jangtang* (Cartas con valores mayores en el juego de azar tradicional. —N. del Tr.), canturreaba con una voz perezosa la *canción de Orang*.

Los viejos, que no podían saber su oculta intención, se escandalizaron porque ese Kim Won Dal, todo un vagabundo, estaba corrompiendo a los jóvenes, pero, mientras tanto, en el círculo de jugadores nacía una organización. Con posterioridad, ésta se convirtió en núcleo del comité de la ARP en Xiagangqu. Gracias a su entusiasta labor, hasta principios de 1937 surgieron organizaciones de la ARP en casi todas las aldeas de Xiagangqu, teniendo como centro a Taoquanli, y más tarde se fundaron también guerrillas de producción.

El lugar donde Kim Jong Suk tuvo el primer contacto con Kim Jae Su fue el hogar de Ri Yong Sul, que los moradores de Tianshangshui llamaban la “casa del fondo del valle”. Era una familia raramente numerosa: bajo el mismo techo vivían 8 hermanos

y hermanas. En esa vivienda se organizó la zonal de la ARP en Tianshangshui y como su jefe actuó el cuarto hermano: Ri Yong Sul.

Esa casa nos hizo muchos favores. Numerosos compañeros que iban a actuar en diferentes regiones, pasaban por allí, donde eran objeto de generosas atenciones. Yo también estuve tres veces, entre finales de 1936 y el verano de 1937, y la primera me quedé tres días. Vivían con escasez cultivando tierras artigadas, pero eran muy hospitalarios.

A ruego de Kim Jae Su, el mayor de los hermanos de Ri Yong Sul grabó dos cuños de nuestra unidad, los cuales se utilizaron durante mucho tiempo.

Hospedada en la “casa del fondo del valle” durante casi 15 días, Kim Jong Suk prestó ayuda al trabajo de la zonal de la ARP y, al mismo tiempo, disfrazada de paisana, se preparó para comenzar a actuar.

Después de adoptar el seudónimo de Om Ok Sun y hacerse pasar como integrante de una familia inmigrante procedente de Musan, se fue a Taoquanlí.

Apareció ante los moradores vestida de *jogori* de color púrpuro, *chima* de fina lana azul oscuro y largos *poson*. La llamaban “niña de la casa de Musan”, pues en las provincias de Hamgyong se les decía niña a las mujeres jóvenes.

Taoquanli era un poblado montañoso, a unos 12 kilómetros del río que pasaba frente a Sinpha. Según la explicación de Wi In Chan, quien vivió allí durante más de 20 años, desde su nacimiento, los primeros que habitaron esa región fueron independentistas que vinieron de Corea a raíz de la “anexión de Corea a Japón”.

Hasta los comienzos de 1930 estuvo bajo la influencia de las tropas independentistas.

Y, a partir de que los precursores que habían participado en el movimiento de asociaciones de campesinos emigraron en masa, en Taoquanli y sus contornos empezó a prevalecer la corriente ideológica comunista.

Desde la segunda mitad de 1936, pequeños destacamentos del

ERPC que aparecieron con frecuencia por esos lugares cultivaron el espíritu revolucionario entre los habitantes. Su región se cubrió de organizaciones de la ARP.

En medio de frecuentes visitas del Ejército Revolucionario Popular y sus victoriosas acciones, se redoblaron el ánimo e ímpetu combativo de los habitantes, y, en lógico contraste, los enemigos se sobrecogieron de pánico.

El siguiente episodio muestra el estado de su pavor:

Delante de la escuela de Taoquanli había un manantial. El agua era tan fría que aun en los bochornosos días de verano uno sentía que los dientes se enfrían. Al oír hablar de la excelente agua de aquella fuente, los policías japoneses trataron de encontrar la causa. La pesaron y vieron que pesaba más que la común.

—Gracias a esta agua los muy condenados habitantes de Taoquanli son muy avispados con los ojos negros y brillantes. Todos son guerrilleros.

Y quisieron hacer desaparecer el manantial.

Al recibir la noticia, el alcalde Jong Tong Chol les dijo:

—Esta agua la beben los guerrilleros cuando pasan por aquí. Si se enteran de la desaparición del manantial, ¿no les pedirán cuentas?

Los enemigos no se atrevieron a hacerlo.

En resumen, Taoquanli tenía un buen terreno de masas y poderosas fuerzas revolucionarias.

Por el día, Kim Jong Suk estaba muy ocupada en faenas del campo, y por la noche hacía visitas para familiarizarse con los vecinos del poblado. Después de conocerlos, memorizó sus nombres y los de sus hogares que se denominaban casa de Pukchong, casa de Kapsan, casa de Hungnam y así por el estilo. Más tarde, contó que en una semana aprendió de memoria todos los nombres de los vecinos y de sus casas.

Kim Jong Suk consideró eso, al parecer insignificante, como el primer paso para vincularse con el pueblo.

Al regresar después de concluir su actividad en Taoquanli, dijo a Kim Phyoung:

—Los maestros lo primero que hacen después de ser destinados a determinadas clases, es tener delante la lista y familiarizarse con los nombres de los alumnos. Porque así pueden compenetrarse con ellos. Pienso que sucede lo mismo con los trabajadores políticos. Sin conocer los nombres uno no puede entrar entre el pueblo.

Ella procedió tal como se lo indicó la Comandancia: se acercó a las mujeres, con afán, dándole atención principal al trabajo con ellas. Hasta entonces, las de Taoquanli no tenían su organización. En su mayoría se encerraban en el mundo de los quehaceres domésticos, por lo cual no sabían nada de lo que ocurría afuera. Además, los viejos les restringían severamente la libertad. Si alguna que otra se acercaba siquiera a la puerta de la escuela nocturna con el deseo de aprender a leer y escribir, las personas viejas armaban un escándalo como si ocurriera algo grave.

Kim Jong Suk comprendió que la llave para impulsar el proceso de concientización revolucionaria de las mujeres de allí estaba en llevar a buen término la labor con los ancianos. La verdad fue que, en comparación con los jóvenes, de mucha sensibilidad, los viejos resultaban extremadamente obstinados desde todos los puntos de vista. Se quejaban de su mala suerte, mas no pensaban en absoluto en cómo forjar su destino. Sin despertarlos era imposible organizar con éxito a la joven generación. Efectivamente, no fueron una o dos las dificultades que tuvo Kim Jong Suk a causa de la gente vieja y las mujeres.

Nuestras experiencias en las zonas de Jilin, Guyushu y Wujiazi son ejemplos fehacientes. Como mencioné, cuando implantamos un ambiente revolucionario en Wujiazi, el viejo “Pyon el Trotski” era un escollo. Sin captarlo era imposible convertir aquella aldea en revolucionaria ni tampoco crear organización alguna. Apenas después de ganarnos su simpatía pudimos constituir allí una organización de la Unión de la Juventud Antimperialista.

En Guyushu, Hyon Ha Juk fue un importante objetivo de nuestro trabajo. Además de haber sido amigo de mi padre, era una figura muy influyente, lo que me obligaba, cada vez que iba a esa aldea, a

visitar primero, a su casa para saludarle y transmitirle saludos de mi madre.

Por naturaleza, Kim Jong Suk respetaba mucho a los ancianos y les daba tratos privilegiados. Escuché de ella su experiencia de trabajo entre los viejos de Taoquanli y casi no sentí en su conducta premeditación.

No trataba a las personas como blancos de su trabajo o de educación, sino como simples hombres. Ni, en caso de tener contactos con alguien que debía ser ganado sin falta, por la necesidad de su labor, lo ponía en la posición de quien debía ser educado y a sí misma en la de educadora, sino lo trataba usualmente como a uno de sus buenos vecinos. Y en ese decursar se convertía en una hija de confianza del pueblo y su vecina. Esta fue una importante característica de la trabajadora clandestina Kim Jong Suk.

También fue una imperiosa lección de mi vida que si alguien quiere compenetrarse con el pueblo, primero tiene que considerarse su hijo, su fiel servidor y su amigo y, al mismo tiempo, considerarlo sus padres, hermanos y maestros. Quienes se creen maestros del pueblo, burócratas situados por encima de él y dirigentes que lo mandan, no pueden entrar en él ni disfrutar de su confianza. El pueblo no les abre las puertas a semejantes individuos.

Aun cuando visitaba una casa por un momento, de paso, Kim Jong Suk nunca la abandonaba sin antes hacer algo: cortar leña, acarrear agua, moler granos en molino de pedal. Su devoción dirigida a los moradores de la aldea era tan abnegada que podría hacer florecer, incluso, a una roca. Y en este andar los viejos comenzaron a simpatizar con ella. Así se abrió una brecha para convertir a Taoquanli en una aldea revolucionaria.

Una vez, un terrateniente de Liugedong dejó abandonada en un tugurio del bosque a su cocinera por tener fiebre. Nadie se atrevía a atender a aquella pobre niña. Enterada, Kim Jong Suk se fue allí sin la menor vacilación y durmió y comió junto con la enferma para cuidarla.

Sus compañeros corrieron a verla, preocupados de que si al

realizar ese peligroso acto de misericordia por una niña sin esperanza de salvarse se contagiaba ella misma y quedaba incumplida la importante misión dada por la Comandancia, ¿quién entonces iba a responder por el fracaso? Y le aconsejaron que si de todas maneras quería cuidarla, por lo menos debería dejar de comer y dormir allí.

Kim Jong Suk, sonriente, trató de tranquilizarlos:

—Pueden irse tranquilos. Si por miedo a la muerte no logramos salvar ni a una niña, ¿cómo podríamos rescatar el país y salvar al pueblo? Como estoy decidida a sacrificarme para salvar al pueblo, no temo a nada.

Sus compañeros no lograron sacarla del tugurio.

Con su esmerada atención la niña se recobró. Por fin, los habitantes de Taoquanli comenzaron a llamarla “nuestra Ok Sun”. Si conseguían siquiera una caballa salada, invitaban a probarla a “nuestra Ok Sun” y así lo hacían también para las fiestas de 100 días de nacimiento de niños.

Kim Jong Suk se convirtió en la hija, nieta o hermana imprescindible para la vida cotidiana.

A la vez que los atendía celosamente, puso un serio interés en la seguridad de Kim Jae Su que estaba muy atareado para levantar el ambiente revolucionario en la región de Xiagangqu.

En febrero de aquel año, Kim Jae Su, mientras distribuía a las organizaciones de la ARP la revista *Samil Wolgan* que le habíamos enviado desde la montaña, fue detenido cuando le quedaba el último ejemplar. En el puesto policíaco, fingiendo ser un bobo analfabeto se mantuvo en sus trece:

—Este folleto lo encontré en el monte donde estuve para recoger leña. ¿Por qué me lo quitan cuando lo necesito para liar cigarros? Devuélvanmelo.

Los policías lo creyeron tonto y lo soltaron, pero continuaron investigando sobre él.

Kim Jae Su, que por un tiempo anduvo mucho por Xiagangqu y sus contornos bajo el seudónimo de Kim Won Dal, se estableció en la casa de un vecino de Taoquanli, llamado Ri Hyo Jun, y para

hacerse pasar como su primo mayor tuvo que cambiar de nombre. Al cabo de buscar uno apropiado a la palabra común de linaje “Jun” decidió llamarse Ri Yong Jun.

Kim Jong Suk buscó junto con Kim Jae Su una solución eficaz para quitarse a los enemigos de encima. Y llegaron a la unánime opinión de que la mejor forma era convencerlos de la “necedad de Ri Yong Jun”. Según el guión confeccionado por ellos, en la casa de Ri Hyo Jun se produjo un escándalo tan tremendo que atrajo la atención de toda la aldea.

La protagonista de aquel raro acto fue la joven esposa de Ri Hyo Jun quien expulsó con el palo de lavar al “primo mayor de su marido” que siendo soltero vivía en su casa a expensas de otros. Entre llanto gritaba a los cuatro vientos que el tonto del primo de su marido les robaba para gastar en juegos, dejándolos a ellos tan pobres como mendigos.

En el mismo momento en que su esposa escenificaba ese escándalo, Ri Hyo Jun fue a la policía y se quejó de que a causa de su necio pariente, jugador empedernido, su familia se había cubierto de vergüenza, e imploró que lo borrarán de la lista de residentes para poder expulsarlo.

El “primo bobo”, llevando a la vista de todos una *Samil Wolgan*, también entró en el local de la policía y rogó: “Voy a entregarles este libro que les gusta a cambio de que prohíban a Hyo Jun y a su esposa que me peguen o me expulsen”.

Al ver otro ejemplar de la revista los policías, llenos de asombro, le preguntaron de dónde lo había sacado.

Kim Jae Su explicó que en Sanpudong, en el lugar donde días antes la guerrilla y el ejército japonés habían combatido.

—Hablando francamente, el libro que ustedes querían y me quitaron hace algunos días, lo encontré también allí, pero mentí diciendo que fue en Baotaishan, cerca de nuestra aldea.

Y al ver a los policías con la cólera brillándole en los ojos, sacó del bolsillo interior un reloj de bolsillo y con una ancha sonrisa les dijo:

—Allí hay en abundancia relojes, estilográficas, dinero y otras cosas. Si les indico el lugar, estos bienes entrarán en poder de ustedes. ¿No es así? Si impiden que el matrimonio de mi primo me expulse de su casa, los llevaré adonde están estos tesoros.

Esto era suficiente para convencer a los policías de la necesidad de Ri Yong Jun. Dijeron que después de eso dejaron de hacer averiguaciones sobre él.

Jong Tong Chol, Ryu Yong Chan, Kim Hyok Chol, Ri Chol Su y otros precursores y las masas revolucionarias de Taoquanli hicieron todo lo posible para asegurarle a Kim Jong Suk condiciones para el trabajo clandestino y su seguridad personal. Cruzaban el río e iban hasta Sinpha a llevarle periódicos para que ella estuviera informada con regularidad. Jong Tong Chol entregaba el precio de suscripción al dueño de la tienda de quincallas, quien era miembro de la organización de Sinpha, y éste se abonaba con su nombre. Cuando llegaba el periódico, lo enviaba envolviendo con él alguna mercancía o directamente. De tal forma, Kim Jong Suk pudo leer regularmente *Tong-a Ilbo* y *Joson Ilbo*. Cada vez que había alguna ceremonia familiar, de boda o exequias, Jong Tong Chol la invitaba para facilitarle encuentros con los trabajadores políticos de la guerrilla y los enlaces de organizaciones clandestinas que venían a Taoquanli.

En el verano de 1937, en su casa se organizó una fiesta con motivo del nacimiento de un varón. Asistieron “Jong Suk la de Azul” (Pak Jong Suk) y otros activistas políticos enviados por la guerrilla y los miembros de la organización clandestina, así como policías, el alcalde y agentes.

Para enmascararlos de modo seguro ante los enemigos, Jong Tong Chol les hizo saludarse con reverencias frente a frente. Siguiendo la costumbre, Kim Jong Suk se inclinó ante Pak Jong Suk. Le hizo una profunda genuflexión al tiempo que expresaba: “Tengo honor al conocerla”. Para ese momento, desde varios días atrás el alcalde había estado enseñando a Kim Jong Suk la forma de hacer la reverencia profunda. Por las noches ella iba al pozo para practicar cómo colocar la tinaja de agua sobre la cabeza y acostumbrarse a

caminar con esa carga. Con motivo de la fiesta *Tano*, contaban, durante varias noches tuvo que aprender a columpiarse.

Ella consideró todo esto como un proceso imprescindible para dotarse con cualidades correspondientes a una activista clandestina.

En su tarea de convertir a Taoquanli en una aldea revolucionaria, prestó atención principal a concientizar a las masas y agruparlas en organizaciones. Mediante el “Programa de 10 Puntos de la Asociación para la Restauración de la Patria” difundió de modo enérgico nuestra ideología revolucionaria. Sin hacer ruidos formó así el núcleo directivo, y apoyándose en él, creó organizaciones de la unión de la juventud antijaponesa y de la asociación de mujeres. Por fin, aquella apacible aldea montañosa se convirtió en una poderosa base de nuestras actividades. Por doquier, Kim Jong Suk sembró entre la población la idea de apoyar al Ejército revolucionario y amar a los soldados, y junto con las integrantes de la asociación de mujeres y los jóvenes y los niños, conseguía materiales de ayuda y los enviaba a nuestras unidades. Educó tan bien en la idea de ayudar a la guerrilla que hasta los habitantes chinos, procedentes de la zona de Shandong, se movilizaron para ayudar al ERPC. Los miembros del Cuerpo Infantil, por su parte, recogían municiones en los campos de combate.

La forma superior de la ayuda al ERPC era el ingreso en él. Junto con los miembros del comité de la ARP en Xiagangqu, Kim Jong Suk seleccionaba, de entre los jóvenes de avanzada señalados por sus respectivas organizaciones, a los más probados y los enviaba al ERPC. Jong Tong Chol recordaba que sólo en la zona de Xiagangqu ingresaron, por lo menos, 100 jóvenes. Y de Taoquanli se alistaron más de 10, entre otros Kim Hyok Chol, Ryu Yong Chan, Ri Chol Su, Choe In Dok y Han Chang Bong.

Han Chang Bong, integrante de la primera generación de nuestra revolución, durante la gran Guerra de Liberación de la Patria tuvo el sobresaliente mérito de cruzar el río Raktong, al mando de su regimiento, y con espíritu de sacrificio, ocupar las elevaciones de la ribera y mantenerlas.

Yun O Bok, jefa de la asociación de mujeres en Yaofangzi y que recibía la dirección de Kim Jong Suk, aunque madre de tres niños, caminó más de 32 kilómetros, llevando a las espaldas a uno de dos años, y al llegar a nuestro campamento pidió tenazmente que la aceptáramos en la guerrilla.

El fervor era tan alto que había familias que luego de enviar a los hijos a la guerrilla hacían falsas tumbas de éstos e, incluso, organizaban actos funerales. Como eran muy severas la vigilancia y persecución contra las familias de los guerrilleros, recurrían a este método para engañar a los enemigos.

Poco tiempo después de que Kim Jae Su fuera descubierto distribuyendo los ejemplares de *Samil Wolgan*, enviamos a Choe Hui Suk a Yaofangzi con la misión de ayudar a Kim Jong Suk en Sinpha. Tan pronto como llegó, Kim Jong Suk le encomendó la tarea de dirigir las organizaciones de la asociación de mujeres, la unión de la juventud y la unión infantil de Taoquanli y de otras partes de la zona de Xiagangqu, y ella se dedicó principalmente al trabajo en Sinpha.

Sus actividades en Sinpha comenzaron por el trabajo con Jang Hae U.

Este participaba entonces en el movimiento revolucionario antijaponés en la zona de Sinpha en unión con los integrantes del Comité de Acción de los comunistas de Samsu. Más o menos en ese mismo período se establecieron contactos y comunicación entre Jong Tong Chol, alcalde de Taoquanli y miembro especial de la ARP, y Jang Hae U, Rim Won Sam, So Jae Il, integrantes del mencionado Comité de Acción.

So Jae Il, lavadero de oficio, se dedicaba al trabajo organizativo y cumplía también la tarea de enlace con Kim Jong Suk.

Para conocer de modo detallado a Jang Hae U y la situación de sus organizaciones, Kim Jong Suk indicó a Jong Tong Chol que entablara hermandad espiritual con Rim Won Sam, integrante de la organización en que actuaba Jang Hae U. Después de un minucioso estudio previo por conducto de Jong Tong Chol, ella entró en contacto directo con Jang Hae U.

El primer encuentro se realizó en el cuarto trasero de la sastrería Sokjon. En esa ocasión ella le entregó mi carta personal.

—Como el General Kim Il Sung es Kim Song Ju, hijo del señor Kim Hyong Jik, este Jang Hae U seguirá al General tal como lo siguió a él.

Al ser informado de su disposición yo estaba seguro de que las actividades de Kim Jong Suk en Sinpha resultarían exitosas.

Jang Hae U no era un revolucionario que actuara con poquedad, o se diera aires de importancia, alardeando de su edad y antecedentes. Seguía y apoyaba incondicionalmente todo lo que fuera justo, y sin dejarse dominar por sentimientos personales, sabía sacrificarse, sin vacilación, por grandes objetivos y obras.

Tiempo después, creó la zonal de la ARP en Singalpha, integrada por los miembros del Comité de Acción de los comunistas de Samsu. En el mismo período, bajo la dirección de Kim Jae Su y Kim Jong Suk constituyó, en el cuarto trasero de la sastrería Sokjon, el grupo del partido en la zona de Sinpha, subordinado directamente al comité del partido en el ERPC, teniendo como base el Comité de Acción de los comunistas de Samsu.

La reunión constitutiva de la zonal de la ARP se efectuó en el estudio fotográfico Kwangson. El cuarto de revelado del segundo piso de ese estudio era el lugar de enlace secreto más utilizado por Kim Jong Suk.

Ri Sun Won, que administraba aquel estudio fotográfico fue uno de los principales miembros de la zonal de la ARP en Singalpha. En Seúl pasó por un cursillo de fotografía y al regresar abrió su estudio. Como era buen fotógrafo, disfrutaba de popularidad y tenía el don de tratar con la gente; por su conducto se podía realizar sin dificultad el trabajo con las masas.

El retrataba muchos objetivos enemigos y nos enviaba las fotos. Una vez nos mandó también una fotografía panorámica de Sinpha para ayudar el avance del ERPC al interior del país. Nos dijeron que en el cuarto de revelado de su estudio se imprimían además muchos volantes. Su esposa fue una abnegada ayudante que contribuyó

calladamente al trabajo secreto de la organización.

Fuera de este estudio fotográfico, Kim Jong Suk fijó sus sitios de enlace y de trabajo en la sastrería Sokjon, el comedor de *kuksu* Saemmultho, la posada de Sinpha, la cacharrería, la casa con el molino de agua y en otras partes de la zona, y frecuentándolos sigilosamente, llevó adelante sus actividades clandestinas.

Lugares como el comedor de *kuksu*, la posada de Sinpha y la cacharrería, además de utilizarse a menudo como sitios de contactos y enlace para los miembros de las organizaciones, sirvieron de puntos de recolección y almacenamiento de los artículos de ayuda a la guerrilla.

El local que sirvió como principal vía de tránsito secreto de estos materiales fue la casa con el molino de agua. Como se situaba en un lugar algo apartado de la cabecera distrital, donde llegaban menos los ojos de los enemigos, ofrecía condiciones muy favorables para almacenar y transportar dichas mercancías. Y como un pariente del dueño del molino era almadiero, se podía recibir fácilmente su auxilio cuando se enviaba la ayuda al otro lado del río Amnok. Tanto él como el dueño del molino militaban en la ARP.

Por la vía de Sinpha nos llegó realmente mucha cantidad de cosas. Como en Shisandaogou escaseaban los materiales, las organizaciones de la zona de Xiagangqu, en el distrito Changbai, tenían que conseguirlos en su mayoría en Sinpha, al otro lado del Amnok.

La mayor parte de las cosas como víveres y tejidos que las organizaciones de la zona de Sinpha enviaban a la guerrilla en grandes cantidades, se llevaban a la otra orilla del río en almadías o botes a través de la base secreta de la casa con el molino de agua y la posada de Ohamdok, la cual constituía una filial especial de la ARP integrada por miembros de una familia.

En el período de sus actividades en Taoquanli y la zona de Sinpha Kim Jong Suk estuvo en el campamento secreto del monte Paektu y Samsu, y viajó a Sinhung, Hungnam, Pukchong, Tanchon y otras regiones de la costa oriental donde realizó un intenso trabajo con los revolucionarios locales.

Los sitios de enlace de la comuna Aan y de Ohamdok se utilizaron a menudo como bases secretas para enviar activistas, principalmente los que actuarían en otras regiones. A los miembros de las organizaciones revolucionarias clandestinas que iban a trabajar en Pujon, Jangjin, Sinhung y Hungnam, incluyendo sus contornos, Kim Jong Suk los mandaba, fundamentalmente, desde la casa del jefe de la filial de la ARP de la comuna Aan, y los que deberían actuar en Kapsan, Pukchong, Toksong y Tanchon eran despedidos en los sitios de enlace secretos de Ohamdok. También de la base secreta de la comuna Aan fue desde donde ella envió al grupo de acción de Wi In Chan con la misión de formar organizaciones revolucionarias clandestinas en la zona industrial de Hungnam.

Para ampliar la red de organizaciones anduvo muy atareada por numerosos lugares de cita secreta dispersamente establecidos en la zona de Sinpha. Nunca utilizó uno fijo. Disfrazándose ella misma, se aprovechó hábil y alternativamente de diversos puntos de enlace y de trabajo secretos. Este procedimiento resultaba favorable tanto para enmascarar las organizaciones como para su seguridad personal.

Cuando volvió de Taoquanli le pregunté a qué tretas recurrió para no ser descubierta ante los ojos de los policías de Sinpha, de quienes se decía que tenían vista de lechuza, y dónde estaba la llave de que actuara libremente en Sinpha, zona a la que entraba y salía decenas de veces, sin ser detenida por los enemigos.

En lugar de contestar, Kim Jong Suk me contó sonriente cómo en Sinpha fue perseguida por un agente.

—En el camino que va del desembarcadero hacia la ciudad vi que un hombre, con un desgastado sombrero de campesino puesto, me seguía. Al comienzo no me di cuenta de que trataba de seguirme, pero como fue detrás de mí hasta la ciudad, me pareció sospechosa su conducta. Delante de un comedor, el hombre, aparentando aire entretenido, se llevó a los labios un cigarro que no lió sino que era de fábrica. Con este descubrimiento creció mi sospecha. Los labriegos pobres no pueden fumar esos cigarros.

Kim Jong Suk, llevándolo tras de sí, dio vueltas por las callejuelas

hasta que, al entrar en un mercado, vio a una mujer conocida que cargaba a las espaldas un niño y sobre la cabeza un pesado cesto. Se le acercó y con un movimiento rápido le quitó el cesto y lo puso sobre su cabeza. Así pudo escapar de la persecución del agente.

—Si no caí en manos de los agentes o los policías, fue por el sentido de responsabilidad. Al pensar que de ser detenida no podría cumplir la misión dada por la Comandancia, sentí redoblada audacia. Y las masas me protegieron a riesgo de sus propias vidas.

Sus palabras fueron, al mismo tiempo, la síntesis de sus actividades en Taoquanli y Sinpha. La clave de que cumpliera con éxito la difícil misión en la retaguardia enemiga fue, exactamente, el sentido de responsabilidad y la compenetración profunda con las masas.

La asombrosa iniciativa que además mostró en esas actividades partió, del mismo modo, de este sentido de responsabilidad. Cuando la enviamos a Taoquanli, le dimos sólo instrucciones relativas al trabajo político y no le asignamos otras tareas porque hubiera sido una carga excesiva para sus acciones en la zona enemiga.

No obstante, a la vez que se dedicaba principalmente al trabajo político, recogía y enviaba a la Comandancia informaciones militares que necesitaba nuestra unidad.

Reunió muchos datos con la movilización de las organizaciones clandestinas en Taoquanli y Sinpha. Sobre todo, Jong Tong Chol, Jang Hae U, Rim Won Sam y otros revolucionarios le suministraron muchas informaciones.

Jong Tong Chol era hábil en esta actividad. Al establecer hermandad espiritual con el jefe del puesto de policía, jefe de la aduana, alcalde cantonal y otros cabecillas de los organismos de dominación, y tratándolos de “hermano mayor” o “hermano menor”, arrancó inadvertidamente de sus bocas datos secretos. En ese grupo de hermanos espirituales estaba hasta el agente especial enviado desde Sinpha, para no hablar de los cabecillas de las instituciones oficiales de Shisandaogou. Jong Tong Chol organizó a menudo festines para ellos. Y para los mandarines aficionados al opio

preparaba expresamente las condiciones para que pudieran fumar.

El comité de la ARP en Xiagangqu logró colocar ingeniosamente a sus miembros en organismos enemigos. Según me informaron, sólo bajo la jurisdicción de la estación de policía en Shisandaogou infiltraron 2 ó 3 militantes de la ARP. La mayoría de alcaldes y jefes de 10 familias, sirvientes de las unidades inferiores de la administración enemiga, pertenecían a organizaciones revolucionarias.

Aprovechándose de la oportunidad de cumplir un trabajo de transcripción en el cuartel del regimiento de la tropa Jingan, Rim Won Sam recogió muchos secretos militares. Cada plan operativo o dato estadístico que podía servir de referencia a las operaciones del Ejército revolucionario, lo copiaba con rapidez en un pedacito de papel, lo estrujaba y arrojaba en el cesto de basura. Por la tarde, cuando iba a quemar los papeles inservibles lo recogía y enviaba a la organización.

El estudio fotográfico Kwangson y la sastrería Sokjon también se utilizaron muchas veces para la recolección de información sobre los enemigos y como sitios de enlace. Entre los miembros de la ARP, de la zonal de Sinpha, había quienes servían de secretarios en organismos como, por ejemplo, el ayuntamiento cantonal y la agencia financiera. Las informaciones que reunían con regularidad las concentraban en el estudio fotográfico o la sastrería para enviarlas luego a la organización. Cuando el combate del monte Jiansanfeng, Kim Jong Suk, por conducto de las bases secretas de esa zona, hizo llegar con prontitud a la Comandancia detalladas informaciones sobre el movimiento de una nutrida unidad enemiga bajo el mando de Kim Sok Won, con lo que contribuyó a la victoria del ERPC en el combate.

Con la ayuda de los miembros de las organizaciones realizó exploraciones para recoger datos sobre el número de militares y policías acantonados en Sinpha y sus contornos, la ubicación de sus instalaciones y su armamento, y luego de comprobar personalmente la anchura y profundidad del Amnok, la velocidad de sus aguas e,

incluso, los puntos favorables para el cruce y la retirada, los señalaba en mapas que nos enviaba.

Cuando analizamos sus actividades en Taoquanli aprecié mucho los esfuerzos que hizo por su propia iniciativa. A mi pregunta de cómo se le ocurrió explorar los puntos necesarios para el cruce del río y la retirada, respondió que procedió así al pensar que alguna vez nuestro Ejército revolucionario atacaría a Sinpha.

En el verano de 1937 fue arrestada.

Los rollos de papel que las integrantes de la asociación de mujeres en Taoquanli habían conseguido para nuestra imprenta, fueron descubiertos durante el registro realizado por efectivos de la tropa Jingan y esto motivó su detención. Kim Jong Suk inventó una justificación convincente. Dijo que a ruego del alcalde Jong Tong Chol los había conseguido y guardado para confeccionar registros de ciudadanos. Su actitud soberbia y explicación lógica exasperaron a los enemigos. El oficial, colérico al no encontrar palabras para replicarle, la acusó de espía del Ejército revolucionario porque, decía, no tenía miedo y sabía hablar bien. Y sin pensar más la ató y arrastró hasta Yaofangzi, donde estaba el cuartel de su unidad.

Kim Jong Suk creyó que eran sus últimos momentos y escribió a la organización su testamento: “No se intranquilen. Voy a morir, pero vivirá la organización. Envío los dos *yuanes* que son toda mi propiedad, utilícenlos para la organización”.

El testamento escrito con lápiz sobre un pedacito de papel y los dos *yuanes* pasaron primero a la anciana de la casa donde Kim Jong Suk estuvo encerrada y de ella a la casa vecina y luego, por conducto de Jong Tong Chol, a la organización.

Se movilizaron los militantes de ésta para una operación de rescate. Una comisión de Taoquanli se fue al cuartel de la tropa Jingan para protestar enérgicamente por la ilegal detención de una inocente ciudadana y exigir su inmediata libertad.

Esta acción dio resultado. La tropa Jingan, bajo el pretexto de trasladar el cuartel a otra parte, pasó a Kim Jong Suk a la estación de policía de Shisidaogou.

Jong Tong Chol entró en negociaciones para trasladarla a la estación de Shisandaogou, lo que se resolvió sin dificultad porque esta última era de primera categoría, superior a la anterior.

Kim Jong Suk fue conducida con las manos esposadas. Entre las dos estaciones de policía se encontraba Taoquanli.

Pasó por esa aldea poco después del mediodía.

Caminaba descalza, y los policías la empujaban con los cañones de sus fusiles. Esta imagen de la “niña de la casa de Musan” produjo indignación y dolor entre los habitantes de Taoquanli, quienes la despidieron con lágrimas. Una anciana llegó corriendo al camino, y calzando los pies sangrientos de Kim Jong Suk con unas alpargatas de paja recriminó a los policías:

—Canallas, ¿por qué llevan presa a nuestra inocente Ok Sun? ¿Es del partido comunista como ustedes dicen? Si personas como Ok Sun son comunistas, yo también las seguiría.

Jong Tong Chol siguió a Kim Jong Suk e inició negociaciones con el jefe de policía de Shisandaogou, el cual prometió que reconocería a Kim Jong Suk como “buena ciudadana” y la pondría en libertad si se reunían certificados de garantía de “buen ciudadano” de 500 personas, cantidad exorbitante, pero que le permitiría comprobar su inocencia en el caso de que los superiores cuestionaran su acto. Cumplir esa exigencia era tan difícil como coger una estrella del cielo. No obstante, Jong Tong Chol logró reunir los certificados exigidos y los puso sobre el buró del jefe de la estación, quien quedó asombrado en extremo. Era tendencia psicológica general de las masas el no estampar a la ligera su huella digital sobre un certificado de garantía de “buen ciudadano” para un “elemento perturbador”, señalado como “renegado” o “bandido comunista”. El jefe de policía había prometido eso en consideración de su “amistad” con Jong Tong Chol, pero estaba seguro que sería absolutamente imposible satisfacer su exigencia.

Era todo un prodigio ver certificados de garantía con 500 sellos y tantas huellas digitales.

¿Cómo pudo ocurrir eso?

En Taoquanli, con sólo 200 y pico de casas, no podían existir tantos militantes de organizaciones clandestinas. Además, por más que ellos hubieran actuado entre los vecinos de la aldea que les superaban varias veces en número, no habrían podido lograr que todos éstos, bajo influencia ajena, se atrevieran a sellar documentos tan comprometedores como esos certificados de garantía.

Lo que los hizo proceder así fue su amor y apoyo sinceros a Kim Jong Suk. Dicho en otras palabras, la absoluta confianza y respaldo del pueblo, más poderosos que la coerción o dinero. Kim Jong Suk, me contaron, liberada de las garras enemigas, volvió a Taoquanli, y ya entre los aldeanos dijo primero: “¡Ay, allí por poco muero de hambre! Cuñada, déme algo de comer.” Este trato sin cumplidos existe sólo entre los familiares. Si ella no hubiera considerado a los vecinos de Taoquanli como su propia familia, no se habría atrevido a hablar así.

Una vez, después de la liberación del país, Rim Won Sam, entonces presidente del comité popular de la ciudad de Hungnam, aprovechando la oportunidad de estar en Pyongyang para asistir a una reunión, visitó mi casa junto con sus antiguos amigos de Taoquanli y Sinpha: Jang Hae U y Jong Tong Chol, los cuales trabajaban en importantes cargos de organismos centrales. Con ellos estuvo también Kim Jae Su, presidente del comité del Partido Democrático en la provincia Phyong-an del Sur. Aquel día, Kim Jong Suk los agasajó con empanadillas. El tema de nuestra conversación abordó naturalmente, la etapa de Taoquanli y Sinpha.

Kim Jong Suk lloró al recordar muy conmovida cómo los compañeros la salvaron de la muerte. Y bruscamente dijo que cuando estuvo encerrada en Yaofangzi, pudo evadirse, pero no lo hizo.

—De hecho, resultaba sencillo liquidar a un centinela y huir. Pero no pude hacerlo al pensar en qué ocurriría al pobre matrimonio viejo si yo eliminaba al centinela y huía de su casa donde estaba encerrada. Mirándolos pensaba: No es difícil evadirme de aquí. Pero, si me escapo, ¿qué le ocurrirá al viejo matrimonio de esta casa y al alcalde Jong quien garantizó que yo era una buena ciudadana? ¿Y cuánto

daño y molestias sufrirán la organización clandestina y los habitantes de Taoquanli? Entonces nació en mí la decisión de defender la organización y el pueblo a precio de mi sacrificio. Aquella noche pude dormir tranquilamente en el cuarto más alejado de la cocina de esa casa. Una vez tomada la decisión de morir, me sentí tranquila, sin nada que temer o vacilar.

Esta fue, justamente, la imagen de la “niña de la casa de Musan” de la época de Taoquanli y Sinpha.

Salvada de una situación extremadamente peligrosa gracias al certificado de garantía de “buena ciudadana”, Kim Jong Suk siguió actuando en Taoquanli y en el interior del país durante algún tiempo más, hasta que regresó a la Comandancia. Con ella vino a la unidad Ryu Yong Chan, un militante de la zonal de la ARP en Taoquanli. Avalado por Kim Jong Suk pudo ingresar en la guerrilla. En 1944, cuando estábamos muy ocupados en los preparativos para las operaciones antijaponesas en una base de adiestramiento en las cercanías de Jabarovsk, Ryu Yong Chan, que traía por vía fluvial materiales de construcción para los edificios del campamento, se ahogó desgraciadamente en el Amur. Cada vez que tenía oportunidad, Kim Jong Suk lo recordaba como uno de sus bienhechores.

Me dijeron que cuando ella abandonó Taoquanli no sólo él sino otros estuvieron dispuestos a seguirla, e, incluso, hubo integrantes de la asociación de mujeres que le rogaron llorando que las dejara ir con ella.

Una no quiso regresar a su casa persiguiéndola hasta pasar el monte Baotaishan.

Como su persuasión no daba resultado, Kim Jong Suk colocó su anillo de plata en un dedo de la mujer, y le zafó de la cintura una cinta roja, que ató a la suya. La cinta, tejida con hilos de lana, la había confeccionado ella misma en memoria del día en que, bajo el aval de Kim Jong Suk, ingresó en la asociación de mujeres, y la portaba orgullosamente como un valioso adorno.

—No crea que no quiero llevarla. No se apene, me es imposible y

por eso voy sola. Portaré esta cinta hasta que no le quede un solo pedacito de hilo, para no olvidar a los queridos vecinos de Taoquanli.

Ante estas palabras tan sinceras y cariñosas, aquella mujer no pudo insistir más en seguirla. Le rogó que le enviara noticias, dondequiera que fuese.

Kim Jong Suk cumplió su promesa cuando regresó a la unidad: siempre llevaba puesta la prenda debajo del uniforme. Apenas después que me casara con ella, llegué a saber la historia de esa cinta roja que nunca se desprendió de su cintura.

Con ella, Kim Jong Suk guardó en su cuerpo el calor del pueblo. Su espíritu nunca se apartó de él.

De vez en cuando me hago la siguiente pregunta: ¿De qué manera Kim Jong Suk pudo cumplir las difíciles actividades clandestinas en medio del amor y ayuda de tantas personas?

Si no le hubiera profesado al pueblo tan cálido amor, éste no le habría echado ni una mirada cuando se encontró en situación crítica. Quien no se consagra al pueblo, no puede esperar su ayuda sincera en el momento crítico. Kim Jong Suk fue recompensada merecidamente por el pueblo a quien protegió y amó con tanta sinceridad. Visto desde esta altura, podría decirse que aquellos documentos de garantía de “buena ciudadana” sellados por 500 personas fue un certificado eterno que confirmaba que era una fiel servidora del pueblo.

En el otoño de 1991, al cabo de mucho más de medio siglo desde que Kim Jong Suk abandonara Taoquanli, fui a dirigir personalmente el trabajo en la provincia Ryanggang y en esa ocasión visité la tierra de Sinpha, allanada por ella con toda su alma. Había transcurrido un larguísimo tiempo, pero se conservaban en estado original los objetos y lugares relacionados con sus actividades clandestinas. Realmente resultó conmovedora la atención que los habitantes de Sinpha prestaron a cada uno de esos recuerdos.

Aquel día los guías me llevaron a todos los sitios en los que ella dejó sus huellas y me dieron explicaciones detalladas. Y supe que había no pocos sucesos y detalles que hasta entonces yo desconocía.

Mirando el sombrío aspecto del torreón que se mantenía en su forma original a la orilla del río Amnok, pensé que para sembrar el espíritu revolucionario en aquel lugar Kim Jong Suk habría realizado muchas acciones peligrosas y pasado por situaciones extremadamente críticas. Camino a la estación ferroviaria, mientras se ponía el sol, miré una vez más la ciudad de Sinpha y me era difícil apartar la vista de ella.

